Tito Livio

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

CON LAS PERÍOCAS DE LOS LIBROS PERDIDOS

Tomo II

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

(AB URBE CONDITA)

CON LAS PERÍOCAS DE LOS LIBROS PERDIDOS

Traducción de Antonio Diego Duarte Sánchez

Procedencia: https://sites.google.com/site/adduartes/tito-livio consultado el 21 de abril de 2014.

TOMO II

Libros XXI-XXX

ÍNDICE

LIBRO XXI. DE SAGUNTO AL TREBIA

[21.1] Me considero en libertad de iniciar lo que es sólo una parte de mi historia con una observación preliminar, tal y como la mayoría de los escritores colocan al principio de sus obras, a saber, que la guerra que voy a describir es la más memorable de cualquiera de las que hayan sido libradas; me refiero a la guerra que los cartagineses, bajo la dirección de Aníbal, libraron contra Roma. Ningún estado y ninguna nación, tan ricas en recursos o en fuerza, se han enfrentado jamás con las armas; ninguna de ellas había alcanzado nunca tal estado de eficacia o estaba mejor preparada para soportar la tensión de una guerra larga; nada había en sus tácticas que les resultase extraño después de la Primera Guerra Púnica; y tan variables fueron las fortunas y tan dudoso Marte que aquellos que finalmente vencieron estuvieron al principio más que próximos a la ruina. Y aún con todo, grande como era su fuerza, el odio que sentían el uno por el otro fue todavía mayor. Los romanos estaban furiosamente indignados porque los vencidos se habían atrevido a tomar la ofensiva en contra de sus conquistadores; los cartagineses estaban amargados y resentidos por lo que consideraban un comportamiento tiránico y rapaz por parte de Roma. Se contaba que, después de dar término Amílcar a su guerra en África, estando ofreciendo sacrificios antes de trasladar su ejército a Hispania, el pequeño Aníbal, de nueve años de edad, trataba de ablandar a su padre para que lo llevase con él; este lo llevó ante el altar y se hizo jurar con su mano sobre la víctima que tan pronto como le fuera posible se declararía enemigo de Roma. La pérdida de Sicilia y Cerdeña angustiaban el orgulloso espíritu de aquel hombre, porque creía que la cesión de Sicilia se había hecho a toda prisa, teniendo la desesperación en el ánimo, y que Cerdeña había sido hurtada por los romanos aprovechando los disturbios en África y, no contentos con su captura, le habían impuesto también una indemnización.

[21.2] Espoleado por estos errores, dejó bien claro con su dirección de la guerra africana, que siguió inmediatamente a la conclusión de la paz con Roma, y con el modo en que fortaleció y amplió el gobierno de Cartago durante los nueve años de guerra en Hispania, que él estaba pensando en una guerra aún mayor de la que ahora enfrentaba, y que si hubiese vivido más se habría producido bajo su mando la invasión cartaginesa de Italia que en realidad se produjo bajo Aníbal. La muerte de Amílcar, que se produjo muy oportunamente, y la tierna edad de Aníbal retrasaron la guerra. Asdrúbal, en el lapso que hubo entre padre e hijo, detentó el poder supremo durante ocho años. Se dice que se convirtió en el favorito de Amílcar por su belleza juvenil; posteriormente demostró otros talentos muy diferentes y se convirtió en su yerno. Al emparentar así, se colocó en una situación de poder mediante la influencia del partido bárquida, que tenía sin duda la preponderancia entre los soldados y el pueblo llano, aunque su ascenso se produjo totalmente en contra de los deseos de los nobles. Confiando más en la política que en las armas, hizo más para extender el imperio de Cartago mediante alianzas con los reyezuelos y ganándose nuevas tribus por la amistad con sus jefes, que empleando la fuerza de las armas o la guerra. Pero la paz no le dio la seguridad. Un bárbaro, a cuyo amo había condenado a muerte, le asesinó a plena luz del día, y cuando fue capturado por los testigos se le veía tan feliz como si hubiera escapado. Incluso cuando le torturaron, su satisfacción por el éxito de su intento sobrepasaba su dolor y su rostro tenía una expresión sonriente. Debido al tacto maravilloso que había mostrado en ganarse a las tribus e incorporarlas en sus dominios, los romanos habían renovado el tratado con Asdrúbal. Bajo sus términos, el río Ebro sería la frontera entre los dos imperios, y Sagunto, que ocupaba una posición intermedia entre ellos, sería una ciudad libre.

[21.3] No hubo duda alguna en cuanto a quién ocuparía su lugar. Las prerrogativa militar llevó al joven Aníbal al palacio y los soldados le proclamaron jefe supremo en medio del aplauso universal. El pueblo secundó su acción. Siendo poco más que un púber, Asdrúbal escribió una carta invitando a Aníbal a unírsele en Hispania, y el asunto fue, de hecho, discutido en el Senado. Los

bárquidas querían que Aníbal se familiarizase con el servicio militar; Hanón, el líder del partido opositor, se oponía a esto. *La solicitud de Asdrúbal*, dijo, *parece bastante razonable y, sin embargo, creo que no debemos concedérsela.* Esta paradójica frase despertó la atención de todo el Senado. Continuó: *La misma belleza juvenil con que Asdrúbal rindió al padre de Aníbal, considera ahora con justicia que puede reclamar al hijo. Esto nos hará, sin embargo, entregar nuestros jóvenes a la lujuria de nuestros comandantes so pretexto del entrenamiento militar. ¿Tenemos miedo de que pase mucho tiempo antes de que el hijo de Amílcar se haga con el excesivo poder y muestras de realeza que asumió su padre, y que apenas tardemos en convertirnos en esclavos del déspota a cuyo yerno legó nuestros ejércitos como si fueran de su propiedad? Yo, por mi parte, considero que este joven debe quedarse en casa y aprender a vivir en obediencia de las leyes y los magistrados, en igualdad con sus conciudadanos; de lo contrario, este pequeño fuego podría un día u otro encender un enorme incendio.*

[21.4] La propuesta de Hanón recibió el apoyo, aunque minoritario, de casi todos los mejores hombres del consejo; pero como suele pasar, la mayoría venció a los mejores. Tan pronto Aníbal desembarcó en Hispania, se convirtió en el favorito de todo el ejército. Los veteranos creyeron ver nuevamente a Amílcar tal y como era en su juventud; veían su misma expresión determinada, la misma mirada penetrante, todas sus mismas cualidades. Pronto se demostró, sin embargo, que no fue la memoria de su padre lo que más le ayudó a ganarse la adhesión del ejército. Nunca hubo carácter más capaz de tareas tan opuestas como mandar y obedecer; no era fácil distinguir quién le apreciaba más, si el general o el ejército: Siempre que se precisaba valor y resolución, Asdrúbal nunca encomendaba el mando a ningún otro; y no había jefe en quien más confiasen los soldados o bajo cuyo mando se mostrasen más osados. No temía exponerse al peligro y en su presencia se mostraba totalmente dueño de sí. Ningún esfuerzo le fatigaba, ni física ni mentalmente; era indiferente por igual al frío y al calor; comiendo y bebiendo se sometía a las necesidades de la naturaleza y no al apetito; sus horas de sueño no venían determinadas por el día o la noche, siempre que no estaba ocupado en sus deberes dormía y descansaba, pero ese descanso no lo tomaba en mullido colchón o en silencio; a menudo le veían los hombres reposando en el suelo entre los centinelas y vigías, envuelto en su capa militar. Sus ropas no eran en modo alguno mejores que las de sus camaradas; lo que le hacía resaltar eran sus armas y caballos. Fue, de lejos, el mejor tanto de la caballería como de la infantería, el primero en entrar en combate y el último en abandonar el campo de batalla. Pero a estos grandes méritos se oponían grandes vicios: una crueldad inhumana, una perfidia más que púnica, una absoluta falta de respeto por la verdad, ni reverencia, ni temor a los dioses, ni respeto a los juramentos ni sentido de la religión. Tal era su carácter, compuesto de virtudes y vicios. Durante tres años sirvió bajo las órdenes de Asdrúbal, y durante todo ese tiempo jamás perdió oportunidad de adquirir, mediante la práctica o la observación, la experiencia necesaria que requería quien iba a ser un gran conductor de hombres.

[21.5] Desde el día en que fue proclamado jefe supremo, pareció considerar Italia la provincia que se le había asignado y a la guerra con Roma como su obligación. Sintiendo que no debía retrasar las operaciones, no fuera que algún accidente le sorprendiera como pasó a su padre y después a Asdrúbal, decidió atacar a los saguntinos. Como un ataque contra ellos pondría en marcha inevitable las armas romanas, empezó por invadir a los olcades, una tribu que estaba dentro de las fronteras, pero no bajo el dominio, de Cartago. Quiso hacer creer que Sagunto no era su objetivo inmediato, sino que se vio obligado a una guerra con ella por la fuerza de las circunstancias: es decir, por la conquista de todos sus vecinos y la anexión de sus territorios. Cartala, una ciudad rica y capital de la tribu, fue tomada por asalto y saqueada *(221 a.C.)*; las ciudades más pequeñas, temiendo una suerte similar, capitularon y aceptaron pagar un tributo. Su victorioso ejército, enriquecido por el saqueo, marchó a sus cuarteles de invierno en Cartagena. Aquí, mediante una pródiga distribución de los despojos y la paga puntual de sus salarios atrasados, se aseguró la lealtad

de su propio pueblo y la de las fuerzas aliadas.

Al comienzo de la primavera, extendió sus operaciones a los vacceos, y dos de sus ciudades, Arbocala y Helmántica, fueron tomadas al asalto *(¿220 a.C.?)*. Arbocala resistió bastante tiempo, debido al valor y cantidad de sus defensores; los fugitivos de Salamanca unieron sus fuerzas con aquellos de los olcades que habían abandonado su país (su tribu había sido subyugada el año anterior) y juntos levantaron en armas a los carpetanos. No muy lejos del Tajo, atacaron a Aníbal cuando regresaba de su expedición contra los vacceos, y su ejército, cargado como iba con el botín, fue puesto en cierta confusión. Aníbal declinó dar batalla y fijó su campamento a la orilla del río; tan pronto se hizo la quietud y el silencio entre el enemigo, vadeó la corriente. Sus trincheras habían dejado espacio suficiente para que el enemigo las cruzase, y decidió atacarle cuando cruzasen el río. Dio órdenes a su caballería para que esperase hasta que estuviesen todos en el agua y atacarles entonces; dispuso sus cuarenta elefantes en la orilla. Los carpetanos, junto con los contingentes de los olcades y vacceos sumaban cien mil hombres, una fuerza irresistible si hubiesen combatido en terreno llano. Su innata valentía, la confianza que les inspiraba su número, su creencia de que la retirada enemiga se debía al miedo, todo les hacía creer segura la victoria y al río como el único obstáculo a salvar. Sin que se diera voz alguna de mando, lanzaron un grito general y se introdujeron, cada hombre avanzando, en el río. Una gran fuerza de caballería descendió de la orilla opuesta y ambas fuerzas se encontraron en medio de la corriente. La lucha era cualquier cosa menos igualada. La infantería, sintiendo inseguros sus pies, aun cuando el río era vadeable, podría haber sido atropellada incluso por jinetes desarmados; mientras, la caballería, con sus cuerpos y armas libres y sus caballos estables incluso en medio de la corriente, podían combatir cuerpo a cuerpo o no, a su discreción. Gran parte fue arrastrada río abajo, algunos fueron llevados por las corrientes hasta el otro lado donde estaba el enemigo, y allí fueron pisoteados, hasta morir, por los elefantes. Los que estaban a retaguardia consideraron más seguro regresar a su propia orilla y empezaron a juntarse conforme sus miedos se lo permitían; pero antes de que tuviesen tiempo para recuperarse, Aníbal entró en el río con su infantería en orden de combate y los expulsó de la orilla. Dio continuación a su victoria asolando sus campos, y a los pocos días estuvo en condiciones de recibir la sumisión de los carpetanos. No quedó parte del país más allá del Ebro que no perteneciera a los cartagineses, con excepción de Sagunto.

[21.6] La guerra no había sido formalmente declarada en contra de esta ciudad, pero ya había motivos para ella. Las semillas de la disputa estaban siendo sembradas entre sus vecinos, sobre todo entre los turdetanos. Dado que el objetivo de quien había sembrado la discordia no era, simplemente, arbitrar en el conflicto, sino instigar y provocar los disturbios, los saguntinos enviaron una delegación a Roma para pedir ayuda ante una guerra que se aproximaba inevitablemente. Los cónsules, en aquel momento, eran Publio Cornelio Escipión y Tiberio Sempronio Longo. Tras presentar a los embajadores, invitaron al Senado a que expusiera su opinión sobre qué política debía ser adoptada. Se decidió que se enviarían legados a Hispania para investigar las circunstancias y, si lo consideraban necesario, para advertir a Aníbal de que no interfiriese con los saguntinos, que eran aliados de Roma; luego deberían cruzar a África y exponer ante el consejo cartaginés las quejas que aquellos tenían. Pero antes de que partiese la legación, llegaron noticias de que el asedio de Sagunto había, en realidad y para sorpresa de todos, comenzado. Todas las circunstancias del asunto debían ser reexaminadas por el Senado; algunos estaban a favor de considerar campos de acción separados África e Hispania y pensaban que se debía proceder a la guerra por tierra y mar; otros creían que se debía limitar la guerra solamente a Aníbal en Hispania; otros más eran de la opinión de que una tarea tan enorme no debía ser afrontada con prisas y que debían esperar el regreso de la legación de Hispania. Esta última opinión parecía la más segura y fue la adoptada, enviándose a los delegados Publio Valerio Flaco y Quinto Bebio Tánfilo sin más dilación ante Aníbal. Si se negaba a abandonar las hostilidades, debían seguir hasta Cartago para pedir la entrega del general en compensación por su violación del tratado.

[21.7] Mientras pasaban estas cosas en Roma, el asedio de Sagunto se proseguía con el mayor vigor. Esa ciudad era, con mucho, la más rica de todas la de más allá del Ebro; estaba situada a una milla de la costa. Se dice que fue fundada por colonos de la isla de Zacinto, con algún añadido de rútulos de Ardea. En poco tiempo, sin embargo, alcanzó gran prosperidad, en parte por su tierra y por el comercio marítimo y en parte por el rápido aumento de su población, y también por mantener una gran integridad política que le llevaba a actuar con aquella lealtad para con sus aliados que le llevaría a su ruina. Tras efectuar sus correrías por todo el territorio, Aníbal atacó la ciudad desde tres puntos distintos. Había un ángulo de la muralla que miraba sobre un valle más abierto y nivelado que el resto del terreno que rodeaba la ciudad, y aquí decidió colocar sus manteletes para proteger la aproximación de los arietes contra los muros. Pero aunque el terreno, hasta una distancia considerable de la muralla, era lo bastante nivelado como para admitir el acarreo de los manteletes, se encontraron con que, una vez hecho esto, no obtuvieron ningún progreso. Una enorme torre dominaba el lugar, y la muralla, estando aquí más expuesta a un ataque, se había elevado aún más que el resto de fortificaciones. Como la situación tenía un especial peligro, pues la resistencia ofrecida por un grupo selecto de defensores era de lo más resuelta. Al principio se limitaban a contener al enemigo lanzando proyectiles y haciéndoles imposible seguir operando con seguridad. Conforme pasaba el tiempo, sin embargo, sus armas ya no destellaron sobre los muros o sobre la torre, sino que se aventuraron a efectuar una salida y atacar los puestos de avanzada y las obras de asedio enemigas. En el tumulto de estos choques los cartagineses perdieron casi tantos hombres como los saguntinos. El mismo Aníbal, acercándose a la muralla un tanto imprudentemente, cayó gravemente herido en la parte frontal del muslo por una jabalina, y tal fue la confusión y la consternación que esto produjo que los manteletes y obras de asedio casi fueron abandonados.

[21.8] Durante unos pocos días, hasta que sanó la herida del general, hubo más un bloqueo que un asedio ofensivo y durante este intervalo, aunque se dio un respiro en el combate, los trabajos de asedio y aproximación siguieron sin interrupción. Cuando la lucha se reanudó fue más feroz que nunca. A pesar de las dificultades del terreno, los manteletes se adelantaron y se colocaron los arietes contra las murallas. Los cartagineses tenían superioridad numérica (se cree con bastante certeza que pudieran haber sido ciento cincuenta mil hombres en armas), mientras que los defensores, obligados a vigilar y defenderse en todas partes, veían disipadas sus fuerzas y encontraban su número insuficiente para la tarea. Las murallas estaban siendo machacadas por los arietes, y en muchos lugares se había derrumbado. Una parte, en la que se había derrumbado un tramo bastante continuo de lienzo, dejó expuesta la ciudad; tres torres, en sucesión, y toda la muralla entre ellas, cayeron con tremendo estrépito. Los cartagineses, tras aquel derrumbe, consideraron la ciudad tomada, y ambos bandos se precipitaron por la brecha como si esta solo hubiese servido para protegerles a unos de otros. No se produjo ninguno de aquellos combates inconexos que acontecían cuando se asaltaba una ciudad y cada parte tenía oportunidad de atacar a la otra. Los dos cuerpos de combatientes se enfrentaron entre sí en el espacio entre la muralla en ruinas y las casas de la ciudad, en formación cerrada como si hubieran estado en campo abierto. De un lado estaba el coraje de la esperanza, del otro el valor de la desesperación. Los cartagineses creían que con un poco de esfuerzo por su parte, la ciudad sería suya; los saguntinos oponían sus cuerpos como un escudo para su patria, despojada ahora de sus murallas; ni un hombre cedió un palmo, por miedo a dejar entrar al enemigo por el hueco que él abría. Cuando más se encendía y se estrechaba el combate, mayor era el número de los heridos, pues ningún proyectil caía inocuo sobre las filas de la multitud. El proyectil empleado por los saguntinos era la falárica, una jabalina con un asta de abeto y redondeada hasta la punta donde sobresalía el hierro que, como en el pilo, tenía la punta de hierro de sección cuadrada. Esta parte estaba envuelta en estopa y untada con pez; la punta de hierro tenía tres pies de largo y podía penetrar tanto la armadura como el cuerpo. Incluso si sólo quedaba atrapada en el escudo y no alcanzaba el cuerpo, era un arma de lo más formidable porque,

cuando se lanzaba con la punta prendida en llamas, el fuego se avivaba con un calor feroz al atravesar el aire y obligaba al soldado a arrojar su escudo y quedar indefenso contra el ataque subsiguiente.

[21.9] El conflicto había transcurrido durante mucho tiempo sin ventaja para ningún bando; el valor de los saguntinos crecía conforme se veían mantener una inesperada resistencia, mientras los cartagineses, incapaces de vencer, empezaban a verse a sí mismo como derrotados. De repente, los defensores, lanzando su grito de guerra, expulsaron al enemigo más allá de la muralla en ruinas; allí, tropezando y en desorden, se vieron rechazados aún más atrás y, puestos finalmente en fuga, huyeron hasta su campamento. Entre tanto, se había anunciado que habían llegado embajadores desde Roma. Aníbal envió mensajeros al puerto para encontrarse con ellos e informarles de que no les resultaría seguro seguir más lejos, a través de tantas tribus salvajes en armas, y que Aníbal, en el crítico estado actual de cosas, no tenía tiempo de recibir embajadas. Era seguro que si no les recibía marcharían a Cartago. Por lo tanto, se adelantó enviando mensajeros con una carta dirigida a los dirigentes del partido bárquida, alertando a sus seguidores y en previsión de que el otro partido hiciera concesiones a Roma.

[21.10] El resultado fue que, aparte de ser recibida y escuchada por el Senado cartaginés, la embajada concluyó su misión con un fracaso. Solo Hanón, en contra de todo el Senado, se manifestó a favor de observar el tratado, y su discurso fue escuchado en silencio por respeto a su autoridad personal, no porque sus oyentes aprobasen sus sentimientos. Apeló a ellos en nombre de los dioses, que eran los testigos y árbitros de los tratados, para que no provocaran la guerra con Roma además de la que ya tenían con Sagunto. *Os insté*, dijo, *y advertí para que no enviaseis al hijo de Amílcar al ejército. Ni los manes ni los descendientes de aquel hombre podían descansar; mientras viviera un descendiente de la sangre y nombre de los Barca, nuestros tratados con Roma nunca se respetarían. Habéis enviado al ejército, como echando combustible al fuego, a un joven consumido por la pasión del poder soberano y que reconoce que el único camino para alcanzarlo pasa por una vida rodeado de legiones en armas y removiendo constantemente nuevas guerras. Sois vosotros, por tanto, los que habéis alimentado este fuego que ahora os abrasa. Vuestros ejércitos están asediando Sagunto, al que los términos del tratado prohíben acercarse; antes que después, las legiones de Roma asediarán Cartago, conducidas por los mismos generales y bajo la misma guía divina con que vengaron vuestra ruptura de las cláusulas del tratado en la última guerra. ¿Sois ajenos al enemigo, a vosotros mismos, a la suerte de ambas naciones? Ese digno comandante vuestro rehusó recibir a los embajadores que venían de parte y en nombre de sus aliados; convirtió en nada el derecho de gentes. Esos hombres, rechazados de un lugar al que no se negaba el acceso ni a los embajadores del enemigo, han llegado ante nosotros; piden la satisfacción que prescribe el tratado; exigen la entrega del culpable para que el Estado pueda quedar limpio de toda mancha de culpa. Cuanto más tarden en tomar una decisión, en dar comienzo a la guerra, más determinados estarán y más persistirán, me temo, una vez empiece la guerra. Recordad las islas Égates y en Érice y todo lo que habéis pasado durante veinticuatro años*[1]*. Este muchacho no estaba al mando entonces, sino su padre Amílcar, un segundo Marte según sus amigos nos quieren hacer creer. Pero rompimos el tratado, entonces, igual que lo hemos hecho ahora; no apartamos en aquel momento nuestras manos de Tarento o, lo que es lo mismo, de Italia más de lo que las apartamos ahora de Sagunto; y así los dioses y los hombres unidos nos derrotarán y la cuestión en disputa, es decir, qué nación ha roto el tratado, se determinará mediante el resultado de la guerra que, como juez imparcial, pondrá la victoria del lado que tenga la razón. Es contra Cartago hacia donde conduce ahora Aníbal sus manteletes y torres, son las murallas de Cartago las que machaca con sus arietes. Las ruinas de Sagunto, ¡ojalá sea yo un*

1 Se refiere aquí Livio a la derrota naval del 241 a.C. en las Égates, junto a Sicilia, y la pérdida del monte Érice en la misma isla siciliana.- N. del T.

falso profeta!, caerán sobre nuestras cabezas, y la guerra que se inició contra Sagunto habrá de proseguirse contra Roma.

¿Debemos entonces entregar a Aníbal?, dirá alguno. Soy consciente de que, por lo que a él se refiere, mi consejo tendrá poco peso debido a mis diferencias con su padre; pero en aquel momento me alegré al saber de la muerte de Amílcar, que si estuviera ahora vivo ya estaríamos en guerra con Roma, y ahora no siento nada más que odio y aborrecimiento por este joven, el loco incendiario que prenderá esta guerra. No sólo mantengo que se le debe entregar en expiación por la ruptura del tratado sino que, incluso aunque no se hubiera presentado demanda alguna para entregarle, considero que se le debe deportar al rincón más alejado de la Tierra, exiliado a algún lugar donde no nos alcance noticia alguna de él, ninguna mención de su nombre, y donde le resulte imposible perturbar el bienestar y la tranquilidad de nuestro Estado. Esto es, pues, lo que propongo: Que se envíe de inmediato una embajada a Roma para informar al Senado de nuestro cumplimiento de cuanto exigen, y una segunda a Aníbal ordenándole que retire su ejército de Sagunto y que se entregue luego a los romanos, de acuerdo con los términos del tratado; y propongo también que una tercera delegación sea enviada para compensar a los saguntinos.

[21.11] Cuando Hanón se sentó nadie consideró necesario dar ninguna respuesta, tan absolutamente estaba el Senado, a una, del lado de Aníbal. Acusaron a Hanón de hablar en un tono más hostilmente intransigente del que había empleado Valerio Flaco, el embajador romano. La respuesta que se decidió dar a las demandas romanas fue que la guerra había sido iniciada por los saguntinos, no por Aníbal, y que el pueblo romano cometería un acto de injusticia si tomaban parte por los saguntinos contra sus antiguos aliados, los cartagineses[2]. Mientras que los romanos perdían el tiempo enviando embajadores, las cosas permanecían tranquilas alrededor de Sagunto. Los hombres de Aníbal estaban fatigados por los combates y las labores de asedio, y tras situar destacamentos de guardia junto a los manteletes y las demás máquinas militares, concedió a su ejército unos días de asueto. Empleó este intervalo en animar el valor de sus hombres incitándoles contra el enemigo y encendiéndoles con la perspectiva de recompensas. Después que él hubiera concedido, en presencia de sus tropas reunidas, que el botín de la ciudad se les daría a ellos, estaban en un estado tal de excitación que si hubiera dado en ese instante la señal parecería imposible que nadie les resistiese. En cuanto a los saguntinos, a pesar de que tuvieron un respiro del combate durante algunos días, sin hacer ni recibir ataques, se dedicaron a reforzar sus defensas continuamente, de día y de noche, de manera que completaron una nueva muralla en el lugar donde la caída de la antigua había dejado expuesta a la ciudad.

El asalto se reanudó con mayor vigor que nunca. Por todas partes resonaba un clamor de gritos confusos, de manera que resultaba difícil determinar dónde se debían prestar refuerzos más rápidamente o dónde eran más necesarios. Aníbal estuvo presente en persona para alentar a sus hombres, que llevaban una torre sobre rodillos que sobrepasaba todas las fortificaciones de la ciudad. Se habían colocado catapultas y ballestas en todos sus pisos y, tras acercarla a las murallas, las limpió de defensores. Aprovechando su oportunidad, Aníbal ordenó a unos quinientos soldados africanos que minaran la muralla con dolabras, una tarea fácil pues las piedras no estaban fijadas con cemento, sino con capas de barro entre las hileras, según el modo antiguo de construir. La mayor parte de ella, por lo tanto, caía conforme se cavaba, y a través de los huecos entraron los guerreros armados en la ciudad. Se apoderaron de cierto terreno elevado y, tras concentrar allí sus catapultas y ballestas, las encerraron con un muro para disponer de un castillo, de hecho, dentro de la ciudad, que la dominase como una ciudadela. Los saguntinos, por su parte, construyeron una muralla interior alrededor de la parte de la ciudad que aún no había sido capturada. Ambas partes siguieron fortificándose y combatiendo con la mayor energía, pero, al tener que defender la parte interior de la ciudad, los saguntinos reducían continuamente sus dimensiones. Además de esto, hubo

2 Debe recordarse que, más allá de la leyenda que relaciona a Dido, reina de Cartago, con Eneas, el 509 a.C. se había firmado un tratado entre ambas ciudades y otro en el 348 a.C.; ver Libro 7,27.- N. del T.

una creciente escasez de todo conforme se prolongaba el asedio y disminuía la expectativa de ayuda externa; los romanos, su única esperanza, estaban demasiado lejos y todo lo que había a su alrededor estaba en manos enemigas. Durante unos días, los decaídos ánimos revivieron por la repentina partida de Aníbal en una expedición contra los oretanos y los carpetanos. La forma rigurosa en que se habían alistado las tropas de estas dos tribus produjo gran malestar y habían mantenido a los oficiales que supervisaban el alistamiento prácticamente como prisioneros. Se temía una revuelta general, pero la rapidez de los inesperados movimientos de Aníbal les tomó por sorpresa y abandonaron su actitud hostil.

[21.12] El ataque contra Sagunto no se debilitó; Maharbal, el hijo de Himilcón, a quien Aníbal había dejado al mando, prosiguió las operaciones con tal energía que la ausencia del general no fue sentida ni por amigos ni por enemigos. Luchó con éxito en varias acciones y con la ayuda de tres arietes derribó una porción considerable de muralla; al regreso de Aníbal le mostró el terreno cubierto por los derrumbes. El ejército fue llevado en seguida al asalto de la ciudadela; dio comienzo un desesperado combate, con grandes pérdidas por ambas partes, y se capturó una porción de la ciudadela. Se hicieron luego intentos por conseguir la paz, aunque con muy pocas esperanzas de éxito. Dos hombres se encargaron de la misión, Alcón, un saguntino, y Alorco, un hispano. Alcón, pensando que sus ruegos pudieran tener algún efecto, cruzó hacia donde estaba Aníbal por la noche, sin el conocimiento de los saguntinos. Cuando vio que no iba a conseguir nada con sus lágrimas y que las condiciones ofrecidas eran duras y severas, como las de un vencedor exasperado por la resistencia, abandonó el papel de suplicante y desertó al enemigo, alegando que cualquiera que presentase a los sitiados aquellos términos encontraría la muerte. Las condiciones consistían en que restituyesen sus propiedades a los turdetanos, que entregasen todo el oro y la plata y que los habitantes saliesen con una sola prenda de ropa y morasen donde los cartagineses les ordenaran. Como Alcón insistiera en que los saguntinos no aceptarían la paz en tales términos, Alorco, convencido, como dijo, de que cuando todo lo demás se ha perdido también se pierde el valor, se encargó de mediar por una paz bajo aquellas condiciones. Por entonces, él era uno de los soldados de Aníbal, pero fue reconocido como huésped y amigo por la ciudad de Sagunto. Comenzó su misión, entregó su arma ostensiblemente a la guardia, cruzó las líneas y fue llevado, tras solicitarlo, ante el pretor de Sagunto. Una multitud, procedente de todas las clases sociales, se reunió prontamente y tras haberse despejado el paso, Alorco fue llevado en audiencia ante el Senado. Se les dirigió en los siguientes términos:

[21.13] *Si vuestro conciudadano, Alcón, hubiera mostrado la misma valentía para traeros de vuelta las condiciones por las que Aníbal os concede la paz que la que demostró al ir junto a él a pedirla, este viaje mio habría sido innecesario. No vengo ante vosotros ni como defensor de Aníbal ni como desertor. Pero ya que él se ha quedado con el enemigo, sea por vuestra culpa o por la suya, por la suya si su miedo era fingido o por la vuestra si quienes os dicen la verdad arriesgan la vida, he venido hasta vosotros por los viejos lazos de hospitalidad que existe hacen tanto entre nosotros, para no dejaros en la ignorancia del hecho de que existen ciertas condiciones mediante las que podéis aseguraros la paz y conservar vuestras vidas. Ahora bien, que es por vuestro bien y no en nombre de cualquier otra persona lo que ahora diré se demuestra por el hecho de que, mientras tuvisteis la fuerza para sostener una resistencia con éxito y esperanzas de recibir ayuda de Roma, nunca dije una sola palabra sobre acordar la paz. Pero ahora que ya no esperáis nada de Roma, ahora que ni vuestras armas ni vuestras murallas bastan para protegeros, os traigo una paz más forzada por vuestra necesidad que recomendable por la justeza de sus condiciones. Así las esperanzas de paz, por débiles que sean, dependen de que aceptéis como hombres conquistados los términos que Aníbal, como conquistador, impone, y que no consideréis lo que os toma como un daño, pues todo queda a la merced del vencedor, sino que veáis cuanto os deja como un regalo suyo. La ciudad, cuya mayor parte yace en ruinas, y cuya mayor parte él ha capturado, os la quita;*

vuestros campos y tierras os los deja; y él os asignará un lugar donde podréis construir una nueva ciudad. Ordena que todo el oro y la plata, tanto el perteneciente al Estado como el de los individuos privados, se le entregue; a vuestras familias y a vuestras esposas e hijos les garantiza la inviolabilidad a condición de que consintáis en abandonar Sagunto con solo dos piezas de ropa y sin armas. Estas son las demandas de vuestro enemigo victorioso; pesadas y amargas como resultan, vuestra miserable situación os urge a aceptarlas. No carezco de esperanzas de que, cuando todo haya pasado a su poder, él relaje algunas de estas condiciones, pero considero que aún así debéis someteros a ellas en vez de permitir que seáis masacrados y que vuestras esposas e hijos sean capturados y arrebatados ante vuestros ojos.

[21.14] Una gran multitud se había ido reuniendo poco a poco para escuchar al orador, y la Asamblea Popular se había mezclado con el Senado; los principales ciudadanos, sin advertencia previa, se retiraron sin dar ninguna contestación. Recogieron todo el oro y la plata, tanto de procedencia pública como privada, lo llevaron al Foro donde habían dispuesto apresuradamente un fuego, arrojándolo todo a las llamas y saltando luego la mayoría de ellos en ellas. El terror y la confusión que esto produjo en toda la ciudad se vieron acentuados por el ruido de un tumulto que venía en dirección de la ciudadela. Una torre, tras mucho maltrato, había caído, y por la brecha abierta por este derrumbe avanzó al ataque una cohorte cartaginesa que indicó a su comandante que los puestos de avanzada y las guardias habían desaparecido y que la ciudad estaba sin protección. Aníbal pensó que debía aprovechar la oportunidad y actuar con prontitud. Atacando con toda su fuerza, se apoderó de la ciudad en un momento. Se habían dado órdenes de matar a todos los jóvenes; una orden cruel, pero inevitable en aquellas circunstancias, como luego se vio; pues ¿a quién habría sido posible perdonar de los que se encerraron con sus esposas e hijos y quemaron sus casas sobre ellos, o que si luchaban lo harían hasta la muerte?

[21.15] Se encontró una enorme cantidad de botín en la ciudad capturada. Aunque la mayor parte de este había sido deliberadamente destruido por sus propietarios y los enfurecidos soldados apenas hicieron distinción de edad en la masacre general, y tras entregarles todos los prisioneros, aún así es seguro que se consiguió alguna cantidad por la venta de los bienes que se capturaron, siendo enviados los muebles y vestidos más valiosos a Cartago. Algunos autores afirman que Sagunto fue tomada al octavo mes de asedio y que Aníbal llevó a su fuerza desde allí hasta Cartagena para invernar, ocurriendo su llegada a Italia cinco meses después. De ser así, resulta imposible que hubieran sido Publio Cornelio y Tiberio Sempronio los cónsules ante quienes fueron enviados los embajadores saguntinos al principio del asedio y que, después, estando aún en el cargo, combatieron contra Aníbal, uno de ellos en el Ticino y los dos, un poco después, en el Trebia. O sucedieron todos estos sucesos en un periodo más corto o no dio comienzo el asedio al empezar su año en el cargo *(218 a.C.)*, sino que fue entonces cuando se tomó la ciudad. Porque la batalla del Trebia no pudo haber tenido lugar tan tarde como en el año en que Cneo Servilio y Cayo Flaminio detentaron el cargo *(217 a.C.)*, pues Cayo Flaminio tomó posesión de su consulado en Ariminum y su elección se celebró bajo el cónsul Tiberio Sempronio, que llegó a Roma tras la batalla del Trebia para celebrar las elecciones consulares y, tras hacerlo, volvió junto a su ejército en los cuarteles de invierno.

[21.16] Los embajadores que habían sido enviados a Cartago, a su regreso a Roma, informaron del espíritu hostil que se respiraba. Casi el mismo día en que regresaron llegó la noticia de la caída de Sagunto, y fue tal la angustia del Senado por el cruel destino de sus aliados, tal fue su sentimiento de vergüenza por no haberles enviado ayuda, su ira contra los cartagineses y su inquietud por la seguridad del Estado, pues les parecía como si el enemigo estuviese ya a sus puertas, que no se sentían con ánimos para deliberar, agitados como estaban por tan contradictorias emociones. Había motivos suficientes para la alarma. Nunca se habían enfrentado a un enemigo

más activo ni más combativo, y nunca había estado la república romana más falta de energía ni menos preparada para la guerra. Las operaciones contra los sardos, corsos e istrios, además de aquellas contra los ilirios, habían sido más una molestia que un entrenamiento para los soldados de Roma; contra los galos se mantuvo una lucha inconexa más que una guerra en regla. Pero los cartagineses, un enemigo veterano que durante veintitrés años había prestado un duro y áspero servicio entre las tribus hispanas, y que siempre había salido victorioso, acostumbrados a un general vigoroso, estaban ahora cruzando el Ebro, recién saqueada una muy rica ciudad, y traían con ellos a todas aquellas tribus hispanas, ansiosas de pelea. Estas levantarían a las distintas tribus galas, que siempre estaban dispuestas a tomar las armas; los romanos tendrían que luchar contra todo el mundo y combatir ante las murallas de Roma.

[21.17] Ya se habían decidido los escenarios de las campañas; a los cónsules se les ordenó echarlos a suertes. Hispania correspondió a Cornelio y África a Sempronio. Se resolvió que se debían alistar seis legiones durante ese año; los aliados deberían aportar tantos contingentes como considerasen necesarios los cónsules y se fletaría una armada tan grande como se pudiera; se llamó a veinticuatro mil romanos de infantería y mil ochocientos de caballería; los aliados aportaron cuarenta mil de infantería y cuatro mil cuatrocientos de caballería; también se alistó una flota de doscientos veinte quinquerremes de guerra y veinte buques ligeros. La cuestión se presentó formalmente ante la Asamblea: ¿Era su deseo y voluntad que se declarase la guerra contra el pueblo de Cartago? Cuando esto se decidió, se realizó una rogativa especial; la procesión marchó por las calles de la Ciudad ofreciendo oraciones en los distintos templos para que los dioses concedieran una próspero y feliz término a la guerra que el pueblo de Roma acababa de ordenar. Las fuerzas se dividieron entre los cónsules de la siguiente manera: se asignaron a Sempronio dos legiones, cada una compuesta por cuatro mil soldados de infantería y trescientos de caballería, así mismo se le asignaron dieciséis mil de infantería y mil ochocientos de caballería de los contingentes aliados. De las naves grandes se le destinaron ciento sesenta y doce de las ligeras. Con esta fuerza combinada, terrestre y naval, se le envió a Sicilia con órdenes de cruzar a África si el otro cónsul tenía éxito impidiendo que los cartagineses invadieran Italia. A Cornelio, por el contrario, se le proporcionó una fuerza más pequeña, pues Lucio Manlio, el pretor, había sido también enviado a la Galia con un grupo de tropas bastante fuerte. La flota de Cornelio era más débil pues tenía sólo 60 buques de guerra, porque nunca se pensó que el enemigo viniera por mar o emplease su armada con fines ofensivos. Su fuerza terrestre estaba compuesta por dos legiones romanas, con su complemento de caballería, así como catorce mil infantes y mil seiscientos jinetes aliados. La provincia de la Galia era ocupada por dos legiones romanas y diez mil infantes aliados junto a seiscientos jinetes romanos y mil aliados. Estas eran las fuerzas desplegadas para la Guerra Púnica.

[21.18] Cuando se terminaron estos preparativos y para que antes de comenzar la guerra se hiciera todo ajustado a derecho, se envió una embajada a Cartago. Los escogidos eran hombres de edad y experiencia: Quinto Fabio, Marco Livio, Lucio Emilio, Cayo Licinio y Quinto Bebio. Se les encargó que preguntasen si Aníbal había atacado Sagunto con la sanción del Consejo público; y si, como parecía lo más probable, los cartagineses admitían que así era y procedían a defender su acto, los embajadores romanos debían declarar formalmente la guerra a Cartago. Tan pronto como arribaron a Cartago se presentaron ante el Senado. Quinto Fabio debía, de acuerdo con sus instrucciones, exponer simplemente la cuestión de la responsabilidad del gobierno, cuando uno de los miembros presentes dijo: *Ya se adelantó bastante vuestra anterior embajada al exigir la entrega de Aníbal sobre la base de que estaba atacando Sagunto bajo su propia autoridad; pero la vuestra ahora, más templada, resulta en realidad más dura. Porque en aquella ocasión fue Aníbal, cuyos actos denunciasteis y cuya entra exigisteis; ahora buscáis forzarnos a una declaración de culpabilidad e insistís en obtener una satisfacción inmediata, como hombres que admiten su error. No obstante, considero que la cuestión no es si el ataque a Sagunto fue un acto de política oficial o*

sólo el de un ciudadano particular, sino si estaba o no justificado por las circunstancias. Es cosa nuestra investigar y proceder contra un ciudadano cuando hace algo bajo su propia autoridad; para vosotros la única cuestión a discutir es si sus actos son compatibles con los términos del tratado. Ahora bien, ya que vosotros deseáis establecer una distinción entre lo que hacen nuestros generales con aprobación del Senado y lo que hacen por iniciativa propia, debéis recordar que el tratado con nosotros fue hecho por vuestro cónsul, Cayo Lutacio, y mientras que hacía disposiciones para salvar los intereses de los aliados de ambas naciones, no hacía ninguna respecto a los saguntinos, pues ellos no eran vuestros aliados por entonces. Pero, diréis, por el tratado concluido con Asdrúbal los saguntinos quedaban exentos de ser atacados. Os opondré a esto vuestros propios argumentos. Nos dijisteis que rehusabais veros obligados por el tratado que vuestro cónsul, Cayo Lutacio, concluyó con nosotros porque no fue aprobado ni de los Patres ni por la Asamblea. Vuestro consejo público efectuó, en consecuencia, un nuevo tratado. Ahora bien, si ningún tratado tiene carácter vinculante para vosotros a menos que se hayan hecho con la autoridad de vuestro Senado o por orden de vuestra Asamblea, nosotros, por nuestra parte, no podemos obligarnos por un tratado pactado por Asdrúbal y que se hizo sin nuestro conocimiento. Dejad todas las alusiones a Sagunto y al Ebro, y hablad claramente sobre lo que habéis estado tanto tiempo incubando secretamente en vuestras mentes. Entonces el romano, recogiendo su toga, les dijo: *Aquí os traemos la guerra y la paz, tomad la que gustéis*. Se encontró con un grito desafiante y se le contestó altaneramente que diera él lo que prefiriese; y cuando, dejando caer los pliegues de su toga, les dijo que les daba la guerra, ellos le replicaron que aceptaban la guerra y que la llevarían con el mismo ánimo que la aceptaban.

[21.19] Esta pregunta directa y la amenaza de la guerra parecía estar más en consonancia con la dignidad de Roma que discutir sobre tratados; ya lo parecía antes de la destrucción de Sagunto, y más aún después. Pues, si hubiera sido una cuestión a discutir, ¿qué base había para comparar el tratado de Asdrúbal con el anterior de Lutacio que se había modificado? En el de Lutacio se decía expresamente que sólo obligaría si el pueblo lo aprobaba, mientras que en el de Asdrúbal no existía tal cláusula de salvaguardia. Además, el tratado había sido observado en silencio durante sus muchos años de vida y quedó por ello tan ratificado que, aún tras la muerte de su autor, ninguno de sus artículos fue alterado. Pero incluso si basasen su posición sobre el tratado anterior, el de Lutacio, los saguntinos quedaban lo bastante protegidos al haberse exceptuado a los aliados de ambas partes de cualquier acto hostil; porque nada se decía sobre *los que fueran entonces sus aliados* o sobre excluir *a cualquiera con quien se formase después una alianza*. Y puesto que se permitía a ambas partes formar nuevas alianzas, ¿quién creería que resultaría un acuerdo justo el que ninguno pudiera formalizar con otros una alianza con independencia de su mérito, o que cuando hubieran sido admitidos como aliados no se les pudiera proteger con lealtad, sobre el entendimiento de que los aliados de los cartagineses no debían ser inducidos a rebelión ni recibir a quienes hicieran defección por propia voluntad?

Los embajadores romanos, de acuerdo con sus instrucciones, marcharon a Hispania con el propósito de visitar a las diferentes ciudades y llevarlas a una alianza con Roma o, al menos, que abandonasen a los cartagineses. Los primeros ante quienes se presentaron fueron los bargusios, que estaban cansados de la dominación púnica y les recibieron favorablemente; su éxito aquí excitó un deseo de cambio entre muchas de las tribus de allende el Ebro. Llegaron después junto a los volcianos, y la respuesta que les dieron fue ampliamente conocida en toda Hispania y determinó que el resto de tribus estuvieran en contra de una alianza con Roma. Esta contestación fue dada por el más anciano de su consejo nacional en los términos siguientes: *¿No os avergüenza, romanos, pedir que tengamos amistad con vosotros en vez de con los cartagineses, en vista de cuánto han sufrido por vuestra culpa vuestros aliados, a quienes traicionasteis con más crueldad que la que sufrieron de los cartagineses, sus enemigos? Os aconsejo que busquéis aliados donde no se haya oído nunca hablar de Sagunto; los pueblos de Hispania ven en las ruinas de Sagunto una triste y contundente*

advertencia en contra de confiar en ninguna alianza con Roma. Se les ordenó entonces perentoriamente que abandonasen el territorio de los volcianos, y desde aquel momento ningún consejo de Hispania les dio nunca una respuesta favorable. Después de esta misión infructuosa en Hispania, cruzaron a la Galia.

[21.20] Aquí se encontraron ante sus ojos con una visión extraña y espantosa; los hombres acudieron al consejo completamente armados, como era la costumbre del país. Cuando los romanos, tras ensalzar la fama y el valor del pueblo romano y la grandeza de su dominio, pidieron a los galos que no permitieran que los invasores cartagineses pasasen por sus campos y ciudades, les interrumpieron estallando en tales risas que los magistrados y miembros más ancianos del consejo apenas pudieron contener a los hombres más jóvenes. Pensaban que era una demanda estúpida e insolente pedir que los galos, para que la guerra no se extendiera a Italia, se volviesen contra ellos mismos y expusieran sus propias tierras al saqueo en vez de las de los otros. Después de restablecerse la calma, se respondió a los embajadores que ni los romanos les habían prestado ningún servicio ni los cartagineses les habían hecho ninguna ofensa, ni como para tomar las armas en favor de Roma ni en contra de los cartagineses. Por otra parte, habían oído que hombres de su raza estaban siendo expulsados de Italia, que se les hacía pagar tributo y se les sometía a muchas indignidades. Su experiencia se repitió en los demás consejos de la Galia, en ninguna parte escucharon una palabra amable o lo bastante pacífica hasta que llegaron a Massilia. Allí se les expuso cuidadosa y honestamente cuanto sus aliados habían averiguado: se les informó de que los intereses de los galos habían sido ya garantizados por Aníbal; pero ni siguiera él les habría hallado muy dispuestos, por su naturaleza salvaje e indomable, a menos que se hubiera ganado también a sus jefes con oro, algo que aquella nación siempre apetecía. Después de atravesar así Hispania y las tribus de la Galia, los embajadores regresaron a Roma no mucho después de que los cónsules hubiesen partido a sus respectivas provincias. Encontraron la Ciudad entera esperando la guerra, pues se escuchaban persistentes rumores de que los cartagineses habían cruzado el Ebro.

[21.21] Tras la captura de Sagunto, Aníbal se retiró a sus cuarteles de invierno en Cartagena. Allí le llegaron los informes de cuanto ocurría en Roma y Cartago y se enteró de que él era, además del general que iba a dirigir la guerra, el único responsable de su estallido. Como retrasarse más resultaría muy inconveniente, vendió y distribuyó el resto del botín, convocó a todos aquellos de sus soldados que eran de sangre hispana y se dirigió a ellos de la siguiente manera: *Creo que vosotros mismos, aliados, reconoceréis que, ahora que hemos reducido todos los pueblos de Hispania, no nos queda más que poner fin a nuestras campañas y licenciar nuestros ejércitos o llevar nuestras guerras a otras tierras. Si tratamos de ganar botín y gloria de otras naciones, estos pueblos disfrutarán no solo de las bendiciones de la paz, sino también de los frutos de la victoria. Dado que, por lo tanto, nos esperan campañas lejos de casa, y no se sabe cuando volvéis a ver vuestras casas y cuanto os es querido, os concedo licencia para que todo el que lo desee pueda visitar a su gente amada. Debéis volver a reuniros a principio de la primavera, para que podamos, con la benevolente ayuda de los dioses, dedicarnos a una guerra que nos proporcionará inmenso botín y nos cubrirá de gloria.* Todos ellos agradecieron la oportunidad, ofrecida tan espontáneamente, de visitar sus hogares tras una ausencia tan larga y en previsión de una ausencia aún más duradera. El descanso invernal, tras sus últimos esfuerzos y antes de los aún mayores que habrían de hacer, restauró sus facultades mentales y físicas, fortaleciéndoles de cara a las nuevas pruebas.

En los primeros días de la primavera se reunieron conforme a las órdenes. Después de revistar la totalidad de los contingentes nativos, Aníbal fue a Gades, donde cumplió sus promesas a Hércules, y se comprometió a sí mismo con nuevos votos a esa deidad en el caso de que su empresa tuviera éxito. Como África sería vulnerable a los ataques procedentes de Sicilia durante su larga marcha a través de Hispania y las dos Galias hasta Italia, decidió asegurar aquel país con una fuerte guarnición. Para ocupar su lugar requirió tropas de África, una fuerza consistente principalmente

infantería ligera. Habiendo transferido así africanos a Hispania e hispanos a África, esperaba que los soldados de cada procedencia prestaran así un mejor servicio, estado obligados por obligaciones recíprocas. La fuerza que despachó a África consistió en trece mil ochocientos cincuenta infantes hispanos con cetras[3] y ochocientos setenta honderos baleáricos, junto a un cuerpo de mil doscientos jinetes procedentes de muchas tribus. Esta fuerza estaba destinada en parte a la defensa de Cartago y en parte a distribuirse por el territorio africano. Al mismo tiempo, se enviaron oficiales de reclutamiento por diversas ciudades; ordenó que unos cuatro mil jóvenes escogidos de los alistados fueran llevados a Cartago para reforzar su defensa y también como rehenes que garantizasen la lealtad de sus pueblos.

[21.22] Las mismas previsiones hubieron de hacerse en Hispania, tanto más cuanto que Aníbal era plenamente consciente de que los embajadores romanos habían ido por todo el país para ganarse a los jefes de las diversas tribus. Puso al mando a su enérgico y capaz hermano, Asdrúbal, y le asignó un ejército compuesto principalmente por tropas africanas: once mil ochocientos cincuenta de infantería africana, trescientos ligures y quinientos baleares. A estos infantes auxiliares añadió cuatrocientos cincuenta de caballería libio-púnica (raza mezcla de púnicos y africanos), unos mil ochocientos númidas y moros, habitantes de la orilla del océano y un pequeño grupo montado de trescientos ilergetes alistados en Hispania. Finalmente, para su sus fuerzas terrestres estuviera completa en todas sus partes, asignó veintiún elefantes. La protección de la costa precisaba una flota, y como era natural suponer que los romanos emplearían nuevamente este arma, con la que habían logrado antes victorias, destinó una flota de cincuenta y siete buques, incluyendo cincuenta quinquerremes, dos cuadrirremes y cinco trirremes, aunque únicamente estaban dispuestas y pertrechadas de remos treinta y dos quinqueremes y los cinco trirremes. Desde Gades volvió a los cuarteles de invierno de su ejército en Cartagena, y desde Cartagena comenzó su marcha hacia Italia. Pasando por la ciudad de Onusa, marchó a lo largo de la costa hasta el Ebro. Dice la leyenda que mientras estaba allí detenido, vio en sueños a un joven de apariencia divina que le dijo que le había enviado Júpiter para que actuase como guía a Aníbal en su marcha a Italia. Debía, por tanto, seguirle y no apartar los ojos de él. Al principio, lleno de asombro, lo siguió sin mirar a su alrededor ni hacia atrás, pero como la curiosidad instintiva le impulsaba a preguntarse qué era lo que le estaba prohibido mirar a sus espaldas, ya no pudo controlar sus ojos. Vio detrás de él una serpiente grande y maravillosa, que se movía derribando árboles y arbustos frente a ella, mientras a su paso levantaba una tempestad de truenos. Él le preguntó qué significaba aquel maravilloso portento y se le dijo que era la devastación de Italia; que tenía que seguir adelante sin hacer más preguntas y dejar que su destino permaneciera oculto.

[21.23] Complacido por esta visión, procedió a cruzar el Ebro con su ejército, en tres grupos, tras enviar hombres por adelantado para asegurarse con sobornos la buena voluntad de los habitantes galos en sus lugares de cruce y también para reconocer los pasos de los Alpes. Llevó noventa mil de infantería y doce mil de caballería a través del Ebro. Su siguiente paso fue someter a los ilergetes, los bargusios y a los ausetanos, así como el territorio de la Lacetania que se encuentra a los pies de los Pirineos. Puso a Hanón al mando de toda la línea de costa para asegurar el paso que conecta Hispania con la Galia, y le dio un ejército de diez mil infantes para mantener el terreno y mil de caballería. Cuando su ejército comenzó el paso de los Pirineos y los bárbaros vieron que era cierto el rumor de que les llevaban contra Roma, tres mis carpetanos desertaron. Se dio a entender que les indujo a desertar no tanto la perspectiva de la guerra como la duración de la marcha y la imposibilidad de cruzar los Alpes. Como hubiera sido peligroso exigirles volver o tratar de detenerlos por la fuerza, por si se levantaban los ánimos del resto del ejército, Aníbal envió de regreso a sus casas a más de siete mil hombres que, según había descubierto por sí mismo, estaban

3 Escudo de entre 50 y 70 centímetros, de cuero o madera forrada de cuero; el término castellano "cetra" traduce exactamente el "caetra" latino original.- N. del T.

cansados de la campaña; al mismo tiempo hizo parecer que los carpetanos habían sido despedidos por él.

[21.24] A continuación, para evitar que sus hombres se desmoralizasen con más retrasos e inactividad, cruzó los Pirineos con el resto de su fuerza y fijó su campamento en la ciudad de Iliberri. A los galos se les dijo que esta guerra era contra Italia, pero como habían oído que los hispanos de más allá de los Pirineos habían sido subyugados por la fuerza de las armas y que se habían dispuesto fuertes guarniciones en sus ciudades, varias tribus, temiendo por su libertad, le levantaron en armas y se reunieron en Ruscino. Al recibir la noticia de este movimiento, Aníbal, temiendo más el retraso que las hostilidades, envió mensajeros a sus jefes para decirles que estaba deseando reunirse con ellos, y que podían ellos llegarse hasta por temor a retrasar más de las hostilidades, envió a los portavoces de sus jefes para decir que él estaba ansioso de una conferencia con ellos, y bien podrían acercarse a Iliberri, o él se acercaría Ruscino para facilitar su reunión, para que con mucho gusto recibirlos en su campo o que se vaya a ellos sin pérdida de tiempo. Había llegado a la Galia como amigo, no como enemigo, y a menos que los galos le obligaran, no desenvainaría la espada hasta llegar a Italia. Esta fue la propuesta hecha por los enviados, pero cuando los galos hubieron, sin ninguna vacilación, trasladado su campamento a Iliberri, fueron ganados mediante sobornos y permitieron al ejército un paso libre y expedido por su territorio, bajo las mismas murallas de Ruscino.

[21.25] Ninguna noticia, entre tanto, había llegado a Roma aparte de los hechos advertidos por los mensajeros massaliotas, es decir, que Aníbal había cruzado el Ebro. A esto, como si Aníbal ya hubiera cruzado los Alpes, los boyos, tras sublevar a los ínsubros, se alzaron en rebelión, no tanto a consecuencia de su vieja y permanente enemistad contra Roma sino por su reciente agresión. Grupo de colonos fueron asentados en territorio galo del valle del Po, en Placentia y Cremona, produciendo gran irritación. Tomando las armas, efectuaron un ataque sobre el territorio que estaba, de hecho, siendo repartido en aquel momento, y produjeron tal terror y confusión que no solo los agricultores, sino incluso los triunviros romanos que se dedicaban a la demarcación de las parcelas, huyeron hacia Mutina al no sentirse seguros tras murallas de Placentia. Los triunviros eran Cayo Lutacio, Cayo Servilio y Marco Anio. No hay duda en cuanto al nombre de Lutacio, pero en vez de Anio y Servicio algunos analistas citan a Manlio Acilio y Cayo Herenio, y otros mencionan a Publio Cornelio Asina y Cayo Papirio Maso. También hay dudas sobre si se trataba de los embajadores que se enviaron a los boyos para protestar o si eran los triunviros quienes fueron atacados mientras repartían el terreno. Los galos asediaron Mutina, pero como les resultaba extraño el arte de dirigir asedios y eran demasiado indolentes para acometer la construcción de obras militares, se contentaron con bloquear la ciudad sin causar ningún daño en las murallas. Por fin, fingieron que estaban dispuestos a discutir los términos de la paz, y los emisarios fueron invitados por los jefes galos a una conferencia. Allí fueron detenidos, en violación directa no sólo del derecho de gentes, sino del salvoconducto que habían concedido para la ocasión. Después de haberles apresado, los galos dijeron que no les liberarían hasta que no se les devolviesen sus rehenes.

Cuando llegaron noticias de que los enviados estaban presos y Mutina y su guarnición en peligro, Lucio Manlio, el pretor, ardiendo de ira, llevó su ejército en varios cuerpos hasta Mutina. La mayor parte del país estaba sin cultivar en ese momento y el camino pasaba por un bosque. Avanzó sin mandar exploradores y cayó en una emboscada, de la cual, tras sufrir considerables pérdidas, se abrió paso con dificultad hacia terreno más abierto. Aquí se fortificó, y como los galos consideraron que sería inútil atacarlo allí, el valor de sus hombres revivió, aunque era bastante seguro que habían caído más de quinientos. Reanudaron su marcha, y mientras fueron por terreno abierto no vieron enemigo alguno; cuando entraron de nuevo en el bosque su retaguardia fue atacada, provocando gran confusión y pánico. Perdieron setecientos hombres y seis estandartes. Cuando por fin salieron de la selva intrincada y sin caminos, dieron fin las tácticas aterradoras de

los galos y el salvaje pánico de los romanos y enredado no era un fin a las tácticas aterrador de las Galias y la alarma silvestres de los romanos. No tuvieron dificultad en repeler los ataques una vez llegados a campo abierto, y se dirigieron a Taneto, un lugar cerca del Po. Aquí se fortificaron rápidamente y, ayudado por el abastecimiento fluvial y por los galos de Brixia, mantuvo el terreno contra un enemigo cuyo número aumentaba a diario.

[21.26] Cuando llegó noticia de este repentino levantamiento y el Senado se dio cuenta de que enfrentaban una guerra gala además de la guerra con Cartago, ordenaron a Cayo Atilio, el pretor, que fuera a relevar a Manlio con una legión romana y cinco mil hombres alistados recientemente por el cónsul de entre los aliados. Como el enemigo, temeroso de enfrentarse con estos refuerzos, se había retirado, Atilio llegó a Taneto sin combatir. Después de alistar una nueva legión para sustituir a la que se había enviado con el pretor, Publio Cornelio Escipión se hizo a la mar con sesenta grandes naves y costeó por las orillas de Etruria y Liguria, pasando las montañas de los saluvios hasta llegar a Massalia. Allí desembarcó sus tropas en la primera boca del Ródano a la que llegó (el río desemboca en el mar por varios brazos) y dispuso su campamento fortificado, apenas capaz de creer que Aníbal había superado el obstáculo de los Pirineos. Sin embargo, cuando comprendió que este ya estaba considerando cruzar el Ródano, sintiéndose indeciso sobre dónde podría encontrarle y deseando dar tiempo a sus hombres para recobrarse de los efectos del viaje, envió por delante una fuerza selecta de trescientos jinetes acompañados por guías masssaliotas y galos amigos para explorar el país en todas direcciones y descubrir, si era posible, al enemigo.

Aníbal había superado la oposición de las tribus nativas, fuera mediante el miedo o con sobornos, y había llegado al territorio de los volcas. Se trataba de una tribu poderosa que habitaba el país a ambos lados del Ródano pero, desconfiando de su capacidad para detener a Aníbal en el lado del río más cercano a él, decidieron convertir al río en una barrera y trasladaron a casi toda la población al otro lado, donde se prepararon para resistir con las armas. El resto de la población del río, y también la de los propios volcas, que aún seguían en sus hogares, fue inducida con regalos para que reuniesen botes de ambas orillas y ayudasen en la construcción de otras, estimulados sus esfuerzos por el deseo de deshacerse lo antes posible de tan gravosa e inmensa multitud. Así que se reunió una enorme cantidad de botes y naves de toda clase, como las que usaban en sus viajes arriba y abajo del río; los galos fabricaron otras nuevas ahuecando troncos de árboles y luego los mismos soldados, viendo la abundancia de madera y la facilidad con que se construían, se dieron a construir toscas canoas, contentándose con que flotasen y llevasen la carga de sus pertenencias y a sí mismos.

[21.27] Todo estaba listo para el cruce, pero toda la orilla opuesta estaba ocupada por nombres montados y desmontados, preparados para impedir el paso. Con el fin de desalojarlos, en la primera guardia nocturna Aníbal envió a Hanón, el hijo de Bomílcar, con una división compuesta principalmente de hispanos, a un día de marcha río arriba. Debía aprovechar la primera oportunidad de cruzar sin ser visto, y luego llevaría sus hombres por una ruta que rodeara al enemigo para atacarlo en el momento adecuado por la espalda. Los galos que llevaban como guías informaron a Hanón de que unas veinticinco millas río arriba, una pequeña isla dividía el río en dos y que el cauce, por tanto, tenía menor profundidad. Cuando llegaron al lugar, cortaron madera a toda prisa y construyeron balsas sobre las que hombres y caballos pudieran ser transportados. Los hispanos no tuvieron problemas; arrojaron sus vestidos sobre odres, pusieron sus cetras encima y apoyándose en estos flotadores cruzaron a nado. El resto del ejército pasó sobre balsas atadas, y después de acampar cerca de la orilla se tomaron un día de descanso tras el trabajo de construir botes y el paso nocturno; su general, entre tanto, esperaba ansioso la oportunidad de poner en práctica su plan. Se pusieron en marcha al día siguiente y, prendiendo un fuego en un cierto terreno elevado, señalizaron con la columna de humo que habían cruzado el río y que no estaban muy lejos. Tan pronto como Aníbal recibió la señal, aprovechó la ocasión y dio de inmediato la orden de cruzar el río. La infantería había preparado balsas y botes, y la caballería pasaba en barcazas al lado de los caballos

que iban nadando. Se amarró río arriba, a poca distancia, una fila de barcos de gran tamaño para romper la fuerza de la corriente, los hombres cruzaron, por tanto, en embarcaciones más pequeñas sobre aguas tranquilas. La mayoría de los caballos fueron remolcados a popa y nadando, otros fueron llevados en barcazas, ensillados y embridados con el fin de estar disponibles para la caballería en el momento que desembarcaran.

[21.28] Los galos se congregaron junto a la orilla, con sus gritos y canciones tradicionales de guerra, agitando sus escudos sobre sus cabezas y blandiendo sus jabalinas. Estaban un tanto atemorizados al ver lo que ocurría frente a ellos; el enorme número de barcos, grandes y pequeños, el rugido del río, los gritos confusos de los soldados y marineros, algunos de los cuales trataban de abrirse paso por la corriente mientras otros en la orilla animaban a sus compañeros al cruzar. Mientras contemplaban todo estos movimientos con el corazón desanimado, escucharon gritos aún más alarmantes tras ellos; Hanón había capturado su campamento. Pronto apareció en la escena, y tuvieron que hacer frente ahora al peligro desde partes opuestas: la hueste de hombres armados desembarcando de los botes y el ataque por sorpresa que recibían por su retaguardia. Durante un tiempo, los galos se esforzaron por sostener el combate en ambas direcciones, pero viendo que perdían terreno, forzaron el paso por donde les parecía haber menor resistencia y se dispersaron en todas direcciones hacia sus propias aldeas. Aníbal pasó el resto de su fuerza sin ser molestado y, sin preocuparse más por los galos, estableció su campamento.

Creo que se adoptaron disposiciones distintas para el transporte de los elefantes; en todo caso, los relatos de lo que se hizo varían considerablemente. Algunos dicen que después de haber sido reunidos en la orilla, los de peor genio fueron azuzados por sus guías y al correr hacia el agua el resto de elefantes les siguieron; la corriente les arrastró hasta la orilla opuesta pese a temer la profundidad. La explicación más creíble, sin embargo, es que fueron transportados en balsas, pues este método habría parecido el más seguro en principio y por lo tanto es el que probablemente habría sido adoptado. Botaron al río una balsa de doscientos pies de largo por 50 de ancho, y para impedir que la arrastrase la corriente, uno de los extremos estaba asegurado a la orilla con varias amarras. Se cubrió con tierra como un puente para que los animales, tomándola por tierra firme, no tuvieran miedo de subirse en ella. Una segunda balsa, de la misma anchura pero con sólo cien pies de largo y capaz de cruzar el río, se unió a la primera. Los elefantes, encabezados por las hembras, fueron llevados a la balsa fija, como si fuera un camino, hasta que llegaban a la más pequeña. Tan pronto como estaban asegurados sobre esta, se desprendía y era arrastrada por barcos ligeros hasta el otro lado del río. Cuando el primer lote era desembarcado, los otros eran transportados de la misma manera. No mostraban miedo mientras les llevaban por la balsa fija; el temor empezaba cuando se les llevaba por mitad de la corriente en la otra balsa que quedaba suelta. Se amontonaban, alejándose del agua los que estaban en la orilla, y mostraban bastante inquietud hasta que su propio miedo al verse rodeados por agua les hacía calmarse. Algunos, en su excitación, se caían al agua y arrojaban a sus guías, pero su propio peso les mantenía en su sitio y, al sentirse en aguas poco profundas, lograban llegar seguros a tierra.

[21.29] Mientras se hacía cruzar a los elefantes, Aníbal envió quinientos jinetes númidas hacia los romanos para determinar su número y sus intenciones. Esta fuerza a caballo se encontró con los trescientos de caballería romana que, como ya he dicho, habían sido enviados por adelante desde la desembocadura del Ródano. Fue un combate mucho más grave de lo que podría haberse esperado por el número de combatientes. No sólo muchos resultaron heridos, sino que cada bando tuvo casi el mismo número de muertos y los romanos, que quedaron finalmente completamente agotados, debieron su victoria al pánico entre los númidas y su subsiguiente huida. De los vencedores cayeron hasta ciento sesenta, no todos romanos pues había algunos galos; los vencidos perdieron más de doscientos. Esta acción, con la que comenzó la guerra, fue un presagio de su resultado final, pero a pesar de que presagiaba la victoria final de Roma mostró que esta no se alcanzaría sin mucho

derramamiento de sangre y repetidas derrotas. Las tropas abandonaron el campo y volvieron junto a sus respectivos comandantes. Escipión se vio incapaz de formar algún plan definitivo, más allá de lo que le sugerían los movimientos del enemigo. Aníbal estaba indeciso sobre si reanudar su marcha a Italia o enfrentarse a los romanos, el primer ejército que se le enfrentaba. Fue disuadido de esto último por la llegada de embajadores de los boyos y del reyezuelo Magalo. Venían para asegurar a Aníbal su disposición a actuar como guías y tomar parte en los peligros de la expedición, y le dieron su opinión de que debía reservar todas sus fuerzas para la invasión de Italia y no desperdiciar ninguna de ellas de antemano. El grueso de su ejército no se había olvidado de la guerra anterior y esperaba con desánimo el encuentro con su viejo enemigo; pero lo que más les horrorizaba era la perspectiva de un viaje sin fin sobre los Alpes, con fama de ser algo especialmente horrendo, sobre todo para los inexpertos.

[21.30] Cuando Aníbal hubo tomado la decisión de seguir adelante y llegar a Italia sin pérdida de tiempo, ordenó que se reunieran sus tropas y se dirigió a ellos con palabras en que mezclaba el aliento y el reproche. *Estoy asombrado*, dijo, *al ver cómo corazones que han sido siempre intrépidos, se convierten de repente en presa del miedo. Pensad en las muchas campañas victoriosas que habéis cumplido, y recordad que no habéis salido de Hispania antes de haber añadido al imperio Cartaginés todas las tribus de aquel país bañado por dos remotos mares. El pueblo romano exigió que se les entregase a todos los que tomaron parte en el asedio de Sagunto; vosotros, para vengar el insulto, habéis cruzado el Ebro y borrar el nombre de Roma y traer la libertad al mundo. Cuando empezasteis vuestra marcha, desde donde se pone el Sol hacia donde sale, ninguno de vosotros pensó que sería demasiado para él, hasta ahora, que habéis cubierto la mayor parte del camino; los pasos de los Pirineos, que estaban guardados por tribus en su mayor parte guerreras, los coronasteis; el Ródano, esa poderosa corriente, la cruzasteis frente a tantos miles de galos y ralentizasteis el torrente de sus aguas; y ahora que estáis a la vista de los Alpes, a cuya otra parte está Italia, os fatigáis y detenéis vuestra marcha a la mismas puertas del enemigo. ¿Qué imagináis que son los Alpes, más que altas montañas? Supongamos que sean más altos que las cumbres de los Pirineos; sin duda, ninguna región en el mundo puede tocar el cielo ni resulta infranqueable para el hombre. Incluso los Alpes están habitados y cultivados, allí nacen y crecen los animales, sus gargantas y barrancos pueden ser atravesados por los ejércitos. Porque ni los embajadores que veis aquí cruzaron los Alpes volando por el aire, ni lo hicieron sus antepasados que no eran nativos de su tierra. Ellos llegaron a Italia como emigrantes en busca de una tierra para instalarse, y cruzaron los Alpes a menudo en grupos inmensos, con sus mujeres, hijos y todas sus pertenencias. ¿Qué puede ser inaccesible o insuperable para el soldado que lleva nada con él sino sus armas de guerra? ¿Qué trabajos y peligros afrontasteis durante ocho meses para lograr la captura de Sagunto? Y ahora que Roma, la capital del mundo, es vuestro objetivo, ¿hay algo que consideréis tan arduo o difícil que no podáis lograr? Hace muchos años, los galos capturaron la plaza que los cartagineses desesperan de abordar; podéis confesaros a vosotros mismos inferiores en valor e iniciativa a un pueblo al que habéis vencido una y otra vez, o por el contrario, mirar hacia delante para terminar vuestra marcha sobre el territorio entre el Tíber y las murallas de Roma.*

[21.31] Después de esta arenga entusiasta, los despidió con órdenes de disponerse a la marcha reponiendo fuerzas. Al día siguiente avanzaron por la orilla izquierda del Ródano hacia los territorios del centro de la Galia, no porque esta fuese la ruta más directa a los Alpes, sino porque pensaba que habría menos probabilidades de que los romanos le encontrasen, pues no deseaba enfrentarse a ellos antes de haber llegado a Italia. Cuatro días de marcha le llevaron hasta *la Isla*. Aquí el Isère y el Ródano, fluyendo hacia abajo desde distintos lugares de los Alpes, delimitan una considerable porción de de tierra y luego unen sus cauces; dicha comarca se llama *la Isla*. El país vecino estaba habitado por los alóbroges, una tribu que, incluso en aquellos días, no era inferior a

ninguna en poder y reputación. Por el tiempo de la llegada de Aníbal, había estallado una disputa entre dos hermanos que aspiraban a la soberanía. El hermano mayor, cuyo nombre era Braneo, había sido el jefe hasta entonces, pero fue expulsado por el partido de los hombres más jóvenes, encabezados por su hermano, que tenía más fuerza que derecho. La oportuna aparición de Aníbal hizo que se le presentase la cuestión; debía decidir quién era el pretendiente legítimo al trono. Se pronunció a favor del hermano mayor, que contó con el apoyo del Senado y de los notables. A cambio de este servicio, recibió ayuda en forma de provisiones y suministros de todo tipo, especialmente ropa, una necesidad apremiante en vista del notorio frío de los Alpes. Tras resolver la disputa entre los alóbroges, Aníbal reanudó su marcha. No marchó directamente hacia los Alpes, sino que torció a la izquierda, hacia los tricastinos; luego, bordeando el territorio de los voconcios, marchó en dirección a los trigorios. En ninguna parte se encontró con dificultad alguna, hasta que llegó al Durance. Este río, que también nace en los Alpes, es el más difícil de cruzar de entre todos los ríos de la Galia. A pesar de tener un gran caudal, no se presta a la navegación, pues no se mantiene entre sus orillas sino que fluye por muchos canales diferentes. Al cambiar constantemente su cauce y la dirección de sus corrientes, la tarea de vadearlo es de lo más peligrosa pues los guijarros y rocas arrastradas hacen el paso inseguro y traicionero, especialmente para los que van a pie. Sucedió que, por entonces, bajaba crecido por las lluvias, y los hombres fueron arrojados desordenadamente mientras lo cruzaban, aumentando la dificultad sus temor y sus gritos confusos.

[21.32] Tres días después de Aníbal había dejado atrás las orillas del Ródano; Publio Cornelio Escipión llegó al campamento abandonado con su ejército en orden de batalla, dispuesto a combatir de inmediato. Sin embargo, cuando vio las defensas abandonadas y se dio cuenta de que no sería tarea fácil alcanzar a su oponente con la ventaja tan grande que le había tomado, regresó a sus barcos. Consideró que lo más fácil y seguro sería enfrentarse con Aníbal cuando descendiera de los Alpes. Hispania era la provincia que le había correspondido y, para evitar que se viera completamente despojada de fuerzas romanas, envió a su hermano Cneo Escipión, con la mayor parte de su ejército, a operar contra Asdrúbal, no solo para conservar los viejos aliados y ganar otros nuevos, sino para expulsar a Asdrúbal de Hispania. Él mismo navegó hasta Génova con una muy pequeña fuerza, con intención de defender Italia con el ejército situado en el valle del Po. Desde el Durance, la ruta de Aníbal transcurrió principalmente a través de territorio abierto y llano y llegó a los Alpes sin encontrar ninguna oposición por parte de los galos que habitaban la zona. Pero la vista de los Alpes revivió el terror en las mentes de sus hombres. Aunque los rumores, que por lo general aumentan los peligros no probados, les había llenado de sombríos presagios, la visión de cerca demostró ser más atemorizante. La altura de las montañas, ya tan cercanas, la nieve que casi se perdía hasta el cielo, las miserables chozas encaramadas a las rocas, los rebaños y manadas ateridos por el frío, los hombres salvajes y descuidados, todo lo animado y lo inanimado rígido por las heladas, junto con otras horribles visiones más allá de cualquier descripción, ayudaron a aumentar su inquietud.

A medida que la cabeza de la columna empezó a subir las pendientes más próximas, aparecieron los nativos en las alturas; si se hubieran ocultado en los barrancos y se hubiesen lanzado al ataque después, habrían provocado un terrible pánico y mucho derramamiento de sangre. Aníbal ordenó un alto y envió algunos galos para examinar el terreno, al ver que era imposible avanzar en aquella dirección plantó su campamento en la parte más ancha del valle que pudo encontrar; todo alrededor del asentamiento eran quebradas y precipicios. Los galos que habían sido enviados en descubierta entraron en conversación con los nativos, ya que había poca diferencia entre sus lenguas y costumbres, y trajeron noticias a Aníbal de que el paso solo estaba ocupado durante el día y que por la noche todos los indígenas regresaban a sus hogares. En consecuencia, al amanecer empezó el ascenso como si pensase forzar el paso a la luz del día y pasó el día efectuando movimientos pensados para ocultar sus verdaderas intenciones y fortificando el campamento en el lugar donde se había detenido. Tan pronto como observó que los nativos habían abandonado las alturas y ya

observaban sus movimientos, dio órdenes, con vistas de engañar al enemigo, para que se encendieran gran cantidad de fuegos, muchos más, de hecho, de los necesarios para los que permanecían en el campamento. Entonces, dejando la impedimenta con la caballería y la mayor parte de la infantería, él mismo, junto con un grupo especialmente escogido de tropas, se movieron rápidamente a paso ligero hasta el desfiladero y ocuparon las alturas que el enemigo había ocupado antes.

[21.33] Al día siguiente, el resto del ejército levantó el campamento en el gris amanecer y comenzó su marcha. Los nativos fueron a reunirse en sus lugares habituales de observación, cuando de repente se dieron cuenta de que algunos de los enemigos se habían apoderado de sus lugares fuertes, justo encima de sus cabezas, mientras que los demás avanzaban, por debajo, por el camino. La doble impresión hecha a sus ojos y a su imaginación les mantuvo inmóviles un breve instante, pero al ver la columna en desorden, sobre todo por el miedo de los caballos, pensaron que si ellos aumentaban la confusión y el pánico sería bastante para destruirles. Así pues, cargaron hacia abajo, de roca en roca, sin preocuparse de si había camino o no pues estaban familiarizados con el terreno. Los cartagineses tuvieron que enfrentarse con este ataque al mismo tiempo que luchaban contra las dificultades del camino, y como cada uno hacía todo lo posible por ponerse a sí mismo fuera de peligro, se vieron luchando más entre ellos que contra los nativos. Los caballos hicieron el mayor daño, estaban aterrorizados por los salvajes gritos, que el eco de los valles y bosques aumentaban, y cuando resultaban golpeados o heridos provocaban tremendos estragos entre los hombres y los distintos animales de carga. El camino estaba flanqueado por precipicios verticales a cada lado, y al pasar juntos muchos fueron empujados por el borde y cayeron a gran profundidad. Algunos incluso iban armados, también se precipitaron los animales pesadamente cargados de equipajes. Horrible como era aquel espectáculo, Aníbal se quedó quieto y retuvo a sus hombres durante algún tiempo, por temor a aumentar la alarma y la confusión, pero cuando vio que la columna se rompía y que el ejército estaba en peligro de perder toda su impedimenta, en cuyo caso les habría conducido con seguridad sin ningún propósito, corrió hacia abajo desde su posición elevada y dispersó a los enemigos. Al mismo tiempo, sin embargo, puso a sus propios hombres momentáneamente en un desorden aún mayor, que se disipó rápidamente una vez que el paso quedó expedido por la huida de los nativos. En poco tiempo todo el ejército había atravesado el paso, no sólo sin ninguna alteración más, sino casi en silencio. A continuación capturaron un castillo, capital de un territorio, junto con algunos caseríos adyacentes, y con los alimentos y ganado así conseguidos proporcionó a su ejército raciones para tres días. Como los nativos, tras su primera derrota, ya no estorbaban su marcha y el camino presentaba poca dificultad, avanzaron considerablemente durante aquellos tres días.

[21.34] Llegaron luego a otro pueblo que, considerando que se trataba de una zona montañosa, tenía bastante población. Aquí escapó por poco de la muerte, y no en lucha justa y abierta, sino por los medios de que él mismo usaba: la mentira y la traición. Llegó a los cartagineses una embajada de los principales de los castillos del país, hombres de edad avanzada, y le dijeron que habían aprendido del saludable ejemplo de la desgracia de los demás pueblos a buscar la amistad de los cartagineses en vez de probar su fuerza. Estaban dispuestos, por lo tanto, a cumplir sus órdenes; recibiría provisiones y guías, y rehenes en garantía de buena fe. Aníbal sintió que no debía confiar en ellos ciegamente ni responder a su oferta con una negativa rotunda, por si se volvían hostiles. Así que les respondió en términos amistosos, aceptó los rehenes puestos en sus manos, hizo uso de las provisiones que le suministraron sobre la marcha pero siguió a sus guías con su ejército preparado para el combate, no como si marchasen por un país pacífico y amigable. Los elefantes y caballería iban delante, seguidos por él mismo con el cuerpo principal de la infantería y manteniendo un fuerte e inquieto escrutinio por todas partes. Justo al llegar a una parte donde el paso se estrechaba y quedaba dominado a un lado por una alta pared de roca, los bárbaros surgieron de una emboscada a ambos lados y atacaron la columna por el frente y la retaguardia, a corta

distancia y a lo lejos, arrojándoles rodando enormes piedras. El mayor ataque lo realizaron sobre la retaguardia, y al dar la infantería media vuelta para enfrentarlos quedó bastante claro que, si la parte posterior de la comuna no hubiera sido excepcionalmente fuerte, podría haber ocurrido un terrible desastre en aquel paso. Así las cosas, se encontraban en el mayor peligro y muy cerca de la destrucción total. Porque mientras Aníbal estaba dudando si enviar a su infantería por la parte estrecha del paso, pues al proteger la retaguardia de la caballería no le quedaban reservas para defender la suya propia, los montañeses, cargando su flanco, partieron la columna por la mitad y ocuparon el paso, de manera que Aníbal tuvo que pasar aquella noche sin su caballería ni sus bagajes.

[21.35] Al día siguiente, como los bárbaros atacaran con menos vigor, la columna se reunió y se superó el paso, no sin más pérdidas, sin embargo, de animales de carga que de hombres. A partir de ese momento los indígenas aparecían en números más pequeños y actuaban más como bandidos que como soldados regulares; atacaban tanto el frente como la retaguardia siempre que el terreno les daba una oportunidad, o cuando el avance y detención de la columna le daba ocasión de sorprenderles. Los elefantes provocaban un retraso considerable, debido a la dificultad de conducirles por los lugares estrechos o abruptos; por otra parte, ponían aquella parte de la columna donde estaban a salvo de ataques, pues los nativos no estaban acostumbrados a su visión y sentían un gran temor de acercarse demasiado a ellos. Nueve días después de comenzar el ascenso, llegaron al punto más alto de los Alpes, tras atravesar una región en su mayor parte sin carreteras y perdiéndose frecuentemente, tanto por la traición de sus guías como por sus propios errores al tratar de encontrar el camino por sí mismos. Durante dos días permanecieron en el campamento, en la cima, mientras las tropas disfrutaban de un descanso tras la fatiga y el combate. Algunos de los animales de carga, que habían resbalado entre las rocas y después seguido la pista de la columna, llegaron al campamento. Para mayor desventura de las agotadas tropas, hubo una fuerte nevada (las Pléyades estaban próximas a desaparecer) y esta nueva experiencia produjo una considerable inquietud. En la madrugada del tercer día, el ejército reanudó su pesada marcha sobre un terreno cubierto de profunda nieve. Aníbal veía en todos los rostros una expresión de apatía y desaliento. Cabalgó hacia delante, hasta una altura desde la que tenía una visión amplia y extensa, y deteniendo a sus hombres les señaló las tierras de Italia y el rico valle del Po que se extiende a los pies de los Alpes. *Estáis ahora*, dijo, *cruzando las fronteras no sólo de Italia, sino de la propia Roma. De ahora en adelante todo os será suave y fácil; en una o, a lo sumo, dos batallas, seréis dueños de la capital y plaza fuerte de Italia*. Luego de esto, el ejército reanudó su avance sin más molestias del enemigo más allá de algunos intentos ocasionales de saqueo. El resto de la marcha, sin embargo, contó con la presencia de dificultades mucho mayores de las experimentadas en el ascenso, porque la distancia a las llanuras del lado italiano es más corta y, por lo tanto, el descenso es necesariamente más pronunciado. Casi todo el camino era escarpado, estrecho y resbaladizo, de modo que no podían mantenerse en pie, y si se resbalaban no se podían recuperar, sino que seguían cayendo unos sobre otros, y volcándose los animales de carga sobre sus conductores.

[21.36] Por fin llegaron a un paso mucho más estrecho que descendía por acantilados tan escarpados que un soldado ligeramente armado a duras penas podía bajar, ni siquiera apoyándose en raíces y ramas. El lugar siempre había sido abrupto, pero un reciente corrimiento de tierras había provocado un precipicio de casi mil pies. La caballería se detuvo aquí, como si hubieran llegado al final de su viaje, y mientras Aníbal se preguntaba qué podría estar causando el retraso, se le informó de que no había paso. Fue entonces adelante para examinar el lugar y vio que no había nada que hacer excepto llevar el ejército por un largo y tortuoso terreno nevado sin caminos. Pero también esto resultó pronto ser impracticable. La nieve antigua había quedado cubierta con una moderada altura de nieve recién caída, y los recién llegados pisaron firmemente esta nieve fresca que, al derretirse por el paso de tantos hombres y bestias, no dejó sobre qué caminar, más que un hielo

cubierto de lodo. Su avance ahora se convirtió en una incesante y miserable porfía. El hielo liso no permitía apoyarse y como iban por una pendiente escarpada apenas eran capaces de mantenerse sobre sus piernas; luego, una vez abajo, trataban en vano de levantarse, pues sus manos y rodillas resbalaban continuamente. No había tocones ni raíces cerca a las que agarrarse, por lo que rodaban impotentes sobre el hielo vidrioso y la fangosa nieve. Los animales de carga, en su marcha, atravesaban de vez en cuando la capa más baja de nieve, y al tropezar sacaban sus cascos de los agujeros al luchar por liberarse, abriendo huecos hondos en el hielo duro y congelado, donde muchos quedaban atrapados como en una trampa.

[21.37] Por fin, cuando tanto hombres como bestias quedaron agotados por el infructuoso esfuerzo, montaron un campamento en la cima tras haberla limpiado con gran dificultad debido a la cantidad de nieve que debía remover. Lo siguiente fue nivelar una peña, la única por la que se podían abrir camino. Se dijo a los soldados que tenían que cortarla. Construyeron contra ella una pila enorme de árboles que habían cortado y podado, y cuando el viento fue lo suficientemente fuerte como para avivar el fuego, prendieron fuego a la pila. Cuando la roca estuvo al rojo vivo, vertieron vinagre sobre ella para desintegrarla. Después de este tratamiento mediante el fuego, abrieron un camino a través de ella con sus herramientas y convirtieron la fuerte pendiente en una pista de inclinación moderada por la que no solo los animales de carga, sino incluso los elefantes, podían ser llevados abajo. Cuatro días pasaron en la peña, con los animales casi muertos de hambre, pues las alturas estaban casi desprovistas de vegetación y no había forraje enterrado bajo la nieve. En los terreno más bajos había valles soleados y arroyos que fluían a través de bosques, y puntos más dignos de habitantes humanos. Aquí soltaron las bestias para que pastasen, y a las tropas, cansadas de su ingeniería, se les permitió descansar. En tres días más alcanzaron las abiertas planicies y encontraron un bello país y gentes más agradables viviendo en él.

[21.38] De esta manera alcanzaron Italia; en cinco meses, según algunos autores, tras dejar Cartagena, y habiendo empleado quince días en superar las dificultades de los Alpes. Los distintos autores están irremediablemente en desacuerdo en cuanto al número de las tropas con que Aníbal entró en Italia. La estimación más alta le asigna cien mil de infantería y veinte mil de caballería; la más baja estima su fuerza en veinte mil de infantería y seis mil de caballería. Lucio Cincio Alimento nos dice que fue hecho prisionero por Aníbal, y yo me inclinaría más a aceptar su autoridad si él no hubiese confundido los números al añadir a los galos y ligures; si se incluyen estos, había ochenta mil de infantería y diez mil de caballería. Resulta, sin embargo, más probable que estos se uniesen a Aníbal en Italia, y algunos autores, de hecho, así lo afirman. Cincio cuenta también que él había oído decir a Aníbal que después de su paso del Ródano perdió treinta y seis mil hombres, además de un inmenso número de caballos y otras bestias. El primer pueblo con el que se encontró fue el de los taurinos, una tribu semigala. Como la tradición es unánime en este punto, me sorprende mucho que se plantee la cuestión de qué ruta tomó Aníbal para atravesar los Alpes, ya que la creencia general es que cruzó por el paso Penino, de donde se dice que toma su nombre esta cumbre. Celio afirma que cruzó por la cumbre de Cremona. Estos dos pasos, sin embargo, no le habrían llevado hasta los taurinos, sino a los salasos, un pueblo montañés de los galos libuos. Es muy poco probable que aquellas rutas hacia la Galia estuviesen abiertas por entonces y, en cualquier caso, la ruta Penina habría estado bloqueada por las tribus semi-germanas que habitaban aquel país. Y es totalmente cierto, si aceptamos su autoridad, que los sedunos y veragros, que habitan aquellas cumbres, dicen que el nombre de Peninos, ¡por Hércules!, no se debe a ningún paso de los cartagineses por allí, sino a la deidad Penino, cuyo santuario se encuentra en la cumbre de aquella montaña.

[21.39] Fue una circunstancia muy afortunada para Aníbal, al inicio de su campaña, que los taurinos, el primer pueblo con que se encontró, estuviese en guerra con los ínsubros. Pero él no pudo llevar a su ejército en campaña para ayudar a ninguno de ambos bandos, ya que por entonces

se estaban recuperando de las enfermedades e infortunios que se habían abatido sobre ellos. El descanso y el ocio en lugar del trabajo, el empacho tras el hambre, la limpieza y la comodidad tras la miseria y la suciedad, afectaron de modo muy distintos a sus cuerpos debilitados y casi bestiales. Este fue el motivo para que Publio Cornelio Escipión, el cónsul, después de haber llegado con sus naves a Pisa y tomado de manos de Manlio y Atilio el mando de un ejército recién alistado y descorazonado por sus recientes y humillantes derrotas, lo llevase a toda velocidad hacia el Po para que pudieran enfrentarse al enemigo antes de que este hubiese recuperado sus fuerzas. Pero cuando llegó a Plasencia, Aníbal ya había abandonado su campamento y tomado al asalto una de las ciudades de los taurinos, de hecho su capital, porque ellos no quisieron tener voluntariamente relaciones amistosas con él. Hubiese obtenido la adhesión de los galos en el valle del Po, no por miedo sino por su propia elección, si la repentina llegada del cónsul no les hubiera sorprendido esperando el momento favorable para la revuelta. Justo cuando Escipión llegaba, Aníbal salía del país de los taurinos pues, viendo cuán indecisos estaban los galos sobre qué partido tomar, pensó que si él estaba presente en el territorio lo seguirían. Los dos ejércitos estaban ahora casi a la vista el uno del otro; y los comandantes que se enfrentaban entre sí, aunque no lo suficientemente familiarizados con la capacidad militar del otro, estaban imbuidos de mutuo respeto y admiración. Aun antes de la caída de Sagunto, el nombre de Aníbal estaba en boca de todos los hombres en Roma; y en Escipión, Aníbal reconocía un gran líder, ya que había sido elegido entre todos los demás para enfrentársele. Esta estima recíproca se reforzaba por sus recientes logros: Escipión, después que Aníbal le hubiese dejado atrás en la Galia, llegó a tiempo de combatirle tras su descenso de los Alpes; Aníbal no solo se había atrevido, sino que había logrado pasar los Alpes. Escipión, sin embargo, hizo el primer movimiento al cruzar el Po y asentar su campamento en el Tesino. Antes de conducir a sus hombres a la batalla se dirigió a ellos en un discurso, lleno de ánimo, en los siguientes términos:

[21.40] *Soldados, si llevase conmigo al combate el ejército que me acompañaba en la Galia, no tendría necesidad de hablaros. ¿Pues qué ánimos necesitaban una caballería que había obtenido una brillante victoria sobre la caballería enemiga en el Ródano o las legiones de infantería con las que perseguí a este mismo enemigo, que con su fuga y elusión del combate me reconoció como su vencedor? Ese ejército, dispuesto al servicio en Hispania, está en campaña al mando de mi hermano, Cneo Escipión, que está actuando bajo mis auspicios en el país que el Senado y el pueblo de Roma le ha asignado. Así pues, para que podáis tener un cónsul que os dirija contra Aníbal y los cartagineses, me he presentado voluntariamente para mandaros en esta batalla; y como sea yo nuevo para vosotros y vosotros para mí, os debo ahora dirigir algunas palabras en cuanto al carácter del enemigo y la clase de guerra que os espera. Habéis de combatir, soldados, con hombres a quienes ya derrotasteis en la guerra anterior, por mar y tierra, de quienes habéis conseguido una indemnización de guerra durante los últimos veinte años y a quienes arrebatasteis Sicilia y Cerdeña como premio de guerra. Vosotros, por tanto, entrareis en batalla con el ánimo de los vencedores, ellos lo harán con el abatimiento de los vencidos. Ellos no lucharán ahora impulsados por el valor, sino por pura necesidad; a menos que realmente supongáis que, tras eludir el combate cuando tenían todas sus fuerzas, tienen ahora más confianza tras haber perdido dos tercios de su infantería y caballería al pasar los Alpes, habiendo sobrevivido menos de los que han perecido. Sí, podéis decir, son pocos en número, pero fuertes en valor y ánimo, y tienen una capacidad de resistencia y vigor al atacar que muy pocos pueden afrontar. No, son sólo apariencias, o más bien fantasmas de hombres, agotados por el hambre, la suciedad, el frío y la miseria, golpeados y debilitados entre las rocas y precipicios. Y más aún, sus miembros están congeladas, sus músculos contraídos por el frío y el cuerpo quemado por el hielo, sus armas maltrechas y rotas y sus caballos cojos e inútiles. Estas son la caballería y la infantería contra la que vais a luchar; no os enfrentáis a un enemigo, sino a sus últimos vestigios. Lo único que temo es que cuando hayáis combatido parezca que han sido los Alpes los que han vencido a*

Aníbal. Pero puede que esto sea lo justo, y que los dioses, sin ningún tipo de ayuda humana, den comienzo y término a esta guerra con un pueblo y su general que han roto los tratados, y que para nosotros, contra quien pecaron además de contra los dioses, quede el completar lo que ellos han empezado.

[21.41] *No temo que nadie piense que digo estas bravatas con intención de levantaros el ánimo mientras que mis sentimientos y convicciones son otros muy distintos. Yo tenía completa libertad para marchar con mi ejército a Hispania, a donde, de hecho, había comenzado a viajar y que es la provincia que se me asignó. Allí habría dispuesto de mi hermano para compartir mis planes y los peligros; mi enemigo habría sido Asdrúbal y no Aníbal y, sin duda, habría manejado una guerra menos grave. Pero cuando, al navegar a lo largo de la costa de la Galia, tuve noticia de este enemigo, desembarqué en seguida y, tras enviar por delante la caballería, marché hacia el Ródano. Se libró un combate de caballería, que fue la única arma que tuve oportunidad de emplear, y derroté al enemigo. Su infantería se apresuró a alejarse, como un ejército en fuga, y como no les pude alcanzar por tierra volví a mis barcos a toda velocidad para, tras dar un gran rodeo por tierra y mar, enfrentar a este temido enemigo a los pies de los Alpes. ¿Os parece que me ha sorprendido y que no quería enfrentarle o que, más bien, deseo combatirle, desafiarle y llevarlo a la batalla? Me gustaría saber si en los últimos veinte años ha producido la tierra una raza diferente de cartagineses o si son los mismos que lucharon en las Égates, o a los que dejasteis bajar del Érice tras pagar dieciocho denarios cada uno; o si este Aníbal es, como aparenta, imitador de Hércules en sus viajes, o heredero de su padre para abonar los impuestos y tributos y ser el esclavo del pueblo romano. Si su crimen en Sagunto no le atormentase, seguramente sentiría algún remordimiento, si no por su país conquistado, por lo menos por su casa y su padre y por los tratados firmados por aquel Amílcar que por orden de nuestro cónsul retiró su guarnición del Érice, que con suspiros y gemidos aceptó las duras condiciones impuestas a los vencidos cartagineses y que acordó evacuar Sicilia y pagar una indemnización de guerra a Roma. Y así, soldados, quiero que luchéis no solo con el ánimo que se debe mostrar contra nuestros enemigos, sino con los sentimientos de ira e indignación que tendríais al ver a vuestros esclavos levantar las armas en vuestra contra. Cuando se les cercó en el Érice podríamos haberles causado el más terrible de los castigos y haberles matado de hambre; podríamos haber llevado nuestra victoriosa flota hasta África y haber destruido en pocos días Cartago sin una batalla. A sus ruegos, les concedimos el perdón y les permitimos salir del bloqueo, acordamos términos de paz con aquellos a los que habíamos vencido y luego, cuando se encontraban en una situación desesperada durante la guerra Africana, les tomamos bajo nuestra protección. Para recompensarnos por tales actos de bondad, siguen el ejemplo de un loco y vienes a atacarnos en nuestra patria. Ojalá esta lucha fuese únicamente por el honor y no por nuestra seguridad. No se trata de luchar por la posesión de Sicilia y Cerdeña, los antiguos objetos de disputa, sino de luchar por Italia. No hay un segundo ejército a nuestras espaldas para enfrentarse al enemigo si no obtenemos la victoria, no hay más Alpes para detener su avance mientras se alista un nuevo ejército para la defensa. Aquí es, soldados, donde tenemos que resistir, como si estuviéramos luchando ante las murallas de Roma. Cada uno de vosotros debe recordar que emplea sus armas no solo para protegerse a él, también protege a su mujer y a sus pequeños; no debe limitar su inquietud a su hogar, debéis daros cuenta, también, de que el Senado y el pueblo de Roma contemplan vuestras hazañas de hoy. Según sean aquí y ahora vuestra fuerza y valor, así será la fortuna de nuestra Ciudad y nuestro imperio.*

[21.42] Tal fue el lenguaje con que el cónsul se dirigió a los romanos. Aníbal pensó que la valentía de sus hombres debía ser alentada más con los hechos que con las palabras. Después de formar su ejército en un círculo para que contemplasen el espectáculo, colocó en el centro algunos presos alpinos encadenados, y cuando arrojaron algunas armas galas a sus pies ordenó que un intérprete les preguntara si alguno de ellos estaba dispuesto a luchar si les liberaban de sus cadenas

y recibía armas y un caballo como recompensa por la victoria. Todos a una exigieron las armas y el combate, y cuando se echó a suertes quién iba a luchar, cada cual ansiaba ser uno de los que la Fortuna eligiera para el combate. Conforme eran elegidos, rápidamente se hacían con las armas llenos de entusiasmo y alegría, entre las felicitaciones de sus camaradas, y danzaban según la costumbre de su país. Pero cuando empezaron a pelear, tal era el estado de ánimo, no sólo entre los hombres que habían aceptado esta condición, sino también entre los espectadores en general, que la buena fortuna de los que murieron valientemente fue tan elogiada como la de los que salieron victoriosos.

[21.43] Después de haber impresionado a sus hombres con la contemplación de varias parejas de combatientes, Aníbal despidió a estos y, reuniendo a los soldados a su alrededor, se dice que les habló así: *Soldados, habéis visto en el destino de otros el ejemplo de cómo vencer o morir. Si el valor con que los habéis mirado os lleva a apreciar del mismo modo vuestra propia fortuna, seremos los vencedores. Aquello no fue un espectáculo ocioso, sino una imagen, por así decir, de vuestra propia condición. Me inclino a pensar que la Fortuna os ha atado con pesadas cadenas y os ha puesto en una mayor necesidad que a vuestros cautivos. A derecha e izquierda os cercan dos mares y no tenéis ni un solo barco con el que escapar; a vuestro lado fluye en Po, un río más grande que el Ródano y más rápido; la barrera de los Alpes se cierne a vuestra espalda, esos Alpes que apenas lograsteis cruzar cuando vuestra fuerza y vigor estaban intactos. Aquí, soldados, en este lugar donde habéis encontrado por primera vez al enemigo, tenéis que vencer o morir. La misma fortuna que os ha impuesto la necesidad de luchar guarda también la recompensa de la victoria, recompensas tan grandes como las que los hombres suelen solicitar a los dioses inmortales. Incluso si fuésemos sólo a recuperar Sicilia y Cerdeña, posesiones que fueron arrebatadas a nuestros padres, serían premios lo suficientemente grandes como para satisfacernos. Todo lo que los romanos poseen ahora, ganado a través de tantos triunfos, todo lo que han acumulado, se convertirá en vuestro junto con sus propietarios. Venid, pues, tomad vuestras armas y ganad, con la ayuda del cielo, tan magnífica recompensa. Ya habéis pasado tiempo suficiente capturando ganado en las áridas montañas de la Lusitania y la Celtiberia, sin encontrar recompensa a vuestros trabajos y peligros; ahora es vuestro momento de enfrentar ricas y lucrativas campañas y conseguir premios que merezcan la pena, tras la larga marcha por todas esas montañas y ríos y por todas esos pueblos belicosos. Aquí os ha concedido la Fortuna el fin de vuestras fatigas, aquí os presenta una recompensa digna de todos vuestros pasados servicios.*

No creáis que porque la guerra sea contra Roma, pese a su gran nombre, la victoria será igualmente difícil. Más de un enemigo despreciado ha librado una larga y costosa lucha; naciones y reyes de mucho renombre han sido batidos con poco esfuerzo. Porque, dejando a un lado la gloria que rodea el nombre de Roma, ¿en qué manera pueden aquí compararse a vosotros? Por no hablar de vuestros veinte años de campaña, ganándolo todo con vuestro valor, toda vuestra buena suerte, desde las Columnas de Hércules, desde las orillas del océano, desde los rincones más alejados de la tierra, a través de los pueblos más belicosos de Hispania y la Galia, aquí habéis llegado como vencedores. El ejército contra el que combatiréis está formado por reclutas recién alistados que fueron batidos, conquistados y cercados por los galos este verano pasado, desconocidos para su general que es un extraño para ellos. Yo, criado como estoy, casi nacido, en la tienda del pretorio de mi padre, un distinguido general; yo, que he subyugado Hispania y la Galia, que he conquistado no solo los pueblos alpinos sino, lo que es tarea aún mayor, a los propios Alpes, ¿me voy a comparar con este general por seis meses que ha abandonado su propio ejército y que si alguno tuviese que distinguir entre romanos y cartagineses, tras quitar los estandartes, estoy seguro que no sabría qué ejército mandaba como cónsul? No tengo en cuenta un pequeño asunto, soldados; que no hay un hombre entre vosotros ante quien yo no haya efectuado más de una hazaña militar o de quien yo, que soy testigo fehaciente de su valor, no pueda contar sus propias acciones decorosas y el momento y lugar en que las acometió. Yo fui vuestro alumno

antes de ser vuestro jefe y entraré en batalla, rodeado por hombres a los que he elogiado y recompensado miles de veces, contra unos que nada saben de los otros y que son mutuos desconocidos.

[21.44] *Donde quiera que vuelva la mirada no veo más que valor y fortaleza; una infantería veterana, una caballería, con frenos o sin ellos*[4]*, alistada entre los más nobles pueblos; a vosotros, nuestros más fieles y bravos aliados*[5]*; a vosotros, cartagineses, que vais a combatir por nuestra patria, alentados por la más justa indignación. Nosotros tomamos la ofensiva, desplegamos nuestros estandartes sobre Italia, dispuestos a combatir con más valentía y menos temor que nuestro enemigo, pues quien ataca está animado con mayores esperanzar y mayor valor que quien afronta el ataque. Tenemos, además, el ánimo encendido por la injusticia y la humillación. Primero me exigieron a mí, vuestro general, como su víctima; luego insistió en que todos los que habían tomado parte en el asedio de Sagunto debe ser entregados; de haberos entregado, os habrían infligido las más refinadas torturas. Esa nación, tremendamente cruel y tiránica, todo lo que reclama para sí, lo hace todo en función de su voluntad y placer; cree que tienen derecho a dictar con quién hacemos la guerra o la paz. Limitan y adjuntar en el plazo de las montañas y los ríos como límites, pero no respetar los límites que ellos mismos han fijado. No cruces el Ebro, no te relaciones con los saguntinos. ¡Pero Sagunto no está en el Ebro! No debéis ir a ninguna parte. ¿Es cosa de poca monta que me hayáis arrebatado mis más antiguas provincias, Sicilia y Cerdeña? ¿Cruzaréis también a Hispania, y si me retiro de allí, cruzaréis a África? ¿Qué digo cruzaréis? Ya habéis cruzado. Han mandado los dos cónsules de este año, uno a África y el otro a Hispania. Nada nos queda en parte alguna salvo lo que consigamos por la fuerza de las armas. Se pueden permitir ser cobardes y pusilánimes quienes tienen dónde regresar, a quienes su propio territorio y sus propios campos les recibirán tras huir por sus pacíficas y seguras carreteras; vosotros, por necesidad, debéis ser hombres valientes, tenéis que resolver con desesperación entre la victoria o la muerte y estáis obligados a conquistar o, si torna la Fortuna, a enfrentar la muerte en la batalla antes que en la huida. Si os habéis hecho a la idea de todo esto, os digo otra vez que venceréis; no han puesto los dioses inmortales arma más afilada en manos de los hombres que el desprecio por la muerte.*

[21.45] Tras haber animado el espíritu de lucha de ambos ejércitos con estas arengas, los romanos lanzaron un puente sobre el Tesino y construyeron un fortín para defenderlo. Mientras estaban ocupados en esto, los cartagineses enviaron a Maharbal con una fuerza de quinientos caballos del flanco númida para asolar las tierras de los aliados de Roma, pero con órdenes de respetar las de los galos y ganarse a sus jefes para su bando. Cuando el puente se terminó, el ejército romano cruzó al territorio de los ínsubros y tomó una posición a cinco millas de Victumula, donde Aníbal tenía su campamento. Tan pronto vio que la batalla era inminente, se apresuró a llamar a Maharbal y sus tropas. Pensando que nunca sería bastante cuanto animase y alentase a sus soldados, ordenó una asamblea y ante todo el ejército ofreció seguras recompensas por cuya obtención luchasen. Les dijo que les daría tierras donde quisieran, en Italia, África o Hispania, que quedarían libres de todo impuesto quienes las aceptaran y sus hijos; si alguno prefería dinero a las tierras, satisfaría sus deseos; si algún aliado quería convertirse en ciudadano cartaginés, él se lo otorgaría; si alguno prefería volver a su hogar, procuraría que sus circunstancias fueran tales que nunca desease cambiarse por ninguno de sus compatriotas. Incluso prometió la libertad a los esclavos que siguieran a sus amos; y a los amos, por cada esclavo liberado, dos más en concepto de indemnización. Para convencerlos de su determinación para llevar a cabo estas promesas, tomó un cordero con la mano izquierda y un cuchillo de pedernal en la derecha y oró a Júpiter y a los demás dioses, diciendo que si él rompía su palabra le matasen a él como él iba a matar a aquel cordero. A

4 Hispana, con freno de boca en los caballos; númida, sin ellos.- N. del T.

5 Libios y libio-fenicios.-N. del T.

continuación, aplastó la cabeza del animal con el pedernal. Todos sintieron entonces que los dioses garantizaban el cumplimiento de sus esperanzas, y miró el retraso en llevarles a la acción como un retraso a la hora de cumplir sus deseos; con una sola mente y una sola voz clamaron ser llevados a la batalla.

[21.46] Los romanos estaban muy lejos de mostrar tal ardor. Entre otros motivos de inquietud, se habían producido últimamente ciertos prodigios. Un lobo había entrado en el campamento y mutilado a cuantos se cruzaron con él, después escapó ileso. Un enjambre de abejas, también, se posó en un árbol que dominaba la tienda del pretorio. Tras haber efectuado las preceptivas expiaciones, Escipión salió con una fuerza de caballería y hombres armados a la ligera con jabalinas hacia el campamento enemigo para tener una visión más cercana y determinar el número y naturaleza de sus fuerzas. Se encontró con Aníbal, que también avanzaba con su caballería para explorar la zona. Ningún grupo, al principio, vio al otro; la primera indicación de una aproximación hostil vino dada por la inusualmente densa nube de polvo levantada por las pisadas de tantos hombres y caballos. Cada parte se detuvo y se dispuso al combate. Escipión colocó a los lanzadores de jabalinas y a la caballería gala al frente, la caballería romana y la caballería pesada de los aliados quedaron como reserva. Aníbal formó su centro con su caballería con frenos y puso a los númidas en los flancos. Apenas se hubo lanzado el grito de guerra ante los lanzadores de jabalina, estos se retiraron a segunda línea entre las reservas. Durante algún tiempo la caballería mantuvo una lucha equilibrada, pero al mezclarse los infantes con los jinetes los caballos se volvieron ingobernables; muchos fueron arrojados o desmontaban donde veían a sus camaradas en peligro, hasta que toda la batalla se libró, prácticamente, a pie. A continuación, los númidas de los flancos dieron un rodeo y aparecieron a retaguardia de los romanos, produciendo desconcierto y creando el pánico entre ellos. Para empeorar las cosas, el cónsul fue herido y corrió peligro; fue rescatado por la intervención de su hijo adolescente. Este era el joven que después ganó la gloria de poner término a esta guerra y se ganó el sobrenombre de *Africano* por su espléndida victoria sobre Aníbal y los cartagineses. Los lanzadores de jabalina fueron los primeros en ser atacados por los númidas y huyeron en desorden; el resto de las fuerza, con la caballería cerrada en torno al cónsul, protegiéndolo tanto con sus personas como con sus armas, se retiraron en orden al campamento. Celio asigna el honor de salvar al cónsul a un esclavo de Liguria, pero yo prefiero creer que fue su hijo; esto es lo que afirma la mayoría de los autores y lo que acepta generalmente la tradición.

[21.47] Esta fue la primera batalla contra Aníbal, y el resultado dejó bien claro que el cartaginés era superior en caballería y que, por lo tanto, las llanuras que se extienden desde el Po a los Alpes no eran un campo de batalla propicio para los romanos. A la noche siguiente, por lo tanto, los soldados recibieron la orden de recoger su impedimenta en silencio, el ejército se alejó de Tesino y se dirigió rápidamente al Po, que cruzaron por el puente de barcas que todavía estaba intacto, en perfecto orden y sin ser molestados por el enemigo. Llegaron a Plasencia antes de que Aníbal supiese con certeza que habían dejado el Tesino; sin embargo, logró capturar a unos seiscientos que estaban en su orilla del Po, desmontando lentamente el extremo del puente. No pudo utilizar el puente para cruzar, ya que los extremos se habían desatado y todo el conjunto flotaba río abajo. Según Celio, Magón, con la caballería y la infantería española, cruzó enseguida el río, mientras que el propio Aníbal llevaba su ejército río arriba, donde era vadeable y puso a los elefantes en fila de orilla a orilla para romper la fuerza de la corriente. Los que conozcan el río difícilmente creerán esto, pues es muy improbable que la caballería pudiera haber resistido la violencia de la corriente sin daño para sus monturas y armas, aún suponiendo que los hispanos hubiesen cruzado sobre sus odres hinchados; y habría requerido una marcha de muchos días el encontrar un vado en el Po por el que un ejército cargado con sus bagajes hubiese podido cruzar. Concedo yo más autoridad a aquellos autores que dicen que les llevó al menos dos días encontrar un lugar por donde poder tender un puente sobre el río, y que fue por allí por donde cruzó la caballería de Magón y la

infantería ligera hispana. Mientras que Aníbal esperaba cerca del río para conceder audiencia a las embajadas de los galos, mandó cruzar a su infantería pesada y durante este intervalo Magón y su caballería avanzaron hasta un día de marcha del río en dirección del enemigo, en Plasencia. A los pocos días, Aníbal se atrincheró en una posición a seis millas de Plasencia, y al día siguiente sacó a su ejército en orden de batalla a la vista del enemigo y le presentó oportunidad de luchar.

[21.48] La noche siguiente, las fuerzas auxiliares galas hicieron una matanza en el campamento romano; realmente, fue más grave por el alboroto que por la pérdida de vidas. Unos dos mil soldados de infantería y doscientos jinetes masacraron a los centinelas y desertaron con Aníbal. Los cartagineses les recibieron amablemente y los enviaron a sus casas con la promesa de grandes recompensas y se ganaban las simpatías de sus compatriotas en su nombre. Escipión vio en este ultraje una señal de revuelta para todos los galos, quienes, contagiados por la locura de este crimen, correrían de inmediato a las armas; y aunque sufriendo gravemente por su herida, abandonó su posición a la cuarta guardia de la noche siguiente, marchando su ejército en perfecto silencio y trasladó su campamento cerca del Trebia, en un terreno más elevado donde las colinas resultaban impracticables para la caballería. Tuvo menos éxito tratando de ocultar su maniobra al enemigo del que tuvo en el Tesino; Aníbal envió primero a los númidas y después a toda su caballería en persecución, pudiendo por lo menos haber provocado un desastre entre la retaguardia de la columna si los númidas, llevados por su ansia de botín, no se hubieran vuelto hacia el abandonado campamento romano. Mientras perdían el tiempo husmeando por cada rincón del campamento, sin encontrar nada que valiese la pena, el enemigo se escapó de sus manos y para cuando llevaron a la vista de los romanos, ellos ya habían cruzado el Trebia y mensuraban el terreno de su campamento. Solo murieron algunos rezagados a los que capturaron a su lado del río. No pudiendo soportar por más tiempo las molestias de la herida, agravada por la marcha, y pensando también que debía esperar a su colega (pues ya se había enterado de que lo habían hecho llamar desde Sicilia), Escipión escogió la que parecía la posición más segura cerca del río y plantó un campamento permanente. Aníbal había acampado no lejos de allí y, a pesar de su euforia por su exitosa acción de caballería, sentía una considerable inquietud porque la falta de suministros, debida a que al marchar por territorio hostil no había almacenes donde proveerse, se agravaba día tras día. Envió un destacamento a la ciudad de Clastidium donde los romanos habían acumulado grandes cantidades de grano. Mientras se disponían a atacar la plaza, concibieron esperanzas de conseguir su entrega. Dasio, un brindisino, era el jefe de la guarnición, y fue inducido mediante un moderado soborno de cuatrocientas piezas de oro para que entregase Clastidium a Aníbal. El lugar fue el granero de los cartagineses mientras estuvieron en el Trebia. No se produjo ninguna crueldad contra la guarnición, pues Aníbal desde el principio ansiaba ganarse reputación de clemente.

[21,49]. La guerra en el Trebia había llegado, de momento llegar a un punto muerto, pero en torno a Sicilia, y a las islas en la franja italiana, estaban teniendo lugar acciones terrestres y navales bajo el mando de Sempronio y aún antes de su llegada. Los cartagineses habían enviado veinte quinquerremes con un millar de soldados a bordo para asolar las costas de Italia; nueve a Lípari y ocho a la isla de Vulcano, pero tres derivaron con las corrientes hasta el estrecho de Mesina. Estos fueron divisadas desde Mesina, e Hierón, rey de Siracusa, que estaba por entonces esperando al cónsul, envió doce naves contra ellas, que fueron capturadas sin oposición y llevadas al puerto de Mesina. Se supo por los prisioneros que, además de la flota de veinte buques a la que pertenecían, enviada contra Sicilia, estaban también de camino a Italia otras treinta y cinco quinquerremes cuyo objetivo era provocar a los antiguos aliados de Cartago. Su principal inquietud era asegurarse Lilybaeum, y los prisioneros opinaban que la tormenta que les había separado del resto había impulsado también a la flota hasta las islas Égates. El rey comunicó esta información tal como la había recibido a Marco Emilio, el pretor, cuya provincia era Sicilia, y le aconsejó poner una fuerte guarnición en Lilibeo. El pretor envió enseguida sus generales y tribunos militares a los estados

vecinos para hacerse cargo de la defensa. Lilibeo, especialmente, se dedicó completamente a los preparativos para la guerra; se dieron órdenes para que los marineros llevasen a bordo raciones para diez días, de modo que no hubiera retraso en hacerse a la vela cuando se diera la señal; se enviaron hombres a lo largo de la costa para vigilar la llegada de la flota enemiga. Así sucedió que, aunque los cartagineses habían disminuido a propósito la velocidad de sus buques para llegar a Lilibeo antes del amanecer, fueron divisados en el horizonte debido a la existencia de luna toda la noche y también porque venían con sus velas desplegadas. Al instante se dio la señal por los vigías; en la ciudad sonó el grito de *¡A las armas!* y se tripularon los barcos. Algunos de los soldados estaban en las murallas y vigilando las puertas, otros estaban a bordo de los buques. Como los cartagineses vieran que las cosas no sucederían contra gentes sin precaver, permanecieron fuera del puerto hasta el amanecer y pasaron el tiempo quitando sus velas y disponiéndose para la acción. Cuando se hizo la luz se hicieron a la mar para disponer de espacio suficiente en el combate y para que los buques del enemigo se sintieran libres para salir del puerto. Los romanos no rehusaron la batalla, envalentonados como estaban por el recuerdo de sus anteriores combates en aquel mismo lugar y llenos de confianza en el número y valor de sus hombres.

[21.50] Cuando hubieron salido a mar abierto, los romanos estaban ansiosos por llegar al cuerpo a cuerpo; los cartagineses, por otra parte, trataban de evitar esto y vencer maniobrando más que mediante el ataque directo; preferían que fuese más una batalla de naves que de soldados. Y es que su flota estaba ampliamente dotada de marineros, pero con escasez de soldados, y siempre que un barco se colocaba banda a banda con otro enemigo, en modo alguno sus hombres armados podían igualar el combate. Cuando esto se hizo de conocimiento general, los ánimos de los romanos se levantaron al darse cuenta de cuántos de sus soldados iban a bordo, mientras que los cartagineses se descorazonaban al ver cuán pocos tenían. Siete de sus buques fueron capturados en muy poco tiempo, el resto huyó. En los siete barcos había mil setecientos soldados y marineros, entre ellos tres miembros de la nobleza cartaginesa. La flota romana regresó sin daños a puerto, con excepción de uno que había sido embestido, pero incluso esta pudo regresar. Inmediatamente después de esta batalla, Tiberio Sempronio, el cónsul, llegó a Mesina antes de que los de la ciudad hubieran oído hablar del combate. El rey Hierón fue a su encuentro a la entrada del Estrecho, con su flota totalmente equipada y armada, y subió a bordo de la nave del cónsul para felicitarlo por haber llegado a salvo seguridad con su flota y su ejército, y para desearle un pasaje próspero y feliz a Sicilia. Describió a continuación las características de la isla y los movimientos de los cartagineses, prometiendo ayudar ahora a los romanos, en su ancianidad, con la misma disposición que había mostrado en su juventud, durante la guerra anterior; suministraría gratis, a los soldados y marineros, grano y ropas. También le dijo al cónsul que Lilibeo y las ciudades de la costa estaban en gran peligro, con algunas ansiosas por rebelarse. El cónsul vio que no debía demorar en absoluto el darse a la vela hacia Lilibeo; partió de inmediato y el rey le acompañó con su flota.

[21.51] En Lilibeo, Hierón y su flota se despidieron de él y el cónsul, después de dejar al pretor para supervisar la defensa de la costa de Sicilia, pasó a Malta, que estaba en manos de los cartagineses. Amílcar, hijo de Giscón, quien estaba al mando de la guarnición, entregó la isla y sus hombres, un poco menos de dos mil soldados. Unos días más tarde regresó a Lilibeo, y los prisioneros, con la excepción de los tres nobles, fueron vendidos en subasta. Habiendo quedado satisfecho al asegurar aquella parte de Sicilia, el cónsul navegó hasta la isla Vulcano, pues se enteró de que la flota cartaginesa estaba anclada allí. Sin embargo, no encontró al enemigo en la vecindad, pues habían partido hacia Italia para saquear la franja costera y tras arrasar el territorio de Vibo Valentia amenazaban la ciudad. Mientras regresaba a Sicilia llegaron las nuevas de aquellas correrías al cónsul y, al mismo tiempo, le fue entregado un despacho del Senado informándole de la presencia de Aníbal en Italia y ordenándole que fuera en ayuda de su colega tan pronto como fuera posible. Con todas estos motivos de preocupación pesando sobre él, el cónsul embarcó enseguida su

ejército y lo envió hacia Rímini, en el Adriático. Equipó a Sexto Pomponio, su general, con veinticinco barcos de guerra y le confió la protección de la costa italiana y el territorio de Vibo Valentia; completó la flota de Marco Emilio, el pretor, con cincuenta buques. Después disponer los asuntos de Sicilia, marchó a Italia con diez naves y llegó costeando a Rímini. Desde allí marchó con su propio ejército hasta el río Trebia y se reunió con su colega.

[21.52] El hecho de que ambos cónsules y todas las fuerzas disponibles que Roma poseía fueran llevadas ahora a oponerse a Aníbal, era una prueba bastante clara de que, o bien que aquella fuerza era suficiente para la defensa de Roma o que toda la esperanza en defenderla debía abandonarse. No obstante, uno de los cónsules, deprimido después de la derrota de su caballería además de por su herida, prefería más bien retrasar la batalla. El otro, cuyo valor no había sufrido ninguna merma y, por tanto, estaba más ansioso por combatir, se impacientaba con el retraso. El territorio entre el Trebia y el Po estaba habitado por galos que, ante esta lucha entre dos pueblos poderosos, mostraron buena voluntad e imparcialidad para con ambos, con objeto, sin duda, de ganarse la gratitud del vencedor. Los romanos se daban por más que satisfechos si los galos permanecían tranquilos y neutrales, pero Aníbal estaba muy indignado, pues constantemente decía que él estaba allí invitado por los galos para lograr su libertad. Estos sentimientos de rencor y, al mismo tiempo, el deseo de enriquecer a sus soldados con el botín, le impulsaron a enviar dos mil soldados de infantería y mil de caballería, compuesta por galos y númidas, sobre todo por estos últimos, con órdenes de devastar todo el país, comarca tras comarca, hasta las mismas orillas del Po. Aunque los galos habían mantenido hasta entonces una actitud imparcial, se vieron obligados, en su necesidad, a volverse de quienes habían cometido aquellos atropellos hacia quienes esperaban que les hicieran justicia. Enviaron emisarios a los cónsules para pedir a los romanos que vinieran a rescatar una tierra que estaba sufriendo por haber sido su pueblo demasiado leal a Roma. Cornelio consideró que ni los hechos denunciados ni las circunstancias justificaran ejercer ninguna acción. Sospechaba de aquella nación por sus muchos actos de traición, e incluso si se pudiera olvidar su pasada infidelidad por el paso del tiempo, él no olvidaría la reciente traición de los boyos. Sempronio, en cambio, era de la opinión de que el medio más eficaz para conservar la fidelidad de sus aliados consistía en defender a los primeros que pidieran su ayuda. Como su colega aún dudaba, él envió a su propia caballería, con el apoyo de unos mil lanzadores de jabalina, para proteger el territorio de los galos al otro lado del Trebia. Atacaron al enemigo por sorpresa mientras estaba disperso y en desorden, la mayoría cargados de botín, y tras producir gran pánico e infligir severas pérdidas entre ellos, los pusieron en fuga hacia su campamento. Los fugitivos fueron obligados a volverse por sus camaradas, que salían en gran número del campamento, y así reforzados renovaron los combates. La batalla osciló conforme cada bando se retiraba o perseguía y, hasta la última acción, estuvo indecisa. El enemigo perdió más hombres, los romanos reclamaron la victoria.

[21.53] A nadie en todo el ejército pareció la victoria más importante o más decisiva que al propio cónsul. Lo que más le complació fue haber demostrado ser superior en aquella arma con la que su colega resultó derrotado. Vio que los ánimos de sus hombres estaban restaurados y que nadie, excepto su colega, deseaba retrasar la batalla; creía que Escipión estaba más enfermo de ánimo que de cuerpo y que el pensar en su herida le hacía rehuir los peligros del campo de batalla. *Pero no debemos contagiarnos con el letargo de un enfermo. ¿Qué se ganará con más retrasos, o más bien, con más pérdida de tiempo? ¿A quién esperamos, a un tercer cónsul; qué nuevo ejército buscamos? El campamento de los cartagineses está en Italia, casi a la vista de la Ciudad. Su objetivo no es Sicilia ni Cerdeña, que perdieron tras su derrota, ni la Hispania de esta parte del Ebro; su único objetivo es arrojar a los romanos fuera de su suelo ancestral, de la tierra en que nacieron. ¡Cuánto se lamentarían nuestros padres, acostumbrados como estaban a guerrear en torno a las murallas de Cartago, si pudieran vernos a nosotros, sus descendientes, con dos cónsules y dos ejércitos consulares, acobardados en nuestro campamento en el mismo corazón de*

Italia, mientras los cartagineses se apropian de su imperio entre los Alpes y los Apeninos! Así hablaba, sentado junto a su colega incapacitado; este era el lenguaje que empleaba ante sus soldados, como si estuviese arengando a la Asamblea. Le empujaba, también, la proximidad del momento de las elecciones y el miedo de que la guerra, si se retrasaba, pasara a manos de los nuevos cónsules; también la oportunidad que tenía de monopolizar toda la gloria en ella mientras su colega estaba enfermo. A pesar, por tanto, de la oposición de Cornelio, ordenó a los soldados que se preparasen para la batalla que se avecinaba.

Aníbal vio claramente cuál era el mejor curso de acción del enemigo, y tenía muy pocas esperanzas de que ningún cónsul hiciera algo precipitado o imprudente. Sin embargo, cuando descubrió que lo que había escuchado previamente era realmente cierto, es decir, que uno de los cónsules era un hombre impetuoso y testarudo y que aún lo era más desde la reciente acción de caballería, le quedaron muy pocas dudas de que tenía una ocasión propicia para dar la batalla. Estaba ansioso por no perder un momento, para poder combatir mientras el ejército enemigo era aún novato y el mejor de los dos jefes romanos estaba incapacitado por su herida, y también mientras los galos mantenían su ánimo belicoso, pues sabía que la mayor parte de ellos le seguirían con tanto menos entusiasmo cuanto más lejos estuviesen de sus hogares. Estas y otras consideraciones parecidas lo llevaron a la esperanza de que la batalla fuera inminente, y le hizo querer forzar un enfrentamiento si los otros se retrasaban. Envió a algunos galos a espiar, pues los galos servían en ambos ejércitos y podía confiar en ellos pasar averiguar lo que deseaba, y cuando le informaron que los romanos estaban dispuestos para el combate, el cartaginés empezó a buscar un lugar apropiado para tender una emboscada.

[21,54] Entre los dos ejércitos había una corriente con orillas muy altas cubiertas con hierbas pantanosas, zarzas y arbustos de los que generalmente se encuentran en terrenos baldíos. Tras cabalgar alrededor del lugar y quedar convencido por sí mismo de que podía ocultarse allí incluso la caballería, Aníbal, volviéndose a su hermano Magón, dijo: *Este será el lugar que ocuparás. Escoge de entre tu fuerzas de infantería y caballería a cien hombres de cada arma y tráelos ante mí en la primera guardia, ahora es tiempo de comer y descansar.* Luego despidió a su personal. Magón hizo acto de presencia con sus doscientos hombres escogidos. *Yo veo aquí*, dijo Aníbal, *la flor de mi ejército, pero debéis ser fuertes tanto en número como en valor. Por lo tanto, cada uno de vosotros irá y escogerá otros nueve como él de entre los escuadrones y manípulos. Magón os mostrará el lugar donde permaneceréis emboscados; tenéis un enemigo ignorante de tales artes bélicos.* Después de enviar a Magón con sus mil hombres de infantería y sus mil de caballería a ocupar su posición, Aníbal dio órdenes para que la caballería númida cruzase el Trebia al amanecer y cabalgase hasta las puertas del campamento romano; allí debían lanzar sus proyectiles sobre los puestos de vigilancia e incitar así al enemigo a la batalla. Cuando se hubiera iniciado la lucha, debían ir cediendo poco a poco terreno y conducir a sus perseguidores hasta su propia orilla del río. Estas eran las órdenes de los númidas; a los otros comandantes, tanto de infantería como de caballería, se les ordenó procurar que todos sus hombres desayunasen, tras lo cual debían esperar la señal, con los hombres completamente armados y los caballos ensillados y dispuestos. Ansioso de combatir y habiéndose hecho a la idea de combatir, Sempronio sacó toda su caballería para cubrir el ataque númida, pues tenía en su caballería la mayor de las confianzas; a esta le siguieron seis mil infantes y, por último, marcharon fuera de su campamento todas sus fuerzas restantes. Resultaban ser los días más cortos, una tormenta de nieve estaba en su apogeo y la comarca, situada entre los Alpes y los Apeninos, se había vuelto especialmente fría por la proximidad de ríos y pantanos. Para empeorar las cosas, hombres y caballos por igual habían sido enviados al frente a toda prisa, sin comida ni protección alguna contra el frío, por lo que no tenían calor en sus cuerpos y la brisa helada procedente del río hacía el frío aún más insoportable conforme se aproximaban en su persecución de los númidas. Pero cuando entraron en el agua, que se había hinchado por la lluvia de la noche y les llegaba a la altura del pecho, las extremidades se les quedaron ateridas de frío y al

surgir por el otro lado apenas tenían fuerzas para sostener sus armas; empezaron a debilitarse por la fatiga y, conforme avanzó el día, con el hambre.

[21,55] Los hombres de Aníbal, entre tanto, habían hecho fuegos ante sus tiendas, se había distribuido aceite entre los manípulos para que sus articulaciones siguieran flexibles y tuvieron tiempo de efectuar una abundante comida. Cuando se anunció que el enemigo había cruzado el río, tomaron sus armas, despiertos y activos de mente y cuerpo, y marcharon a la batalla. Los baleares y la infantería ligera se situaron delante de los estandartes; sumaban unos ocho mil; tras ellos la infantería pesada, el pilar y columna vertebral del ejército; en los flancos, Aníbal colocó diez mil jinetes y a los elefantes los distribuyó delante de las alas. Cuando el cónsul vio a su caballería, que había perdido el orden durante la persecución, encontrándose con una insospechada resistencia númida, dio señal para que la llamaran y la colocó rodeando a sus infantes. Había dieciocho mil romanos, veinte mil aliados latinos y una fuerza auxiliar de cenomanos, la única tribu gala que se había mantenido fiel. Estas eran las fuerzas enfrentadas. Los baleares abrieron el combate, pero al encontrarse con la gran resistencia de las legiones, la infantería ligera se retiró rápidamente a las alas, una maniobra que enseguida acrecentó los problemas de los jinetes romanos que, en número de cuatro mil y ya cansados, no fueron capaces de ofrecer una resistencia efectiva a los diez mil que estaban frescos y vigorosos, viéndose además desbordados por la nube de proyectiles lanzados por los baleares. Más aún, los elefantes, elevándose al extremo de la línea, aterrorizaban a los caballos no solo por su apariencia, sino por su olor desacostumbrado, y extendieron el pánico por doquier. La batalla de infantería, por lo que a los romanos concernía, se mantenía más por el valor que por la fortaleza física, pues los cartagineses, que poco antes habían comido y descansado, entraron en combate alimentados y frescos, mientras que los romanos estaban cansados, hambrientos y ateridos de frío. Aun así, su valor les habría sostenido si únicamente hubiesen estado combatiendo contra la infantería. Sin embargo, los baleares, después de rechazar a la caballería, lanzaban sus proyectiles sobre los flancos de las legiones; los elefantes habían cargado ya contra el centro de la línea romana y Magón y sus númidas, saliendo de su emboscada, aparecieron en la retaguardia y crearon terrible desorden y pánico. Aun a despecho de todos los peligros que les rodeaban, las filas permanecieron firmes e inconmovibles durante algún tiempo, incluso, contra toda expectativa, frente a los elefantes. Algunos vélites[6], que habían sido situados donde pudieran atacar a dichos animales, corrieron tras ellos y les agarraban de las colas, hincándoles los dardos donde su piel era más suave y fácilmente penetrable y haciéndoles retirarse.

[21.56] Enloquecidos por el dolor y el terror, estaban empezando a correr salvajemente entre sus propios hombres cuando Aníbal ordenó que los llevaran al ala izquierda, contra las auxiliares galos de la derecha romana. Allí causaron de inmediato un pánico inconfundible y la huida, así que los romanos tuvieron otro motivo más de alarma al ver a sus auxiliares derrotados. Estaban ahora luchando en círculo y cerca de diez mil de ellos, incapaces de escapar en cualquier otra dirección, se abrieron paso por el centro de las tropas africanas y los auxiliares galos que las apoyaban, e infligieron unas tremendas pérdidas al enemigo. El río les impedía regresar a su campamento y la lluvia no les dejaba juzgar dónde serían de más ayuda a sus camaradas, por ellos marcharon directamente a Plasencia. Por todas partes se trataba desesperadamente de escapar; algunos que lo intentaron por el río fueron arrastrados por la corriente o capturados por el enemigo al dudar en cruzar; otros, dispersos al huir por los campos, siguieron las huellas del grupo principal en retirada y llegaron a Plasencia; otros, temiendo más al enemigo que al río, lo cruzaron y llegaron hasta su campamento. El aguanieve y el insoportable frío provocaron la muerte de muchos hombres y animales de carga, pereciendo casi todos los elefantes. Los cartagineses abandonaron la persecución

6 Infantería ligera romana que se correspondía con aquellos ciudadanos más pobres que no poseían lo suficiente como para permitirse la panoplia completa del legionario pesado; estaba armada muy heterogéneamente: con jabalinas o con dardos, puñales o espadas, a veces con pequeños escudos y raramente con protección corporal.- N. del T.

a orillas del Trebia y regresaron a su campamento tan entumecidos por el frío que casi no sentían alegría alguna por su victoria. Por la noche, los hombres que habían custodiado el campamento [romano] y el resto de los soldados, en su mayoría heridos, cruzaron el Trebia en balsas sin ninguna interferencia de los cartagineses, fuera porque el rugido de la tormenta les impidió oírles o porque, al no poder moverse por el cansancio y las heridas, fingieran no oír nada. Mientras los cartagineses descansaban, Escipión llevó su ejército hasta Plasencia y desde allí, atravesando el Po, hasta Cremona, para que una sola colonia no se viese abrumada con el suministro de los cuarteles de invierno de dos ejércitos.

[21.57] Tanto terror produjo esta derrota en la ciudad de Roma, que pensaban que el enemigo ya avanzaba para atacar la Ciudad y que no se podía esperar ayuda ni tener esperanza de rechazarlo de sus murallas y puertas. Tras haber sido batido un cónsul en el Tesino, se había llamado al otro desde Sicilia y ahora ambos cónsules y ambos ejércitos consulares habían sido derrotados. ¿Qué nuevos jefes, qué nuevas legiones podrían traerse al rescate? En medio de este terror generalizado, llegó Sempronio. Se había deslizado a través de la caballería enemiga, corriendo un gran riesgo, mientras estaba dispersa en busca de botín, y debió su escape más a la audacia que a la inteligencia, pues no tenía muchas esperanzas de evitarla o, de no lograrlo, de resistir. Después dirigir las elecciones, que era la necesidad urgente por el momento, regresó a sus cuarteles de invierno. Los cónsules electos fueron Cneo Servilio y Cayo Flaminio *(217 a.C.)*. Ni en sus cuarteles de invierno tuvieron los romanos mucha tranquilidad; por todas partes vagaba la caballería númida o, donde el terreno era demasiado duro para ella, los celtíberos y lusitanos. Tenían, por tanto, cortados los suministros por todos lados, excepto lo que eran traídos en barcos por el Po. Cerca de Plasencia había un mercado grande, cuidadosamente fortificado y ocupado por una fuerte guarnición. Con la esperanza de capturar el lugar, Aníbal se acercó con la caballería y fuerzas ligeras, y confiando principalmente en el secreto para tener éxito, se dirigió hasta allí por la noche. Pero no escapó a la observación de los centinelas, y tan fuerte fue el grito de alarma que, de hecho, se escuchó hasta en Plasencia. Al amanecer el cónsul estaba ya en el lugar con su caballería, habiendo dado órdenes para que las legiones de infantería le siguieran en orden de combate. Se libró una acción de caballería en la que Aníbal resultó herido y su retirada del cambo de batalla desconcertó al enemigo; la posición fue defendida admirablemente.

Después de tomar sólo unos días de descanso, antes de que la herida se curase bien, Aníbal procedió a atacar Victumula. Durante la guerra Gala este lugar había servido como mercado romano; posteriormente, como era una plaza fortificada, se había asentado allí un considerable número de población mixta procedente de los territorios vecinos, y ahora el terror provocado por las constantes rapiñas había llevado a la mayoría de la gente del campo hasta la ciudad. Esta población heterogénea, excitada por la noticia de la enérgica defensa de Plasencia, tomó las armas y salió al encuentro de Aníbal. Más como una muchedumbre que como un ejército, se encontraron con él cuando marchaba; como una parte no era más que una multitud indisciplinada y la otra consistía en un general y un ejército que confiaban completamente uno en el otro, un pequeño destacamento derrotó a treinta y cinco mil hombres. Al día siguiente se rindieron y admitieron una guarnición cartaginesa dentro de sus murallas. Acababan de rendir sus armas, obedeciendo las órdenes, cuando se dieron de repente instrucciones a los vencedores para que tratasen la ciudad como si la hubiesen tomado al asalto; ningún hecho sangriento, que los historiadores suelen mencionar en tales ocasiones, fue dejado de perpetrar, tan terrible fue el ejemplo sentado de toda clase de lascivia y crueldad y cruel tiranía hacia los infelices habitantes. Tales fueron las operaciones de invierno de Aníbal.

[21.58] Los soldados descansaron mientras duró el insoportable frío; no duró mucho, y a las primeras y dudosas señales de la primavera, Aníbal dejó sus cuarteles de invierno y fue hacia Etruria con intención de inducir a esa nación, como a los galos y los ligures, a unir sus fuerzas con

él, voluntariamente o bajo amenaza. Durante su travesía de los Apeninos le alcanzó una tormenta de tal severidad que casi se superaron los horrores de los Alpes. La lluvia era impulsada por el viento directamente contra las caras de los hombres, y se detenían al tener que abandonar sus armas para luchar contra el temporal que les tiraba por el suelo. Luego se les cortaba la respiración y no podían respirar, por lo que se sentaban brevemente de espaldas al viento. Los cielos empezaron a reverberar con un rugido terrible y en medio del estruendo brillaban fuegos entre terribles relámpagos. Aquella visión les ensordeció y paralizó de terror. Por fin, como la fuerza del viento aumentase con la lluvia, vieron que tendrían que establecer el campamento en el lugar en que les había atrapado la tormenta. Ahora tenían que comenzar todos sus trabajos de nuevo, pues no podían desenrollar nada ni fijar nada; donde quiera que las ataban, se soltaban, el viento las desgarraba en pedazos y se las llevaba. Luego, al congelarse en lo alto de las montañas la humedad arrastrada por el viento, descargó tal granizada de nieve que los hombres, renunciando a cualquier otro intento de acampar, yacieron como mejor pudieron, más enterrados bajo sus cubiertas que protegidos por ellas. A esto le siguió un frío tan intenso que cuando alguno, hombre o bestia, trataba de levantarse de tan miserable estado de postración, le llevaba mucho tiempo conseguirlo porque sus músculos, contraídos y rígidos por el frío, apenas les dejaban doblar sus extremidades. Por fin, ejercitando brazos y piernas, pudieron moverse un tanto y empezaron a reanimarse; aquí y allí se encendieron fogatas y aquellos que precisaban de menos ayuda auxiliaron a sus compañeros. Las fuerzas permanecieron bloqueadas en ese lugar durante dos días; muchos hombres y animales murieron; de los elefantes que sobrevivieron a la batalla del Trebia perdieron a siete.

[21.59] Después de descender de los Apeninos, Aníbal avanzó hacia Plasencia, y después de una marcha de diez millas estableció su campamento. Al día siguiente marchó contra el enemigo con doce mil soldados de infantería y cinco mil de caballería. Para entonces, Sempronio había regresado de Roma y no rehusó la batalla. Distaban aquel día los dos campamentos entre sí tres millas; combatieron al día siguiente y ambos bandos mostraron el más decidido valor aunque la acción resultó indecisa. En el primer choque, los romanos fueron tan superiores que no solo se hicieron con el campo de batalla, sino que persiguieron al enemigo derrotado hasta su campamento y pronto lo estaban atacando. Aníbal situó unos cuantos hombres para defender la empalizada y las puertas, congregó al resto en el centro del campamento y les ordenó estar alertas y esperar la señal para efectuar una salida. Era ya casi la hora nona; los romanos estaban agotados con sus infructuosos esfuerzos y no tenían esperanza de hacerse con el campamento, por lo que el cónsul dio la señal para retirarse. Tan pronto como Aníbal lo oyó y vio que la lucha había disminuido y que el enemigo se retiraba del campo de batalla, lanzó inmediatamente a su caballería por la derecha y por la izquierda y se encaminó personalmente con la fuerza principal de su infantería desde el centro de su campamento. Rara vez habrá habido una lucha más igualada, y pocas se habrían hecho más memorables por la destrucción mutua de ambos ejércitos, si la la luz del día se hubiese prolongado suficientemente; tal como fueron las cosas, la noche puso fin a un combate sostenido con obstinado valor. Hubo más furia que derramamiento de sangre, y como se había luchado igualadamente en ambos lados, las pérdidas fueron también iguales. No más de seiscientos de infantería y la mitad de ese número de caballería cayeron por ambos bandos, pero la pérdida romana era desproporcionada con su número; resultaron muertos varios miembros del orden ecuestre y cinco tribunos militares, así como tres prefectos de los aliados. Inmediatamente después de la batalla, Aníbal se retiró a la Liguria y Sempronio a Luca. Mientras Aníbal estaba entrando en Liguria, dos cuestores romanos que habían sido capturados en una emboscada, Cayo Fulvio y Lucio Lucrecio, junto a tres tribunos militares y cinco miembros del orden ecuestre, la mayoría de ellos hijos de senadores, fueron conducidos ante él por los galos para que se sintiera más confiado con su alianza y pacífica relación.

[21.60] Mientras tenían lugar estos sucesos en Italia, Cneo Cornelio Escipión, al que se había

enviado con un ejército y una flota a Hispania, empezó sus operaciones en aquel país. Desde la desembocadura del Ródano, navegó rodeando el final occidental de los Pirineos y llegó hasta Ampurias. Desembarcó aquí su ejército, y comenzando con los layetanos, atrajo a todos los pueblos marítimos, hasta el Ebro, a la esfera de influencia romana mediante la renovación de las antiguas alianzas y la formalización de otras nuevas. Se ganó de esta manera una reputación de clemencia que se extendió no sólo entre las poblaciones marítimas, sino entre las tribus más guerreras y los montañeses vecinos de otros más salvajes. Estableció relaciones pacíficas con ellos y, todavía más, se aseguró un alianza militar y fueron alistadas de entre ellos algunas fuertes cohortes. El país del otro lado del Ebro era la provincia de Hanón, a quien Aníbal había dejado para mantenerla en poder de Cartago. Considerando que debía enfrentar los siguientes avances de Escipión antes de que toda la provincia estuviese bajo dominio romano, asentó su campamento a plena vista del enemigo y presentó batalla. El romano también creía que la batalla no debía ser retrasada; sabía que tendría que luchar tanto contra Hanón como contra Asdrúbal, y prefería hacerlo contra cada uno de ellos por separado en vez de contra ambos a la vez. No resultó ser una gran batalla. El enemigo perdió seis mil hombres; a dos mil, además de los que custodiaban el campamento, se les hizo prisioneros; el mismo campamento fue tomado y se capturó a su general junto con algunos de sus oficiales; Cisis, una ciudad fortificada próxima al campamento, se atacó con éxito. El botín, sin embargo, al tratarse de un lugar pequeño, fue de poco valor y estuvo constituido principalmente por las propiedades domésticas de los bárbaros y algunos esclavos sin valor. El campamento, sin embargo, enriqueció a los soldados no solo con las pertenencias del ejército al que habían derrotado, sino también con las del ejército que servía con Aníbal en Italia. Habían dejado casi todas sus posesiones valiosas al otro lado de los Pirineos, pues no podrían llevar cargas pesadas.

[21.61] Antes de haber recibido noticia definitiva de esta derrota, Asdrúbal había cruzado el Ebro con ocho mil soldados de infantería y mil de caballería, con la esperanza de enfrentar a los recién llegados romanos; pero tras saber del desastre de Cisis y la captura del campamento, desvió su ruta hacia el mar. No muy lejos de Tarraco se encontró con los soldados de nuestras naves y los marineros aliados, dispersos por los campos, con el habitual descuido que provoca la victoria. Envío su caballería en todas direcciones contra ellos, hizo una gran masacre y les obligó a regresar atropelladamente a sus barcos. Temiendo permanecer más tiempo en la zona para no ser sorprendido por Escipión, se retiró cruzando el Ebro. Al tener noticias de este nuevo enemigo, Escipión descendió a marchas forzadas, y tras castigar sumariamente a varios de los prefectos de las naves, volvió por mar a Ampurias dejando una pequeña guarnición en Tarragona. Apenas se había marchado cuando Asdrúbal apareció en escena e instigó a los ilergetes, que habían entregado rehenes a Escipión, a rebelarse, y en unión de los guerreros de aquella tribu asoló los territorios de las que permanecieron leales a Roma. Esto sacó a Escipión de sus cuarteles de invierno, ante lo que Asdrúbal desapareció nuevamente más allá del Ebro y Escipión invadió con sus fuerzas el territorio de los ilergetes después que el instigador de la revuelta se hubiera abandonado a su suerte. Los llevó a todos en Atanagro, su capital, que procedió a asediar y que pocos días más tarde recibió bajo la protección y jurisdicción de Roma, tras exigir un aumento en el número de rehenes e imponerles una fuerte multa. Desde allí avanzó contra los ausetanos, que vivían cerca del Ebro y también eran aliados de los cartagineses, y asedió su ciudad. Los lacetanos, que llevaban ayuda a sus vecinos durante la noche, sufrieron una emboscada no lejos de la ciudad a la que trataban de entrar. Fueron muertos más de doce mil, casi todos los supervivientes arrojaron sus armas y huyeron a sus hogares en grupos dispersos por todo el país. Lo único que salvó a la ciudad asediada del asalto y el saqueo fue la severidad del clima. Durante los treinta días que duró el asedio, la nieve raramente bajó de los cuatro pies de profundidad, cubriendo los plúteos y manteletes tan completamente que incluso sirvieron como protección suficiente contra los fuegos que descargaba, de tanto en tanto, el enemigo. Por fin, después que su jefe, Amusico, hubiera escapado a los cuarteles de Asdrúbal, se rindieron y acordaron pagar una indemnización de veinte talentos de plata. El ejército regresó a sus

cuarteles de invierno en Tarragona.

[21.62] Durante aquel invierno acontecieron muchos portentos en Roma y sus proximidades; o, en cualquier caso, se informó de muchos y fácilmente ganaron credibilidad, pues una vez que las mentes de los hombres se excitan con temores supersticiosos se creen tales cosas fácilmente. Se cuenta que un niño de seis meses de edad, de padres nacidos libres, gritó: *¡Yo Triunfo!* en el mercado de hortalizas; se cuenta que un buey, en el Foro Boario, subió por sí mismo al tercer piso de una casa y luego, atemorizado por la ruidosa multitud que se había juntado, se lanzó hacia abajo. Se vio una nave fantasma navegando por el cielo; el templo de la Esperanza, en el mercado de hortalizas, fue alcanzado por un rayo; en Lanuvio, la lanza de Juno se movió por sí misma y un cuervo descendió sobre su templo y se sentó en una almohada; en territorio amiterno, fueron vistos seres de forma humana y vestidos de blanco, pero nadie se les acercó; en los alrededores del Piceno hubo una lluvia de piedras; en Cerveteri se partieron en pedazos las tablillas oraculares; en la Galia, un lobo arrebató a un centinela su espada con la vaina y huyó con ellas. En cuanto a los demás portentos, se ordenó a los decenviros que consultasen los Libros Sagrados, pero en el caso de la lluvia de piedras en el Piceno se decretó una novena, a cuyo término casi toda la comunidad se encargaría de expiar los restantes prodigios. En primer lugar se purificó la Ciudad y se sacrificaron víctimas mayores a las deidades mencionadas por los Libros Sagrados; se llevó una ofrenda de cuarenta libras de oro a Juno, en Lanuvio, y las matronas dedicaron una estatua de bronce a esa diosa en el Aventino. En Cerveteri, donde se habían partido las tablillas, se ordenó un lectisternio y se ofreció un servicio de intercesión a la Fortuna en el Algido. También en Roma se ordenó un lectisternio en honor de la Juventud y una rogativa personal de cada cual en el templo de Hércules, y luego otra en que toda la población participó en todos los santuarios. Cinco víctimas mayores fueron sacrificadas al Genio de Roma y a Cayo Atilio Serrano, el pretor, se ordenó que se encargase de llevar a cabo ciertos votos para que la república permaneciese en el mismo estado durante diez años. Estos ritos y votos, ordenados en cumplimiento de lo contenido en los Libros Sagrados, hicieron mucho para disipar los temores religiosos del pueblo.

[21.63] Uno de los cónsules electos era Cayo Flaminio, y a él le tocó el mando de las legiones en Plasencia. Escribió al cónsul para dar órdenes de que el ejército estuviese acampado en Rímini el 15 de marzo. La razón era que él podría tomar posesión de su cargo allí, pues no había olvidado sus viejas rencillas con el Senado, primero como tribuno de la plebe y después respecto a su consulado, cuya elección había sido declarada ilegal, y, finalmente, sobre su triunfo. Había puesto, además, al Senado en su contra a causa de su apoyo a Cayo Claudio; solo él de entre todos los miembros estuvo a favor de la medida que había introducido aquel tribuno. Según sus términos, a ningún senador, ni a nadie cuyo padre hubiera sido senador, se le permitía poseer un buque de más de 300 ánforas de carga. Esto se consideraba lo bastante grande como para transportar el producto de sus fincas, pues cualquier beneficio obtenido mediante el comercio se consideraba deshonroso para los patricios. La cuestión excitó la más viva oposición y atrajo sobre Flaminio el peor de los odios posibles de la nobleza por su apoyo a aquella, pero por otra parte le hizo popular y le convirtió en un favorito del pueblo, procurándole su segundo consulado. Sospechando, por tanto, que tratarían de retenerlo en la Ciudad por medios diversos como falsificar los auspicios o retrasándole porque se le necesitase en el Festival Latino, o cualesquiera otros pretextos de asuntos responsabilidad del cónsul, hizo saber que debía emprender viaje y luego abandonó secretamente la Ciudad como individuo particular y así llegó a su provincia. Cuando esto se supo, hubo un nuevo estallido de indignación por parte del encolerizado Senado; declararon que llevaba su guerra no solo contra el Senado, sino incluso contra los dioses inmortales. *La vez anterior,* dijeron, *cuando fue elegido cónsul en contra de los auspicios y se le ordenó regresar del mismo campo de batalla, desobedeció tanto a los dioses como a los hombres. Ahora él es consciente de haberlos despreciado y ha huido del Capitolio y de la acostumbrada declamación de los solemnes votos. Se niega a acudir al templo*

de Júpiter Óptimo Máximo el día de su toma de posesión, de acudir y consultar al Senado, al que era odioso y que solo a él detestaba, a proclamar el Festival Latino y ofrendar el sacrificio a Júpiter Laciar en el Monte Albano, a seguir hasta el Capitolio, tras tomar debidamente los auspicios, y recitar los votos prescritos, y desde allí, vestido con el paludamento y escoltado por los lictores, marchar a su provincia. Se había marchado furtivamente sin su insignia del cargo, sin sus lictores, como si fuese cualquier empleado del campamento y hubiese abandonado su tierra natal para ir al exilio. Creía, en verdad, que estaba más en consonancia con la majestad de su cargo tomar posesión del mismo en Rímini que en Roma, y vestir sus vestiduras oficiales en cualquier posada del camino que en el mismo corazón y en presencia de sus propios dioses patrios. Se decidió por unanimidad que había que hacerle volver, traído de vuelta a la fuerza si era preciso, y obligado a cumplir, en el acto, con todos los deberes que debía cumplir hacia los dioses y los hombres, antes de marchar hacia su ejército y su provincia. Quinto Terencio y Marco Antiscio marcharon en embajada con este encargo, pero no influyeron sobre él más de lo que lo hizo la carta del Senado en su anterior consulado. Pocos días después tomó posesión de la magistratura y mientras ofrecía su sacrificio, el ternero, tras ser golpeado, se escapó de las manos de los sacrificantes y salpicó a muchos de los espectadores con su sangre. Se produjo una confusión y gran dispersión entre quienes estaban alejados del altar y no sabían a qué se debía tan gran conmoción; mucha gente lo consideró como un presagio de lo más alarmante. Flaminio se hizo cargo de las dos legiones de Sempronio, el último cónsul, y de las dos de Cayo Atilio, el pretor, y comenzó su marcha hacia Etruria por los pasos de los Apeninos.

LIBRO XXII. EL DESASTRE DE CANNAS

[22.1] La primavera ya estaba llegando y Aníbal abandonó sus cuarteles de invierno. Su anterior intento de cruzar los Apeninos había sido frustrado por el insoportable frío y con gran peligro e inquietud siguieron allí. Los galos se le habían unido por la perspectiva de botín y despojos, pero cuando vieron que en vez de saquear el territorio de los demás pueblos era el suyo el que se había convertido en escenario de la guerra y tenía que aguantar la carga de aprovisionar los cuarteles de invierno de ambos bandos, vertieron contra Aníbal su odio hacia los romanos. Sus jefes conspiraban con frecuencia contra su vida y debió su seguridad a la mutua desconfianza de los galos entre sí, pues traicionaban las conspiraciones contra él con el mismo espíritu de ligereza con que las concebían. Se protegía de sus intentos asumiendo diferentes disfraces, llevando unas veces vestidos distintos y otras poniéndose pelucas. Sin embargo, estos constantes sobresaltos fueron otro motivo más para salir anticipadamente de sus cuarteles de invierno. Más o menos al mismo tiempo, Cneo Servilio tomó posesión de su consulado en Roma, el 15 de marzo *(217 a.C.)*. Cuando hubo presentado ante el Senado la política que se proponía llevar a cabo, estalló nuevamente la indignación contra Cayo Flaminio. *Se han elegido dos cónsules, pero, de hecho, solo tenían uno. ¿Qué autoridad legítima tiene este hombre? ¿Qué sanción religiosa? Los magistrados solo adquieren estas sanciones en casa, en los altares del Estado y en los suyos privados, tras haber celebrado el Festival Latino, ofrecido el sacrificio en el Monte Albano y haber recitado adecuadamente los votos en el Capitolio. Estas sanciones no podían ser tomadas por un ciudadano particularmente ni, si había partido sin haberlas tomado, las podía obtener en toda su plenitud estando en tierra extranjera.*

Para aumentar la general sensación de aprensión, se recibieron nuevas de los portentos ocurridos simultáneamente en varios lugares. En Sicilia, varios de los dardos de los soldados se cubrieron de llamas; en Cerdeña, le sucedió lo mismo a un caballero que, sobre la muralla, hacía su ronda de inspección de los centinelas; las costas se habían iluminado por numerosos incendios y dos escudos sudaron sangre; algunos soldados habían sido alcanzados por un rayo; se observó cómo menguaba el Sol; en Palestrina llovieron piedras ardientes del cielo; En Arpos se vieron escudos en el cielo y el Sol apareció luchando con la Luna; en Capena se vieron dos lunas durante el día; en Cerveteri las aguas corrieron mezcladas con sangre y hasta la fuente de Hércules borboteó con gotas de sangre en el agua; en Anzio, caían las espigas con sangre en los cestos de los segadores, en Faleria el cielo pareció partirse como con una enorme brecha con una luz resplandeciente en ella; las tablillas oraculares encogieron y una cayó con esta inscripción: *MARTE AGITA SU LANZA*; al mismo tiempo, la estatua de Marte en la vía Apia y las imágenes de los Lobos sudaron sangre. Por último, en Capua se vio el cielo en llamas y a la Luna cayendo en medio de una lluvia torrencial. Entonces se dio crédito a portentos relativamente insignificantes, tales como que las cabras de ciertas personas se cubrieran repentinamente de lana, que una gallina se convirtiese en gallo y un gallo en gallina. Después de comunicar los detalles tal y como a él se los habían contado y de llevar ante el Senado a sus informadores, el cónsul consultó a la Curia sobre qué prácticas religiosos debían adoptarse. Se aprobó un decreto por el que, para evitar los males que estos augurios presagiaban, se deberían ofrecer sacrificios, las víctimas habrían de ser tanto animales completamente desarrollados como lactantes y, además, se debían hacer rogativas especiales en todos los santuarios durante tres días. Todo lo demás que pudiera ser necesario se haría de acuerdo con las instrucciones de los decenviros, después que hubieran consultado los Libros Sagrados y comprobado la voluntad de los dioses. Por su consejo se decretó que la primera ofrenda se hiciera a Júpiter, en forma de un rayo de oro de cincuenta libras de peso, presentes de plata a Juno y Minerva y sacrificios de víctimas mayores a la Reina Juno en el Aventino y a Juno Salvadora en Lanuvio; las matronas contribuirían, entre tanto, de acuerdo con sus medios y entregarían su presente a la Reina Juno en el Aventino. Se celebraría un lectisternio, e incluso los libertos habrían de contribuir en lo que pudieran para un presente al tempo de Feronia. Cuando se cumplieron estas disposiciones, los

decenviros sacrificaron víctimas mayores en el foro de Ardea y, finalmente, a mitad de diciembre hubo un sacrificio en el templo de Saturno; se ordenó un lectisternio para el que los senadores prepararon los lechos, y un banquete público. Durante un día y una noche, el grito de la Saturnalia resonó por toda la Ciudad y se ordenó al pueblo que guardara ese día como de fiesta y lo observara así para siempre.

[22,2] Mientras que el cónsul estaba ocupado en estas ceremonias propiciatorias así como con el alistamiento de las tropas, Aníbal levantó sus cuarteles de invierno. Al saber que el cónsul Flaminio había llegado a Arezzo, y pese a que se le había señalado un camino más largo, pero más seguro, escogió otro más corto que pasaba a través de las marismas del Arno, cuyo nivel por entonces estaba más alto de lo habitual. Ordenó a hispanos y africanos, el componente principal de los veteranos de su ejército, que fuesen por delante y que llevasen sus equipajes con ellos para que, en caso de parada, pudieran tener los suministros precisos; los galos debían seguirles formando el centro de la columna; la caballería marcharía la última y Magón y su caballería ligera númida cerrarían la columna, principalmente para mantener en su sitio a los galos en caso de que flaquearan o se detuvieran por la fatiga y el esfuerzo de tan larga marcha, pues como nación eran incapaces de soportar tal clase de cosas. Los de delante seguían por donde indicaban los guías, a través de las profundas y casi sin fondo pozas de agua, y aunque prácticamente absorbidos por el fango que mitad vadeaban, mitad nadaban, fueron capaces de conservar sus filas. Los galos no podían ni recuperarse cuando resbalaban ni tenían, una vez caídos, la fuerza para luchar por salir de las pozas; con sus cuerpos desanimados y sus ánimos sin esperanza. Algunos arrastraban dolorosamente sus agotados miembros, otros abandonaban la lucha y morían entre los animales de carga que yacían por todas partes. Lo que más les molestaba era la falta de sueño, que sufrieron durante cuatro días y tres noches. Como todo estaba cubierto de agua y no había un lugar seco donde reposar sus cuerpos cansados, apilaban los equipajes en el agua y se tendían encima, mientras otros lograban algunos minutos de necesario descanso amontonando los animales de carga que por doquier permanecían fuera del agua. El mismo Aníbal, cuyos ojos se vieron afectados por el cambiante e inclemente clima primaveral, cabalgó sobre el único elefante sobreviviente para poder estar un poco más alto sobre el agua. Sin embargo, debido a la falta de sueño, la bruma nocturna y la malaria de los pantanos, sufrió pesadez de cabeza, y como no admitió en ningún momento ni lugar que le atendieran, perdió completamente la vista de un ojo.

[22,3] Después de perder a muchos hombres y bestias bajo estas terribles circunstancias, por fin consiguió salir de los pantanos y, tan pronto como pudo encontrar un terreno seco, plantó su campamento. Los grupos de exploradores que había enviado le informaron de que el ejército romano estaba en las proximidades de Arezzo. Su siguiente paso fue investigar tan cuidadosamente como podía todo lo que materialmente le era posible saber: cuál era el estado de ánimo del cónsul, qué planes tenía, cuáles eran las características del país y de sus carreteras, así como los recursos que ofrecía en cuanto a la obtención de suministros. Aquellas tierras eran unas de las más fértiles de Italia; las llanuras de Etruria, que se extienden desde Fiesole hasta Arezzo son ricas en grano, ganado vivo y toda clase de productos. El carácter autoritario del cónsul, que había ido empeorando desde su último consulado, le había hecho perder el respeto por sí mismo y hasta por los dioses, por no mencionar la majestad del Senado y las leyes, y este lado obstinado y prepotente de su carácter se vio agravado por los éxitos que había alcanzado tanto en casa como en campaña. Resultaba completamente evidente que no buscaría el consejo de dios ni de hombre, y que todo cuanto hiciera se haría de un modo impetuoso y terco. Para hacer más visibles estos defectos de su carácter, el cartaginés se dispuso a irritarle y molestarle. Dejó el campamento romano a su izquierda, y marchó en dirección a Fiesole para saquear los distritos centrales de Etruria. Ante la vista del cónsul produjo tanta destrucción como pudo, y desde el campamento romano veían cumplidamente el fuego y las masacres.

Flaminio no tenía intención alguna de estarse quieto, incluso aunque el enemigo lo hiciera, pero ahora que veía las propiedades de los aliados de Roma saqueadas y pilladas casi ante sus propios ojos, sintió que era una deshonra personal que un enemigo rondase a voluntad por Italia y avanzara para atacar Roma sin que nadie se lo impidiera. Todos los demás miembros del consejo de guerra estaban más a favor de una política segura que no de otra brillante; le instaron a esperar a su colega, a que uniesen sus fuerzas y actuasen de común acuerdo según un plan único y a que, mientras llegaba, controlase los salvajes saqueos del enemigo con la caballería y los auxiliares armados a la ligera. Enfurecido por estas sugerencias, salió del consejo y ordenó que las trompetas tocasen a generala mientras, al tiempo, exclamaba: *¡Que nos sentemos ante las murallas de Arezzo, porque aquí están nuestra patria y nuestros penates! ¡Que ahora que Aníbal se nos ha escapado de las manos y que está haciendo estragos en Italia, destrozando y quemándolo todo en su camino hasta llegar a Roma, quieren que nos quedemos aquí hasta que el Senado convoque a Cayo Flaminio desde Arezzo como antaño lo hizo con Camilo desde Veyes!* Durante este estallido, ordenó que los estandartes se pusieran en marcha a toda prisa y, al mismo tiempo, montó su caballo. Apenas lo había hecho, el animal tropezó y se cayó, arrojándolo sobre su cabeza. Todos los que estaban alrededor quedaron horrorizados por lo que consideraron un mal presagio al comienzo mismo de la campaña, y su alarma aumentó considerablemente al llegar al cónsul un mensaje diciendo que el estandarte no se podía mover por más que el signífero hiciera el mayor de los esfuerzos. Se volvió hacia el mensajero y le preguntó: *¿Traes también un despacho del Senado prohibiéndome salir en campaña? Ve y diles que lo saquen con picos si es que tienen las manos demasiado entumecidas por el miedo.* A continuación, la columna inició su marcha. Los oficiales, además de oponerse absolutamente a sus planes, estaban atemorizados por el doble portento aunque la gran masa de soldados estaban encantados con el ánimo que mostraba su general; tenían confianza sin saber qué débiles eran los motivos para ello.

[22,4] Con el fin de exasperar aún más a su enemigo y hacerlo ansiar el de vengar las heridas infligidas a los aliados de Roma, Aníbal arrasó con todos los horrores de la guerra el territorio entre Cortona y el lago Trasimeno. Había llegado a una posición muy bien adaptada para una táctica de sorpresa, donde el lago llega cerca de las colinas de Cortona. Sólo había aquí una estrecha vía entre las colinas y el lago, como si se hubiese dejado aquel espacio a propósito para la emboscada. Más adelante hay una pequeña extensión de terreno llano rodeado de colinas, y fue aquí donde Aníbal puso su campamento, ocupado solo por sus africanos e hispanos con él mismo al mando. Los baleares y el resto de la infantería ligera fue llevada detrás de las colinas; dispuso a la caballería en la boca misma de un desfiladero, apantallada por algunas colinas bajas, para que cuando los romanos hubieran entrado en él quedaran totalmente rodeados entre la caballería, el lago y las colinas. Flaminio llegó al lago al atardecer. A la mañana siguiente, todavía con poca luz, pasó por el desfiladero sin enviar exploradores a comprobar el camino y, cuando la columna empezó a desplegarse conforme se ensanchaba el terreno llano, el único enemigo que vieron fue el que tenían al frente, el resto estaba oculto a su retaguardia y sobre sus cabezas. Cuando el cartaginés vio alcanzado su objetivo y tuvo a su enemigo encerrado entre el lago y las colinas, con sus fuerzas rodeándolo, dio la orden de ataque general y cargaron directamente hacia abajo, sobre el punto que tenían más cercano. Todo resultó aún más repentino e inesperado para los romanos al haberse levantado una niebla desde el lago, más densa en el llano que en las alturas; los grupos enemigos se podían ver bastante bien entre ellos y así les resultó más sencillo cargar todos al mismo tiempo. El grito de guerra se elevó alrededor de los romanos antes de que pudieran ver claramente de dónde venía o de darse cuenta de que estaban rodeados. Comenzaron los combates al frente y en los flancos antes de que pudieran formar en línea, disponer sus armas o desenvainar sus gladios.

[22.5] En medio del pánico general, el cónsul mostró toda la tranquilidad que se podía esperar, dadas las circunstancias. Las filas eran rotas al volverse cada hombre hacia las voces

discordantes; los recompuso tan bien como permitía el tiempo y el lugar, y dondequiera que se le veía u oía, animaba a sus hombres y les ordenaba aguantar y combatir. *No os abriréis paso con oraciones y súplicas a los dioses*, les decía, *sino con vuestra fuerza y vuestro valor. Será la espada la que abra el camino por en medio del enemigo, y donde haya menos miedo habrá menos peligro.* Pero era tal el alboroto y la confusión que ni los consejos ni las órdenes se escuchaban; y tan lejos estaban los soldados de conocer su puesto en las filas, su unidad o su estandarte, que apenas tuvieron presencia de ánimo bastante para agarrar sus armas y disponerse a usarlas, encontrándose algunos, al ser alcanzados por el enemigo, que eran más una carga que una protección. Con tan espesa niebla, los oídos eran de más utilidad que los ojos; los hombres volvían la mirada en todas direcciones al escuchar los gemidos de los heridos o los golpes en los escudos y las corazas, los gritos de triunfo se mezclaban con los gritos de terror. Algunos que intentaron huir se toparon con un denso cuerpo de combatientes y no pudieron ir más allá; otros que regresaban a la refriega fueron arrastrados por una avalancha de fugitivos. Por fin, cuando se hubo cargado inútilmente en todas direcciones y se vieron completamente rodeados por el lago y las colina de ambos lados y con el enemigo al frente y retaguardia, quedó claro para todos que su única esperanza de salvación estaba en su propia mano y en su propia espada. Luego, cada cual empezó a depender de sí mismo para guiarse y alentarse y comenzó una nueva batalla, no ordenada en sus tres líneas de príncipes, asteros y triarios, donde se combate delante de los estandartes y con el resto del ejército detrás y donde cada soldado permanece con su propia legión, cohorte y manípulo. Las circunstancias les agrupaban, cada hombre formando al frente o a la retaguardia según le inclinase su valor; y tal fue el ardor de los combatientes, su voluntad de luchar, que ni un solo hombre en el campo de batalla se preocupó del terremoto que destruyó gran parte de muchas ciudades de Italia, alteró el curso de rápidas corrientes, llevó el mar dentro de los ríos y provocó enormes corrimientos de tierras entre las montañas.

[22,6] Durante casi tres horas, siguió el combate; en todas partes se sostenía una lucha desesperada, pero se enconó con la mayor fiereza en torno al cónsul. Le seguía lo más selecto de su ejército, y dondequiera que les veía en apuros, o con dificultades, corría enseguida a ayudarles. Destacando por su armadura, era objeto de los más fieros ataques del enemigo, que sus camaradas hacían todo lo posible por repeler, hasta que un jinete ínsubro, que conocía al cónsul de vista -su nombre era Ducario- gritó a sus compatriotas: ¡*Aquí está el hombre que mató a nuestras legiones y devastó nuestra ciudad y nuestras tierras! ¡Lo ofrezco en sacrificio a las sombras de mis compatriotas vilmente asesinados!* Picando espuelas a su caballo, cargó contra la densa masa enemiga y mató a un escudero que se interpuso en su camino cuando cargaba lanza en ristre, y luego hundió su lanza en el cónsul; pero los triarios protegieron el cuerpo con sus escudos y le impidieron despojarlo. Comenzó entonces una huida general, ni el lago ni la montaña detenían a los aterrorizados fugitivos, se precipitaban como ciegos sobre riscos y desfiladeros, hombres y armas cayendo unos sobre otros en desorden. Muchos, al no encontrar vía de escape, entraron en el agua hasta los hombros; algunos, en su miedo salvaje, incluso trataron de escapar nadando, lo que era una tarea sin fin ni esperanza en aquel lago. Unos se desanimaban y se ahogaban, otros veían inútiles sus esfuerzos y ganaban con gran dificultad las aguas poco profundas del borde del lago, para ser destrozados en todas partes por la caballería enemiga que había entrado en el agua. Alrededor de seis mil hombres que habían formado la vanguardia de la línea de marcha se abrieron paso por entre el enemigo y dejaron el desfiladero, completamente inconscientes de todo lo que había estado sucediendo detrás de ellos. Se detuvieron en cierto terreno elevado y escucharon los gritos y chocar de las armas por debajo, pero no fueron capaces, debido a la niebla, de ver o descubrir cuál fue la suerte del combate. Por último, cuando la batalla había terminado y el calor del sol hubo disipado la niebla, la montaña y llanura revelaron a plena luz la desastrosa derrota del ejército romano y mostraron muy a las claras que todo estaba perdido. Temiendo ser vistos en la distancia y que enviaran la caballería, a toda prisa tomaron sus estandartes y desaparecieron con la

mayor rapidez posible. Maharbal los persiguió durante toda la noche con todas sus fuerzas montadas, y al día siguiente, como el hambre, además de sus demás miserias, les amenazaba, se rindieron a Maharbal a condición de que se les permitiera escapar con una prenda de vestir cada uno. Aníbal mantuvo esta promesa con su fidelidad púnica y los encadenó a todos.

[22,7] Esta fue la famosa batalla del Trasimeno, y un desastre para Roma memorable como pocos han sido. Quince mil romanos murieron en acción; mil fugitivos se dispersaron por toda la Etruria y llegaron a la Ciudad por diversos caminos; dos mil quinientos enemigos murieron en combate y muchos, de ambos bandos, fallecieron después de sus heridas. Otros autores señalan para ambos bandos pérdidas muchas veces mayores, pero me niego a caer en las exageraciones a las que tan aficionados son algunos escritores y, lo que es más, me apoyo en la autoridad de Fabio, que vivió durante la guerra. Aníbal despidió sin rescate a los prisioneros pertenecientes a los aliados y encadenó a los romanos. Dio órdenes, a continuación, para que separasen los cuerpos de sus propios hombres de los montones de muertos y se les enterrase; se buscó también cuidadosamente el cuerpo de Flaminio para que recibiera honorable sepultura, pero no se encontró. Tan pronto como la noticia del desastre llegó a Roma la gente acudió al Foro en un estado de gran pánico y confusión. Las matronas vagaban por las calles, preguntando a quienes se encontraban qué nuevo desastre se había anunciado o qué noticias había del ejército. La multitud en el Foro, tan numerosa como una Asamblea llena de gente, acudió en masa hacia el Comicio y la Curia y llamó a los magistrados. Por fin, un poco antes del atardecer, Marco Pomponio, el pretor, anunció: *Hemos sido derrotados en una gran batalla.* Aunque nada más concreto sacaron de él, el pueblo, con un mar de rumores que oían unos de otros, llevaron de vuelta a sus hogares la noticia de que el cónsul había resultado muerto con la mayor parte de su ejército; sólo unos pocos sobrevivieron y estos se habían dispersado en su huida por Etruria o habían sido hechos prisioneros por el enemigo.

Las desgracias caídas sobre el ejército derrotado no fueron tan numerosas como los miedos de aquellos cuyos familiares habían servido bajo Cayo Flaminio, ignorantes como estaban del destino de cada uno de sus amigos y sin saber qué esperar o qué temer. Al día siguiente, y varios días después, una gran multitud, compuesta más por mujeres que por hombres, se quedaba a las puertas esperando a alguno de sus conocidos o noticias de ellos, rodeando a los que se encontraban con inquietud y preguntas ansiosas y sin dejarlos marchar, especialmente a los que conocían, hasta que habían dado todos los detalles del primero al último. Luego, conforme se separaban de sus informantes, se podían ver las distintas expresiones de sus caras, según hubiese recibido cada cual buenas o malas noticias, y a los amigos felicitándoles o consolándoles al encaminarse hacia sus casas. Las mujeres mostraban especialmente su alegría y su dolor. Contaban que una que de repente se encontró a su hijo en las puertas, sano y salvo, expiró en sus brazos, y que otra, que recibió falsas noticias de la muerte de su hijo, se sentó en un sentido duelo en su casa y que tan pronto lo vio regresar murió en la mayor de las felicidades. Durante varios días los pretores mantuvieron al Senado en sesión de sol a sol, discutiéndose bajo el mando de qué general o con qué fuerzas podrían ofrecer una resistencia efectiva a la victoria cartaginesa.

[22,8] Antes de que se hubiera concebido ningún plan definitivo se anunció un nuevo desastre; cuatro mil de caballería, bajo el mando de Cayo Centenio, el propretor, habían sido enviados por el cónsul Servicio en auxilio de su colega. Cuando se enteraron de la batalla del Trasimeno entraron en la Umbría, y ahí fueron rodeados y capturados por Aníbal. La noticia de este suceso afectó a los hombres de maneras muy distintas. Algunos, cuyos pensamientos estaban ocupados con problemas más graves, consideraron esta pérdida de caballería como una cuestión ligera en comparación con las pérdidas anteriores; otros estimaban la importancia del incidente no por la magnitud de la pérdida, sino por su efecto moral. Al igual que una enfermedad ligera afecta más a una constitución débil que a otra robusta, así cualquier desgracia que se abatiera sobre el Estado en su enferma y desordenada condición actual no debía medirse por su importancia objetiva,

sino por su efecto sobre un Estado ya exhausto e incapaz de soportar nada que pueda agravar su condición. En consecuencia, los ciudadanos se refugiaron en un recurso del que durante mucho tiempo no se había hecho uso ni se había precisado, es decir, el nombramiento de un dictador. Como el único cónsul que podía nombrarlo estaba ausente y no era fácil enviar un mensajero o un despacho a través de Italia, pues estaba invadida por las armas de Cartago, y contrariando todos los precedentes, el pueblo reunido en Asamblea nombró un dictador e invistió a Quinto Fabio Máximo con el poder dictatorial; este nombró a Marco Minucio Rufo como su jefe de caballería. El Senado les encargó reforzar las murallas y torres de la Ciudad y situar guarniciones en cualquier posición que considerasen mejor; se derribaron los puentes sobre varios ríos, pues ahora se trataba de una lucha por su Ciudad y sus hogares, al no estar en condiciones de defender Italia.

[22,9] Aníbal marchó en línea recta a través de Umbría hasta Espoleto, y tras devastar la comarca alrededor, dio comienzo a un ataque sobre la ciudad que fue rechazado con grandes pérdidas. Como una sola colonia fuera lo bastante fuerte como para derrotar su desafortunado intento, esto le hizo conjeturar las dificultades respecto a la toma de Roma y, por consiguiente, desvió su marcha a territorio Piceno, un distrito abundante no solo en toda clase de productos, sino rico con toda clase de botín que sus soldados, ávidos y necesitados, saquearon sin reservas. Permaneció allí en campaña varios días, durante los cuales sus soldados recuperaron fuerzas tras las operaciones invernales, su marcha por los pantanos y la batalla que, aunque finalmente victoriosa, costó graves pérdidas y no resultó sencilla de ganar. Una vez concedido tiempo suficiente para descansar a hombres que disfrutaban más con el saqueo y la destrucción que con la ociosidad y el descanso, Aníbal reanudó su marcha y devastó los campos de Teramo y Atri, luego trató de la misma manera el país de los marsios, el de los marrucinos y el de los pelignos y la parte de la Apulia que le quedaba más cercana, incluyendo las ciudades de Arpos y Luceria. Cneo Servilio había librado algunos combates insignificantes contra los galos y capturado una pequeña ciudad, pero cuando se enteró de la muerte de su colega y de la destrucción de su ejército temió por las murallas de su Ciudad natal y marchó directamente hacia Roma para no estar ausente en el más crítico de los momentos.

Quinto Fabio Máximo era ahora dictador por segunda vez. El mismo día de su toma de posesión, convocó una reunión del Senado, y la comenzó discutiendo asuntos religiosos. Dejó bien claro a los senadores que la culpa de Cayo Flaminio residió más en su abandono de los auspicios y de sus deberes religiosos que en el mal generalato y la temeridad. Según él, se debía consultar a los dioses para que ellos mismos dispusieran las medidas necesarias para evitar su disgusto; logró que se aprobase un decreto para que se ordenase a los decenviros consultar los Libros Sibilinos, una disposición que solo se adoptaba cuando se tenía conocimiento de los más alarmantes portentos. Tras consultar los Libros del Destino, informaron al Senado de que el voto ofrendado a Marte con motivo de aquella guerra no se había dedicado correctamente y que se debía efectuar nuevamente y en mucha mayor escala. Debían dedicarse los Grandes Juegos a Júpiter, un templo a Venus Ericina y otro a la Razón; se debía celebrar un lectisternio y hacerse solemnes rogativas; se debía dedicar también una Primavera Sagrada. Todas estas cosas se debían hacer si se quería vencer en la guerra y que la república se conservara en el mismo estado que estaba al comienzo de la guerra. Como Fabio estaría completamente ocupado con los necesarios preparativos bélicos, el Senado, con la unánime aprobación del colegio pontifical, ordenó al pretor, Marco Emilio, que se encargase de que todas aquellas órdenes se cumpliesen en su debido tiempo.

[22,10] Después de que estas resoluciones fuesen aprobadas en el Senado, el pretor consultó al colegio pontifical sobre las medidas adecuadas para cumplimentarlas y Lucio Cornelio Léntulo, el Pontífice Máximo, decidió que el primer paso a dar era remitir al pueblo el asunto de la *Primavera Sagrada*, ya que esta clase particular de ofrenda no podía llevarse a cabo sin la aprobación del pueblo. La forma de proceder era así: el pretor preguntaba a la Asamblea *¿Es*

vuestro deseo y voluntad que todo se haga de la manera siguiente?, es decir, que si la república de los romanos y los quirites ha de preservarse, como rezo para que así sea, sana y salva en las actuales guerras -a saber, la que es entre Roma y Cartago y la mantenida con los galos al otro lado de los Alpes-. entonces que los romanos y quirites presenten como ofrenda cuanto produzca la primavera de sus ganados y rebaños, sean cerdos, u ovejas, o cabras, o vacas y todo cuanto no está consagrado a ninguna otra deidad, y se consagre a Júpiter desde el momento en que el Senado y el pueblo lo ordenen. Cualquiera que haga una ofrenda, que lo haga en cualquier momento y en cualquier modo que desee y, en cualquier forma que lo haga, se contabilizará como debidamente ofrendado. Si el animal que debiera haber sido sacrificado muere, será como si no hubiera sido consagrado y no habrá pecado. Si algún hombre hiere o mata algo consagrado sin darse cuenta, no será condenado. Si un hombre robase alguno de tales animales, el pueblo ni él cargarán con la culpa de lo robado. Si un hombre sacrifica, sin darse cuenta, en día nefasto, el sacrificio será válido. Lo haga de día o de noche, sea esclavo o libre, se contará como debidamente ofrendado. Si se presenta cualquier sacrificio antes de que el Senado y el pueblo lo hayan ordenado, el pueblo estará libre y absuelto de toda culpa en adelante. Con el mismo motivo, se ofrecieron unos Grandes Juegos con un costo de trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres con treinta y tres ases, además de trescientos bueyes a Júpiter y un buey blanco y demás víctimas acostumbradas a una serie de dioses. Una vez debidamente pronunciados los votos, se ordenó una rogativa de intercesión, y no solo la población de la Ciudad, sino la gente de las comarcas rurales, cuyos intereses privados se estaban viendo afectados por la angustia pública, marcharon en procesión con sus esposas e hijos. A continuación se celebró un lectisternio durante tres días bajo la supervisión de los decenviros encargados de los Libros Sagrados. Se exhibieron públicamente seis lechos; uno de Júpiter y Juno, otro de Neptuno y Minerva, un tercero para Marte y Venus, el cuarto para Apolo y Diana, el quinto para Vulcano y Vesta y el sexto para Mercurio y Ceres. Esto fue seguido por la dedicatoria de templos. Quinto Fabio Máximo, como dictador, dedicó el templo de Venus Ericina, ya que los Libros del Destino habían establecido que esta dedicación debía ser efectuada por el hombre que tuviera la suprema autoridad del Estado. Tito Otacilio, el pretor, consagró el otro a la Razón.

[22,11] Después de haber así cumplido con las diversas obligaciones hacia los dioses, el dictador presentó al Senado la cuestión de la política a adoptar respecto a la guerra, con cuántas y cuáles legiones creían que debían enfrentar al victorioso enemigo. Se decretó que él debía hacerse cargo del ejército de Cneo Servilio, y que además podría alistar de entre los ciudadanos y los aliados tanta caballería e infantería como considerase necesaria; todo lo demás quedaba a su criterio para que lo dispusiera como considerase conveniente para el interés de la república. Fabio dijo que añadiría dos legiones al ejército que mandaba Servilio; serían alistadas por el jefe de la caballería y fijó un día para su reunión en Tívoli. Se publicó además un edicto para que cuantos vivieran en ciudades y castillos no suficientemente fortificados marchasen a lugares seguros, y que toda la población asentada en los territorios por los que Aníbal pudiera pasar abandonasen sus granjas, tras haber quemado primero sus hogares y destruido sus productos, para que no quedase suministro alguno al que dirigirse. Marchó luego por la vía Flaminia a encontrarse con el cónsul. Tan pronto como tuvo a la vista al ejército, en las proximidades de Ocriculo, cerca del Tíber, y al cónsul cabalgando con alguna caballería a su encuentro, envió un oficial a decirle que debía presentarse al dictador sin sus lictores. Así lo hizo, y el modo en que se encontraron produjo un profundo sentimiento de la majestad del dictador tanto entre ciudadanos como entre aliados, que para entonces casi habían olvidado la grandeza de las magistraturas. Poco después, se entregó un despacho de la Ciudad diciendo que ciertos transportes, que llevaban suministros para el ejército en Hispania, habían sido capturados por la flota cartaginesa cerca del puerto de Cosa. Se ordenó pues al cónsul que completase los barcos atracados en Roma o en Ostia con su dotación completa de marineros y soldados, y que navegase en persecución de la flota enemiga y protegiera la costa de

Italia. Una gran fuerza fue alistada en Roma, incluso a libertos con hijos y que estuviesen en edad militar se les tomó el juramento. Además de estas tropas ciudadanas, todos los menores de treinta y cinco años fueron puestos a bordo de las naves y al resto se le dejó para guarnecer la Ciudad.

[22.12] El dictador se hizo cargo del mando del ejército del cónsul por mediación de Fulvio Flaco, el segundo al mando, y marchó a través del territorio sabino hasta Tívoli, donde había ordenado que se reuniese la fuerza recién alistada el día señalado. Desde allí avanzó a Palestrina y, tomando una ruta campo a través, vino a salir a la vía Latina. Desde este punto se dirigió hacia el enemigo, poniendo el mayor cuidado en reconocer las distintas rutas y determinado a no correr ningún riesgo en parte alguna, a no ser que la necesidad le obligase. El primer día que acampó a la vista del enemigo, no lejos de Arpos; el cartaginés no perdió tiempo en sacar a sus hombres en orden de combate para ofrecerle batalla. Pero al ver que el enemigo se mantenía completamente tranquilo y que no había signos de inquietud en su campamento, comentó burlonamente que los ánimos de los romanos, aquellos hijos de Marte, se habían quebrado finalmente, que la guerra estaba terminando y que abiertamente habían renunciado a toda pretensión de valentía y renombre. A continuación, regresó al campamento. Pero estaba, en realidad, en un estado mental de inquietud, porque vio que tenía que enfrentarse con una clase de jefe muy distinta de Flaminio o Sempronio; los romanos habían aprendido de sus derrotas y encontrado, finalmente, un dux equivalente a él. Le alarmaba su prudencia, no su fuerza; aún no había probado su inflexible determinación. Comenzó a hostigarlo y provocarlo mediante frecuentes cambios de campamento y devastando ante sus ojos los campos de los aliados de Roma. A veces marchaba con rapidez fuera de su vista y luego, en algún recodo del camino, se ocultaba con la esperanza de atraparlo en caso de que bajase al terreno llano. Fabio se mantenía en terrenos elevados, a distancia moderada del enemigo, de manera que nunca le perdía de vista y nunca se le acercaba. A menos que estuviesen en servicios imprescindibles, los soldados estaban confinados en el campamento. Cuando iban en busca de leña o forraje lo hacían en grupos grandes y solo dentro de los límites prescritos. Una fuerza de caballería e infantería ligera permanecía dispuesta a sostener combates repentinos, cubriendo a sus propios soldados y amenazando a los dispersos forrajeadores enemigos. Se negaba a jugárselo todo a un enfrentamiento general mientras que los pequeños combates, sostenidos en terreno seguro y con un refugio a mano, envalentonaba a sus hombres, que se habían desmoralizado con las anteriores derrotas, y les hacía estar menos insatisfechos con su propio valor y fortuna. Sin embargo, sus tácticas de sentido común no eran más desagradables a Aníbal que a su propio jefe de caballería. Más tozudo e impetuoso en el consejo y con una lengua ingobernable, lo único que le impidió hacer caer al Estado fue el hecho de que estaba en una posición subalterna. Al principio a unos pocos y luego abiertamente entre la tropa, injuriaba a Fabio, tildando de indolencia a sus dudas, cobardía a su precaución, atribuyéndole faltas en vez de sus auténticas virtudes y, menospreciando a su superior (práctica vil que, por tener frecuentemente buenos resultados, va cada vez a más), trataba de exaltarse a sí mismo.

[22.13] Partiendo de territorio hirpino, Aníbal cruzó el Samnio; asoló el territorio de Benevento y capturó la ciudad de Telese [antigua Telesia.- N. del T.]. Hizo todo lo posible para provocar al comandante romano, con la esperanza de que se indignase tanto con los insultos y los sufrimientos infligidos a sus aliados que fuese capaz de venir a un enfrentamiento en campo abierto. Entre los miles de aliados de nacionalidad italiana que habían sido tomados prisioneros por Aníbal en Trasimeno y devueltos a sus hogares, estaban tres caballeros de Campania, que habían sido seducidos mediante sobornos y promesas para ganarle el favor de sus compatriotas. Estos enviaron un mensaje a Aníbal en el sentido de que si llevaba su ejército a la Campania tendría una buena oportunidad para apoderarse de Capua. Aníbal dudaba si confiar en ellos o no, pues la empresa era mayor que la autoridad de quienes se la aconsejaban; sin embargo, al final lo persuadieron de dejar el Samnio e ir a la Campania. Les advirtió que deberían hacer buenas sus repetidas promesas con sus actos, y después de pedirles que volviesen junto a él en unión de más de sus compatriotas,

incluyendo algunos de sus jefes, los despidió. Algunos de los que estaban familiarizados con el país le dijeron que si marchaba hacia las proximidades de Casino y ocupaba el paso, podría impedir que los romanos prestasen ayuda a sus aliados; en consecuencia, ordenó a un guía que lo llevase allí. Pero la dificultad que tenían los cartagineses al pronunciar los nombres latinos llevó al guía a entender Casilino en vez de Casino. Abandonando así su ruta prevista, bajó por tierras de Allife, Callifas y Calvi Risorta hasta las llanuras de Stellato. Cuando miró alrededor y vio el país, encerrado por montañas y ríos, llamó al guía y le preguntó en qué tierra estaba. Al decirle que ese día podría plantar sus cuarteles en Casilino, se dio cuenta del error y comprendió que Casino estaba muy lejos, en un país muy distinto. El guía fue azotado y crucificado con el fin de sembrar el terror en los demás. Tras consolidar su campamento, envió a Maharbal con su caballería para hostigar el territorio falerno. La obra de destrucción se extendió hasta las Termas de Sinuesa; los númidas produjeron grandes pérdidas, pero el pánico y el terror que esparcieron fueron aún mayores. Y todavía, pese a estar todo envuelto por las llamas de la guerra, los aliados no dejaron que su terror les alejara de su lealtad, simplemente porque estaban bajo un gobierno justo y ecuánime, y rindieron una voluntaria obediencia a sus superiores, el único vínculo de lealtad.

[22.14] Cuando Aníbal hubo acampado junto al río Volturno, con la parte más bella de Italia siendo reducida a cenizas y el humo elevándose por todas partes desde las granjas en llamas, Fabio siguió su marcha por las alturas de los montes Másicos. Durante unos días surgió el descontento entre las tropas, que casi se amotinan, pero se calmó al deducir de la rapidez de marcha de Fabio que se apresuraba a salvar la Campania del saqueo y la devastación. Pero al llegar al extremo occidental de la cordillera y ver que el enemigo quemaba las granjas de los colonos de Sinuesa y las del campo de Falerno, sin que se dijese nada de dar batalla, el sentimiento de exasperación se levantó nuevamente y Minucio exclamó: *¿Hemos venido aquí*, preguntaba, *para disfrutar de la vista de nuestros aliados asesinados y de las humeantes ruinas de sus hogares? Y si no por otra cosa, ¿no nos avergonzaremos de nosotros mismos al ver los sufrimientos de los que nuestros padres mandaron como colonos a Sinuesa, para que su frontera quedase protegida frente al enemigo samnita, cuyos hogares están siendo incendiados, no por nuestros vecinos, los Samnitas, sino por un cartaginés extranjero, venido del otro extremo de la Tierra, y al que hemos permitido llegar tan lejos simplemente por nuestra lentitud e indolencia? ¿Tanto hemos, ¡ay!, degenerado desde nuestros padres, que miramos tranquilamente el país, recorrido por invasores númidas y moros, cuyas costas antes habríamos considerado deshonroso que las recorriera una flota cartaginesa? ¡Nosotros, los que sólo hace unos días, indignados por el ataque a Sagunto, apelábamos no solo a los hombres, sino a los tratados y a los dioses, miramos ahora tranquilamente a Aníbal escalando las murallas de una colonia romana! El humo de las granjas quemadas y de los campos sopla en nuestras caras, nuestros oídos son asaltados por los gritos de nuestros desesperados aliados, que recurren a nosotros en busca de ayuda en vez de hacerlo a los dioses; ¡y aquí estamos, un ejército en marcha como una manada de ganado por los pastos de verano y por senderos de montaña, ocultos por bosques y nubes! Si Marco Furio Camilo hubiera elegido este método de vagar por las alturas montañosas para rescatar la Ciudad de los galos, que ha sido adoptado por este nuevo Camilo, este dictador sin igual que nos ha sido revelado para nuestros problemas, para recuperar Italia de Aníbal, Roma aún estaría en manos de los galos y mucho me temo que, si seguimos perdiendo el tiempo de esta manera, la Ciudad que nuestros antepasados tan a menudo han salvado, será salvada únicamente por Aníbal y los cartagineses. Pero el día en que llegó a Veyes el mensaje diciendo que Camilo había sido nombrado dictador por el Senado y el pueblo, aunque el Janículo estaba lo bastante elevado como para sentarse allí y contemplar al enemigo, como el auténtico hombre y romano que era bajó a la llanura y, en el mismo corazón de la Ciudad donde ahora están las tumbas de los galos, hizo pedazos las legiones de los galos y al día siguiente hizo lo mismo a este lado de Gabii. ¿Pues qué?, cuando hace tantos años los samnitas nos hicieron pasar bajo el yugo en las Horcas Caudinas, ¿fue explorando las*

alturas del Samnio o asediando y atacando Luceria y desafiando a nuestros victoriosos enemigos como Lucio Papirio Cursor se sacudió el yugo de la cerviz romana y lo puso sobre el arrogante samnita? ¿Qué otra cosa, sino la rapidez al actuar, dio la victoria a Cayo Lutacio? El día después de ver por primera vez al enemigo sorprendió a su flota cargada de suministros y obstaculizada por su carga de provisiones y equipo. Es una locura suponer que, simplemente, se puede dar fin a la guerra solo sentándose o haciendo ofrendas. Vuestro deber es tomar las armas, bajar y enfrentarse al enemigo de hombre a hombre. Ha sido con los actos y la osadía como Roma ha aumentado su dominio, no mediante estos indolentes consejos a los que los cobardes llaman precaución. Minucio dijo todo esto ante gran cantidad de tribunos romanos y caballeros, como si se dirigiera a la Asamblea, y sus osadas palabras llegaron incluso a oídos de los soldados; si se hubiera votado el asunto, no hay duda de que habrían reemplazado a Fabio por Minucio.

[22,15] Fabio mantenían una cuidadosa mirada sobre ambas cuestiones; no menos sobre sus propios hombres como sobre el enemigo, y demostró que su resolución era bastante firme. Era muy consciente de que su inactividad lo estaba haciendo impopular no sólo en su propio campamento, sino también en Roma; no obstante, su determinación se mantuvo sin cambios, persistió en las mismas tácticas durante el resto del verano y Aníbal abandonó toda esperanza de librar la batalla que tan ansiosamente había buscado. Se le hizo necesario buscar por los alrededores un lugar adecuado para invernar, pues el país en el que estaba, una tierra de huertos y viñedos, estaba cultivada con productos de lujo y no con los necesarios para la vida común y proporcionaba suministros solo para unos meses, no para todo el año. Los movimientos de Aníbal fueron señalados a Fabio por sus exploradores. Como se sentía muy seguro de que iba a regresar por el mismo paso por el que había entrado en territorio de Falerno, envió un destacamento bastante fuerte al monte Calícula y otro a guarnecer Casilino. El río Volturno fluye por el centro de esta ciudad y forma el límite entre los territorios de Falerno y Campania. Llevó a su ejército de vuelta por las mismas alturas, tras haber enviado por delante a Lucio Hostilio Mancino, con cuatrocientos de caballería, para reconocer el terreno. Este hombre se encontraba entre la multitud de jóvenes oficiales que habían escuchado con frecuencia las feroces arengas del jefe de caballería. Al principio avanzó con cautela, como debe hacer un grupo de exploración, para obtener una buena visión del enemigo desde una posición segura. Pero cuando vio a los númidas vagando en todas direcciones a través de los pueblos, sorprendiendo e incluso matando a varios de ellos, dejó de pensar en otra cosa más que en luchar y olvidó por completo las órdenes del dictador, que consistían en llegar tan lejos como pudiese con seguridad y retirarse antes de que el enemigo lo viera. Los númidas, atacando y retrocediendo en pequeños grupos, poco a poco lo llevaron casi hasta su campamento, con sus hombres y caballos para entonces completamente agotados. Entonces, Cartalón, el general al mando de la caballería, cargó a toda velocidad y, antes de llegar al alcance de sus jabalinas, les puso en fuga y los persiguió sin descanso durante cinco millas. Cuando Mancino vio que no había ninguna posibilidad de que el enemigo cesara la persecución, o de escapar de él, reunió a sus hombres y enfrentó a los númidas aunque le superaban en número. Él mismo, con lo mejor de sus jinetes, fue destrozado; el resto reanudó su alocada huida, llegaron a Calvi Risorta y por malos caminos regresaron donde el dictador. Sucedió que Minucio se había reincorporado aquel día con Fabio. Se le había enviado para reforzar la fuerza que mantenía el desfiladero que se contrae en un estrecho paso justo por encima de Terracina, cerca del mar. Esto se hacía para evitar que el cartaginés utilizase la vía Apia para bajar a territorio de Roma al dejar Sinuesa. El dictador y el jefe de caballería, con sus ejércitos unidos, trasladaron su campamento sobre la ruta que esperaban que tomase Aníbal, que estaba acampado a dos millas de distancia.

[22.16] Al día siguiente, el ejército cartaginés se puso en marcha y ocupó toda la carretera entre ambos campamentos. Aún cuando los romanos habían formado inmediatamente debajo de su empaliza, en terreno incuestionablemente más ventajoso, el cartaginés todavía se acercó a su

enemigo, con su caballería y su infantería ligera, para provocarlo. Atacaron y se retiraron repetidamente, pero la línea romana mantuvo el terreno; el combate fue lento y más satisfactorio para el dictador que para Aníbal; cayeron doscientos romanos y ochocientos enemigos. Viendo ahora cerrada la vía a Casilino, le pareció a Aníbal que quedaba bloqueado en tanto que Capua, el Samnio y todas las ricas tierras del Lacio tras él suministraban provisiones a los romanos mientras que los cartagineses tendrían que invernar entre las peñas de Formia y las arenas y pantanos de Literno y en medio de sombríos bosques. Aníbal no dejó de observar que sus propias tácticas eran empleadas en su contra. Como no podía salir a través de Casilino, y tendría que abrirse paso por la montaña cruzando el paso de Calícula, era posible que le atacasen los romanos mientras estaba encerrado en los valles. Para protegerse de esto se decidió por una estratagema que, engañando los ojos del enemigo por su aspecto alarmante, le permitiría escalar las montañas en una noche de marcha sin temor a interrupciones. El ardid que adoptó fue el siguiente: Recogió antorchas de madera de todos los alrededores, sarmientos y haces de leña seca que ató en los cuernos de los toros, bravos o domesticados, que en gran número había capturado como botín por los campos. Reunieron, con este fin, alrededor de dos mil toros. A Asdrúbal se le encargó la tarea de prender fuego a los haces atados a los cuernos de este rebaño tan pronto como cayera la oscuridad y luego arrearlo a las montañas y, de ser posible, en su mayoría sobre los pasos que estaban custodiados por los romanos.

[22,17] Tan pronto como fue de noche, el campamento se levantó en silencia; los toros se llevaron a cierta distancia por delante de la columna. Cuando hubieron llegado al pie de las montañas, donde los caminos se estrechaban, se dio la señal y los rebaños con los cuernos encendidos fueron conducidos hasta la ladera de la montaña. El terrible resplandor de las llamas destellando sobre sus cabezas y el calor que penetraba en la raíz de sus cuernos hizo que los toros apresuraran el paso como enloquecidos. En medio de este súbito correr, pareció como si el bosque y las montañas estuviesen en llamas y todos los matorrales se incendiaron, con las incesantes pero inútiles sacudidas de cabeza esparciendo las llamas con más fuerza y dando la apariencia de hombres corriendo en todas direcciones. Cuando los hombres que custodiaban el paso vieron los fuegos moviéndose por encima de ellos en lo alto de las montañas, pensaron que su posición había sido copada y se apresuraron a abandonarla. Al tomar su camino en dirección a los puntos más elevados, se dirigían hacia donde parecía haber menos llamas, pensando que este era el camino más seguro. Aún así, se encontraron con bueyes perdidos y separados de la manada, y al principio se detuvieron asombrados con lo que parecía una visión sobrenatural de seres que respiraban fuego. Cuando resultó ser simplemente un artificio humano, se inquietaron aún más al sospechar que se trataba de una emboscada y se dieron a la fuga. Dieron entonces con algunos de la infantería ligera de Aníbal, pero ambas partes se mantuvieron sin combatir hasta el amanecer. Mientras tanto, Aníbal había hecho marchar a la totalidad de su ejército a través del paso, y tras sorprender y dispersar algunas fuerzas romanas en el mismo paso, estableció su campamento en el distrito de Allife.

[22,18] Fabio fue testigo de toda esta confusión e inquietud, pero como creyó que se trataba de una emboscada, y en todo caso se abstuvo de un combate nocturno, mantuvo a sus hombres en sus puestos. Tan pronto hubo luz, se libró una batalla bajo la cresta de la montaña donde la infantería ligera cartaginesa quedó separada de su cuerpo principal y habría sido fácilmente aplastada por los romanos, que tenían una considerable ventaja numérica, si no hubiera aparecido una cohorte hispana enviada de vuelta por Aníbal en su ayuda. Estos hombres estaban más acostumbrados a las montañas y más entrenados en correr por peñas y precipicios; más rápidos y más ligeramente armados, podían fácilmente emplear su técnica de combate eludiendo a un enemigo situado en terreno inferior, pesadamente armado y acostumbrado a tácticas fijas. Por fin, todos abandonaron un combate que en absoluto fue de igual a igual. Los españoles casi indemnes y los romanos, habiendo sufrido grandes pérdidas, cada cual se retiró a sus respectivos campamentos.

Fabio siguió el rastro de Aníbal a través del paso y acampó sobre Allife, en una posición elevada y de gran fortaleza natural. Aníbal volvió sobre sus pasos, hacia los pelignos, devastando su país al marchar como si su intención fuese dirigirse a través del Samnio hacia Roma. Fabio continuó moviéndose por las alturas, manteniéndose entre el enemigo y la Ciudad, sin evitarlo ni atacarlo. El cartaginés dejó a los pelignos y, marchando de vuelta a Apulia, llegó a Gereonio. Esta ciudad había sido abandonada por sus habitantes debido a que parte de sus murallas habían caído en ruinas. El dictador estableció un campamento fortificado cerca de la, porque una parte de las paredes habían caído en la ruina. El dictador se fortificó en la comarca de Larinum. De allí se le llamó de vuelta a Roma por asuntos relativos a la religión. Antes de su partida, no sólo con órdenes como jefe, sino con consejos de amigo y hasta con súplicas, encareció a su jefe de caballería la necesidad de confiar más en la prudencia que en la suerte y de seguir más su propio ejemplo que el de Sempronio y Flaminio. No debía suponer que nada se había conseguido ahora se había pasado el verano desconcertando al enemigo; hasta los médicos obtenían a menudo más beneficio no molestando a sus pacientes que sometiéndoles a movimientos y ejercicios; no era pequeña ventaja el haber evitado la derrota a manos de un enemigo tan frecuentemente victorioso y haber conseguido un poco de respiro tras aquella serie de desastres. Con estas advertencias, aunque desatendidas, al jefe de la caballería, se dirigió a Roma.

[22.19] Al principio de aquel verano en que ocurrieron los hechos antes narrados, comenzó la guerra en Hispania, tanto por tierra como por mar. Asdrúbal añadió diez barcos a los que había recibido de su hermano, equipados y dispuestos para la acción, y dio a Himilcón una flota de cuarenta buques. Luego partió de Cartago Nova, manteniéndose cerca de tierra, y con su ejército moviéndose en paralelo a lo largo de la costa, listo para enfrentarse a cualquier fuerza que el enemigo le presentara. Cuando Cneo Escipión se enteró de que su enemigo había abandonado sus cuarteles de invierno adoptó, en un principio, la misma táctica, pero luego consideró que no debía aventurarse a un combate terrestre a causa de las persistentes nuevas de más tropas auxiliares. Después de embarcar una fuerza selecta de su ejército, se dirigió con una flota de treinta y cinco barcos a enfrentarse con el enemigo. El día después de salir de Tarragona fue a anclar a un punto distante diez millas de la desembocadura del Ebro. Despachó dos barcos marselleses en reconocimiento y regresaron con informes de que la flota cartaginesa estaba anclada en la desembocadura del río y que su campamento estaba en la orilla. Escipión levó anclas enseguida y navegó hacia el enemigo con intención de provocarles un repentino pánico al sorprenderles con la guardia baja y sin sospechar del peligro.

Hay en Hispania muchas torres situadas en terrenos elevados y que se emplean tanto como atalayas como de puestos de defensa contra piratas. Fue desde una de estas donde vieron primeramente a los buques enemigos y lo señalizaron a Asdrúbal; la confusión y el alboroto llegaron antes al campamento de la costa que a los buques en la mar, pues aún no se oía el chapoteo de los remos y otros ruidos de los buques al avanzar y las puntas de tierra ocultaban la vista de la flota romana. De repente, llegó un jinete tras otro, enviados por Asdrúbal, ordenando que todos los que vagaban por la playa o descansaban en sus tiendas sin esperar otra cosa más que la llegada del enemigo la batalla para aquel día, embarcasen a toda velocidad y tomasen las armas, pues la flota romana estaba ahora no lejos del puerto. Tal orden fueron dando los jinetes por todas partes, antes de que el propio Asdrúbal apareciera con todo su ejército. Por todas partes había ruido y confusión, los remeros y los soldados estaban mezclados a bordo, más como hombres que huían que como soldados dispuestos a entrar en acción. Apenas estuvieron todos a bordo, unos soltaban amarras y se inclinaban sobre las anclas, otros cortaban los cables; todo se efectuaba con demasiada prisa y velocidad, estorbando las labores náuticas a los preparativos de los soldados e impidiéndoles disponerse al combate a causa del pánico y la confusión que prevalecía entre los marineros. Para entonces, no solo estaban ya cerca los romanos, sino que incluso habían dispuesto sus buques para el ataque. Los cartagineses estaban completamente paralizados, más por su propio desorden que por

la llegada del enemigo, y giraron sus barcos para huir tras abandonar una lucha de la que sería más exacto decir que se intentó y no que comenzó. Pero resultaba imposible que su línea, ampliamente extendida, entrase a la vez por la desembocadura del río, así que los barcos fueron llevados a tierra por todas partes. Algunos de los que iban a bordo desembarcaron por aguas poco profundas, otros saltaron a la playa, con o sin armas, huyendo hasta el ejército formado a lo largo de la costa. Dos barcos cartagineses, sin embargo, fueron capturados al principio y cuatro resultaron hundidos.

[22,20] Aunque los romanos veían que el enemigo estaba formado en tierra y que su ejército se extendía por la orilla, no dudaron en perseguir al enemigo aterrorizado de la flota. Se hicieron con todos los buques que no habían encallado sus proas en la playa o llevado sus cascos hasta los vados sujetando cabos a sus popas y arrastrándolos tierra adentro. De cuarenta embarcaciones, veinticinco fueron capturadas de esta manera. Esto no fue, sin embargo, la mejor parte de la victoria. Su importancia principal radicó en el hecho de que este encuentro insignificante dio el dominio de todo el mar adyacente. A continuación, la flota navegó hacia Onusa y allí los soldados desembarcaron, capturaron y saquearon el lugar para luego marchar hacia Cartagena. Asolaron toda la comarca alrededor y acabaron prendiendo fuego a las casas adyacentes a murallas y puertas. Reembarcaron cargados con el botín, navegaron hacia Loguntica, donde encontraron gran cantidad de esparto que Asdrúbal había reunido para uso naval, tras apoderarse del que podrían usar quemaron el resto. No se limitaron a recorrer la costa, sino que cruzaron hasta la isla de Ibiza donde efectuaron un decidido pero infructuoso ataque sobre la capital durante dos días completos. Al darse cuenta de que únicamente estaban perdiendo el tiempo con una empresa sin esperanza, se dieron a saquear el país, devastando y quemando varias aldeas. Aquí lograron más botín que en el continente, y después de colocarlo a bordo, estando ya a punto de partir, llegaron algunos embajadores de las islas Baleares hasta Escipión para pedir la paz. Desde aquí, la flota navegó hasta la provincia Citerior, donde se reunieron embajadores de todos los pueblos de la zona del Ebro, algunos incluso de las partes más remotas de Hispania. Los pueblos que realmente reconocieron la supremacía de Roma y entregaron rehenes sumaron ciento veinte. Los romanos tenían ahora tanta confianza en su ejército como en su armada y marcharon hasta el paso de Despeñaperros[7]. Asdrúbal se retiró a Lusitania, donde estaba más cerca del Atlántico.

[22,21] Ahora parecía como si el resto del verano fuera a ser tranquilo, y así habría sido, por lo que a los cartagineses concernía. Pero el temperamento hispano es inquieto y amigo de los cambios, y después que los romanos hubieran abandonado el paso y se hubieran retirado hacia la costa, Mandonio e Indíbil, quien fuese anteriormente reyezuelo de los ilergetes, rebelaron a sus compatriotas y procedieron a correr las tierras de aquellos que estaban en paz y alianza con Roma. Escipión envió un tribuno militar con algunos auxiliares ligeramente armados para dispersarlos, y después de un enfrentamiento sin importancia, pues eran indisciplinados y estaban desorganizados, fueron casi todos puestos en fuga, algunos resultaron muertos o se les capturó y una gran parte se vio privada de sus armas. Este altercado, sin embargo, trajo Asdrúbal, que marchaba hacia el oeste, de vuelta en defensa de sus aliados al sur del Ebro. Los cartagineses se encontraban acampados entre los ilergavones; el campamento romano estaba en Nueva Clase, cuando nuevas inesperadas cambiaron el curso de la guerra en otra dirección. Los celtíberos, que habían enviado a sus notables ante Escipión, como embajadores, y habían entregado rehenes, fueron incitados por un enviado de Escipión a tomar las armas e invadir la provincia de Cartagena con un poderoso ejército. Capturaron al asalto tres ciudades fortificadas, y combatieron dos batallas victoriosas contra el propio Asdrúbal, matando a quince mil enemigos, haciendo cuatro mil prisioneros y apoderándose de numerosos estandartes.

[22.22] Esta era el estado de cosas cuando Publio Escipión, cuyo mando le había sido

7 Saltus castulonensem, el paso de Cástulo, en el original latino.- N. del T.

prorrogado tras haber cesado en el consulado, llegó a la provincia que le había sido asignada por el Senado. Trajo un refuerzo de treinta buques de guerra y ocho mil soldados, además de un gran convoy de suministros. Esta flota, con su enorme columna de transportes, concitó la más viva alegría entre los habitantes de las ciudades y sus aliados al ser vista en la distancia y, finalmente, arribó al puerto de Tarragona. Allí, los soldados fueron desembarcados y Escipión marchó el interior del país para reunirse con su hermano; a partir de entonces condujeron la campaña con sus fuerzas unidas y con un solo ánimo y propósito. Como los cartagineses estuvieran ocupados con la guerra celtíbera, los Escipiones no dudaron en cruzar el Ebro y, al no aparecer ningún enemigo, marcharon directamente hacia Sagunto, donde se les había informado que estaban detenidos, en la ciudadela y con una débil guardia, todos los rehenes que habían sido entregados a Aníbal desde todas partes de Hispania. El hecho de que hubieran entregado aquellas prendas era lo único que impedía que todos los pueblos de Hispania manifestaran abiertamente su inclinación a una alianza con Roma; temían que el precio de su defección de Cartago fuese la sangre de sus propios hijos. De esta atadura fue liberada Hispania por la astuta, aunque traicionera, acción de un solo hombre.

Abelux era un noble hispano natural de Sagunto y que una vez fuera leal a Cartago; pero después, con la acostumbrada inconsistencia de los bárbaros, al cambiar la fortuna él cambió su lealtad. Consideró que cualquiera que fuese al enemigo sin nada de valor que traicionar sería solo un tipo inútil y despreciable, de modo que convirtió en su único objetivo el hacer el mayor de los servicios a sus nuevos aliados. Después de estudiar qué podría haber puesto la Fortuna a su alcance, se decidió a llevar a cabo la entrega de los rehenes; solo aquello, pensaba, serviría más que cualquier otra cosa para ganar a los romanos la amistad de los jefes hispanos. Era muy consciente, sin embargo, de que los guardianes de los rehenes no tomarían ninguna medida sin las órdenes de Bóstar, su prefecto; por ello, usó su artimaña contra el propio Bóstar. Este había fijado su campamento fuera de la ciudad, en la costa, de modo que pudiera interceptar la llegada de los romanos por aquel lado. Después de obtener una entrevista secreta con él, le advirtió, como si no fuera consciente de ello, en cuanto a la auténtica situación. *Hasta este momento,* dijo, *sólo el miedo ha mantenido fieles a los hispanos, pues los romanos estaban muy lejos; ahora el campamento romano está de nuestro lado del Ebro, un bastión seguro y refugio para todos los que quieran cambiar su lealtad. Así pues, aquellos que ya no están atados por el miedo deben ligarse con nosotros mediante la bondad y los sentimientos de gratitud.* Bóstar quedó muy sorprendido, y le preguntó que concesión repentina podría garantizar tan buenos resultados. *Enviar a los rehenes de regreso a sus hogares,* fue la respuesta. *Eso provocará la gratitud de sus padres, que son personas muy influyentes en su propio país, y también la de sus compatriotas en general. A cada uno le gusta sentir que es de confianza; la confianza que depositas en los demás, generalmente, refuerza la que ellos ponen en ti. Reclamo para mí el servicio de devolver los rehenes a sus respectivos hogares, para que pueda contribuir al éxito de mi plan con mi esfuerzo personal y ganar por tal acto de gracia aún más gratitud.*

Logró convencer a Bóstar, cuya inteligencia no estaba a la par con la agudeza que mostraban los demás cartagineses. Después de esta entrevista fue en secreto hasta los puestos avanzados del enemigo y, encontrándose con algunos auxiliares hispanos, fue llevado por ellos a presencia de Escipión, a quien explicó lo que se proponía hacer. Intercambiaron promesas de buena fe, y fijaron el lugar y la hora para hacerse cargo de los rehenes; tras esto regresó a Sagunto. Pasó el día siguiente recibiendo instrucciones de Bóstar para la ejecución del proyecto. Acordaron entre ambos que debía partir por la noche para, como pretendía, escapar a la observación de los puestos de vigía romanos. Él ya había acordado con estos la hora a la que vendría y, tras despertar a quienes guardaban a los muchachos, condujo a los rehenes, sin parecer consciente del hecho, hasta la trampa que él mismo había dispuesto. Los vigías les llevaron hasta el campamento romano; el resto de los detalles referentes a su devolución a sus hogares se llevaron a cabo tal y como había dispuesto con Bóstar, precisamente como si el negocio se efectuase en nombre de Cartago. Sin embargo, aunque el servicio prestado fue el mismo, la gratitud hacia los romanos resultó considerablemente mayor

que la que hubieran ganado los cartagineses, que se habían mostrado opresores y tiránicos en su prosperidad y que, ahora que experimentaban el cambio de la suerte, parecían actuar al dictado del miedo. Los romanos, por otra parte, hasta entonces perfectos desconocidos, apenas habían entrado en el país y lo hicieron con un acto de clemencia y generosidad, y se consideró que Abelux, hombre prudente, había cambiado de aliados con cierto provecho. Con sorprendente unanimidad, ya todos empezaban a pensar en la revuelta, y se habría producido un movimiento armado de no haber llegado el invierno que les obligó, tanto a romanos como a cartagineses, a retirarse a sus cuarteles.

[22,23] Estos fueron los principales incidentes de la campaña en Hispania durante el segundo verano de la guerra Púnica. En Italia, la hábil falta de acción de Fabio había provocado un respiro en los desastres romanos. Esto fue una causa de gran inquietud para Aníbal, pues se daba perfecta cuenta de que los romanos habían elegido como comandante en jefe un hombre que dirigía la guerra según principios racionales y no confiaba en la casualidad. Pero entre su propio pueblo, soldados y civiles por igual, sus tácticas eran vistas con desprecio, sobre todo después de haberse librado una batalla debido a la imprudencia del jefe de la caballería, en ausencia del dictador, que se describiría mejor como afortunada que no como victoriosa. Se produjeron dos incidentes que hicieron al dictador aún más impopular. Uno de ellos se debió a la astuta política de Aníbal: Algunos desertores le habían indicado qué tierras eran propiedad del dictador y, tras haber derruido hasta los cimientos las edificaciones circundantes, ordenó que sus propiedades se salvaran del fuego, la espada y de todo tratamiento hostil, para que se pudiera pensar que existía algún acuerdo secreto entre ellos. La segunda causa de la creciente impopularidad del dictador era algo que él mismo hizo y que al principio presentó un aspecto dudoso, al haber actuado sin autorización del Senado, pero que finalmente se reconoció unánimemente que redundaba en su crédito. Al llevar a cabo el intercambio de prisioneros, se había acordado entre los jefes romanos y cartagineses, siguiendo el precedente de la Primera Guerra Púnica, que el lado que recibiera de vuelta más prisioneros debía compensarlo mediante el pago de dos libras y media de plata por cada soldado que recibieran de más respecto a los que ellos entregasen. Los prisioneros romanos devueltos fueron doscientos cuarenta y siete más que los cartagineses. La cuestión de este pago había sido frecuentemente discutida en el Senado, pero como Fabio no consultó a la Cámara antes de formalizar el acuerdo hubo cierto retraso a la hora de votar la libranza del dinero. El asunto fue resuelto por Fabio al enviar a su hijo Quinto a Roma para vender la tierra que había quedado sin afectar por el enemigo; así descargó al Estado de aquella obligación a su propia costa. Cuando Aníbal incendió Gereonio tras capturarla, dejó unas cuantas casas en pie para que sirvieran de graneros y ocupaba ahora un campamento permanente ante sus murallas. Tenía la costumbre de enviar dos tercios del ejército a recoger grano y él permanecía en el campamento con el tercio restante, dispuesto a desplazarse en cualquier dirección donde viera que se atacaba a sus recolectores de grano.

[22.24] El ejército romano estaba por entonces en los alrededores de Larino, con Minucio al mando debido, como hemos dicho, a que el dictador hubo de partir hacia la Ciudad. El campamento, que se había situado en una posición elevada y segura, se desplazó entonces a la llanura y se discutieron medidas más enérgicas en consonancia con el temperamento del general; se sugirió que se atacase a las partidas dispersas de recolectores de grano o al mismo campamento, ahora que estaba con una débil guarnición. Aníbal pronto se dio cuenta de que las tácticas de sus enemigos habían cambiado con el cambio de los generales, que actuarían con más agresividad que prudencia y, por increíble que parezca, aunque su enemigo estaba muy próximo a él, mandó otra vez a dos terceras partes de su ejército a recoger grano mientras mantenía la otra tercera parte en el campamento. Lo siguiente que hizo fue trasladar su campamento aún más cerca del enemigo, a unas dos millas de Gereonio sobre un terreno elevado a la vista de los romanos, para que supiesen que estaba decidido a proteger a sus recolectores en caso de ataque. Desde esta posición podía ver otra más elevada y aún más cercana al campamento romano, de hecho estaba más baja que la suya. No

había duda de que si él intentase tomarla a plena luz del día, el enemigo, estando a menos distancia, podría llegar allí antes que él, así que envió una fuerza de númidas para ocuparla durante la noche. Al día siguiente, los romanos, al ver cuán pequeño era el número de los que ocupaban la posición, hicieron un pequeño esfuerzo y los expulsaron, transfiriendo luego allí su propio campamento. Para entonces, ya solo había una muy pequeña distancia entre empalizada y empalizada, e incluso esta estaba casi completamente ocupada por la fuerzas romanas, que hacían demostraciones de fuerza para ocultar los movimientos de la caballería y la infantería ligeras, que habían sido enviadas a través de la puerta del campamento más alejada del enemigo para atacar a sus recolectores, a quienes infligieron graves pérdidas. Aníbal no se aventuró a una batalla normal, pues su campo estaba tan débilmente guarnecido que no habría podido repeler un asalto. Siguiendo las tácticas de Fabio, empezó a conducir la campaña permaneciendo casi totalmente inactivo y retiró su campamento a su posición inicial ante las murallas de Gereonio. Según algunos autores, se libró una batalla campal con ambos ejércitos en formaciones regulares; los cartagineses fueron derrotados al primer choque y expulsados hacia su campamento; desde allí hicieron una salida por sorpresa y fue entonces el turno para huir de los romanos, la batalla se reanudó de nuevo tras la aparición repentina de Numerio Décimo, el general samnita. Décimo era, tanto por riqueza como por linaje, el hombre más importante no sólo de Boiano, su ciudad natal, sino de todo el Samnio. Obedeciendo las órdenes del dictador, llevaba al campamento una fuerza de ocho mil infantes y quinientos jinetes, y cuando apareció por la retaguardia de Aníbal ambos bandos pensaron que eran refuerzos llegados de Roma al mando de Quinto Fabio. Se afirma, además, que Aníbal ordenó a sus hombres que se retiraran, que los romanos les siguieron y que con la ayuda de los samnitas capturaron en el mismo día dos de sus posiciones fortificadas; murieron seis mil enemigos y unos cinco mil romanos, y aunque las pérdidas estaban tan equilibradas llegó a Roma un vanidoso informe sobre una espléndida victoria junto con una carta del jefe de la caballería aún más infundada.

[22.25] Este estado de cosas llevó a constantes discusiones en el Senado y la Asamblea. El dictador estaba solo en medio del regocijo general; declaró que él no concedía la menor credibilidad ni al informe ni a la carta, y que, incluso si todo fuera como parecía, temían más al éxito que a la adversidad. Ante esto, Marco Metilio, tribuno de la plebe, dijo que estaba empezando a resultar intolerable que el dictador, no contento con impedir que se lograse cualquier éxito cuando estaba en campaña, se opusiera ahora del mismo modo a los que se lograban en su ausencia. *Estaba perdiendo el tiempo deliberadamente al dirigir así la guerra con la intención de permanecer todo el tiempo que pudiera como único magistrado y retener el mando supremo. Un cónsul había caído en batalla, el otro había sido desterrado lejos de Italia con el pretexto de perseguir a la flota cartaginesa; dos pretores estaban ocupados completamente con Sicilia y Cerdeña, ninguna de las cuales provincias había necesitado un pretor en todo en este tiempo; Marco Minucio, el jefe de la caballería, había sido mantenido casi bajo custodia para evitar que viera al enemigo o hiciera cualquier cosa que se aproximara a la guerra. Y así, ¡por Hércules!, no sólo en el Samnio, de donde se retiró ante los cartagineses como si se tratara de un territorio más allá del Ebro, sino también en los territorios de Campania, Cales y Falerno, resultaron completamente arrasados mientras el dictador estaba sentado sin hacer nada en Casilino, empleando las legiones de Roma para proteger sus propias tierras. Al jefe de la caballería y al ejército, que estaban ansiosos por combatir, se les mantenía dentro de sus líneas y casi prisioneros; se les privaba de sus armas como si fueran prisioneros de guerra. Por fin, tan pronto como el dictador partió, como hombres liberados de un bloqueo, salieron de sus fortificaciones, derrotaron al enemigo y lo pusieron en fuga. Bajo tales circunstancias, yo estaría dispuesto, si la plebe de Roma aún poseía el espíritu que mostró en tiempos pasados, a dar el paso de presentar una medida para relevar a Quinto Fabio de su mando; como sea, propondré una resolución redactada en términos muy moderados para que la autoridad del jefe de la caballería se iguale a la del dictador. Pero incluso si esta resolución se aprobase, debía impedirse a Quinto Fabio reunirse con el ejército antes de que hubiese nombrado*

al cónsul sustituto de Cayo Flaminio.

Como la línea que seguía el dictador era impopular en el más alto grado, este se mantuvo alejado de la Asamblea. Incluso en el Senado produjo una impresión desfavorable cuando habló en términos elogiosos del enemigo y achacó los desastres de los últimos dos años a la temeridad y falta de capacidad militar de los comandantes. El jefe de la caballería, dijo, debía ser llamado para rendir cuentas por haber luchado contra sus órdenes. Llegó a decir que si se dejasen en sus manos el mando supremo y la dirección de la guerra, haría conocer a los hombres que habiendo un buen general la Fortuna jugaba poco papel, por ser la inteligencia y la habilidad militar los factores principales. Haber conservado el ejército en circunstancias de extremo peligro, sin sufrir ningún tipo de derrota humillante, era en su opinión algo más glorioso que haber masacrado a miles de enemigos. Pero no pudo convencer a su audiencia y, después de nombrar a Marco Atilio Régulo como cónsul, partió por la noche para reunirse con su ejército. Él estaba ansioso por evitar un altercado personal sobre el asunto de su autoridad, y salió de Roma el día antes de que la propuesta fuera sometida a votación. Al amanecer, se celebró una Asamblea de la plebe para considerar la propuesta. Aunque el sentir general era de hostilidad hacia el dictador y de buena voluntad hacia el jefe de la caballería, pocos fueron lo bastante audaces como para apoyar estos sentimientos y recomendar una propuesta que, no obstante siendo aceptable a la plebe en su conjunto y estar el pueblo a favor, careció del apoyo de hombres de peso e influencia. Se encontró un hombre que se presentó a defender la propuesta, Cayo Terencio Varrón, que fuera pretor el año antes, hombre de origen no ya humilde, sino bajo. Dice la tradición que su padre fue un carnicero que compraba él mismo la carne y que empleó a su hijo en este trabajo pesado y de baja categoría.

[22.26] Dejó el dinero obtenido con este negocio a su hijo, quien esperaba que su fortuna podría ayudarle para obtener una posición más respetable en la sociedad. Decidió convertirse en abogado, y sus apariciones en el Foro, donde defendió a hombres de las clases bajas a base de ataques ruidosos y difamatorios contra las propiedades y fama de ciudadanos respetables, le consiguió notoriedad y, finalmente, una magistratura. Tras desempeñar la cuestura, dos edilidades, plebeya y curul, y por último la pretura, aspiraba ahora al consulado. Con esto en vista, aprovechó hábilmente los sentimientos en contra del dictador para obtener el favor popular y ganarse el mérito de que se aprobase la resolución. Todo el mundo, tanto en Roma como en el ejército, fuera amigo o enemigo, con la única excepción del propio dictador, consideró que esta propuesta tenía la intención de insultarle. Pero se enfrentó a la injusticia que el pueblo cometía con él, por estar amargado en su contra, con la misma digna compostura con que había anteriormente enfrentado las acusaciones que sus oponentes le lanzaban ante el pueblo. Estando aún de camino, recibió una carta que contenía el decreto del Senado equiparando sus mandos, pero como sabía perfectamente bien que el mando militar compartido y equiparado no implicaba en absoluto una similar competencia militar, regresó junto a su ejército sin que su ánimo lo quebrasen conciudadanos ni enemigos.

[22,27] Debido a su éxito y a su popularidad, Minucio se había vuelto casi insoportable, pero ahora que había obtenido una gran victoria, se jactaba con arrogancia sin límites, más que de haber vencido a Aníbal, de haber vencido a Quinto Fabio. *El hombre*, proclamaba, *que fue escogido como el único general que podía enfrentarse a Aníbal, ahora, por orden del pueblo, había sido equiparado con su segundo al mando; el dictador tendría que compartir sus poderes con el jefe de la caballería. No hay precedentes de esto en nuestros anales, y se ha hecho en la misma Ciudad en la que los jefes de la caballería acostumbraban a mirar con temor las varas y segures de los dictadores. Tan brillantes han sido mi buena fortuna y mis méritos. Si el dictador persiste en aquellas dilaciones y retrasos que habían sido condenadas por el juicio de los hombres y de los dioses, yo seguiré mi buena fortuna donde quiera me lleve.* Por consiguiente, en su primera entrevista con Quinto Fabio, le dijo que la primera cuestión a resolver era el método mediante el que ejercerían su mando compartido. El mejor plan, pensaba, sería que cada uno ejerciera el mando

supremo en días alternos, o, si lo prefería, con intervalos más largos. Esto permitiría que, quienquiera que estuviese al mando, se pudiera enfrentar a Aníbal con fuerzas y tácticas iguales a las suyas si surgía ocasión de actuar. Quinto Fabio respondió a esta propuesta con una rotunda negativa. Todo, adujo, cuanto la temeridad de su colega pudiera proponer estaría a merced de la Fortuna; aunque su mando estuviese equiparado con otro, no se le había privado completamente de él; así pues, él nunca cedería voluntariamente cualquier mando que ostentase para dirigir operaciones con sentido común y prudencia, y aunque rehusaba acordar una división del mando por periodos, estaba preparado para repartir con él al ejército y emplear la mejor de sus previsiones y juicios para salvar lo que pudiera, ya que no a todos. Por lo tanto, se dispuso que debían adoptar la costumbre de los cónsules y dividir las legiones entre ellos. La primera y cuarta quedaron con Minucio y Fabio retuvo a la segunda y a la tercera. La caballería y los contingentes proporcionados por los latinos y los aliados también quedaron divididos a partes iguales entre ellos. El jefe de la caballería insistió, incluso, en separar los campamentos.

[22,28] Nada de lo que estaba pasando entre sus enemigos escapó a la observación de Aníbal, pues tanto los desertores como sus exploradores le proporcionaban amplia información. Estaba encantado por partida doble: estaba seguro de aprovecharse a su manera de la insensata temeridad de Minucio, y había visto cómo las hábiles tácticas de Fabio le habían hecho perder la mitad de sus fuerzas. Entre el campamento de Minucio y el de Aníbal existía cierto terreno elevado, y el bando que se apoderase de él convertiría la posición del enemigo en menos segura. Aníbal decidió ocuparla y, aunque habría sido mejor hacerlo sin luchar, prefirió provocar un combate con Minucio quien, estaba seguro, correría a detenerlo. Todo el país parecía, a primera vista, completamente inadecuado para tácticas de sorpresa, pues no había bosques en parte alguna, ni lugares cubiertos por arbustos o maleza; pero en realidad sí que se prestaba a tal propósito, precisamente porque en tan ancho valle nadie podría sospechar de ninguna estratagema. En sus recodos había cuevas, algunas tan grandes como para albergar a doscientos hombres armados. Cada uno de estos escondites se llenó de soldados, hasta un total de cinco mil infantes y jinetes. En todo caso, sin embargo, para que la estratagema no pudiera ser detectada por el movimiento involuntario de algún soldado o por el brillo de las armas en un valle tan abierto, al amanecer Aníbal envió un pequeño destacamento para apoderarse del terreno elevado ya mencionado y desviar la atención del enemigo. Tan pronto fueron divisados, su pequeño número pareció ridículo y todos los hombres pidieron que se les encargase la tarea de desalojarlos. Visible entre sus soldados, el necio y visible general hizo tocar a generala, insultando y amenazando vanamente al enemigo. Envió primero a la infantería ligera en orden abierto para escaramucear, a estos les siguió la caballería en formación cerrada y, por último, cuando vio que el enemigo llevaba refuerzos, avanzó con las legiones en línea. Aníbal, por su parte, reforzaba a sus hombres, tanto con jinetes como con infantes, donde quiera que tuviesen más presión y los números enfrentados crecieron rápidamente hasta que hubo formado a todo su ejército en orden de batalla y ambos bandos contaban con todas sus fuerzas. La infantería ligera romana, ascendiendo por la colina desde terreno más bajo, fue la primera en ser rechazada y obligada a volver hacia la caballería que la seguía, provocando el pánico. Buscaron refugio junto a los estandartes de las legiones, que fueron las únicas en mantener la presencia de ánimo y serenidad en medio del pánico general. De haber sido un combate frontal, hombre a hombre, habrían resultado evidentemente un gran rival para sus enemigos, tanto más cuanto que su anterior victoria, unos días antes, les había devuelto el valor. Sin embargo, la aparición repentina de las tropas ocultas y su ataque combinado sobre ambos flancos y la retaguardia de las legiones, produjo tal confusión y alarma que a ningún hombre quedó ánimo para combatir ni esperanza de escapar huyendo.

[22,29] La atención de Fabio se dirigió primero hacia los gritos de alarma, luego observó en la distancia las filas rotas y desordenadas. *Justo así*, exclamó, *sorprende la Fortuna a su imprudencia, aunque no tan rápido como me temía. Fabio es su igual en el mando, pero ya ha visto que Aníbal le*

supera tanto en capacidad como en suerte. Sin embargo, no es este momento para la censura o el reproche, ¡sacad los estandartes fuera de la empalizada! Arrebatemos la victoria del enemigo y una confesión de error de nuestros conciudadanos. Para entonces, ya la derrota se había extendido por gran parte del campo de batalla, algunos habían muerto y otros buscaban un modo de escapar cuando apareció el ejército de Fabio como bajado del cielo para rescatarles. Antes de que llegaran al alcance de sus proyectiles y poder intercambiar golpes, contuvieron la alocada huida de sus camaradas y el fiero ataque del enemigo. Los que se habían dispersado aquí y allí después que sus filas hubieran sido rotas se acercaron desde todas partes y volvieron a formar sus líneas; los que se habían mantenido juntos en su retirada, volvieron a enfrentar al enemigo y, formando en cuadro, los que hacía un momento se retiraban volvieron a mantenerse firmes hombro con hombro. Las tropas derrotadas y las que estaban frescas en el campo de batalla se habían ya convertido prácticamente en una sola línea, y empezaban a avanzar los estandartes sobre el enemigo cuando el cartaginés mandó tocar a retirada, demostrando claramente que, habiendo él vencido a Minucio, a él le había vencido Fabio. La mayor parte del día se había gastado en estas variables fortunas de la batalla. A su regreso al campamento, Minucio convocó a sus hombres y se dirigió a ellos así: *Soldados, a menudo he oído decir que el mejor hombre es el que aconseja sobre qué es lo que se debe hacer; a este le sigue el hombre que sigue los buenos consejos; pero aquel hombre que ni sabe qué consejo dar ni obedece los buenos consejos de los demás resulta ser de la clase más baja de inteligencia. Ya que se nos ha negado la primera clase a inteligencia y capacidad, aferrémonos a la segunda e intermedia y, mientras aprendemos a mandar, decidámonos a obedecer a quien es sabio y previsor. Unámonos nuestro campamento con el de Fabio. Cuando hayamos llevado los estandartes a su Pretorio yo le llamaré Padre, un título que merece tanto por el servicio que nos ha hecho como por la majestad de su cargo; vosotros, soldados, saludaréis como Patronos a aquellos cuyas armas y diestras os han protegido hace tan poco. Si el día de hoy no nos ha servido para nada más, que nos confiera al menos la gloria de poseer un corazón agradecido.*

[22.30] Se dio la señal y se ordenó recoger el equipaje; luego marcharon en formación hasta el campamento del dictador donde, para su sorpresa, rodearon a este y a cuantos allí estaban. Cuando hubieron colocado los estandartes frente a su tribunal, el jefe de la caballería se adelantó y le llamó *Padre*, y todas sus fuerzas saludaron a la multitud que les rodeaba como *Patrones*. Luego, dijo: *Te he puesto, dictador, con mis palabras, al mismo nivel que mis padres; pero a ellos debo solo la vida, a ti te debo mi preservación y la seguridad de todos estos hombres. El decreto de la plebe, que siento más como una carga que como un honor, soy el primero en rechazarlo y anularlo y, rezando para que esto sea tu favor, el mío y el de estos ejércitos tuyos, defensores y defendidos por igual, me coloco yo mismo bajo los auspicios de tu autoridad y te devuelto estas legiones con sus estandartes. Te pido, como acto de gracia, que me ordenes conservar mi cargo y que estos, cada uno de ellos, conserve su lugar en filas.* Se estrecharon las diestras y, disolviéndose la asamblea, los soldados fueron llevados a las tiendas donde fueron generosa y hospitalariamente entretenidos tanto por conocidos como por desconocidos, y el día, que hacía tan poco resultaba oscuro, sombrío y casi marcado por el desastre, se convirtió en otro de gozo y alegría. Cuando llegó la noticia de este suceso a Roma y se confirmó luego mediante cartas, no solo de ambos jefes, sino también de soldados rasos de ambos ejércitos, todo el mundo alabó a Máximo y le puso por las nubes. Ganó la misma reputación entre Aníbal y los cartagineses; ahora, por fin, comprobaban que combatían contra romanos y en suelo italiano. Durante los últimos dos años habían sentido tal desprecio por los generales romanos y las tropas romanas que apenas podían creer que estuviesen guerreando contra aquella nación de la que habían escuchado tan terribles historias a sus padres. Se cuenta que Aníbal, a su regreso del campo de batalla, dijo: *La nube que durante tanto tiempo se asentaba en los picos de las montañas ha estallado al fin como tormenta y lluvia sobre nosotros.*

[22.31] Mientras tenían lugar en Italia estos acontecimientos, Cneo Servicio Gémino, con una

flota de ciento veinte buques, visitaba Cerdeña y Córcega y recibía rehenes de ambas islas; desde allí navegó hasta África. Antes de desembarcar en el continente, asoló la isla de Djerba y permitió a los habitantes de Kerkennah salvar su isla de una visita similar pagando una indemnización de diez talentos de plata. Después de esto, desembarcó sus fuerzas en la costa africana y las envió, tanto a soldados como a marineros, a devastar el país. Se dispersaron a lo largo y a lo ancho, como si estuviesen saqueando islas deshabitadas y, en consecuencia, su imprudencia les llevó a una emboscada. Dispersos en pequeños grupos, fueron rodeados por gran número de enemigos que conocían el país mientras que a ellos les era extraño, con el resultado de que fueron obligados a huir alocadamente y volvieron con grandes pérdidas a sus barcos. Después de perder hasta un millar de hombres, entre ellos al cuestor Tiberio Sempronio Bleso, la flota se hizo a toda prisa a la mar, llena de enemigos, y puso rumbo a Sicilia. La entregó en Lilibeo al pretor Tito Otacilio, para que su general Publio Cincio la devolviera a Roma. El mismo Servilio siguió por tierra a través de Sicilia y cruzó el estrecho hasta Italia, a consecuencia de un despacho de Quinto Fabio que les llamaba, a él y a su colega Marco Atilio, para hacerse cargo de los ejércitos, pues los seis meses de su cargo estaban a punto de expirar. Todos los analistas, con una o dos excepciones, cuentan que Fabio actuó contra Aníbal como dictador; Celio añade que fue el primer dictador nombrado por el pueblo. Pero Celio y el resto se olvidan de que el derecho a nombrar un dictador lo tenía exclusivamente el cónsul, y Servilio, que era el único cónsul por entonces, estaba en la Galia. Los ciudadanos, consternados por tres derrotas consecutivas, no podían soportar la idea de la demora y se tuvo que recurrir al nombramiento por el pueblo de un hombre que actuase *en lugar de un dictador* o *pro dictatore.* Sus logros posteriores, su brillante reputación como comandante, y las exageraciones que sus descendientes introdujeron en la inscripción de su busto explican fácilmente la creencia que al final ganó terreno, o sea, que Fabio, que sólo había sido pro-dictador, fue en realidad dictador.

[22,32] El mando del ejército de Fabio se entregó a Atilio, Servilio Gémino se hizo cargo del que había mandado Minucio. No perdieron tiempo en fortificar sus cuarteles de invierno y durante el resto del otoño dirigieron sus operaciones conjuntas en la más perfecta armonía, en la línea que Fabio había establecido. Cuando Aníbal salía de su campamento para recolectar vituallas, se situaban convenientemente en lugares distintos para acosar a su cuerpo principal y destrozar a los rezagados; pero rehusaban un enfrentamiento general, aunque el enemigo empleaba todas las estratagemas que podía para llevarles a uno. Aníbal quedó reducido a tal extremo que habría marchado de vuelta a la Galia de no haber parecido su partida una huida. Si los cónsules hubiesen perseverado en la misma táctica, no le habría quedado posibilidad alguna de alimentar a su ejército en aquella parte de Italia. Cuando el invierno había llevado la guerra a un punto muerto en Gereonio, llegaron embajadores de Nápoles a Roma. Trajeron con ellos a la Curia cuarenta copas de oro, muy pesadas, y se dirigieron a los senadores reunidos en los siguientes términos: "Sabemos que el tesoro romano se está vaciando a causa de la guerra, y ya que esta guerra se está librando tanto en las ciudades y campos de los aliados como en la capital y fortaleza de Italia, la Ciudad de Roma y su Imperio, nosotros, los napolitanos, hemos considerado que era justo ayudar al pueblo romano con el oro que nos dejaron nuestros antepasados para enriquecer nuestros templos y como reserva para tiempos de necesidad. Si creían que necesitaban alguna ayuda personal, con gusto se la ofrecerían. Los senadores y al pueblo de Roma nos complacerán sumamente si consideran cuanto tienen los napolitanos como suyo propio y se dignan aceptar este nuestro regalo más por la buena voluntad y disposición con que se ofrece que por cualquier valor intrínseco que pudiera poseer". Se aprobó conceder un voto de gracias a los embajadores, por su generosidad y su preocupación por el interés de Roma, y se aceptó una copa, la más pequeña.

[22.33] Casi al mismo tiempo, un espía cartaginés que durante dos años había eludido su detección fue capturado en Roma, y después de cortarle ambas manos se le expulsó. Se crucificó a veinticinco esclavos que habían tramado una conspiración en el Campo de Marte; al delator se le

dio la libertad y veinte mil ases de bronce. Se enviaron embajadores a Filipo, rey de Macedonia, para exigir la entrega de Demetrio de Faro, que se había refugiado con él tras su derrota, y se envió otra embajada a los ligures para presentar una queja formar por la ayuda que habían proporcionado a los cartagineses en dinero y hombres, y al mismo tiempo para tener una visión más cercana de cuanto estaba pasando entre los boyos y los ínsubros. También se enviaron embajadores a Pineo, rey de Iliria, para exigir el pago del tribuno que debía o, si deseaba una mora en el tiempo, aceptar garantías personales de su pago. Así, pese a llevar una inmensa guerra sobre sus hombros, nada escapaba a la atención de los romanos en ninguna parte del mundo, por muy distante que fuese. Surgió un problema religioso en relación con una promesa incumplida. Con ocasión del motín de las tropas en la Galia, dos años antes, el pretor Lucio Manlio había prometido un templo a la Concordia, pero hasta ese momento no se había firmado el contrato para su construcción. Fueron nombrados duunviros a tal efecto por el pretor Marco Emilio, a saber, Cayo Pupio y Ceso Quincio Flaminio, y ambos se encargaron de la construcción del templo dentro del recinto de la ciudadela. El Senado aprobó una resolución por la que Emilio también debía escribir a los cónsules pidiéndoles que uno de ellos, si les parecía bien, viniese a Roma para celebrar las elecciones consulares, debiendo él avisar qué día se celebrarían una vez que lo fijasen. Los cónsules respondieron que no podían abandonar el ejército, en presencia del enemigo, sin peligro para la república; sería por tanto mejor que las elecciones fueran celebradas por un interrex y que no se hiciera volver a un cónsul del frente. El Senado pensó que era mejor que un cónsul nombrase un dictador con el propósito de celebrar elecciones. Se nombró a Lucio Veturio Filón, y él designó a Manlio Pomponio Matón como su jefe de caballería. Su elección fue considerada inválida por defectos de forma y se les ordenó renunciar a sus cargos después de desempeñarlos durante catorce días; los asuntos volvieron a un interregno.

[22,34] *(216 a.C.)* Servilio y Régulo vieron sus mandos prorrogados por otro año. Los interreges designados por el Senado fueron Cayo Claudio Cento, hijo de Apio, y Publio. Cornelio Asina. Este último llevó a cabo las elecciones en medio de un amargo conflicto entre patricios y plebeyos. El pueblo trataba de nombrar cónsul a Cayo Terencio Varrón, uno de sus miembros, que se había ganado a la plebe merced a sus ataques contra los principales hombres del Estado y por sus ardides populistas. Su éxito al anular la influencia de Fabio y debilitar la autoridad del dictador le había proporcionado cierta gloria a ojos de la multitud, que se agudizó con la impopularidad del otro, e hicieron cuanto pudieron por elevarlo al consulado. Los patricios se le opusieron a él con todas sus fuerzas, temiendo que se convirtiera en práctica común el atacarles como medio de llegar a igualárseles. Quinto Bebio Herenio, tribuno de la plebe y familiar de Varrón, acusó no solo al Senado, sino también a los augures, por haber impedido que el dictador celebrase las elecciones, y así enconaba la opinión pública contra ellos, reforzando la opinión favorable hacia su propio candidato. *Fue la nobleza,* decía, *la que durante muchos años había estado tratando de provocar una guerra, que Aníbal había llevado hasta Italia, y cuando a la guerra se le podría haber puesto fin, fueron ellos quienes la prolongaron sin escrúpulos. La ventaja que Marco Minucio obtuvo durante la ausencia de Fabio dejó más que claro que con cuatro legiones combinadas se podía sostener una batalla victoriosa; pero se expuso dos legiones a la masacre por parte del enemigo, y luego, habiéndolas rescatado en el último instante para que le llamasen Padre y Patrón, quien había impedido a los romanos vencer y no que fueran derrotados. Y luego los cónsules que, aunque tenían en sus manos el haber terminado la guerra, adoptaron las tácticas de Fabio y la prolongaron. Este era el acuerdo secreto al que habían llegado todos los nobles, y nunca veremos el final de la guerra hasta que hayamos elegido como cónsul a un hombre que sea realmente un plebeyo, es decir, un hombre nuevo. La nobleza plebeya había sido iniciada en los mismos misterios; cuando, por fin, los patricios ya no les miraban por encima del hombre, enseguida empezaron ellos a mirar por encima del hombro a la plebe. ¿Quién no veía que su única meta y objetivo eran lograr un interregno para que las elecciones pudieran ser controladas por los*

patricios? Ese era el propósito de los cónsules al quedarse ambos con el ejército; luego, posteriormente, como tenían que nombrar un dictador en contra de su deseo de celebrar las elecciones, habían impuesto su posición y el nombramiento del dictador fue declarado nulo por los augures. Pues bien, ahora tenían su interregno; un consulado, en todo caso, pertenecía a la plebe de Roma; el pueblo dispondría libremente de él y lo daría al hombre que prefiriese una rápida victoria a un mando prolongado.

[22,35] Arengas como estas excitaban el intenso entusiasmo de la plebe. Había tres candidatos patricios en campaña, Publio Cornelio Merenda, Lucio Manlio Vulso y Marco Emilio Lépido; dos plebeyos, ahora ennoblecidos, Cayo Atilio Serrano y Quinto Elio Peto, de los cuales el uno había sido pontífice y el otro augur. Sin embargo, el único elegido fue Cayo Terencio Varrón, de modo que las elecciones para designar a su colega estaban en sus manos. La nobleza vio que sus rivales no eran lo suficientemente fuertes y obligó a presentarse a Lucio Emilio Paulo. Este había sido cónsul con Marco Livio y había escapado por poco a la sentencia que condenó a su colega, por lo que estaba resentido con la plebe, y se resistió con persistencia a presentarse como candidato. Al siguiente día para la elección, tras haberse retirado todos los oponentes de Varrón, se le eligió a él, no tanto para ser su colega sino para oponérsele en igualdad de condiciones. Sucedieron a estas las elecciones de los pretores, los elegidos fueron Manlio Pomponio Matón y Publio Furio Filo. A Filo se le asignó la jurisdicción sobre los ciudadanos romanos y a Pomponio la resolución de los pleitos entre ciudadanos y extranjeros. Se nombraron dos pretores adicionales, Marco Claudio Marcelo para Sicilia y Lucio Postumio Albino para actuar en la Galia. Estos fueron elegidos, ambos, en su ausencia, y ninguno de ellos, con la excepción del cónsul Terencio, eran nuevos en el cargo. Varios hombres fuertes y capaces fueron pasados por alto, pues en aquel momento no pareció conveniente que se confiasen las magistraturas a hombres nuevos y sin experiencia.

[22.36] Se incrementaron los ejércitos, pero en cuanto a qué adiciones se hicieran a la infantería y a la caballería, los autores difieren bastante, tanto en cuanto al número como a la naturaleza de las fuerzas; así que no me atrevo a afirmar nada como positivamente cierto. Algunos dicen que se alistó a diez mil para compensar las pérdidas, otros que se alistaron cuatro legiones para que se pudiera enfrentar la guerra con ocho legiones. Algunos autores recogen que tanto la caballería como la infantería de las legiones se reforzaron mediante la adición de mil infantes y cien jinetes a cada una, de manera que pasaron a constar de cinco mil infantes y trescientos jinetes, en tanto que los aliados encuadraron el doble del número de jinetes y el mismo número de infantes. Así, según estos autores, había en campaña, cuando se libró la batalla de Cannas, ochenta y siete mil doscientos hombres armados. Una cosa es segura, la lucha se reanudó con mayor vigor y energía que en años anteriores, debido a que el dictador les había dado motivos para pensar que el enemigo podía ser vencido. Pero antes de que las legiones recién alistadas abandonasen la Ciudad, se obligó a los decenviros a consultar los Libros Sagrados a causa de la inquietud provocada por recientes portentos. Se anunció que habían llovido piedras simultáneamente sobre el Aventino en Roma y en Ariccia; que las estatuas de los dioses, entre los sabinos, habían sudado sangre y que había fluido agua fría de las aguas termales. Este último prodigio fue el que provocó más terror, pues ya había acontecido en varias ocasiones. En la vía porticada que está cerca del Campus, varios hombres murieron al ser alcanzados por el rayo. La expiación adecuada de estos presagios se determinó a partir de los Libros Sagrados. Algunos embajadores de Pesto trajeron copas de oro a Roma. Se votó agradecérselo, como en el caso de Nápoles, pero no se aceptó el oro.

[22.37] Casi al mismo tiempo, una flota que había sido enviada por Hierón llegó a Ostia con una gran cantidad de suministros. Cuando sus embajadores fueron presentados ante el Senado, se expresaron en los siguientes términos: *Las nuevas de la muerte del cónsul Flaminio y de la destrucción de su ejército han provocado tanta angustia y dolor al rey Hierón como no lo habrían*

hecho más profundamente cualquier desastre que pudiera ocurrirle a él personalmente o a su reino. A pesar de que sabe muy bien que la grandeza de Roma es casi más admirable en la adversidad que en la prosperidad, no obstante ello, él ha enviado todo aquello con lo que los buenos y fieles aliados pueden ayudar a sus amigos en tiempos de guerra, e insta encarecidamente al Senado a no rechazar su oferta. Para empezar, traemos, como un presagio de buena fortuna, una estatua de oro de la Victoria, de doscientas veinte libras de peso. Os pedimos que la aceptéis y la conservéis para siempre en vuestra propiedad. También hemos traído trescientos mil modios de trigo y doscientos mil de cebada, y estamos preparados para transportar cuanto requiráis hasta cualquier lugar que podáis decidir. El rey es muy consciente de que Roma no emplea más legionarios ni caballería que los romanos o los de la nación latina, pero ha visto que hay extranjeros sirviendo como infantería ligera en los campamentos romanos. Por consiguiente, ha enviado mil arqueros y honderos, capaces de combatir contra los baleares y moros y de otras tribus que luchan arrojando proyectiles. Complementaron estos regalos con la sugerencia de que el pretor a quien se había asignado Sicilia llevase la flota hasta África, para que el territorio enemigo también fuera visitado por la guerra y que no tuvieran tantas facilidades para enviar refuerzos a Aníbal. El Senado encargó a los embajadores que llevasen la siguiente respuesta al rey: Hierón era un hombre de honor y un aliado ejemplar; había sido siempre fiel a lo largo del tiempo y había rendido en cada ocasión la más generosa ayuda a Roma, y por ello Roma se lo agradecía debidamente. El oro que había sido ofrecido por una o dos ciudades no había sido aceptado, aunque el pueblo romano se mostró muy agradecido por el ofrecimiento. Aceptarían, sin embargo, la estatua de la Victoria como un presagio sobre el futuro, y designarían y consagrarían para ella un lugar en el Capitolio, en el templo de Júpiter Óptimo Máximo. Consagrada en tan fuerte lugar, se mostraría amable, propicia, constante y firme para con Roma. Los arqueros, los honderos y el grano se entregaron a los cónsules. La flota de cincuenta quinquerremes que Tito Otacilio tenía con él en Sicilia se vio reforzada por la adición de otros veinticinco quinquerremes, y se le dio permiso para cruzar a África, si pensaba que resultase en interés de la república.

[22,38] Después de completar el alistamiento, los cónsules esperaron unos días para que llegasen los contingentes proporcionados por los latinos y los aliados. Luego, cosa que nunca antes había ocurrido, los tribunos militares tomaron el juramento a los soldados. Hasta ese día, solo se daba la palabra de honor de presentarse tras la orden del cónsul y no abandonarles sin que se les mandara hacerlo. También había sido costumbre entre los soldados, cuando se encuadraban por centurias y decurias, que por propia voluntad, los jinetes en las decurias y los infantes en las centurias, prestaran juramento a los demás de no abandonar a sus camaradas por temor ni huir, y que no abandonarían las filas salvo para recuperar o recoger un arma, para atacar al enemigo o salvar a un camarada. Este pacto voluntario se tornó ahora en un juramento formal prestado ante los tribunos. Antes de que se marcharan de la ciudad, el cónsul Varrón pronunció varias arengas exaltadas en las que declaró que la guerra había sido llevada a Italia por los nobles y que seguiría alimentándose de las esencias de la república si hubieran más jefes como Fabio; él, Varrón, daría término a la guerra el mismo día que pusiera la vista sobre el enemigo. Su colega, Paulo, el día antes de dejar la Ciudad, sólo hizo un discurso, más verídico que agradable de oír, ante el pueblo. Nada dijo en contra de Varrón, pero sí expresó su sorpresa porque cualquier jefe, estando aún en la Ciudad sin haberse hecho cargo de su mando, sin conocer su ejército ni al del enemigo, sin obtener inteligencia en cuanto al país y la naturaleza del terreno, supiese de qué manera dirigiría la campaña y fuese capaz de predecir el día en que libraría la batalla decisiva con el enemigo. En cuanto a él, Paulo dijo que no iba a adelantarse a los acontecimientos divulgando sus medidas ya que, después de todo, las circunstancias determinaban las disposiciones de los hombres mucho más de lo que los hombres ponían las circunstancias al servicio de sus medidas. Él esperaba y rezaba que las medidas que hubiera de tomar resultasen prudentes y previsoras y terminaran con éxito; hasta entonces, la imprudencia, además de insensata, había demostrado resultar funesta. Dejó bien claro que él

preferiría la seguridad a los consejos apresurados; para fortalecerlo en esto, se dice que Fabio, en su partida, se le dirigió en los siguientes términos:

[22.39] *Lucio Emilio, si fueses como tu colega, o si tu colega fuese como tú -que es lo que me gustaría- mi discurso sería simplemente innecesario. Porque si ambos fueseis buenos cónsules, como tú, sin ninguna sugerencia mía haríais cuanto el interés del Estado o vuestro propio sentido del honor demandase; si ambos fueseis malos, ni escucharíais nada de lo que yo tuviera que decir ni tomaríais ningún consejo que yo os pudiese ofrecer. Tal como son las cosas, cuando miro a tu colega y considero qué clase de hombre eres tú, a ti dirigiré mis palabras. Puedo ver que tus méritos como hombre y como ciudadano en nada influirán si la mitad de la república está mermada y los malos consejos poseen la misma fuerza y autoridad que los buenos. Te equivocas, Lucio Paulo, si te imaginas que tendrás menos dificultades con Cayo Terencio que con Aníbal; más bien creo que el primero resultará ser un enemigo más peligroso que el último. Con uno solo habrás de combatir en el campo de batalla, la oposición del otro habrás de enfrentarla siempre y en todo lugar. Contra Aníbal y sus legiones tendrás tu caballería y tu infantería, cuando Varrón esté al mando usará tus propios hombres en tu contra. Yo no quiero atraer sobre ti la mala suerte mencionando al desgraciado Flaminio, pero sí debo decir que fue solo tras ser cónsul y tomar posesión de su provincia cuando empezó a comportarse como un loco, pero este hombre ya estaba loco antes de aspirar al consulado y al también después, al presentarse, y ahora que es cónsul, antes de haber contemplado el campo de batalla o al enemigo, está más loco que nunca. Si levanta tales tormentas entre los pacíficos ciudadanos, alardeando como hasta ahora de combates y campos de batalla, ¿qué creéis que hará cuando hable a hombres de armas -y hombres jóvenes- y sus palabras conduzcan a la acción? Y sin embargo, si lleva a cabo su amenaza y entra en combate enseguida, o yo soy un completo ignorante de la ciencia militar, de la naturaleza de esta guerra y del enemigo al que nos enfrentamos, o algún lugar será aún más famoso por nuestra derrota que el de Trasimeno. No es momento de jactarse ante uno solo y prefiero pensar que he ido demasiado lejos al despreciar la gloria que no en su búsqueda; pues, de hecho, el único método racional de llevar a cabo la guerra contra Aníbal es el que he seguido. No solo nos enseña esto la experiencia, que es la maestra de los tontos, sino el razonamiento de que las cosas han sido iguales y seguirán sin cambiar mientras las condiciones sean las mismas. Estamos dirigiendo una guerra en Italia, en nuestro propio país, en nuestro propio suelo, todos a nuestro alrededor son ciudadanos y aliados, nos ayudan con hombres, caballos, suministros, y seguirán haciéndolo, pues han demostrado su lealtad a nosotros en nuestra adversidad; el tiempo y las circunstancias nos hacen mejores, más prudentes, más constantes. Aníbal, por otra parte, se encuentra en una tierra extranjera y hostil, lejos de su hogar y su país, enfrentado en todas partes a la oposición y el peligro; en parte alguna, por tierra o mar, puede hallar paz; ninguna ciudad le admite tras sus puertas o sus murallas; en ningún lugar ve nada que pueda llamar suyo, ha de vivir del pillaje diario: apenas tiene un tercio del ejército con el que cruzó el Ebro; ha perdido a más por el hambre que por la espada y hasta esos pocos tienen apenas bastante para seguir con vida. ¿Dudas, entonces, de que si nos sentamos no obtendremos el mejor resultado con un hombre que día tras día es más débil, que no tiene ni suministros ni dinero? ¿Cuánto tiempo ha estado sentado ante los muros de Gereonio, una pobre fortaleza en Apulia, como si fueran los muros de Cartago? Pero no voy cantaré mis propias alabanzas, ni siquiera ante ti. Mira cómo le han engañado los últimos cónsules, Servilio y Atilio. Este, Lucio Paulo, es el único camino seguro a adoptar, y es uno que tus conciudadanos te harán más peligroso y difícil de seguir que el enemigo. Porque tus propios soldados querrán lo mismo que el enemigo y el general cartaginés, Aníbal, deseará lo mismo que el cónsul romano Varrón. Solo tendrás una mano contra ambos comandantes. Y te podrás conservar si permaneces firme contra la calumnia pública y la chanza privada, si permaneces impasible antes las tergiversaciones y falsedades de tu colega. Se dice que la verdad es demasiado a menudo eclipsada, pero nunca se extingue por completo. El hombre que desprecia la falsa gloria poseerá la verdad. Deja que te*

llamen cobarde porque seas cauteloso, lento por reflexivo, débil por ser buen general. Prefiero más que le des motivo de temor a un enemigo inteligente que ganar los elogios de tontos compatriotas. Aníbal sólo sentirá desprecio por un hombre que corre todos los riesgos, temerá a quien nunca da un paso en falso. No te aconsejo que hagas nada, pero sí te aconsejo que te guíes en cuanto hagas por el sentido común y la razón, no por la Fortuna. Nunca pierdas el control de tus fuerzas y de ti mismo; estate siempre preparado, siempre alerta; nunca dejes de aprovechar una oportunidad que te sea favorable y nunca des una oportunidad favorable al enemigo. El hombre que no tiene prisa siempre ve el camino con claridad; la prisa yerra a ciegas.

[22.40] La respuesta del cónsul estuvo lejos de ser agradable, pues admitió que el consejo recibido era la verdad, pero nada fácil de llevar a la práctica. Si el dictador había encontrado insoportable a su jefe de la caballería, ¿qué poder o autoridad podía tener un cónsul frente a un colega violento y obstinado? *En mi primer consulado*, dijo, *escapé chamuscado del fuego de la furia popular. Espero y ruego porque todo termine con éxito, pero si nos ocurriera alguna desgracia, me expondré antes a las armas del enemigo que al veredicto de los enfurecidos ciudadanos.* Con estas palabras partió Paulo, según se dice, acompañado por los más notables hombres de entre los patricios; al cónsul plebeyo le asistían sus plebeyos amigos, más notables por su número que por la calidad de los hombres que componían la multitud. Cuando llegaron al campamento, los reclutas y los veteranos se encuadraron en un solo ejército y se dispusieron dos campamentos separados; el nuevo, que era el más pequeño, más cercano a Aníbal, mientras que en el antiguo campamento se situaron la mayor parte del ejército y las mejores tropas. Marco Atilio, uno de los cónsules del año anterior, adujo su edad y fue enviado de vuelta a Roma; el otro, Gémino Servilio, fue puesto al mando del campamento más pequeño de las legiones romanas y dos mil jinetes e infantes aliados. Aunque Aníbal vio que el ejército que se le oponía era el doble de grande que el anterior, se alegró enormemente por la llegada de los cónsules. Pues no sólo no le quedaba nada de su diario saqueo, sino que ya no había nada que saquear en parte alguna, pues todo el grano, no siendo ya seguro el país, había sido en su totalidad almacenado en las ciudades. Apenas le quedaban raciones de grano para diez días, como se descubrió más tarde, y los hispanos dispuestos a desertar, debido a la falta de suministros, si los romanos hubiesen dejado que el tiempo madurase las cosas.

[22.41] Ocurrió un incidente que aún alentó más el temperamento impetuoso y obcecado de Varrón. Se habían enviado partidas para ahuyentar a los forrajeadores y se libró un confuso combate, en el que los soldados corrían sin un plan previo ni órdenes de sus jefes, que no resultó en absoluto favorable a los cartagineses. Resultaron muertos unos mil setecientos de ellos, las pérdidas romanas y aliadas no ascendieron a más de cien. Los cónsules mandaban en días alternos y ese día resultaba ser el turno de Paulo. Retuvo a los vencedores, que perseguían al enemigo en gran desorden, pues temía una emboscada. Varrón estaba furioso, y a voz en grito exclamó que se había permitido escapar de entre las manos al enemigo y que si no se hubiera detenido la persecución se podría haber dado término a la guerra. Aníbal no lamentó mucho sus pérdidas, por el contrario, creía que servirían de cebo a la impetuosidad del cónsul y de sus tropas recién alistadas, y que sería más temerario que nunca. Cuanto ocurría en el campamento enemigo le era tan bien conocido como lo que pasaba en el suyo propio; estaba completamente al tanto de las diferencias y discusiones entre los comandantes y de que dos tercios del ejército consistían en bisoños. La noche siguiente, seleccionó lo que consideró una posición adecuada para una emboscada, dirigió a sus hombres fuera del campamento sin nada más que sus armas, dejando atrás todas sus propiedades, tanto públicas como privadas. A continuación, ocultó la fuerza detrás de las colinas que encerraban el valle, la infantería a la izquierda y la caballería a la derecha, y llevó el tren de equipajes por el centro del valle con la esperanza de sorprender a los romanos mientras saqueaban el campamento aparentemente desierto y obstaculizado con su botín. Se dejaron ardiendo numerosos fuegos en el

campamento, para dar la impresión de que deseaba mantener a los cónsules en sus respectivas posiciones hasta que hubiera recorrido una distancia considerable en su retirada. Fabio había sido engañado por la misma estratagema el año anterior.

[22.42] Conforme se hacía de día, se vio que habían retirado los piquetes y luego, al acercarse, les sorprendió el inusual silencio. Cuando quedó definitivamente claro que el campamento estaba vacío, los hombres corrieron a una hacia el pretorio donde informaron a los cónsules de que el enemigo había huido tan deprisa que se habían dejado las tiendas en pie y para asegurarse más el secreto de su huida, se habían dejado numerosos fuegos encendidos. Se levantó entonces un griterío exigiendo que se diera orden de avanzar, que se iniciara la persecución y que se saqueara inmediatamente el campamento. Uno de los cónsules se comportó como si formase parte de la multitud vociferante; el otro, Paulo, afirmaba repetidamente la necesidad de ser cautos y prudentes. Por fin, incapaz de lidiar con la multitud amotinada y su líder de cualquier otra manera, envió al prefecto Mario Estatilio con sus fuerzas de caballería lucana a efectuar un reconocimiento. Cuando hubo cabalgado hasta las puertas del campamento ordenó a sus hombres detenerse fuera de las fortificaciones y él mismo, con dos de sus soldados, entraron al campamento y tras una completa y minuciosa inspección volvieron para informar de que allí había ciertamente una treta: los fuegos se habían encendido en la parte del campamento que daba a los romanos, las tiendas estaban abiertas con todo lo de valor a la vista y en algunas zonas había visto plata tirada por las vías, como puesta a modo de botín. Lejos de disuadir a los soldados de satisfacer su codicia, como era su intención, su informe sólo la inflamó más y se levantó un griterío diciendo que si no se daba la señal, irían con o sin sus generales. No obstante, no les faltó un general, pues Varrón al instante dio señal de avanzar. Paulo, que dudaba, recibió el informe de que los pollos no daban un buen augurio y ordenó que se le comunicase inmediatamente a su colega, justo cuando salía por las puertas del campamento. Varrón quedó muy molesto, pero el recuerdo de la catástrofe que sobrevino a Flaminio y la derrota naval que sufrió el cónsul Claudio la Primera Guerra Púnica le produjeron un escrúpulo religioso. Parecía como si los propios dioses, aquel día, retrasasen más que impidiesen el destino fatal que se cernía sobre los romanos. Porque sucedió que, mientras los soldados hacían caso omiso de la orden del cónsul para llevar los estandartes de vuelta al campamento, dos esclavos, uno perteneciente a un soldado de Formia y el otro a un jinete sidicino, que habían sido capturados con las partidas de forrajeo cuando Servilio y Atilio estaban al mando, se escaparon aquel día con sus antiguos amos. Fueron llevados ante el cónsul y le dijeron que todo el ejército de Aníbal se escondía tras los montes vecinos. La oportuna llegada de estos hombres restauró la autoridad de los cónsules, aunque uno de ellos, en su ansia de popularidad, había debilitado su autoridad por su complicidad sin escrúpulos en las faltas de disciplina.

[22.43] Cuando Aníbal vio que el temerario movimiento que los romanos habían iniciado no se completaba imprudentemente y que su ardid había sido descubierto, regresó al campamento. Debido a la falta de grano no podría permanecer allí muchos días, y aparecían continuamente nuevos planes, no sólo entre los soldados, que eran una mezcla de todas las naciones, sino incluso en la mente del propio general. Los murmullos crecieron poco a poco, hasta convertirse en fuertes protestas, conforme los hombres exigían sus pagas atrasadas y se quejaban del hambre que padecían; además, se extendió el rumor de que los mercenarios, principalmente los hispanos, habían tramado una conspiración para desertar. Incluso el propio Aníbal, se dice, pensó en alguna ocasión huir con su caballería a la Galia, dejando atrás a su infantería. Discutiéndose tales planes y con este ambiente entre los hombres, decidió trasladarse a la zona más cálida de Apulia, donde la cosecha era más temprana y donde, debido a la mayor distancia del enemigo, la deserción resultaría más difícil para los cambiantes pensamientos de parte de su ejército. Como en la ocasión anterior, ordenó que se encendieran fogatas y que se dejaran unas pocas tiendas donde pudieran ser vistas, para que los romanos, suponiendo una treta similar, fuesen reacios a moverse. Sin embargo, se

envió nuevamente a Estatilio con sus lucanos para hacer un reconocimiento, y lo hizo a fondo más allá del campamento y sobre las montañas. Informó de que había visto de lejos al enemigo en columna de marcha y se discutió la cuestión de la persecución. Como de costumbre, las opiniones de los dos cónsules eran opuestas, pero casi todos los presentes apoyaron a Varrón; ni una sola voz se declaró a favor de Paulo, excepto la de Servilio, cónsul el año anterior. Prevaleció la opinión de la mayoría del consejo y, por lo tanto, impulsados por el destino, marcharon para hacer famosa a Cannas en los anales de las derrotas romanas. Fue en la proximidad de esta aldea donde Aníbal fijo su campamento, de espaldas al viento Volturno y llena las áridas planicies de nubes de polvo. Esta disposición era muy conveniente para su campamento, y demostró luego ser extremadamente ventajosa cuando formó su orden de batalla, pues sus propios hombres, con el viento por detrás, soplando solo sobre sus espaldas, pudieron luchar contra un enemigo cegado por grandes cantidades de polvo.

[22.44] Los cónsules siguieron a los cartagineses, examinando cuidadosamente los caminos por los que marchaban, y cuando llegaron a Cannas y tuvieron a la vista al enemigo montaron dos campamentos, separados por el mismo intervalo que en Gereonio y con la misma distribución de fuerzas en cada campamento. El río Ofanto, que fluía entre ambos campamentos, proporcionaba un suministro de agua que los soldados tomaban como mejor podían, teniendo generalmente que luchar por ella. Los hombres del campamento más pequeño, que estaba en el otro lado del río, tenían menos dificultades para aguar, pues aquella orilla no estaba ocupada por el enemigo. Aníbal veía ahora sus esperanzas cumplidas: que los cónsules le dieran oportunidad de luchar en un terreno naturalmente adaptado a los movimientos de la caballería, el arma con la que hasta ahora había sido invencible; por consiguiente, situó su ejército en orden de batalla y trató de provocar a su enemigo al combate con repetidas cargas de sus númidas. El campamento romano se alteró otra vez con la soldadesca rebelde y los cónsules en desacuerdo; Paulo recordaba a Varrón la fatal temeridad de Sempronio y de Flaminio, Varrón le acusaba presentándole a Fabio como modelo ejemplar de jefes cobardes e inactivos y poniendo a dioses y hombres por testigos de que no era por su culpa que Aníbal, por así decir, se hubiese adueñado de Italia; tenía las manos atadas por su colega y sus soldados, furiosos y ansiosos por combatir, las tenían apartadas de sus espadas y armas. Paulo, por su parte, contestaba que si algo les sucediera a las legiones por ser conducidas temerariamente en un acto imprudente e irreflexivo, él no tendría responsabilidad en ello, aunque hubiera de compartir todas las consecuencias. *Mira*, dijo a Varrón, *que aquellos que tienen las lenguas tan sueltas y dispuestas, también tengan así sus manos el día de la batalla*.

[22,45] Mientras perdían así el tiempo con disputas, en vez de deliberar, Aníbal retiró el grueso de su ejército, que había permanecido la mayor parte del día formado para el combate, hacia el campamento. Él envió a sus númidas, sin embargo, cruzando el río, para que atacasen a los grupos de aguada del campamento más pequeño. Apenas habían ganado la orilla opuesta, cuando ya con sus gritos y tumulto pusieron en fuga a la multitud con gran desorden, llevándolos hasta los puestos de vigilancia frente a la empalizada y casi alcanzando las puertas del campamento. Se consideró un insulto que un campamento romano fuese de tal modo aterrorizado por fuerzas irregulares que una cosa, y solo una, impidió a los romanos cruzar inmediatamente el río y formar su línea de batalla: el mando aquel día correspondía a Paulo. Al día siguiente, Varrón, a quien le correspondía, sin consultar con su colega, exhibió la señal de batalla e hizo cruzar el río a sus tropas, formadas para el combate. Paulo le siguió, pues, aunque desaprobaba la medida, estaba obligado a apoyarle. Después de cruzar, reforzaron sus líneas con las tropas del campamento menor y completaron su formación. A la derecha, que estaba más próxima al río, se situó la caballería romana y luego la infantería; en el extremo izquierdo se colocó la caballería aliada, con su infantería entre ella y las legiones romanas. Los lanzadores de jabalinas, junto con el resto de los auxiliares ligeros, formaron la primera línea. Los cónsules ocuparon sus puestos en las alas,

Terencio Varrón a la izquierda y Emilio Paulo a la derecha.

[22,46] Tan pronto amaneció, Aníbal envió por delante a los baleares y la demás infantería ligera. A continuación cruzó el río en persona y, conforme cruzaba cada unidad, le asignaba su puesto en la formación. Situó a la caballería gala e hispana cerca de la orilla, en el ala izquierda, frente a la caballería romana; el ala derecha se asignó a los jinetes númidas. El centro estaba compuesto por un fuerte cuerpo de infantería, con galos e hispanos en su mitad y los africanos a cada extremo de ellos. Se pudiera pensar que la mayor parte de los africanos eran romanos, dado su completo armamento que en parte habían obtenido en el Trebia, aunque la mayoría la consiguieron en el Trasimeno. Los galos y los hispanos llevaban escudos casi iguales, aunque sus espadas eran completamente diferentes; las de los galos eran muy largas y sin punta, los hispanos, acostumbrados a pinchar más que a cortar, llevaban una manejable espada corta y punzante. Estas naciones, más que ninguna otra, inspiraban terror por la inmensidad de su estatura y su aspecto terrible: los galos iban desnudos de cintura para arriba, los hispanos habían formado con sus blancas túnicas de lino bordadas de púrpura, de un brillo deslumbrante. El número total de infantería en el campo de batalla era de cuarenta mil, con diez mil de caballería. Asdrúbal estaba al mando del ala izquierda, Maharbal de la derecha; el propio Aníbal, con su hermano Magón, mandaba el centro. Fue una gran comodidad para ambos ejércitos que el sol brillara de lado sobre ellos; fuera porque se hubieran colocado así a propósito o por accidente, los romanos miraban al norte y los cartagineses al sur. El viento, llamado por los naturales Volturno, iba contra los romanos y lanzaba grandes nubes de polvo a sus caras, haciéndoles imposible ver frente a ellos.

[22.47] Cuando se lanzó el grito de guerra, los auxiliares avanzaron corriendo y la infantería ligera dio comienzo a la batalla. Entonces, los galos e hispanos de la izquierda se enfrentaron con la caballería romana de la derecha; la batalla no era una típica de caballería, pues no había espacio para maniobrar, el río a un lado y la infantería por el otro les contenían, obligándoles a luchar de frente. Cada lado trataba de abrirse camino hacia adelante, hasta que al fin los caballos quedaron en una masa tan estrechamente apretada que los jinetes se abrazaban a sus oponentes y trataban de tirarles de sus caballos. Aquello se había convertido totalmente en un combate de infantería, fiero pero corto, y la caballería romana fue rechazada y huyó. Justo cuando terminaba este combate de caballería, la infantería se enfrentaba y, mientras galos e hispanos mantuvieron firmes sus filas, ambos bandos permanecieron igualados en fuerza y valor. Por fin, después de largo y repetidos esfuerzos, los romanos cerraron filas y mediante el peso de su profunda columna dividieron la cuña enemiga, demasiado delgada y débil como para resistir la presión y sobresaliendo del resto. Sin un momento de pausa, siguieron al temeroso enemigo en su rápida retirada. Abriéndose paso a través de la masa de fugitivos, que no ofreció resistencia, penetraron hasta llegar a los africanos que estaban colocados en ambos extremos reducidos, algo más retrasados que los galos e hispanos que habían formado el centro adelantado. Al retroceder la cuña frontal, todo el frente se alineó y, conforme siguieron cediendo terreno, se volvió cóncavo y en forma de creciente, con los africanos en cada extremo formando los cuernos. Al precipitarse incautamente los romanos entre ellos quedaban enfilados por ambas alas, que se extendían y cerraban en torno a ellos por la retaguardia. Ante esto, los romanos, que habían librado una batalla en vano, dejaron a galos e hispanos, cuyas espaldas habían destrozado, y comenzaron un nuevo combate contra los africanos. La lucha resultó desigual, no solo por estar completamente rodeados sino porque, cansados por el combate anterior, se debían enfrentar a enemigos frescos y vigorosos.

[22.48] En este momento, en el ala izquierda romana, la caballería aliada enfrentaba a los númidas, pero la lucha fue débil al principio y comenzó con a una estratagema cartaginesa. Cerca de quinientos númidas, llevando espadas ocultas bajo la coraza además de sus armas y dardos habituales, salieron de su propia línea con sus parmas colgadas de la espalda como si fueran

desertores, y de repente saltaron de sus caballos y arrojaron escudos y jabalinas a los pies de sus enemigos. Fueron recibidos en sus filas, se les llevó a la retaguardia y se les ordenó permanecer en silencio. Mientras la batalla se extendía por las distintas zonas del campo de batalla se mantuvieron tranquilos, pero cuando los ojos y mentes de todos estaban completamente inmersos en los combates, se apoderaron de los grandes escudos romanos que yacían por todas partes entre los montones de muertos y dieron comienzo a un furioso ataque sobre la retaguardia de la línea romana. Acuchillando espaldas y caderas, hicieron una inmensa carnicería y aumentaron todavía más el pánico y la confusión. Entre el terror y la huida en una parte del campo de batalla y la obstinada pero desesperada lucha de la otra, Asdrúbal, que estaba al mando de aquella parte, sacó algunos númidas del centro, donde el combate se mantenía débilmente, y los envió en persecución de los fugitivos, enviando al mismo tiempo a la caballería hispana y gala en ayuda de los africanos, que para entonces estaban ya cansados, más de masacrar que de luchar.

[22,49] Paulo combatía al otro extremo del campo de batalla. A pesar de haber sido herido de gravedad al comienzo de la acción por un proyectil de honda, se enfrentó frecuentemente Aníbal con un grupo compacto de tropas, reanudando en varios lugares la batalla. La caballería romana formó una guardia de protección a su alrededor, pero al final, como se sentía demasiado débil para manejar su caballo, todos ellos desmontaron. Se dice que cuando alguien informó a Aníbal de que el cónsul había ordenado a sus hombres combatir a pie, él comentó: *¡Qué más quisiera que me los entregasen atados!* Ahora que ya no había duda sobre la victoria del enemigo, este combate de la caballería desmontada fue como se podía esperar cuando los hombres preferían morir en sus puestos antes que huir, y los vencedores, furiosos con ellos por retrasar su victoria, los masacraron sin piedad ya que no les podían desalojar. Rechazaron, sin embargo, a unos pocos supervivientes, exhaustos por el esfuerzo y sus heridas. Se dispersaron finalmente y, los que pudieron recuperar sus caballos, huyeron. Cneo Léntulo, un tribuno militar, vio mientras cabalgaba al cónsul cubierto de sangre y sentado en una roca. *Lucio Emilio*, dijo, *el único hombre a quien los dioses debían considerar inocente del desastre de este día, toma este caballo, mientras aún te quede alguna fuerza, monta y me mantendré a tu lado para protegerte. No hagas que este día sea aún más funesto por la muerte de un cónsul, ya hay bastante luto y lágrimas incluso sin eso.* El cónsul respondió: *Vive mucho para poder realizar proezas, Cornelio, pero no gastes en inútiles piedades los pocos instantes que te quedan para escapar de manos del enemigo. Ve y anuncia públicamente al Senado que deben fortificar Roma y aumentar sus defensas antes de que se aproxime el enemigo victorioso; y di en privado a Quinto Fabio que siempre recordé sus preceptos, tanto al vivir como al morir. Déjame expirar entre mis soldados muertos, que no me tenga que defender nuevamente cuando ya no sea cónsul, ni que haya de aparecer como el acusador de mi colega y proteger mi inocencia echándole a otro la culpa.* Mientras se producía esta conversación, llegó de repente una multitud de ciudadanos fugitivos junto a ellos, perseguidos por el enemigo que, no reconociendo quién era el cónsul, lo abrumaron con una lluvia de proyectiles. Léntulo escapó a caballo en la confusión. Luego siguió la huida en todas direcciones; siete mil hombres escaparon hacia el campamento más pequeño, diez mil al más grande y alrededor de dos mil a la aldea de Cannas. Estos últimos fueron inmediatamente rodeados por Cartalón y su caballería, ya que el pueblo no estaba fortificado. El otro cónsul, fuera accidental o intencionadamente, no se había unido a ninguno de aquellos grupos de fugitivos y escapó junto a unos cincuenta jinetes a Venosa; se dice que murieron cuarenta y cinco mil quinientos de infantería y dos mil setecientos de caballería, casi en la misma proporción romanos que aliados. Entre aquel número se encontraban los cuestores de ambos cónsules, Lucio Atilio y Lucio Furio Bibulco, veintinueve tribunos militares, varios antiguos cónsules, pretores y ediles, entre los que se hallaban Cneo Servilio Gémino y Marco Minucio, quien fuera jefe de la caballería el año anterior y, algunos años antes, cónsul; y además de estos, ochenta hombres que habían sido senadores o habían desempañado magistraturas que les calificaban para la elección al Senado y que se habían presentado voluntarios para servir como soldados. Los

prisioneros tomados en la batalla se dice que ascendieron a tres mil infantes y mil quinientos jinetes.

[22.50] Tal fue la batalla de Cannas, una batalla tan famosa como el desastre en el Alia; no fue tan grave en su resultado, por la inacción del enemigo, pero sí lo fue en mayor grado y más terrible a la vista de la masacre del ejército. Pues la huida en el Alia salvó al ejército, pese a que se perdió la Ciudad, mientras que en Cannas apenas cincuenta hombres huyeron con el cónsul y casi todo el ejército encontró la muerte en compañía del otro cónsul. Como los que se habían refugiado en ambos campamentos eran sólo una multitud indefensa y sin líderes, los hombres del campo más grande enviaron un mensaje a los otros para pedirles que cruzasen con ellos durante la noche, cuando el enemigo, cansado después de la batalla y las fiestas en honor de su victoria, estaría sumido en el sueño. Luego marcharían en un solo grupo hasta Canosa di Puglia [antigua Canusio.- N. del T.]. Algunos rechazaron la propuesta con desprecio. *¿Por qué*, se preguntaban, *no pueden los que enviaron el mensaje venir ellos mismos, ya que son tan capaces de unirse a nosotros como nosotros de ellos? Porque, desde luego, todo el territorio entre nosotros está patrullado por el enemigo y prefieren exponer a otros a ese peligro mortal que exponerse ellos mismos.* Otros no desaprobaban la propuesta, pero carecían de valor para llevarla a efecto. Mas Publio Sempronio Tuditano, tribuno militar, les inquirió: *¿Preferís*, les dijo, *ser hechos prisioneros por el enemigo más cruel y avaricioso, y que se ponga precio a vuestras cabezas y se os estime un valor tras haberos preguntado si sois ciudadanos romanos o aliados latinos, para que otros ganen honor con vuestra miseria y desgracia? Desde luego que no, si es realmente sois compatriotas de Lucio Emilio, que eligió una muerte noble y no una vida de deshonra, y de todos los hombres valientes que están yacen en montones a su alrededor. Pero, antes de que el amanecer nos alcance y que el enemigo se reúna en mayor cantidad para bloquear nuestro camino, abrámonos paso entre los hombres que gritan en desorden y confusión a nuestras puertas. Buenas espadas y corazones valientes crearán una vía a través de los enemigos, por más apretadas que estén sus filas. Si marcháis hombro con hombro, dispersaréis esa fuerza desordenada y desligada tan fácilmente como si nada se os opusiera. Venid, pues, conmigo, cuantos se quieran preservar a sí mismos y a la república.* Con estas palabras, sacó su espada, y con sus hombres en formación cerrada marcharon por el centro mismo del enemigo. Cuando los númidas lanzaron sus jabalinas sobre su derecha, el lado no protegido, pasaron los escudos al lado derecho y así consiguieron abrirse paso hasta el campamento mayor unos seiscientos que lograron escapar en tal ocasión; después, sin parar, se les unió otro grupo mayor y lograron llegar indemnes hasta Canosa di Puglia. Esta acción, por parte de los derrotados, se debió más al impulso de su valor natural o a la casualidad, que a un plan concertado o a las órdenes de alguien.

[22.51] Todos los oficiales de Aníbal le rodearon y le felicitaron por su victoria, instándole a que después de un éxito tan magnífico permitiera descansar, a él y a sus exhaustos hombres, durante el resto del día y la noche siguiente. Maharbal, sin embargo, prefecto de la caballería, pensaba que no debían perder un instante. *Por el contrario,* le dijo a Aníbal, *para que sepas lo se ha ganado con esta batalla, yo te digo que en cinco días estarás celebrándola como vencedor en el Capitolio. Sígueme, yo iré por delante con la caballería, y sabrán que has llegado antes de saber que estás viniendo.* Para Aníbal la propuesta era demasiado optimista e importante como para aceptarla enseguida. Le dijo a Maharbal que elogiaba su celo, pero que necesitaba tiempo para pensar en sus planes. Maharbal le respondió: *Los dioses no han dado todos sus dones a un solo hombre. Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes qué hacer con la victoria.* Es creencia general que la demora de aquel día salvó la Ciudad y el imperio. Al día siguiente, tan pronto como amaneció, se dedicaron a reunir el botín sobre el campo de batalla y contemplar la carnicería, que era un espectáculo horrible incluso para un enemigo. Todos aquellos miles de romanos yaciendo allí, revueltos infantes y jinetes según la suerte les había unido en el combate o en la huida. Algunos, cubiertos de sangre, se levantaron de entre los muertos a su alrededor al molestarles sus heridas por el frío de la mañana, y

a los que el enemigo dio rápidamente fin. Hallaron a algunos tumbados, con los muslos y corvas acuchillados pero todavía vivos; ofrecían estos sus gargantas y cuellos y les pedían que les drenasen la sangre que aún quedaba en sus cuerpos. Encontraron algunos con las cabezas enterradas en la tierra, habiéndose ahogado evidentemente ellos mismos haciendo hoyos en la tierra y amontonando la tierra sobre sus rostros. Lo que atrajo más la atención de todos fue un númida que fue arrastrado con vida de debajo de un romano muerto, cruzado sobre él; sus oídos y nariz estaban arrancados, pues el romano, con las manos demasiado débiles para empuñar la jabalina y en medio de su loca rabia, se las arrancó con sus dientes expirando al hacerlo.

[22,52] Después de gastar casi todo el día recogiendo los despojos, Aníbal condujo a sus hombres al ataque contra el campamento más pequeño y dio comienzo a las operaciones elevando un dique para cortarles el suministro de agua del río. Sin embargo, como todos los defensores estaban agotados por el esfuerzo y la falta de sueño, así como por las heridas, la rendición se produjo antes de lo que había previsto. Acordaron entregar sus armas y caballos, y pagar por cada romano trescientos denarios, doscientos por cada aliado y cien por cada esclavo de oficial, y a condición de que una vez pagado el dinero se les permitiese salir con una prenda de vestir a cada uno. Permitieron después que el enemigo entrase al campamento y fueron puestos bajo custodia, separados romanos de aliados. Mientras pasaba allí el tiempo, todos los del campamento mayor que tenían suficiente valor y fuerzas, en número de cuatro mil de infantería y doscientos de caballería, escaparon a Canosa di Puglia, algunos en grupo y otros dispersos por los campos, lo que era menos seguro. Los heridos y los que habían temido aventurarse rindieron el campamento en los mismos términos que se habían acordado para el otro. Se consiguió una cantidad inmensa de botín, y toda ella se entregó a las tropas, con excepción de los caballos, los prisioneros y cualquier plata que pudiera haber. La mayoría de esta consistía en los adornos de los caballos, ya que usaban muy poca plata en la mesa y aún menos cuando estaban en campaña. Aníbal ordenó que se reunieran los cuerpos de sus soldados para enterrarlos; se dice fueron hasta ocho mil de sus mejores tropas. Algunos autores afirman que también buscó el cuerpo del cónsul romano para darle sepultura. A los que habían escapado a Canosa di Puglia se les permitió simplemente refugiarse dentro de sus muros y casas, pero una noble y rica dama de Apulia, llamada Busa, les ayudó con grano y vestidos y hasta provisiones para su viaje. Por tal munificencia, el Senado, al término de la guerra, le votó honores públicos.

[22,53] A pesar de que había cuatro tribunos militares sobre el terreno -Fabio Máximo, de la primera legión, cuyo padre había sido dictador el año anterior, Lucio Publicio Bíbulo, de la segunda, Publio Cornelio Escipión, de la tercera legión, y Apio Claudio Pulcro, que acababa de ser edil-, el mando supremo fue otorgado por unanimidad a Publio Escipión, que era bastante joven, y a Apio Claudio. Estaban reunidos unos pocos, para discutir el estado de las cosas, cuando Publio Furio Filón, el hijo de un ex-cónsul, les informó de que era inútil mantener vanas esperanzas; la república estaba desesperada y se le daba por perdida; algunos jóvenes nobles, con Lucio Cecilio Metelo a la cabeza, volvieron sus ojos al mar con la intención de abandonar Italia a su destino y refugiarse con algún rey. Esta mala noticia, además de terrible y desconocida, cayó encima del resto de desastres y paralizó a los presentes de asombro y espanto. Pesaban que se debía convocar un consejo para tratar sobre esto, pero el joven Escipión, el general destinado a dar fin a esta guerra, proclamó que aquello no era asunto para un consejo. En una emergencia como aquella había que ser osados y actuar, no deliberar. *Que aquellos*, exclamó, *que quieran salvar la república tomen las armas y me sigan enseguida. Ningún campamento resulta verdaderamente más hostil que aquel en el que se piensa en tal traición.* Salió con unos pocos seguidores hacia el alojamiento donde estaba Metelo y encontrando allí a los jóvenes a quienes el informe había hecho reunirse en consejo, alzó su espada desnuda sobre las cabezas de los conspiradores y pronunció estas palabras: *Juro solemnemente que no abandonará a la república de Roma, ni consentiré que otro ciudadano*

romano lo haga; si rompo a sabiendas mi juramento, que tú, Júpiter Óptimo Máximo, me destruyas completamente a mí, a mi hogar, a mi familia y a mis propiedades. Os exijo, Lucio Cecilio y a cuantos están presentes, que prestéis este juramente. Que quien no jure sepa que esta espada se blandirá contra él. Ellos estaban en tan gran estado de miedo como si vieron al victorioso Aníbal ante ellos, y todos prestaron el juramento y se entregaron a la custodia de Escipión.

[22.54] Mientras estas cosas sucedían en Canosa di Puglia, unos cuatro mil quinientos de infantería y caballería, que se habían dispersado huyendo por el país, lograron reunirse con el cónsul en Venosa. Los habitantes los recibieron con grandes muestras de bondad y los repartieron entre sus hogares para atenderles. Dieron a cada jinete una toga, una túnica y veinticinco denarios, y a cada legionario diez, así como todas las armas que precisaban. Tanto el gobierno como los particulares mostraron igual hospitalidad, pues el pueblo de Venosa estaba determinado a no quedarse atrás en generosidad respecto a una dama de Canosa di Puglia. Pero el gran número de hombres, que ahora ascendían a unos diez mil, hizo mucho más pesada la carga que pesaba sobre Busa. Apio y Escipión, al enterarse de que el cónsul estaba a salvo, de inmediato mandaron un mensajero a preguntarle cuántos de a pie y de a caballo tenía con él, y si quería que llevasen el ejército a Venosa o a Canosa di Puglia. El propio Varrón llevó sus fuerzas a Canosa di Puglia, y ahora había algo parecido a un ejército consular; parecía como si estuvieran dispuestos a defenderse tras unas murallas, ya que no en campo abierto. Los informes que llegaban a Roma no dejaban lugar a la esperanza de que siquiera aquellos restos de ciudadanos y aliados estuviesen aún vivos; se afirmó que el ejército, con sus dos cónsules, había sido aniquilado y que todas las fuerzas habían sido eliminadas. Nunca antes, con la propia Ciudad todavía a salvo, se había producido tal conmoción y pánico intramuros. Así pues, sucumbiré a la dificultad y no me podré aproximar con palabras a la realidad ni aún relatando los detalles. Tras la pérdida, el año anterior, de un cónsul y un ejército en el Trasimeno, no era ahora otra herida sobre una anterior, sino un desastre muchas veces mayor lo que se anunciaba. Pues, de acuerdo con los informes, se habían perdido dos cónsules y dos ejércitos consulares; ya no existía campamento romano alguno, ningún general y ni un solo soldado; Apulia, el Samnio y casi toda Italia yacían a los pies de Aníbal. Ciertamente, no hay otra nación que no hubiera sucumbido bajo el peso de tal calamidad. Uno podría, por supuesto, comparar la derrota naval de los cartagineses en las islas Égates, que quebró su poder a tal punto que renunciaron a Sicilia y Cerdeña y se sometieron al pago de un tributo y una indemnización de guerra; o, más tarde, la batalla que perdieron en África, en la que el propio Aníbal sucumbió. Pero no hay punto de comparación entre estas y Cannas, a menos que sea porque las asumieron con menos ánimo.

[22,55] Publio Furio Filo y Marco Pomponio, los pretores, convocaron una reunión del Senado en la curia Hostilia para tomar medidas respecto a la defensa de la Ciudad, pues no había duda de que, tras barrer los ejércitos, el enemigo enfrentaría su única operación restante y avanzaría para atacar Roma. En presencia de tan gran cantidad de males, enormes y desconocidos, eran incapaces de formar plan definido alguno, ensordeciendo sus oídos los gritos de las plañideras, pues como aún no se conocían con certeza los hechos, se lloraba indiscriminadamente en todas las casas tanto a vivos como a muertos. En estas circunstancias, Quinto Fabio Máximo dio su opinión de que se debían enviar de inmediato jinetes por las vías Apia y Latina para informarse de quienes se encontraran, pues a buen seguro debían existir fugitivos dispersos por el país, y traer nuevas de lo que había sucedido con los cónsules y los ejércitos; y si los dioses, por compasión hacia el imperio, habían dejado algún resto de la nación romana, averiguar dónde estaban aquellas fuerzas. Y también debían determinar dónde había marchado Aníbal tras la batalla, qué planes tenía y qué estaba haciendo o pensaba hacer. Tenían que disponerse algunos hombres, jóvenes y activos, para averiguar estas cosas, y como casi no había magistrados en la Ciudad, los senadores debían tomar medidas por sí mismos para calmar la agitación y la inquietud imperantes. Debían mantener a las matronas fuera de la vía pública y obligarles a permanecer en sus casas; se debían suprimir los

gritos de lamento por los muertos e imponer el silencio en la Ciudad; debían asegurarse de que cualquier noticia fuese llevada ante los pretores y que los ciudadanos esperasen, cada uno en su propia casa, las noticias que les afectasen personalmente. Además, debían situar guardias en las puertas para impedir que nadie abandonase la Ciudad, y deberían dejar claro a todo hombre que la única seguridad que podían esperar residía dentro de la Ciudad y sus murallas. Una vez se controlara el tumulto, entonces se debería convocar nuevamente al Senado y discutir las medidas para la defensa de la Ciudad.

[22.56] Esta propuesta fue aceptada por unanimidad sin ningún tipo de discusión. Después que los magistrados echaran del Foro a la multitud y que los senadores fueran en varias direcciones para calmar la agitación, llegó finalmente un despacho de Cayo Terencio Varrón. Escribió que Lucio Emilio había muerto y su ejército destrozado; él mismo estaba en Canosa di Puglia reuniendo los restos que quedaban de tan horrible desastre; había unos diez mil soldados, desorganizados y sin destino; el cartaginés estaba aún en Cannas, negociando el rescate de los prisioneros y el precio del botín según una costumbre impropia de un general grande y victorioso. Lo siguiente fue la publicación de los nombres de los muertos, y la Ciudad se lanzó a duelo tan universal que se suspendió la celebración anual del festival de Ceres, pues estaba prohibido que participasen los que estaban de luto y no había ni una sola matrona que no guardara duelo durante aquellos días. Con el fin de que aquel mismo motivo no impidiera se honrasen debidamente otros ritos sagrados, el periodo de luto se vio limitado, por un decreto del Senado, a treinta días. Cuando la agitación se calmó, y el Senado reanudó sus sesiones, llegó un nuevo despacho, esta vez de Sicilia. Tito Otacilio, el propretor, anunciaba que el reino de Hierón estaba siendo devastado por una flota cartaginesa, y cuando se disponía a prestarle la ayuda que le solicitaba, recibió la noticia de que otra flota, completamente equipada, estaba anclada en las islas Égates y que cuando tuviesen noticias de que él se ocupaba en la defensa de la costa siracusana, atacarían inmediatamente Lilibeo y el resto de la provincia romana. Por tanto, si el Senado deseaba mantener al rey como su aliado y mantener su dominio sobre Sicilia, debían alistar una flota.

[22.57] Cuando hubieron sido leídos los despachos del cónsul y del pretor, se decidió que Marco Claudio, que mandaba la flota estacionada en Ostia, debía ir con el ejército, en Canosa di Puglia, y se escribió al cónsul para que cediera su mando al pretor y viniese a Roma, en la primera ocasión que tuviera, para mayor provecho de la república. Porque, por encima de estos graves desastres, sucedieron tales portentos que se creó aún mayor inquietud. Dos vírgenes vestales, Opimia y Floronia, fueron encontradas culpables de estupro. Una de ellas fue enterrada viva, como es costumbre, en la puerta Colina, la otra se suicidó. Lucio Cantilio, escriba pontifical de los que ahora se llaman "pontífices menores", habiendo sido sido hallado culpable junto a Floronia, fue azotado por el Pontífice Máximo en los Comicios con tanta severidad que murió. Este hecho nefasto, viniendo a ocurrir entre tantas calamidades, fue, como sucede a menudo, considerado como un presagio y se ordenó a los decenviros que consultasen los Libros Sagrados. Quinto Fabio Píctor fue enviado para consultar al oráculo de Delfos sobre qué formas de oración y sacrificios debían emplear para propiciar a los dioses y cuál iba a ser el fin de todos aquellos terribles desastres. Mientras tanto, obedeciendo a los libros proféticos, se celebraron algunos sacrificios extraños e inusuales. Entre ellos resalta el que se enterraran vivos en el Foro Boario a un hombre y a una mujer galos, y a un griego y una griega. Se les introdujo en lugar rodeado de rocas, ya usada con víctimas humanas, aunque no sacrificadas por romanos.

Cuando se creyó haber propiciado debidamente a los dioses, Marco Claudio Marcelo envió desde Ostia a mil quinientos hombres, que se habían alistado con la flota, para guarnecer Roma; envió por adelantado a la legión asignada a la flota, la tercera, al mando de tribunos militares a Teano; después, entregando la flota a su colega, Publio Furio Filo, se apresuró a ir a marchas forzadas hasta Canosa di Puglia. Por la autoridad de los Padres, se nombró dictador a Marco Junio y

jefe de la caballería a Tiberio Sempronio. Estos ordenaron un alistamiento y se inscribió a todos los que tenían más de diecisiete años, e incluso a algunos que aún vestían la pretexta; con tales reclutas se formaron cuatro legiones y mil de caballería. También mandaron decir a la confederación latina y a otros estados aliados que alistaran soldados de acuerdo con los términos de los tratados. Se ordenó tener dispuestas corazas, proyectiles y otros materiales y se retiraron de los templos y los pórticos los antiguos despojos de los enemigos. La escasez de hombres libres hizo necesario un nuevo tipo de reclutamiento; se armó con cargo al erario público a ocho mil jóvenes robustos, de entre los esclavos, tras preguntarles si estaban o no dispuestos a servir. Prefirieron hacer soldados a estos, aunque podían haber rescatado a los suyos a menor precio.

[22,58] Después de su gran victoria en Cannas, Aníbal dio sus órdenes más como si la suya hubiera sido una victoria decisiva que no como si la guerra siguiera su curso. Se llevó ante él a los prisioneros y se separaron en dos grupos: los aliados fueron tratados como lo habían sido en el Trebia y en Trasimeno, despidiéndoles sin rescate tras algunas palabras amables; a los romanos, también, se les trató como nunca antes lo habían sido, pues cuando apareció ante ellos se les dirigió con maneras muy amistosas. Él no tenía una enemistad mortal, les dijo, con Roma, luchaba solo por el honor y el poder. Sus padres habían cedido ante el valor romano y su único objetivo ahora era que los romanos cedieran igualmente ante su éxito y valor. Dio entonces permiso a los prisioneros para rescatarse a sí mismos; cada jinete por quinientos denarios, cada infante por trescientos y cada esclavo por cien. Esto era algo más de lo que la caballería había acordado cuando se rindió, pero estuvieron más que contentos aceptando estos términos. Se estableció que debían elegir a diez de ellos para ir al Senado, en Roma, con la única garantía de que jurasen regresar. Fueron acompañados por Cartalón, un noble cartaginés, que iría para sondear el sentir de los senadores y, si se inclinaban por la paz, proponer los términos. Cuando los delegados hubieron dejado el campamento, uno de ellos, hombre totalmente carente del temperamento romano, regresó al campamento, como si hubiera olvidado algo, con la esperanza de librarse así de su juramento. Se reincorporó con sus compañeros antes del anochecer. Cuando se anunció que el grupo estaba en camino, se envió un lictor para encontrarse con Cartalón y ordenarle, en nombre del dictador, que saliera de territorio romano antes de la noche.

[22.59] El dictador admitió a los delegados de los prisioneros a una audiencia del Senado. Su cabecilla, Marco Junio, habló así: *Senadores, somos conscientes de que a ningún estado han preocupado menos sus prisioneros de guerra que al nuestro; pero, por poco que nos guste nuestro caso, nunca ha caído en manos enemigas nadie que fuera más digno de consideración que nosotros. Porque no entregamos las armas durante la batalla por cobardía; nos mantuvimos de pie sobre los montones de muertos casi hasta que cerró la noche, y solo entonces nos retiramos al campamento; durante el resto del día y toda noche defendimos nuestras empalizadas; al día siguiente estábamos rodeados por el ejército victorioso, sin suministro de agua y sin esperanza ya de forzarnos camino entre la densa masa del enemigo. No creímos que fuese un delito que algunos de los soldados de Roma sobrevivieran a la batalla de Cannas, viendo que habían muerto allí cincuenta mil hombres, y por tanto, como último recurso, consentimos que se fijase un precio para nuestro rescate y entregamos al enemigo aquellas armas que ya no nos eran de la menor utilidad. Hemos oído, además, que nuestros antepasados se habían rescatado a sí mismos de los galos con oro, y que vuestros padres, aunque se opusieron severamente a cualquier condición para la paz, enviaron no obstante delegados a Tarento para organizar el rescate de prisioneros. Sin embargo, la batalla en el Alia contra los galos o la de Heraclea contra Pirro resultaron más nefastas y notables por el pánico y la huida que por las pérdidas sufridas. Las llanuras de Cannas están cubiertas por pilas de romanos muertos, y no estaríamos ahora aquí si el enemigo no hubiese carecido de armas y fuerza para matarnos. Hay algunos entre nosotros que nunca estuvieron en la batalla, sino que se quedaron a proteger el campamento y cayeron en manos del enemigo cuando aquel se entregó. No*

envidio la suerte ni las circunstancias de hombre alguno, sea conciudadano o camarada, ni me gustaría que se dijera que me he alabado a mi mismo despreciando a otros; pero sí quiero decir esto: ni quienes huyeron de la batalla, la mayor parte sin armas, y no digamos ya los que huyeron hasta alcanzar Venosa o Canosa di Puglia, pueden reclamar precedencia sobre nosotros o jactarse de resultar de más defensa para la república que nosotros. Sin embargo, encontrad en ellos tanto como en nosotros buenos y valerosos soldados, aunque nosotros estaremos aún más ansiosos por servir a nuestro país al haber sido vuestra bondad la que nos habrá rescatado y devuelto a nuestra patria. Habéis alistado soldados de toda edad y condición; he oído que se ha armado a ocho mil esclavos. Nuestro número no es menor y no costará más rescatarnos de lo que costó comprarles; pero si fuera a compararnos, como soldados, con ellos, estaría insultando el nombre romano. Yo diría, senadores, que, al decidir sobre un asunto como éste, también debierais tomar en consideración, si estáis dispuestos a ser demasiado severos, aún cuando no lo merezcamos, a qué clase de enemigo nos van a abandonar. ¿Se trata de un Pirro, que trataba a sus prisioneros como si fueran sus invitados? ¿Es que no es más que un bárbaro, y lo que es peor, un cartaginés, de los que resulta difícil juzgar si es más avaro o más cruel? La contemplación de las cadenas, de la miseria, la desagradable apariencia de vuestros conciudadanos, estoy seguro, no os moverá menos, por otra parte, que si vieseis vuestras legiones esparcidas por las llanuras de Cannas. Podéis ver la angustia y las lágrimas de nuestros hermanos, de pie en el vestíbulo de vuestra Curia y esperando vuestra respuesta. Si ellos están angustiados e inquietos por nosotros y por los que no están aquí, ¿qué creéis que deben sentir los hombres cuya propia vida y libertad están en juego? Incluso si, Júpiter nos asista, Aníbal, en contra de su naturaleza, optara por ser amable con nosotros, aún así pensaríamos que la vida no es digna de ser vivida si decidís que no merecemos ser rescatados. Hace años, los prisioneros que fueron liberados por Pirro sin rescate regresaron a Roma, pero volvieron acompañados por los hombres más importantes de la república, que habían sido enviados para proceder a su rescate. ¿Volveré a mi patria sin merecer que se paguen trescientas monedas por mí? Cada uno de nosotros tiene sus propios sentimientos, senadores. Sé que mi vida y persona están en juego, pero me aterra más que peligre mi buen nombre si partimos condenados y rechazados por vosotros; pues los hombres jamás creerán que os quisisteis ahorrar el precio.

[22,60] No bien hubo terminado, se levantó un sonoro lamento de la multitud en los Comicios; alargaban sus manos hacia la Curia e imploraban a los senadores que les devolvieran a sus hijos, sus hermanos y sus familiares. El temor y la necesidad llevaron incluso a que las mujeres se mezclaran entre la multitud de hombres que llenaban el Foro. Tras retirarse los testigos, el Senado empezó a deliberar. Había grandes diferencias de opinión; algunos decían que debían ser rescatados a expensas de la república, otros eran de la opinión de que no debía gastarse del erario público, pero que no debía impedirse que se obtuviera el costo de fondos particulares y que, en caso de que no hubiera dinero líquido disponible, se podría adelantar del tesoro sobre garantías personales e hipotecas. Cuando llegó el turno de que Tito Manlio Torcuato, hombre a la antigua usanza y, según pensaban algunos, de excesivo rigor, diera su parecer, se dice que habló en los siguientes términos: de la antigua y, algunos pensaban, un rigor excesivo, para dar su opinión, se dice que ha hablado en estos términos: *Si los delegados se hubieran limitado a pedir que los que están en manos del enemigo fuesen rescatados, podría haber expuesto mi opinión en pocas palabras sin entrar en reflexiones sobre ninguno de ellos, pues todo lo que habría sido necesario es que se les recordase que debían seguir las costumbres y usos de nuestros mayores y dar un ejemplar escarmiento según la disciplina militar. Sin embargo, habiéndose casi enorgullecido por su rendición al enemigo y considerando justo que deban recibir más consideración que los prisioneros tomados en el campo de batalla o que los que llevaron a Venosa y Canosa di Puglia, o que el propio cónsul, no os permitiré seguir en la ignorancia de lo que realmente sucedió. Ojalá que los hechos que voy a relatar se pudieran presentar ante el ejército en Canosa di Puglia, el mejor testigo del valor o la cobardía de cada uno; o que tuviésemos entre nosotros a Publio*

Sempronio, pues si tales hombres le hubieran seguido estarían ahora en el campamento romano y no prisioneros en manos del enemigo.

"Casi todos los enemigos regresaron a su campamento, cansados por el combate, para disfrutar de su victoria, así que estos hombres tuvieron toda la noche en limpio para hacer una salida. Siete mil hombres podían fácilmente haber hecho una salida, incluso a través de densas masas de enemigos; pero no hicieron intento alguno, ni por propia iniciativa ni a las órdenes de alguien. Casi durante toda la noche estuvo Publio Sempronio Tuditano advirtiéndoles y exhortándoles para que le siguieran mientras solo unos pocos enemigos vigilaban su campamento, mientras todo estaba calmo y en silencio, mientras la noche ocultaba sus movimientos; antes que se hiciera la luz podrían estar a salvo y protegidos en las ciudades de nuestros aliados. Si hubiera hablado como habló el tribuno militar Publio Decio en los días de nuestros padres, o como Calpurnio Flama durante la Primera Guerra Púnica, cuando nosotros éramos jóvenes, habló a sus trescientos voluntarios a los que condujo a capturar una altura en el mismo centro de la posición enemiga: ¡Muramos, soldados, -exclamó- y rescatemos con nuestra muerte a nuestras bloqueadas legiones del peligro! Yo os digo que si Publio Sempronio hubiera hablado así, no os consideraría hombres, y mucho menos romanos, si ninguno hubiera dado un paso al frente como camarada de tan valiente hombre. Pero él os apuntó tanto hacia la seguridad como hacia la gloria, él os habría llevado de vuelta a vuestra patria, vuestros padres, vuestras esposas y vuestros hijos. No tenéis valor bastante para salvaros a vosotros mismos; ¿qué haríais si tuvieseis que morir por vuestro país? Aquel día, todo cuanto os rodeaba eran cincuenta mil romanos muertos y sus aliados. Si tantos ejemplos de valor no os inspiraron, nada lo hará. Si un desastre tan horrible no os hace parecer viles vuestras vidas, nada lo hará nunca. Es mientras sois ciudadanos libres, con todos vuestros derechos como tales, cuando debéis mostrar vuestro amor por vuestra patria, o mejor, mientras es vuestra patria y vosotros sus ciudadanos. Ahora mostráis demasiado tarde ese amor, habiendo renunciado a vuestros derechos y a vuestra ciudadanía os habéis convertido en esclavos de los cartagineses. ¿El dinero os va a devolver la posición que habéis perdido mediante la cobardía y el crimen? No quisisteis escuchar a vuestro propio conciudadano, Sempronio, cuando os ordenó tomar vuestras armas y seguirlo; escuchasteis poco después a Aníbal cuando os ordenó entregar vuestras armas y vuestro campamento. Pero, ¿por qué acuso únicamente de cobardía a estos hombres, cuando pudo demostrar que son culpables de un crimen real? Pues no sólo se negaron a seguirlo cuando les dio un buen consejo, sino que trataron de detenerlo, e impedir que regresara, hasta que un grupo de auténticos valientes desenvainó sus espadas y rechazó a los cobardes. ¡Publio Sempronio tuvo, en verdad, que abrirse paso entre sus propios compatriotas antes de hacerlo a través del enemigo! ¿Por esta clase de ciudadanos se ha de preocupar la patria?. ¡Si todos los que lucharon en Cannas hubieran sido como ellos, ya no tendría ciudadanos dignos de ese nombre! De los siete mil hombres de armas hubo seiscientos que tuvieron el valor de abrirse paso y volver libres a su país con sus armas. El enemigo no detuvo a estos seiscientos, ¿No os parece que el camino resultaba seguro para una fuerza de casi dos legiones? Tendríais a fecha de hoy, senadores, veinte mil valientes y leales soldados en Canosa di Plugia; pero, en cuanto a estos hombres, ¿cuántos podrán ser considerados buenos y leales ciudadanos? Porque respecto a que sean "valientes", ni ellos mismos lo podrán afirmar; a menos, claro, que alguien quiera imaginar que mientras trataban de impedir a los otros que hicieran su salida, en realidad les estaban animando o que, plenamente conscientes de que era su cobardía y apocamiento la causa de su conversión en esclavos, sintieran envidia hacia ellos por haberse ganado la seguridad y la gloria con su valor. A pesar de que podrían haber escapado en la oscuridad de la noche, prefirieron esconderse en sus tiendas de campaña y esperar la luz del día y con ella al enemigo. Pero diréis que si no tuvieron valor para salir del campamento quizá lo tendrían bastante para defenderlo; bloqueados durante varios días y noches, protegiendo la empalizada con sus armas y a ellos mismos con la empalizada; llegando por fin a estar tan débiles por el hambre y no ser

capaces de sostener las armas, tras llegar a los últimos extremos de resistencia y dar fin a sus últimos medios de subsistencia, que fueron finalmente conquistados por las necesidades de la naturaleza más que por la fuerza de las armas. ¿Y qué sucedió? Pues que al amanecer el enemigo se acercó a la empalizada; antes de dos horas, sin probar su suerte con algún combate, se entregaban ellos y sus armas. Esta, ya veis, fue la campaña militar de estos durante dos días. Cuando el deber les llamaba a mantener su línea y combatir, huyeron a su campamento; cuando debían haber combatido en la empalizada, rindieron su campamento; son tan inútiles en el campo de batalla como en el campamento. ¿A vosotros os he de rescatar? Cuando debierais haber salido del campamento, vacilasteis y os quedasteis allí, cuando os era forzoso quedaros y defender el campamento con vuestras armas, entregasteis al enemigo el campamento, las armas y a vosotros mismos. No, senadores, no creo que tales hombres deban ser rescatados más de lo que creo que se haya de entregar a Aníbal a aquellos que forzaron el paso fuera del campamento, por en medio del enemigo, y con un supremo acto de valor se devolvieron a su patria.

[22,61] Aunque la mayoría de los senadores tenían familiares entre los prisioneros, hubo dos consideraciones que pesaron para acercarles al discurso de Manlio. Una de ellas era la práctica de la república, que desde los primeros tiempos había mostrado muy poca indulgencia hacia los prisioneros de guerra. La otra era la cantidad de dinero que sería necesaria, pues estaban inquietos por no agotar el tesoro; ya se había pagado una gran suma para comprar y armar a los esclavos, y no deseaban enriquecer a Aníbal que, según los rumores, estaban particularmente necesitado de dinero. Cuando se dio la lacónica respuesta de que los prisioneros no serían rescatados, el luto anterior se acrecentó por la pérdida de tantos ciudadanos y los delegados fueron acompañados hasta las puertas por una multitud llorosa y lamentos. Uno de ellos se fue a su casa, pues se consideraba liberado de su voto por su fingido regreso al campamento. Cuando esto se supo, se informó al Senado y se decidió por unanimidad que debía ser arrestado y entregado a Aníbal con una guardia pública. Existe otro relato referido al destino de los prisioneros. De acuerdo con esta tradición, al principio llegaron diez y se produjo un debate en el Senado sobre si se les debía permitir entrar en la Ciudad o no; se les dejó entrar en el entendimiento de que el Senado no les concedería audiencia. Como se quedasen más tiempo del que se esperaba, llegaron otros tres delegados, Lucio Escribonio, Cayo Calpurnio y Lucio Manlio, y un familiar de Escribonio, que era tribuno de la plebe, presentó una moción en el Senado para rescatar a los prisioneros. El Senado decidió que no debían ser rescatados y los tres últimos llegados volvieron con Aníbal, aunque los diez primeros permanecieron en Roma. Alegaron que ellos mismos se habían absuelto de su juramento, porque después de comenzar su viaje habían vuelto donde Aníbal con el pretexto de revisar la lista de los nombres de los prisioneros. La cuestión de su entrega fue objeto de acalorados debates en el Senado, y quienes estaban a favor de esta medida fueron derrotados por solo unos pocos votos. Bajo los siguientes censores, sin embargo, quedaron aplastados bajo tantas marcas de vergüenza e infamia que algunos de ellos se suicidaron inmediatamente; los demás no solo evitaron el Foro durante el resto de sus vidas, sino que casi ignoraron la luz del día y las caras de los hombres. Es más fácil asombrarse ante estas discrepancias entre nuestros autores que determinar cuál es la verdad.

En cuánto superó aquel desastre a todos los anteriores se ve en un simple hecho. Hasta ese día, la lealtad de nuestros aliados se había mantenido firme, y comenzó a flaquear, con seguridad, por no otra razón más que porque desesperaron de que nuestro gobierno se mantuviese. Los pueblos que se pasaron a los cartagineses fueron: los atelanos, los calatinos, los hirpinos, parte de los apulios, todos los pueblos samnitas con excepción de los pentros y todos los brucios y lucanos. Además de estos, los uzentinos y casi toda la costa de la Magna Grecia, los pueblos de Tarento, Metaponto, Crotona y Locri así como toda la Galia Cisalpina. Sin embargo, a pesar de todos sus desastres y la revuelta de sus aliados, nadie, en ninguna parte de Roma, mencionó la palabra "paz", fuese antes del regreso del cónsul o tras su llegada, cuando se renovó el recuerdo de sus pérdidas. Tan noble espíritu exhibieron aquellos días los ciudadanos que, aunque el cónsul venía de una

terrible derrota de la que sabían que él era el principal responsable, fue recibido por una enorme multitud procedente de todas las clases sociales, y se le votó formalmente un acción de gracias por *no haber perdido la esperanza en la República*. Si él hubiera sido el comandante en jefe de los cartagineses, no habría tortura a la que no hubiera sido sometido.

LIBRO XXIII. ANÍBAL EN CAPUA

[23,1] *(Agosto de 216 a.C.)* Inmediatamente después de la batalla de Cannas y de la captura y saqueo del campamento romano, Aníbal se trasladó de la Apulia al Samnio como consecuencia de una invitación que había recibido de un hombre llamado Estacio Trebio, quien se comprometió a entregarle Compsa si marchaba hacia el territorio de los hirpinos. Trebio era un nativo de Compsa, hombre notable entre los suyos, pero estaba en su contra la facción de los Mopsios, una familia que debía su predominancia al favor y apoyo de Roma. Después que el informe de la batalla de Cannas hubo llegado a la ciudad, con Trebio diciendo a todo el mundo que Aníbal se aproximaba, los Mopsios abandonaron la población. Esta se entregó pacíficamente a los cartagineses, que dejaron una guarnición en ella. Allí dejó Aníbal todo su botín y su equipaje, y luego, dividiendo su ejército en dos cuerpos, dio a Magón el mando de uno y retuvo para sí el mando del otro. Instruyó a Magón para que recibiera la sumisión de las ciudades próximas que habían desertado de Roma y que obligara a la rebelión a las que se negaban; entre tanto, él mismo marcharía a través de los territorios campanos hacia el mar inferior con vistas a atacar Nápoles para que poder estar en posesión de una ciudad accesible desde el mar. Cuando entró en territorio napolitano, situó convenientemente en emboscada a algunos de sus númidas, pues los caminos estaban muy encajonados y con muchas revueltas sin visibilidad. A los demás les ordenó cabalgar hasta las puertas, llevando ostentosamente ante ellos el botín que habían obtenido de los campos. Como semejaban tratarse de una fuerza pequeña y desorganizada, partió contra ellos una tropa de caballería que fue conducida por los númidas, al retirarse, hacia la emboscada, donde les rodearon. No habría escapado ni un solo hombre de no haber sido por la proximidad del mar y de algunos barcos, principalmente de pesca, que divisaron no lejos de la orilla y que ofrecieron un modo de escape para quienes eran buenos nadadores. Varios jóvenes nobles, sin embargo, fueron capturados o muertos en la refriega, entre ellos Hegeas, el jefe de la caballería, que cayó mientras perseguía imprudentemente al enemigo en retirada. El aspecto de las murallas disuadió a los cartagineses de atacar la ciudad, pues en modo alguno ofrecía facilidades para un asalto.

[23.2] De allí se dirigió hacia Capua. Esta ciudad había degenerado por culpa de la prosperidad y la indulgencia de la Fortuna, pero sobre todo por la generalizada corrupción producida por los salvajes excesos de un populacho que ejercía su libertad sin ninguna restricción. Pacuvio Calavio había logrado la sumisión del Senado de Capua a sus designios y a los del pueblo. Él era un noble, y al mismo tiempo favorito del pueblo, pero había obtenido su influencia y poder con malas artes. Resultó que él era el magistrado principal el año de la derrota en el Trasimeno, y sabiendo el odio que el pueblo siempre había sentido hacia el Senado, pensó que era muy probable que aprovechasen su oportunidad, provocaran una violenta revolución y llegaran al extremo, si Aníbal con su victorioso ejército llegaba hasta las proximidades, de asesinar a los senadores y entregar Capua al púnico. Malo como era, pero no completamente perdido, prefería ejercer el poder sobre una comunidad incólume antes que sobre una arruinada, y sabía que ninguna comunidad incólume carecía de un consejo público. Se embarcó en un plan por el cual se podría conservar el Senado y, al mismo tiempo, hacerlo completamente servil a sí mismo y al pueblo. Convocó una reunión del Senado y comenzó su discurso diciendo que cualquier idea de revolverse contra Roma le habría resultado repugnante, de no ser una necesidad, en vista de que él tenía hijos con la hija de Apio Claudio y había dado su propia hija en matrimonio a Marco Livio, en Roma. *Pero*, continuó, *hay un inminente peligro, mucho más grave y temible, pues el pueblo no está simplemente considerando empezar su revuelta contra Roma mediante el destierro del Senado, también están pensando en asesinar a los senadores y luego entregar la ciudad a Aníbal y a los cartagineses. Está en mi poder salvaros de este peligro si os ponéis en mis manos y, olvidando antiguas querellas, confiáis en mí.* Sobrepasados por el miedo, todos se pusieron en sus manos. *Os encerraré*, dijo entonces, *en la Curia, y mientras aparento ser su cómplice aprobando los designios a los que sería*

vano tratar de oponerme, descubriré un modo de salvaros. Tomad en este asunto cuantas garantías os plazcan. Tras dar garantías, salió y ordenó que se atrancasen las puertas, dejó una guardia en el vestíbulo para impedir que nadie entrara o saliera sin su orden.

[23.3] A continuación convocó una asamblea del pueblo y se les dirigió así: *A menudo habéis deseado, ciudadanos de Capua, tener el poder para ejecutar sumariamente justicia sobre el infame e inescrupuloso Senado. Ahora podéis hacerlo con seguridad, y nadie os pedirá cuentas. No es necesario que arriesguéis vuestras vidas en intentos desesperados de forzar las casas de cada senador, vigiladas como están por sus clientes y esclavos; cogedlos donde están ahora, encerrados por sí mismos en la Curia y sin armas. No tengáis prisa, no os precipitéis en nada. Os pondré en condición de dictar sentencia de vida o muerte, para que cada uno de ellos, a su vez, pueda pagar la pena que merezca. Pero sea lo que sea que hagáis, mirad de no ir demasiado lejos satisfaciendo vuestro rencor, que la seguridad y el bienestar de la república sean vuestra primera consideración. Porque, tal como yo lo entiendo, es a estos senadores en particular a los que odiáis; pues o tendréis un rey, lo que es una abominación, o un senado, que es el único órgano consultivo que puede existir en una comunidad libre. Así que debéis hacer dos cosas de inmediato: eliminar al antiguo Senado y elegir uno nuevo. Ordenaré que se convoque, uno por uno, a los senadores y os preguntaré vuestra opinión sobre su destino; cualquiera que sea vuestra decisión, se cumplirá. Pero antes de que se ejecute el castigo sobre uno hallado culpable, deberéis elegir a un hombre fuerte y enérgico para ocupar su puesto como senador.* Luego se sentó y, después echar en una urna los nombres de los senadores, ordenó que el hombre cuyo nombre fue escogido en primer lugar fuera sacado del Senado. Tan pronto como oyeron el nombre, todos ellos gritaron que era un ímprobo y un sinvergüenza y que merecía ser castigado. Entonces dijo Pacuvio: *Veo claramente lo que pensáis de este hombre; en lugar de un canalla despreciable debéis elegir senador a un hombre digno y honesto.* Durante unos minutos reinó el silencio, ya que eran incapaces de sugerir un hombre mejor. Entonces, uno de ellos, dejando a un lado su timidez, se atrevió a sugerir un nombre y se levantó un griterío cada vez mayor. Unos decían que nunca habían oído hablar de él, otros que se le imputaban vicios vergonzosos o un nacimiento humilde, una sórdida pobreza o una baja clase de profesión o beneficio. Muestras aún más violentas esperaban al segundo y tercero de los senadores convocados, y era evidente que, si bien les disgustaban profundamente aquellos hombres, no tenían a nadie a quien poner en su lugar. Era inútil mencionar los nombres una y otra vez, pues aquello solo llevaba a que hablaran siempre mal de ellos; los nombres que tuvieron éxito fueron los de aquellos de más bajo nacimiento y aún más desconocidos que los sugeridos al principio. Así que la multitud se fue dispersando, diciéndose unos a otros que los malos conocidos eran los más fáciles de soportar y pedían que liberasen al Senado.

[23.4] Pacuvio logró el control del Senado y que este le estuviera más agradecido a él que al pueblo, por haber salvado sus vidas. Por consentimiento general, ejercía ahora el poder supremo sin necesitar apoyo armado. A partir de entonces los senadores, olvidando su rango y su independencia, halagaban al pueblo, lo saludaban cortésmente, lo invitaban como huéspedes, les recibían en banquetes suntuosos, se hacían cargo de sus pleitos, se ponían siempre de su parte y, cuando juzgaban algún caso, siempre tomaban el partido que les aseguraba el favor del vulgo. En verdad, el Senado se comportaba como si fuese una asamblea popular. La ciudad había estado siempre dispuesta al lujo y a la extravagancia, no sólo por la debilidad de carácter de sus ciudadanos, sino también por la sobreabundancia de medios de disfrute y la incitación a cualquier tipo de placer que la tierra o del mar pudiera proporcionar; y ahora, por la obsecuencia de la nobleza y el libertinaje de la plebe, se estaban volviendo tan degenerados que la sensualidad y la extravagancia imperantes superaban todos los límites. Trataban a las leyes, a los magistrados y al Senado con similar desprecio, y ahora, tras la derrota de Cannas, empezaron a despreciar la única cosa hacia la que hasta entonces habían mostrado un poco de respeto: el poder de Roma. Las únicas circunstancias

que les impidieron revelarse inmediatamente fue el antiguo derecho a los matrimonios mixtos, que había llevado a sus más ilustres y poderosas familias a emparentar con Roma, y el hecho de que varios ciudadanos estaban cumpliendo el servicio militar con los romanos. El lazo más fuerte de esta naturaleza era la presencia de trescientos jinetes, de las más nobles familias de Capua, en Sicilia, adonde habían sido enviados especialmente por las autoridades romanas como guarnición de la isla.

[23.5] Los padres y familiares de estos soldados lograron, después de muchas dificultades, que se enviaran embajadores al cónsul romano. El cónsul aún no había partido hacia Canosa di Puglia; todavía se encontraba en Venosa, con sus fuerzas insuficientemente armadas; esto, que habría provocado la mayor compasión en aliados leales, no produjo más que desprecio entre unos arrogantes y traicioneros como los campanos. El cónsul empeoró las cosas, aumentando el desprecio que sentían por él mismo y sus fortunas al revelar demasiado abierta y claramente la magnitud del desastre. Cuando los embajadores le aseguraron que el Senado y el pueblo de Capua sentían muchísimo toda desgracia sucedida a los romanos, y le expresaron su disposición a suministrarle cuando necesitara para la guerra, replicó: *Al ofrecernos cuanto precisemos para la guerra habéis usado las palabras esperables de unos aliados, en vez de adecuar vuestro lenguaje a la realidad de las circunstancias. Pues ¿qué nos ha quedado en Cannas para que, como si tuviésemos algo, pidiésemos lo que falta a nuestros aliados? ¿Os vamos a pedir que proporcionéis infantería, como si aún tuviésemos caballería? ¿Os pediremos dinero, como si eso fuera lo único que precisamos? La Fortuna ni siquiera nos ha dejado algo que podamos usar como refuerzo. Legiones, caballería, armas, estandartes, hombres y caballos, dinero, suministros, todo ha quedado o en el campo de batalla o al perderse ambos campamentos al día siguiente. Así pues, hombres de Capua, no es que tengáis que ayudarnos en la guerra, sino que casi tenéis que emprenderla en nuestro lugar. Recordad cómo una vez, cuando vuestros antepasados fueron puestos en precipitada fuga hasta refugiarse tras las murallas, por temor a los sidicinos y también a los samnitas, les tomamos bajo nuestra protección en Satícula, y cómo la guerra que entonces dio comienzo con los samnitas, en vuestro nombre, fue sostenida por nosotros con todos sus vaivenes durante casi un siglo. Además de todo esto, debéis recordar que después de que os hubieseis rendido os concedimos un tratado en igualdad de condiciones, os permitimos conservar vuestras leyes y, lo que era, antes de nuestra derrota en Cannas, en todo caso el mayor privilegio, os concedimos nuestra ciudadanía a la mayor parte y os hicimos miembros de nuestra república. Bajo estas circunstancias, hombres de Capua, debéis daros cuenta de que habéis sufrido esta derrota tanto como nosotros y sentir que tenemos una patria común que defender. No es contra los samnitas o los etruscos de quien lo hemos de hacer; aún si nos privasen de nuestro poder, todavía serían itálicos quienes lo harían. Sin embargo, el cartaginés arrastra tras él un ejército que ni siquiera se compone de nativos de África; ha reunido una fuerza de los rincones más remotos de la tierra, desde el mar océano y las Columnas de Hércules, hombres carentes de todo sentido de lo justo, carentes casi del habla humana. Salvajes y bárbaros por naturaleza y costumbres, su general les ha hecho aún más brutales al hacerles construir puentes y empalizadas con cuerpos humanos y, me estremezco al decirlo, al enseñarles a alimentarse de carne humana. ¿Qué hombre, bastando solo que sea italiano, no se horrorizaría con el pensamiento de tenerlos como sus señores y amos, mirando a África y, sobre todo, a Cartago para gobernarse y teniendo que convertir Italia en dependencia de númidas y moros? Será algo espléndido, hombres de Capua, si el dominio de Roma, que se ha derrumbado en la derrota, es salvado y restaurado por vuestra lealtad y vuestra fuerza. Creo que en la Campania podéis alistar treinta mil infantes y cuatro mil jinetes; tenéis dinero y grano bastante. Si demostráis una lealtad equivalente a vuestra suerte, Aníbal no sentirá que ha vencido ni los romanos que están derrotados.*

[23,6] Después de este discurso del cónsul, se despidió a los embajadores. Según iban de

camino a su hogar, uno de ellos, Vibio Virrio, les dijo que había llegado el momento en que los campanos no solo podrían recuperar el territorio injustamente arrebatado por los romanos, sino que podían lograr el dominio sobre Italia. Podrían hacer un tratado con Aníbal con los términos que eligiesen, y no habría disputa sobre el hecho de que cuando acabase la guerra y Aníbal, tras su conquista, volviera con su ejército a África, la soberanía sobre Italia recaería en los campanos. Todos estuvieron de acuerdo con lo que Virrio dijo, y dieron tal relato de su entrevista con el cónsul como para que todo el mundo pensase que el mismo nombre de Roma había sido borrado. La plebe y la mayoría del Senado empezaron de inmediato a prepararse para una revuelta; fue gracias a los esfuerzos de los miembros más antiguos que se evitó la crisis durante unos pocos días. Al final, la mayoría impuso su opinión y los mismos embajadores que habían estado con el cónsul romano fueron enviados ahora a Aníbal. Veo que algunos analistas indican que, antes de dar comienzo o de decidirse definitivamente a la revuelta, se enviaron embajadores de Capua a Roma para exigir como condición para que prestasen su ayuda que uno de los cónsules debía ser campano y que, entre la indignación que provocó esta propuesta, se ordenó que los embajadores fuesen sumariamente expulsados de la Curia y se encargó a un lictor que los condujese fuera de la Ciudad, con órdenes de que no permaneciesen ni un solo día en territorio romano. Como, sin embargo, esta exigencia se parece demasiado a una hecha por los latinos en los primeros tiempos, y Celio, entre otros, no la habría dejado de mencionar sin un buen motivo, no me atrevería a asegurar la veracidad de ese relato.

[23.7] Los enviados llegaron donde Aníbal y negociaron con él una paz bajo los siguientes términos: ningún comandante o magistrado cartaginés tendría jurisdicción bajo ningún ciudadano de Capua, ni ciudadano alguno campano estaría obligado a prestar ningún servicio, militar o de otra naturaleza, contra su voluntad; Capua retendría sus propios magistrados y leyes, y los cartagineses les permitirían escoger a trescientos romanos de entre sus prisioneros de guerra para intercambiarlos por los jinetes campanos que estaban prestando servicio en Sicilia. Estos fueron los términos acordados, pero los campanos fue más allá de lo estipulado al ejecutar lo siguiente: El pueblo detuvo a algunos prefectos de nuestros aliados y otros ciudadanos romanos, algunos mientras desempeñaban sus obligaciones militares y otros cuando estaban ocupados en asuntos particulares, y ordenaron que se les encerrase en las termas so pretexto de protegerlos; incapaces de respirar debido al calor y el vapor, murieron en medio de grandes sufrimientos. Decio Magio, hombre que si sus conciudadanos hubieran tenido buen juicio habría llegado al más alto cargo, hizo todo lo posible para evitar que estos crímenes e impedir que se enviaran embajadores a Aníbal. Cuando se enteró de que Aníbal enviaba una guarnición a la ciudad, protestó ardientemente en contra de que se les admitiese y se refirió, como advertencia ejemplar, a la tiranía de Pirro y a la miserable servidumbre en que cayeron los tarentinos. Una vez fueron admitidos, instó a que se les expulsase, o mejor aún, si los capuanos deseaban limpiar por sí mismos un baldón que recordaría su culpabilidad en su deserción de antiguos aliados y parientes, que dieran muerte a la guarnición cartaginesa y fuesen nuevamente amigos de Roma.

Cuando se informó de esto a Aníbal, pues la acción de Magio no se hizo en secreto, mandó llamarlo a su campamento. Magio envió una enérgica negativa; Aníbal, dijo, no tenía autoridad legal sobre un ciudadano de Capua. El cartaginés, furioso por el rechazo, ordenó que se encadenase a aquel hombre y fuera llevado ante él. Temiendo, sin embargo, al pensarlo mejor, que el uso de la fuerza podía provocar un tumulto y que los sentimientos así surgidos podía llevar a una súbita ruptura, envió recado a Mario Blosio, el magistrado principal de Capua, de que él estaría en la ciudad por la mañana con una pequeña escolta. Mario convocó al pueblo y dio aviso público de que deben reunirse todos, junto a sus esposas e hijos, y salir al encuentro de Aníbal. Toda la población acudió, no porque se les ordenase, sino porque la plebe estaba entusiasmada a favor de Aníbal y estaban deseando ver a un comandante famoso por tantas victorias. Decio Magio no acudió a encontrarse con él, ni se encerró en su casa como habría hecho alguien que se considerase culpable;

únicamente caminó con tranquilidad por el Foro, con su hijo y unos cuantos de sus clientes, mientras toda la ciudad estaba salvajemente excitada viendo y dando la bienvenida a Aníbal. Cuando hubo entrado en la ciudad, Aníbal pidió que se convocara enseguida al Senado. Los notables campanos, sin embargo, le imploraron que no tratara entonces ningún negocio serio, sino que se entregara a la alegre celebración de un día que se había hecho tan feliz por su llegada. A pesar de que era naturalmente impulsivo en su ira, no empezaría con una negativa y pasó la mayor parte del día visitando la ciudad.

[23.8] Se alojó con los Ninios Céleres, Estenio y Pacuvio, hombres distinguidos por su alto nacimiento y su riqueza. Pacuvio Calavio, a quien ya hemos mencionado, el líder del partido que entregó la ciudad a los cartagineses, llevó allí a su hijo. El joven era cercano a Decio Magio y se había levantado decididamente con él en favor de la alianza con Roma y contra cualquier pacto con los cartagineses; ni el cambio de la ciudad hacia el otro bando ni la autoridad de su padre habían podido hacer oscilar su resolución. Pacuvio se lo llevó a rastras del lado de Magio y buscaba ahora obtener el perdón de Aníbal para el joven, más intercediendo por él que tratando de exculparle. Fue vencido por los ruegos y las lágrimas del padre, y llegó a ordenarle acudir como invitado, junto a su padre, a un banquete al que no se admitió más campanos que a sus anfitriones y a Vibeo Táurea, un distinguido hombre de armas. El banquete comenzó temprano, de día, y no se celebró en absoluto según las costumbres cartaginesas o la disciplina militar sino, como era natural en aquella ciudad y aún más en una casa plena de riquezas y lujo, con una mesa llena de toda clase de manjares y exquisiteces. El joven Calavio fue el único que no pudo ser persuadido a beber, a pesar de sus anfitriones y de vez en cuando Aníbal le invitaban; se excusaba con motivos de salud, y su padre añadió su nada innatural perturbación, dadas las circunstancias. Caía la tarde casi cuando los invitados se levantaron. El joven Calavio acompañó a su padre fuera de la cámara del banquete y cuando hubieron llegado a un lugar alejado, en el jardín de la casa, se detuvo y dijo: *Tengo que proponerte un plan, padre, con el cual no solo ganaremos el favor de los romanos en compensación por nuestra ofensa al revolvernos en favor de Aníbal, sino que obtendremos mucha más influencia y prestigio en Capua del que nunca antes hayamos tenido.* Cuando su padre le preguntó muy sorprendido cuál era su plan, él echó atrás su toga del hombre y le mostró una espada ceñida a su costado. *Ahora*, le dijo, *en este mismo instante ratificaré nuestro tratado con Roma con la sangre de Aníbal. Quería que tú lo supieras primero, por si preferías estar fuera cuando se cometiera el acto.*

[23.9] El anciano, fuera de sí y aterrorizado por lo que veía y oía, como si ya estuviese contemplando la acción que le había contado su hijo, exclamó: *Te pido y suplico, hijo mío, por todos los vínculos sagrados que unen a padres e hijos, que no persistas en efectuar y sufrir nada de cuanto resulta horrible a ojos de tu padre. Hace solo unas horas que dimos palabra de honor, jurando por todos los dioses y uniendo nuestras manos; ¿y quieres que justo tras separarnos, después de haber departido amigablemente y consagrados por nuestra promesa, empuñemos las armas contra él? ¿Te has levantado de la mesa anfitriona a la que has sido invitado por Aníbal con sólo otros dos más entre toda Capua, y vas a manchar esa mesa con la sangre de tu anfitrión? Yo, tu padre, fui capaz de hacer que Aníbal fuera propicio a mi hijo, ¿no tengo poder para que mi hijo se muestre amistoso con Aníbal? Pero no permitas que nada sagrado te detenga: ni la palabra dada, ni la obligación religiosa ni el amor filial; comete tales hechos infames, si es que no traen la ruina y la culpa sobre nosotros. ¿Y luego qué? ¿Vas a atacar a Aníbal en solitario? ¿Qué hay de esa multitud de hombres libres y esclavos, todos con sus ojos fijos únicamente en él? ¿Qué pasa con todas esas manos? ¿Se estarán quietas durante ese acto de locura? Ejércitos armados apenas han podido resistir ante la mirada de Aníbal, lo teme el pueblo romano, ¿y tú la resistirás? Y aunque le falte la ayuda de los demás, ¿tendrás el valor de golpearme, a tu padre, cuando me interponga para proteger a Aníbal? Y así tendrá que ser, herirle atravesando mi pecho. Pero deja*

que te detenga aquí, antes de que te venzan allí. Deja que mis ruegos te convenzan tal y como ya convencieron por ti. En ese momento el joven se echó a llorar y, al ver esto, el padre le abrazó por la cintura, le cubrió de besos y persistió en sus súplicas hasta que hizo que su hijo dejase su espada y le diese su palabra de que no intentaría nada de aquello. Entonces, el hijo dijo: *Tengo que dar a mi padre la obediencia sumisa que debo a mi patria. Me entristezco por ti, pues debes llevar la culpa de una triple traición a tu patria; en primer lugar por haber instigado la revuelta contra Roma, en segundo al instar la paz con Aníbal y ahora, una vez más, cuando has impedido el modo de restaurar Capua a los romanos. Recibe, patria mía, y ya que mi padre me la quita, esta espada de la que me he armado para defenderte al entrar en la fortaleza del enemigo.* Con estas palabras, arrojó la espada por la pared del jardín a la vía pública, y para disipar cualquier sospecha regresaron a la sala de banquetes.

[23.10] Al día siguiente hubo una reunión del pleno del Senado para escuchar a Aníbal. Al principio su tono fue muy cortés y afectuoso; agradeció a los capuanos que prefirieran su amistad a la alianza con Roma, y entre otras magníficas promesas les aseguró que Capua sería pronto la capital de Italia y que Roma, junto al resto de pueblos, tendría que mirarla a ella para darle las leyes. Luego cambió de tono. Había un hombre, tronó, que estaba excluido de la amistad de Cartago y del tratado que habían firmado con él, un hombre que no era, y no debería ser llamado campano: Magio Decio. Exigió su entrega y pidió que este asunto fuera discutido y decidido antes de que él saliera de la Curia. Todos ellos votaron a favor de entregar al hombre, aunque muchos pensaban que no se merecía ese destino cruel y les parecía que habían dado un gran paso conculcando sus derechos y libertades. Al salir del edificio del Senado, tomó asiento en la tribuna de los magistrados y ordenó que se arrestase a Decio Magio, se le pusiera a sus pies y que se defendiera. El hombre mantenía aún su feroz ánimo y decía que, según los términos del tratado, no se le podía exigir aquello; sin embargo, enseguida se le encadenó y se ordenó que le llevaran al campamento seguido por un lictor. Mientras lo llevaban, con la cabeza descubierta, arengaba y gritaba incesantemente a la multitud que le rodeaba: *¡Ya tenéis, campanos, la libertad que pedíais! ¡En el centro del Foro, a plena luz del día, ante vuestra vista, sin antecedente alguno en toda Capua, me llevan a toda prisa encadenado a la muerte! ¿Podría haberse cometido ultraje más grande si hubiera sido tomada la ciudad? ¡Id al encuentro de Aníbal, decorad vuestra ciudad y que el día de su llegada sea festivo para que podáis disfrutar del espectáculo de su triunfo sobre un compatriota!* Al parecer que la multitud se movía a causa de esos arrebatos, cubrieron su cabeza y se dieron órdenes de moverse con más rapidez para salir fuera de las puertas de la ciudad. De esta manera, fue llevado al campamento y luego, a continuación, puesto a bordo de un barco y enviado a Cartago. El miedo de Aníbal era que, si estallaba cualquier perturbación en Capua como consecuencia del escandaloso tratamiento, el Senado podría arrepentirse de haber entregado a su primer ciudadano, y si enviaban a solicitar su devolución podría ofender a sus nuevos aliados rehusando la primera petición que le hacían o, si se la concedía, tendría en Capua un instigador del desorden y la sedición. El buque fue impulsado por una tormenta hasta Cirene, que estaba entonces gobernada por los reyes. Hasta aquí huyó Magio, buscando refugio bajo la estatua del rey Tolomeo, y sus guardias lo llevaron hasta el rey de Alejandría. Después que le hubo contado cómo había sido encadenado por Aníbal, desafiando el tratado, fue liberado de sus ataduras y se le concedió permiso para regresar a Roma o a Capua, donde prefiriera. Magio dijo que no estaría a salvo en Capua, y como había en aquel momento guerra entre Roma y Capua, habría de vivir en Roma más como desertor que como huésped. No había lugar donde prefiriera vivir más que bajo el gobierno del hombre que era el autor y garante de su libertad.

[23,11] Durante estos sucesos, Quinto Fabio Píctor regresó a Roma de su misión en Delfos. Él leyó la respuesta del oráculo de un manuscrito, en el que figuraban los nombres de los dioses y diosas a quienes debía suplicarse y las formas que debían observarse al efectuarlas. Este era el

último párrafo: *Si así lo hiciereis, romanos, vuestros asuntos mejorarán y se facilitarán, vuestra república seguirá adelante como queréis y la victoria en la guerra será para el pueblo de Roma. Cuando vuestra república sea próspera y segura, enviad un regalo a Apolo Pitio de las ganancias que logréis y honradle con el botín, lo obtenido con su venta y los despojos. Apartad de vosotros toda licenciosidad.* Tradujo todo esto del griego según lo leía, y cuando hubo terminado de leer dijo que tan pronto como dejase el oráculo ofrecería un sacrificio de vino e incienso a todos los dioses nombrados, y fue además instruido por el sacerdote para que embarcase llevando la misma corona de laurel con la que había visitado el oráculo y que no se la quitase hasta llegar a Roma. Declaró que había seguido todas sus instrucciones con sumo cuidado y delicadeza y que había depositado la corona en el altar de Apolo. El Senado aprobó un decreto para que se efectuasen cuidadosamente, a la primera oportunidad, los sacrificios y rogativas exigidas.

Durante estos acontecimientos en Roma y en Italia, Magón, el hijo de Amílcar, había llegado a Cartago con la noticia de la victoria de Cannas. No había sido enviado por su hermano inmediatamente después de la batalla, sino que se había detenido durante algunos días a recibir en alianza a los pueblos brucios que se habían rebelado con éxito. En su comparecencia ante el Senado relató la historia de los éxitos de su hermano en Italia, cómo había combatido en batallas campales contra seis comandantes en jefe, cuatro de los cuales eran cónsules y los otros dos un dictador y su jefe de la caballería, y cómo había dado muerte a casi doscientos mil enemigos y tomado más de cincuenta mil prisioneros. De los cuatro cónsules dos habían caído, de los dos supervivientes, uno estaba herido y el otro, tras perder a la totalidad de su ejército, había escapado con cincuenta hombres. El jefe de la caballería, cuyos poderes eran como los de un cónsul, había sido derrotado y puesto en fuga, y al dictador, que nunca había combatido con él, le consideraba un general peculiar. Los brucios y los apulios, junto con algunas comunidades samnitas y lucanas, se habían pasado a los cartagineses. Capua, que no sólo era la principal ciudad de la Campania sino que, ahora que el poder de Roma había quedado destrozado en Cannas, era la capital de Italia, se había entregado a Aníbal. Por todas estas grandes victorias le parecía que debían estar verdaderamente agradecidos y se debía efectuar una acción de gracias pública a los dioses inmortales.

[23.12] Como prueba de la veracidad de las alegres nuevas que traía, ordenó que se apilaran en el vestíbulo del edificio del Senado cierta cantidad de anillos de oro; según algunos autores, formaron una pila que medía más de tres modios; el relato más probable, no obstante, es que no ascendían a más de un modio. Agregó a modo de explicación, para mostrar cuán grandes fueron las pérdidas romanas, que nadie excepto los caballeros, y entre ellas los de más alto rango, llevaban aquel ornamento. La esencia de su discurso fue que cuanto más cerca estaban las posibilidades de Aníbal de dar fin a la guerra, más ayuda precisaba que se le enviase; estaba en campaña lejos del hogar, en mitad de un país hostil; se consumían grandes cantidades de grano y se gastaba mucho dinero, y todas aquellas batallas, mientras destruía los ejércitos enemigos, al mismo tiempo consumían apreciablemente las fuerzas del vencedor. Por lo tanto, se debía enviar refuerzos, dinero para pagar a las tropas y suministros de grano con destino a los soldados que tan espléndido servicio habían hecho a Cartago. En medio de la alegría general con que se recibió el discurso de Magón, Himilcón, miembro del partido bárquida, pensó que era una oportunidad favorable para atacar a Hanón. *¿Qué, Hanón?* empezó, *¿Todavía desapruebas que iniciásemos una guerra contra Roma? Ordena que se rinda Aníbal, vetar toda acción de gracias a los dioses tras haber recibido tantas bendiciones, haz que escuchemos la voz de un senador romano en la Curia de Cartago.*

Y Hanón le replicó: *Padres conscriptos, habría guardado silencio en la presente ocasión, pues no deseo, en un día de tan general regocijo, decir nada que pueda aminorar vuestra felicidad. Pero como un senador me ha preguntado si todavía desapruebo la guerra que hemos iniciado contra de Roma, mi silencio demostraría insolencia o cobardía; la una implica olvidar el respeto debido a los demás, la otra el respeto a uno mismo. Esta es mi respuesta a Himilcón: Nunca he dejado de desaprobar la guerra, ni dejaré nunca de censurar a vuestro invencible general hasta*

que vea la guerra finalizada con condiciones tolerables. Nada desterrará mi pesar por la antigua paz que rompimos, excepto el establecimiento de una nueva. Esos detalles que Magón ha enumerado orgullosamente han hecho muy felices a Himilcón y al resto de satélites de Aníbal; también me harían feliz a mí, pues una guerra victoriosa, si escogemos hacer un uso sabio de nuestra buena fortuna, nos traerá una paz más favorable. Si dejamos pasar esta oportunidad, cuando estamos en condiciones de ofrecer en lugar de someter a los términos de paz, temo que nuestra alegría resultará extravagante y, finalmente, resultará estar infundada. Pero incluso ahora, ¿qué es de lo que os alegráis? He aniquilado los ejércitos del enemigo, enviadme tropas. ¿Qué más podríais pedir, si hubieseis sido derrotados? He capturado dos de los campamentos del enemigo, llenos, por supuesto, de botín y suministros, enviadme grano y dinero. ¿Qué más podríais pedir si os hubiesen expoliado y desalojado de vuestro propio campamento? Y puede que no sea yo el único que se sorprenda con vuestra alegría; pues ya que he contestado yo a Himilcón, tengo todo el derecho a preguntar a mi vez, y me gustaría que Himilcón o Magón me dijeran si, como decís, la batalla de Cannas ha destruido completamente el poder de Roma y toda Italia está revuelta, en primer lugar, alguna comunidad de la nación latina se ha pasado a nuestro bando y, en segundo, si un solo hombre de las treinta y cinco tribus de Roma ha desertado con Aníbal. Magón respondió ambas preguntas en sentido negativo. *Entonces*, siguió Hanón, *todavía quedan demasiados enemigos. Pero me gustaría saber cuánto valor y cuánta confianza posee aún tan gran multitud.*

[23,13] Magón dijo que no lo sabía. *Nada*, contestó Hanón, *es más fácil de saber. ¿Han enviado los romanos emisarios a Aníbal para pedir la paz? ¿Ha llegado a vuestros oídos algún rumor de que alguno haya siquiera mencionado la palabra paz en Roma?* De nuevo dio Magón una respuesta negativa. *Pues bien,* dijo Hanón, *entonces tenemos tanto trabajo ante nosotros en esta guerra como el que teníamos el día en que Aníbal pisó por primera vez Italia. Aún vivimos muchos que podemos recordar qué cambiante fue la fortuna en la anterior Guerra Púnica que libramos. Nunca nuestra causa pareció estar prosperando más por mar y tierra que inmediatamente antes del consulado de Cayo Lutacio y Aulo Postumio. Sin embargo, en el año de su consulado fuimos derrotados de las Égates. Pero si, ¡no lo permita el cielo!, la fortuna cambiase ahora de cualquier manera, ¿esperaríais obtener estando derrotados una paz que no se os ofrece ahora que sois victoriosos? Si alguien pidiera mi opinión en cuanto a ofrecer o aceptar términos de paz, diría lo que pensaba; pero si lo que se nos pregunta es, simplemente, si se deben conceder las demandas de Magón, no creo que nos concierna el mandar suministros a un ejército victorioso, y mucho menos considero que se les deban remitir si nos están engañando con falsas y vacías esperanzas.* Muy pocos fueron convencidos por el discurso de Hanón. Su bien conocida aversión por los Barca privaba a sus palabras de peso, y estaban demasiado ocupados con las agradables noticias que acababan de oír como para escuchar nada que los hiciera tener menos motivos de alegría. Creyeron que, si estaban dispuestos a hacer un pequeño esfuerzo, la guerra terminaría pronto. Por lo tanto, se aprobó en consecuencia con gran entusiasmo una resolución para reforzar a Aníbal con cuatro mil númidas, cuarenta elefantes y talentos de plata. También se envió a Bóstar junto a Magón a Hispania para alistar veinte mil de infantería y cuatro mil de caballería para compensar las pérdidas de los ejércitos de Italia e Hispania.

[23.14] Sin embargo, como es habitual en épocas de prosperidad, estas medidas fueron ejecutadas con gran negligencia y dilación. Los romanos, junto a su laboriosidad natural, las tenían vedadas por lo precisado de su situación. El cónsul no dejó de cumplir con ninguno de sus deberes y el dictador no mostró menos energía. La fuerza entonces disponible estaba compuesta por las dos legiones que habían sido reclutadas por los cónsules a principios de año, la leva de esclavos y las cohortes alistadas en territorios del Piceno y de la Galia Cisalpina. El dictador decidió aumentar aún más sus fuerzas mediante la adopción de una medida a la que sólo un país en un estado casi desesperado podría rebajarse, cuando el honor debe ceder el paso a la necesidad. Después de

cumplir debidamente con sus deberes religiosos y obtener los permisos necesarios para montar su caballo, publicó un edicto por el que todos los que hubieran resultado culpables de delitos capitales o que se encontraran en la cárcel por deudas y estuvieran dispuestos a servir bajo sus órdenes, quedarían libres del castigo y se cancelarían sus deudas. De esta manera fueron alistados seis mil hombres, y él los armó con los despojos tomados a los galos y que habían sido llevados en la procesión triunfal de Cayo Flaminio. Partió así de la Ciudad con veinticinco mil hombres. Aníbal, después de hacerse cargo de Capua y efectuar algunos intentos infructuosos, mediante esperanzas y amenazas, contra Nápoles, marchó hacia territorio de Nola. No la trató de inmediato de manera hostil, ya que no carecía de esperanzas de que sus ciudadanos se rindieran voluntariamente, pero si se retrasaban pensaba no dejar nada por hacer para causarles sufrimiento o terror. El Senado, y en especial sus líderes, eran fieles partidarios de la alianza con Roma; la plebe, como siempre, estaba a favor de desertar con Aníbal; se imaginaban la perspectiva de los campos asolados y un asedio con todas sus dificultades y humillaciones; tampoco había falta de hombres ansiosos por instigar una revuelta. El Senado temía que si se oponía abiertamente a la agitación no sería capaz de resistir la violenta multitud, y como manera de alejar el día infausto fingieron ponerse del lado de la multitud. Aparentaron que estaban a favor de la revuelta a favor de Aníbal, pero nada se resolvió en cuanto a las condiciones con que entrarían en un nuevo tratado y alianza. Habiendo ganado tiempo así, enviaron embajadores a toda prisa al pretor romano, Marcelo Claudio, que estaba con su ejército en Casilino, para informarle de la crítica posición de Nola, la forma en que su territorio estaba en manos de Aníbal, y que la ciudad caería en poder de los cartagineses a menos que recibiera auxilio; también sobre cómo el Senado, diciendo a la plebe que podría rebelarse cuando quisiera, les había hecho darse menos prisa en hacerlo. Marcelo dio las gracias a los embajadores y les dijo que siguieran la misma política y aplazaran los asuntos hasta que él llegase. Dejó entonces Casilino hacia Caiatia y desde allí marchó, cruzando el río Volturno, por los territorios de Satícula y Trebia, sobre las colinas que dominan Suessula, y llegó así a Nola.

[23.15] Ante la aproximación del pretor romano, el cartaginés evacuó el territorio de Nola y bajó por la costa hasta cerca de Nápoles, pues estaba deseando hacerse con un puerto de mar desde el que tener un paso seguro para los barcos procedentes de África. Sin embargo, cuando se enteró de que Nápoles estaba en poder de un prefecto romano, Marco Junio Silano, que había sido invitado por los napolitanos, dejó Nápoles, como había dejado Nola, y marchó hacia Nuceria. Pasó algún tiempo asediando la plaza, atacándola con frecuencia y haciendo a menudo propuestas tentadoras a los notables y a los jefes de la plebe, pero todo fue inútil. Al final, el hambre hizo su trabajo y recibió la sumisión de la ciudad, se permitió a los habitantes que salieran sin armas y con una sola prenda de vestir cada uno. Luego, para mantener su fama de ser amable con todos los pueblos itálicos excepto el romano, prometió honores y recompensas a quienes consintieran servir militarmente en sus filas. Ni un solo hombre fue tentado por la perspectiva; todos se dispersaron, donde tuvieran amigos o donde a cada cual le llevara el azar o su imaginación, entre las ciudades de la Campania y especialmente a Nola y Nápoles. Alrededor de treinta de sus senadores, de hecho los principales, trataron de acogerse a Capua, pero se les negó la entrada porque habían cerrado sus puertas a Aníbal. Por consiguiente, se dirigieron a Cumas. El botín de Nuceria se entregó a los soldados y la misma ciudad fue incendiada.

Marcelo mantuvo su posición en Nola, tanto por el apoyo de sus principales hombres como por la confianza que sentía en sus tropas. Se temía al pueblo, y especialmente a Lucio Bancio. Este joven animoso era por entonces casi el más distinguido entre los jinetes aliados, pero el temor a que tratase de rebelarse y su miedo al pretor romano le estaban llevando a traicionar a su patria o, si no hallaba medios para efectuarlo, desertar. Se le había encontrado, yaciendo medio muerto, entre un montón de cuerpos sobre el campo de batalla de Cannas y, tras haberle tratado con el mayor de los cuidados, Aníbal le envió a su casa cargado de regalos. Sus sentimientos de gratitud por tanta amabilidad le hicieron desear poner el gobierno de Nola en manos de los cartagineses, y su ansiedad

y entusiasmo tal acción atrajeron la atención del pretor. Como resultaba necesario frenar al joven, fuera mediante el castigo o ganándoselo con amabilidad, el pretor escogió la última opción, prefiriendo asegurarse a tan valiente y emprendedor joven como amigo antes que perderlo para el enemigo. Lo invitó a ir a verlo y le habló muy amablemente. *Puedes entender fácilmente*, le dijo, *que muchos de tus compatriotas están celosos, lo que se demuestra por el hecho de que ni un solo ciudadano de Nola me ha señalado tus muchos y distinguidos servicios militares. Pero la valentía de un hombre que ha servido en un campamento romano no se puede esconder. Muchos de tus camaradas me dicen que eres un joven héroe, y cuántos peligros y riesgos has corrido defendiendo la seguridad y el honor de Roma. Me han dicho que no abandonaste el combate en la batalla de Cannas hasta que no te viste enterrado, casi sin vida, bajo una masa de hombres caídos, caballos y armas. ¡Ojalá vivas para cometer hazañas aún más valerosas! Ganarás conmigo todos los honores y recompensas, y encontrarás que cuanto más cerca de mí estés, más beneficio y ascenso tendrás.* El joven se mostró encantado con estas promesas. El pretor le hizo regaló un magnífico caballo y autorizó al cuestor a pagarle 500 bigatos[8]; también instruyó a sus lictores para que le permitieran pasar cada vez que deseara verlo.

[23.16] El orgulloso quedó tan cautivado por la deferencia que Marcelo le mostraba que, en lo sucesivo, ningún otro de entre los aliados de Roma le prestó ayuda más eficiente o leal. Aníbal, una vez más, trasladó su campamento de Nocera Superior a Nola, y cuando apareció ante sus puertas la plebe volvió a contemplar la posibilidad de una revuelta. A medida que el enemigo se acercaba, Marcelo se retiró tras las murallas, no porque temiera por su campamento, sino porque no quería dar oportunidad alguna al gran número de ciudadanos que estaban empeñados en traicionar su ciudad. Ambos ejércitos empezaron a formar para la batalla; los romanos ante las murallas de Nola y los cartagineses delante de su campamento. Se produjeron leves escaramuzas, entre la ciudad y el campamento, con resultados variables, pues los generales no prohibían a sus hombres que se adelantasen en pequeños grupos para desafiar al enemigo ni daban la señal para una acción generalizada. Día tras día ambos ejércitos formaban en sus posiciones de esta manera, y durante este tiempo los líderes de Nola informaron a Marcelo de que se estaban produciendo entrevistas nocturnas entre la plebe y los cartagineses en las que habían dispuesto que, cuando el ejército romano hubiera salido por las puertas, saquearían sus bagajes y equipos, cerrando las puertas y guarneciendo las murallas para que, habiéndose hecho los amos de su ciudad y del gobierno, pudieran luego dejar entrar a los cartagineses en vez de a los romanos.

Al recibir esta información, Marcelo expresó su profundo agradecimiento a los senadores nolanos y se decidió a probar fortuna en una batalla antes de que surgieran disturbios en la ciudad. Formó su ejército en tres divisiones y las dispuso ante las tres puertas que daban al enemigo, ordenó que los bagajes le siguieran de cerca y que los asistentes, vivanderos y soldados de baja llevaran estacas. En la puerta central situó la parte más fuerte de las legiones y a la caballería romana, en las dos de cada lado dispuso a los reclutas, a la infantería ligera y a la caballería aliada. Se prohibió a los nolanos que se acercasen a las murallas o puertas, y se dispuso una reserva especial para ocuparse de los equipajes e impedir que los atacasen mientras las legiones estaban implicadas en la batalla. Con esta formación quedaron esperando dentro de las puertas. Aníbal tenía sus tropas formadas para la batalla, como había hecho durante varios días, y permaneció en su posición hasta terminar el día. En un primer momento le sorprendió que el ejército romano no saliera fuera de las puertas y que ni un solo soldado apareciera en las murallas. Luego, suponiendo que las entrevistas secretas habían sido traicionadas y que sus amigos temían moverse, devolvió parte de sus fuerzas a su campamento con órdenes de traer a primera línea todas las máquinas, para atacar la ciudad tan pronto como pudiera. Estaba bastante seguro de que si los atacaba mientras dudaban, la plebe provocaría algunos disturbios en la ciudad. Mientras que sus hombres se apresuraban hacia las

8 Denarios de plata con una biga en su anverso, a menudo guiada por el dios Júpiter como auriga; en total, unos 1950 gramos de plata.-N. del T.]

primeras filas, cada uno con su deber asignado, y con toda la línea acercándose a las murallas, Marcelo ordenó de repente que se abriesen las puertas, sonó la orden de ataque y se lanzó el grito de guerra; la infantería, seguida por la caballería, se lanzó al ataque con toda la furia posible. Ya habían llevado bastante confusión e inquietud al centro enemigo cuando Publio Valerio Flaco y Cayo Aurelio, generales de las otras divisiones, salieron por las otras dos puertas y cargaron. Los vivanderos, los asistentes y el resto de tropas que custodiaban el equipaje se unieron al griterío, y esto hizo que los cartagineses, que habían menospreciado su escaso número, pensaran que se trataba de un gran ejército. Casi no me atrevería a afirmar, como hacen algunos autores, que murieran dos mil ochocientos enemigos y que los romanos no perdieron más de quinientos. Pero fuese o no tan grande la victoria, no creo que se librase una acción más importante por sus consecuencias en toda la guerra, pues resultó más difícil a los vencedores finales escapar de ser derrotados por Aníbal de lo que luego les resultó para vencerlo a él.

[23.17] Como no había ninguna esperanza de conseguir apoderarse de Nola, Aníbal se retiró a Acerra. Tan pronto partió, Marcelo cerró las puertas y colocó guardias para impedir que nadie saliera de la ciudad. Luego abrió una investigación pública en el foro sobre la conducta de aquellos que habían estado llevando a cabo entrevistas secretas con el enemigo. Más de setenta fueron declarados culpables de traición, decapitados y confiscadas sus propiedades. Entonces, tras entregar el gobierno al Senado, se marchó con todo su ejército y tomó una posición por encima de Arienzo, donde acamparon. Al principio, los cartagineses trataron de persuadir a los hombres de Acerra para hicieran una entrega voluntaria, pero al ver que su lealtad era inquebrantable, se dispusieron a asediarla y asaltarla. Los acerranos tenían más valor que fuerzas, y cuando vieron que el asedio rodeaba sus murallas y que no había esperanza para intentar otra defensa, decidieron escapar antes de que la línea de circunvalación enemiga se cerrase, escabulléndose en la oscuridad de la noche a través de los huecos desprotegidos en los trabajos de asedio, y dejándose llevar por cualquier carretera o camino al que les llevase el azar. Escaparon hacia aquellas ciudades de Campania en las que tenían todas las razones para creer que no habían cambiado su lealtad. Después de saquear y quemar Acerra, Aníbal marchó a Casilino como consecuencia de la información que recibió sobre la marcha del dictador hacia Capua con sus legiones. Temía que la proximidad del ejército romano pudiera provocar una contra-revolución en Capua. En aquel momento Casilino estaba guarnecido por quinientos palestrinenses con unos cuantos romanos y latinos, que habían llegado allí cuando se enteraron del desastre de Cannas. El alistamiento en Palestrina no se completó el día señalado y aquellos hombres partieron de su hogar demasiado tarde para ser de utilidad en Cannas. Llegaron a Casilino antes que lo hicieran las noticias del desastre y, unidos a romanos y aliados, avanzaron con gran fuerza. Mientras marchaban se enteraron de la batalla y su resultado y regresaron a Casilino. Aquí, sospechando de los campanos y temiendo por su propia seguridad, pasaron unos días haciendo planes propios y deshaciendo tramas ajenas. Cuando tuvieron la certeza de que Capua había desertado y que habían dejado entrar a Aníbal, masacraron a los ciudadanos de Casilino por la noche y se apoderaron de la parte de la ciudad que está a este lado del río Volturno -el río divide en dos la ciudad- y la mantuvieron como guarnición romana. A ellos se unió también una cohorte de perusinos con cuatrocientos sesenta hombres, que fueron llevados a Casilino por la misma información que llevó allí a los palestrinenses unos días antes. La fuerza era bastante adecuada para el pequeño perímetro amurallado, protegido además como estaba al otro lado por el río, pero la escasez de grano hacía que incluso aquel número pareciera demasiado grande.

[23.18] No estando Aníbal no muy lejos del lugar, envió de avanzada una tropa de gétulos al mando de un oficial llamado Isalcas, para tratar de parlamentar con los habitantes y convencerlos con buenas palabras de que abrieran sus puertas y dejen entrar una guarnición. Si rehusaban, deberían emplear la fuerza y atacar la plaza por donde les pareciera factible. Cuando se acercaron a las murallas, la ciudad estaba tan silenciosa que pensaron que estaba desierta, y dando por sentado

que los habitantes habían huido por temor empezaron a forzar las puertas y romper las trancas. De repente, se abrieron las puertas y dos cohortes que esperaban en el interior, listas para la acción, salieron a la carrera y cargaron furiosamente, sorprendiendo completamente al enemigo. Maharbal fue enviado en su ayuda con más fuerzas, pero ni siquiera él pudo resistir la impetuosidad de las cohortes. Al final, Aníbal acampó ante las murallas, e hizo los preparativos para asaltar la pequeña ciudad y su pequeña guarnición con la fuerza combinada de todo su ejército. Tras cerrar el círculo de asedio, comenzó a acosar y molestar a la guarnición, perdiendo de este modo a algunos de sus hombres más audaces al resultar alcanzados por los proyectiles lanzados desde muralla y torres. En una ocasión, cuando los defensores estaban a la ofensiva en una salida, estuvo a punto de destruirles con sus elefantes y ponerlos en precipitada fuga a la ciudad; las pérdidas, considerando su número, fueron bastante graves y habrían caído aún más de no haber llegado la noche. Al día siguiente había un ansia general por iniciar el asalto. El entusiasmo de los hombres había sido encendido por la oferta de una corona mural de oro, y también por la forma en la que el propio general protestó, ante los hombres que habían tomado Sagunto, por su retraso al atacar una pequeña fortaleza situada en campo abierto, recordando a todos y cada uno Cannas, Trasimeno y Trebia. Se dispusieron los manteletes y se empezaron las minas, pero se les opusieron varios movimientos enemigos de igual fuerza y habilidad por los defensores, los aliados de Roma; hicieron defensas contra los manteletes, interceptaron sus minas con contra-minas y enfrentaron todos sus ataques por encima y por debajo del suelo con una constante resistencia, hasta que al final, Aníbal, para su vergüenza, renunció a su proyecto. Se limitó a fortificar su campamento y dejar una pequeña fuerza para defenderlo, para que no se pudiera suponer que el asedio había sido abandonado por completo, después de lo cual se instaló en Capua como su cuartel de invierno.

Allí mantuvo su ejército bajo techo la mayor parte del invierno. Una larga y variada experiencia había acostumbrado a ese ejército a todas las formas de sufrimiento humano, pero no se había habituado ni tenido experiencia alguna sobre la comodidad. Así vino a ocurrir que los hombres a quienes ni la presión si la calamidad habían sido capaces de someter, cayeron víctimas de tanta prosperidad y placeres tan atractivos como para resistirlos, y sobre todo cayeron principalmente en la avaricia por nuevos y no probados deleites. La pereza, el vino, las fiestas, las mujeres, los baños y un descanso inactivo, que se volvió cada vez más seductor cuanto más se acostumbraban a él, enervaron de tal modo sus mentes y cuerpos que lograron salvarse más por la memoria de las pasadas victorias que por cualquier fuerza combativa que poseyeran entonces. Los expertos en asuntos militares han considerado aquel invierno en Capua como un error mayor por parte de Aníbal que el de no marchar directamente contra Roma tras su victoria en Cannas; pues su retraso en ese momento puede ser considerado sólo como un retraso en la victoria final, pero también se puede considerar que le privó de la fortaleza necesaria para lograr la victoria. Y ciertamente pareció que dejara Capua con otro ejército completamente distinto; no mantenía ni una pizca de su anterior disciplina. Un gran número se había amancebado con prostitutas y regresaron allí, y tan pronto volvieron a las tiendas de campaña y la fatiga de las marchas y los demás deberes militares, en vez de fortalecer sus cuerpos y ánimos cedieron como si fueran nuevos reclutas. A partir de aquel momento, y a lo largo de la temporada de verano, un gran número abandonó los estandartes sin permiso y Capua fue el único lugar en el que los desertores trataron de ocultarse.

[23,19] Sin embargo, cuando llegó el clima suave, Aníbal sacó su ejército fuera de sus cuarteles de invierno y se dirigió de nuevo a Casilino. Aunque el asalto había quedado suspendido, el interrumpido asedio había reducido la población de la ciudad y a la guarnición al extremo de la miseria. Tiberio Sempronio Graco estaba al mando del campamento romano, pues el dictador tuvo que partir hacia Roma para tomar nuevos auspicios. Marcelo deseaba igualmente ayudar a la guarnición sitiada, pero fue detenido por el desbordamiento del río Volturno y también por las súplicas del pueblo de Nola y Acerra, que temían a los campanos en caso de que los romanos retiraran su protección. Graco simplemente vigilaba Casilino, pues el dictador había dado órdenes

estrictas de que no se debían efectuar operaciones activas en su ausencia. Por lo tanto, se mantuvo quieto, aunque los informes de Casilino habría sido fácilmente demasiado para la paciencia de cualquier hombre. Se señaló de hecho que algunos, incapaces de soportar el hambre por más tiempo, se habían arrojado desde las murallas, otros se expusieron sus cuerpos desarmados a los proyectiles del enemigo. Estas noticias sometieron su paciencia a una dura prueba, pus no se atrevía a luchar contra las órdenes del dictador, y veía que tendría que luchar si llevaba grano a la plaza, pues no había posibilidad de conseguirlo sin ser visto. Reunió un suministro de grano de todos los campos alrededor y llenó con él una serie de barricas; después envió un mensajero a Casilino para decirles que recogieran los barriles que el río llevaría corriente abajo. La noche siguiente, mientras todos estaban mirando fijamente el río, después de sus esperanzas hubieran sido avivadas por el mensajero romano, llegaron las barricas flotando en el medio de la corriente, y dividieron el grano a partes iguales entre todos ellos. Lo mismo ocurrió en los dos días siguientes; se enviaban por la noche y llegaban a su destino ya que hasta entonces habían escapado a la detección enemiga. Luego, debido a las constantes lluvias, el río se hizo más rápido de lo habitual y las corrientes cruzadas llevaban las barricas hacia la orilla que custodiaba el enemigo. Las detectaron al quedar atrapadas entre las ramas de mimbre que crecían en la orilla e hicieron llegar un informe a Aníbal; como consecuencia, vigilaron con más precaución y más de cerca para que nada pudiera enviarse por el Volturno a la ciudad sin ser detectado. Sin embargo, desde el campamento romano se esparcieron frutos secos por el río; estos flotaban por el centro de la corriente y los atrapaban con cestas. Por fin, las cosas llegaron a tal extremo que los habitantes trataban de masticar las tiras de cuero y las pieles, que arrancaban de sus escudos, luego de ablandarlas en agua hirviendo, ni se negaron a comer ratones y otros animales; arrancaron incluso de la parte inferior de sus murallas hierbas y raíces de todo tipo. Cuando el enemigo arrancó toda la hierba fuera de las murallas, ellos arrojaron semillas de nabos, lo que hizo exclamar a Aníbal: *¿Me voy a quedar aquí sentado ante Casilino hasta que crezcan esas semillas?* y aunque él nunca había permitido oír hablar de términos de rendición, dio ahora su consentimiento a las proposiciones de rescate de todos los ciudadanos de nacimiento libre. El precio acordado fue de siete onzas de oro para cada persona. Cuando su libertad quedó garantizada se rindieron, pero quedaron con custodia hasta que se pagó todo el oro, después se les liberó en estricta observancia del acuerdo. Es mucho más probable que esto sea lo cierto, y no que tras haberles dejado ir enviaran tras ellos la caballería y les dieran muerte a todos. La gran mayoría eran palestrinenses. De los quinientos setenta que formaban la guarnición, no menos de la mitad habían perecido por la espada y el hambre, el resto regresó salvo a Palestrina con su jefe, Marco Anicio, que anteriormente era escriba. Para conmemorar aquel evento se erigió una estatua de él en el Foro de Palestrina, llevando una cota de malla con una toga sobre ella y con la cabeza cubierta. Se colocó una placa de bronce con esta inscripción: *Marco Anicio ha cumplido la promesa que hizo para la seguridad de la guarnición de Casilino.* La misma inscripción se fijó en las tres estatuas erigidas en el templo de la Fortuna.

[23.20] La ciudad de Casilino fue devuelta a los campanos, y se estableció en la misma una guarnición de setecientos hombres del ejército de Aníbal, por si los romanos la atacaban tras la partida del cartaginés. El Senado decretó que se concediera paga doble y una exención de cinco años sobre futuros servicios a las tropas palestrinenses. También se les ofreció la plena ciudadanía romana, pero prefirieron no cambiar su condición de ciudadanos de Palestrina. Más oscuro resulta lo ocurrido a los perusinos, ya que sobre ello no arroja luz ningún monumento suyo ni ningún decreto del Senado. Por aquel tiempo, los petelinos, que eran los únicos de entre todos los brucios que habían permanecido en la amistad de Roma, fueron atacados no solo por los cartagineses, que habían invadido aquel territorio, sino también por el resto de los brucios que habían adoptado la política opuesta. Viéndose indefensos ante tales peligros, enviaron embajadores a Roma para pedir ayuda. El Senado les dijo que tenían que cuidar de sí mismos y al oír esto rompieron en lágrimas y súplicas y se arrojaron sobre el suelo del vestíbulo. Su angustia suscitó la profunda simpatía tanto

del Senado como del pueblo, y el pretor Marco Emilio pidió a los senadores que reconsiderasen su decisión. Después de estudiar cuidadosamente los recursos del imperio, se vieron obligados a admitir que eran impotentes para proteger a sus aliados lejanos. Aconsejaron a los embajadores que volviesen a casa y que, habiendo ya probado su lealtad al límite, adoptasen las medidas que exigía su actual situación. Cuando se informó del resultado de su misión a los petelinos, su senado quedó tan abrumado por el dolor y el temor que algunos se declararon a favor de abandonar la ciudad y buscar refugio donde pudieran, otros pensaron que ya que habían sido abandonados por sus antiguos aliados lo mejor sería unirse al resto de los brucios y entregarse a de Aníbal. La mayoría, sin embargo, decidió que no se debía tomar ninguna decisión precipitada y que la cuestión debía ser objeto de debate. Cuando el asunto se presentó al día siguiente, prevaleció un tono más calmado y sus principales líderes les persuadieron para reunir todos sus bienes y posesiones de los campos y poner a la ciudad y sus murallas en estado de defensa.

[23,21] Por entonces llegaron despachos desde Sicilia y Cerdeña. El enviado por Tito Otacilio, el propretor al mando en Sicilia, se leyó en el Senado en primer lugar. Señalaba que, en efecto, Publio Furio había llegado a Lilibeo con su flota; que él mismo estaba gravemente herido y que su vida corría gran peligro; que a los soldados y marineros no se les había entregado puntualmente paga ni grano y no había medio de procurárselos; urgía con insistencia para que se le enviasen ambos tan pronto como fuera posible y que, si el Senado estaba de acuerdo, enviasen uno de los nuevos pretores para sucederle. La carta de Aulo Cornelio Mamula trataba sobre las mismas dificultades con la paga y el grano. A ambos se dio la misma respuesta: no había posibilidad de enviar nada, y se les ordenaba que tomaran las disposiciones más adecuadas que considerasen para con sus flotas y ejércitos. Tito Otacilio envió embajadores a Hierón, el único hombre con quien Roma podía contar, y recibió en respuesta tanto dinero como precisaba y suministro de grano para seis meses. En Sicilia, las ciudades aliadas enviaron generosas contribuciones. Incluso en Roma, además, se hacía sentir la escasez de dinero y Marco Minucio, uno de los tribunos de la plebe, presentó una propuesta para nombrar triunviros encargados de las finanzas. Los hombres designados fueron: Lucio Emilio Papo, que había sido cónsul y censor, Marco Atilio Régulo, que había sido dos veces cónsul, y Lucio Escribonio Libo, uno de los tribunos de la plebe. Marco y Cayo Atilio, dos hermanos, fueron designados para dedicar el templo de la Concordia que Lucio Manlio había prometido durante su pretura. Se eligieron también tres nuevos pontífices: Quinto Cecilio Metelo, Quinto Fabio Máximo y Quinto Fulvio Flaco, en sustitución de Publio Escantinio, que había muerto y de Lucio Emilio Paulo, el cónsul y de Quinto Elio Peto, ambos caídos en Cannas.

[23.22] Cuando el Senado hubo hecho todo lo posible, en la medida en que la sabiduría humana pueda hacerlo, para compensar las pérdidas que la fortuna había infligido en tal serie ininterrumpida de desastres, volvieron finalmente su atención a los huecos en la Curia y al pequeño número de los que asistían al consejo nacional. No había habido ninguna revisión de las listas del Senado desde que Lucio Emilio y Cayo Flaminio fueran censores, a pesar de las graves pérdidas entre los senadores durante los últimos cinco años, así en el campo de batalla como por las fatalidades y accidentes a que todos estamos expuestos. Dando cumplimiento al el deseo unánime, el asunto fue presentado por el pretor, Marco Emilio, en ausencia del dictador, que había marchado a reunirse con el ejército tras la pérdida de Casilino. Espurio Carvilio habló largo y tendido acerca de la considerable falta de senadores, y también del escaso número de ciudadanos de entre los cuales podían ser elegidos senadores. Siguió diciendo que, a efectos de cubrir las vacantes, y también para fortalecer la unión entre los latinos y Roma, él insistía fervientemente para que el Senado aprobara que se concediese la ciudadanía plena a dos senadores de cada ciudad latina, y que de tales hombres se eligieran para el Senado en lugar de los que habían muerto. El Senado escuchó estas propuestas con tanta más impaciencia como la que habían sentido con anterioridad a demanda

de los latinos. Un murmullo de indignación recorrió la Curia. A Tito Manlio, en particular, se le escuchó afirmar que aún quedaba al menos un hombre de la misma familia que tiempo atrás había amenazado en el Capitolio al cónsul con matar a cualquier latino al que viera sentado en el Senado. Quinto Fabio Máximo declaró que ninguna propuesta más inoportuna que aquella había sido jamás discutida en el Senado; se había expuesto en un momento en que las simpatías de sus aliados vacilaban y se volvía dudosa su lealtad, produciéndoles más inquietud que nunca; tales inconsideradas palabras, pronunciadas por un hombre, debían ser sofocadas por el silencio de todos los demás. De entre todas las cosas ocultas o sagradas sobre las que en algún momento se hubiese decretado el silencio en aquella Casa, esta debía ser considerada la mayor de ellas y así debía quedar oculta, enterrada, olvidada y considerada como si nunca se hubiera pronunciado. En consecuencia, se suprimió toda alusión posterior al asunto. Se decidió, en última instancia, designar dictador a un hombre que había sido antes censor y que era el más anciano de los que habían desempeñado aquel cargo, para que revisara las listas de los senadores. Cayo Terencio fue llamado para que designase al dictador. Dejando una guarnición en Apulia, regresó a Roma a marchas forzadas, y la noche después de su llegada designó, de acuerdo con la antigua costumbre, a Marco Fabio Buteo para ejercer como dictador durante seis meses sin jefe de la caballería *(216 a.C.)*.

[23,23] Acompañado por sus lictores, Fabio subió a los Rostra y pronunció el siguiente discurso: *Yo no apruebo la existencia de dos dictadores al mismo tiempo, algo totalmente sin precedentes, ni la existencia de un dictador sin un jefe de la caballería, ni que se encomienden los poderes censoriales a un único individuo y por segunda vez, ni que se ponga la suprema autoridad en manos de un dictador durante seis meses, a menos que lo hayan nombrado para ejercer el mando militar. Puede que estas irregularidades sean quizás necesarias en este momento, pero les voy a poner un límite. No quitaré de la lista a ninguno de los añadidos por Cayo Flaminio y Lucio Emilio, los últimos censores; ordenaré simplemente que se transcriban y lean sus nombres, pues no permitiré que el poder de juzgar y decidir sobre la reputación y el carácter de un senador descanse en un único individuo. Cubriré las plazas de los que están muertos de tal manera que se viera que daba preferencia a un orden sobre otro y no a un hombre sobre otro.* Después de haber leído los nombres del antiguo Senado, Fabio empezó su selección. Los primeros elegidos fueron hombres que, con posterioridad a la censura de Lucio Emilio y Cayo Flaminio, habían desempeñado una magistratura curul pero aún no estaban en el Senado, y se les escogió según el orden de sus anteriores nombramientos. A ellos siguieron aquellos que habían sido ediles, tribunos de la plebe, o cuestores. Al final de todos, escogió a quienes no habían llegado a ocupar un cargo, pero poseían en sus casas los despojos de un enemigo o habían recibido una corona cívica. De este modo se añadieron los nombres a la lista del Senado, en medio de la aprobación general. Después de haber cumplido su deber, depuso enseguida su dictadura y descendió de los Rostra como un ciudadano privado. Ordenó a los lictores que cesaran en su auxilio y se mezcló con la multitud de ciudadanos que trataban de sus negocios privados, retrasó deliberadamente el tiempo que empleaba, con el fin de no permitir que la gente saliera del foro para acompañarlo a su casa. No disminuyó, sin embargo, el interés de los hombres por él, aunque tuvieran que esperar, y una gran multitud lo acompañó hasta su casa. La noche siguiente, el cónsul regresó de nuevo junto al ejército, sin permitir que el Senado lo supiera, ya que no quería ser detenido en la Ciudad por las elecciones.

[23.24] Al día siguiente, el Senado, al ser consultado por Marco Pomponio, el pretor, aprobó un decreto para escribir al dictador pidiéndole que, si los intereses del Estado lo permitían, viniese a Roma para llevar a cabo la elección de los nuevos cónsules. Que trajera con él a su jefe de la caballería y a Marco Marcelo, el pretor, para que los senadores pudieran saber por él mismo en qué estado se encontraban los asuntos de la república y decidir en consecuencia. Al recibir la citación acudieron todos ellos, tras dejar lugartenientes al mando de las legiones. El dictador habló brevemente y con modestia acerca de sí mismo, concediendo la mayor parte de la gloria a Tiberio

Sempronio Graco, el jefe de la caballería, y luego convocó las elecciones. Los cónsules electos fueron Lucio Postumio, por tercera vez y elegido en su ausencia, pues estaba por entonces administrando la provincia de la Galia, y Tiberio Sempronio Graco, jefe de la caballería y también por entonces edil curul. A continuación, se eligió a los pretores. Fueron elegidos Marco Valerio Levino, por segunda vez, Apio Claudio Pulcro, Quinto Fulvio Flaco y Quinto Mucio Escévola. Tras la elección de los diversos magistrados, el dictador volvió con su ejército a los cuarteles de invierno en Teano. El jefe de la caballería se quedó en Roma; como tomaría posesión en pocos días, le era preferible consultar al Senado sobre el alistamiento y equipamiento de los ejércitos del año siguiente *(215 a.C.)*.

Mientras estas cuestiones absorbían la atención, se anunció un nuevo desastre, pues la Fortuna apilaba un desastre tras otro aquel año. Se informó de que Lucio Postumio, el cónsul electo, y su ejército había sido aniquilado en la Galia. Había un gran bosque, llamada Litana por los galos, por cuyo través debía conducir el cónsul a su ejército. Los galos cortaron los árboles a ambos lados de la carretera de tal manera que se quedaron de pie, siempre y cuando estuviesen quietos, pero prestos a caer a una ligera presión. Postumio tenía dos legiones romanas, y también había alistado una fuerza del país frontero al Mar Superior, lo bastante grande como para entrar en territorio hostil con cerca de veinticinco mil hombres. Los galos se habían colocado en el límite exterior del bosque, y tan pronto como el ejército romano entró empujaron los árboles aserrados desde el exterior, estos cayeron sobre los que estaban junto a ellos, inestables y que apenas podían mantenerse en pie, hasta que cayeron todos a ambos lados, enterrando en una ruina común armas, hombres y caballos. Apenas diez hombres escaparon, ya que cuando la mayoría de ellos murieron aplastados por los troncos o ramas rotas de los árboles, el resto, presa del pánico por el inesperado desastre, fueron muertos por los galos que rodeaban el bosque. De la cifra total sólo unos pocos fueron hechos prisioneros, y estos, a la vez tratando de llegar a un puente sobre el río, fueron interceptados por el enemigo, que ya lo había bloqueado. Fue allí donde cayó Postumio mientras luchaba desesperadamente para evitar ser capturado. Los boyos despojaron el cuerpo y le cortaron la cabeza, llevándolos en ovación al más sagrado de sus templos. Según su costumbre, limpiaban la cabeza y cubrían el cráneo con oro; luego lo usaban como recipiente para libaciones y como copa para bebidas del sacerdote y ministros del templo. Además, el botín obtenido por los galos fue tan grande como su victoria, pues aunque la mayoría de los animales quedaron enterrados bajo los árboles caídos, el resto, al no haberse dispersado con la huida, se encontraba esparcido a lo largo de la línea en que yacía el ejército.

[23.25] Cuando llegó la noticia del desastre, toda la comunidad estaba en tal estado de alarma que las tiendas se cerraron y una soledad como la de la noche invadió la Ciudad. En estas circunstancias, el Senado ordenó a los ediles que hicieran una ronda por la Ciudad y ordenasen a los ciudadanos que abriesen de nuevo sus tiendas y abandonasen el aspecto de duelo público. Tiberio Sempronio convocó luego al Senado, y se dirigió a ellos en tono consolador y animoso. *Nosotros*, dijo, *que no fuimos aplastados por la derrota de Cannas, no debemos descorazonarnos por pequeñas calamidades. Si tenemos vencemos, como confío que ocurrirá, en nuestras operaciones contra Aníbal y los cartagineses, podremos dejar de lado, momentáneamente, la guerra con los galos; los dioses y el pueblo romano tendrán en su mano vengar ese acto de traición. Era respecto a los cartagineses y los ejércitos con los que la guerra se libraría de que lo debían ahora deliberar y decidir.* Detalló primeramente las fuerzas de infantería y caballería del ejército del dictador, y la proporción en cada una de tropas romanas y aliadas; Marcelo siguió con el mismo detalle en cuanto a sus propias fuerzas. Luego se consultó a los que estaban familiarizados con los hechos en cuanto a la entidad de la fuerza que esta con Cayo Terencio Varrón en Apulia. No veían cómo se podían levantar dos ejércitos consulares lo bastante fuertes como para tan importante guerra. Así que, a pesar del justificable resentimiento se todos sentían, se decidió suspender la campaña en las Galias durante aquel año. El ejército del dictador fue asignado al cónsul. Se decidió que aquellas las tropas

de Marcelo que participaron en la huida de Cannas debían ser transportados a Sicilia para servir allí durante el tiempo que la guerra durase en Italia. Los menos aptos del ejército del dictador también serían enviados allí, sin fijárseles término para el fin de su servicio excepto el prescrito para el servicio regular. Las dos legiones alistadas en la Ciudad se asignaron al otro cónsul que sucediera a Lucio Postumio; se dispuso que sería elegido tan pronto se obtuvieran auspicios favorables. Las dos legiones de Sicilia serían llamadas a la mayor brevedad posible, y el cónsul a quien se asignaran las legiones de la Ciudad obtendría de aquellas los hombres que precisase. Cayo Terencio vería prorrogado su mando durante otro año y no se reduciría el ejército que estaba protegiendo Apulia.

[23.26] Mientras se hacían estos preparativos en Italia, la guerra en Hispania se llevaba a cabo con tanta energía como siempre y, hasta el momento, a favor de los romanos. Los dos Escipiones, Publio y Cneo, habían dividido sus fuerzas entre ellos, Cneo iba a operar por tierra y Publio por mar. Asdrúbal, el comandante cartaginés, no se sentía seguro de la fidelidad de ninguno de sus dos ejércitos y se mantuvo a salvo en posiciones fortificadas a distancia del enemigo hasta que, en respuesta a sus angustiosas peticiones de refuerzos, se le enviaron cuatro mil infantes y mil jinetes desde África. Luego, recobrando su confianza, se trasladó más cerca del enemigo y dio órdenes para que la flota se dispusiera a proteger las islas y la costa. En medio mismo de sus preparativos para una nueva campaña, quedó consternado por la noticia de la deserción de los prefectos de las naves. Después de haber sido muy censurados por su cobardía al abandonar la flota en el Ebro, ya no habían sentido mucha lealtad ni por su general ni por la causa de Cartago. Estos desertores habían provocado una revuelta entre la tribu de los Tartesios y habían inducido a rebelarse a varias ciudades, habiendo, de hecho, tomado una de ellas al asalto. La guerra se desvió de los romanos a esta tribu, y Asdrúbal entró en su territorio con un ejército invasor. Chalbo, un general distinguido entre ellos, estaba acampado con un poderoso ejército ante los muros de una ciudad, que había capturado unos días antes, y Asdrúbal decidió atacarlo. Envió delante hostigadores para arrastrar al enemigo a un enfrentamiento y dejó a parte de su caballería para que arrasara los campos circundantes y capturar a los dispersos. Hubo confusión en el campamento, y pánico y derramamiento de sangre en los campos, pero cuando se hubieron recogido al campamento desde todas partes, desaparecieron sus temores tan rápidamente que, recobrando el valor, no solo defendieron su campamento, sino que incluso tomaron la ofensiva contra el enemigo. Irrumpieron en un solo bloque fuera de su campamento, ejecutando luego sus danzas de guerra según sus costumbres, y esta inesperada osadía suya llenó de terror los corazones del enemigo, que poco antes había estado retándoles. Asdrúbal retiró luego su fuerza a un monte muy alto, que también estaba protegido por un río que sirve como barrera. También retiró hasta esta posición a sus escaramuzadores y a su caballería dispersa. Sin embargo, no sintiéndose lo bastante protegido ni por la colina ni por el río, valló su campamento. Varias escaramuzas tuvieron lugar entre ambas partes, que se atemorizaron alternativamente entre sí, y los jinetes númidas resultaron no ser rivales para los hispanos, así como tampoco los dardos moros lo fueron contra las cetras de piel de los nativos, que eran igual de rápidos en sus maniobras y poseían mayor fuerza y valor.

[23.27] Cuando se dieron cuenta de que, a pesar de que cabalgaban hasta las líneas cartaginesas, no podían atraer al enemigo al combate y el atacar el campamento estaba lejos de ser una tarea fácil, asaltaron con éxito la ciudad de Ascua, donde Asdrúbal había almacenado su grano y otros suministros al entrar en su territorio, y se adueñaron de todo el país alrededor. No quedó ya disciplina alguna entre ellos, ni en su marcha ni en el campamento. Asdrúbal pronto se dio cuenta de esto, y viendo que el éxito les había hecho descuidados, instó a sus hombres a que les atacaran mientras estaban dispersos y lejos de sus estandartes; él mismo, entre tanto, bajó de la colina y marchó con sus hombres en formación de ataque directamente contra su campamento. Llegaron hombres a la carrera desde los puestos avanzados de vigilancia con la noticia de esta aproximación y se tocó a generala. A medida que cada hombre empuñaba sus armas corría con los demás a la

batalla, sin mando, orden, formación ni estandartes. Ya los primeros estaban empeñados y los demás seguían llegando a la carrera en pequeños grupos, quedando aún algunos que no habían dejado el campamento. Su temeraria audacia, sin embargo, pudo en un primer momento frenar al enemigo; pero pronto, al ver que mientras que ellos estaban sin orden y dispersos, cargando contra un enemigo en formación cerrada, y que su escaso número hacía peligrar su seguridad, se miraron unos a otros y, como si hubiesen sido impelidos desde todas direcciones, formaron en círculo. Muy juntos, con sus escudos tocándose, fueron empujados poco a poco en una masa tan apretada que casi no había espacio para utilizar las armas, y durante gran parte de la jornada fueron simplemente despedazados por el enemigo que los rodeaba completamente. Unos pocos lograron abrirse paso y escapar hacia los bosques y colinas. El campamento fue abandonado en el mismo pánico y toda la tribu pactó la rendición al día siguiente. No duró mucho el acuerdo, pues justo después de esta batalla Asdrúbal recibió una orden de Cartago para que llevase su ejército, tan pronto como pudiera, a Italia. Esto fue de general conocimiento en toda Hispania, con el resultado de que todos volvieron su atención a los romanos. Asdrúbal envió inmediatamente un despacho a Cartago señalando cuánto mal había producido el simple rumor de su partida, y también que si él verdaderamente dejaba Hispania pasaría a manos de los romanos antes que hubiera cruzado el Ebro. Llegó a decir que no sólo no tenía una fuerza, tampoco tenía un general para dejar en su lugar, pues los generales romanos eran hombres a los que resultaba difícil enfrentarse aun cuando sus fuerzas estuviesen igualadas. Si, por lo tanto, deseaban con tanto anhelo retener Hispania, debían enviar un hombre con un poderoso ejército para sustituirle, y aún si todo marchaba bien para su sucesor, no se encontraría con una provincia fácil de gobernar.

[23,28] A pesar de que esta carta produjo una gran impresión en el Senado, decidieron que, como Italia demandaba su primera y más cercana atención, las disposiciones sobre Asdrúbal y sus fuerzas no se alterarían. Se envió a Himilcón con un gran y bien equipado ejército y una flota incrementada para mantener y defender Hispania por mar y tierra. Tan pronto como cruzaron las fuerzas navales y terrestres, estableció un campamento atrincherado, arrastró sus barcos a la playa y los rodeó con una empalizada. Después de proporcionar seguridad a sus fuerzas, encabezó un grupo selecto de caballería y marchó con él rápidamente, manteniéndose alerta tanto si pasaba cerca de tribus dudosas o de tribus hostiles, logrando reunirse con Asdrúbal. Tras presentarle las resoluciones e instrucciones del Senado y, a su vez, haber sido instruido en qué modo se había de conducir la guerra en Hispania, volvió a su campamento. Debía su seguridad, sobre todo, a la velocidad a la que viajaba, porque conseguía pasar antes que tuvieran tiempo de cualquier acción conjunta. Antes de ponerse Asdrúbal en marcha, recogió los tributos de todas las tribus bajo su dominio, pues era muy consciente de que Aníbal se había asegurado el paso a través de algunas tribus pagando por ello, y no consiguió auxiliares galos sino mercenarios. Iniciar una marcha como aquella sin dinero difícilmente le llevaría hasta los Alpes. Se apresuró el pago de las contribuciones y, tras recibirlas, marchó bajando hasta el Ebro. Cuando las resoluciones de los cartagineses y la marcha de Asdrúbal fueron puestas en conocimiento de los generales romanos, los dos Escipiones a la vez dejaron de lado todo lo demás y se dispusieron a enfrentarse con él con sus fuerzas unidas y detener su avance. Creían que si Aníbal por sí solo ya era demasiado para Italia, con un general como Asdrúbal y su ejército hispano a su lado significaría el fin del imperio romano. Con tanto que hacer, se concentraron ansiosamente con sus fuerzas en el Ebro y cruzaron el río. Deliberaron bastante tiempo sobre si debía enfrentarse con él, ejército contra ejército, o si les bastaría dificultar su propuesta marcha atacando las tribus aliadas con los cartagineses. Este último plan parecía el mejor e hicieron los preparativos para atacar una ciudad que por su proximidad al río era llamada Hibera, la más rica ciudad de aquel país. Tan pronto como Asdrúbal se dio cuenta de esto, en vez de ir en auxilio de sus aliados procedió a atacar a una ciudad que acababa de ponerse bajo la protección de Roma. Ante esto, los romanos abandonaron el asedio que habían iniciado y volvieron sus armas contra el propio Asdrúbal.

[23.29] Durante algunos días permanecieron acampados a unas cinco millas de distancia entre sí y, aunque se produjeron frecuentes escaramuzas, no hubo ninguna acción general. Por fin, el mismo día, como por acuerdo previo, ambas partes dieron la señal y bajaron con sus fuerzas a la llanura. La línea romana formó en tres cuerpos. Una parte de la infantería ligera fue colocada entre las primeras filas de las legiones, el resto fue situada entre las posteriores; la caballería cerraba las alas. Asdrúbal fortaleció su centro con sus hispanos, en el ala derecha colocó a los cartagineses, en la izquierda a los africanos y los mercenarios, a la caballería númida la situó delante de la infantería cartaginesa y al resto de la caballería delante de los africanos. No toda la caballería númida, sin embargo, quedó en el ala derecha, sino únicamente los que estaban entrenados para manejar dos caballos a la vez, como jinetes de circo, y que, cuando la batalla estaba en su momento álgido, solían cambiar de un caballo al otro más fresco, tal era la agilidad de los jinetes y la docilidad de los caballos.

Tales fueron las formaciones por cada bando y, estando ambos ejércitos dispuestos para el combate, sus jefes se sentían igualmente confiados en la victoria, pues ninguna parte era muy superior a la otra ni en el número ni en la calidad de las tropas. Respecto a los mismos hombres, la cosa era muy distinta. Aunque los romanos luchaban lejos de sus hogares, sus generales no tenían ninguna dificultad en hacer que fueran conscientes de que estaban luchando por Italia y por Roma. Sabían que dependía del resultado de aquel combate el que volvieran o no a ver sus hogares, y estaban absolutamente decididos a vencer o morir. El otro ejército no poseía nada parecido a aquella determinación, pues eran en su mayoría nativos de Hispania y preferían más ser derrotados en Hispania que vencer y ser llevados a Italia. En el primer choque, casi antes que hubieran lanzado sus jabalinas, el centro cedió terreno y, al llegar los romanos con su tremenda carga, dieron la vuelta y huyeron. El peso de la lucha cayó ahora sobre las alas; los cartagineses presionaban a la derecha, los africanos a la izquierda, y lentamente giraron para atacar a la infantería romana por los flancos. Pero toda la fuerza romana se había ya agrupado en el centro y dando frente en ambas direcciones repelió el ataque sobre sus flancos. Así trascurrieron ambas diferentes acciones. Los romanos, habiendo ya rechazado el centro de Asdrúbal y poseyendo ventaja tanto en número como en fortaleza de sus hombres, demostraron ser, sin duda, superiores en ambos frentes. Un número muy grande de enemigos cayó en estos dos ataques, y de no haberse dado su centro a la fuga casi antes de comenzar la batalla, muy pocos hubieran sobrevivido. La caballería no tomó parte alguna en la lucha, pues tan pronto como los moros y númidas vieron al centro de la línea ceder terreno huyeron precipitadamente, dejando expuestas las alas y conduciendo incluso a los elefantes ante ellos. Asdrúbal esperó a ver el último desarrollo de la batalla y luego escapó de la masacre con unos pocos seguidores. El campamento fue tomado y saqueado por los romanos. Esta batalla aseguró para Roma a todas las tribus que estaban vacilando y privó a Asdrúbal de todas las esperanzas de llevar a su ejército a Italia o incluso de permanecer con alguna semejanza de seguridad en Hispania. Cuando el contenido del despacho de los Escipiones fue conocido en Roma, la satisfacción que se sintió se debió no tanto a la victoria como a que se había puesto fin a la marcha de Asdrúbal hacia Italia.

[23.30] Mientras sucedían estas cosas en Hispania, Himilcón, uno de los lugartenientes de Aníbal, tomaba Strongoli en territorio brucio, tras un asedio de varios meses. Esa victoria costó a los cartagineses graves pérdidas, tanto en muertos como en heridos, pues los defensores solo cedieron por hambre. Habían consumido todo su grano y comido toda clase de animales, usados normalmente como alimento o no, y al fin se mantuvieron con vida ellos mismos comiendo cuero, hierbas, raíces y la corteza blanda de los árboles y las hojas de ciertos arbustos. No fue sino hasta que ya no tuvieron fuerzas para permanecer sobre las murallas, ni para soportar el peso de su armadura, que fueron sometidos. Tras la captura de Strongoli el cartaginés marchó con su ejército a Cosenza. Aquí la defensa fue menos obstinada y la plaza se rindió a los pocos días. Casi al mismo

tiempo, un ejército brucio asediaba la ciudad griega de Crotona. Hubo un tiempo en que esta ciudad había sido una potencia militar, pero había sido superada por tantos y tan serios reveses que toda su población se reducía ahora a menos de dos mil ciudadanos. El enemigo no tuvo ninguna dificultad en apoderarse de una ciudad tan desprovista de defensores; solo se mantuvo la ciudadela, después de que algunos se hubieran refugiado de la masacre y la confusión que siguió a la toma de la ciudad. Locri también se acercó a los brucios y cartagineses después que la aristocracia de la ciudad hubiera traicionado a la población. Solo el pueblo de Regio, en todo el país, se mantuvo leal a los romanos y mantuvo su independencia hasta el final.

También llegó a Sicilia el cambio de ánimos y ni siquiera la casa de Hierón quedó completamente aparte de la defección. Gelón, el hijo mayor, tratando con el mismo desprecio a su padre y a la alianza con Roma, tras la derrota de Cannas se acercó a los cartagineses. Estaba armando a los nativos y haciendo gestos amistosos hacia las ciudades aliadas de Roma, y habría llevado a cabo una revuelta en Sicilia si no se lo hubiera impedido la muerte, tan oportuna que hizo incluso sospechar de su padre. Tales fueron los graves acontecimientos en Italia, África, Sicilia e Hispania durante el año (216 a.C.). Hacia el final del año, Quinto Fabio Máximo pidió al Senado que le permitiera dedicar el templo de Venus Ericina que había ofrecido cuando fue dictador. El Senado aprobó un decreto por el que Tiberio Sempronio, el cónsul electo, debía proponer, inmediatamente que tomara posesión de su cargo, una resolución al pueblo para que Quinto Fabio fuese uno de los duunviros designados para dedicar el templo. Tras la muerte de Marco Emilio Lépido, que había sido augur y cónsul en dos ocasiones, sus tres hijos, Lucio, Marco y Quinto, celebraron unos juegos fúnebres en su honor durante tres días y exhibieron veintidós parejas de gladiadores en el Foro. Los ediles curules, Cayo Letorio y Tiberio Sempronio Graco, cónsul electo, quien durante su edilidad había sido jefe de la caballería, celebraron los Juegos Romanos; la celebración duró tres días. Los Juegos Plebeyos, dados por los ediles Marco Aurelio Cota y Marco Claudio Marcelo se repitieron en tres ocasiones. Al terminar el tercer año de la guerra púnica, Tiberio Sempronio tomó posesión de su consulado el 15 de marzo. Eran pretores Quinto Fulvio Flaco, que había sido censor y cónsul en dos ocasiones, y Marco Valerio Levino; el primero ejercía su jurisdicción sobre los ciudadanos y el segundo sobre los extranjeros. A Apio Claudio Pulcro se le asignó la provincia de Sicilia y a Quinto Mucio Escévola la de Cerdeña. El pueblo emitió una orden invistiendo a Marco Marcelo con poderes militares proconsulares, pues era el único de los generales romanos que había obtenido algunas victorias en Italia desde el desastre de Cannas.

[23.31] El primer día hábil que se reunió el Senado en el Capitolio aprobó un decreto por el que se doblaba el impuesto de guerra para ese año y que la mitad de la cantidad total se recaudase enseguida, para proporcionar la paga a todos los soldados excepto a los que habían estado presentes en Cannas. En lo referente a los ejércitos, se decretó que Tiberio Sempronio debía fijar un día para que las dos legiones ciudadanas fueran a reunirse en Cales, y que desde allí marcharían hacia el campamento de Claudio que dominaba Arienzo. Las legiones que allí estaban, en su mayoría tomadas del ejército que combatió en Cannas, debían ser transferidas por Apio Claudio Pulcro a Sicilia, y las legiones en Sicilia debían ser traídas a Roma. Marco Claudio Marcelo fue enviado a tomar el mando del ejército que había recibido la orden de reunirse en Cales, y recibió la orden de llevarlo hasta el campamento de Claudio. Apio Claudio envió a su general Tiberio Mecilio Crotón para que se hiciera cargo del antiguo ejército y lo condujera a Sicilia. Al principio, el pueblo esperaba en silenciosa expectación que el cónsul celebrase una asamblea para proceder a la elección de un colega, pero cuando vieron que Marco Marcelo, a quien habían deseado vivamente que se nombrase cónsul aquel año tras su brillante desempeño como pretor, era alejado como adrede, empezaron a escucharse murmullos en la Curia. Cuando el cónsul se dio cuenta de esto, declaró: *Es en interés de la república, senadores, que haya marchado Marco Claudio hacia la Campania para efectuar el intercambio de los ejércitos; y es igualmente en interés de la república el no haber dado*

aviso de las elecciones hasta que no haya cumplido la tarea encomendada y esté de regreso en casa, para que tengáis como cónsul al hombre a quien todos desean. Después de esto, nada más se dijo acerca de la elección hasta que Marcelo regresó.

Mientras tanto, fueron nombrados los dos duunviros para la dedicación de los templos: Tito Otacilio Craso dedicó el templo a la Razón y Quinto Fabio Máximo el que Venus Ericina. Ambos están en el Capitolio, separados sólo por un canal de agua. En el caso de los trescientos jinetes campanos, que tras servir lealmente en Sicilia, estaban ahora de vuelta en Roma como veteranos, se hizo una propuesta al pueblo para que recibieran la ciudadanía romana y se les inscribiese en las listas de los vecinos de Cumas, con antigüedad desde el día anterior a la revuelta de los campanos contra Roma. La razón principal de esta propuesta fue su declaración de que no sabían a qué pueblo pertenecían, ya que habían abandonado su país natal y aún no habían sido admitidos como ciudadanos en aquel al que habían regresado. Al regresar de Marcelo del ejército, se dio aviso de la celebración de elección de un cónsul en sustitución de Lucio Postumio. Marcelo fue elegido por unanimidad, con el fin de que pudiera tomar posesión de su magistratura en seguida. Mientras él estaba asumiendo las funciones de su cargo, se escuchó un trueno; fueron convocados los augures y dieron su opinión de que había algún defecto en su elección. Los senadores difundieron el rumor de que no era grato a los dioses el que por primera vez se hubieran elegido dos cónsules plebeyos. Marcelo renunció a su cargo y Quinto Fabio Máximo fue nombrado en su lugar; este fue su tercer consulado. Este año, el mar pareció estar en llamas, en Arienzo una vaca parió un potro, las estatuas en el templo de Juno Sospita en Lanuvio sudaron sangre y una lluvia de piedras cayó alrededor del templo. A causa de esta lluvia, se efectuaron las observancias habituales durante nueve días; en cuanto al resto de presagios, fueron expiados debidamente.

[23.32] Los cónsules dividieron los ejércitos entre ellos: el ejército que estaba en Teano, que había estado mandando el dictador Marco Junio pasó bajo el mando de Fabio, Sempronio se hizo cargo de los esclavos voluntarios de allí y de veinticinco mil soldados proporcionados por los aliados; las legiones que habían vuelto de Sicilia se asignaron al pretor Marco Valerio; a Marco Claudio se le envió con el ejército que estaba acampado sobre Arienzo para proteger Nola; los pretores marcharon a sus respectivas provincias en Sicilia y Cerdeña. Los cónsules emitieron un aviso diciendo que cada vez que se convocara el Senado, los senadores y todos cuantos tuviesen derecho a hablar en el Senado se reunirían en la puerta Capena. Los pretores que tenían la obligación de conocer de los casos establecieron sus tribunales cerca del sitio de la Piscina Pública, y ordenaron a todos los litigantes que depositasen allí sus fianzas, administrándose todo el año allí justicia. Entre tanto, llegaron a Cartago las noticias de que las cosas habían ido mal en Hispania y que casi todos los pueblos se habían pasado a los romanos. Magón, el hermano de Aníbal, se estaba preparando para transportar a Italia una fuerza de doce mil infantes, mil quinientos de caballería y veinte elefantes, escoltados por una flota de sesenta buques de guerra. Al recibir aquellas noticias, sin embargo, algunos se mostraron a favor de que Magón, con aquella flota y ejército que tenía, fuese a Hispania en lugar de la Italia, pero mientras discutían sobre esto hubo un súbito estallido de esperanza en que se pudiera recuperar Cerdeña. Se les dijo que solo había allí un pequeño ejército romano; el antiguo pretor, Aulo Cornelio, que conocía bien la provincia, se había marchado y esperaban la llegada de uno nuevo; los sardos, además, estaban cansados de su largo sometimiento, y durante los últimos doce meses el gobierno había sido duro y rapaz y los había aplastado con fuertes impuestos y una injusta exacción de grano. Nada faltaba sino un líder que encabezase la revuelta. Este informe fue presentado por algunos agentes secretos de sus líderes, el principal promotor del asunto era Hampsicora, el hombre más influyente y rico entre ellos en aquel momento. Perturbados por las noticias de Hispania y al mismo tiempo animados por el informe de Cerdeña, enviaron a Magón con su flota y el ejército a Hispania y escogieron a Asdrúbal para conducir las operaciones en Cerdeña, asignándole una fuerza casi tan grande como la que habían proporcionado

a Magón.

Después de haber tramitado todos los asuntos necesarios en Roma, los cónsules empezaron a prepararse para la guerra. Tiberio Sempronio hizo saber a sus soldados la fecha en que debían reunirse en Arienzo y Quinto Fabio, tras consultar previamente con el Senado, hizo una proclama advirtiendo a todos para que llevasen el grano desde sus campos hasta las ciudades fortificadas el primer día del próximo junio, y todos los que no lo hicieran así verían sus tierras asoladas, sus granjas incendiadas y a ellos mismos vendidos como esclavos. Ni siquiera los pretores designados para administrar justicia quedaron exentos de sus obligaciones militares. Se decidió que Valerio sería enviado a Apulia para hacerse cargo del ejército de Terencio: cuando las legiones llegaran desde Sicilia debería emplearlas principalmente en la defensa de aquel territorio y enviar el ejército de Terencio, al mando de uno de sus lugartenientes, a Tarento. Se le proporcionó además una flota de veinticinco buques para proteger la costa entre Brindisi y Tarento. Una flota de la misma entidad se asignó a Quinto Fulvio, el pretor urbano, para la defensa de la costa cercana a Roma. Cayo Terencio, como procónsul, fue el encargado de levantar una fuerza en el territorio de Piceno para defender esa parte del país. Por último, Tito Otacilio Craso fue enviado a Sicilia, después de haber dedicado el templo de la Razón, con plenos poderes como propretor a tomar el mando de la flota.

[23.33] Esta lucha entre las naciones más poderosas del mundo atraía la atención de todos los hombres, reyes y pueblos por igual, y en especial la de Filipo, rey de Macedonia, ya que estaba relativamente cerca de Italia, separada de ella sólo por el Mar Jónico. Cuando escuchó por primera vez el rumor del paso de Aníbal a través los Alpes, encantado como estaba en el estallido de la guerra entre Roma y Cartago, se mostró todavía indeciso, hasta que se hubiesen comprobado sus fuerzas respectivas, sobre cuál de los dos prefería que obtuviese la victoria. Pero tras haberse librado la tercera batalla y haber recaído la victoria por tercera vez en los cartagineses, se inclinó por el bando que favorecía la Fortuna y envió embajadores a Aníbal. Evitando los puertos de Brindisi y Tarento, que custodiaban buques romanos, desembarcaron cerca del templo de Juno Lacinia. Mientras atravesaban la Apulia, de camino a Capua, fueron a dar en medio de las tropas romanas que defendían aquel territorio y se les condujo ante Valerio Levino, el pretor, que estaba acampado cerca de Lucera. Jenófanes, el jefe de la legación, explicó, sin el menor temor o vacilación, que había sido enviado por el rey para formar una liga de amistad con Roma, y que él llevaba sus instrucciones ante los cónsules y el Senado y el pueblo. En medio de la defección de tantos antiguos aliados, el pretor se alegró sobremanera ante la perspectiva de una nueva alianza con tan ilustre monarca y dio a sus enemigos una recepción de lo más hospitalaria. Les asignó una escolta y les señaló con todo cuidado qué ruta debían tomar, que lugares y pasos estaban en manos romanas y cuáles en manos enemigas. Jenófanes pasó a través de las tropas romanas en la Campania y desde allí llegó por la ruta más corta al campamento de Aníbal. Hizo un tratado de amistad con él en estos términos: el rey Filipo navegaría a Italia con una flota tan grande como le fuese posible -tenía, al parecer, la intención de equipar doscientos barcos- y devastaría la costa, y haría la guerra por tierra y por mar hasta el límite de su poder; cuando la guerra hubiera terminado, toda Italia, incluyendo la propia Roma, quedaría en poder de los cartagineses y de Aníbal, y todo el botín iría a parar a Aníbal; cuando los cartagineses hubieran sometido completamente Italia, irían navegando hasta Grecia y harían la guerra a cuantas naciones desease el rey; las ciudades de tierra firme y las islas fuera de Macedonia formarían parte del reino de Filipo.

[23,34] Tales fueron, en efecto, las condiciones en que se concluyó el tratado entre el general cartaginés y el rey de Macedonia. A su regreso, los embajadores fueron acompañados por otros enviados por Aníbal para obtener del rey la ratificación del tratado: fueron Giscón, Bóstar y Magón. Llegaron al lugar cerca del templo de Juno Lacinia, donde habían dejado su barco anclado en una cala escondida, y zarparon hacia Grecia. Cuando estaban en mar abierto, fueron divisados por la flota romana que custodiaba la costa calabresa. Valerio Flaco envió algunos barcos ligeros para

perseguir y hacer volver la extraña nave. Al principio los hombres del rey trataron de huir, pero al ver que los otros tenían más velocidad se rindieron a los romanos. Cuando fueron llevados ante el prefecto de la flota, este les preguntó quiénes eran, de dónde venían y hacia dónde navegaban. Jenófanes, que hasta entonces había tenido mucha suerte, empezó a contar una historia: dijo que había sido enviado por Filipo a Roma y que había logrado llegar hasta Marco Valerio, pues era la única persona a la que se podía acercar con seguridad; no había podido atravesar la Campania al ser acosado por tropas del enemigo. Luego, los vestidos y maneras cartaginesas de los agentes de Aníbal levantaron sospechas y les traicionó su acento. Sus compañeros fueron enseguida llevados aparte y aterrorizados mediante amenazas, se descubrió una carta de Aníbal a Filipo así como los artículos del acuerdo entre el rey de Macedonia y el general cartaginés. Cuando la investigación se completó, pareció lo mejor llevar los prisioneros y a sus compañeros lo antes posible ante el Senado, en Roma, o ante los cónsules, dondequiera que estuviesen. Cinco de los más veloces barcos fueron seleccionados para tal fin y Lucio Valerio Antias fue puesto al mando, con instrucciones para distribuir a los embajadores entre los buques, bajo custodia y cuidando que no se les permitiera hablar entre ellos ni que se comunicasen ningún plan.

Por aquel tiempo, Aulo Cornelio Mamula, al dejar su provincia, hizo un informe sobre el estado de Cerdeña. Todo, decía, hacía esperar la guerra y la deserción; Quinto Mucio, que le había sucedido, se había visto afectado por la insalubridad del clima y el agua impura, habiendo caído en una enfermedad que era más tediosa que peligrosa y le incapacitaría durante algún tiempo para llevar las responsabilidades de la guerra. El ejército, también, que estaba alojado allí, aunque lo bastante fuerte para la ocupación de una provincia pacífica, era totalmente insuficiente para la guerra que parecía que iba a estallar. El Senado emitió un decreto por el que Quinto Fulvio Flaco debía alistar una fuerza de cinco mil infantes y cuatrocientos jinetes y disponer su traslado inmediato a Cerdeña; además, debía enviar a quien considerase el hombre más adecuado, investido de plenos poderes, para dirigir las operaciones hasta que Mucio recuperase la salud. El seleccionado fue Tito Manlio Torcuato, que había sido dos veces cónsul y censor y que durante su consulado había sometido a los sardos. Casi al mismo tiempo, una flota cartaginesa que había sido enviado a Cerdeña bajo el mando de Asdrúbal, apodado *el Calvo*, resultó atrapado en una tormenta y conducido hasta las islas Baleares. Tanto daño recibieron, no solo los aparejos sino también los cascos, que los buques fueron varados en la orilla y gastaron un tiempo considerable en su reparación.

[23.35] En Italia, la guerra había sido dirigida con menos vigor desde la batalla de Cannas, pues la fortaleza de un bando había quedado quebrada y el ánimo del otro suavizado. En estas circunstancias, los campanos hicieron un intento por sí mismos para adueñarse de Cumas. Lo intentaron primeramente mediante la persuasión, pero al no lograr inducirles a rebelarse contra Roma decidieron emplear una estratagema. Los campanos celebraban regularmente unos sacrificios en Hamas. Dijeron a los cumanos que el senado campano iría allí y pidieron que el senado de Cumas también estuviera presente, para llegar a un común acuerdo y que ambos pueblos tuvieran los mismos aliados y los mismos enemigos. También prometieron que tendrían allí una fuerza armada para protegerles de cualquier peligro, fuese romano o cartaginés. A pesar de los cumanos sospechaban un complot, no pusieron ninguna dificultad en ir, porque pensaban que al consentir con aquello podrían ocultar su propia maniobra. El cónsul Tiberio Sempronio había, entre tanto, purificado a su ejército en Sinuessa, el punto de encuentro designado, y después de cruzar el Volturno asentó su campamento cerca de Villa Literno. Como no tenían nada que hacer en el campamento, hacía ejecutar a sus hombres frecuentes maniobras de combate para acostumbrar a los reclutas, la mayoría de los cuales eran esclavos voluntarios, a seguir a los estandartes y conocer sus lugares en las filas cuando entraran en acción. Al realizar estos ejercicios, el principal objetivo del general -y había dado instrucciones similares a los generales y tribunos- era que no hubiera división de clases entre las filas a causa de cualquier reproche efectuado a alguien por su anterior condición;

los soldados veteranos debían considerarse en completa igualdad respecto a los reclutas, los hombres libres respecto de los esclavos; todos aquellos a quienes Roma había encomendado sus estandartes y sus armas debían ser considerados igualmente honorables, igualmente bien nacidos; la Fortuna les había obligado a adoptar tal estado de cosas, y ahora que lo habían hecho debían defenderlo. Los soldados estaban tan ansiosos por obedecer estas instrucciones como los oficiales por darlas, y en poco tiempo los hombres se habían fundido ene tal concordia que casi habían olvidado cuál era la condición de vida de cada cual antes de convertirse en soldado.

Mientras Graco estaba así ocupado, mensajeros de Cumas le informaron de las propuestas hechas unos días antes por los campanos y de su respuesta, y de que el festival tendría lugar en tres días, estando allí no solo todo el senado estaría allí, sino también el ejército campano acampado. Graco dio órdenes a los cumanos para que recolectaran todo lo de sus campos y lo llevasen a la ciudad, permaneciendo dentro de sus murallas, mientras él mismo trasladaba su campamento a Cumas el día anterior a que los campanos efectuaran su sacrificio. Hamas distaba unas tres millas. Los campanos, como estaba previsto, ya se habían reunido allí en gran número y, no muy lejos de allí, Mario Alfio, el *Medix tuticus* -magistrado principal de los campanos-, había acampado secretamente con catorce mil hombres, aunque estuvo más dedicado a hacer los preparativos para el sacrificio y la estratagema que iba a ejecutar durante su celebración que en fortificar su campamento o en cualquier otra labor militar. La ceremonia tuvo lugar por la noche, terminando hacia la medianoche. Graco pensó que este era el mejor momento para su propósito, y después de situar guardias en la puerta del campamento para evitar que cualquiera informase de sus planes, ordenó a sus hombres que descansasen y durmiesen lo que pudieran hasta las cuatro de la tarde, de modo que estuviesen dispuestos a formar junto a sus estandartes tan pronto oscureciera. Sobre la primera guardia ordenó avanzar y el ejército marchó en silencio a Hamas, donde llegaron a la medianoche. El campamento campano, como se podía esperar durante un festival nocturno, estaba vigilado con negligencia y lanzó un ataque simultáneo por todos los lados del mismo. Algunos murieron mientras dormían, otros al regresar desarmados después de la ceremonia. En la confusión y terror de la noche, murieron más de dos mil hombres, incluyendo a su general, Mario Alfio, y capturando treinta y cuatro estandartes.

[23,36] Tras apoderarse del campamento de los enemigos con una pérdida de menos de cien hombres, Graco se retiró rápidamente, temiendo un ataque de Aníbal, que estaba acampado en el monte Tifata, por encima de Capua. Sus precauciones no carecían de fundamento. Tan pronto como las noticias del desastre llegaron a Capua, Aníbal, esperando encontrar en Hamas un ejército compuesto en su mayoría de reclutas y esclavos, disfrutando de su victoria, despojando a sus enemigos vencidos y acarreando el botín, marchó a toda velocidad pasando Capua, y ordenó que todos los fugitivos campanos que se encontraba fuesen escoltados a Capua y que a los heridos se les llevase allí en carros. Pero cuando llegó a Hamas encontró el campamento abandonado; nada había a la vista excepto las huellas de la reciente masacre y los cuerpos de sus aliados yaciendo por doquier. Algunos le aconsejaron que marchase directamente a Cumas y atacase la plaza. Nada se habría adaptado mejor a sus deseos pues, tras su fracaso al asegurar Nápoles, estaba ansioso por apoderarse de Cumas para disponer, en cualquier caso, de una ciudad marítima. Sin embargo, como sus soldados, en su apresurada marcha, no habían traído con ellos nada aparte de sus armas, volvió a su campamento en el Tifata. Al día siguiente, cediendo a la insistencia de los campanos, marchó de nuevo a Cumas con todos los aparejos necesarios para atacar la ciudad; tras devastar a conciencia los alrededores, asentó su campamento a una milla de distancia del lugar. Graco aún permanecía ocupando Cumas, más porque le avergonzaba abandonar a sus aliados, que imploraban su protección y la del pueblo romano, que por sentirse lo bastante seguro en cuanto a su ejército. El otro cónsul, Fabio, que estaba acampado en Calvi Risorta, no se atrevió a cruzar el Volturno; su atención estaba ocupada, primeramente, en tomar nuevos auspicios y luego en los portentos que se anunciaban uno tras otro y que, durante su expiación, los augures le aseguraban que le sería muy

difícil obtener unos buenos.

[23.37] Mientras estos motivos impedían que Fabio se moviese, Sempronio quedó asediado, con los trabajos de asedio efectivamente en marcha. Una enorme torre de madera con ruedas había sido llevada contra las murallas, y el cónsul romano construyó otra aún más alta sobre la propia muralla, ya bastante elevada de por sí, a la que apuntaló con gruesas vigas. La guarnición sitiada protegía los muros de la ciudad lanzando piedras y palos afilados y otros proyectiles desde su torre; al fin, cuando vieron que aproximaban la otra torre a las murallas, lanzaron antorchas encendidas sobre ella y provocaron un gran incendio. Aterrorizados por la deflagración, la multitud de soldados que había en ella se lanzó al suelo al mismo tiempo que se producía una salida por dos de las puertas; los puestos de avanzada del enemigo fueron dispersados y puestos en fuga hacia su campamento, de manera que aquel día los cartagineses parecieron más los sitiados que los sitiadores. Unos mil trescientos cartagineses fueron muertos y cincuenta y nueve hechos prisioneros al ser sorprendidos, descuidados y despreocupados alrededor de las murallas o en los puestos avanzados, y sin temer en absoluto una salida. Antes de que el enemigo tuviese tiempo para recuperarse de su pánico, Graco dio la señal para retirarse y retrocedió con sus hombres dentro de las murallas. Al día siguiente, Aníbal, esperando que el cónsul, eufórico por su éxito, estaría dispuesto a librar una batalla campal, formó su línea en el terreno entre su campamento y la ciudad; sin embargo, cuando vio que ni un solo hombre se movía de su puesto habitual de defensa y que no se arriesgaban a pesar del aumento de su confianza, volvió al Tifata sin lograr nada. Justo en el momento en que se levantaba el sitio de Cumas, Tiberio Sempronio, apodado "Longo", se enfrentó en un combate victorioso con el cartaginés Hanón en Grumento, en Lucania. Murieron más de dos mil y se capturaron doscientos ochenta hombres y cuarenta y un estandartes militares. Expulsados de la Lucania, Hanón se retiró a territorio brucio. Entre los hirpinos, también, tres ciudades que se habían rebelado contra Roma, Vercelio, Vescelio y Sicilino, fueron retomadas por el pretor Marco Valerio, decapitando a los autores de la revuelta. Se vendieron más de cinco mil prisioneros, el resto del botín se regaló a los soldados y el ejército regresó a Lucera.

[23,38] Durante estos incidentes entre los lucanos y los hirpinos, los cinco barcos transportaban a los agentes macedonios y cartagineses a Roma; después de navegar alrededor de casi toda Italia, en su paso desde el mar superior al inferior, al pasar delante de Cumas, como no sabía si eran amigos o enemigos, Graco envió barcos de su propia flota para interceptarlos. Después de interrogarse mutuamente, los de abordo se enteraron de que el cónsul estaba en Cumas. En consecuencia, los buques entraron al puerto, los prisioneros fueron llevados ante el cónsul y pusieron en sus manos las cartas. Este leyó las cartas entre Filipo y Aníbal y decidió enviar todo, bajo sello, por tierra al Senado, ordenando que los agentes fueran llevados por mar. Las letras y los agentes llegaron a Roma el mismo día y, cuando se comprobó que lo que los agentes contaron en su interrogatorio coincidía con el contenido de las cartas, el Senado se llenó de sombríos temores. Reconocieron cuán pesada carga les impondría una guerra con Macedonia, en un momento en que hacían cuanto podían para soportar el peso de la guerra púnica. No cederían, sin embargo, a la desesperación hasta haberse dispuesto de inmediato a discutir cómo podrían desviar al enemigo de Italia sin tener que romper ellos mismos las hostilidades contra él. Se ordenó que se mantuviera encadenados a los agentes y que sus compañeros fueran vendidos como esclavos; también decidieron equipar veinte buques, además de los veinticinco que ya tenía Publio Valerio Flaco bajo su mando. Después de que estos hubieran sido pertrechados y botados, los cinco buques que habían transportado a los agentes se añadieron anteriores y los treinta partieron de Ostia en dirección a Tarento. A Publio Valerio se le encargó trasportase a bordo a los soldados que habían pertenecido al ejército de Varrón y que estaban ahora en Tarento bajo el mando de Lucio Apustio y que, con esta flota combinada de cincuenta y cinco buques, no solo debía proteger la costa de Italia sino tratar de obtener información sobre la actitud hostil de Macedonia. Si los planes de Filipo demostraban

corresponderse a los despachos capturados y a las declaraciones de los agentes, debía escribir a Marco Valerio, el pretor, en tal sentido y luego, tras poner su ejército bajo el mando de Lucio Apustio, marchar con la flota hasta Tarento, navegar hacia Macedonia en la primera oportunidad y hacer todo lo posible para mantener a Filipo dentro de sus propios dominios. Se aprobó un decreto para que el dinero que se había remitido a Apio Claudio, en Sicilia, para ser devuelto al rey Hierón, se dedicase ahora al mantenimiento de la flota y a los gastos de la guerra macedonia, siendo llevado a Tarento por Lucio Antistio. Al mismo tiempo, el rey Hierón envió doscientos mil modios de trigo y cien de cebada.

[23.39] Mientras se tomaban estas medidas, uno de los barcos capturados, estando de camino a Roma, escapó durante el viaje y pudo regresar con Filipo, enterándose este así de que sus agentes habían sido capturados junto con sus despachos. Como no sabía a qué clase de entendimiento habían llegado con Aníbal, o qué propuestas de Aníbal le traían sus agentes, envió una segunda embajada con las mismas instrucciones. Sus nombres eran Heráclito, apellidado Escotino, Critón de Beocia, y Sosíteo de Magnesia. Cumplieron con éxito su misión, pero el verano transcurrió antes de que el rey pudiera tomar ninguna medida activa. ¡Tan importante resultó la captura de aquel único barco, con los agentes del rey a bordo, para retrasar la ruptura de hostilidades que ahora amenazaban a Roma! Fabio por fin logró la expiación de los portentos y cruzó el Volturno, ambos cónsules reanudaron la campaña en torno a Capua. Combulteria, Treglia y Austícula, que se habían pasado todas con Aníbal, fueron victoriosamente atacadas por Fabio y fueron hechos prisioneros gran número de campanos así como las guarniciones que había situado Aníbal en ellas. En Nola, el Senado estaban de parte de los romanos, como ya lo habían estado el año anterior, y el pueblo, que era partidario de Aníbal, tramaba conjuras secretas para asesinar a los aristócratas y traicionar la ciudad. Para evitar que llevasen a cabo sus intenciones, Fabio marchó a situarse entre Capua y el campamento de Aníbal sobre el Tifata, estableciéndose él mismo en el campamento de Claudio, con vistas a Arienzo. Desde allí envió al propretor Marco Marcelo, con la fuerza bajo su mando, a ocupar Nola.

[23,40] Las operaciones en curso en Cerdeña, que habían decaído a causa de la grave enfermedad de Quinto Mucio, fueron retomadas bajo la dirección de Tito Manlio. Sacó a la orilla sus buques de guerra y proporcionó armas a marineros y remeros para que pudieran prestar servicio en tierra; con estos y el ejército del pretor, del que se hizo cargo, compuso una fuerza de veintidós mil infantes y mil doscientos jinetes. Con esta fuerza combinada, invadió el territorio enemigo y estableció su campamento a no mucha distancia de las líneas de Hampsícora. Sucedió que el propio Hampsícora estaba ausente; había marchado a visitar a los sardos pelitos, para armar a los hombres jóvenes de entre ellos y así incrementar sus propias fuerzas. Su hijo Hosto quedó al mando del campamento, y con la impetuosidad de la juventud presentó batalla que resultó en su derrota y puesta en fuga. Murieron tres mil sardos en esa batalla y ochocientos fueron capturados con vida; el resto del ejército, después de esparcirse tras su huida por campos y bosques, se enteró de que su general había huido hacia un lugar llamado Corno, la principal ciudad del territorio, y se dirigieron hacia allí. Aquella batalla podría haber puesto fin a la guerra si la flota cartaginesa, bajo el mando de Asdrúbal, que había sido llevada por una tormenta hasta las islas Baleares, no hubiera llegado a tiempo de revivir sus esperanzas de renovar la guerra. Cuando Manlio tuvo noticia de su llegada se retiró a Cagliari y esto dio ocasión a Hampsícora para unirse a los cartagineses. Asdrúbal desembarcó su fuerza y envió las naves de regreso a Cartago; luego, bajo la guía de Hampsícora, procedió correr y devastar las tierras propiedad de los aliados de Roma. Habría llegado tan lejos como a Cagliari si Manlio no se le hubiera enfrentado con su ejército y detenido sus muchos estragos. Al principio, los dos campamentos se daban frente, con solo un pequeño espacio entre ellos; luego se produjeron pequeñas salidas y escaramuzas con resultado variado; al fin, se produjo la batalla, una acción campal que duró cuatro horas. Durante largo tiempo los cartagineses

mantuvieron el resultado dudoso; los sardos, que estaban habituados a la derrota, estaban siendo batidos con facilidad; cuando los cartagineses, por fin, vieron todo el campo de batalla cubierto de muertos y que los sardos huían, también cedieron terreno pero, al darse la vuelta para escapar, el ala romana que había derrotado a los sardos les rodeó y les copó. Ya fue más una masacre que una batalla. Doce mil enemigos, sardos y cartagineses, fueron muertos, unos tres mil setecientos quedaron prisioneros y se capturaron veintisiete estandartes militares.

[23.41] Lo que, más que cualquier otra cosa, hizo gloriosa y memorable aquella batalla, fue la captura del general en jefe, Asdrúbal, y también la de Hanón y Magón, dos nobles cartagineses. Magón era miembro de la casa de los Barca, pariente cercano de Aníbal; Hanón había tomado el mando de la rebelión sarda y fue, sin duda, el principal instigador de la guerra. La batalla no fue menos memorable por el destino que cupo a los jefes sardos; el hijo de Hampsícora, Hosto, cayó en combate, y cuando Hampsícora, que huía de la carnicería con unos pocos jinetes, tuvo noticia de la muerte de su hijo, quedó tan apesadumbrado por la noticia, que venía como a caer encima del resto de desastres, que se suicidó durante la noche para que nadie pudiera impedir su propósito. El resto de los fugitivos encontró refugio, como ya antes, en Corno, pero Manlio la capturó a los pocos días al frente de sus tropas victoriosas. Ante esto, el resto de ciudades que habían abrazado la causa de Hampsícora y los cartagineses entregaron rehenes y se le rindieron. Les impuso a cada una un tributo de dinero y grano; el montante era proporcional a sus recursos y a la participación que habían tenido en la revuelta. Después de esto regresó a Cagliari. Allí, los barcos que habían sido sacados a tierra fueron botados de nuevo al mar, reembarcó a las tropas que había llevado con él y navegó rumbo a Roma. A su llegada informó al Senado de la total subyugación de Cerdeña y entregó el dinero a los cuestores, el grano a los ediles y los prisioneros a Quinto Fulvio, el pretor.

Durante todo este tiempo, Tito Otacilio había cruzado con su flota desde Lilibeo hasta la costa de África, y estaba devastando el territorio de Cartago cuando le llegó el rumor de que Asdrúbal había navegado recientemente desde las Baleares hasta Cerdeña. Puso rumbo a aquella isla y se encontró con la flota cartaginesa de regreso a África. Siguió una breve acción en alta mar durante la cual Otacilio se apoderó de siete buques con sus tripulaciones. El resto se dispersó presa del pánico por doquier, como si les hubiera diseminado una tormenta. Sucedió por entonces, pues, que llevó Bomílcar a Locri con refuerzos de hombres y elefantes así como con suministros. Apio Claudio trató de sorprenderle, y con este objeto llevó rápidamente su ejército hasta Mesina, como si fuera a efectuar un recorrido por la provincia, y hallando favorables viento y marea, cruzó hasta Locri. Bomílcar ya se había ido, para unirse a Hanón en territorio brucio, y los locros cerraron sus puertas a los romanos; Apio, al no obtener resultado alguno de sus esfuerzos, regresó a Mesina. Este mismo verano, Marcelo hizo frecuentes salidas desde Nola, donde estaba de guarnición, hacia territorio de los hirpinos y hacia la vecindad de los samnitas caudinos. Tal devastación extendió por doquier a sangre y fuego, que revivió por todo el Samnio la memoria de sus antiguos desastres.

[23.42] Ambos países enviaron simultáneamente emisarios a Aníbal, quienes se le dirigieron así: *Hemos sido enemigos de Roma, Aníbal, desde tiempos muy tempranos. La combatimos al principio nosotros mismos mientras que nuestras armas y nuestras fuerzas bastaron a protegernos. Cuando ya no pudimos confiar más en ellas, nos aliamos con el rey Pirro; cuando nos abandonó tuvimos que aceptar los términos de paz, y bajo tales términos permanecimos casi cincuenta años, hasta el momento de tu llegada a Italia. Fue tu evidente cortesía y amabilidad para con aquellos de nuestros compatriotas que fueron tus prisioneros, y que enviaste nuevamente con nosotros, tanto más que tu valor y fortuna, las que ganaron nuestros corazones; de manera que con tal de que tú, nuestro amigo, vivas con seguridad y prosperidad, nosotros no habremos de temer, no digo ya a los romanos, sino ni siquiera a la ira del cielo, si pudiera decirlo sin irreverencia. Pero, ¡por Hércules!, mientras tú estás aquí, a salvo, victorioso y de hecho casi entre nosotros, cuando puedes casi oír los gritos de nuestras esposas e hijos y contemplar nuestras casas incendiadas, nosotros*

hemos sufrido tan repetidas destrucciones este verano que parecería como si hubiera sido Marco Marcelo y no Aníbal el vencedor en Cannas, como si los romanos tuviesen buenas razones para presumir que tienes fuerzas solo para un único golpe y que, como abeja que ha dejado su aguijón, estás ahora inactivo e impotente. Durante cien años hemos estado en guerra con Roma, y ningún general, ningún ejército ha venido en nuestra ayuda, excepto los dos años en que Pirro usó nuestros soldados para aumentar sus fuerzas en vez de emplear las suyas en defendernos. No me jactaré de nuestros logros, los dos cónsules con sus ejércitos a los que hicimos pasar bajo el yugo, ni de ninguno de los demás gloriosos o afortunados sucesos que podemos recordar. Las pruebas y sufrimientos por la que luego pasamos se pueden contar con menos amargura que las que están ocurriendo hoy. Luego invadieron nuestras fronteras grandes dictadores con sus jefes de la caballería, dos cónsules y dos ejércitos consulares fueron necesarios para actuar contra nosotros, tomando todas las precauciones, explorando cuidadosamente, situando debidamente las reservas y con su ejército en orden de batalla, cuando asolaron nuestra patria; ¡ahora somos la presa de un solitario propretor y una pequeña guarnición en Nola! Ni siquiera marchan en manípulos, corren todo nuestro país como bandidos y sin más cuidado que si estuviesen vagando por territorio romano. Y la razón es simplemente esta: que tú no nos defiendes y que nuestros soldados, que nos podrían proteger si estuviesen en casa, están todos sirviendo bajo tus estandartes. En absoluto os conocería, a ti y a tu ejército, si no pensase que era tarea fácil para aquel hombre, que según mi conocimiento había abatido y derrotado tantos ejércitos romanos, aplastar tales saqueadores de nuestra patria mientras estaban robando errantes y en desorden por donde esperasen encontrar botín, aunque no hubiera ninguno. Serían el botín de unos pocos númidas, y tú nos aliviarías a nosotros de la guarnición de Nola solo si considerases que los hombres que consideraste dignos de tu alianza son también dignos de tu protección.

[23.43] A todo esto Aníbal respondió: *Vosotros, samnitas e hirpinos, todo lo hacéis a la vez; contáis vuestros sufrimientos y pedís protección y os quejáis de estar desprotegidos y abandonados. Pero deberíais haber informado primero y luego pedido protección, y si no la hubieseis obtenido, solo entonces haberos quejado de que habíais buscado ayuda en vano. No conduciré mi ejército a territorio samnita e hirpino porque no deseo ser una carga para vosotros, pero marcharé a aquellos territorios pertenecientes a los aliados de Roma que están más cerca de mí. Saqueándolos satisfaré y enriqueceré a mis soldados y atemorizaré lo bastante al enemigo como para lograr que os deje en paz. En cuanto a la guerra contra Roma, si la del Trasimeno fue una batalla más famosa que la del Trebia, si Cannas fue más famosa que Trasimeno, haré que incluso la memoria de Cannas se desvanezca a la luz de una victoria aún mayor y más brillante.* Con esta respuesta y con generosos regalos despidió a los enviados; a continuación, dejando un pequeño destacamento en el Tifata, marchó con el resto de su ejército a Nola, a donde también llegó Hanón con los refuerzos que había traído de Cartago y con los elefantes. Acampando a no mucha distancia, se enteró, al investigar, de que todo era muy diferente de la impresión que había recibido de los enviados. Nadie que conociera los procedimientos de Marcelo podría haber dicho jamás que confiaba en la suerte o que por su imprudencia diera una oportunidad al enemigo. Hasta aquel entonces, sus expediciones de saqueo se habían realizado después de un cuidadoso reconocimiento, con fuertes apoyos a las partidas de merodeadores y una retirada asegurada. Ahora, al ser alertado de la aproximación del enemigo, mantuvo sus fuerzas dentro de las fortificaciones y ordenó a los senadores de Nola que patrullasen las empalizadas y vigilasen atentamente los alrededores, averiguando lo que hacía el enemigo.

Hanón había llegado hasta cerca de las murallas y, al ver entre los senadores a Baso Herenio y a Herio Petio, solicitó una entrevista con ellos. Después de haber obtenido el permiso de Marcelo se reunieron con él. Se les dirigió mediante un intérprete. Los méritos y buena fortuna de Aníbal crecen; está destruyendo la fortaleza y majestad del pueblo romano, así como sus recursos; y viene a decirles que, aún cuando Roma fuera la que una vez había sido, ellos eran hombres que ya sabían

por experiencia cuán gravoso resultaba el gobierno de Roma a sus aliados y con cuánta indulgencia había tratado Aníbal a aquellos de sus prisioneros pertenecientes a cualquier nación italiana, y que preferirían seguramente la alianza y amistad con Cartago a las de Roma. Aún si ambos cónsules con sus ejércitos hubieran estado en Nola, no serían más rival para Aníbal de lo que lo fueron en Cannas, y mucho menos un pretor con unos pocos e inexpertos soldados habría de poder defender Nola. Era más importante para ellos que para Aníbal el que la plaza fuese tomada o se rindiera; se apoderaría de ella en cualquier caso, como ya lo había hecho con Capua y Nuceria. Pero ellos conocían bien qué diferencia hubo entre el destino de Capua y el de Nola, situados como estaban entre ambos lugares. No quería profetizar qué sucedería a la ciudad si era tomada; prefería comprometer su palabra de que si entregaban a Marcelo y su guarnición y a la ciudad de Nola, nadie salvo ellos mismos dictarían los términos bajo los que se convertirían en aliados y amigos de Aníbal.

[23,44] Herenio Baso respondió brevemente que la amistad entre Roma y Nola duraba ya muchos años, y hasta ese día ninguna de las partes había tenido ningún motivo para lamentarlo. Aún si hubieran querido cambiar su lealtad al cambiar su suerte, ya era demasiado tarde para hacerlo en aquel momento. ¿Habrían pedido una guarnición romana de haber estado pensando en rendirse a Aníbal? Estaban en perfecto acuerdo con aquellos que habían venido para protegerlos, y así seguiría siendo hasta el final. Esta entrevista destruyó cualquier esperanza que hubiera podido tener Aníbal respecto a asegurarse Nola mediante la traición. Así pues, dispuso sus líneas rodeando completamente la ciudad para poderla atacar por todas partes. Cuando Marcelo vio que estaba cerca de las murallas, agrupó sus hombres tras una de las puertas y efectuó luego una feroz y masiva carga. Unos cuantos resultaron sobrepasados y muertos al primer choque, pero conforme los hombres corrieron hacia la línea de combate y ambos bandos se igualaban, la lucha empezó a agravarse y pocas batallas habrían resultado más memorables si una fuerte tormenta de lluvia y viento no hubiera separado a los combatientes. Se retiraron por aquel día tras solo un breve encuentro, pero con los ánimos muy irritados, los romanos a la ciudad y los cartagineses a su campamento. De estos últimos, no más de treinta cayeron en el primer ataque; los romanos perdieron a cincuenta. La lluvia cayó sin interrupción durante toda la noche y continuó hasta la tercera hora del día siguiente, por lo que, aunque ambas partes estaban dispuestos para la batalla, se quedaron ese día dentro de sus líneas. Al tercer día, Aníbal envió parte de su fuerza en una expedición de saqueo contra el territorio nolano. En cuanto Marcelo lo supo formó su línea de batalla y Aníbal no rehusó el desafío. Había como una milla entre su campamento y la ciudad, y dentro de ese espacio, el terreno que rodeaba Nola era llano, se enfrentaron los ejércitos. El grito de guerra, lanzado en ambos bandos, atrajo de vuelta a las más próximas de las cohortes que habían sido enviadas a saquear; los nolanos, también, por su parte, formaron en la línea romana. Marcelo les dirigió unas cuantas palabras de aliento y agradecimiento, y les dijo que tomaran su puesto entre las reservas y ayudasen a trasladar a los heridos fuera del campo de batalla, se mantendrían alejados del combate a menos que recibieran su orden.

[23.45] La batalla se combatió con tenacidad; los generales animaban a sus hombres y estos lucharon hasta el límite de sus fuerzas. Marcelo ordenó a sus hombres que presionaran vigorosamente contra aquellos a los que habían vencido solo tres días atrás, habían puesto en fuga de Cumas y a los que él mismo, con otro ejército, había derrotado el año anterior. *No tienen en la batalla a todas sus fuerzas*, les dijo, *algunas están diseminadas por los campos, dedicados al saqueo, mientras que las que luchan están debilitadas por el lujo de Campania y se han agotado ellos mismos mediante la indolencia invernal con el vino, las mujeres y toda clase de libertinaje. Han perdido su fuerza y su vigor, han disipado aquella fuerza mental y corporal con la que superaron las cumbres de los Alpes. Estos solo son las reliquias de los hombres que lograron aquello; apenas puedes soportar el peso de su armadura y sus extremidades mientras combaten.*

Capua ha resultado ser la Cannas de Aníbal. Todas sus virtudes bélicas, toda su disciplina militar, todas las glorias ganadas en el pasado, todas sus esperanzas futuras se han extinguido allí. Al mostrar su desprecio por el enemigo, Marcelo levantó los ánimos de sus hombres. Aníbal, por su parte, recriminaba a los suyos con términos mucho más severos. *Reconozco aquí*, les dijo, *las mismas armas y estandartes que veía y empleaba en el Trebia, en el Trasimeno y, finalmente, en Cannas; pero no a los mismos soldados. Lo cierto es que llevé un ejército a invernar en Capua y salí con otro bien distinto. ¿Sois vosotros a los que no pudieron resistir dos ejércitos consulares? ¿y ahora apenas podéis aguantar frente a un lugarteniente con su única legión y su ala? ¿Nos va a desafiar Marcelo impunemente por segunda vez con sus nuevos reclutas y sus apoyos nolanos? ¿Dónde está aquel soldado mio que cortó la cabeza del cónsul Cayo Flaminio tras arrojarlo del caballo? ¿Dónde está el que mató a Lucio Paulo en Cannas? ¿Ha perdido su filo la espada, ya no tienen fuerzas vuestras diestras? ¿O es que ha sucedido algún otro portento? A pesar de vuestro corto número, os habéis acostumbrado a derrotar a un enemigo que os superaba por mucho; ahora casi no podéis sosteneros en pie contra una fuerza mucho menor que la vuestra. Solíais jactaros, fanfarrones como sois, de que podríais tomar Roma al asalto si alguien os dirigía. Pues bien, quiero que demostréis vuestro valor y vuestra fuerza en una tarea más pequeña. Tomad Nola: es una ciudad en una llanura, sin protección de río o de mar. Cuando os hayáis cargado con el botín de una ciudad tan rica como esta, os conduciré u os seguiré donde queráis.*

[23,46] Ni sus censuras ni sus promesas consiguieron fortalecer la moral de sus hombres. Conforme empezaba esta a decaer por todas partes, los ánimos de los romanos crecían, no solo a causa de las palabras de ánimo de su jefe, sino también porque los nolanos comenzaron a lanzar gritos de ánimo y simpatía hacia ellos; así hasta que los cartagineses dieron media vuelta y fueron obligados a entrar a su campamento. Los romanos estaban ansiosos por asaltar el campamento, pero Marcelo les hizo regresar a Nola en medio de las alegres felicitaciones de la misma plebe que había estado anteriormente más inclinada hacia los cartagineses. Murieron más de cinco mil enemigos aquel día, seiscientos fueron hechos prisioneros y se capturaron dieciocho estandartes y dos elefantes; cuatro habían muerto durante la batalla. Los romanos tuvieron menos de un millar de muertos. El día siguiente se pasó, por ambas partes, enterrando a los muertos en el combate, en una tregua informal. Marcelo quemó los despojos de los enemigos, en cumplimiento de un voto a Vulcano. Tres días más tarde, debido, creo yo, a algún altercado o a la esperanza de mayores pagas, doscientos setenta y dos jinetes, númidas e hispanos, desertaron con Marcelo. Los romanos a menudo se beneficiaron de su ayuda valiente y leal en esta guerra. A su término, se les hizo una donación de tierras, en Hispania a los hispanos y en África a los númidas, como recompensa a su valor.

Hanón fue enviado de vuelta al Brucio con las fuerzas que había traído, y Aníbal marchó a invernar en Apulia, acampando en la proximidad de Arpinova [la antigua Arpi, a un kilómetros de la actual Foggia.-N. del T.]. Tan pronto como Quinto Fabio tuvo noticia de que Aníbal había partido hacia Apulia, hizo enviar una provisión de grano desde Nola y Nápoles hacia el campamento sobre Arienzo; después de reforzar sus defensas y dejar una fuerza suficiente para mantener la posición durante los meses de invierno, trasladó su campamento cerca de Capua, devastando su territorio a fuego y espada. Los campanos no tenían confianza alguna en sus fuerzas, pero les obligó finalmente a salir tras sus puertas a campo abierto y asentar un campamento fortificado frente a la ciudad. Tenían seis mil hombres en armas: la infantería era completamente inútil, pero los jinetes eran más eficaces, así que se dedicaron a hostigar al enemigo con escaramuzas de caballería. Había varios nobles Campanos sirviendo como jinetes, entre ellos Cerrino Vibelio, llamado Táurea. Era ciudadano de Capua, y de lejos el mejor soldado de la caballería campana, hasta el punto de hecho que, cuando se encontraba al servicio de los romanos, solo había un jinete romano que disfrutase de igual reputación: Claudio Aselo. Táurea cabalgó durante mucho tiempo ante las turmas, para ver si encontraba a este hombre; por fin, cuando se hizo un instante de silencio, preguntó dónde estaba

Claudio Aselo. *A menudo*, dijo, *ha discutido conmigo sobre nuestros respectivos méritos; que resuelva ahora el asunto con la espada y que si le venzo se me rindan los spolia opima, o que si vence él tome los míos.*

[23.47] Cuando se informó de esto a Aselo en el campamento, solo esperó a poder pedir permiso al cónsul para que le permitiera, contra lo reglamentado, combatir a su rival. Una vez concedido el permiso, se armó en seguida y, cabalgando delante de los puestos avanzados, llamó a Táurea por su nombre y le dijo que se enfrentaría con él donde le placiera. Los romanos ya habían salido en masa a ver el duelo, y los campanos no solo se alinearon a lo largo de la empalizada de su campamento, sino que se habían reunido en gran número sobre las fortificaciones de la ciudad. Tras gran ostentación de palabras y expresiones de mutuo desafío, nivelaron sus lanzas y espolearon sus caballos. Al existir un gran espacio llano, se mantuvieron evitando el uno los golpes del otros y el combate prosiguió sin que ninguno resultase herido. Luego, el campano dijo al romano: *Esta será una prueba de habilidad entre los caballos y no entre sus jinetes, a menos que dejemos la planicie y vayamos hasta aquella cañada. No habrá allí espacio para esquivarse y lucharemos cuerpo a cuerpo.* Casi antes de que las palabras salieran de su boca, Claudio llevó su caballo hasta el carril y Táurea, más audaz con las palabras que con los hechos, le gritó: *¡No se verá jamelgo en una zanja!*, y esta expresión se convirtió en un proverbio rústico. Tras cabalgar durante cierto tramo por la cañada y no encontrar rival, Claudio volvió a campo abierto y regresó al campamento, pronunciando fuertes palabras sobre la cobardía de su adversario. Fue recibido como vencedor entre los aplausos y felicitaciones de sus compañeros. Al relato de este duelo a caballo algunos analistas añaden una circunstancia adicional (y sobre cuánta verdad exista en ella cada uno lo juzgará por si mismo), que resulta reseñable; Dicen que Claudio se fue en busca de Táurea, que había huido a la ciudad, y entró al galope por una puerta abierta, saliendo ileso por otra y con el enemigo atónito ante el extraordinario espectáculo.

[23,48] Después de este incidente, el campamento romano permaneció tranquilo; el cónsul incluso alejó su campamento de modo que los campanos pudieron completar su siempre, y no infligió daño alguno a sus tierras hasta que el grano había crecido lo bastaste para producir forraje. Luego lo llevaron al campamento de Claudio sobre Arienzo y construyó allí sus cuarteles de invierno. Marco Claudio, el procónsul, recibió órdenes de mantener una fuerza suficiente en Nola para proteger la plaza y enviar el resto de sus tropas a Roma para impedir que fuesen una carga para los aliados y un gasto para la república. Y Tiberio Graco, habiendo marchado con sus legiones desde Cumas hasta Lucera, en la Apulia, envió al pretor Marco Valerio a Brindisi con el ejército que tenía en Lucera, le dio órdenes para que protegiera la costa del territorio salentino y para que tomara las medidas necesarias respecto a Filipo y la guerra macedonia. Sobre el final del verano en que sucedieron los hechos que hemos descrito, llegaron cartas de Publio y Cneo Escipión, dando cuenta de los grandes éxitos que habían obtenido, pero indicando también que se necesitaba dinero para pagar a las tropas, así como grano y vestuario para el ejército, mientras que los marineros estaban desprovistos de todo. En lo referente a la paga, si el tesoro estaba bajo de fondos, ellos (los Escipiones) idearían algún medio por el cual pudieran obtenerlos de los hispanos; en cuanto al resto de cosas, en todo caso, o se les enviaban desde Roma o de lo contrario no podrían mantener su ejército ni la provincia. Cuando fueron leídas las cartas, no hubo entre los presentes ninguno que no admitiera que las declaraciones eran veraces y las demandas justas y equitativas. Pero tenían presentes otras consideraciones: las enormes fuerzas de mar y tierra que debían mantener; la gran flota que habrían de armar si la guerra con Macedonia se hacía realidad; el estado de Cerdeña y Sicilia, que antes de la guerra habían ayudado a llenar el tesoro y que ahora apenas podían auxiliar a los ejércitos que protegían aquellas islas; y, sobre todo, la contracción de los ingresos. Porque, tras la destrucción de los ejércitos en el Trasimeno y en Cannas, había disminuido el número de quienes pagaban el impuesto de guerra al fisco; y si los pocos supervivientes debían pagarlo en un importe

mucho mayor, ellos también perecerían aunque no fuera en combate. Por tanto, si la república no podía obtener créditos no podría mantenerse con sus propios recursos. Después de revisar así el estado de cosas, el Senado decidió que Fulvio, uno de los pretores, comparecería ante la Asamblea y señalaría al pueblo la acuciantes necesidades de la república, pediría a aquellos que habían acrecentado su patrimonio firmando contratos con el gobierno, mediante los que habían obtenido sus riquezas, que extendieran la fecha de los pagos del Estado y que se comprometieran a suministrar lo necesario para el ejército en Hispania, con la condición de que tan pronto hubiera efectivo en el tesoro serían los primeros en cobrar. Después de hacer esta propuesta, el pretor fijó una fecha para firmar los contratos de suministro de vestuario y grano al ejército de Hispania y para proveer todo lo necesario para los marineros.

[23.49] El día señalado se presentaron tres sociedades, cada una con diecinueve miembros, dispuestas a licitar los contratos. Insistieron en dos condiciones: una era que deberían quedar exentos del servicio militar mientras estuvieran ocupados en esta empresa pública, y la otra que los envíos que remitieran deberían quedar asegurados por el gobierno contra tormentas o capturas. Ambas demandas fueron concedidas, y la administración de la república se practicó con dinero privado. ¡Tal era la condición moral y el elevado patriotismo que impregnaba todos los rangos de la sociedad! Como los contratos se habían firmado a partir de un espíritu generoso y noble, fueron ejecutados con la máxima escrupulosidad; los soldados recibieron suministros tan abundantes como los que les entregaba con anterioridad un Tesoro abundante. Cuando llegaron estos suministros a Hispania, la ciudad de Iliturgi, que se había pasado a los romanos, estaba siendo atacada por Asdrúbal, Magón y Aníbal, el hijo de Bomílcar. Los Escipiones lograron abrirse paso entre los tres campamentos tras duros combates y con graves pérdidas. Trajeron con ellos cierta cantidad de grano, del que había gran escasez, y alentaron a la población para defender sus murallas con el mismo valor que vieron desplegar al ejército romano al combatir por ellos. Avanzaron después para atacar el mayor de los tres campamentos, al mando del cual estaba Asdrúbal. Los otros dos comandantes, con sus ejércitos, vieron que la batalla decisiva se libraría allí y se apresuraron a apoyarle. Tan pronto salieron de sus campamentos dieron comienzo los combates. Se enfrentaron aquel día sesenta mil enemigos y cerca de dieciséis mil romanos. Y, sin embargo, la victoria fue tan aplastante que los romanos, en aquel mismo día, dieron muerte a un número mayor que el suyo propio de enemigos, hicieron prisioneros a más de tres mil, capturaron algo menos de mil caballos, cincuenta y nueve estandartes militares, siete elefantes, mataron a cinco en la batalla y se apoderaron de los tres campamentos. Tras levantar así el sitio de Iliturgi, los ejércitos cartagineses marcharon a atacar Intibili. Habían repuesto sus pérdidas en aquella provincia que, entre todas las demás, se mostraba más proclive a la guerra mientras hubiera botín o dinero y que abundaba en hombres jóvenes. Se libró de nuevo otra batalla campal, con el mismo resultado para ambas partes. Murieron más de trece mil enemigos, se hizo prisioneros a más de dos mil y se capturaron cuarenta y dos estandartes y nueve elefantes. Para entonces, casi todas las tribus de Hispania se inclinaron por Roma, y los éxitos obtenidos en Hispania aquel verano fueron mucho mayores que los de Italia.

LIBRO XXIV. LA REVOLUCIÓN EN SIRACUSA.

[24.1] *(215 a.C.)* Tras su regreso desde Campania al Brucio, Hanón, con la ayuda y guía de los brucios, atacó las ciudades griegas. Estas continuaron firmes en su adhesión a Roma, más aún al ver que los brucios, a quienes temían y odiaban, tomaban partido por los cartagineses. Regio fue el primer lugar que atacó, pasando allí varios días sin ningún resultado. Mientras tanto, los locrenses se apresuraron a llevar su grano y todo cuanto se pudiera precisar desde los campos a la ciudad, no solo por seguridad, sino también para que no quedase al enemigo nada que saquear. Cada día salía gran número de personas por todas las puertas hasta que, al fin, solo quedaron seiscientos en la ciudad: los que tenían obligación de reparar los muros y puertas o mantener un depósito de armas sobre las murallas. En contra de aquel grupo diverso de todas las clases y edades, vagando por los campos y en su mayoría desarmados, Amílcar envió a su caballería con orden de no herir a nadie, sino simplemente de ponerlos en fuga y cortarles luego la vuelta a la ciudad. Había tomado posiciones en un terreno elevado donde tenía una vista completa del campo y de la ciudad, y dio órdenes para que una de las cohortes brucias se llegaran hasta las murallas e invitaran a conferenciar a los hombres notables de la ciudad, y que si consentían tratasen de persuadirlos para que traicionasen la ciudad, prometiéndoles, si lo hacían, la amistad de Aníbal. La conferencia tuvo lugar, pero no concedieron ningún crédito a lo que decían los brucios, hasta que los cartagineses mismos se mostraron sobre las colinas y unos pocos de los que escaparon hasta la ciudad llevaron las noticias de que toda la población estaba en manos del enemigo. Desconcertados por el terror, contestaron que deseaban consultar al pueblo, convocándose en seguida una Asamblea. Todos los que se sentían inquietos y descontentos preferían una nueva política y una nueva alianza, mientras que aquellos cuyos parientes habían sido mantenidos fuera de la ciudad por el enemigo se sentían tan comprometidos como si hubieran entregado rehenes. Algunos estaban a favor de mantener su lealtad a Roma, pero guardaron silencio en lugar de aventurarse a defender su opinión. Se aprobó una resolución con aparente unanimidad a favor de rendirse a los cartagineses. Lucio Atilio, el prefecto de la guarnición, y sus hombres fueron conducidos secretamente hasta el puerto y embarcados en una nave para transportarlos a Regio; Amílcar y sus cartagineses fueron recibidos dentro de la ciudad en el entendimiento de que se concluiría pronto un tratado en igualdad de términos. Esta condición estuvo a punto de romperse, pues los cartagineses acusaron a los locrenses de traición por dejar escapar a los romanos de mala fe, mientras que los locrenses aducían que se habían escapado. Envió alguna caballería para perseguirlos, por si la marea del estrecho hubiera provocado algún retraso en la salida de los buques o los hubiese arrastrado a tierra. No adelantaron a los que perseguían, pero vieron algunos barcos cruzar el estrecho de Mesina hacia Regio. Estos eran los soldados romanos que habían sido enviados por Claudio, el pretor, para defender la ciudad. Así que los cartagineses se retiraron enseguida de Regio. Por orden de Aníbal, se concedió la paz a los locrenses; serían independientes y vivirían bajo sus propias leyes; la ciudad estaría abierta a los cartagineses, los locrenses tendrían control exclusivo del puerto y la alianza estaría basada sobre el principio del apoyo mutuo: los cartagineses auxiliarían a los locrenses y los locrenses a los cartagineses, en la paz y en la guerra.

[24.2] Así, los cartagineses se retiraron de los estrechos en medio de las protestas de los brucios, quienes se quejaron de que las ciudades de Regio y Locri, cuyo botín se les había señalado, hubieran permanecido intactas. Decidieron actuar por su cuenta, y tras alistar y armar a quince mil de sus propios soldados, se dirigieron a atacar Crotona, una ciudad griega situada en la costa. Imaginaban que podían acrecentar inmensamente su fuerza si poseían una ciudad marítima con un puerto fortificado. Lo que les preocupaba era que no podían aventurarse a llamar a los cartagineses en su ayuda, para que no pensaran que no habían actuado como debían hacerlo los aliados, y también porque, si el cartaginés resultaba ser por segunda vez el abogado de la paz y no el de la guerra, temían que habrían luchado en vano contra la libertad de Crotona, como lo habían hecho

contra la de Locri. Les pareció el mejor camino mandar embajadores a Aníbal y obtener de él la garantía de que, tras su captura, Crotona pasaría a los brucios. Aníbal les dijo que era un asunto a solventar por quienes estaban en el lugar y los remitió a Hanón; pues ni él ni Hanón querían que fuera saqueada aquella famosa y rica ciudad, y esperaban que cuando los brucios la atacaran y vieran que los cartagineses ni los auxiliaban ni aprobaban el ataque, los defensores vendrían con Aníbal cuanto antes.

En Crotona no había ni unidad de objetivos ni de sentimientos; parecía como si una enfermedad hubiera atacado a todas las ciudades de Italia por igual, en todas partes la población era hostil a la aristocracia. El Senado de Crotona era favorable a los romanos, la plebe quería poner su república en manos de los cartagineses. Esta división de opiniones en la ciudad fue comunicada a los brucios por un desertor. Según sus declaraciones, Aristómaco era el líder de la plebe e incitaba la rendición de la ciudad, que era extensa y estaba densamente poblada, con fortificaciones cubriendo un gran área. Las posiciones ocupadas por los senadores eran pocas y estaban dispersas, las que estaban en manos del pueblo resultaban accesibles. A sugerencia del desertor, y bajo su guía, los brucios cercaron completamente la ciudad y al primer asalto les dejó entrar el pueblo, y se apoderaron de todo el lugar con excepción de la ciudadela. Esta quedó en poder de los aristócratas, que lo habían preparado de antemano como un lugar donde refugiarse en caso de que algo así pudiera ocurrir. Aristómaco también huyó allí y declaró que él había aconsejado la rendición de la ciudad a los cartagineses, no a los brucios.

[24,3] Antes de la llegada de Pirro a Italia, la ciudad de Crotona tenia murallas que formaban un circuito de doce millas. Tras la devastación producida por la guerra, apenas la mitad del lugar estaba habitado; el río, que solía fluir por en medio de la ciudad, corría ahora por la parte exterior a donde estaban las casas y la ciudadela quedaba a considerable distancia de ellas. A seis millas de esta famosa ciudad había un templo aún más famoso dedicado a Juno Lacinia, objeto de veneración de todas las poblaciones circundantes. Había aquí un bosque sagrado rodeado una densa arboleda y altos abetos, en cuya mitad existía un claro que ofrecía un delicioso pasto. En este claro solía pacer ganado de todo tipo, consagrado a la diosa, sin que nadie cuidase de él; al caer de la noche los distintos rebaños se separaban en sus propios establos sin que ningún animal de presa les acechase ni humano alguno los robase. Este ganado era fuente de grandes beneficios, con el dinero de él obtenido se construyó una columna de oro macizo que se dedicó a la diosa. Así, el templo se hizo famoso por su riqueza tanto como por su santidad y, como suele generalmente suceder en estos lugares célebres, también se le atribuyeron algunos milagros. Se decía que, habitualmente, había un altar colocado en el pórtico del templo y que las cenizas que allí estaban nunca se agitaban con el viento.

La ciudadela de Crotona, que dominaba el mar por un lado y que por el otro estaba en pendiente hacia el campo, estaba protegida al principio únicamente por su posición natural; posteriormente se le protegió más mediante una muralla, por el lado por donde Dionisio, el tirano de Sicilia, aprovechando unas rocas la capturó mediante una estratagema. Fue esta ciudadela la que ahora ocupaban los aristócratas de Crotona, considerándola como una fortaleza bastante segura, mientras que la plebe, junto a los brucios, les sitiaba. Por fin, Los brucios vieron que nunca podrían tomar el lugar con sus propias fuerzas y se vieron obligados a recurrir a Hanón en busca de ayuda. Trató de conseguir que los crotonenses se rindieran con la condición de admitir una colonia brucia y permitir que su ciudad, agotada y asolada por una guerra tras otra, recuperase su antigua populosidad. Ni un solo hombre entre ellos, a excepción de Aristómaco, lo escuchó. Dijeron que antes preferían morir que mezclarse con brucios, cambiar sus ceremonias, costumbres, leyes y hasta a una lengua extranjera. Aristómaco, al verse impotente para persuadirles a que se rindieran y sin ocasión para traicionar la ciudadela como había traicionado la ciudad, se fue en solitario con Hanón. Poco después, algunos embajadores de Locri que, con el permiso de Hanón, habían tenido acceso a la ciudadela, les convencieron de que ser trasladados a Locri en vez de afrontar las últimas

consecuencias. Esta ya había dado cuenta a Aníbal de esto y obtenido su consentimiento para proceder así. Así, dejaron Crotona y fueron conducidos al mar, puestos a bordo de un barco y llevados en grupo a Locri. En Apulia, ni el invierno transcurrió en calma entre los romanos y Aníbal. Sempronio estaba invernando en Lucera y Aníbal no muy lejos de Arpi; se produjeron algunas escaramuzas entre ellos cuando se presentó ocasión o cuando algún bando vio oportunidad; estos roces con el enemigo hicieron a los romanos cada día más eficaces y más familiarizados con los astutos métodos de sus oponentes.

[24.4] En Sicilia, la posición de los romanos quedó completamente alterada por la muerte de Hierón *(215 a.C.)* y la sucesión al trono de su nieto Jerónimo, que era sólo un muchacho y apenas capaz de usar su propia libertad, y menos aún su poder soberano, con moderación. Con aquella edad y con aquel temperamento, tutores y amigos por igual trataron de hundirlo en toda clase de excesos. Según se dice, Hierón, previendo lo que iba a pasar, estaba ansioso al final de su larga vida por dejar Siracusa como un estado libre, no fuera que el reino que había adquirido y construido por métodos honorables cayera en la ruina bajo el despotismo de un muchacho. Su proyecto se encontró con la más tenaz oposición de sus hijas. Estas imaginaban que mientras que el muchacho conservase en título de rey, el poder podría recaer realmente en ellas y sus maridos, Andranodoro y Zoipo, a quienes el rey se proponía dejar como tutores principales del niño. No era cosa fácil para un hombre de noventa años, noche y día sujeto a la persuasión y halagos de dos mujeres, mantener la mente despierta y hacer que los intereses públicos predominaran sobre los privados en sus pensamientos. Así, todo lo que pudo hacer fue dejar quince tutores a cargo de su hijo, y les imploró en su lecho de muerte para mantuviesen intactas las relaciones de lealtad con Roma, que había cultivado desde hacía cincuenta años, y cuidaran que el joven, sobre todas las cosas, siguiera sus pasos y se adhiera a los principios en los que se había criado. Tales fueron sus disposiciones. Cuando el rey exhaló su último suspiro, los guardianes dieron cuenta del testamento y presentaron al muchacho, que por entonces tenía unos quince años, ante la asamblea del pueblo. Algunos, que habían tomado posición en distintos sitios para aclamarlo, gritaron su aprobación al testamento; la mayoría, sintiéndose como si hubiesen perdido al padre, temían lo peor ahora que el Estado estaba huérfano. Luego siguió el funeral del rey, que fue honrado más por el amor y el afecto de sus súbditos que por cualquier dolor entre sus propios parientes. Poco después, Andranodoro se deshizo del resto de tutores con la excusa de que Jerónimo era ya un hombre joven y capaz de asumir el gobierno; renunciando él mismo a la tutela que compartía con los otros, concentró todos los poderes en su persona.

[24,5] Incluso un príncipe bueno y sensato hubiera tenido difícil hacerse popular entre los siracusanos como sucesor de su amado Hierón. Pero Jerónimo, como si estuviera ansioso por hacer sentir aún más intensamente la pérdida de su abuelo con sus propios vicios, mostró desde su primera aparición en público cuánto había cambiado todo. Aquellos que, durante tantos años, habían visto a Hierón y a su hijo, Gelón, andar sin que nada en su vestimenta mostrase su realeza para distinguirlos del resto de sus compatriotas, contemplaban ahora a Jerónimo vestido de púrpura, llevando una diadema, rodeado de una escolta armada, e incluso a veces salir de su palacio en una carroza tirada por cuatro caballos blancos, al estilo de Dionisio el tirano. Muy en consonancia con esta extravagante asunción del estado y la pompa estaba el desprecio que mostraba por todos; el tono insolente con que se dirigía a aquellos que le solicitaban audiencia; el modo en que se hacía de difícil acceso, no solo a forasteros sino incluso a sus tutores; sus pasiones monstruosas y su inhumana crueldad. Tal terror se apoderó de todo el mundo que algunos de sus tutores prevenían la muerte por tortura mediante el suicidio o la huida. A tres de ellos, los únicos que tenían acceso familiar al palacio, Andranodoro y Zoipo, los yernos de Hierón, y un cierto Trasón, no se les tenía muy en cuenta en ningún otro asunto; pero como los dos primeros estaban de parte de los cartagineses y Trasón del de los romanos, sus acaloradas discusiones y disputas atrajeron la

atención del joven rey. Una conspiración contra la vida del déspota fue revelada por un tal Calón, un muchacho de la misma edad que Jerónimo y acostumbrado desde su niñez a relacionarse con él en términos de perfecta intimidad. El informante fue capaz de dar el nombre de uno de los conspiradores, Teodoto, por quien él mismo había sido invitado a participar en el complot. Este hombre fue arrestado de inmediato y entregado a Andranodoro para torturarle. Confesó su complicidad sin dudar, pero no dijo nada sobre los demás. Por fin, cuando se le sometió a duros tormentos, demasiado terribles para la resistencia humana, fingió ser superado por sus sufrimientos y en vez de descubrir los nombres de los culpables apuntó a un hombre inocente, acusando falsamente a Trasón de ser el cabecilla de la trama. Declaró que, de no tener aquel hombre tan influyente para guiarles, nunca se habrían aventurado en tan grave empresa. Pergeñó aquella historia entre gemidos de angustia y mencionaba los nombres conforme se le ocurrían, cuidando de elegir los más despreciables entre los cortesanos del rey. Fue la mención de Trasón lo que pesó más en persuadir al rey de la veracidad de la historia; fue ejecutado de inmediato y los demás, tan inocentes como él, compartieron su destino. A pesar de que su cómplice estuvo bajo tortura durante mucho tiempo, ni uno de los conspiradores reales se ocultó o buscó refugio huyendo, tan grande era su confianza en el valor y el honor de Teodoto, y tan grande la firmeza con la que guardó su secreto.

[24.6] El único enlace con Roma había desaparecido con Trasón y no había ninguna duda sobre el giro de la situación hacia la rebelión. Se mandaron embajadores a Aníbal, que envió de vuelta, junto a un joven noble llamado también Aníbal, otros dos embajadores, Hipócrates y Epícides, nativos de Cartago y cartagineses por parte de madre, aunque su abuelo era un refugiado de Siracusa. Por sus oficios se firmó una alianza entre Aníbal y el tirano de Siracusa y, con el consentimiento de Aníbal, se quedaron junto a Jerónimo. Tan pronto como Apio Claudio, que estaba al mando en Sicilia, tuvo noticias de esto, mandó embajadores a Jerónimo. Cuando anunciaron que habían venido a renovar la alianza que existía con su abuelo, se rieron de ellos y, cuando ya se marchaban, el rey les preguntó con burlas qué tal suerte habían corrido en la batalla de Cannas, pues apenas podía creer lo que los enviados de Aníbal le contaron; quería saber la verdad para poder decidirse sobre cuál de los caminos a seguir le ofrecía las mejores perspectivas. Los romanos le dijeron que volverían nuevamente ante él cuando hubiera aprendido a recibir con seriedad las embajadas y, después de advertirle, en vez de pedirle, que no diera de lado a la ligera su alianza, se marcharon. Jerónimo mandó embajadores a Cartago para concluir un tratado en los términos de su alianza con Aníbal. Se acordó en este pacto que después de haber expulsado a los romanos de Sicilia -lo que se haría prontamente si se enviaba una flota y un ejército-, el río Himera, que divide casi en partes iguales la isla, vendría a ser la frontera entre los dominios de Siracusa y los de Cartago. Hinchado por la adulación de las gentes que le decían que debía seguir los pasos no ya de Hierón, sino los de su abuelo materno, el rey Pirro, Jerónimo envió una segunda legación a Aníbal para decirle que pensaba que lo justo sería que toda Sicilia le fuera cedida y que Cartago debería reclamar el imperio sobre Italia como propio. Tal frivolidad y jactancia no sorprendieron en el exaltado joven, de quien solo preocupaba que se mantuviese lejos de Roma.

[24.7] Pero todas estas cosas lo precipitaban hacia su ruina. Había enviado a Hipócrates y a Epícides por delante, cada uno con dos mil soldados, para atacar algunas ciudades que estaban ocupadas por guarniciones romanas, mientras que él mismo avanzaba hacia Leontini con quince mil infantes y jinetes, que suponían el resto de su ejército. Los conspiradores, que resultaban estar todos en filas, se apoderaron de una casa vacía con vistas a la estrecha calle por la que el rey solía bajar al foro. Mientras estaban todos delante de la casa, con todas sus armas, esperando que pasase el rey, a uno de ellos, llamado Dinomenes, se le encargó, por ser uno de los guardaespaldas, mantener atrás a la multitud, por cualquier medio, cuando el rey se acercase a la puerta de la casa. Todo se hizo como se había convenido. Aparentando aflojar uno de los lazos que le apretaba demasiado el pie, Dinomenes retrasó al cortejo y consiguió abrir un hueco tan grande entre ellos que cuando el rey fue

atacado en ausencia de sus guardias, resultó apuñalado en varias partes antes de que le pudiera llegar ayuda. Tan pronto escucharon los gritos y el tumulto, la guardia arrojó sus jabalinas sobre Dinomenes, que sin duda estaba bloqueando el camino, y que escapó con solo dos heridas. Cuando vieron al rey tendido en el suelo, sus acompañantes huyeron. Algunos de los asesinos se dirigieron al pueblo, que estaba reunido en el foro regocijándose con su recobrada libertad; otros se apresuraron a ir a Siracusa para impedir los planes de Adranodoro y el resto de los hombres del rey. En este estado de cosas crítico, Apio Claudio, al darse cuenta de que empezaba una guerra en su vecindad, envió un despacho al Senado informándole de que Sicilia estaba siendo ganada para Cartago y Aníbal. Para frustrar los planes que se tramaban en Siracusa, trasladó todas las guarniciones a la frontera entre la provincia romana y los dominios del difunto rey. Al término del año, Quinto Fabio fue autorizado por el Senado para reforzar Pozzuoli, donde la colonia comercial había visto aumentar mucho su población durante la guerra, y también para situar en ella una guarnición. Durante su camino a Roma, donde iba para celebrar las elecciones, dio aviso de que las convocaría para el primer día hábil en que pudiera fijarlas, y después, para ahorrar tiempo, marchó sin entrar en la Ciudad, hasta el Campo de Marte. Aquel día, la suerte de la primera votación recayó en la centuria de jóvenes de la tribu de los Anios, que dio su voto a Tito Otacilio y Marco Emilio Regilo, cuando Quinto Fabio, habiendo obtenido el silencio, pronunció el siguiente discurso:

[24.8] *Si Italia estuviese en paz, o si tuviéramos entre manos una guerra y un enemigo ante los que gozásemos de mayor margen de error, consideraría que le preocupaban poco vuestras libertades a cualquiera que viniese a detener el entusiasmo con que habéis acudido aquí, al Campo de Marte, a conferir honores a los hombres de vuestra elección. Pero en esta guerra, enfrentando a este enemigo, ninguno de nuestros generales ha cometido nunca un solo error que no nos haya involucrado en los más graves desastres; así pues, lo único adecuado es que ejerzáis vuestra libertad en la elección de cónsules tanta seriedad como la que mostráis al marchar armados al combate. Cada hombre debe decirse: Nombro al cónsul que será el igual de Aníbal. Ha sido este año cuando Vibelio Táurea, el primero de los caballeros campanos, desafió y se enfrentó con Aselo Claudio, el mejor jinete romano, en Capua. Contra un galo, que lanzó en tiempos su desafío en el puente sobre el Anio, enviaron nuestros antepasados a Tito Manlio, un hombre diestro y de coraje indomable. No muchos años después, me atrevo a decir que armado con el mismo valor y confianza, el mismo Marco Valerio se armó contra el galo que le desafió del mismo modo a combate singular. Del mismo modo que deseamos que nuestra infantería y nuestra caballería sean las más fuertes, o si eso fuera imposible que resultase por lo menos igual a la del enemigo, así debemos buscar un jefe por lo menos igual al suyo. Incluso si elegimos como nuestro jefe al mejor general de la república, solo es elegido por un año, e inmediatamente después de su elección tendrá que enfrentarse a un estratega veterano que no está constreñido por ningún límite de tiempo o autoridad, ni impedido de formar y ejecutar cualesquiera planes que requieran las necesidades de la guerra. En nuestro caso, por el contrario, se nos va el año simplemente entre hacer los preparativos y dar inicio a una campaña. He dicho lo suficiente en cuanto a la clase de hombres que debéis elegir como vuestros cónsules; permitidme decir unas palabras sobre los hombres en cuyo favor se ha producido la primera votación. Marco Emilio Regilo es el flamen Quirinal; no podemos descargarle de sus deberes sagrados sin descuidar nuestra obligación para con los dioses y no podemos mantenerlo en casa sin descuidar la debida atención a la guerra. Otacilio está casado con la hija de mi hermana y tiene hijos con ella, pero las obligaciones que me habéis conferido a mí y a mis antepasados no son tales como para que yo anteponga las relaciones privadas al bienestar del Estado. En un mar en calma cualquier marinero, cualquier pasajero, puede dirigir el barco; pero cuando surge una violenta tormenta y el barco es impulsado por el viento sobre las aguas turbulentas, entonces queréis tener alguien que sea un auténtico piloto. No navegamos ahora en aguas tranquilas, ya hemos casi naufragado en la muchas tormentas que nos han azotado y, por lo tanto, debéis emplear de la máxima previsión y prudencia al elegir al hombre*

que ha de tomar el timón.

En cuanto a ti, Tito Otacilio, ya hemos tenido alguna experiencia sobre tu dirección de operaciones relativamente poco importantes, y desde luego no nos has dado motivo alguno para que te confiemos otras de más envergadura. Había tres objetivos por los que equipamos este año la flota que tú mandaste: asolar la costa africana, asegurarnos la costa Italiana y, lo más importante de todo, impedir que llegase cualquier refuerzo, dinero o suministros que enviasen desde Cartago para Aníbal. Si Tito Otacilio ha cumplido, no diré ya todos, sino solo alguno de estos objetivos, elegidlo sin dudar cónsul en beneficio de la república. Pero, si mientras estabas al mando de la flota, le llegó a Aníbal sano y salvo todo cuando precisaba desde su hogar, si la costa de Italia este año ha estado en mayor peligro que la de África, ¿qué motivo plausible puedes ofrecer para que se te erija justamente a ti para enfrentarte a Aníbal? Si tú fueses cónsul tendríamos que seguir el ejemplo de nuestros antepasados y nombrar un dictador, y no podrías tomar como un insulto que alguno, entre todos los ciudadanos de Roma, fuera considerado mejor estratega que tú. Es a ti a quien más importa, Tito Otacilio, que no se eche sobre tus hombros una carga que te aplastaría. Y a vosotros, compatriotas míos, apelo solemnemente para recordaros lo que estáis a punto de hacer. Imaginaos armados y formados en vuestras filas sobre el campo de batalla; de repente, os llaman para elegir dos jefes bajo cuyo auspicioso generalato debáis luchar. Elegid hoy con el mismo ánimo a los cónsules a quienes prestarán juramento vuestros hijos, a cuya convocatoria se reunirán en asamblea y bajo cuya tutela y protección habrán de servir. Trasimeno y Cannas son tristes precedentes a recordar, pero son también solemnes advertencias para protegerse contra desastres similares. ¡Ujier! llama nuevamente a la centuria aniense de jóvenes para que voten otra vez.

[24,9] Tito Otacilio estaba enfurecido, exclamando a gritos que Fabio quería ver prolongado su consulado, y como persistía en provocar disturbios, el cónsul ordenó a los lictores que se le aproximasen y le advirtiesen de que, como había marchado directamente hacia el Campo de Marte sin entrar en la Ciudad, las hachas estaban aún en las fasces. La votación, entre tanto, se había reanudado y la primera votó a favor de Quinto Fabio Máximo como cónsul, por cuarta vez, y de Marco Marcelo por tercera. Todas las demás centurias votaron sin excepción por los mismos hombres. A Quinto Fulvio Flaco se le prorrogó la pretura y para las demás se nombraron otros distintos: Tito Otacilio Craso fue pretor por segunda vez, Quinto Fabio, un hijo del cónsul y edil curul en el momento de su elección, y Publio Cornelio Léntulo. Cuando finalizó la elección de los pretores, el Senado aprobó una resolución por la que a Quinto Fulvio se le encomendaría la Ciudad como su provincia y que cuando los cónsules hubieran partido para la guerra él tendría el mando en casa. Hubo dos grandes inundaciones este año; el Tíber anegó los campos, provocando una destrucción generalizada de edificios agrícolas, provisiones y muchas pérdidas de vidas. Fue en el quinto año de la Segunda Guerra Púnica cuando Quinto Fabio Máximo asumió el consulado por cuarta vez y Marco Claudio Marcelo por tercera *(214 a.C.)*. Su elección provocó un interés inusual entre los ciudadanos, pues había pasado mucho tiempo desde que habían tenido un par de cónsules como ellos. Los ancianos recordaban que Máximo Rulo había sido elegido de una forma similar, junto con Publio Decio, a causa de la guerra Gala, y también luego, del mismo modo, Papirio y Carvilio habían sido elegidos cónsules para actuar contra los samnitas y los brucios así como contra los lucanos y tarentinos. Marcelo fue elegido estando ausente, mientras permanecía con el ejército. Fabio fue reelegido cuando estaba ocupando el cargo y, de hecho, celebrando las elecciones. Irregular como resultaba, las circunstancias del momento, las exigencias de la guerra, la crítica posición de la república impidieron que nadie inquiriese sobre los precedentes o sospechase que el cónsul ambicionaba el poder. Por el contrario, alabaron su grandeza de espíritu, pues cuando supo que la República necesita de su mejor general, y que él lo era sin duda, pensó menos en los odios personales en que pudiera incurrir que en el interés de la república.

[24.10] El día en que los cónsules tomaron posesión del cargo[9], se celebró una reunión en el Capitolio. El primer decreto aprobado consistió en que los cónsules debían sortear entre ellos o ponerse de acuerdo en cuál dirigiría la elección de censores antes de partir a reunirse con el ejército. Un segundo decreto amplió el mando militar de los anteriores cónsules, que se encontraban con sus ejércitos, y se les ordenó permanecer en sus respectivas provincias: Tiberio Graco en Lucera, donde estaba estacionado con su ejército de esclavos voluntarios, Cayo Terencio Varrón en territorio picentino y Manio Pomponio en territorio galo. Los pretores del año anterior actuarían como propretores; Quinto Mucio se ocuparía de Cerdeña y Marco Valerio permanecería al mando de la costa, con sus cuarteles en Brindisi, donde debería estar alerta contra cualquier movimiento por parte de Filipo de Macedonia. La provincia de Sicilia se asignó a Publio Cornelio Léntulo, uno de los pretores, y Tito Otacilio fue a mandar la misma flota que había tenido el año anterior para actuar contra los cartagineses. Se anunciaron aquel año muchos portentos, y cuando más numerosos eran los hombres de mentes sencillas y piadosas que creían en ellos, más numerosas eran las notificaciones. Justo en el interior del templo de Juno Sospita en Lanuvio algunos cuervos habían construido un nido; en Apulia se incendió una palmera verde; en Mantua, una piscina formada por el desbordamiento del agua del Mincio adoptó la apariencia de sangre; en Calvi Risorta llovió greda y en Roma, en el Foro Boario, sangre; en el barrio Insteiano fluyó una corriente subterránea con tal violencia que arrastró algunas tinajas y toneles que allí había, como si hubieran sido barridas por un torrente; fueron alcanzados por el rayo el atrio público del Capitolio, el templo de Vulcano en el Campo de Marte, el de Vacuna y un camino público en territorio sabino y las murallas y una de las puertas de Gabii. Luego se informó de otras maravillas: la lanza de Marte, en Palestrina, se movió por sí misma; en Sicilia habló un buey; un nonato, entre los marrucinos, gritó *¡Viva! ¡Victoria!* dentro del vientre de su madre; en Spoleto una mujer se convirtió en hombre; en Atri fue visto un altar en el cielo con hombres vestidos de blanco en pie en torno a él; y finalmente en Roma, en la misma Ciudad, un enjambre de abejas fue visto en el foro e inmediatamente después algunas personas empezaron a gritar *¡a las armas!*, declarando que vieron legiones armadas en el Janículo, aunque las personas que estaban en aquel momento en la colina dijeron que no vieron a nadie, excepto a los que trabajaban allí habitualmente en los jardines. Estos portentos fueron expiados mediante víctimas mayores, de acuerdo con las instrucciones de los arúspices, y se ordenaron solemnes rogativas a todos los dioses que poseían santuarios en Roma.

[24.11] Cuando se hubo practicado todo para asegurar *la paz de los dioses*, los cónsules presentaron ante el Senado las cuestiones relativas a la política del Estado, la dirección de la guerra y la cantidad y disposición de las fuerzas militares y navales de la república. Se decidió poner dieciocho legiones en campaña. Cada uno de los cónsules tendría dos; la Galia, Sicilia y Cerdeña serían guarnecidas cada una por dos legiones; Quinto Fabio, el pretor, se haría cargo del mando de las dos de Apulia y Tiberio Graco mantendría sus dos legiones de esclavos voluntarios en Lucera. Una legión quedaría en el Piceno con Cayo Terencio, otra más con Marco Valerio en Brindisi, para la flota, y se dejarían dos para defender la Ciudad. Para alcanzar este número de legiones habrían de alistarse seis nuevas. Los cónsules se dispusieron a alistarlas tan pronto como pudieran, y a equipar una flota de manera que, con los barcos apostados frente a la costa calabresa, la armada de aquel año pudiera incrementarse hasta los ciento cincuenta grandes buques de guerra. Tras alistar las tropas y botar cien nuevas naves, Quinto Fabio celebró los comicios para la elección de censores; los elegidos fueron Marco Atilio Régulo y Publio Furio Filo. Como los rumores de guerra en Sicilia se hacían más frecuentes, Tito Otacilio se dirigió navegando allí con su flota. Como había falta de marineros, los cónsules, actuando según una disposición del Senado, publicaron una orden por la que cada uno de los que hubieran sido censados o cuyo padre hubiera sido censado, en la censura de Lucio Emilio y Cayo Flaminio, con una fortuna de entre cincuenta mil a cien mil ases, o que

9 El 15 de marzo del 214 a.C.; no se cambiaría la fecha al 1º de enero hasta el año 153 a.C., a consecuencia de la dura guerra numantina y la lejanía a Roma.-N. del T.

hubieran alcanzado desde entonces aquella cantidad, deberían proporcionar cada uno un marinero y seis meses de sueldo; los que poseyeran una fortuna evaluada entre cien mil y trescientos mil ases debían proporcionar tres marineros y doce meses de sueldo; los que poseyeran entre trescientos mil y un millón debían contribuir con cinco marineros y, por encima de esta cantidad, siete. Los senadores debían presentar ocho marineros y la soldada de un año. Los marineros así dispuestos, tras ser armados y equipados por sus amos, subieron a bordo con las raciones para treinta días. Esta fue la primera ocasión en que se alistó una flota romana con marineros costeados por los particulares.

[24.12] La extraordinaria magnitud con que se efectuaron estos preparativos dejaron a los campanos consternados; temían que los romanos iniciaran ese año su campaña sitiando Capua. Por tanto, mandaron embajadores ante Aníbal implorándole que llevase su ejército hasta Capua; nuevos ejércitos, le informaron, habían sido levantados en Roma con el propósito de atacarles, y no había ciudad de cuya defección se resintiesen más los romanos que la suya. Debido a la urgencia del mensaje, Aníbal sintió que debía perder tiempo, por si los romanos se le anticipaban, y dejando Arpi asentó su posición en su antiguo campamento en el Tifata, sobre Capua. Dejando sus númidas e hispanos para proteger el campamento y Capua a la vez, descendió con el resto de su ejército al Lago Averno, con el aparente propósito de sacrificar, pero en realidad para hacer un intento contra Pozzuoli y su guarnición. Tan pronto como le llegaron las noticias de la partida de Aníbal de Arpi y su regreso a la Campania, Máximo regresó con su ejército, viajando día y noche y envió órdenes a Tiberio Graco para que moviera sus fuerzas de Lucera a Benevento, mientras que a Quinto Fabio, el pretor e hijo del cónsul, se le ordenó que ocupase el lugar de Graco en Lucera. Por entonces, salieron dos pretores hacia Sicilia: Publio Cornelio para el ejército y Tito Otacilio para hacerse cargo de la costa y dirigir las operaciones navales. Todos los demás marcharon a sus respectivas provincias, y aquellos cuyo mandato había sido prorrogado se mantuvieron en los mismos territorios que habían ocupado el año anterior.

[24.13] Estando Aníbal en el lago Averno fue visitado por cinco jóvenes nobles de Tarento que habían sido hechos prisioneros, unos en el Trasimeno y otros en Cannas, y que después habían sido enviados a sus hogares con el mismo trato cortés que los cartagineses habían mostrado hacia todos los aliados de Roma. Le dijeron que no habían olvidado su amabilidad y que por gratitud habían persuadido a la mayoría de los hombres más jóvenes de Tarento para que escogiesen la amistad y la alianza de Aníbal con preferencia sobre la de los romanos; sus compatriotas les habían enviado que marchase cerca de Tarento. *Con que únicamente tus estandartes y campamento*, declararon, *fuesen vistos en Tarento, no se vacilaría en poner la ciudad en tus manos. El pueblo está en manos de los hombres más jóvenes, y el gobierno de Tarento está en manos del pueblo.* Aníbal les abrumó con alabanzas, les cargó con espléndidas promesas y les pidió que regresasen a casa para madurar sus planes. Él mismo se presentaría en el momento adecuado. Con esta esperanza, se despidió a los tarentinos. El propio Aníbal ansiaba sobremanera apoderarse de Tarento; veía que era una ciudad rica y noble y, lo que era más importante, se trataba de una ciudad marítima en la costa frente a Macedonia; como los romanos mantenían Brindisi, esta podría ser la puerta por la que el rey Filipo entrase si ponía rumbo a Italia. Después de realizar los ritos sagrados que eran la excusa para su venida, y habiendo durante su estancia devastado el territorio de Cumas hasta donde el cabo de Miseno, marchó repentinamente hacia Pozzuoli esperando sorprender a la guarnición romana. Había allí seis mil soldados y la plaza estaba muy fortificada, no solo por su naturaleza. Los cartagineses pasaron tres días allí, atacando la fortaleza por todas partes, y al no tener éxito alguno se dedicó a asolar el territorio alrededor de Nápoles, más por rabia y decepción que por esperanza en apoderarse de la ciudad. El pueblo de Nola, que había permanecido mucho tiempo desafecto a Roma y en desacuerdo con su propio senado, se entusiasmó grandemente con su presencia en territorio tan próximo al suyo. En consecuencia, sus embajadores llegaron para invitar

a Aníbal y asegurarle positivamente que la ciudad se le entregaría. Sus intenciones fueron anticipadas por el cónsul Marcelo, que había sido llamado por los ciudadanos más notables. En un día, marchó desde Calvi Risorta hasta Arienzo a pesar del retraso por el cruce del río Volturno, y a la noche siguiente introdujo en Nola seis mil infantes y quinientos jinetes para proteger al senado. Mientras el cónsul actuaba con la mayor energía asegurando Nola contra un ataque, Aníbal perdía el tiempo y, tras dos intentos infructuosos, estaba cada vez menos inclinado a confiar en el pueblo de Nola.

[24,14] Mientras sucedía todo aquello, el cónsul Quinto Fabio atacó Casilino, que estaba sostenida por una guarnición cartaginesa; al mismo tiempo, como si actuasen de acuerdo, Hanón, marchando desde el Brucio con un poderoso cuerpo de jinetes e infantes, llegaba a Benevento por un lado y Tiberio Graco, desde Lucera, se acercaba desde la dirección contraria. Este llegó el primero a la ciudad y, oyendo que Hanón había acampado junto al río Calore, a unas tres millas de la ciudad, y que estaba devastando los campos, salió de la ciudad y asentó su campamento como a una milla del enemigo. Aquí reunió sus tropas en una asamblea. Sus legiones estaban compuestas en su mayoría por esclavos voluntarios que se habían hecho a la idea de ganar su libertad sin murmuraciones y sirviendo otro año más, en lugar de exigirlo abiertamente. Había advertido, sin embargo, al salir de sus cuarteles de invierno, que existían "crecientes rumores de descontento en el ejército, pues los soldados se preguntaban si alguna vez servirían como hombres libres". A consecuencia de esto, había enviado una carta al Senado en la que indicaba no tanto lo que querían como lo que se merecían; le habían rendido hasta el momento buenos y valientes servicios y solo les separaba del nivel de los soldados normales la cuestión de su libertad personal. Sobre aquel asunto, se le había concedido autorización para que actuase como creyese mejor para los intereses de la república. Así que, antes de cerrar con el enemigo, les anunció que había llegado el momento que tanto habían esperado, y que ya era el momento de ganar su libertad. Al día siguiente se libraría una batalla campal, en una llanura abierta y expedita, donde habría amplio margen para el auténtico valor, sin temor a emboscadas. Cualquiera que trajese de vuelta la cabeza de un enemigo, sería al momento, por orden suya, declarado hombre libre; a cualquiera que abandonase su puesto en las filas, él le castigaría con la muerte de un esclavo. La fortuna de cada hombre estaba en sus propias manos. No solo él era el autor de su libertad, sino también el cónsul Marcelo y la totalidad del Senado, a quien había consultado y que le había autorizado a obrar con libertad. Luego leyó el despacho de Marcelo y la resolución aprobada en el Senado. Estos fueron recibidos con un clamor intenso y general. Exigieron que les llevara de inmediato al combate y le presionaron para que diera la señal. Graco anunció que la batalla se daría al día siguiente y despidió los hombres. Los soldados tenían la moral alta, en especial aquellos que esperaban ganar su libertad con el trabajo duro de un día, y pasaron el resto de la jornada alistando sus armas y corazas.

[24.15] Cuando, por la mañana del día siguiente, sonaron los toques de corneta, los esclavos voluntarios fueron los primeros en reunirse frente al pretorio, armados y dispuestos. Tan pronto salió el sol, Graco llevó sus fuerzas al campo de batalla, no retrasándose el enemigo en hacerle frente. Este disponía de diecisiete mil infantes, la mayor parte brucios y lucanos, y de mil doscientos de caballería, entre los que había unos cuantos itálicos y todos los demás númidas y moros. La batalla resultó intensa y larga; durante cuatro horas, ninguno de los dos obtuvo ninguna ventaja. Nada obstaculizó más a los romanos que el haber fijado un precio por las cabezas de sus enemigos, el precio de la libertad; pues tan pronto alguno había atacado furiosamente a un enemigo y le daba muerte, perdía el tiempo cortándole la cabeza -cosa difícil en el tumulto y confusión de la batalla- y después, como sus diestras estaban ocupadas agarrando las cabezas, los mejores soldados no pudieron seguir combatiendo y la batalla quedó para los lentos y menos animosos. Los tribunos militares informaron a su comandante que no se atacaba a los enemigos en sus posiciones, sino que se masacraba a los caídos y los soldados llevaban en sus manos derechas cabezas en lugar de

espadas. Graco les hizo dar orden de inmediato para que arrojasen las cabezas y acometieran al enemigo, y que les dijeran que su valor ya estaba lo bastante probado y que no habría ninguna duda sobre la libertad de los hombres valientes. Tras esto, la lucha se reanudó y hasta la caballería fue enviada contra el enemigo. Los númidas lanzaron un contraataque con gran impetuosidad, y la lucha llegó a ser tan feroz entre las caballerías como lo era entre las infanterías, haciendo dudoso otra vez el resultado. Los comandantes de ambos bandos lanzaron ahora un llamamiento a sus hombres: los romanos señalaban a los brucios y lucanos, tantas veces derrotados y aplastados por sus antepasados; los cartagineses mostrando desprecio hacia los esclavos romanos y los soldados sacados de las cárceles. Por fin, Graco exclamó que no habría esperanza alguna de libertad si no se derrotaba al enemigo aquel día y se le ponía en fuga.

[24,16] Estas palabras encendieron de tal manera su coraje que parecían hombres diferentes; lanzaron nuevamente el grito de guerra y se arrojaron sobre el enemigo con tal fuerza que ya no pudieron resistir su ataque. Quedaron rotas las filas cartaginesas delante de sus estandartes, luego los soldados que rodeaban los estandartes fueron puestos en desorden y, al final, todo su ejército cayó en una completa confusión. No tardaron en quedar derrotados sin dudas, y corrieron a su campamento con tanta prisa y pánico que ni en las puertas ni en la empalizada hubo intento alguno de resistencia. Los romanos casi les pisaban los talones y dio comienzo una nueva batalla dentro de la muralla enemiga. Aquí, los combatientes tenían menos espacio para moverse y el combate resultó aún más sangriento. Los prisioneros que había en el campamento también ayudaban a los romanos, pues tomaron unas espadas en la confusión y, formando en una sólida falange, cayeron sobre los cartagineses por la retaguardia y detuvieron su huida. De aquel gran ejército, escaparon menos de 2.000 hombres, y entre estos la mayor parte fue de la caballería, que consiguió salir con su general; todos los demás fueron muertos o hechos prisioneros, capturándose treinta y ocho estandartes. De los vencedores, apenas cayeron dos mil. La totalidad del botín, con excepción de los prisioneros, se le entregó a los soldados; también se exceptuó todo el ganado que sus propietarios reclamaron en los siguientes treinta días.

En regresar al campamento, cargados con el botín, unos cuatro mil de los esclavos voluntarios que se habían mostrado remisos en el combate y que no se habían unido a la carrera contra el campamento enemigo, se apoderaron de una colina no lejos de su propio campamento, pues temían el castigo. Al día siguiente, Graco ordenó que desfilase su ejército y estos hombres fueron arrastrados por sus oficiales y entraron en el campamento después que el resto del ejército se reuniera. El procónsul otorgó el primer lugar las recompensas militares a los veteranos, de acuerdo con el valor y actos mostrados en la batalla. Luego, volviéndose hacia los esclavos voluntarios, les dijo que habría preferido elogiar a todos por igual, tanto si lo merecían como si no, antes que tener que castigar a nadie aquel día. *Que lo que voy a hacer sea en beneficio, felicidad y prosperidad de la república y vuestro: Os declaro hombres libres.* Tras estas palabras estalló una tormenta de aclamaciones; en un momento se abrazaban y felicitaban unos a otros, al siguiente elevaban sus manos al cielo y rezaban para que descendiesen todas las bendiciones sobre el pueblo de Roma y sobre el propio Graco. Pero Graco continuó: *Antes de igualaros con los hombres libres, no quise hacer marca que distinguiera al soldado valiente del cobarde; pero ahora que la república ha cumplido su palabra para con vosotros, no dejaré de hacer distinción entre valor y cobardía. Pediré que me traigan los nombres de aquellos que, retrayéndose del combate, se separaron luego de nosotros; cuando sean convocados ante mi les haré prestar el juramento de que, mientras están en filas y a menos que se lo impida la enfermedad, comerán y beberán siempre de pie. No os pesará este pequeño castigo cuando reflexionéis en que habría sido imposible imponeros estigma más ligero por vuestra cobardía.*

Dio órdenes luego para que se empacaran las tiendas y otros bagajes, y los soldados, cargando con su botín o llevándolo ante ellos, regresaron alegres a Benevento entre bromas, con los ánimos tan felices que parecían regresar de un día de fiesta y no de una batalla. Toda la población de

Benevento salió en masa a su encuentro en las puertas; abrazaban y felicitaban a los soldados y les invitaban a participar de su hospitalidad. Se habían extendido mesas para ellos en los patios de las casas; los ciudadanos invitaban a los hombres y solicitaron a Graco que permitiese a sus tropas disfrutar de una fiesta. Graco consintió, a condición de que todo el banquete fuese a la vista del público, cada ciudadano llevó su parte y colocaron sus meses frente a sus puertas. Los voluntarios, que ahora ya no eran más esclavos, llevaron durante la fiesta píleos o bandas de lana blanca alrededor de la cabeza; unos reclinados y otros de pie, comiendo al tiempo que servían a los otros. Graco pensó que valía la pena conmemorar la escena y, a su regreso a Roma, ordenó que se pintase en el templo de la Libertad, que había construido y dedicado su padre en el Aventino con el producto de las multas, una representación de aquel día.

[24.17] Durante el transcurso de aquellos sucesos en Benevento, Aníbal, tras devastar el territorio napolitano, llevó su campamento a Nola. Tan pronto el cónsul fue alertado de su llegada, envió a buscar a Pomponio, el propretor, para que se le uniese con el ejército que estaba acampado sobre Arienzo, y se dispuso a enfrentarse al enemigo sin demora. Envió a Cayo Claudio Nerón con lo mejor de la caballería a través de la puerta del campamento que estaba más alejada del enemigo, en medio de la noche, con instrucciones de cabalgar rodeando al enemigo sin ser observado, seguirlo lentamente y, cuando viera que comenzaba la batalla, lanzarse sobre su retaguardia. Nerón no pudo seguir sus órdenes, fuera porque se perdió o porque no tuviera suficiente tiempo, no se sabe. La batalla empezó en su ausencia y los romanos, sin duda, ganaron ventaja, pero al no aparecer la caballería a tiempo, los planes del comandante se torcieron. Marcelo no se atrevió a perseguir a los cartagineses que retrocedían, y ordenó tocar a retirada aunque sus soldados estaban, en realidad, venciendo. Se afirma que aquel día murieron más de dos mil enemigos, mientras que los romanos perdieron menos de cuatrocientos hombres. Nerón regreso próximo el atardecer, con sus caballos y jinetes agotados en vano y sin haber visto siquiera al enemigo. Fue reprendido severamente por el cónsul, que incluso llegó a decir que era enteramente culpa suya el no haber infligido al enemigo una derrota tan aplastante como la de Cannas. Al día siguiente, los romanos marcharon hacia el campo de batalla, pero los cartagineses permanecieron en su campamento, admitiendo así tácitamente que habían sido vencidos. Al tercer día, en el silencio de la noche y perdida toda esperanza de apoderarse de Nola, cuyos intentos siempre fracasaron, parte Aníbal hacia Tarento, donde tenía más esperanzas de apoderarse de la plaza mediante la traición.

[24.18] El Gobierno demostró tanta energía en casa como en campaña. Debido a lo vacío de las arcas, los censores fueron liberados de la tarea de contratar obras públicas y pusieron su atención en la regulación de la moral pública y el castigo de los vicios que se originaban durante la guerra, igual que las naturalezas debilitadas por una larga enfermedad desarrollan naturalmente otros males. Empezaron por convocar ante ellos a aquellos de los que se informó que habían concebido planes para abandonar la república tras la derrota de Cannas; el principal implicado, Marco Cecilio Metelo, resultó ser cuestor por aquel entonces. Él y el resto de los involucrados en la acusación fueron llevados a juicio y, al no ser capaces de aclarar su conducta, los censores les declararon culpables de haber hablado contra la república, tanto privada como públicamente, para lograr que se formase una conspiración para abandonar Italia. Además de estos, fueron convocados aquellos que habían resultado demasiado ingeniosos al interpretar su exoneración de un juramento: los prisioneros que pensaban que, al haber regresado furtivamente, tras haber salido, al campamento de Aníbal, quedaban liberados del juramento que habían hecho de volver allí. En su caso, y en el de los antes mencionados, todos los que poseían caballos del Estado fueron privados de ellos, y a todos se les borró de sus tribus y se les convirtió en erarios. No se limitó la atención de los censores al Senado o al orden ecuestre, sacaron de los archivos de las centurias de jóvenes los nombres de todos aquellos que no habían prestado servicio durante cuatro años, a menos que estuviesen formalmente exentos o incapacitados por enfermedad, fueron borrados de las tribus los nombres de más de dos mil

hombres y convertidos también en erarios. Este drástico proceder de los censores fue seguido por severas medidas por parte del Senado. Este aprobó una resolución por la que todos aquellos a quienes hubiesen degradado los censores debían servir como soldados de infantería y ser enviados con los restos del ejército de Cannas a Sicilia. Esta clase de soldados sólo terminaría su servicio cuando el enemigo hubiera sido expulsado de Italia.

Como los censores estaban entonces absteniéndose, por el vacío del Tesoro, de efectuar contrato alguno para la reparación de los edificios sagrados, para suministrar caballos a los carros y otros asuntos por el estilo, eran frecuentados por aquellos que habían solido licitar aquellos contratos y que les urgían para concluir todos sus negocios y firmar los contratos igual que si hubiese fondos en la tesorería. Nadie, decían, reclamaría el dinero del Tesoro hasta que la guerra hubiera terminado. Vinieron después los dueños de los esclavos a los que Tiberio Sempronio había manumitido en Benevento. Declararon que habían tenido conocimiento por los triunviros de que iban a recibir el valor de sus esclavos, pero que no lo aceptarían hasta que hubiese terminado la guerra. Mientras los plebeyos demostraban así su disposición a enfrentarse con las dificultades de un erario público vacío, empezaron a ser depositados los patrimonios de los huérfanos, primero, y luego el de las viudas y solteras; todo ellos pensando que en ningún otro lugar estaría más seguro ni más escrupulosamente custodiado que bajo la garantía del Estado. Cuanto se compraba o suministraba a los huérfanos o viudas, era autorizado por el cuestor. Este espíritu de generosidad por parte de los ciudadanos particulares se extendió desde la ciudad a los campamentos, de modo que ni un soldado a caballo, ni un solo centurión aceptó su paga; el que lo hizo mereció el epíteto infamante de *mercenario*.

[24,19] Se ha mencionado antes que el cónsul, Quinto Fabio, estaba acampado cerca de Casilino, que estaba guarnecida por una fuerza compuesta de dos mil campanos y setecientos de las tropas de Aníbal. Gneo Magio Atelano, que era el medix tuticus de aquel año, encargó a Estacio Mecio que tomase el mando; había armado indiscriminadamente a pueblo y esclavos para atacar el campamento romano mientras el cónsul estaba ocupado con el asalto a la ciudad. Fabio era perfectamente consciente de cuanto ocurría, y le envió un mensaje a su colega, en Nola, diciéndole que se precisaría de un segundo ejército para contener a los campanos mientras él daba el asalto; fuera que viniese él mismo y dejase una fuerza suficiente en Nola o, si aún había peligro de que Aníbal se apoderase de la ciudad y se requería su presencia, podría llamar a Tiberio Graco desde Benevento. Al recibir este mensaje, Marcelo dejó dos mil hombres para proteger Nola y vino con el resto de su ejército a Casilino. Su llegada puso fin a cualquier movimiento por parte de los campanos, y Casilino quedó entonces sitiada por ambos cónsules. Muchos de los soldados romanos resultaban heridos al aventurarse demasiado cerca de las murallas y las operaciones no tenían ningún éxito. Fabio pensaba que la empresa, que era de poca importancia aunque tan difícil como otras más grandes, debía ser abandonada y que debían marchar donde les esperaban asuntos más graves. Marcelo insistió en que si bien había muchos asuntos de los que no debía encargarse un gran general, una vez asumidos no debían darse de lado, por la gran influencia que tendría aquel comportamiento sobre la opinión pública. Logró impedir que se abandonase el asedio y empezó ahora el asalto con más empeño; cuando llevaron contra las murallas los manteletes, máquinas de asedio y artillería de toda clase, los campanos pidieron a Fabio que les concediera un salvoconducto hasta Capua. Después que unos pocos hubieran salido fuera de la ciudad, Marcelo ocupó la puerta por la que estaban saliendo y dio comienzo a una masacre indiscriminada, primero entre los más próximos a la puerta y luego, después que las tropas hubieran irrumpido, en la propia ciudad. Unos cincuenta campanos habían pasado ya y huyeron hacia Fabio, bajo cuya protección llegaron a Capua. Entre estos parlamentos y el retraso ocasionado por los que pedían protección, los sitiadores vieron su oportunidad y Casilino fue tomada. A los campanos y a las tropas de Aníbal que fueron hechos prisioneros, se les envió a Roma y se les encarceló; la masa de la población se distribuyó entre las poblaciones vecinas para que los mantuviesen bajo custodia.

[24,20] Justo cuando los cónsules se retiraban de Casilino tras su victoria, Graco envió algunas cohortes, que había alistado en Lucania bajo el mando de un oficial aliado, en una expedición de saqueo a territorio enemigo. Estando dispersos en todas direcciones, Hanón los atacó y les infligió pérdidas tan grandes como las que él sufrió en Benevento, tras de lo cual se retiró rápidamente al Brucio para que Graco no le pudiera alcanzar. Marcelo volvió a Nola, Fabio entró en el Samnio para devastar el país y para recuperar, por la fuerza de las armas, las ciudades que se habían sublevado. Su mano cayó con más fuerza sobre Montesarquio; los cultivos fueron incendiados por todas partes, el ganado y los hombres fueron llevados como botín y sus ciudades tomadas al asalto; Compulteria, Telesia, Compsa, tras estas Fugífulas y Orbitanio, de los lucanos, y Blanda y Aecae, de los apulios, todas fueron capturadas. En todas estas plazas fueron muertos o hechos prisioneros veinticinco mil enemigos y trescientos setenta desertores fueron capturados, a los que el cónsul envió a Roma; allí fueron azotados en el Comicio y luego arrojados desde la roca Tarpeya. Todos estos éxitos fueron obtenidos por Quinto Fabio en pocos días. Marcelo se vio obligado a permanecer inmóvil en Nola por culpa de una enfermedad. El pretor Quinto Fabio, también encontró el éxito; estaba en campaña en el territorio alrededor de Lucera y capturó la ciudad de Acuca, tras esto estableció un campamento permanente en Ardoneas.

Mientras que los generales romanos estaban así ocupados en otros lugares, Aníbal había llegado a Tarento, asolando y destruyendo todo completamente según avanzaba. No fue hasta que su ejército estuvo en territorio tarentino que su ejército empezó a avanzar pacíficamente; no causaron ningún daño, no abandonaban la línea de avance los forrajeadores o saqueadores, y resultaba evidente que este autocontrol por parte del general y sus hombres tenía el único fin de ganarse las simpatías de los tarentinos. Sin embargo, cuando se acercó a las murallas y no se produjo el movimiento que esperaba a la vista de su ejército, acampó a cerca de una milla de la ciudad. Tres días antes de su llegada, el propretor Marco Valerio, que estaba al mando de la flota en Brindisi, había enviado a Marco Livio a Tarento. Este alistó rápidamente una fuerza de jóvenes nobles y situó destacamentos donde los consideró necesarios, en las puertas y sobre las murallas; al permanecer siempre alerta, día y noche, no dio oportunidad al enemigo o a los aliados poco de fiar para que pudieran intentar nada por si mismos ni esperar nada de Aníbal. Después de pasar allí infructuosamente algunos días y ver que no le iban a ver ninguno de los que le visitaron en el lago Averno, ni en persona ni por medio de mensajero o carta, reconoció que le habían engañado con promesas vacías y retiró su ejército. Aún se abstuvo de causar daño alguno al territorio de Tarento, aunque con aquella afectación de suavidad no había conseguido nada bueno para él. Todavía se aferraba a la esperanza de debilitar su lealtad a Roma. Cuando llegó a Salapia, el verano había terminado y como el lugar parecía apropiado para los cuarteles de invierno, lo aprovisionó con grano recogido de los campos que rodeaban Metaponto y Heraclea. Desde este centro, se envió a númidas y moros en expediciones de saqueo a través del distrito salentino y las tierras de pastos fronteras con la Apulia; a excepción de cierta cantidad de caballos, no consiguieron mucho botín de otras clases, y distribuyeron entre los soldados unos cuatro mil animales para ser domados.

[24.21] Una guerra amenazaba en Sicilia, lo que en modo alguno podía tomarse a la ligera, pues la muerte del tirano, más que inclinarlos a cambiar de bando, les había aportado a los siracusanos unos líderes capaces y enérgicos. En consecuencia, el Senado puso al otro cónsul, Marco Marcelo, a cargo de aquella provincia. Inmediatamente después de la muerte de Jerónimo, estalló un altercado entre los soldados, en Lentini; exigían a gritos que el asesinato del rey fuera expiado con la sangre de los conspiradores. Sin embargo, al repetirse constantemente las palabras "el restablecimiento de la libertad", tan agradables de escuchar, les hizo concebir la esperanza de que recibirían un donativo del tesoro real y que servirían en adelante a las órdenes de jefes más capaces; cuando, además, se les contó los repugnantes crímenes y pasiones aún más obscenas del tirano, sus sentimientos cambiaron tan absolutamente que permitieron que el cuerpo del rey, cuya

pérdida habían lamentado, yaciera insepulto. El resto de los conspiradores se quedó atrás para asegurar el ejército, mientras que Teodoto y Sosis, montando los caballos del rey, se dirigieron a toda velocidad a Siracusa para aplastar a los partidarios del rey que aún estaban ignorantes de cuanto había sucedido. Sin embargo, los rumores, que en tales ocasiones corren más rápidos que cualquier otra cosa, llegaron a la ciudad antes que ellos, habiendo llevado también la noticia uno de los sirvientes reales. Así prevenidos, Adranodoro había dotado de fuertes guarniciones la Isla, la ciudadela, y todas las demás posiciones que resultaba preciso asegurar. Teodoto y Sosis cabalgaron a través del Hexapilon después del atardecer, cuando ya oscurecía, y mostraban el vestido manchado de sangre del rey y la diadema que había adornado su cabeza. Cabalgaron después a través de la Ticha, y convocando al pueblo a las armas por la libertad, les pidieron que se reunieran en la Acradina. Parte de la población salió corriendo a la calle, otra se quedó en sus portales y otra miraba desde las ventanas y los tejados preguntando qué pasaba. Se veían luces por todas partes y la ciudad entera estaba alborotada. Los que tenían armas se juntaron en los espacios abiertos de la ciudad; los que no tenían, arrancan los despojos de los galos e ilirios, que el pueblo romano había cedido a Hierón y que había colgado en el templo del templo de Júpiter Olímpico, y rezaron fervorosamente al dios para que les concediera su gracia y su misericordia, prestándoles aquellas armas consagradas para usarlas en defensa de los santuarios de los dioses y en defensa de su libertad. A los ciudadanos se unieron las tropas que se habían situado por las diferentes partes de la ciudad. Entre otros lugares de la Isla, Adranodoro había guarnecido fuertemente el granero público. Este lugar, rodeado por un muro de grandes bloques de piedra y fortificado como una ciudadela, cae en poder de un destacamento de jóvenes a los que se había encargado su defensa; desde allí enviaron mensajeros a la Acradina para decirles que los graneros y el grano allí almacenado se encontraba en poder del Senado.

[24,22] Nada más hacerse de día, toda la población, armada y desarmada, se reunió en la Curia, en la Acradina. Allí, frente al templo de la Concordia que había sido levantado en aquel lugar, uno de los ciudadanos prominentes, llamado Polieno, pronunció un discurso lleno de franqueza y moderación: *Los hombres*, dijo, *que han experimentado el miedo y la humillación de la esclavitud reaccionan iracundos contra un mal que conocen bien. Los desastres que conlleva la discordia civil, siracusanos, los conocíais por boca de vuestros padres más que por vuestra propia experiencia. Alabo vuestra acción al tomar las armas de inmediato, y os alabaré más aún si no las empleáis a menos que os veáis obligados a hacerlo como último recurso. Os aconsejo que mandéis embajadores en seguida a Adranodoro y que le adviertan para someterse a la autoridad del senado y del pueblo, que abra las puertas de la Isla y que rinda la fortaleza. Si él decide usurpar la soberanía de la que fue nombrado tutor, os digo que entonces habréis de mostrar todavía más determinación en recuperar de sus manos vuestras libertades que la que mostrasteis de Jerónimo.*

Así pues, se enviaron embajadores. Se celebró luego una reunión del Senado. Durante el reinado de Hierón, este cuerpo había seguido actuando como consejo público, pero desde su muerte, y hasta aquel día, no había sido nunca convocado o consultado sobre ningún asunto. Adranodoro, a la llegada de los embajadores, quedó muy impresionado por la unanimidad del pueblo así como por la toma de varios puntos de la ciudad, especialmente en la Isla, la posición más fortificada, en la que había sido traicionado y que había perdido. Pero su esposa, Damarata, una hija de Hierón, con todo el espíritu de una princesa y la ambición de una mujer, le llamó aparte de los enviados y le recordó un dicho muy citado de Dionisio el Tirano: que uno debe renunciar al poder soberano arrastrando sus pies, no montando a caballo. Era fácil para cualquiera renunciar estando en una alta posición, pero llegar y mantenerse era una ardua y difícil tarea. Ella le aconsejó que pidiera a los enviados un tiempo para consultar y que empleara ese tiempo en convocar a las tropas de Lentini; si les prometía entregarles el tesoro real, él se apoderaría de todo. Adranodoro no rechazó completamente estas femeninas sugerencias, ni tampoco las siguió de inmediato. Él pensaba que la forma más segura de hacerse con el poder consistía en ceder por el momento, así que les dijo a los embajadores que

llevasen de vuelta su palabra de que se sometería a la autoridad del senado y del pueblo. Al día siguiente, tan pronto como hubo luz, abrió las puertas de la Isla y entró en el foro, en el Acradina. Se acercó al altar de la Concordia, desde el que el día anterior Polieno se había dirigido al pueblo y empezó su discurso disculpándose por su retraso: *Es cierto*, continuó, *que cerré las puertas, pero no porque considerase mis intereses como algo separado de los del Estado, sino porque recelé qué pasaría una vez que se desenvainasen las espadas y con la gran sed de sangre que os movía; si os contentaríais con la muerte del tirano, lo que aseguraba ampliamente vuestra libertad, o si a todo el que hubiera estado relacionado con Palacio, por familia o por posición oficial, se le condenaría a muerte como pena por las culpas de otro. Tan pronto como vi que los que liberaban a su patria pretendían mantenerla libre y que todos buscaban el bien público, no tardé en devolver a mi patria mi persona y cuanto había sido confiado a mi protección, ahora que quien me lo había encomendado había perecido por su propia locura.* Luego, volviéndose a los asesinos del rey y dirigiéndose a Teodoto y a Sosis por su nombre, les dijo: *Habéis llevado a cabo una acción que será recordada; pero, creedme, vuestra fama aún está por hacerse y a menos que luchéis por la paz y la concordia os espera enfrente un peligro aún más grave: que la república perezca en su libertad.*

[24.23] Con estas palabras, depositó las llaves de las puertas y del Tesoro Real a sus pies. La asamblea se disolvió aquel día y los alegres ciudadanos, acompañados por sus esposas e hijos, ofrecieron acciones de gracias en todos los templos. Al día siguiente se celebraron las elecciones para la designación de los pretores. Entre los primeros en ser elegidos estuvo Adranodoro, los demás eran en su mayoría hombres que habían participado en la muerte del tirano; dos resultaron elegidos en su ausencia: Sopater y Dinomenes. Estos dos, al enterarse de lo ocurrido en Siracusa, llevaron la parte del tesoro real que estaba en Lentini y lo dejaron a cargo de cuestores especialmente designados, la parte que estaba en la Isla les fue entregada también en Acradina. La parte de la muralla que separaba la Isla de la ciudad con una barrera innecesariamente fuerte, fue derribada con la con la aprobación unánime de los ciudadanos; todas las demás medidas que se adoptaron lo fueron en consonancia con la general voluntad de libertad. Tan pronto como Hipócrates y Epícides tuvieron noticia de la muerte del tirano, lo que Hipócrates había tratado de ocultar dando muerte al mensajero, viéndose abandonados por sus soldados, regresaron a Siracusa al parecerles el camino más seguro dadas las circunstancias. Para no llamar la observación o ser sospechosos de planear una contra-revolución, se acercaron a los pretores y por su mediación se les concedió audiencia en el Senado. Declararon públicamente que habían sido enviados por Aníbal con Jerónimo como a un amigo y aliado; habían obedecido las órdenes de los hombres a quienes su general Aníbal había deseado que obedecieran y ahora ansiaban volver con Aníbal. El viaje, sin embargo, no era seguro, pues había romanos en cada parte de Sicilia; solicitaron, por lo tanto, que se les diera una escolta para conducirlos a Locri, en Italia, con lo que lograrían así que Aníbal se sintiera muy obligado para con ellos y con muy poca molestia para sí mismos. La petición fue concedida con mucha facilidad, ya que estaban ansiosos por ver salir a los últimos generales del rey, que no sólo eran comandantes capaces, sino también porque añoraban la guerra y eran osados. Pero Hipócrates y Epícides no ejecutaron su propósito con la prontitud que parecía necesaria. Estos jóvenes, siendo soldados ellos mismos y familiarizados con la vida cuartelera, iban entre las tropas y los desertores, que en gran parte eran marineros romanos, y aún entre la hez del populacho, difundiendo acusaciones difamatorias contra el Senado y la aristocracia, a los que acusaban de conspirar en secreto para poner bajo un artificio a Siracusa bajo la soberanía de Roma, con la excusa de la renovación de la alianza. Después, insinuaron, la pequeña facción que eran los principales partidarios de la renovación del tratado se convertirían en los amos de la ciudad.

[24,24] Estas calumnias fueron escuchados y creídas por las multitudes que acudían a Siracusa, cuyo número aumentaba cada día y que dieron esperanza, no sólo a Epícides sino también

a Adranodoro, de cambiar las tornas. Este último era advertido continuamente por su esposa de que ya era tiempo de tomar las riendas del poder mientras que la nueva y desorganizada libertad lo confundía todo, mientras que la soldadesca, paciendo sobre el donativo real, estaba dispuesta a su favor y mientras que los emisarios de Aníbal, generales competentes en el manejo de tropas, estaban dispuestos a ayudarle en su empresa. Harto al fin de su impertinencia, comunicó su propósito a Temisto, el esposo de la hija de Gelón, y pocos días después se lo reveló incautamente a Aristo, un actor trágico al que tenía la costumbre de confiar secretos. Aristo era un hombre de familia y posición respetables, pues en modo alguno era su profesión una desgracia para él, ni entre los griegos aquello era algo de lo que avergonzarse. Pensó este que a su patria debía la mayor y más fuerte lealtad y pasó la información a los pretores. Tan pronto como se comprobó con pruebas concluyentes que el asunto no era una denuncia falsa, consultaron a los senadores más ancianos y por su autoridad pusieron una guardia a la puerta y mataron a Temisto y a Adranodoro conforme entraron en la Curia. Se produjo un disturbio, ante lo que parecía un crimen atroz, por aquellos que ignoraban el motivo, y los pretores, habiendo logrado por fin que se hiciera el silencio, presentaron al informante ante el Senado. El hombre les dio todos los detalles de la historia en orden. La conspiración se inició primeramente en el momento de la boda de Harmonia, la hija de Gelón, con Temisto; a algunas de las tropas auxiliares africanas e hispanas se les había indicado que asesinaran al pretor y al resto de los principales ciudadanos, se les habían prometido sus propiedades a modo de recompensa; además, una banda de mercenarios, a sueldo de Adranodoro, estaban listos para apoderarse de la Isla por segunda vez. Luego puso ante sus ojos los diversos papeles que cada uno debía jugar, así como la totalidad de la organización de la conspiración con los hombres y las armas que serían empleados. El Senado estaba absolutamente convencido de que la muerte de estos hombres estaba tan merecidamente justificada como la de Jerónimo, pero surgió un clamor de la multitud reunida frente a la curia, que estaba dividida en sus simpatías y dudosa sobre cuanto estaba ocurriendo. Conforme empujaban adelante, con gritos amenazantes, en el vestíbulo, la vista de los cuerpos de los conspiradores les horrorizó tanto que se hizo el silencio entre ellos y se unieron al resto de la población que se dirigía tranquilamente a celebrar una asamblea. Sopater fue encargado por el Senado y por sus colegas para que explicase cómo estaban las cosas.

[24.25] Este empezó por recordar la pasada vida de los conspiradores muertos, como si los juzgase, y mostró cómo todos los impíos y escandalosos crímenes que se habían cometido desde la muerte de Hierón eran obra de Adranodoro y Temisto. *¿O es era posible*, preguntó, *que un muchacho como Jerónimo, que apenas estaba en su adolescencia, los hubiera cometido por propia iniciativa? Sus tutores y maestros reinaron sin impedimento porque el odio caía sobre otro; debían haber perecido antes que Jerónimo o, en todo caso, cuando lo hizo él. Sin embargo, estos hombres, merecidamente condenados a muerte, cometieron nuevos crímenes tras la muerte del tirano; al principio abiertamente, cuando Adranodoro cerró las puertas de la Isla y, declarándose heredero de la corona, se apoderó como si fuera el dueño legítimo de lo que había poseído simplemente como administrador. Luego, cuando fue abandonado por todos en la isla y quedó rodeado por todos los ciudadanos que ocupaban la Acradina, trató por medios ocultos de alcanzar el trono que no había podido conseguir mediante la violencia abierta. No se le pudo apartar de su propósito, ni por el favor que se le mostró ni por el honor que se le confirió cuando a él, que estaba conspirando contra la libertad, se le eligió pretor junto con aquellos que habían conquistado la libertad de su patria. Pero eran las esposas las auténticas responsables y las que, siendo de sangre real, habían llenado a sus maridos con tal pasión por la realeza, pues uno de ellos se había casado con la hija de Hierón y el otro con una hija de Gelón.* A estas palabras correspondió un griterío que se levantó de toda la asamblea, declarando que ninguna de aquellas mujeres debían vivir, ni sobrevivir miembro alguno de la familia real. Tal es el carácter de la muchedumbre; igual son serviles esclavos que tiranos implacables. Pues, en cuanto a la libertad que es el término medio, son incapaces de construirla con moderación ni de mantenerla con sabiduría. Tampoco hay falta, por lo general, de

hombres que los muevan a la ira, despertando la codicia y la desmesura y excitando los sentimientos amargos y vengativos que incitan al derramamiento de sangre y al asesinato. Fue precisamente con este ánimo con el que los pretores presentaron de inmediato una moción, que fue aprobada casi antes de ser propuesta, para que se exterminara a todo el que llevara sangre real. Los emisarios de los pretores dieron muerte a Damarata y a Harmonia, las hijas de Hierón y Gelón y esposas de Adranodoro y de Temisto.

[24,26] Heraclia era hija de Hierón y esposa de Zoipo, hombre a quien Jerónimo había enviado en una embajada ante Ptolomeo, y que había decidido permanecer en un exilio voluntario. Tan pronto ella se enteró de que los verdugos se acercaban, huyó buscando refugio en la capilla privada donde estaban los penates acompañada por sus hijas doncellas, con los cabellos despeinados y cuanto en su aspecto pudiera mover a compasión. A esto añadió ruegos y oraciones. Imploró a los verdugos, por la memoria de su padre Hierón y de su hermano Gelón, que no permitieran que una mujer inocente como ella cayera víctima del odio que sentían por Jerónimo. *Todo lo que he ganado con su reinado es el exilio de mi marido; durante su tiempo de vida la fortuna de mis hermanas fue muy distinta de la mía, y ahora que lo han matado nuestros intereses no son los mismos. ¡Pues qué! Si los planes de Adranodoro hubieran tenido éxito, su hermana habría compartido el trono de su marido y ella habrían sido su esclava como los demás. ¿Hay alguno de vosotros que dude de que si alguien anunciase a Zoipo la muerte de Jerónimo y la recuperación de la libertad de Siracusa, no embarcaría de inmediato y regresaría a su tierra natal? ¡Cómo se falsificaban todas las esperanzas humanas! Ahora su patria era libre y su esposa y sus hijos estaban luchando por sus vidas, ¿en qué se oponían a la libertad y a la ley? ¿Qué peligro había para nadie, si no eran más que una mujer casi viuda y sus hijas que viven como huérfanas? ¡Ah!, pero incluso no habiendo ningún peligro que temer de nosotras, somos de la odiada estirpe real. Desterradnos luego lejos de Siracusa y de Sicilia, ordenad que nos lleven a Alejandría, enviad a la esposa con su marido y a las hijas con su padre.*

Ella se dio cuenta de que los oídos y los corazones estaban sordos a sus súplicas y que algunos disponían sus espadas sin más pérdida de tiempo. Entonces, no rogando ya por ella misma, les imploró para no perder a sus hijas; su corta edad debiera ser respetada incluso por un enemigo encolerizado. *No por vengaros de los tiranos*, exclamó, *imitéis los crímenes por los que se hicieron tan odiados.* Mientras gritaba, la arrastraron fuera de la capilla y la degollaron. Luego atacaron a las hijas, que habían quedado salpicadas con la sangre de su madre. Enloquecidas por el dolor y el terror, se lanzaron como locas fuera de la capilla y, si hubieran tenido salida hacia la calle, habrían creado un tumulto por toda la ciudad. Aún como sucedió, en el limitado espacio de la casa lograron eludir por algún tiempo a todos aquellos hombres armados sin ser heridas, y se libraron de aquellos que las agarraban, pese a tener que luchar contra tantas manos fuertes. Por fin, agotadas por las heridas, con todo el lugar cubierto por su sangre, cayeron sin vida al suelo. Su destino, digno de compasión en todo caso, lo fue aún más, pues muy poco después de haber terminado todo llegó un mensajero para prohibir sus asesinatos. El sentir popular había oscilado al lado de la misericordia, misericordia que pronto dio paso a la cólera contra sí mismos, pues se habían apresurado tanto en castigar que no habían dado tiempo al arrepentimiento ni a que se calmasen sus pasiones. Agrias protestas se oyeron por todas partes en contra de los pretores, y el pueblo insistió en celebrar una elección para cubrir los puestos de Adranodoro y Temisto, un procedimiento en modo alguna del agrado de los otros pretores.

[24.27] Cuando llegó el día fijado para la elección, para sorpresa de todos, un hombre desde la parte de atrás de la multitud propuso a Epícides y luego otro nominó a Hipócrates. Las voces de apoyo eran cada vez más numerosas y, evidentemente, ganaban la aprobación del pueblo. De hecho, la asamblea estaba muy concurrida, no solo por ciudadanos sino también por una multitud de soldados presentes, que se mezclaban con una gran proporción de desertores, deseosos de alborotar

todo. Los pretores fingieron en un primer momento no escuchar y trató de retrasar el procedimiento; por fin, impotentes ante una asamblea unánime y temiendo un brote sedicioso, les declararon pretores electos. No revelaron sus planes inmediatamente después de ser elegidos, aunque estaban extremadamente molestos porque se hubieran enviado embajadores a Apio Claudio para disponer una tregua de diez días, y porque se hubieran enviado otros, tras aquellos, para discutir sobre la renovación del antiguo tratado. Los romanos tenían en aquel momento una flota de cien barcos en Murgantia, esperando el resultado de los disturbios que la masacre de la familia real había provocado en Siracusa y el efecto sobre el pueblo de su nueva y no probada libertad. Durante ese tiempo, los embajadores de Siracusa había sido remitidos por Apio a Marcelo a su llegada a Sicilia, y Marcelo, tras escuchar los términos de la propuesta de paz, pensó que el asunto podría arreglarse y, por consiguiente, envió embajadores a Siracusa para discutir públicamente con los pretores la cuestión de la renovación del tratado. Pero ahora ya no quedaba nada de aquel estado de calma y tranquilidad en la ciudad. Tan pronto como llegaron noticias de que una flota cartaginesa estaba a la altura del cabo Passero, Hipócrates y Epícides, desechando todo temor, fueron primero entre los mercenarios y luego entre los desertores manifestando que Siracusa estaba siendo entregada a los romanos. Cuando Apio llevó sus barcos a fondear en la bocana del puerto, con la esperanza de aumentar la confianza de aquellos que pertenecían al otro bando, aquellas insinuaciones infundadas recibieron la apariencia de una evidente confirmación, y a la primera visión de la flota el pueblo bajó corriendo al puerto, en una estado de gran excitación, para impedirles cualquier intento de desembarcar.

[24,28] Como las cosas estaban tan perturbadas, se decidió celebrar una asamblea. En esta se expresaron las opiniones más divergentes, y las cosas parecían estar llegando al punto del estallido de una guerra civil, cuando uno de los más notables ciudadanos, Apolónides, se levantó y efectuó lo que, bajo aquellas circunstancias, resultó ser un sabio y patriótico discurso. *Ninguna ciudad*, dijo, *ha tenido tan brillante perspectiva de seguridad permanente ni más posibilidades de quedar completamente arruinada de las que tenemos en este momento. Si todos nos ponemos de acuerdo en nuestra política, ya sea del lado de Roma o del lado de Cartago, ningún Estado será más próspero ni de más feliz condición; si seguimos caminos distintos, la guerra entre cartagineses y romanos no será más amarga que otra entre los mismos siracusanos, encerrados como están entre las mismas murallas, cada bando con su propio ejército, sus propios pertrechos de guerra y su propio general. Por tanto, debemos hacer todo lo posible para garantizar la unanimidad. Qué alianza sea la más ventajosa para nosotros es cuestión de menor importancia, y muy poco depende de ello, pero aún así pienso que debemos guiarnos por la autoridad de Hierón al elegir a nuestros aliados y no por la de Jerónimo; en cualquier caso, deberíamos preferir una acreditada amistad de cincuenta años a otra de la que nada sabemos y que ya una vez encontramos indigna de confianza. También hay otra grave consideración: podemos declinar llegar a un acuerdo con los cartagineses sin miedo a hostilidades inminentes por su parte, pero con lo romanos se trata de una cuestión de paz o de inmediata declaración de guerra.* La falta de ambición personal y de espíritu partidista de este discurso le dio el mayor peso y se convocó de inmediato un consejo de guerra, en él los pretores y un selecto número de senadores se unieron a los oficiales y jefes de los auxiliares. Hubo frecuentes y acaloradas discusiones pero, al final, ya que no parecía haber motivos para hacer una guerra contra Roma, se decidió concluir una paz y enviar una embajada para obtener la ratificación.

[24,29] Pasaron pocos días antes de que llegase una embajada de Lentini pidiendo una fuerza que protegiera su territorio. Esta petición pareció ofrecer una oportunidad favorable para aliviar a la ciudad de cierto número de personajes indisciplinados y desordenados y deshacerse de sus líderes. Hipócrates recibió órdenes para marchar con los desertores hasta Lentini, con estos y un gran grupo de mercenarios reunió una fuerza de cuatro mil hombres. La expedición fue bienvenida tanto por los enviados como por los remitentes: los primeros vieron la oportunidad, largamente esperada, de

llevar a cabo una revolución; los últimos agradecieron que se limpiara la escoria de la ciudad. Resultó, sin embargo, sólo un alivio temporal de la enfermedad, que después se agravó todavía más pues Hipócrates comenzó a devastar el territorio adyacente a la provincia romana; al principio mediante incursiones furtivas y después, cuando Apio hubo enviado un destacamento para proteger los campos de los aliados de Roma, lanzó un ataque con todas sus fuerzas sobre uno de los puestos avanzados y le infligió grandes pérdidas. Al ser informado Marcelo de esto, envió inmediatamente embajadores a Siracusa para comunicar que la paz que había garantizado estaba rota, y que nunca faltaría ocasión para la guerra a menos que se desterrase lejos a Hipócrates y Epícides, no ya de Siracusa, sino de Sicilia. Epícides temía que, si se quedaba, se le hallaría responsable de las fechorías de su hermano ausente y también que no podría hacer su parte en fomentar la guerra; así pues, se marchó a Lentini y, viendo allí al pueblo bastante airado contra Roma, trato de ponerlos en contra también de los siracusanos. *Los siracusanos*, les dijo, *han concluido una paz con Roma, a condición de que todos los pueblos que estaban sometidos a sus reyes permanecieran bajo su gobierno; no se contentan con liberarse ellos mismos, a menos que puedan gobernar y tiranizar a otros. Debéis hacerles entender que los lentineses también consideran justo que ellos sean libres, y esto por dos motivos: uno es que fue en territorio lentinés donde cayó el tirano y que fue en Lentini donde el grito por la libertad se lanzó en primer lugar, y desde Lentini acudió el pueblo hasta Siracusa, tras abandonar a los jefes realistas. Que dicha disposición del tratado quede fuera o, si se insiste en él, que no se acepte el tratado.* No tuvieron ninguna dificultad en convencer al pueblo, y cuando los enviados siracusanos presentaron su protesta por la masacre del puesto avanzado romano y exigieron que Hipócrates y Epícides marchasen a Locri o a cualquier otro lugar de su elección, siempre que abandonasen Sicilia, recibieron la desafiante réplica de que los lentineses no habían dado mandato alguno a los siracusanos para firmar un tratado con Roma, ni estaban obligados por los pactos que otro pueblo hiciera. Los siracusanos informaron de esto a los romanos y les dijeron que los lentineses no estaban bajo su control; *en este caso*, añadieron, *los romanos pueden hacerles la guerra sin infringir su tratado con nosotros, y nosotros no quedaremos al margen de tal guerra si queda claramente entendido que cuando queden sometidos volverán a formar parte de nuestros dominios, de acuerdo con los términos del tratado.*

[24,30] Marcelo avanzó con todas sus fuerzas contra Lentini y convocó a Apio para que atacase por el lado opuesto. Los hombres estaban tan furiosos por la matanza del puesto avanzado que tomaron la plaza al primer asalto mientras estaban, de hecho, llevándose a cabo negociaciones. Cuando Hipócrates y Epícides vieron que el enemigo se apoderaba de las murallas e rompía las puertas, se retiraron con un pequeño grupo de seguidores a la ciudadela, y durante la noche escaparon en secreto a Herbeso. Los siracusanos ya habían enviado un ejército de ocho mil hombres, y al llegar al río Mylas se encontraron con las noticias de que la ciudad había sido capturada. El resto del mensaje era, en su mayoría, falso: su informante les dijo que se había producido una masacre indiscriminada de soldados y civiles, y creía que ni un joven había quedado con vida; la ciudad había sido saqueada y entregadas a las tropas las propiedades de los ciudadanos ricos. Al recibir esta impactante información, el ejército se detuvo; había gran excitación en todos los rangos y los generales, Sosis y Dinomenes, se consultaron sobre qué hacer. Lo que daba una cierta verosimilitud a la historia, y daba aparentes motivos de alarma, era el apaleamiento y decapitación de dos mil desertores; pero, por lo demás, ninguno de los lentineses o de las tropas regulares habían sido heridos tras la toma de la ciudad y la propiedad de cada hombre le fue devuelta, más allá de lo que resultase destruido en el primer asalto. No se pudo convencer a los hombres para que siguieran su marcha hacia Lentini, aunque protestaban airadamente diciendo que sus camaradas habían sido llevados a una masacre, ni consentían seguir donde estaban hasta tener noticias más precisas. Vieron los pretores que estaban dispuestos a amotinarse, pero no creyeron que durase la excitación si se quitaba de en medio a quienes les guiaban en su locura. Llevaron el ejército hasta Mégara y cabalgaron con un pequeño cuerpo de caballería hasta Herbeso, esperando

que el pánico general asegurase la traición del lugar. Como fallara este intento, decidieron recurrir a la fuerza y al día siguiente marcharon desde Mégara con intención de atacar Herbeso con todas sus fuerzas. Ahora que toda esperanza había sido cortada, Hipócrates y Epícides pensaron que su única opción, y a primera vista una no demasiado segura, era entregarse a los soldados, que les conocían bien y que estaban muy enojados con la historia de la masacre. Así que fueron al encuentro del ejército. Dio la casualidad que las primeras filas estaban compuestas por un grupo de seiscientos cretenses, que habían servido bajo aquellos mismos hombres en el ejército de Jerónimo y habían experimentado la amabilidad de Aníbal al haber sido hechos prisioneros con otras tropas auxiliares en el Trasimeno y luego liberados. Cuando Hipócrates y Epícides les reconocieron por sus estandartes y el modo en que llevaban las armas, agarraron ramas de olivo y otros signos de los suplicantes y les rogaron que les recibieran y protegieran, y que no les entregasen a los siracusanos, quienes les entregarían a los romanos para que les ejecutaran.

[24.31] *Tened alta la moral*, les respondieron, *compartiremos vuestra suerte.* Durante este diálogo, los estandartes se habían detenido y todo el ejército con ellos, pero los generales aún no se habían enterado del motivo de la demora. Tan pronto como se extendió el rumor de que Hipócrates y Epícides estaban allí y demostrando con gritos de alegría todo el ejército, sin lugar a dudas, cuán contentos estaban por su llegada, los pretores cabalgaron hasta el frente y preguntaron con firmeza: *¿Qué significa este comportamiento? ¡Qué audacia es ésta por parte de los cretenses, que se atreven a mantener con un enemigo y lo admiten en sus filas en contra de las órdenes!* Ordenaron que Hipócrates fuera detenido y encadenado. Ante esta orden, los cretenses presentaron tan enconadas protestasen, y luego los demás, que los pretores vieron que si iban más allá sus vidas estarían en peligro. Preocupados e inquietos, impartieron órdenes para regresar a Mégara, y enviaron mensajeros a Siracusa para informar sobre cuál era su situación. Sobre hombres dispuestos a sospechar de cualquiera practicó Hipócrates un nuevo engaño. Envió a algunos de los cretenses para que se situaran cerrando los caminos y lee una carta que él mismo había escrito, dado como si la hubieran interceptado. *Los pretores de Siracusa al cónsul Marcelo,* rezaba el remitente, y a continuación del saludo habitual venía a decir: *Has actuado justamente y apropiadamente al no perdonar a un solo lentinés, pues todos los mercenarios están haciendo causa común y Siracusa nunca estará en paz mientras existan fuerzas extranjeras en la ciudad o en nuestro ejército. Haz por lo tanto todo lo que puedas para apoderarte de los que están en el campamento, con nuestros pretores, en Mégara, y que mediante su castigo se asegure por fin la libertad de Siracusa.* Tras la lectura de esta carta, corrieron todos a las armas y se lanzaron tan iracundos gritos que los pretores, horrorizados por el tumulto, huyeron al galope hacia Siracusa. Ni siquiera su huida calmó el disturbio, y los soldados siracusanos fueron atacados por los mercenarios; ni un solo hombre habría escapado a su violencia de no haber contenido su ira Epícides e Hipócrates, no por algún sentimiento de piedad o humanidad, sino por miedo a terminar con cualquier esperanza de regreso. Además, protegiendo así a los soldados, les tendrían tanto como fieles seguidores como por rehenes, ganando a sus parientes y amigos, en primer lugar por tan gran favor y después al mantenerlo como garantía de lealtad. Habiendo aprendido por experiencia lo fácil que es excitar a la liviana multitud, tomaron a uno de los hombres que habían estado en Lentini cuando la capturaron y lo sobornaron para que llevase a Siracusa informaciones similares a las que habían mandado al San Juliano, y que levantasen las iras del pueblo dando fe personalmente de la veracidad de su historia y acallando cualquier duda al declarar que había sido testigo ocular de lo que contaba.

[24.32] Este hombre no sólo consiguió la credulidad del pueblo, sino que, de hecho, también lo hizo entre el Senado cuando fue llevado a la Curia. Algunos de los presentes, que no carecían en absoluto de sentido común, afirmaron abiertamente que era una muy buena cosa el que los romanos hubieran mostrado su rapacidad y crueldad en Lentini pues, de haber entrado en Siracusa, se habrían comportado de igual modo, o aún peor, pues había allí más para alimentar su codicia. Fue

opinión unánime que se debían cerrar las puertas y poner la ciudad en estado de defensivo, pero no eran unánimes en sus temores y odios. Todos los soldados y gran parte de la población detestaban a los romanos; los pretores y unos cuantos aristócratas ansiaban evitar un peligro más apremiante, aunque ellos también estaban excitados por la falsa información. Pues ya Hipócrates y Epícides estaban en el Hexápilo y mantenían conversaciones, por medio de los familiares de los soldados siracusanos, para que abriesen las puertas y dejasen que su patria común fuera defendida de cualquier ataque romano. Una de las puertas del Hexápilo ya había sido forzada y empezaban a entrar las tropas, cuando entraron en escena los pretores. Emplearon al principio órdenes y amenazas, luego su autoridad personal y, finalmente, viendo inútiles todos sus esfuerzos, recurrieron a los ruegos, sin cuidar de su dignidad, e imploraron a los ciudadanos que no entregaran su patria a hombres que ya antes bailaron al son de un tirano y que estaban ahora corrompiendo al ejército. Pero los oídos del pueblo enloquecido eran sordos a sus peticiones y golpeaban las puertas, tanto desde dentro como desde fuera. Después que las hubieron abierto todas, el ejército entero ocupó toda la longitud del Hexápilo. Los pretores y los ciudadanos más jóvenes se refugiaron en la Acradina. El número de los enemigos se acrecentó con los mercenarios, los desertores y todos los guardias del difunto rey que quedaban en Siracusa, con el resultado de que la Acradina fue capturada al primer asalto y todos los pretores que no lograron escapar en la confusión fueron ejecutados. La noche puso fin a la masacre. Al día siguiente, los esclavos fueron llamados para recibir el píleo de la libertad y cuantos estaban en prisión fueron liberados. Esta abigarrada multitud eligió a Hipócrates y Epícides como pretores, y Siracusa, tras su efímero destello de libertad, cayó de nuevo en su vieja atadura.

[24.33] Cuando los romanos recibieron la información de lo que estaba pasando, levantaron de inmediato su campamento en Lentini y marcharon hacia Siracusa. Apio había enviado algunos embajadores para que pasaran a través del puerto a bordo de un quinquerreme, un cuatrirreme que había zarpado antes fue capturado y los embajadores escaparon con mucha dificultad. Se hizo pronto evidente que ya no solo no se respetaban las leyes de tiempo de paz, sino incluso tampoco las de la guerra. El ejército romano había acampado en el Olimpo (un templo de Júpiter), como a una milla y media de la ciudad. Se decidió enviar nuevamente embajadores desde allí; Hipócrates y Epícides se encontraron con ellos, acompañados por los suyos, fuera de las puertas, para impedir que entrasen a la ciudad. El portavoz de los romanos les dijo que no llevaban la guerra a los siracusanos, sino ayuda y auxilio, tanto para los que estaban intimidados por el terror como para aquellos que soportaban una servidumbre peor que la del exilio, pero aún que la propia muerte. *Los romanos,* dijo, *no permitirán que la infame masacre de sus aliados quede sin venganza. Por lo tanto, si aquellos que han buscado refugio con nosotros son libres de regresar a sus casas sin ser molestados, si los cabecillas de la masacre son entregados y si se permite que Siracusa vuelta a disfrutar de su libertad y sus leyes, no habrá necesidad de armas; pero si no se llevan a efecto estas cosas, visitaremos con todos los horrores de la guerra a quienes, sean quienes sean, se interpongan en el camino de la satisfacción de nuestras demandas.* A todo esto respondió Epícides: *Si fuésemos nosotros las personas a quienes se dirigen vuestras demandas, las habríamos respondido; cuando el gobierno de Siracusa esté en las manos de aquellos a quienes se os ha enviado, podéis volver de nuevo. Si nos provocáis a la guerra aprenderéis por experiencia que atacar Siracusa no es exactamente lo mismo que atacar Lentini.* Con estas palabras, dejó a los embajadores y cerraron las puertas. Entonces se lanzó un ataque simultáneo por mar y tierra contra Siracusa. El ataque terrestre se dirigió contra el Hexápilo; el marítimo lo fue contra la Acradina, cuyas murallas estaban bañadas por las olas. Como habían tomado Lentini al primer asalto a causa del terror que habían provocado, los romanos estaban confiados en que hallarían algún punto donde pudieran penetrar a lo ancho de la ciudad y dispersarse, así que llevaron toda su artillería de sitio contra los muros.

[24.34] El asalto comenzó con tanta fuerza que sin duda habría tenido éxito de no haber

vivido por entonces en Siracusa cierto hombre. Este hombre era Arquímedes, observador sin igual del cielo y las estrellas, pero aún más asombroso como inventor y creador de máquinas militares e ingenios mediante los cuales, con muy poco trabajo, era capaz de confundir los más laboriosos esfuerzos del enemigo. La muralla de la ciudad pasaba por encima de colinas de altitud variable, en su mayor parte alta y de difícil acceso, pero en algunos lugares baja y permitiendo la aproximación desde el nivel de los valles. Esta muralla había sido provista de artillería de toda clase, de acuerdo con las necesidades de las diferentes posiciones. Marcelo, con sesenta quinquerremes, atacó la muralla de la Acradina, que como ya dijimos está bañada por el mar. En algunos buques iban arqueros, honderos, e incluso infantería ligera, cuyos proyectiles resultan incómodos de devolver para quienes no son expertos en su manejo, por lo que no permitían que nadie permaneciese en las murallas sin resultar herido. Como necesitaban espacio para disparar sus proyectiles, mantenían sus barcos a cierta distancia de los muros. Las demás quinquerremes habían sido unidas a pares, retirando los remos de las bandas interiores para permitir unirlas; se impulsaban como un solo buque mediante las bandas externas de remos y, así unidas, llevaban torres cubiertas y otra maquinaria para batir las murallas.

Para hacer frente a este ataque naval, Arquímedes colocó en las empalizadas ingenios de diversos tamaños. Bombardeaba los barcos más distantes con piedras enormes y los más cercanos con otras más ligeras y, por tanto, más numerosas; finalmente, atravesó toda la altura de las murallas con aspilleras de un codo de ancho por las que sus hombres podían descargar sus proyectiles sin exponerse ellos mismos. A través de estas aberturas apuntaban contra el enemigo sus flechas y pequeños escorpiones o ballestas. Algunos de los barcos que se aproximaron más, para estar por debajo del tiro de la artillería, fueron atacados del modo siguiente: Colgó gran viga oscilando sobre un pivote proyectado fuera de la muralla, con una fuerte cadena que colgando del extremo tenía sujeto un gancho de hierro. Este se descendía sobre la proa de un barco y se ponía un gran peso de plomo sobre el otro extremo de la viga, hasta que tocaba el suelo y levantaba la proa del buque al aire y hacía que este descansara sobre la popa. Luego quitaba el contrapeso, la proa caía repentinamente al agua como si estuviera sobre la muralla, para gran consternación de los marineros; el choque era tan grande que aunque cayera nivelada embarcaba gran cantidad de agua. De esta manera se frustró el asalto naval y todas las esperanzas de los sitiadores se basaron ahora en un ataque por el lado de tierra, lanzado con todas sus fuerzas. Pero también aquí había dedicado Hierón, durante muchos años, dinero y trabajos para cubrir todo con máquinas de guerra de toda clase, guiados y dirigidos por la inmensa habilidad de Arquímedes. La naturaleza del terreno también ayudaba a la defensa. La roca sobre la que se basaban los cimientos de la muralla era en su mayor parte tan empinada que no solo las piedras lanzadas por máquinas, sino aún las arrojadas a mano caían por su propio peso con terribles efectos sobre el enemigo. Esta misma causa hacía difícil toda aproximación a pie y precario el avance. Así pues, se celebró un consejo de guerra y se decidió, pues todos sus intentos habían quedado frustrados, desistir de las operaciones activas y limitarse a un simple bloqueo, cortando todos los suministros del enemigo por mar y por tierra.

[24,35] Marcelo continuó, mientras tanto, con alrededor de un tercio de su ejército recuperando las ciudades que en la alteración general se habían pasado a los cartagineses. Helorum y Herbeso se rindieron de inmediato, Mégara se tomó al asalto, saqueada y después completamente destruida para aterrorizar al resto, especialmente a Siracusa. Himilcón, que había estado durante un tiempo considerable con su flota a la vista desde el cabo Passero, desembarcó en la Heraclea llamada Minoa veinticinco mil infantes, tres mil de caballería y doce elefantes. Estas fuerzas eran muy distintas en número a las que había mantenido antes su flota a la vista del cabo Passero. Pero, en cuanto se enteró de la captura de Siracusa por Hipócrates, regresó a Cartago y allí contó con el apoyo de los enviados del mismo Hipócrates y de una carta de Aníbal en la que decía que había llegado el momento de recuperar Sicilia del modo más glorioso; y él en persona, con el peso de su propia presencia, no tuvo dificultad alguna para convencer al gobierno de que enviase a Sicilia

tantas fuerzas como pudieran de infantería y caballería. Inmediatamente después de su llegada tomó Heraclea, y Agrigento unos días más tarde. Otras ciudades que se habían puesto del lado de Cartago tenían tantas esperanzas de expulsar a los romanos de Sicilia que hasta empezaron a levantarse los ánimos de los bloqueados siracusanos. Sus generales consideraban que una parte de su ejército sería suficiente para la defensa de la ciudad, dividieron por lo tanto sus fuerzas; Epícides supervisaría la defensa de la ciudad mientras que Hipócrates conduciría la campaña contra el cónsul romano junto a Himilcón. Hipócrates salió de la ciudad por la noche con diez mil infantes y quinientos jinetes, a través de una parte desprotegida de las líneas romanas, y seleccionó un lugar para su campamento cerca de la ciudad de Acrillae. Marcelo cayó sobre ellos mientras aún estaban fortificándose. Había ido a marchas forzadas hasta Agrigento con la esperanza de llegar antes que el enemigo, pero al encontrarla ya ocupada, volvió a su posición ante Siracusa, esperando al menos encontrar una fuerza siracusana en aquel momento y lugar. Sabiendo que no era rival, con las tropas que tenía, para Himilcón y sus cartagineses, había avanzado con la mayor precaución, observando atentamente y protegiéndose contra cualquier sorpresa.

[24.36] Mientras estaban en este estado de alerta cayó sobre Hipócrates, de manera que los preparativos que había hecho para enfrentarse a los cartagineses le sirvieron para tener una buena posición contra los siracusanos. Él los tomó por sorpresa mientras montaban su campamento, dispersos, desordenados y en su mayoría desarmados. La totalidad de la infantería fue masacrada, la caballería ofreció una ligera resistencia y escapó junto a Hipócrates hacia Acre. Aquella batalla contuvo a los siracusanos en su revuelta contra Roma y Marcelo volvió ante Siracusa. Unos días más tarde, Himilcón, al que se había unido Hipócrates, fijó su campamento junto al río Anapo, a unas ocho millas de Siracusa. Una flota cartaginesa de cincuenta y cinco buques de guerra entró casi al mismo tiempo al gran puerto de Siracusa desde alta mar; también una flota romana, con treinta quinquerremes, desembarcó a la primera legión en Palermo. Parecía como si la guerra se hubiera desviado completamente de Italia, tan absolutamente fijaron ambos pueblos su atención en Sicilia. Himilcón confiaba plenamente en que la legión que había desembarcado en Palermo caería en sus manos al marchar a Siracusa, pero quedó decepcionado cuando no tomaron la ruta que él esperaba. Mientras marchaba hacia el interior, la legión procedió a lo largo de la costa, acompañada por la flota, y se unió a Apio Claudio, que había venido a encontrarse con ellos con una parte de sus fuerzas. Ahora los cartagineses desesperaron de aliviar Siracusa y la abandonaron a su suerte. Bomílcar no sentía la suficiente confianza en su flota, al tener los romanos una que doblaba su número, y como vio que permaneciendo inactivo solo iba a agravar la escasez que prevalecía entre sus aliados, se hizo a la mar y puso rumbo a África. Himilcón había seguido la pista de Marcelo hacia Siracusa, esperando una oportunidad para combatir antes de que se le unieran fuerzas superiores; como no se le presentó ninguna oportunidad de hacerlo y vio que el enemigo poseía grandes fuerzas y seguridad dentro de sus líneas alrededor de Siracusa, se marchó sin preocuparse de perder el tiempo sitiando para nada y contemplando el asedio de sus aliados. Deseaba también estar libre para marchar donde hubiera cualquier esperanza de deserción de Roma y donde su presencia animase a aquellos que simpatizaran con Cartago. Comenzó capturando Murgantia, donde el pueblo traicionó a la guarnición romana, y donde se había almacenado gran cantidad de grano y suministros de toda clase para uso de los romanos.

[24,37] Otras ciudades se armaron de valor a partir de este ejemplo de deserción y las guarniciones romanas fueron expulsadas de sus ciudadelas o vencidas a traición y exterminadas. Enna, situado en una posición elevada y rodeada por todos los lados de precipicios, era naturalmente inexpugnable y poseía una fuerte guarnición romana y un prefecto al que no resultaba adecuado que se acercasen los traidores. Lucio Pinario era un soldado severo que confiaba más en su propia vigilancia y prevención que en la fidelidad de los sicilianos. Las numerosas traiciones y deserciones que llegaron a sus oídos y la masacre de las guarniciones romanas le hicieron aún más

cauto a la hora de tomar todas las precauciones posibles. Así que, tanto durante el día como durante la noche, tenía todo dispuesto, cada posición ocupada por guardias y centinelas, con los soldados siempre junto a sus armas y sin abandonar sus puestos. Los ciudadanos notables de Enna ya habían llegado a un acuerdo con Himilcón respecto a traicionar a la guarnición y, cuando observaron todas sus prevenciones y se dieron cuenta de que los romanos no podrían ser sorprendidos y traicionados, comprendieron que habrían de dar la cara. *La ciudad y su ciudadela*, dijeron, *deberían estar bajo nuestra autoridad, si aceptamos como hombres libres la alianza romana y no nos entregamos en custodia como esclavos. Nos parece que lo correcto, por tanto, es que se nos entreguen las llaves de las puertas; el vínculo más fuerte entre los buenos aliados es confiar en la lealtad del otro; solo si seguimos voluntariamente en amistad con Roma, y no por la fuerza, podrá vuestro pueblo sentirse agradecido para con nosotros.* A lo que el comandante romano respondió: *Yo he sido puesto aquí al mando por mi comandante en jefe, de él recibí las llaves de las puertas y la custodia de la ciudadela; no tengo estas cosas a mi disposición o a la de los ciudadanos de Enna, sino a la del hombre que las puso a mi cargo. Abandonar el puesto de uno es para los romanos un delito capital, y los padres han llegado incluso a castigar en casos tales a sus propios hijos. El cónsul Marcelo no está lejos, enviadle embajadores, él tiene el derecho y la autoridad para decidir en este asunto.* Dijeron que no los enviarían y que si sus razones no servían habrían de buscar otro método para reivindicar su libertad. A esto contestó Pinario: *Pues bien, si os parece muy problemático mandar embajadores al cónsul, podéis, en todo caso, darme oportunidad de consultar al pueblo para que pueda poner en claro si esta demanda parte de unos pocos o de toda la ciudadanía.* Se acordó convocar una reunión de la asamblea para el día siguiente.

[24,38] Después que él hubo regresado a la ciudadela tras la entrevista, convocó a sus hombres y se dirigió a ellos de la siguiente manera: *Creo, soldados, que ya habéis oído lo que ha sucedido últimamente y cómo han sido sorprendidas y masacradas las guarniciones romanas por los sicilianos. Habéis evitado esa traición, en primer lugar, por la buena providencia de los dioses, y luego por vuestro propio valor y constante vigilancia, permaneciendo bajo las armas día y noche. Sólo espero que el resto de nuestro tiempo se puede pasar sin sufrir o que nos inflijan daños demasiado terribles como para contarlos. Las precauciones que hemos tomado hasta ahora lo han sido contra las traiciones ocultas; como no han podido contra ellas, exigen ahora abiertamente las llaves de las puertas; y tan pronto como las entregásemos, la ciudad caería en poder de los cartagineses y nos sacrificarían aquí con mayor crueldad que a la guarnición de Murgantia. He conseguido con dificultad que me den una noche para deliberar, de modo que os pueda informar del inminente peligro. Al despuntar el día se va a celebrar una asamblea del pueblo en la que se lanzarán acusaciones contra mí y agitarán a la población contra vosotros. Así, mañana correrá la sangre en Enna, la vuestra o la de sus propios ciudadanos. Si no os adelantáis, no hay esperanza para vosotros; si lo hacéis, no hay peligro. La victoria caerá del lado de quien primero desenvaine la espada. Así que estad todos alerta y esperad con atención la señal. Yo estaré en la asamblea y ganaré tiempo hablando y discutiendo hasta que todo esté completamente dispuesto, y cuando de la señal con mi toga, lanzad un fuerte grito y caed sobre la multitud desde todos lados y destrozadlos a todos con la espada, y cuidar que ninguno sobreviva de quien se pueda temer violencia abierta o traición.* Luego continuó: *A vosotras, Madre Ceres y Proserpina, y a todas vosotras, deidades celestiales e infernales que tenéis vuestra morada en esta ciudad y en estos sagrados lagos y árboles, yo os pido y suplico que seáis clementes y misericordiosas con nosotros, si es cierto que los hechos que nos proponemos ejecutar con esta acción solo tienen por objeto escapar a la traición y el asesinato. Yo os diría más, soldados, si fueseis a combatir contra un enemigo armado; estos están desarmados y para nada sospechan que los vayáis a masacrar hasta hartaros. Además, el campamento del cónsul está cerca y nada hay que temer de Himilcón y los cartagineses.*

[24,39] Después de este discurso, los despidió para que descansasen. A la mañana siguiente

situó a varios de ellos en distintos lugares para bloquear las calles y cerrar las salidas; la mayoría se sitúa alrededor del teatro y sobre el terreno que estaba encima; habían contemplado con frecuencia desde allí otras asambleas, por lo que su aparición no despertó sospechas. El comandante romano fue presentado a la Asamblea por los magistrados. Este les dijo que era el cónsul, y no él, quien tenía el derecho y el poder de decidir sobre el asunto, y les habló más o menos del mismo modo que el día anterior. Al principio se escucharon una o dos voces, y luego muchas más, exigiendo la entrega de las llaves, hasta que toda la asamblea estalló en gritos y amenazas, pareciendo que estaban a punto de atacarlo mientras él seguía dudando y esperando. Entonces, por fin, dio la señal convenida con su toga y los soldados, que habían estado durante bastante tiempo dispuestos y expectantes, lanzaron un grito y se precipitaron sobre la multitud mientras otros bloqueaban las salidas del densamente ocupado teatro. Cercados y enjaulados, los hombres de Enna fueron despedazados sin piedad y amontonados; no solo apilaron a los muertos, también aquellos que trataron de escapar tropezaron con las cabezas de los demás y cayeron unos encima de otros, con los heridos tropezando con los ilesos y los vivos sobre los muertos. Después, los soldados se dispersaron por todas partes y la ciudad se llenó de cadáveres y gente que huía para salvar la vida, pues los soldados masacraban a la multitud indefensa con tanta furia como si combatiesen contra un enemigo igual y los excitara el ardor de la batalla.

Así se conservó Enna para Roma, con un acto que hubiera sido criminal de no resultar inevitable. Marcelo no sólo no censuró la operación, sino que incluso concedió a los soldados las propiedades saqueadas a los ciudadanos, pensando que por el terror que inspiraría así a los sicilianos retrasaría la traición a sus guarniciones. La noticia de este hecho se difundió por Sicilia en apenas un día, pues la ciudad, situada en el centro de la isla, no era menos famosa por la fuerza natural de su posición que por la sagrada devoción que la relacionaba con la antigua historia del rapto de Proserpina. Todos consideraron que aquello fue un sucio y criminal ultraje ejecutado tanto contra la morada de los dioses como contra la de los hombres, y muchos que antes se habían mostrado vacilantes se inclinaron ahora hacia los cartagineses. Hipócrates e Himilcón, que habían conducido sus fuerzas hasta Enna por la invitación de los presuntos traidores, viéndose incapaces de hacer nada se retiraron, el primero a Murgantia y el último a Agrigento. Marcelo marchó de regreso a Lentini, y después de recoger los suministros de grano y otras provisiones para el campamento, dejó un pequeño destacamento para guarnecer la ciudad y volvió a asedio de Siracusa. Dio permiso a Apio Claudio para que marchase a Roma para presentar su candidatura al consulado y puso en su lugar a Tito Quincio Crispino, al mando de la flota y del antiguo campamento [el de Olimpia.-N. del T.], mientras que él mismo construía y fortificaba sus cuarteles de invierno en un lugar llamado Leonta, a unas cinco millas del Hexápilo. Estas fueron las principales incidencias en la campaña de Sicilia hasta el comienzo del invierno.

[24.40] Las hostilidades con Filipo, que se temían con anterioridad, estallaron efectivamente este verano. El pretor, Marco Valerio, que tenía su base en Brindisi y patrullaba frente a las costas de Calabria, recibió información desde Orico diciendo que Filipo había efectuado un ataque sobre Apolonia, enviando una flota de ciento veinte lembos birremes remontando el río, viendo luego que las cosas trascurrían con demasiada lentitud, llevó su ejército por la noche hasta Orico, y como la plaza se encontraba en una llanura y no estaba lo bastante fortificada para defenderse, ni por sus construcciones ni por su guarnición, fue tomada al primer asalto. Sus informantes le pidieron que enviase ayuda y que mantuviese alejado a quien, sin lugar a dudas, era un enemigo a Roma, para que no dañase las ciudades de la costa que peligraban por el mero hecho de estar situadas frente a Italia. Marco Valerio contentó su solicitud, y dejando una pequeña guarnición de dos mil hombres al mando de Publio Valerio, se hizo a la mar con su flota dispuesta para la acción y a sus soldados, como no había espacio en los barcos de guerra para todos ellos, los embarcó en naves de carga. Al segundo día llegó a Orico y, como el rey a su partida solo había dejado una débil fuerza para guarnecerla, se tomó con muy poca lucha. Mientras estaba allí, llegaron embajadores desde Pojani,

informándole de que estaban sometidos a un asedio debido a su negativa a romper con Roma, y que a menos que les protegieran, no podrían resistir mucho más tiempo al macedonio. Valerio se comprometió a hacer lo que deseaban y les envió una fuerza escogida de dos mil hombres, en buques de guerra, a la desembocadura del río, bajo el mando de Quinto Nevio Crista, prefecto de los aliados y un soldado enérgico y experimentado. Este desembarcó a sus hombres y envió a los barcos para unirse nuevamente con la flota en Orico, mientras él marchaba a cierta distancia del río, donde sería menos probable que se encontrase con alguna de las tropas del rey, y entró en la ciudad por la noche sin ser observados por ningún enemigo. Al día siguiente descansaron, para darle la oportunidad de practicar una minuciosa inspección de la fuerza armada de Pojani y de la fortaleza de la ciudad. Se sintió alentado, tanto por el resultado de la inspección como por la cuenta que le dieron sus exploradores sobre la indolencia y negligencia que reinaba entre el enemigo. Marchando fuera de la ciudad en la oscuridad de la noche, sin el más mínimo ruido o desorden, entró en el campamento enemigo, que estaba tan desprotegido y sin vigilancia que se resulta creíble que pudieran entrar hasta un millar de hombres antes de ser detectados; y si se hubieran abstenido de emplear las espadas podrían haber llegado hasta la tienda del rey. La masacre de los más cercanos a las puertas del campamento despertó al enemigo, y tan general terror y pánico se extendió entre ellos que ninguno tomó las armas ni hizo intento alguno de expulsar a los invasores. Incluso el propio rey, despertado repentinamente, huyó a medio vestir con un aspecto indigno de un soldado común, no digamos ya de un rey, y escapó a sus barcos en el río. El resto huyó alocadamente en la misma dirección. Las pérdidas entre muertos y prisioneros fueron de menos de tres mil, siendo los prisioneros mucho más numerosos. Después de haber saqueado el campamento, los pojanienses llevaron las catapultas, las balistas y la restante artillería de sitio, que había sido dispuesta para el asalto, al interior de la ciudad para defensa de sus propias murallas, en previsión de que pudiera ocurrir nuevamente alguna otra emergencia; todo el resto del botín se entregó a los romanos. Tan pronto como la noticia de esta acción llegó a Orico, Valerio envió la flota a la desembocadura del río para prevenir cualquier intento por parte de Filipo de escapar por mar. El rey no sentía la suficiente confianza como para arriesgarse a un combate, fuera por tierra o por mar, y varó sus buques en tierra o los quemó, y se dirigió a Macedonia por tierra con la mayor parte de su ejército habiendo perdido sus armas y todas sus pertenencias. Marco Valerio invernó con su flota en Orico.

[24.41] La lucha continuó este año en Hispania con fortuna variable. Antes de que los romanos cruzaran el Ebro, Magón y Asdrúbal derrotaron a enormes cantidades de hispanos. Toda la Hispania ulterior habría abandonado el bando de Roma de no haber cruzado rápidamente Publio Cornelio Escipión el Ebro, confirmando con su oportuna aparición a los aliados indecisos. Los romanos fijaron al principio su campamento en Castrum Album, un lugar que se hizo famoso por la muerte del gran Amílcar, y acumularon allí suministros de grano. La comarca alrededor, sin embargo, estaba infestada por el enemigo, y su caballería atacó impunemente a los romanos mientras marchaban; perdieron casi dos mil hombres que se habían retrasado y se habían separado de la columna de marcha. Decidieron retirarse a una zona menos hostil y se atrincheraron en el Monte de la Victoria. Cneo Escipión se les unió aquí con todo su ejército, y Asdrúbal, el hijo de Giscón, llegó también con un ejército completo. Había ahora tres generales cartagineses y todos ellos acamparon al otro lado del río, frente al campamento romano. Publio Escipión salió con alguna caballería ligera para hacer un reconocimiento, pero a pesar de todas sus precauciones no pudo pasar inadvertido, y habrían sido derrotados en la llanura abierta si no se hubiese apoderado de cierto terreno elevado que estaba cerca. Aquí quedó rodeado y sólo la oportuna llegada de su hermano lo rescató. Cástulo, una ciudad poderosa y famosa de Hispania, y en alianza tan estrecha con Cartago que Aníbal tomó allí esposa, se puso del lado de Roma. Los cartagineses iniciaron un ataque contra Illiturgis debido a la presencia de una guarnición romana allí, y parecía como si verdaderamente la fueran a reducir por hambre. Cneo Escipión fue en ayuda de los sitiados con una legión ligera, y combatiendo al pasar entre dos de los campamentos cartagineses, entró en la ciudad

tras infligir grandes pérdidas a los sitiadores. Al día siguiente hizo una salida que resultó igualmente afortunada. Más de doce mil hombres resultaron muertos en ambas batallas y más de mil fueron hechos prisioneros, capturándose también treinta y seis estandartes. De esta manera quedó levantado el sitio de Illiturgi. Los cartagineses atacaron luego Bigerra, también aliada de Roma, pero al aparecer Cneo Escipión se retiraron sin combatir.

[24.42] El campamento cartaginés se trasladó junto a Munda, y los romanos los siguieron inmediatamente. Aquí se combatió durante cuatro horas en una batalla campal, y estaban obteniendo los romanos una espléndida victoria cuando se dio señal de retirada. Cneo Escipión fue herido en el muslo por una jabalina y los soldados que le rodeaban temieron que la herida fuese fatal. No había la menor duda de que si no se hubiera producido aquel retraso, el campamento cartaginés habría sido capturado aquel mismo día, pues habían obligado a que se retirasen los hombres, además de los elefantes, hasta sus propias líneas, siendo atravesados treinta y nueve de los últimos por los pila romanos. Se afirma que murieron doce mil hombres en esta batalla y que unos tres mil fueron hechos prisioneros, además de capturarse cincuenta y siete estandartes. Desde allí, los cartagineses se retiraron a Jaén, los romanos los siguieron lentamente, sin dejarles tiempo para recuperarse de sus derrotas. Allí se libró otro combate y Escipión fue llevado al campo de batalla en una camilla. La victoria fue decisiva aunque no se acabó ni con la mitad de los enemigos que en la ocasión anterior, pues quedaban menos para luchar. Pero los hispanos tienen un instinto natural para recuperarse de las pérdidas en la guerra y, cuando Magón fue enviado por su hermano para alistar tropas, muy pronto se cubrieron los huecos en el ejército, lo que animó a sus generales a trabar otra batalla. A pesar de que eran en su mayoría soldados novatos y que defendían una causa que en poco tiempo había sido derrotada repetidamente, combatieron con el mismo ánimo y el mismo resultado con que lo habían hecho sus antecesores. Más de ocho mil hombres murieron, no menos de mil cayeron prisioneros y se capturaron cincuenta y ocho estandartes. La mayor parte del botín había pertenecido a los galos, hubo gran número de brazaletes de oro y cadenas y dos distinguidos régulos galos, Meniacapto y Vismaro, cayeron en la batalla. Ocho elefantes fueron capturados y tres muertos. Como las cosas marchaban tan bien en Hispania, los romanos, finalmente, empezaron a sentirse avergonzados por haber dejado Sagunto, la causa principal de la guerra, en manos enemigas durante casi ocho años. Así, después de expulsar a la guarnición cartaginesa, recuperaron la ciudad y se la devolvieron a aquellos de sus antiguos habitantes que se habían salvado de la guerra. Los turdetanos, que habían provocado la guerra entre Sagunto y Cartago, fueron reducidos a la sumisión y vendidos como esclavos; su ciudad fue completamente destruida.

[24.43] Este fue el curso de los acontecimientos en Hispania durante el año en Quinto Fabio y Marco Claudio fueron cónsules *(214 a.C.)*. Inmediatamente después de tomar posesión del cargo los tribunos de la plebe, Marco Metelo, uno de ellos, acusó a los censores, Publio Furio y Marco Atilio y exigió que se les llevase a juicio ante el pueblo. Su razón para actuar de este modo era que el año anterior le habían privado de su caballo, degradado de su tribu y convertido en erario sobre la base de que estaba envuelto en el complot que se había organizado tras la batalla de Cannas para abandonar Italia. Los otros nueve tribunos, sin embargo, interpusieron su veto en contra de su procesamiento mientras desempeñaran su cargo y el asunto no se concretó. La muerte de Publio Furio les impidió completar el lustrum y Marco Atilio renunció al cargo. Las elecciones consulares se celebraron bajo la presidencia de Quinto Fabio Máximo, el cónsul. Ambos cónsules fueron elegidos en su ausencia: Quinto Fabio Máximo, el hijo del cónsul, y Tiberio Sempronio Graco, por segunda vez. Los pretores elegidos fueron Marco Atilio y tres que por entonces eran ediles curules, a saber, Publio Sempronio Tuditano, Cneo Fulvio Centimalo y Marco Emilio Lépido. Según la tradición, aquel año duraron cuatro días, por vez primera, los juegos escénicos, que celebraron los ediles curules. El edil Tuditano era el magistrado que condujo a sus hombres por entre medio del enemigo tras la derrota de Cannas, cuando todos los demás estaban paralizados por el terror. Tan

pronto terminaron las elecciones, los cónsules electos fueron, por consejo de Quinto Fabio, llamados a Roma para que tomaran posesión de sus cargos. Tras regresar, consultaron al Senado acerca de la dirección de la guerra, la asignación de provincias a ellos y a los pretores, los ejércitos que habían de alistarse y los hombres a quienes mandarían *(213 a.C.)*.

[24.44] Las provincias y los ejércitos se distribuyeron como sigue: Las operaciones contra Aníbal fueron confiados a los dos cónsules, reteniendo Sempronio el ejército que ya mandaba. Fabio iría a hacerse cargo del ejército de su padre. Cada uno constaba de dos legiones. Marco Emilio, el pretor que tenía la jurisdicción sobre los extranjeros, se haría cargo de Lucera y de las dos legiones que Quinto Fabio, el cónsul recién elegido, había mandado como pretor; Publio Sempronio Tuditano recibió Rímini como provincia, y Arienzo correspondió a Cneo Fulvio, cada uno con dos legiones; Fulvio estaría al mando de las legiones ciudadanas y Tuditano tomaría el mando de las de Manio Pomponio. Se extendieron los siguientes mandos: Marco Claudio retendría la parte de Sicilia que había constituido el reino de Hierón mientras Léntulo, como propretor, debería administrar la antigua provincia; Tito Otacilio seguiría al mando de la flota, sin que se le proporcionasen nuevas tropas, y Marco Valerio operaría en Grecia y Macedonia con la legión y buques que tenía; Quinto Mucio seguiría al mando de su antiguo ejército de dos legiones en Cerdeña y Cayo Terencio mantendría su única legión en el Piceno. Se dieron órdenes para que se alistasen dos legiones en la Ciudad y que los aliados proporcionasen veinte mil hombres.

Tales eran los generales y las tropas que servirían de baluarte de Roma contra las muchas guerras, algunas ya en marcha y otras previstas, que la amenazaban. Después de alistar las dos legiones de la ciudad y reclutar los demás refuerzos, ambos cónsules dejaron la Ciudad, no sin antes proceder a la expiación de ciertos portentos que habían ocurrido. Parte de la muralla de la Ciudad y algunas de las puertas habían sido alcanzadas por un rayo, así como el templo de Júpiter en La Riccia. Otras cosas que el pueblo imaginó haber visto u oído se reputaron como ciertas; En Terracina, se creyó haber visto barcos de guerra en el río, aunque nada había allí; se escuchó un choque de armas en el templo de Júpiter Vicilino, en las proximidades de Conza, y se dijo que corrió ensangrentado el río en Pescara. Cuando se expiaron tales presagios según las instrucciones de los pontífices, los cónsules marcharon al frente; Sempronio hacia Lucania y Fabio hacia Apulia. Fabio padre llegó al campamento de su hijo en Arienzo, como lugarteniente suyo. El hijo salió a su encuentro con los doce lictores precediéndole en fila. El anciano pasó cabalgando a once de ellos, todos los cuales, por respeto a él, permanecieron en silencio; llegado allí, el cónsul ordenó al lictor restante, y que estaba inmediatamente frente a él, que cumpliera con su deber. El hombre ordenó a Fabio que desmontara y este, saltando de su caballo, dijo a su hijo: *Quería saber, hijo mio, si te dabas cuenta cabal de que eres el cónsul.*

[24.45] Una noche, Dasio Altinio, de Arpinova, realizó una visita secreta a este campamento, acompañado por tres esclavos, ofreciendo traicionar Arpinova contra la entrega de una recompensa. Fabio remitió el asunto al consejo de guerra y algunos pensaron que debía ser tratado como un desertor, azotado y decapitado. Decían que era un traidor, un enemigo de ambos lados y que, tras la derrota de Cannas, como si la lealtad dependiera de la suerte, se había pasado a Aníbal y conducido Arpinova a la deserción; y que ahora que la causa de Roma estaba, en contra de sus esperanzas y deseos, resurgiendo de sus raíces, él les prometía una nueva traición como manera de compensar a aquellos a quienes antes había traicionado. Propugnaba abiertamente apoyar a un bando mientras sus simpatías estaban con el otro, infiel como aliado y despreciable como enemigo; de la misma calaña que el que traicionó Faleria o el que ofreció el veneno a Pirro, se le debía convertir en una tercera advertencia para todos los renegados. El padre del cónsul tenía una opinión diferente. *Algunos hombres,* dijo, *ajenos a los tiempos y estaciones, forman juicio sobre todas las cosas con tanta calma e imparcialidad corran tiempos de guerra como de paz. El asunto más importante que debemos discutir y decidir es la forma en que podamos evitar que nuestros aliados nos abandonen,*

pero esto es lo último que estamos pensando; estamos hablando de la obligación de hacer un ejemplo de alguien que se da cuenta de su error y contempla con pesar la antigua alianza abandonada. Pero si un hombre es libre de abandonar a Roma y no lo es para regresar con ella, ¿quién dejará de ver que en poco tiempo el imperio romano, despojado de aliados, se encontrará a toda Italia obligada con tratados a Cartago? Desde luego que no voy a aconsejar que se deposite confianza alguna en Altinio; propondré una vía intermedia para tratar con él. Yo recomendaría que no se le trate ni como enemigo ni como amigo, sino que se le interne en alguna ciudad no muy lejana de nuestro campamento, en la que podamos confiar, y que se le mantenga allí durante la guerra. Luego, cuando esta haya finalizado, podremos discutir si merece ser castigado por su anterior deslealtad más de lo que merece el perdón por su actual regreso con nosotros. La sugerencia de Fabio encontró la aprobación general y Altinio fue entregado, junto a los que le acompañaban, a algunos embajadores de Calvi Risorta. Había traído con él una cantidad considerable de oro, y se ordenó que le fuera guardado. En Cales era libre de moverse durante el día, pero seguido siempre por un guardia que le mantenía confinado durante la noche. En Arpinova se le echó de menos en su casa y comenzaron a buscarle, los rumores corrieron pronto por la ciudad y, naturalmente, se produjo gran inquietud al ver que habían perdido a su líder. Se temió una revolución y en seguida se mandaron mensajeros a Aníbal. El cartaginés no estaba en absoluto preocupado por lo sucedido; había sospechado durante mucho tiempo del hombre y dudaba de su lealtad, por lo que ahora tenía una razón plausible para confiscar y vender las propiedades de un hombre muy rico. Pero, con el fin de hacer creer que le movía más la rabia que la avaricia, aumentó su rapacidad con un acto de crueldad atroz. Mandó a buscar a su esposa e hijos, y después de interrogarles primero sobre las circunstancias en que Altinio había desaparecido, y después sobre la cantidad de oro y plata que había dejado en casa, para descubrir así lo que realmente quería saber, los quemó vivos.

[24,46] Fabio levantó su campamento en Arienzo y decidió comenzar con un ataque contra Arpinova. Acampó como a media milla de allí y, al observar desde una posición cercana la situación de la ciudad y sus defensas, vio que una parte estaba más fortificada y, por tanto, menos guardada; por este lugar decidió lanzar su asalto. Después de comprobar que todo lo necesario para que el asalto estaba dispuesto, hizo una selección de entre los centuriones de su ejército y los situó bajo el mando de tribunos distinguidos por su valentía. Luego les proporcionó a seiscientos soldados, número que consideró suficiente para su propósito, y les ordenó llevar a aquel punto las escalas cuando oyeran la señal en la cuarta guardia. Había una puerta estrecha y baja que daba a una calle poco frecuentada que recorría una parte solitaria de la ciudad. Sus órdenes eran que fuesen los primeros en escalar la muralla con sus escalas y que abriesen después la puerta o rompiesen los goznes y barras desde el interior; cuando se hubieran apoderado de aquella parte de la ciudad debían indicarlo con un toque de corneta para que el resto de las tropas pudiera ser llevado allí, pues él ya les tendría en orden y dispuestos. Se siguieron sus instrucciones al pie de la letra, y lo que parecía probable que fuese un obstáculo resultó ser de gran ayuda para ocultar sus movimientos. Una tormenta de lluvia que comenzó a la medianoche hizo que todos los centinelas y puestos avanzados marcharan a buscar abrigo en las casas, y el rugido de la lluvia, que caía al principio como un diluvio, impidió que se oyera a los que estaban actuando contra la puerta. Luego, cuando el sonido de la lluvia cayó con sonido más suave y regular, calmó a la mayor parte de los defensores hasta hacerles dormir. Tan pronto como se apoderaron de la puerta, situaron las cornetas equidistantes por la calle y ordenaron que tocasen para dar aviso al cónsul. Una vez hecho esto como se había dispuesto previamente, el cónsul ordenó un avance general y, poco antes del amanecer, entró en la ciudad por la puerta derribada.

[24.47] Por fin, el enemigo se despertó; hubo una pausa en la tormenta y la luz del día despuntaba. La guarnición de Aníbal en la ciudad ascendía a unos cinco mil hombres y los propios

ciudadanos habían dispuesto una fuerza de tres mil. A estos, los cartagineses los colocaron delante para enfrentarse al enemigo y que no pudieran hacerles ninguna traición por la retaguardia. Los combates comenzaron en la oscuridad, por las calles estrechas; los romanos habían ocupado no sólo las calles cerca de la puerta, sino también las casas, para que no se les pudiera atacar desde los tejados. Poco a poco, a medida que aumentaba la luz, algunos de las tropas ciudadanas y algunos romanos se reconocieron mutuamente y empezaron a conversar. Los soldados romanos les preguntaron qué era lo que deseaban los arpinenses, qué mal les había hecho Roma y qué buen servicio les había prestado Cartago para que ellos, nacidos y criados en Italia, combatiesen contra sus antiguos amigos romanos en nombre de bárbaros y extranjeros y desearan convertir a Italia en una provincia tributaria de África. La gente de Arpinova arguyó en su defensa que no sabían nada de lo que estaba pasando, que en realidad habían sido vendidos por sus gobernantes a los cartagineses y que eran víctimas y esclavos de una pequeña oligarquía. Una vez que empezaron las conversaciones, estas se extendieron más y más; por fin, el pretor de Arpinova fue llevado por sus amigos donde el cónsul y, tras prestarse mutuas garantías, rodeados por las tropas y bajo sus estandartes, los ciudadanos se volvieron por sorpresa contra los Cartagineses y combatieron a favor de los romanos. Un grupo de hispanos, también, en número algo inferior al millar, transfirieron sus servicios al cónsul con la única condición de que se permitiera partir indemne a la guarnición cartaginesa. Se les abrieron las puertas y se les dejó salir, según lo estipulado, con la mayor seguridad y marcharon con Aníbal en Salapia. Así, Arpinova volvió con a los romanos sin que se perdiera ninguna vida, a excepción de la aquel hombre que tiempo atrás había sido un traidor y que había desertado recientemente. Se ordenó que se entregase doble ración a los hispanos y la república se benefició en muchas ocasiones de su valor y fidelidad.

Mientras que uno de los cónsules estaba en Apulia y el otro en Lucania, unos ciento doce jinetes nobles campanos abandonaron Capua con permiso de sus magistrados, al objeto, según dijeron, de saquear el territorio enemigo. En realidad, sin embargo, se marcharon hasta el campamento romano encima de Arienzo, y cuando se acercaron a los puestos exteriores les dijeron que deseaban entrevistarse con el pretor, Cneo Fulvio. Al ser informado de su petición, dio órdenes para que llevasen ante él a diez de ellos, después de haber dejado sus armas. Cuando se enteró de lo que querían, que resultó ser, simplemente, que tras la reconquista de Capua se les devolvieran sus propiedades, los recibió a todos bajo su protección. El otro pretor, Sempronio Tuditano, tomó la ciudad de Atrino al asalto. Se tomaron más de siete mil prisioneros así como una considerable cantidad de monedas de bronce y plata. En Roma se produjo un terrible incendio que duró dos noches y un día. Todos los edificios entre Salinas y la puerta Carmental, incluyendo el Equimelio, el barrio Jugario y los templos de la Fortuna y de Mater Matuta se quemaron hasta los cimientos. El fuego se desplazó a considerable distancia fuera de las puertas y destruyó muchas propiedades y objetos sagrados.

[24.48] Los dos Escipiones, Publio y Cneo, después de sus exitosas operaciones en Hispania, en el curso de las cuales se recuperaron muchos antiguos aliados y se ganaron otros nuevos, empezaron durante el año a albergar esperanzas de resultados similares en África. Sifax, rey de los númidas, había adoptado de repente una actitud hostil hacia Cartago. Los Escipiones le enviaron tres centuriones en embajada, con órdenes de concluir una alianza de amistad con él y de asegurarle que, si hostigaba persistentemente a los cartagineses, se ganaría la obligación para con él del senado y el pueblo de Roma, y harían cuanto pudieran para pagarle en su momento la deuda con creces. El bárbaro quedó encantado con la embajada y mantuvo frecuentes conversaciones con los centuriones sobre los métodos de la guerra. Al escuchar a los soldados veteranos, se enteró de muchas cosas que ignoraba y de cuán grande era el contraste entre sus propias costumbres y la disciplina y organización de los otros. Les pidió que, mientras dos de ellos llevaban de vuelta el informe de su misión a sus comandantes, el tercero se quedase con él como instructor militar. Explicó que los númidas hacían infantes muy pobres y que solo eran útiles como jinetes; les explicó que este era el

estilo de guerrear que habían adoptado sus antepasados desde los primeros tiempos y que en este estilo había sido entrenado desde su infancia. Ellos tenían un enemigo que dependía principalmente de su infantería, y si quería ir a su encuentro en igualdad de condiciones, él también se debía proveer de infantería. Su reino tenía una población abundante y adecuada para ello, pero él desconocía el método apropiado para armarlos, equiparlos y entrenarlos. Todo estaba desordenado y sin organización, como una multitud reunida al azar.

Los enviados respondieron que, por el momento, harían lo que él deseaba en el entendido de que, si sus jefes no aprobaban el acuerdo, él enviaría inmediatamente de vuelta al que se quedara. El nombre del que se quedó junto al rey era Quinto Estatorio. El rey envió a algunos númidas para acompañar a los dos romanos a Hispania y obtener la sanción del acuerdo de sus comandantes. También les encargó tomar medidas inmediatas para persuadir a los númidas que actuaban como auxiliares de las tropas cartaginesas para que se pasasen con los romanos. Del gran número de jóvenes que había en el país, Estatorio alistó una fuerza de infantería para el rey. A estos los encuadró según el modelo romano, enseñándoles a seguir sus estandartes y mantener las filas mediante en entrenamiento y la práctica. También les hizo familiarizarse con el arte de la fortificación y otras labores militares, de modo que el rey puso tanta confianza en su infantería como en su caballería y en una batalla campal librada en campo abierto demostró ser superior a los cartagineses. La presencia de los enviados del rey en Hispania también resultó ser provechosa para los romanos, pues ante las noticias de su llegada se produjeron numerosas deserciones entre los númidas. Así pues, entre Sifax y los romanos se establecieron relaciones de amistad. Tan pronto como los cartagineses se enteraron de lo que estaba pasando, enviaron emisarios a Gala, que reinaba en la otra zona de Numidia sobre una tribu llamada mésulos.

[24,49] Gala tenía un hijo llamado Masinisa, un muchacho de diecisiete años pero de un carácter tan fuerte que ya entonces resultaba evidente que él haría el reino más grande y más rico de cuanto lo recibiera. Los embajadores señalaron a Gala que, ya que Sifax se había unido a los romanos para fortalecerse mediante su alianza contra los reyes y pueblos de África, lo mejor para él sería unirse a los cartagineses tan pronto pudiera y antes de que Sifax cruzara a Hispania o los romanos a África. Sifax, dijeron, podría ser fácilmente aplastado, pues nada había conseguido de la alianza con Roma, excepto el nombre. El hijo de Gala pidió que se le confiara la dirección de la guerra y persuadió con facilidad a su padre para que enviase un ejército que, en unión de los cartagineses, venció a Sifax en una gran batalla en la que se dice que murieron treinta mil hombres. Sifax, con algunos de sus jinetes, huyó del campo de batalla junto a los maurusios, una tribu númida que vive en la parte más alejada de África, cerca del océano frente a Gades. Ante la noticia de su llegada, los bárbaros acudieron a él desde todas partes y en poco tiempo armó una fuerza inmensa. Mientras se preparaba para cruzar con ellos a Hispania, de la que solo le separaba un corto estrecho, Masinisa llegó con su victorioso ejército y se ganó gran fama por el modo en que dio fin a la guerra contra Sifax sin ayuda alguna de los cartagineses. En Hispania no ocurrió nada de importancia, excepto que los romanos se aseguraron para sí los servicios de los celtíberos, ofreciéndoles la misma paga que habían acordado con los cartagineses. También enviaron a Italia trescientos nobles hispanos para que convenciesen a sus compatriotas que servían con Aníbal. Esto es lo único destacable en Hispania durante aquel año, pues nunca, antes de aquellos celtíberos, habían tenido los romanos mercenarios en sus campamentos.

LIBRO XXV. LA CAÍDA DE SIRACUSA

[25.1] *(213 a.C.)* Mientras tenían lugar estas operaciones en Hispania y en África, Aníbal pasó todo el verano en territorio salentino con la esperanza de apoderarse de Tarento mediante traición; estando allí se pasaron con él algunas ciudades poco importantes. De los doce pueblos del Brucio que se habían pasado a los cartagineses el año anterior, dos, a saber, cosentinos y taurianos, regresaron a su antigua lealtad con Roma, y otras más lo habrían hecho de no haber sido por Tiberio Pomponio Veyentano, un prefecto de los aliados. Este había efectuado varias incursiones con éxito en el Brucio y, a consecuencia de esto, empezó a verse considerado como un general. Con el desorganizado e indisciplinado ejército que tenía se enfrentó a Hanón. En esa batalla, gran número de hombres, que no eran más que una confusa multitud de campesinos y esclavos, quedaron muertos o fueron hechos prisioneros; la pérdida menos importante fue la del mismo prefecto, que cayó prisionero. Pues no solo era responsable de tan temeraria e imprudente batalla, sino que en su calidad de arrendatario público había sido con anterioridad encontrado culpable de prácticas deshonestas y de robar tanto a la república como a las empresas de la Ciudad. El cónsul Sempronio libró varios combates sin importancia en la Lucania, ninguno de los cuales vale la pena registrar, y tomó algunas ciudades sin importancia pertenecientes a los lucanos.

Cuanto más se alargaba la guerra, más se atribulaban los hombres y más afectaban a sus fortunas las alternativas de éxitos y fracasos, tanto más caían los ciudadanos víctimas de las supersticiones, principalmente de las extranjeras. Parecía como si tanto el carácter de los hombres como el de los dioses hubieran sido sometidos a un repentino cambio. El ritual romano estaba cayendo en desuso, no sólo en secreto y en las casas particulares, incluso en los lugares públicos, en el Foro y el Capitolio, se veía a multitud de mujeres ofreciendo sacrificios y oraciones que no eran conformes a los usos de los dioses patrios. Sacrificadores y adivinos se habían apoderado de las mentes de los hombres y se incrementó el número de sus víctimas por la multitud de campesinos a los que la pobreza o el miedo había llevado a la Ciudad y cuyos campos habían permanecido sin cultivar debido a la duración de la guerra o a haber sido asolados por el enemigo. Estos impostores lograron su beneficio comerciando con la ignorancia del prójimo, practicando con descaro su profesión como si hubieran sido autorizados por el Estado. Los ciudadanos respetables protestaban en privado contra tal estado de cosas y, en última instancia, el asunto se convirtió en un escándalo público y se presentó una queja formal ante el Senado. Los ediles y triunviros de la capital fueron recriminados duramente por el Senado por no prevenir estos abusos, pero cuando intentaron disolver las multitudes del Foro y destruir los altares e instrumentos rituales, a duras penas escaparon de recibir un trato violento. Como el mal parecía resultar demasiado grande para que lidiasen con él magistrados inferiores, se encargó a Marco Emilio, el pretor urbano, la tarea de librar al pueblo de aquellas supersticiones. Aquel dio lectura a la resolución del Senado ante la Asamblea y advirtió que todo el que se encontrase en poder de libros adivinatorios, o de ritos sacrificiales o de oraciones, se lo debería entregar antes del primero de abril, y nadie debería emplear ninguna forma extraña o extranjera de sacrificar en lugares públicos o consagrados.

[25,2] Varios sacerdotes públicos murieron aquel año: Lucio Cornelio Léntulo, el sumo pontífice; Cayo Papirio Masón, hijo de Cayo, uno de los pontífices; Publio Furio Filo el augur y Cayo Papirio Masón, hijo de Lucio, decenviro sagrado. Marco Cornelio Cétego fue nombrado sumo pontífice en lugar de Léntulo y Cneo Servilio Cepión en lugar de Papirio. Lucio Quincio Flaminio fue nombrado augur y Lucio Cornelio Léntulo decenviro sagrado. Se acercaba el momento de las elecciones y se decidió no llamar a los cónsules, que estaban empeñados con la guerra; Tiberio Sempronio nombró dictador a Cayo Claudio Centón con el propósito de que celebrase las elecciones. Este nombró a Quinto Fulvio Flaco como jefe de la caballería. Las elecciones se terminaron en el primer día; el dictador declaró debidamente electos como cónsules a Quinto Fulvio Flaco, jefe de la caballería, y a Apio Claudio Pulcro, que estaba en el momento como pretor en

Sicilia. A continuación se eligió a los pretores, que fueron Cneo Fulvio Flaco, Cayo Claudio Nerón, Marco Junio Silano y Publio Cornelio Sila. Cuando finalizaron las elecciones, el dictador dimitió. Los ediles curules para aquel año fueron Marco Cornelio Cétego y Publio Cornelio Escipión, que posteriormente sería conocido como *Africano*. Cuando este último se presentó como candidato, los tribunos de la plebe se le opusieron diciendo que no podía presentarse por no haber alcanzado la edad legal. Su respuesta fue: *Si los Quirites son unánimes en su deseo de nombrarme edil, soy lo bastante mayor.* Por esto, el pueblo se apresuró a dar su voto tribal para él con tanto ahínco que los tribunos abandonaron su oposición. Los nuevos ediles desempeñaron sus cargos con gran munificencia; los Juegos Romanos se celebraron a gran escala, teniendo en cuenta los recursos disponibles; se repitieron un segundo día y se distribuyó un congio de aceite para cada calle. Lucio Vilio Tápulo y Marco Fundanio Fúndulo, los ediles plebeyos, convocaron a varias matronas ante el pueblo bajo la acusación de mala conducta; algunas fueron condenadas y enviadas al exilio. La celebración de los Juegos Plebeyos duró dos días y hubo un solemne banquete en el Capitolio con motivo de los Juegos.

[25,3] Quinto Fulvio Flaco y Apio Claudio tomaron posesión de su consulado, el primero por tercera vez *(212 a.C.)*. Los pretores sortearon sus provincias; a Publio Cornelio Sila le correspondieron tanto la jurisdicción urbana como la peregrina, que antes se desempeñaban por separado; Apulia correspondió a Cneo Fulvio Flaco; Arienzo fue para Cayo Claudio Nerón y Etruria correspondió a Marco Junio Silano. Se asignaron dos legiones a cada cónsul en campaña contra Aníbal; un cónsul tomó el mando del ejército de Quinto Fabio, el cónsul del año anterior, y el otro del de Fulvio Centumalo. Con respecto a los pretores, Fulvio Flaco se haría cargo de las legiones que estaban en Lucera bajo el mando de Emilio, Claudio Nerón de las que servían en el Piceno bajo Cayo Terencio, y ambos deberían completarlas hasta su dotación completa de fuerzas. Las legiones ciudadanas alistadas el año anterior se asignaron a Marco Junio para atender cualquier movimiento en Etruria. Tiberio Sempronio Graco y Publio Sempronio Tuditano vieron prorrogado su mando en sus respectivas provincias de Lucania y la Galia Cisalpina, también se le prorrogó a Publio Léntulo sobre la provincia romana de Sicilia y a Marco Marcelo sobre Siracusa, en la parte de la isla sobre la que había reinado Hierón. El mando de la flota se dejó en manos de Tito Otacilio y las operaciones en Grecia en las de Marco Valerio; la campaña de Cerdeña seguiría aún bajo la dirección de Quinto Mucio Escévola, mientras que los dos Escipiones continuarían su trabajo en Hispania. Además de los ejércitos existentes, los cónsules alistaron en la ciudad dos nuevas legiones, elevando así el número total de legiones ese año a veintitrés.

El alistamiento fue interrumpido por la conducta de Marco Postumio Pirgense, que pudo haber hecho peligrar la estabilidad de la república. Este hombre era un arrendador público y durante muchos años no hubo nadie que le igualara en deshonestidad y codicia, como no fuera Tito Pomponio Veyentano, a quien los cartagineses de Hanón apresaron cuando efectuaba una incursión temeraria en la Lucania. El Estado se había hecho responsable de los suministros destinados a los ejércitos que se perdían por las tormentas en el mar, y estos hombres inventaban historias de naufragios y, cuando no las inventaban, los naufragios de los que informaban se debían a su falta de honradez y no a accidentes. Colocaban cargas pequeñas y sin valor en viejos barcos desvencijados a los que hundían cuando estaban en alta mar, recogiendo a los marineros con botes que tenían dispuestos, y luego presentaban una declaración falsa de la carga, cuyo valor multiplicaban muchas veces sobre el real. Este fraude fue revelado a Marco Emilio, el pretor, quien llevó el asunto ante el Senado, que no había tomado medida alguna al temer ofender al grupo de arrendatarios públicos en un momento como aquel. El pueblo, sin embargo, adoptó una postura mucho más severa respecto al caso y, finalmente, dos tribunos de la plebe, Espurio Carvilio y Lucio Carvilio, viendo como crecía el disgusto y la indignación popular, exigieron que se les impusiera una multa de doscientos mil ases. Cuando llegó el día en que se decidía la cuestión, el pueblo acudió en tan gran número que casi no hubo espacio en el Capitolio para albergarlo; una vez presentado el caso, la única esperanza

que restaba a la defensa era la opción de que Cayo Servilio Casca, un tribuno de la plebe que era familiar cercano de Postumio, presentara su veto antes de que las tribus procedieran a la votación. Cuando se hubo presentado la evidencia, los tribunos ordenados al pueblo que se retirase y le llevó la urna de votación para que se pudiese determinar con qué tribu votarían los latinos. Mientras se procedía a esto, los publicanos urgieron a Casca para que detuviera el proceso aquel día y el pueblo se opuso fuertemente a aquello. Resultó que Casca estaba sentado en el último asiento, al extremo del tribunal, atrapado entre sentimientos de miedo y vergüenza. Al ver que este no les servía de mucha ayuda, los arrendatarios públicos decidieron provocar un altercado y se precipitaron a una en el espacio que quedó vacío tras la retirada de la Asamblea, increpando a voz en grito al pueblo y a los tribunos. Como aquello tenía todo el aspecto de una lucha cuerpo a cuerpo, el cónsul Fulvio dijo a los tribunos: *¿No veis que se ha perdido vuestra autoridad y que de seguro habrá un motín si no disolvéis la asamblea de la plebe?*

[25,4] Después que fuera disuelta la asamblea de la plebe, se convocó una reunión del Senado y los cónsules presentaron la cuestión de la perturbación de una asamblea de la plebe por la violencia y audacia de los publicanos. *Marco Furio Camilo*, dijeron, *cuyo exilio fue seguido por la caída de Roma, accedió a ser juzgado por ciudadanos iracundos; antes de su época, los decenviros, cuyas leyes siguen hoy día vigentes, y tras ellos muchos de nuestros más insignes ciudadanos, se presentaron a juicio ante el pueblo. Por el contrario, Postumio Pirgense ha privado al pueblo de su derecho a votar, ha quebrado una Asamblea de la Plebe, destruido la autoridad de los tribunos, hecho la guerra al pueblo de Roma, ha tomado por la fuerza una posición en la Ciudad para separar a la plebe de sus tribunos e impedido que se llame a votar a las tribus. No había nada que frenase a los hombres del combate y el derramamiento de sangre, excepto el control de los magistrados, que de momento habían cedido a la furiosa audacia de unos cuantos y consentido que se desafiase con éxito al pueblo y a ellos mismos; y que, en vez de proporcionar un conflicto a quienes lo estaban buscando, finalizaron voluntariamente la votación que el acusado iba a detener mediante la fuerza armada.* Esta acusación fue escuchada por los mejores de los ciudadanos con sentimientos de indignación proporcionales a la atrocidad del ultraje, y el Senado aprobó un decreto afirmando que aquella conducta violencia era una ofensa contra la república y sentaba el más pernicioso de los ejemplos. Inmediatamente después de esto, ambos Carvilios abandonaron la propuesta de multa y acusaron a Postumio de alta traición, y le ordenaron entregar fianzas para garantizar su comparecencia el día del juicio o, si no podía, que se le arrestara de inmediato y se le encarcelase. Entregó fianzas, pero no se presentó. Los tribunos propusieron y la plebe aprobó la siguiente resolución: *Si Marco Postumio no hace acto de presencia antes del primero de mayo y cuando se le cite ante el tribunal no contesta a su nombre en ese día, sin que se le haya excusado legalmente de comparecer, se le condenará al exilio, se venderán sus bienes y se le prohibirá el agua y el fuego*. Después, se acusó de los mismos cargos a todos los que habían encabezado los disturbios, y se les ordenó presentar fianzas. Aquellos que no las presentaron y, después, incluso aquellos que lo hicieron, fueron todos puestos en prisión. La mayor parte de ellos, para escapar del peligro, marcharon al exilio.

[25.5] Este fue el final del asunto de la deshonestidad de los arrendatarios públicos y su intento de ocultarla. Lo siguiente fue la elección del pontífice máximo. El nuevo pontífice, Marco Cornelio Cétego, celebró la elección, que resultó muy disputada. Había tres candidatos: Quinto Fulvio Flaco, el cónsul, que ya había sido dos veces cónsul y también censor; Tito Manlio Torcuato, que también podría presentar dos consulados y la censura, y Publio Licinio Craso, que estaba a punto de presentarse para edil curul. Este joven derrotó a sus competidores más mayores y distinguidos; antes que él, no había habido nadie en ciento veinte años, con la única excepción de Publio Cornelio Calussa, que hubiera sido elegido pontífice máximo sin haberse sentado en una silla curul. Los cónsules encontraron en el alistamiento de tropas una tarea difícil, pues no había

suficientes hombres con la edad requerida para cumplir con ambos propósitos: alistar las nuevas legiones ciudadanas y, además, completar los ejércitos existentes hasta su dotación completa de hombres. El Senado, sin embargo, no les permitió dejar de intentarlo y nombró dos comisiones de triunviros; la una para trabajar en un radio de cincuenta millas desde la Ciudad y la otra fuera de aquel radio. Debían inspeccionar todas las aldeas, mercados y caseríos; determinar el número total de hombres libres de cada una y alistar como soldados a todos los que les parecieran lo bastante fuertes como para llevar armas, aunque estuviesen por debajo de la edad militar. Los tribunos de la plebe podrían, si les parecía bien, presentar una propuesta al pueblo para que a aquellos que prestasen el juramento militar teniendo menos de diecisiete años se les reconociera la misma paga que si se hubieran alistado a los diecisiete o más. Los triunviros así nombrados reclutaron a todos los hombres nacidos libres en los territorios rurales. Por aquel tiempo, se leyó una carta en el Senado remitida por Marco Marcelo en Sicilia, en la cual daba cuenta de la petición que le habían hecho los soldados que servían con Publio Léntulo. Estos eran los restos del ejército de Cannas, que habían sido enviados a Sicilia, como se ha indicado anteriormente, y que no habrían de volver a Italia antes de que hubiera llegado a su fin la guerra púnica.

[25.6] Los mejores jinetes, junto a los centuriones de mayor rango y legionarios escogidos, fueron autorizados por Léntulo para enviar una delegación a Marco Marcelo en Italia. Se permitió a uno que hablara en nombre del resto, y esto fue lo que dijo: *Te habríamos visitado en Italia, Marcelo, cuando fuiste cónsul, tan pronto se aprobó la severa, por no decir injusta, resolución que aprobó el Senado respecto a nosotros, de no haber esperado que tras haber sido enviados a una provincia caída en la confusión por la muerte de sus reyes, para tomar parte en una complicada guerra contra sicilianos y cartagineses combinados, habríamos quedado rehabilitados ante el Senado con nuestra sangre y nuestras heridas, del mismo modo en que aquellos que fueron apresados por Pirro en Heraclea, según la memoria de nuestros antepasados, lograron rehabilitarse combatiendo luego contra el mismo Pirro. Y, sin embargo, ¿qué hicimos, senadores, para merecer entonces vuestra ira o para merecerla ahora? Me parece estar mirando en ti, Marcelo, los rostros de ambos cónsules y de todo el Senado; si te hubiésemos tenido a ti como cónsul en Cannas, tanto nosotros como la república habríamos corrido mejor suerte.*

Permíteme, te lo ruego, que antes de quejarme del trato recibido nos limpie de la culpa de la que se nos acusa. Si no fue por la ira de los dioses o por orden de aquel destino cuyas leyes hacen que los asuntos humanos queden inmutablemente unidos, ¿somos responsables de haber perecido en Cannas por culpa de un hombre? ¿Fue culpa de los soldados o de sus jefes? Como soldado, jamás diré una palabra sobre mi comandante, aunque sé que recibió el agradecimiento del Senado por no haber desesperado de la república y ha visto extendido su mando cada año después de haber huido de Cannas. Aquellos de los supervivientes de aquel desastre, que eran nuestros tribunos militares por entonces, pidieron y consiguieron una magistratura, según hemos oído, y desempeñan mandos de provincias. ¿Os perdonaréis rápidamente a vosotros mismos y a vuestros hijos, senadores, mientras reserváis vuestra cólera contra pobres infelices como nosotros? ¿No era una deshonra para el cónsul y los más notables hombres del Estado huir cuando se ha perdido toda esperanza, mientras nos enviabais a los soldados rasos a encontrarnos con una muerte segura en el campo de batalla? En el Alia huyó casi todo el ejército, en las Horcas Caudinas entregaron sus armas al enemigo sin siquiera intentar luchar, por no hablar de otras vergonzosas derrotas que han sufrido nuestros ejércitos. Pero estuvieron tan lejos aquellos ejércitos de que se les echara en cara cualquier humillación sufrida, que la Ciudad de Roma fue recuperada por el mismo ejército que había huido de Alia a Veyes, y las legiones caudinas que regresaron a Roma sin sus armas fueron enviadas de vuelta y armas al Samnio, e hicieron pasar bajo el yugo al mismo enemigo que había disfrutado viéndoles afrontar aquella humillación. ¿Puede algún hombre acusar al ejército en Cannas por huir, o de cobardía cuando más de cincuenta mil cayeron allí, cuando el cónsul huyó con solo setenta jinetes y cuando no sobrevivió ninguno de los que combatieron allí, excepto a los

que el enemigo, cansado de masacrar, dejó escapar? Cuando se vetó el rescate de los prisioneros, el vulgo nos elogiaba por habernos salvado para nuestra patria y por volver junto al cónsul en Venusia y presentar el aspecto de un ejército ordenado. Sin embargo, así son las cosas, estamos en una situación peor que la de aquellos que cayeron prisioneros en tiempos de nuestros antepasados; porque todo cuanto hubieron de soportar fue el cambio de sus armas, de su grado militar, de sus tiendas en el campamento, y todo lo recuperaron mediante un único servicio prestado al Estado al combatir en una batalla victoriosa. A ninguno de ellos se le envió al exilio, a ninguno se le privó de la posibilidad de rehabilitarse y, sobre todo, tuvieron la oportunidad de poner fin a su vida y a su deshonra combatiendo al enemigo. Pero a nosotros, a quienes de nada se nos puede acusar, excepto de haber hecho lo posible para que algún soldado romano saliera vivo de la batalla de Cannas, a nosotros, digo, no solo nos hemos visto enviados lejos de nuestra tierra natal y de Italia, sino que se nos ha mantenido lejos del alcance del enemigo; envejeceremos en el exilio, sin esperanza, sin oportunidad ni de borrar nuestra vergüenza, ni de apaciguar a nuestros conciudadanos y ni siquiera de morir mediante una muerte honorable. No estamos pidiendo que se ponga fin a nuestra ignominia o que nos den recompensas al valor, sólo pedimos que se nos permita demostrar nuestra valía y nuestro coraje. Pedimos trabajos y peligros, tener la oportunidad de cumplir con nuestro deber como hombres y como soldados. Este es el segundo año de la guerra en Sicilia, con todas sus duras batallas libradas. Los cartagineses están capturando algunas ciudades, los romanos están tomando otras, la infantería y la caballería se enfrentan en el choque de la batalla, en Siracusa se desarrolla un gran combate por tierra y mar, oímos los gritos de los combatientes y el fragor de sus armas; y nosotros estamos sentados sin hacer nada, como si no tuviésemos armas ni manos para usarlas. Las legiones de esclavos han combatido en muchas batallas bajo Tiberio Sempronio; han obtenido como recompensa la libertad y la ciudadanía; te imploramos que nos trates al menos como esclavos adquiridos para esta guerra y que nos dejes enfrentar y combatir al enemigo para así ganar nuestra libertad. ¿Estás dispuesto a probar nuestro valor por mar o tierra, en campo abierto y contra las murallas de una ciudad? Pedimos el trabajo más difícil y el mayor de los peligros, para que lo que debería haber sido hecho en Cannas se haga ahora tan pronto como se pueda, pues desde entonces nuestra vida ha estado marcada por la vergüenza.

[25.7] Cuando terminó de hablar se postraron a los pies de Marcelo. Él les dijo que no tenía autoridad ni potestad para acceder a su petición, pero les dijo que escribiría al Senado y que se guiaría por su decisión. La carta fue entregada en manos de los nuevos cónsules y leída por ellos al Senado. Después de discutir su contenido, el Senado decidió que no veía ninguna razón por la cual la seguridad de la república debiera ser confiada a soldados que habían abandonado a sus compañeros en Cannas. Si Marco Claudio, el propretor, pensaba de otra manera, debía actuar en conciencia y como pensase que sería mejor para el interés del Estado, pero solo a condición de que ninguno de ellos se viera rebajado de servicio, ni recibiera premio alguno al valor, ni se le llevaría de vuelta a Italia mientras el enemigo permaneciera en suelo italiano. Después de esto, el pretor urbano celebró unas elecciones, de acuerdo con una decisión del Senado y con la aprobación del pueblo, para el nombramiento de quinquénviros que se encargasen de la reparación de las murallas y torres de la Ciudad, y dos grupos de triunviros: uno, que se encargaría de inspeccionar el contenido de los templos y hacer inventario de las ofrendas; y el otro que debía reconstruir los templos de la Fortuna y de la Mater Matuta, por dentro de la puerta Carmental, y el templo de la Esperanza por fuera, todos los cuales había quedado destruidos por el fuego el año anterior. Se desencadenaron terribles tormentas: sobre el monte Albano llovieron piedras sin cesar durante dos días. Muchos lugares fueron alcanzados por el rayo: dos edificios en el Capitolio, la muralla del campamento por encima de Arienzo en varios puntos y resultaron muertos dos centinelas. Las murallas y algunas de las torres en Cumas no solo fueron golpeadas por el rayo, sino también derribadas. En Rieti se vio volar una enorme roca y al Sol inusualmente rojo, de hecho como del

color de la sangre. Con motivo de estos portentos, se designó un día para rogativas especiales, y durante varias jornadas los cónsules consagraron su atención a los asuntos religiosos, celebrándose servicios especiales durante nueve días. La traición de Tarento había sido durante mucho tiempo objeto de la esperanza de Aníbal y de la sospecha de los romanos; entonces, un incidente ocurrido fuera de sus murallas apresuró su captura. El tarentino Fileas había estado durante un largo periodo en Roma, aparentemente como embajador de Tarento. Era hombre de carácter inquieto y le irritaba la inacción en la que le parecía que iba a pasar la mayor parte de su vida. A los rehenes de Tarento y Turios se les mantenía en el atrio de la Libertad, pero no bajo una vigilancia estricta, pues ni a ellos ni a sus propias ciudades les interesaba engañar a los romanos. Fileas encontró la manera de acceder a ellos y mantuvo frecuentes entrevistas en la que se los ganó para sus designios; mediante el soborno de dos de los vigilantes, los sacó de su confinamiento en cuanto fue de noche y escaparon secretamente de Roma. Tan pronto como se hizo de día, su fuga fue conocida en toda la Ciudad y se envió una partida en su persecución. Fueron capturados en Terracina y traídos de vuelta; luego les llevaron hasta la Asamblea y, con la aprobación del pueblo, se les azotó con varas y se les arrojó desde la Roca Tarpeya.

[25.8] La crueldad de este castigo produjo un sentimiento de amargo resentimiento en las dos ciudades griegas más importantes de Italia; no solo entre la población en general, sino especialmente entre aquellos que estaban unidos por lazos de amistad y familia con los hombres que habían sufrido destino tan horrible. Entre estos había trece jóvenes nobles de Tarento que iniciaron una conspiración; los cabecillas eran Nico y Filomeno. Antes de emprender cualquier acción, pensaron que debían mantener una entrevista con Aníbal. Salieron de la ciudad por la noche con la excusa de que se marchaba a una expedición de caza y tomaron la dirección de su campamento. Cuando no estaban ya muy lejos de él, los demás se escondieron en un bosque cerca de la carretera mientras que Nico y Filomeno se llegaban hasta los puestos avanzados. Fueron capturados, como pretendían, y conducidos ante Aníbal. Tras explicarle los motivos que les habían movido y la naturaleza del paso que contemplaban dar, se les dio calurosamente las gracias y se les cargó de promesas; Aníbal les aconsejó que llevase a la ciudad algún ganado, del perteneciente a los cartagineses, que había sido sacado a pastar, de manera que pudieran hacer creer a sus conciudadanos que habían salido, efectivamente a obtener botín. Les prometió que estarían a salvo y que no serían molestado mientras iban así ocupados. Todo el mundo contempló el botín que habían traído los jóvenes, y como repitieron lo mismo una y otra vez, el pueblo se maravillaba menos de su osadía. En su siguiente entrevista con Aníbal, obtuvieron de él la promesa solemne de que los tarentinos mantendrían su libertad y conservarían sus leyes y propiedades, no tendrían que pagar impuestos ni tributos a Cartago ni se verían obligados a admitir una guarnición cartaginesa contra su voluntad. La guarnición romana quedaría a merced de los cartagineses. Cuando se hubo llegado a este acuerdo, Filomeno convirtió en algo habitual el dejar la ciudad y regresar por la noche. Era conocido por su pasión por la caza y llevaba con él a sus perros y todo los necesario para la práctica de aquel deporte. Por lo general, regresaba con algo que había sido dispuesto en su camino y que entregaba a los soldados o a los comandantes de guardia. Imaginaban que elegía la noche para sus expediciones por miedo al enemigo. Cuando se hubieron acostumbrado tanto a sus movimientos que le abrían la puerta a cualquier hora de la noche en que diera la señal mediante silbidos, Aníbal consideró que había llegado el momento de actuar. Él estaba a tres días de distancia de marcha y, para disminuir la sorpresa que pudiera producir el que permaneciera acampado tanto tiempo en un mismo lugar, fingió una enfermedad. Los romanos que guarnecían Tarento dejaron de ver su permanencia allí con suspicacia.

[25.9] Cuando hubo tomado la decisión de marchar a Tarento, escogió una fuerza de diez mil soldados de infantería y caballería que, por su agilidad y lo ligero de su armamento, resultaría la más adecuada para una operación así. En la cuarta guardia nocturna dio orden de moverse y envió

por delante unos ochenta jinetes númidas con órdenes de patrullar los caminos de los alrededores y mantener una aguda vigilancia para que ningún campesino pudiera espiar sus movimientos desde la distancia; que a los que fuesen en su misma dirección los hicieran volver y que matasen a los que se encontrasen de frente, de manera que los habitantes de la vecindad pensasen que se trataba más de una banda de salteadores que de un ejército. Marchando rápidamente con sus hombres, acampó a unas quince millas de Tarento, y sin decir palabra sobre dónde iban, reunió a sus hombres y les advirtió para que mantuviesen la línea de marcha y que ninguno se apartase o abandonara las filas. Por encima de todo, debían obedecer atentamente las órdenes y no hacer nada que no se les dijese que hicieran. Ya les diría, cuando llegase en momento, lo que deseaba que hiciesen. Casi a la misma hora, llegó a Tarento un rumor diciendo que un pequeño grupo de jinetes númidas estaba devastando sus campos y sembrando el pánico a lo largo y ancho entre el campesinado. El comandante romano solo ordenó que, a la mañana siguiente temprano, una parte de su caballería cabalgara para detener los saqueos enemigos. En cuanto a protegerse contra cualquier otro imprevisto, se mostró tan despreocupado que este movimiento de los númidas se tomó, en realidad, como una prueba de que Aníbal y su ejército no se habían movido de su campamento.

Aníbal reanudó su avance poco después de oscurecer; Filomeno iba por delante con su habitual carga; el resto de los conspiradores aguardaban dentro de la ciudad para llevar a cabo su parte del complot. Lo acordado era que Filomeno llevaría su presa por el portillo que siempre empleaba, entrando al mismo tiempo algunos hombres armados; Aníbal se aproximaría a la puerta Temenítida desde otra dirección. Esta puerta estaba en la parte de la ciudad que miraba a tierra, hacia el este y cerca del cementerio público intramuros. Al acercarse Aníbal a la puerta, dio la señal mediante una luz; esta fue contestada de la misma manera por Nico; luego apagaron ambas luces. Aníbal marchó hasta la puerta en silencio; Nico lanzó un repentino ataque contra los centinelas que dormían plácidamente en sus camas, matándolos, y abrió luego la puerta. Aníbal entró con su infantería, pero ordenó a la caballería que permaneciese fuera, dispuesta a enfrentarse con cualquier ataque desde la llanura abierta. En la otra dirección, Filomeno había alcanzado también el portillo que solía emplear, y al gritar que apenas podía aguantar el peso de la enorme bestia que transportaba, sus ya bien conocidas voz y señal despertaron al centinela y la puerta se abrió. Entraron dos jóvenes llevando un jabalí, Filomeno y un cazador ligeramente equipado les seguían de cerca después; mientras el centinela, asombrado por su tamaño, se volvía sin sospechar nada hacia los que lo transportaban, Filomeno lo atravesó con un venablo. Luego, entraron corriendo unos treinta hombres y masacraron a los centinelas, abriendo la puerta grande de al lado; el ejército entró inmediatamente en orden de combate y machó en perfecto silencia hasta el Foro, donde se unieron a Aníbal. El general cartaginés dividió a dos mil de sus galos en tres grupos, proporcionando a cada uno dos tarentinos para guiarles, y los envió a diferentes partes de la ciudad con órdenes de ocupar las calles principales y que si se levantaba algún tumulto debían dar muerte a los romanos y respetar a los naturales del lugar. Para lograr este último objetivo, dio instrucciones a los conspiradores para que dijesen, a cualquiera de sus conciudadanos que divisaran, que guardasen silencia y no temiesen nada.

[25.10] Para entonces, ya se estaba produciendo el griterío y alboroto usuales en la toma de una ciudad, aunque nadie sabía con certeza qué había pasado. Los tarentinos pensaban que la guarnición romana había comenzado a saquear la ciudad; los romanos creían que la población había comenzado un alboroto con algún propósito traicionero. El prefecto, despertado por el tumulto, escapa rápidamente hacia el puerto y, montando en un bote, rodeó la ciudadela. Para aumentar la confusión, se escuchó el sonido de una corneta desde el teatro. Se trataba de una corneta romana que los conspiradores habían conseguido para ese fin y que, siendo usada por un griego que no sabía cómo hacerlo, no se podía distinguir de qué toque se trataba ni a quién estaba dirigido. Cuando comenzó a clarear, los romanos reconocieron las armas de los cartagineses y galos, desapareciendo cualquier duda; los griegos, además, viendo los cuerpos de los romanos yaciendo

por todas partes, se dieron cuenta de que la ciudad había sido capturada por Aníbal. Cuando hubo ya más luz y los romanos supervivientes a la masacre se hubieron refugiado en la ciudadela, el tumulto disminuyó un tanto y Aníbal ordenó a los tarentinos que se reunieran desarmados. Una vez estuvieron todos reunidos, con excepción de aquellos que habían acompañado a los romanos a la ciudadela para compartir su destino, cualquier que este pudiera ser, Aníbal les dirigió algunas palabras amables y les recordó el modo en que había tratado a sus compatriotas capturados en la batalla de Cannas. Luego arremetió duramente contra la tiranía de la dominación romana, y terminó por pedir a cada uno que regresara a sus hogares y escribiera sus nombres sobre sus puertas; daría de inmediato una señal, si alguna casa no quedaba así señalada, sería saqueada y si alguien hacía la inscripción en una casa ocupada por un romano (estaban en un barrio aparte), lo trataría como enemigo. Despidió al pueblo y, una vez puestas las inscripciones en las puertas, para que se pudieran distinguir las casas locales de las del enemigo, se dio la señal para que las tropas se dispersaran en todas direcciones para saquear las casas romanas. Se incautaron de una considerable cantidad de botín.

[25.11] Al día siguiente se dirigió a atacar la ciudadela. Estaba protegida por altos acantilados por el lado que daba al mar y que la rodeaba casi como una península, por el otro lado, que daba a la ciudad, estaba encerrada por una muralla y un foso muy profundo; Aníbal se percató en seguida de que desafiaría con éxito cualquier ataque, tanto por asalto como por obras de asedio. Como no quería que se retrasase la realización de operaciones más importantes ni dejarles sin una defensa adecuada contra cualquier ataque que pudieran hacer los romanos a placer desde la ciudadela, decidió cortar toda comunicación entre la ciudad y la ciudadela mediante movimientos de tierra. Esperaba, también, que los romanos tratasen de interrumpirlos, le dieran ocasión de combatir y que, en caso de que hicieran una salida en fuerza, les pudiera infligir tan severas pérdidas y debilitarlos tanto que los tarentinos pudieran mantenerse por sí mismos con facilidad y sin ayuda contra ellos. Tan pronto dieron inicio los trabajos, los romanos abrieron repentinamente las puertas de la ciudadela y atacaron al grupo de trabajo. El destacamento que estaba de guardia a lo largo del frente se dejó empujar y los romanos, envalentonados por el éxito, les siguieron en gran número y a mucha distancia. Entonces se dio una señal y los cartagineses a los que Aníbal había dispuesto se precipitaron sobre ellos desde todos los lados. Los romanos no pudieron resistir su ataque, pero su huida se vio obstruida por el estrecho espacio entre los obstáculos provocados por los trabajos iniciados y los de los preparativos efectuados para la continuación de los mismos. Un gran número de ellos se arrojó de cabeza al foso, muriendo muchos más al huir que en los combates. Después de esto, continuaron los trabajos sin ser molestados. Se cavó un enorme foso y en su parte interna construyeron una empalizada, un poco más hacia el exterior, en la misma dirección, hicieron los preparativos para añadir una muralla, de manera que la ciudad pudiera protegerse a sí misma sin ayuda contra los romanos. Dejó, sin embargo, un pequeño destacamento para guarnecer la plaza así como para ayudar a completar la muralla; entretanto, él mismo con el resto de sus fuerzas asentó su campamento junto al río Galaso, a unas cinco millas de Tarento. Al volver de esta posición para inspeccionar las obras, y encontrándolas mucho más avanzadas de lo que esperaba, albergó la esperanza de atacar con éxito la ciudadela. No estaba, como en otras plazas similares, protegida por su elevada posición, pues quedaba al mismo nivel y estaba separada de la ciudad por un foso y una muralla. Mientras se complementaba el ataque con obras de asedio, desde Metaponto llegaron refuerzos con máquinas y artillería de toda clase; así fortalecidos, los romanos se animaron a lanzar un ataque nocturno contra las obras enemigas. Destruyeron algunas, quemaron otras y aquel fue el fin de los intentos de Aníbal para asaltar las murallas. Su única esperanza era asediar la ciudadela, pero aquello le parecía inútil, pues al estar en una península y controlando la boca del puerto, los que allí estaban podían hacer libre uso del mar. La ciudad, por otra parte, quedó impedida de recibir suministros por vía marítima, con más posibilidades los sitiadores de morir de hambre que los sitiados.

Aníbal convocó a los notables del lugar y les explicó todas las dificultades de la situación. Les dijo que él no veía la forma de tomar al asalto una ciudadela tan fortificada, y no se podía esperar nada de un bloqueo en tanto que el enemigo fuera el amo del mar. Si tuviera barcos, de manera que se pudieran detener todos los suministros antes de que les llegasen, deberían entonces evacuar la ciudadela o rendirse. Los tarentinos se mostraron bastante de acuerdo con él, pero ellos creían que el hombre que daba el consejo debía ayudar a su realización. Si mandaba buscar buques cartagineses desde Sicilia, el asunto sería factible, pues sus propios buques estaban encerrados en una estrecha bahía; ¿cómo podrían escapar a mar abierto desde allí? *Escaparán*, dijo Aníbal. *Muchas cosas que la naturaleza hace difícil las resuelve la inteligencia. Tenéis una ciudad situada en terreno llano; con calles anchas y niveladas en todas direcciones. Llevaré vuestras naves sin demasiados problemas sobre carretas y por la carretera que va desde el puerto al mar, atravesando el corazón de la ciudad. Luego, el mar que el enemigo ahora señorea será nuestro, asediaremos la ciudadela por aquel lado del mar y por tierra desde este, y diría que muy pronto seremos capaces de capturarla, sea tras haberla evacuado el enemigo o con el enemigo en su interior.* Estas palabras no solo animaron la esperanza de vencer, sino también una gran admiración por el general. Se reunieron rápidamente carretas de todas partes y se unieron entre sí; se emplearon máquinas para sacar las naves a tierra y se mejoró la superficie de la vía para que las carretas pudieran ser arrastradas más fácilmente y que se pudiera practicar el transporte con menos dificultad. A continuación, se reunieron animales de tiro y hombres y se iniciaron los trabajos con prontitud. Después de unos pocos días, una flota completamente equipada rodeaba la ciudadela y levaba anclas en la misma boca del puerto. Así quedaban las cosas cuando Aníbal dejó a sus espaldas Tarento al regresar a hibernar. Los autores, sin embargo, están divididos sobre la cuestión de si la defección de Tarento se produjo este año o el anterior, pero la mayoría, incluyendo a aquellos que vivieron más cercanos a la época de los hechos, afirman que sucedió este año.

[25.12] Los cónsules y los pretores quedaron retenidos en Roma por el Festival Latino hasta el 27 de abril. Ese día se dio término a los ritos sagrados sobre el monte Albano y todos partieron para sus respectivas provincias. Posteriormente, se les dio conocimiento de la necesidad de nuevas observancias religiosas a causa de las profecías de Marcio. Este Marcio era un famoso vidente y sus profecías habían salido a la luz el año anterior cuando, por orden del Senado, se procedió a una inspección de todos los libros de similar carácter. Llegaron en primer lugar a manos de Marco Emilio quien, como pretor urbano, estaba a cargo de la empresa, y él enseguida los entregó al nuevo pretor, Sila. Una de las dos se refería a hechos que ya habían tenido lugar antes de ver la luz, y la autoridad así adquirida por su cumplimiento dio más credibilidad a la otra, que aún no se había cumplido. En la primera, se anunciaba el desastre de Cannas con estas palabras:

Tú que eres nacido de sangre troyana, cuídate
No dejes que extranjeros
Te fuercen a dar batalla en la llanura fatal
De Diomedes. Pero no me atenderás
Hasta que toda la llanura
Sea regada con tu sangre,
La corriente lleve a miles de tus muertos
Desde la fecunda tierra hasta el mar inmenso
Para peces, aves y fieras será manjar tu carne.
Así me ha hablado el Gran Júpiter.

Aquellos que habían luchado allí reconocieron la verdad de la descripción: la llanura del argivo Diomedes y el río Canna y la imagen misma del desastre. A continuación se dio lectura a la segunda profecía. No solo era más oscura que la primera, pues el futuro es más incierto que el pasado, sino también más ininteligible a causa de su redacción. Decía lo siguiente:

Si, romanos, queréis echar lejos a los enemigos

Que vienen de lejos para azotar vuestra tierra, opino entonces
Que debéis celebrar juegos en honor de Apolo cada año
Alegremente en honor de Apolo,
El pueblo pagará una parte con el tesoro público,
Contribuirán los particulares por sí y por los suyos.
Sea su presidente el pretor que imparte justicia a todos,
De mayor rango para pueblo y plebe. Que luego
Decenviros sacrifiquen víctimas
Según el rito griego. Si esto así hacéis
Entonces os regocijaréis para siempre
Y vuestra suerte prosperará; el Dios que alimenta
Vuestros campos acabará con vuestros enemigos.

Pasaron un día interpretando esta profecía. Al día siguiente, el Senado aprobó una resolución por la que los decenviros debían examinar los libros sagrados, en relación con la institución de Juegos dedicados a Apolo y el modo adecuado de sacrificar. Tras haber hecho sus averiguaciones e informado al Senado, se aprobó una resolución para que se ofrecieran y celebrasen Juegos en honor a Apolo, y que cuando hubieran finalizado, se entregasen al pretor doce mil ases para los gastos del sacrificio de dos víctimas mayores. Se aprobó una segunda resolución según la cual los decenviros deberían sacrificar según el rito griego a las siguientes víctimas: a Apolo, un buey con cuernos dorados y dos cabras blancas con cuernos dorados; y a Latona, una vaca con cuernos dorados. Cuando el pretor estaba a punto de celebrar los Juegos en el Circo Máximo, dio aviso de que durante los Juegos el pueblo debía contribuir con una ofrenda a Apolo, según las posibilidades de cada cual. Tal es el origen de los Juegos Apolinares, que fueron instituidos para la consecución de la victoria y no, como generalmente se cree, la salud. La gente llevaba guirnaldas mientras los contemplaba y las matronas ofrecían rogativas; la fiesta siguió en los patios abiertos de las casas, que tenían sus puertas abiertas, y se celebraba el día con toda clase de ritos solemnes.

[25.13] Aníbal se encontraba todavía en las proximidades de Tarento y ambos cónsules estaban en el Samnio, aparentemente efectuando preparativos para sitiar Capua. El hambre, producto generalmente de un largo sitio, ya empezaba a hacer efecto sobre los campanos, pues los ejércitos romanos les habían impedido sembrar sus cultivos. Enviaron un mensaje a Aníbal pidiéndole que diese órdenes para que se les mandara grano a Capua, desde los lugares vecinos, antes de que los cónsules enviasen sus legiones a sus campos y que todos los caminos quedaran intransitables por culpa del enemigo. Aníbal ordenó a Hanón, que estaba en el Brucio, que mar llevase su ejército a la Campania y que velase porque el pueblo de Capua quedara abundantemente provisto de grano. En consecuencia, Hanón marchó a la Campania y, evitando cuidadosamente a los cónsules que estaban acampados en el Samnio, eligió una posición para su campamento en cierto terreno elevado a unas tres millas de Benevento. A continuación, impartió órdenes para que el grano que había sido almacenado en las ciudades aliadas se llevara a su campamento y asignó destacamentos para proteger los envíos. Se envió un mensaje a Capua diciéndoles el día que debían hacer acto de presencia en el campamento para recibir el grano, llevando con ellos cuantos vehículos y bestias pudieran reunir. Los campanos cumplieron sus instrucciones con la misma desidia y el mismo descuido que mostraban en todo lo demás. Apenas enviaron poco más de cuarenta carretas y casi ningún ganado. Hanón los reprendió severamente diciéndoles que ni siquiera el hambre, que despierta las energías en los animales irracionales, les estimulaba a esforzarse. Fijó luego otro día para que vinieran por el grano con mejores medios de transporte.

De todo se informó al pueblo de Benevento, exactamente como pasó. Mandaron de inmediato una delegación de diez de sus principales ciudadanos a los cónsules, quienes estaban cerca de Bovianum. Al oír lo que estaba pasando en Capua, acordaron que uno de ellos debía marchar a la

Campania. Fulvio, a quien se había asignado esa provincia, efectuó una marcha nocturna y entró en Benevento. Se encontraba ahora en la inmediata vecindad de Hanón y fue informado de que este había salido, con una parte de su ejército, en una expedición de forrajeo, de que el se había suministrado grano a Capua bajo su supervisión, de que dos mil carretas con una desordenada y desarmada multitud había llegado a su campamento, de que las prisas y la confusión campaban por doquier y de que los campesinos de los alrededores habían invadido el campamento y destruido cualquier semblanza de orden y disciplina militar. Cuando se hubo convencido de que esta información era correcta, dio orden de que sus hombres tuviesen listos los estandartes y armas, y nada más, para el anochecer, pues habrían de atacar el campamento cartaginés. Dejando sus equipos y todo su equipaje en Benevento, salieron sobre la cuarta guardia y alcanzaron el campamento justo antes de amanecer. Su aparición produjo tal alarma que, de haber estado el campamento en terreno llano, sin duda habría sido tomado al primer asalto. Su posición elevada y sus fortificaciones lo salvaron; desde ninguna dirección podría ser abordado, excepto mediante una ardua y dificultosa escalada. Al amanecer dio comienzo un acalorado combate; los cartagineses no se limitaron a defender su empalizada sino que, al estar en una posición más elevada, se lanzaron contra el enemigo que trataba de subir y lo expulsaron abajo.

[25,14] El valor y la determinación, sin embargo, superaron todas las dificultades y en algunas partes los romanos se abrieron paso por el parapeto y el foso, aunque con graves pérdidas en muertos y heridos; entonces, el cónsul, reuniendo a sus generales y tribunos, les dijo que debían desistir del peligroso intento. Pensaba que sería más prudente marchar aquel día de vuelta a Benevento y acercar al día siguiente su campamento al del enemigo, para que así los campanos no pudieran salir y Hanón no pudiera regresar a él. Para estar más seguro de esto, se dispuso a llamar a su colega con su ejército y dirigir sus operaciones conjuntamente contra Hanón y los campanos. Ya se había tocado a retirada cuando los planes del general quedaron rotos por los furiosos gritos de los soldados que rechazaban aquellas pusilánimes tácticas. Resultó que la cohorte peligna era la más cercana al enemigo, y su prefecto, Vibio Acao, empuñó un estandarte y lo arrojó por la empalizada enemiga, invocando al tiempo una maldición sobre sí y sobre su cohorte su el enemigo llegaba a apoderarse del estandarte. Él fue el primero en cruzar a la carrera el foso y la muralla y entrar en el campamento. Ahora los pelignos combatían dentro de las líneas enemigos, y Valerio Flaco, tribuno de la tercera legión, estaba increpando a los romanos por su cobardía al dejar para los aliados la gloria de capturar el campamento cuando Tito Pedanio, el primer centurión de los príncipes, arrancó un estandarte de las manos del signífero y gritó: *¡Este estandarte y vuestro centurión estarán tras la empalizada en un momento, que lo sigan los que impedirán que lo capture el enemigo!* Sus propios manípulos lo siguieron al saltar el foso, y luego el resto de la legión presionó fuertemente. Para entonces, incluso el cónsul, al verlos escalar sobre la empalizada, había cambiado de opinión y, en vez de llamar a las tropas, empezó a animarlas señalando la peligrosa posición de sus bravos aliados y la de sus propios conciudadanos. Cada hombre hizo cuanto pudo para presionar; tanto sobre terreno llano como quebrado, entre los proyectiles que llovían desde todas direcciones, contra la desesperada resistencia del enemigo que empeñaba en el intento sus personas y sus armas, avanzaron paso a paso e irrumpieron en el campamento. Muchos de los que resultaron heridos, incluso los que estaban débiles por la pérdida de sangre, combatieron hasta poder caer dentro del campamento enemigo. De esta manera fue tomado el campamento, y capturado también con tanta rapidez como si hubiera estado en terreno llano y sin fortificar en absoluto. Ya no fue más un combate, sino una masacre, pues todos quedaron cercados dentro de su empalizada. Murieron más de diez mil enemigos y unos siete mil quedaron prisioneros, incluyendo a los campanos que habían ido a por grano, así como todos los carros y los animales de tiro. También se consiguió una inmensa cantidad de botín que Hanón, que había estado saqueando por todas partes, había tomado de los campos de los aliados de Roma. Después de destruir totalmente el campamento enemigo volvieron a Benevento. Allí, los dos cónsules -Apio Claudio había llegado unos días antes- vendieron y

repartieron el botín. Aquellos a cuyos esfuerzos se debió la captura del campamento fueron recompensados, especialmente Acao el peligno y Tito Pedanio, el primer centurión de la tercera legión. Hanón estaba en Cominio Ocrito con un pequeño grupo de forrajeo cuando se enteró del desastre de su campamento y se retiró al Brucio de una manera que más parecía una huida que una marcha ordenada.

[25.15] Cuando los campanos, a su vez, oyeron hablar de la catástrofe que les había alcanzado a ellos y a sus aliados, mandaron embajadores para que informaran a Aníbal de que ambos cónsules estaban en Benevento, a un día de marcha de Capua, y que la guerra prácticamente había llegado a sus muros y puertas. Si no venía a toda velocidad en su ayuda, Capua caería en manos del enemigo más rápido de lo que lo había hecho Arpinova. Ni siquiera Tarento, y mucho menos su ciudadela, debían resultar a sus ojos de tanta importancia como para ceder a Roma, abandonada e indefensa, la Capua que de la que siempre solía decir que era tan grande como Cartago. Aníbal prometió que se haría cargo de Capua y envió una fuerza de caballería de dos mil jinetes, con cuya ayuda podrían impedir que sus campos fueran devastados. Los romanos por su parte, entre otras cosas, no habían perdido de vista la ciudadela de Tarento y su guarnición sitiada. Publio Cornelio, uno de los pretores, siguiendo las instrucciones del Senado, envió a su lugarteniente, Cayo Servilio, a comprar grano en Etruria, y tras cargar algunos barcos navegó hasta Tarento y se abrió paso entre las naves de vigilancia enemigas dentro del puerto. Su llegada produjo un cambio tal que los mismos hombres que, habiendo perdido casi toda esperanza, eran con frecuencia invitados por el enemigo en sus conversaciones para que se cambiasen de bando, trataban ahora de persuadir e invitar al enemigo para que viniese con ellos. Se enviaron además soldados desde Metaponto, de modo que la guarnición era ahora lo bastante fuerte como para defender la ciudadela. Los metapontinos, por su parte, libres de su temor por la salida de los romanos, no tardaron en pasarse a Aníbal. El pueblo de Turios, en la misma parte de la costa, dio el mismo paso. Su acción se debió en parte a la defección de Tarento y Metaponto (con quienes compartían procedencia, la Acaya, así como parentela), pero principalmente la causa fue su exasperación contra los romanos por la reciente masacre de sus rehenes. Los parientes y amigos de estos fueron quienes enviaron mensajeros a Aníbal y Magón, que estaban en las proximidades, prometiendo poner la ciudad en su poder si llegaban hasta las murallas. Marco Atinio estaba al mando de Turios con una pequeña guarnición, y pensaron que sería fácil provocarle a un combate precipitado, no porque confiase en su escasa fuerza, sino por confiaría en los soldados de Turios, a lo que había entrenado y armado cuidadosamente contra semejante emergencia.

Después que los generales cartagineses hubieran entrado a territorio turio, dividieron sus fuerzas: Hanón seguiría con la infantería en orden de combate hasta la ciudad; Magón y su caballería se detendrían y tomarían una posición tras algunas colinas admirablemente dispuestas para ocultar sus movimientos. Atinio entendió por la información de sus exploradores que la fuerza hostil se componía únicamente de infantería; por lo tanto, fue a la batalla inconsciente de la traición de los ciudadanos y de la maniobra del enemigo. El combate resultó muy desmayado, con sólo unos pocos romanos en la línea de batalla, con los turios esperando el resultado de la cuestión en lugar de ayudar a decidirla. La línea cartaginesa retrocedió a propósito, a fin de conducir a su desprevenido enemigo detrás de la colina donde estaba esperando la caballería. Tan pronto llegaron al lugar, la caballería se abalanzó lanzando su grito de guerra. Los turios, una masa indisciplinada, desleales hacia el bando con el que luchaban, fueron puestos en fuga de inmediato; los romanos sostuvieron el combate durante algún tiempo a pesar de estar siendo atacados por un lado por la infantería y por el otro por la caballería; pero, al final, ellos también se volvieron y huyeron a la ciudad. Allí, un grupo de los traidores dejaron entrar a sus conciudadanos por la puerta abierta, pero cuando vieron a los derrotados romanos corriendo hacia la ciudad, gritaron que tenían a los cartagineses en sus talones y que el enemigo podría entrar en la ciudad mezclado con los romanos a menos que cerrasen inmediatamente las puertas. Por consiguiente, los romanos quedaron inermes para ser masacrados

por el enemigo, solo se permitió entrar a Atinio y a otros pocos. Se levantó una acalorada discusión entre los ciudadanos; algunos estaban por mantener su lealtad a Roma, otros pensaban que debían ceder ante el destino y rendir la ciudad a los vencedores. Como de costumbre, la fortuna y los malos consejos se impusieron. Atinio y sus hombres fueron conducidos hasta el mar y puestos a bordo de un barco, no porque fuesen romanos sino porque, después de la ligera y ecuánime administración de Atinio, expresaron su deseo de garantizar su seguridad. A continuación, abren a los cartagineses las puertas de la ciudad. Los cónsules dejaron Benevento y llevaron sus legiones al territorio de Capua, en parte para destruir las cosechas de grano, que ya verdeaban, y en parte con el fin de lanzar un ataque contra la ciudad. Pensaban que harían ilustre su consulado con la destrucción de tan rica y próspera ciudad, y al mismo tiempo acabarían con la mancha en el honor de la República, que había permitido durante casi tres años que aquella deserción de un vecino tan cercano quedara sin castigo. No podían, sin embargo, dejar Benevento sin protección. Si, como estaban seguros de que sería el caso, Aníbal iba a Capua para ayudar a sus aliados, sería necesario, en vista de la súbita emergencia, prevenirse contra los ataques de su caballería. Enviaron, por tanto, órdenes a Tiberio Graco, que estaba en Lucania, para que se llegase a Benevento con su caballería y su infantería ligera, y que dejara alguien al mando de las legiones que permanecerían en el campamento que protegía Lucania.

[25.16] Antes de salir de Lucania, aconteció a Graco un presagio de mal agüero al estar ofreciendo un sacrificio. Justo al terminar el sacrificio, dos serpientes se deslizaron sin ser vistas hasta las partes reservadas de la víctima y devoraron el hígado; tan pronto fueron vistas, desaparecieron repentinamente. Por consejo de los augures, se ofreció un nuevo sacrificio y se reservaron las partes adecuadas con el mayor cuidado, pero, según la tradición, ocurrió lo mismo una segunda e incluso una tercera vez; las serpientes se deslizaron y tras probar el hígado escaparon intactas. Los augures advirtieron al comandante que el portento le concernía y le rogaron que estuviese alerta contra enemigos ocultos y tramas secretas. Sin embargo, ningún augurio puede detener el destino inminente. Había un lucano llamado Flavo, cabecilla de aquel partido de los lucanos que estaban a favor de Roma (pues una parte se había pasado con Aníbal) y fue elegido su pretor. Ya había desempeñado el cargo durante un año cuando cambió repentinamente de idea en empezó a buscar una oportunidad de congraciarse con los cartagineses. No creyó suficiente marcharse él mismo y arrastrar a los lucanos a la revuelta, sino que quiso asegurar su alianza con el enemigo mediante la sangre y la traición de la vida de un hombre que era su invitado y comandante. Tuvo una entrevista secreta con Magón, que estaba al mando en el Brucio, y obtuvo su solemne promesa de que, si traicionaba al jefe romano a los cartagineses, los lucanos serían admitidos como amigos y se les permitiría vivir como un pueblo libre bajo sus propias leyes. Luego llevó a Magón al lugar donde le indicó que traería a Graco con una pequeña escolta. Magón llevaría infantes y jinetes completamente armados al lugar, que podía ocultar un gran número. Después de que el sitio hubiera sido examinado y escrutado por todas partes, se fijó un día para realizar el proyecto. Flavo visitó al comandante romano y le dijo que tenía un asunto importante entre manos, pidiendo la ayuda de Graco para su realización. Había convencido a los principales magistrados de todos los pueblos que, en el desorden general, se habían pasado a los cartagineses, para que volvieran a su amistad con Roma, pues la causa de Roma, que casi se había arruinado en Cannas, era cada vez más fuerte y más popular, mientras que la fortaleza de Aníbal disminuía y estaba a punto de desaparecer. Los romanos, él lo sabía, no serían implacable para quienes les habían ofendido anteriormente, nunca había habido una nación más dispuesta a escuchar las súplicas ni más rápida en perdonar. ¡Cuán a menudo habían perdonado incluso a sus propios antepasados tras su repetida reanudación de hostilidades! Este era el lenguaje con el que se les había dirigido. "Pero", continuó, "ellos preferirían escuchar todo esto del mismo Graco en persona, estrechar su mano derecha y llevarse la garantía de su propia boca". Le explicó que les había indicado un lugar para reunirse sin testigos, no lejos del campamento romano, y que solo se precisarían unas pocas palabras para resolver allí las cosas de modo que toda la nación lucana se convirtiera en fiel aliada de Roma.

Graco, impresionado por la aparente sinceridad del lenguaje del hombre y de la propuesta que hacía, y persuadido por lo plausible y suave de su discurso, partió del campamento con sus lictores y una tropa de caballería bajo la guía de su anfitrión y amigo. Cabalgó directamente hacia la trampa; los enemigos aparecieron de repente desde todos los lados y, para despejar cualquier duda sobre haber sido traicionado, Flavo se les unió. Desde todas partes lanzan proyectiles sobre Graco y su caballería. Él salta de su caballo, ordena al resto que haga lo mismo y los exhorta a glorificar con su valor la única opción que les había dejado la fortuna. *¿Que le queda a un grupo pequeño rodeado por un enorme ejército en un valle cercado por bosques y montañas,* exclamó, *excepto la muerte? La única pregunta es: ¿vais a ofreceros como ganado al matadero sin resistencia, o tornaréis vuestros ánimos de una pasiva espera del final y lanzaréis un ataque feroz y furioso, activo y osado, hasta que caigáis cubiertos por la sangre de vuestros enemigos, en medio de los cuerpos amontonados y las armas de vuestros moribundos adversarios? ¡Atacad cada uno de vosotros al traidor y renegado lucano! El hombre que lo envíe de antemano como víctima a los dioses encontrará en su propia muerte un glorioso honor y un indecible consuelo.* Mientras decía esto, enrolló su paludamento en torno a su brazo izquierdo (pues ni siquiera habían llevado sus escudos con ellos) y cargó contra el enemigo. Hubo más combate del esperable por el número de los combatientes. Los romanos estaban más expuestos a los proyectiles y, como estos eran lanzados desde el terreno más elevado que les rodeaba, todos fueron alcanzados por ellos. Graco quedó ahora sin ninguna defensa y los cartagineses trataron de capturarlo vivo, pero al ver a su anfitrión y amigo lucano entre el enemigo, lanzó un ataque tan furioso contra sus apretadas filas que resultó imposible salvar su vida sin sufrir graves pérdidas. Magón envió su cadáver a Aníbal y ordenó que este y las fasces capturadas se colocasen ante la tribuna del general. Si esta es la auténtica historia, Graco murió en Lucania, en los llanos conocidos como *Viejos*.

[25,17] Hay algunos que señalan un lugar en los alrededores de Benevento, cerca del río Calore, como escenario de su muerte, contando que había dejado el campamento con sus lictores y tres esclavos, para bañarse en el río, coincidiendo que el enemigo estaba oculto en una arboleda de sauces, y mientras se encontraba desnudo e indefenso resultó muerto después de tratar vanamente de ahuyentar a los enemigos con cantos del lecho del río. Otros dicen que, siguiendo el consejo de los augures, había marchado hasta una media milla del campamento con el propósito de evitar los presagios antes mencionados en un lugar puro, cuando fue rodeado por dos turmas de númidas que por casualidad habían tomado allí posiciones. Así que poco acuerdo hay en cuanto al lugar y las circunstancias de la muerte de este famoso y brillante hombre. Y existen diferentes versiones a cuenta de su funeral. Algunos dicen que sus hombres lo enterraron en su propio campamento, otros dicen que fue sepultado por Aníbal y esta es la versión más aceptada. Según esta versión, se erigió una pira funeraria en el espacio abierto frente al campamento y todo el ejército completamente uniformado pasó por delante, ejecutándose las danzas hispanas y los alardes de armas y movimientos propios de cada tribu, con Aníbal honrando al muerto en todos los aspectos, con ceremonias y discursos. Este es el relato de aquellos que dicen que su muerte tuvo lugar en Lucania. Si decidís creer a quienes lo sitúan en el río Calore, parecería como si el enemigo solo se hubiera apoderado de la cabeza; esta habría sido enviada a Aníbal y este, de inmediato, habría mandado a Cartalón que la llevara a Cneo Cornelio, el cuestor, que celebraría las exequias en el campamento romano, tomando parte en ellas tanto el pueblo de Benevento como a los soldados.

[25.18] Los cónsules habían invadido el territorio de Capua y lo estaban devastando a lo largo y a lo ancho, cuando se produjo una gran alarma y confusión debida a la repentina salida de los ciudadanos, apoyados por Magón y sus jinetes. Se apresuraron a reunir junto a las enseñas a los hombres que se habían dispersado en todas direcciones, pero apenas tuvieron tiempo para formar su línea antes de ser derrotados, perdiendo más de mil quinientos hombres. La confianza y arrogancia del pueblo de Capua se vieron enormemente fortalecidas por este éxito, desafiando a los romanos

continuamente a combatir. Pero aquel único enfrentamiento, provocado por la falta de precaución y previsión, puso aún más en guardia a los cónsules. Se produjo un incidente, no obstante, que puso animó a los romanos y redujo la confianza de la otra parte; uno insignificante, cierto es, pero en la guerra nada es tan insignificantes que no tenga, a veces, graves consecuencias. Tito Quincio Crispino tenía un amigo en Capua llamado Badio, siendo su amistad muy estrecha e íntima. La confianza se había formado antes de la defección de Capua, cuando Badio yacía enfermo en Roma, en la casa de Crispino, y recibió la atención más amable y cuidadosa de su anfitrión. Un día este Badio se acercó a los centinelas de guardia ante la puerta del campamento y les pidió que llamasen a Crispino. Crispino, al recibir el mensaje, imaginó que no había olvidado los viejos lazos de amistad aun cuando los tratados públicos estuviesen rotos, y que deseaba mantener una conversación amistosa y familiar; por consiguiente, se separó a una corta distancia de sus camaradas. Tan pronto estuvieron a la vista el uno del otro, Badio le espetó: *¡Yo, Badio, te reto, Crispino, a combate! Montemos nuestros caballos, y cuando los demás se hayan retirado decidamos quién de nosotros es el mejor guerrero.* Crispino le replicó que ni él ni su desafiador carecían de enemigos con los que demostrar su valor; pero en cuanto a sí mismo, aunque se encontrase a Badio en el campo de batalla estaría pronto a evitar contaminar su mano derecha con la sangre de un amigo. Luego se dio la vuelta, y fue en el momento de partir cuando el campano se insolentó y empezó a burlarse tachándolo de cobardía y afeminamiento, lanzando epítetos injuriosos que más bien merecía él mismo. Le dijo que él era un enemigo hospitalario que simulaba respetar a alguien de quien sabía que no era rival. Si tenía la impresión de que cuando se rompían los lazos que mantenían juntos a los Estados no se rompían al mismo tiempo los que formaban las amistades privadas, entonces él, Badio de Capua, abiertamente renunciaba ante la audiencia de ambos ejércitos a la amistad de Tito Quincio Crispino, el romano. *No hay compañerismo alguno*, continuó, *ningún lazo de alianza entre enemigo y enemigo, entre mí y el hombre que ha venido a atacar mi hogar, mi patria y los dioses privados y públicos. Si eres hombre, ¡sal a mi encuentro!* Durante un largo rato, Crispino vaciló, pero los hombres de su turma finalmente lo convencieron para que no dejase que el campano le insultara impunemente; y así, esperando solo hasta poder solicitar a sus jefes si le permitirían, contra las reglas, combatir a un enemigo que le desafiaba, montó su caballo al obtener su permiso y llamando a Badio por su nombre le citó a combatir. El campano no dudó; lanzaron sus caballos al galope tendido y se enfrentaron. Crispino, con su lanza, hirió a Badio en su hombro izquierdo, por encima de su escudo. Este cayó de su caballo y Crispino saltó de la silla para darle fin mientras yacía. Badio, antes de que le diera muerte, escapó hacia sus compañeros dejando atrás parma y caballo. Crispino, mostrando con orgullo sus despojos, el caballo y la parma que había tomado, fue conducido entre los aplausos y felicitaciones de los soldados ante los cónsules. Allí se le elogió grandemente y se le cargó de regalos.

[25.19] Aníbal dejó las proximidades de Benevento y acampó cerca de Capua. Tres días después condujo sus fuerzas a la batalla, considerando bastante seguro que, como los campanos poco antes habían librado una acción victoriosa en su ausencia, los romanos serían menos capaces aún de enfrentarse con él y con el ejército que había resultado tantas veces vencedor. Tan pronto comenzó el combate, la línea romana se vio en problemas, principalmente debido al ataque de la caballería, al verse casi desbordada por sus dardos. Se dio la señal para que la caballería romana cargase contra el enemigo a galope tendido, y aquello se convirtió entonces en un simple enfrentamiento de caballería cuando la aparición en la distancia del ejército de Sempronio, mandado por Cneo Cornelio, produjo similar alarma en ambas partes, pues cada cual temía que hubiera llegado un enemigo de refresco. La señal de retirarse se dio en ambos ejércitos como de común acuerdo, separándose los combatientes en términos de casi igualdad y volvieron al campamento. Las pérdidas en el lado romano fueron, sin embargo, en cierta medida mayores, debido al ataque de caballería del principio. Para llevar a Aníbal lejos de Capua, los cónsules partieron por la noche hacia destinos diferentes; Fulvio marchó a las proximidades de Cumas y Claudio hacia Lucania. Al

ser informado al día siguiente de que el campamento romano había sido evacuado y de que se habían dividido en dos cuerpos por distintas vías, Aníbal estuvo al principio indeciso sobre a cuál seguir; luego decidió seguir a Apio. Después de arrastrar a su enemigo justo hacia donde deseaba, Apio volvió dando un rodeo a Capua.

Se presentó luego a Aníbal otra oportunidad de lograr el éxito en aquellas tierras. Había un cierto Marco Centenio, apodado Pénula, que destacaba entre los centuriones primipilos por su estatura física y su coraje. Después de completar su período de servicio fue presentado por Publio Cornelio Sila, el pretor, al Senado. Pidió a los senadores que le asignaran cinco mil hombre: estaba bastante familiarizado con el enemigo y el país donde había estado en campaña y pronto podría hacer algo que mereciera la pena; las tácticas con las que nuestros generales y sus ejércitos habían resultado burlados las emplearía él contra el hombre que las inventó. Tan estúpido como la promesa fue el crédito que se le dio, como si las cualidades precisas a un soldado fuesen las mismas que las de un general. En lugar de cinco mil le dieron ocho mil hombres, la mitad de ellos romanos y la otra mitad tropas proporcionadas por los aliados. Él mismo, también, reclutó un número considerable de voluntarios por el territorio por el que marchaba, llegando a Lucania con un ejército que doblaba en número al que partió. Aquí se había detenido Aníbal después de su infructuosa persecución de Claudio. Del resultado no se podía dudar, en vista de que aquel era un enfrentamiento entre ejércitos de los cuales uno de ellos estaba compuesto de veteranos acostumbrados a la victoria y el otro era una fuerza alistada a toda prisa y a medio armar. Tan pronto como estuvieron a la vista el uno del otro, ningún bando declinó la batalla y formaron de inmediato en orden de combate. Durante más de dos horas, sin embargo, y a pesar de las condiciones absolutamente desiguales, el ejército romano sostuvo la lucha mientras su jefe se mantuvo firme. Por fin, por respeto a su reputación anterior, y también temiendo el deshonor en que caería si sobrevivía a la derrota provocada por su propia locura, se lanzó contra las armas enemigas y cayó, resultando el ejército romano derrotado instantáneamente. Pero ni siquiera al intentar huir encontraron vía de escape, pues todos los caminos estaban cerrados por la caballería, de manera que de aquella multitud de hombres solo escapó un millar, pereciendo todos los demás de una u otra manera.

[25.20] Los cónsules reanudaron el asedio de Capua con mayor intensidad, reuniéndose y alistándose todo lo necesario para la misión. Se almacenó el grano en Casilino; en la desembocadura del río Volturno, donde hay ahora una ciudad, se construyó un fortín y se emplazó allí una guarnición, así como en Pozzuoli, que Fabio había fortificado previamente para que entre ambas dominaran tanto el río como el mar adyacente. El grano que recientemente se había enviado desde Cerdeña, así como aquel que Marco Junio había comprado en Etruria, fue remitido desde Ostia a aquellas dos fortalezas marítimas, para que el ejército pudiera tener suministros durante todo el invierno. Mientras tanto, el desastre que había acontecido a Centenio en Lucania se agravó con otro que derivó de la muerte de Graco. Los esclavos voluntarios que habían prestado un excelente servicio mientras estuvo vivo para guiarlos, consideraron que su muerte les descargaba de sus obligaciones militares y, en consecuencia, se disolvieron. Aníbal estaba ansioso por no descuidar Capua ni abandonar a los amigos que estaban en situación tan crítica, pero tras su fácil victoria, por la insensatez de un general romano, buscaba la ocasión de aplastar a otro. Unos embajadores de Apulia le habían informado de que Cneo Fulvio, que estaba atacando algunas de sus ciudades que se le habían pasado, había dirigido inicialmente sus operaciones con cuidado y prudencia; pero después, intoxicado por el éxito y cargado de botín, él y sus hombres se habían entregado a tal molicie y disipación que toda disciplina militar había desaparecido. Aníbal sabía por repetidas experiencias, y especialmente en los últimos días, en qué estado se sume un ejército bajo un jefe incompetente, y de inmediato se trasladó a Apulia.

[25,21] Fulvio y sus legiones se encontraban en las proximidades de Herdonea. Cuando se enteraron de que el enemigo se acercaba estuvieron casi a punto de arrancar los estandartes y

lanzarse al combate sin esperar órdenes. De hecho, lo único que se le impidió, más que cualquier otra cosa, fue la confianza que sentían en ser capaces de escoger el momento para luchar. A la noche siguiente, cuando Aníbal se percató de que el campamento estaba alborotado y que la mayoría de los hombres desafiaban a su jefe e insistían en que les debería dar la señal, y que había un grito general de *¡A las armas!*, estuvo seguro de que se presentaba la oportunidad de librar una batalla victoriosa. Dispuso silenciosamente unos tres mil de su infantería ligera por las granjas de los alrededores, así como en bosques y arboledas. Todos debían salir de sus escondites en el mismo instante en que se diera la señal, y Magón tenía órdenes de situar unos dos mil de caballería a lo largo de las carreteras por las que pensaba que se dirigiría la huida. Después de tomar estas medidas durante la noche, marchó a la batalla al amanecer. Fulvio no dudó, aunque no fue arrastrado tanto por esperar él mismo la victoria como por el ciego ímpetu de sus hombres. La misma imprudencia que los llevó al campo de batalla se impuso al formar su línea de combate. Avanzaron de cualquier manera y se colocaron en las filas donde cada uno quiso, según le dictase su capricho o el temor. La primera legión y el ala izquierda de los aliados fueron colocados al frente y la línea se extendió a lo largo. Los tribunos se quejaban de que no tenía ni las fuerzas ni la profundidad adecuadas y que dondequiera que atacase el enemigo podría romperla, pero los hombres ni siquiera escuchaban, y aún menos atendían, a nada de lo que se les decía por su bien. Ya Aníbal estaba sobre ellos; ¡qué jefe tan distinto del suyo y qué ejército tan diferente y con tan diferente orden! Como era de esperar, los romanos fueron incapaces de resistir el primer ataque; su jefe, tan loco y temerario como Centenio, aunque no tan valiente como él, tan pronto vio que el día se decantaba contra él y sus hombres, se apoderó en la confusión de un caballo y escapó junto a unos doscientos de su caballería. El resto del ejército, rechazado en vanguardia y luego rodeado por la retaguardia y los flancos, quedó tan destrozado que, de doce mil hombres, no escaparon más de dos mil. El campamento fue tomado.

[25.22] Las noticias de estos desastres, uno tras otro, produjo gran dolor y alarma entre los ciudadanos de Roma; no obstante, al haber sabido de los éxitos de los cónsules hasta aquel momento, no quedaron tan afectados por aquellas derrotas. El Senado envió a Cayo Letorio y a Marco Metilio con instrucciones para los cónsules, diciéndoles que unieran cuidadosamente los restos de ambos ejércitos y procurasen que los supervivientes no se vieran llevados, por el temor y la desesperación, a rendirse al enemigo como había ocurrido tras el desastre de Cannas. También tenían que averiguar quién había desertado de entre los esclavos voluntarios. A Publio Cornelio también se le encargó esta última tarea, pues ya estaba ocupándose del alistamiento de tropas de refresco, y cursó bandos para ser pregonados en plazas y mercados, ordenando que se deberían efectuar búsquedas de esclavos voluntarios fugitivos y que se les debía devolver bajo sus insignias. Estas instrucciones fueron obedecidas con el mayor cuidado. Apio Claudio puso a Décimo Junio al mando en la desembocadura del río Volturno, y a Marco Aurelio Cota en Pozzuoli; en el momento que arribasen los barcos de Etruria y Cerdeña debían remitir de inmediato el grano al campamento. Claudio regresó luego a Capua y encontró a su colega, Quinto Fulvio, trayéndolo todo desde Casilino y disponiéndose para atacar la ciudad. Comenzaron entonces ambos el asedio de la plaza y llamaron al pretor Claudio Nerón, que estaba en el antiguo campamento de Claudio en Arienzo. También este, dejando una pequeña fuerza para guardar la posición, vino con el resto de su ejército a Capua. Así pues, tres pretorios quedaron entonces establecidos alrededor de Capua, con tres ejércitos trabajando en partes diferentes se disponían a rodear la ciudad con foso y valla. Erigieron fortines a intervalos regulares, librándose combates en varios lugares simultáneamente al intentar los campanos detener los trabajos, con el resultado final de los campanos obligados a mantenerse tras sus murallas y puertas.

Antes, sin embargo, de quedar completado el círculo del asedio, se enviaron emisarios a Aníbal para protestar ante él por haber abandonado Capua, que casi había vuelto a Roma, y para implorarle que les llevase ya socorros, en todo caso, pues ya no solo estaban sitiados, sino

totalmente bloqueados. Publio Cornelio envió una carta a los cónsules, solicitándoles que dieran una oportunidad a los habitantes, antes de haber cerrado el asedio, para que abandonasen la ciudad llevándose sus propiedades con ellos. Los que se marchasen antes del quince de marzo quedarían libres y en posesión de todas sus propiedades; después de aquella fecha, tanto los que se marchasen como los que se quedaran serían tratados como enemigos por igual. Cuando se anunció esta oferta a los campanos, estos no solo contestaron con desprecio, sino también con insultos y amenazas. Poco antes de esto, Aníbal había dejado Herdonea hacia Tarento, con la esperanza de apoderarse del lugar mediante traición o por la fuerza, y como no lo pudo conseguir se dirigió hacia Brindisi, con la impresión de que la ciudad se rendiría. Fue mientras gastaba aquí el tiempo en vano cuando llegaron hasta él los mensajeros de Capua con sus protestas y requerimientos. Aníbal les respondió, en palabras altisonantes, *que ya una vez había levantado el sitio de Capua y que tampoco ahora los cónsules esperarían hasta su llegada*. Despedidos con esta esperanza, los enviados tuvieron grandes dificultades para volver a Capua, rodeada como estaba ya para entonces, con un foso doble y una empalizada.

[25.23] Justo cuando se completó el sitio de Capua, llegó a su fin el asedio de Siracusa. Este resultado se debió en gran medida a la energía y valor del general y su ejército, pero había sido propiciado por una traición interior. Al comienzo de la primavera Marcelo estaba indeciso sobre si presionar bélicamente contra Amílcar e Hipócrates en Agrigento, o si apretar el sitio de Siracusa. Vio que esta plaza no se podía tomar por asalto, ya que era inexpugnable por mar o por tierra debido a su posición, ni podía ser reducida por hambre al estar alimentada por un suministro gratuito de provisiones desde Cartago. Sin embargo, decidió no dejar nada por probar. Había entre los romanos algunos miembros dirigentes de la nobleza siracusana que habían sido expulsados cuando se produjo la deserción, y Marcelo dijo a dichos refugiados que sondearan los sentimientos de los hombres de su propio partido y les dieran garantías de que, si se rendía Siracusa, gozarían de libertad y podrían vivir bajo sus propias leyes. No fue posible lograr oportunidad alguna de entrevistarse, pues el hecho de que se sospechase de muchos de ellos les hacía más cuidadosos y vigilantes y ningún intento de aquel tipo dejaría de ser detectado. Se dejó entrar en la ciudad un esclavo que pertenecía a los exiliados, como si fuese un desertor, y tras reunir a unos cuantos hombres abordó el tema en una conversación. Luego de esto, algunos se escondieron bajo las redes de un barco de pesca y de esa manera fueron llevados al campamento romano, donde entraron en conversaciones con los refugiados. Mediante distintas personas, haciendo lo mismo una tras otra, se consiguió reunir a ochenta interesados en el asunto. Cuando se hubieron hecho todos los arreglos para la entrega, un tal Atalo, resentido por no haberse confiado en él, pasó la información del secreto a Epícides y todos fueron torturados hasta la muerte.

Esta esperanza, que había resultado tan ilusoria, fue prontamente seguida por otra. Un cierto Damipo, un lacedemonio, había sido enviado desde Siracusa al rey Filipo y fue capturado por algunos barcos romanos. Epícides estaba particularmente ansioso por rescatar a este hombre, y Marcelo no puso ninguna objeción ya que, justo por entonces, los romanos hacían ofertas de amistad a los etolios, con quienes estaban aliados los lacedemonios. Los que fueron enviados para discutir los términos del rescate pensaban que el lugar más equidistante, y el más conveniente para ambas partes, para celebrar la conferencia, era un sitio cercano a la torre llamada Galeagra, en el puerto de Trogilos. A medida que iban allí y regresaban repetidamente, uno de los romanos pudo ver de cerca la muralla, contó las piedras y se hizo una estimación mental del espesor de cada piedra. Habiendo calculado así la altura de la muralla lo mejor que le fue posible conjeturar, y hallándola más baja de lo que él o cualquier otro supusiera y susceptible de ser escalada mediante una escala de longitud moderada, informó al cónsul de ello. Marcelo concedió gran importancia a su sugerencia; pero como aquella parte de la muralla, aún siendo baja, estaba por aquel mismo motivo más cuidadosamente guarnecida, resultaba imposible aproximarse a ella y tendrían que esperar su oportunidad, que llegó pronto. Un desertor trajo la noticia de que los ciudadanos estaba celebrando

el festival de Diana, que duraba tres días y que, aunque faltos de otras cosas a causa del asedio, celebraban el festival en su mayoría con el vino que Epícides había distribuido entre el pueblo y aún entre las tribus por los ciudadanos más destacados. Al escuchar esto, Marcelo consultó el asunto con algunos de los tribunos militares, y por su medio escogió a los centuriones y soldados que resultarían más aptos para una empresa tan audaz. Se dispusieron discretamente escalas de asalto y luego se ordenó al resto de los hombres que descansaran y repusieran fuerzas tanto pronto como pudieran, pues se enfrentaban a una expedición nocturna. En cuanto consideró que empezaban a mostrarse los efectos de haber pasado todo el día de de banquete y del exceso de vino, estando los hombres en su primer sueño, el cónsul ordenó a un manípulo que llevase las escalas de asalto y un millar de hombres marchó en silencio en una estrecha columna hacia el lugar. Escalaron la muralla sin desorden ni ruido y el resto les siguió ordenadamente; hasta los indecisos se animaron por la audacia de los de vanguardia.

[25.24] Para entonces, un millar de hombres se había apoderado de aquella sección de la muralla. Llegaron hasta el Hexápilon sin encontrar un alma, pues la mayoría de los que estaban de guardia en los bastiones estaban o atontados por el vino tras la jarana o seguían bebiendo medio borrachos. Mataron no obstante a unos cuantos de estos a quienes sorprendieron en sus camas. Cuando llegaron al Hexápilo dieron la señal y el resto de las tropas marcharon contra las murallas llevando más escalas de asalto con ellas. La puerta trasera cercana al Hexápilo estaba cediendo a la violencia de los golpes y se dio la señal convenida desde la muralla. Ya no trataron más de ocultar sus movimientos sino que comenzaron un ataque abierto, pues habían llegado a Epípolas, un lugar lleno de centinelas, y su objetivo ahora era más aterrorizar al enemigo que eludirlo. Lo consiguieron completamente porque, en cuanto se escucharon los clamores de las trompas y los gritos de los que guardaban la muralla y una parte de la ciudad, los centinelas de guardia pensaron que cada sitio había sido tomado y algunos huyeron a lo largo de la muralla, otros saltaron desde ella y una multitud de ciudadanos entregados al pánico huyó en desbandada. Muchos, sin embargo, permanecieron ignorantes del gran desastre que se había abatido sobre ellos, pues se sentían pesados por el vino y el sueño y, en una ciudad de tan gran extensión como aquella, lo que estuviera ocurriendo en una parte no era conocido de toda la población en general.

Al amanecer, Marcelo forzó las puertas del Hexápilo y entró en la ciudad con todo su ejército, despertando a los ciudadanos que corrieron a tomar las armas, disponiéndose a prestar la ayuda que pudieran a una ciudad que estaba casi capturada. Epícides marchó apresuradamente desde la Isla -su nombre local es Nasos- en la creencia de que unos pocos hombres habían logrado escalar las murallas por la negligencia de los centinelas y que pronto podría expulsarlos. Dijo a los aterrorizados fugitivos con quienes se encontraba que se estaban sumando a la confusión y que estaban haciendo creer que las cosas eran más graves y alarmantes de lo que eran en realidad. Sin embargo, cuando vio todo el sitio alrededor de Epípolas lleno de hombres armados, se limitó a lanzar unos cuantos proyectiles contra el enemigo y marchó de regreso a la Acradina, no tanto por miedo a la fuerza y número del enemigo como por temor a una traición interior que pudiera cerrar las puertas de la Acradina y la Isla, durante la confusión, tras él. Cuando Marcelo subió a las fortificaciones y contempló desde su altura la ciudad bajo él, puede que la más bella de su época, se dice que las lágrimas empañaron su vista, en parte de alegría por su gran logro y en parte al recordar sus antiguas glorias. Recordó la flota ateniense que había sido hundida en aquel puerto; los dos grandes ejércitos que con sus famosos generales habían sido aniquilados allí; todos sus muchos poderosos reyes y tiranos, sobre todo Hierón, cuya memoria estaba tan fresca y cuyas virtudes de carácter y fortuna le habían distinguido por sus servicios a Roma. Como todo esto pasara por su mente y con ello el pensamiento de que en una corta hora todo cuanto contemplaba podía verse incendiado y reducido a cenizas, decidió, antes de avanzar contra la Acradina, enviar a los siracusanos que, como ya se contó, estaban con las fuerzas romanas, dentro de la ciudad para que intentasen mediante palabras amables inducir al enemigo a que entregase el lugar.

[25,25] Las puertas y murallas de la Acradina estaban guarnecidas principalmente por los desertores que no tenían esperanza alguna de conseguir gracia bajo ninguna condición, y no permitían que nadie se acercase a las murallas o que les hablase. Así que Marcelo, al ver que su intención se había frustrado, ordenó que los estandartes regresasen a Eurialo. Era esta una colina en la parte de la ciudad más lejana al mar y que daba vistas sobre la carretera que llevaba al campo y a la parte interior de la isla. Estaba, por tanto, admirablemente adaptada para la recepción de los suministros desde el interior. El mando de la ciudadela sobre la colina había sido confiado por Epícides a Filodemo, un argivo. Sosis, uno de los regicidas, había sido enviado por Marcelo para abrir negociaciones, pero después de un largo discurso con el que trataron de entretenerle, informó a Marcelo de que Filodemo se estaba tomando un tiempo para considerarlo todo. Este siguió postergando la decisión día tras día, para dar tiempo a que Hipócrates e Himilcón trajeran sus legiones, considerando seguro que si aquellos lograban entrar con sus legiones en la ciudadela, los romanos podrían ser expulsados de las murallas y aniquilados. Como Marcelo viera que Eurialo no se podía capturar ni por traición ni a la fuerza, estableció su campamento entre Neápolis y Ticha -barrios de la ciudad y casi ciudades por sí mismas- pues temía que si entraba en la parte más populosa no sería capaz de mantener a sus soldados apartados de su afán por el saqueo. Llegaron hasta él embajadores de estos dos lugares con ramas de olivo e ínfulas, implorándole que les salvara del fuego y la espada. Marcelo celebró un consejo de guerra para considerar esta solicitud, o más bien esta súplica, y de acuerdo con el deseo de todos los presentes se dio aviso a los soldados para que no pusieran las manos sobre ningún ciudadano libre; de todo lo demás quedaban en libertad de apropiárselo. En lugar de con foso y empalizada, el campamento estaba protegido por las casas particulares que servían de muralla, situando centinelas y piquetes en las puertas de las viviendas que abrían hacia la calle para guardar el campamento contra los ataques mientras los soldados permanecían dispersos por la ciudad. Tras esto, la dio la señal y los soldados corrieron por todas direcciones, abriendo a la fuerza las puertas de las casas y llenando todo de conmoción y terror, pero absteniéndose de cualquier derramamiento de sangre. No hubo límite a la rapiña hasta que no hubieron despojados las casas de todos los bienes y posesiones que se habían acumulado durante el largo periodo de prosperidad. Mientras todo esto tenía lugar, Filodemo vio que no había esperanza alguna de socorro y, tras lograr la promesa de un salvoconducto para que pudiera regresar junto a Epícides, retiró su guarnición y entregó la posición a los romanos. Estando todo el mundo preocupado por el tumulto en la parte capturada de la ciudad, Bomílcar aprovechó la oportunidad para escapar. La noche era tempestuosa, la flota romana no podía mantenerse anclada fuera del puerto y él se deslizó con treinta y cinco barcos; encontrando la mar limpia de enemigos, navegó hacia Cartago dejando cincuenta y cinco buques a Epícides y los siracusanos. Tras hacer partícipes a los cartagineses de la crítica situación de las cosas en Siracusa, regresó con cien barcos unos cuantos días después y fue recompensado por Epícides, según dicen, con regalos del tesoro de Hierón.

[25.26] La captura de Eurialo y su ocupación por una guarnición romana liberó a Marcelo de un motivo de preocupación; ya no tendría que temer que un ataque desde la retaguardia provocase la confusión entre sus hombres, encerrados y obstaculizados como estaban por los muros. Su siguiente paso fue contra la Acradina. Estableció tres campamentos separados en posiciones adecuadas y se plantó frente a la plaza, esperando reducirla por hambre. Durante algunos días los puestos de avanzada no fueron molestados; luego, tras la llegada repentina de Hipócrates e Himilcón, se lanzó un ataque general sobre las líneas romanas. Hipócrates había construido un campamento fortificado en el Gran Puerto, y tras mostrar una señal a las tropas en la Acradina lanzó un ataque contra el antiguo campamento de los romanos que mandaba Crispino. Epícides hizo una salida contra Marcelo y la flota cartaginesa, que se desplegaba entre la ciudad y el campamento romano fue llevada a tierra y evitó así que Crispino enviase ayuda alguna a Marcelo. La alteración

que produjo el enemigo fue, sin embargo, más un sobresalto que un combate, pues Crispino no solo expulsó a Hipócrates detrás de sus fortificaciones sino que, de hecho, le persiguió conforme aquel huía precipitadamente mientras Marcelo rechazaba a Epícides de vuelta a la ciudad. Entonces, en apariencia, parecieron medidas suficientes contra el peligro derivado, en el futuro, de cualquier ataque por sorpresa.

Para aumentar sus problemas, ambos bandos fueron visitados por la peste, una calamidad lo bastante importante como para que casi desviaran todos sus pensamientos de la guerra. Era la época de otoño y la localidad era naturalmente poco saludable; más aún, sin embargo, fuera de la ciudad que dentro de ella, con el insoportable calor afectando las constituciones de casi todos los que vivían en ambos campamentos. Al principio, la gente caía enferma y moría a causa de la estación y la insana localidad; después, el cuidado de los enfermos y el contacto con ellos extendió la enfermedad de modo que los que la contraían morían descuidados y abandonados, o arrastraban con ellos a los que les cuidaban y que, así, resultaban contagiados. Las muertes y los funerales eran un espectáculo diario, por todas partes, de día y de noche, se escuchaban los lamentos por los muertos. Al final, la familiaridad con la miseria embruteció de tal modo a los hombres que no solo no seguían a los muertos con las lágrimas y lamentos que exigía la costumbre, sino que incluso rehusaban trasladarlos fuera para el entierro y los cuerpos sin vida eran abandonados yaciendo ante los ojos de quienes esperaban una muerte similar. De aquella manera, la temible, fétida y mortal putrefacción que surgía de los cuerpos muertos resultaba fatal para los enfermos, y estos lo eran igualmente para los sanos. Los hombres preferían morir por la espada y algunos, en solitario, atacaban las posiciones enemigas. La epidemia estaba mucho más extendida en el campamento cartaginés que en el romano, pues su largo asedio de Siracusa había hecho que estos estuviesen más acostumbrados a su clima y al agua. Los sicilianos que estaban en las filas enemigas desertaron tan pronto vieron que la enfermedad se propagaba debido a la insalubridad del lugar y se marcharon a sus propias ciudades. Los cartagineses, que no tenían dónde ir, perecieron como un solo hombre junto con sus generales, Hipócrates e Himilcón. Cuando la enfermedad adquirió tan graves proporciones, Marcelo trasladó sus hombres a la ciudad y los que habían quedado debilitados por la enfermedad se recuperaron a su sombra y cobijo. Aún así, muchos de los soldados romanos, también, murieron por aquella pestilencia.

[25.27] Una vez así barrido el ejército terrestre de los cartagineses, los sicilianos que habían estado de parte de Hipócrates se apoderaron de dos ciudades amuralladas, ciertamente no demasiado grandes, pero que les brindaron seguridad por su situación y sus protegidas fortificaciones. Una estaba a tres millas de Siracusa y la otra a quince. Llevaron pertrechos a estas dos ciudades desde sus propias patrias y pidieron refuerzos. Bomílcar, entre tanto, hizo una segunda visita a Cartago con su flota y había pintado tal estado de cosas en Siracusa que indujo al gobierno a esperar que podrían hacer llegar una eficaz ayuda a sus amigos e, incluso, a capturar a los romanos dentro de aquella ciudad, que en cierta medida habían capturado. Los persuadió para despachar tantos buques de carga como pudieran, cargados con pertrechos de todo tipo, y también para aumentar su fuerza de navíos de guerra. El resultado fue que partió de Cartago con ciento treinta buques de guerra y setecientos de transporte. Los vientos le fueron muy favorables mientras navegaba hacia Sicilia, pero le impidieron rodear el cabo Pachyno. Las nuevas de la aproximación de Bomílcar, y luego su inesperado retraso, provocaron primero la esperanza y luego el miedo entre los siracusanos, y justo a la inversa entre los romanos. Epícides estaba temeroso de que si el viento del este se prolongaba mucho más, la flota cartaginesa pudiera volver a África, así que puso la Acradina bajo el control de los jefes de los mercenarios y salió al encuentro de Bomílcar. Lo encontró con sus naves ancladas, aproadas hacia la costa africana y ansioso por evitar un combate naval, no porque fuera inferior en fuerzas o número de barcos -en realidad tenía más que los romanos-, sino porque los vientos eran más favorables a ellos que a él; Epícides, sin embargo, le convenció para que probara suerte en una batalla naval. Cuando Marcelo se dio cuenta de que se

estaba alistando un ejército de sicilianos de toda la isla y que una flota cartaginesa se estaba aproximando con vastos suministros, determinó que, aunque inferior en número de buques, impediría que Bomílcar alcanzara Siracusa, para no quedar cercado por mar y tierra mientras estaba confinado en una ciudad hostil. Las dos flotas se situaron una frente a otra frente al cabo Passero, dispuestas a enfrentarse en cuanto el mar estuviera lo bastante calmado como para permitirles navegar hacia aguas más profundas. Tan pronto amainó el viento del este, que había soplado con fuerza durante unos días, Bomílcar hizo el primer movimiento. Pareció como si estuviera poniendo rumbo a mar abierto con el fin de rodear mejor el promontorio, pero cuando vio las naves romanas navegando directamente hacia él, dudando a causa de no se sabe qué repentino terror, dio toda la vela y bordeó la costa de Sicilia hacia Tarento, habiendo mandado antes un mensaje a Heraclea ordenando a los transportes que regresasen a África. Viendo rotas de repente todas sus esperanzas, Epícides se cuidó de volver a una ciudad que sufría tal asedio y que en gran parte ya había sido capturada. Zarpó hacia Agrigento para contemplar los sucesos, en vez de controlarlos.

[25.28] Cuando llegaron las noticias de lo sucedido al campamento de los sicilianos, a saber: que Epícides se había retirado de Siracusa y que la isla había sido abandonada por los cartagineses, y casi rendida por segunda vez a los romanos, enviaron embajadores a Marcelo para tratar de la rendición de la ciudad, habiendo previamente sondeado con muchas conversaciones el sentir de aquellos que estaban sometidos al asedio. No hubo apenas discrepancia en que todo lo que había pertenecido a los reyes quedase para los romanos y que todo lo demás debía quedar en poder de los sicilianos junto con su libertad y sus leyes. A continuación invitaron a una conferencia a aquellos que habían sido dejados por Epícides al cargo, y les dijeron que habían sido enviados tanto ante el ejército de los sicilianos como ante Marcelo, para que tanto los que estaban dentro como los que estaban fuera de la ciudad sitiada compartiesen la misma fortuna y que ninguno pactase separados para sí mismos. Se les garantizó que se les dejaría entrar para que pudiesen hablar con sus amigos y familiares. Después de explicar la naturaleza de su acuerdo con Marcelo y teniendo garantías de seguridad, les persuadieron a unirse en un ataque contra aquellos a quienes Epícides había encomendado el gobierno: Políclito, Filistio y Epícides, apodado Sindón. Estos fueron condenados a muerte y se convocó a los ciudadanos a una Asamblea pública. En ella, los embajadores se quejaron de la necesidad de la que solían murmurar, que aunque se lamentaban amargamente de tantos males no debían quejarse de la fortuna, pues estaba en su propia mano decidir cuánto tiempo más tendrían que soportarlos. Los motivos que llevaron a los romanos a atacar Siracusa eran los del afecto y no la animadversión. Cuando se enteraron de que las riendas del gobierno habían sido tomadas por Hipócrates y Epícides, que antes habían sido cortesanos de Aníbal y luego de Jerónimo, pusieron en marcha a sus ejércitos e iniciaron el asedio, con el propósito de destruir la ciudad sino para aplastar a los que la tiranizaban. Pero ahora que Hipócrates había sido eliminado, Epícides expulsado de Siracusa y sus oficiales ejecutados, ¿qué más les quedaba por hacer a los romanos para evitar que Siracusa estuviera en peligro y libre de todo daño, tal y como habría deseado Hierón, aquel eminente y leal amigo de Roma, de haber estado vivo? No había, por tanto, ningún otro peligro, ni para la ciudad ni para su pueblo, más que el que pudiera surgir de sus propios actos y dejaban pasar aquella oportunidad de reconciliación con Roma. Nunca habría otra tan favorable como la que tenían en ese momento, justo cuando estaba claro para todos que Siracusa había sido liberada de la tiranía.

[25.29] Este discurso fue recibido con la aprobación general. Se decidió, no obstante, elegir a los pretores antes en enviar a los embajadores. De entre los magistrados así elegidos se escogió a los embajadores que se enviarían ante Marcelo. Su portavoz se le dirigió en los siguientes términos: *No somos nosotros, el pueblo de Siracusa, los que se han rebelado contra ti, sino Jerónimo, que actuó aún peor para con nosotros que para contigo. Y cuando la paz quedó restaurada con la muerte del tirano, no fue un siracusano, sino los cortesanos del rey, Hipócrates y Epícides, quienes la*

rompieron, aplastándonos por un lado mediante el miedo y por otro mediante la traición. Nadie puede decir que hubiera alguna vez un tiempo en que disfrutásemos de libertad sin estar en paz con vosotros. Ahora, en todo caso, en cuanto nos hemos convertido en nuestros propios dueños mediante la muerte de los opresores de Siracusa, hemos venido ante ti para entregar nuestras armas, a nosotros mismos, nuestra ciudad y sus fortificaciones, para aceptar cualquier condición que nos puedas imponer. A ti, Marcelo, los dioses han concedido la gloria de capturar la más noble y más hermosa de las ciudades griegas. Cualesquiera sean los memorables logros que hayamos obrado por mar o por tierra, aumentan el esplendor de tu triunfo. ¿Desearías que fuera solo una gloriosa tradición cuán gran ciudad conquistaste, en vez de que esta misma lo atestigüe para la posteridad; que se muestren a cuantos la visiten por tierra o por mar los trofeos que ganamos contra atenienses y cartagineses, que ahora son los trofeos que tú has ganado sobre nosotros; que se transmita a tu casa, intacta, Siracusa, para que esté bajo el patronazgo y protección de cuantos lleven el nombre de Marcelo? No permitas que la memoria de Jerónimo pese más en ti que la de Hierón. Él fue tu amigo durante mucho más tiempo del que el otro fue tu enemigo. En él encontraste un auténtico benefactor; la locura de este hombre solo sirvió para su propia destrucción. De los romanos, podrían los siracusanos obtener cuanto deseaban con absoluta seguridad. Pero entre los propios sitiados se daba todavía la guerra con todos sus peligros. Los desertores, pensando que estaban siendo traicionados, comunicaron sus temores a los mercenarios; todos ellos tomaron las armas y, empezando por el asesinato de los magistrados, iniciaron una masacre general de los ciudadanos, matando en su desesperada locura a todo el que se encontraban y saqueando todo a lo que pudieron echar mano. Luego, como estaban sin jefes, eligieron seis prefectos, tres al mando en la Acradina y tres en Nasos. Cuando el tumulto se hubo calmado un poco y los mercenarios se enteraron, al preguntar, de lo que se había acordado con los romanos, la verdad se impuso entre ellos y se dieron cuenta de que su situación era muy distinta de la de los desertores.

[25.30] Los embajadores regresaron de su entrevista con Marcelo justo en el momento adecuado, y pudieron asegurarles que sus sospechas eran infundadas y que los romanos no veían motivo para castigarles. Uno de los tres comandantes en la Acradina era un hispano llamado Mérico, y se había designado a un soldado de los auxiliares hispanos para que les acompañara. Cuando hubieron entrado en la Acradina, este hombre obtuvo una entrevista privada con Mérico y le describió la situación en Hispana, que había dejado recientemente, y cómo todo estaba bajo el poder de Roma. Si Mérico prefería ponerse a disposición de los romanos podía ser uno de los jefes entre sus compatriotas, y prestar servicio bajo los estandartes romanos, o regresar a su propio país, a su elección. Pero, si por el contrario, elegía proseguir bajo asedio, ¿qué esperanza le quedaba, encerrado como estaba por mar y tierra? Mérico quedó impresionado por la fuerza de estos argumentos, por lo que decidió desde luego mandar embajadores a Marcelo, con su hermano entre ellos. El mismo soldado hispano le llevó ante Marcelo. En esta entrevista se resolvieron los detalles y Marcelo se comprometió a cumplir con las condiciones, tras lo que los embajadores regresaron a la Acradina. A fin de evitar la más mínima posibilidad de sospecha, Mérico hizo creer que desaprobaba el ir y venir de los embajadores y dio órdenes para que no se dejara entrar a ninguno ni se enviase a nadie. Además, con miras a una mayor seguridad, pensó que la dirección de la defensa se debía repartir apropiadamente entre los tres comandantes, de manera que cada uno fuera responsable de su propio sector de las fortificaciones. Todos estuvieron de acuerdo. En la división, su mando se extendió desde la fuente de Aretusa a la boca del Gran Puerto, y se las arregló para que los romanos lo supieran. Así pues, Marcelo ordenó que un buque mercante cargado de tropas fuese remolcado por un cuatrirreme hasta la Isla, y que los hombres desembarcaran cerca de la puerta junto a la fuente. Esta orden se cumplió en la cuarta guardia y Mérico, tal como se había dispuesto previamente, dejó entrar a los soldados por la puerta. Al amanecer, Marcelo atacó la Acradina con todas sus fuerzas y, no solo aquellos que efectivamente la custodiaban, sino también las tropas en

Nasos, abandonaron sus posiciones y corrieron a defender la Acradina del asalto romano. En la confusión del ataque, algunos barcos rápidos que habían sido desplazados rodeando Nasos desembarcaron tropas. Estas efectuaron un ataque por sorpresa contra los puestos medio guarnecidos, y corriendo a través de las puertas, aún abiertas y por las que la guarnición acababa de salir para defender la Acradina, tuvieron pocos problemas para capturar una posición que había quedado abandonada tras la huida de sus defensores. Nadie tuvo menos ánimo para defender la plaza o mantener las posiciones que los desertores; ni siquiera confiaron en sus propios camaradas y huyeron en medio de los combates. Cuando Marcelo supo que Nasos se había tomado y que se había ocupado un distrito de la Acradina, y que Mérico con sus hombres se había unido a los romanos, ordenó que se tocara a retirada, pues temía que el tesoro real, cuya fama superaba a la realidad, pudiera caer en manos de los saqueadores.

[25.31] Habiendo refrenado así la impetuosidad de los soldados y dado tiempo y ocasión para que escapasen los desertores que estaban en la Acradina, los siracusanos quedaron aliviados de sus aprensiones y abrieron las puertas. Enviaron enseguida una delegación a Marcelo con la única petición de que ellos y sus hijos quedaran indemnes. Este convocó un consejo de guerra, al que convocó a los refugiados siracusanos que estaban en el campamento romano, y replicó del siguiente modo a la delegación: *Los crímenes cometidos contra el pueblo de Roma durante estos últimos años por aquellos que controlaban Siracusa son muy superiores a todos los buenos servicios que Hierón nos rindió a lo largo de sus cincuenta años de reinado. La mayoría de ellos, es cierto, han recaído sobre las cabezas de los culpables, y ellos mismos se han castigado por su violación de los tratados con aún más severidad de la que pudiera haber deseado el pueblo romano. Durante tres años he estado asediando Siracusa, no para que Roma la esclavizara, sino para que los jefes de los desertores y renegados no la pudieran mantener oprimida y esclavizada. Lo que los siracusanos pudieran haber hecho ha quedado demostrado por aquellos de ellos que han vivido dentro de las líneas romanas, por el hispano Mérico que rindió a sus hombres y, finalmente, por la tardía pero valiente resolución que ahora habían tomado. Después de todas las fatigas y peligros que se habían sufrido tanto tiempo alrededor de las murallas de Siracusa, por mar y por tierra, el hecho de que yo haya sido capaz de capturar la ciudad no es tanta recompensa como la que he recibido al haber podido salvarla.* Tras dar esta respuesta, envió al cuestor con una escolta a Nasos para recibir bajo su custodia el tesoro real. La Acradina fue entregada al saqueo de los soldados después de haber puesto guardias en las casas de los refugiados que se encontraban dentro de las líneas romanas.

Entre otros muchos horribles ejemplos de furia y rapacidad, destacó el destino de Arquímedes. Queda memoria de que, en medio de todo el terror y alboroto producido por los soldados que corrían por la ciudad capturada en busca de botín, estaba él absorto en silencio con algunas figuras geométricas que había dibujado en la arena y resultó asesinado por un soldado que no sabía quién era. Marcelo quedó muy apesadumbrado y se encargó de que su funeral se llevara a cabo apropiadamente; y tras haber descubierto dónde estaban sus familiares, fueron honrados y protegidos por el nombre y memoria de Arquímedes. Tales, en lo principal, fueron las circunstancias bajo las que se capturó Siracusa, y la cuantía del botín fue casi mayor que si se hubiese tomado Cartago, la ciudad que libraba una guerra en pie de igualdad con Roma. Unos días antes de la captura de Siracusa, Tito Otacilio cruzó desde Marsala a Útica con ochenta quinquerremes. Entró en el puerto antes del amanecer y capturó algunos transportes cargados de grano, y luego desembarcó a sus hombres y devastaron una parte considerable del país alrededor de Útica, llevando de vuelta a los buques toda clase de botín. Volvió a Lilibeo, tres días después de partir, con ciento treinta transportes cargados de grano y botín. El granó lo envió de inmediato a Siracusa; de no haber sido por aquel oportuno auxilio, vencedores y vencidos por igual habrían sufrido una muy grave hambruna.

[25,32] Durante dos años no había ocurrido nada muy notable en Hispania; el conflicto se desarrolló más a través de la diplomacia que de las armas. Este verano, los comandantes romanos, al salir de sus cuarteles de invierno, unieron sus fuerzas. Se convocó un consejo de guerra y llegaron a la decisión unánime de que, como hasta ese momento todo lo que habían hecho era impedir que Asdrúbal marchase a Italia, ya era tiempo de hacer un esfuerzo para dar fin a la guerra. Durante el invierno habían alistado una fuerza de veinte mil celtíberos, y con este refuerzo se consideraban lo bastante fuertes para la tarea. Las fuerzas enemigas estaban compuestas por tres ejércitos. Asdrúbal, el hijo de Giscón, había unido su ejército con Magón, y su campamento conjunto estaba a unos cinco días de marcha de los romanos. Un poco más cerca de ellos estaba Asdrúbal, el hijo de Amílcar, un antiguo comandante en Hispania, que estaba acampado en una ciudad llamada Amtorgis. Los generales romanos querían deshacerse de él en primer lugar y creían que tenían fuerza más que suficiente para aquel propósito; la única duda que albergaban era si, tras su derrota, el otro Asdrúbal y Magón no se retirarían a los bosques y montañas inaccesibles para prolongar la guerra. El mejor plan, pensaban, consistía en dividir su fuerza en dos ejércitos y terminar la guerra en Hispania con un solo golpe. Dispusieron, por tanto, que Publio Cornelio debía avanzar contra Magón y Asdrúbal con dos tercios del ejército romano y las tropas aliadas, mientras que Cneo Cornelio con el tercio restante del ejército primitivo y los celtíberos recién alistados se enfrentaría a Asdrúbal Barca. Ambos generales, con sus ejércitos, avanzaron juntos hasta la ciudad de Amtorgis, donde acamparon a la vista del enemigo con el río entre ellos. Aquí asentó Cneo Escipión su posición con la fuerza antes mencionada, mientras que Publio Escipión marchaba a ejecutar su parte de las operaciones.

[25.33] Cuando Asdrúbal supo que los romanos componían solo una pequeña porción del ejército y que dependían completamente de sus auxiliares celtíberos, determinó separar a estos últimos del servicio de Roma. Estaba muy familiarizado con todas las diferentes clases de traición conocidas entre aquellos bárbaros, y especialmente con las practicadas por las tribus entre las que había campeado durante tantos años. Ambos campamentos estaban llenos de hispanos, que no tenían dificultad en entender la lengua de los otros, y se mantuvieron entrevistas secretas en el curso de las cuales logró un acuerdo con los jefes celtíberos, mediante el ofrecimiento de un gran soborno, para que retirasen sus fuerzas. Ellos no consideraban esta conducta como algo atroz, pues no se trataba de volver sus armas contra los romanos y, aunque el dinero era de cuantía igual al que les pagaban en la guerra, les era entregado por abstenerse de ella. Después, también, resultaban bienvenidos el abandono de las fatigas de la campaña, el pensamiento de regresar al hogar y la alegría de ver a sus amigos y a sus propiedades. Así pues, la masa de las tropas fue tan fácilmente persuadida como sus jefes, y nada tenían que temer de los romanos, que eran tan pocos que no podían mantenerlos por la fuerza. Esto es algo contra lo que los generales romanos debían estar siempre en guardia, y ejemplos como aquellos debían servir de advertencia para no depender de auxiliares extranjeros en tan gran medida y disponer en su campamento de la mayoría del potencial y de fuerzas propias. Los celtíberos cogieron sus estandartes y se marcharon. Los romanos les preguntaron por qué se iban y les pidieron que se quedaran donde estaban, pero la única respuesta que obtuvieron fue que les reclamaba una guerra en casa. Al ver Escipión que no se podía retener a sus aliados ni por sus apelaciones ni por la fuerza, que sin ellos no era rival para el enemigo y que reunirse con su hermano estaba fuera de cuestión, determinó retirarse tanto como pudiera, lo que parecía la única medida segura de adoptar. Su único objetivo era evitar un encuentro en campo abierto con el enemigo, que había cruzado el río y le presionaba pisándole los talones.

[25,34] Publio Escipión quedó al mismo tiempo en una posición tan alarmante como mucho más peligrosa, debido a la aparición de un nuevo enemigo. Este era el joven Masinisa, por entonces aliado de los cartagineses, aunque después creciera su fama y poder a causa de su amistad con Roma. Al principio trató de contener el avance de Escipión con una fuerza de caballería númida que

mantenía sus ataques sobre él noche y día. No sólo destruía a los que se alejaban demasiado del campamento en busca de leña y forraje, sino que de hecho cabalgaba hasta el campamento y cargaba por entre los puestos avanzados y piquetes, provocando alarma y confusión por doquier. Durante la noche, alteraba con frecuencia el campamento haciendo cargas repentinas contra puertas y empalizada; no había lugar ni momento en que los romanos estuviesen libres de la ansiedad y el miedo, y se veían obligados a mantenerse tras sus líneas e incapaces de obtener lo que precisaban. Aquello se estaba convirtiendo rápidamente en un sitio en toda regla y terminaría por ser aún más estrecho si Indíbil, que según se informó estaba aproximándose con siete mil quinientos suesetanos, lograba unirse a los cartagineses. General cauto y prudente como era, Escipión se vio obligado por su posición a dar el peligroso paso de efectuar una marcha nocturna para oponerse al avance de Indíbil y combatirle donde lo encontrase. Dejando una pequeña fuerza para proteger el campamento y poniendo al mando a Tiberio Fonteyo, partió a la medianoche y se encontró con el enemigo. Lucharon en orden de marcha en lugar de en línea de batalla; los romanos, sin embargo, lograron la ventaja a pesar de su formación irregular. Pero la caballería númida, a la que Escipión creía haber eludido, barrió por ambos flancos y provocó la mayor alarma. Había comenzado así un nuevo combate contra los númidas cuando apareció un tercer enemigo; los generales cartagineses habían llegado y estaban atacando la retaguardia. Los romanos tuvieron que enfrentar una batalla por ambos flancos y la retaguardia, sin poder decidir contra qué enemigo lanzar su ataque principal o en qué dirección cerrar líneas y cargar. Su comandante estaba entretanto luchando y animando a sus hombres, exponiéndose donde más peligro había, y fue atravesado por una lanza en su costado izquierdo. El enemigo formado en cuña, que había cargado contra las cerradas filas alrededor de su general, en cuanto vio que Escipión caía sin vida de su caballo se dio a correr en todas direcciones, loco de alegría y gritando que el comandante romano había caído. La noticia se difundió por todo el campo de batalla; el enemigo se consideró enseguida indudablemente vencedor mientras que los romanos se consideraban, por su parte, vencidos. Con la pérdida del general se inició de inmediato la huida del campo de batalla. No fue resultó difícil pasar a través de los númidas y otras tropas ligeras, pero fue casi imposible escapar por entre tal número de caballería y de infantería que rivalizaba con los caballos en velocidad. Casi más murieron en la huida que en la batalla, y ni un solo hombre habría sobrevivido si el día no hubiera llegado rápidamente a su fin, de manera que la noche puso fin a la carnicería.

[25.35] Los generales cartagineses no tardaron en sacar provecho de su éxito. Después de permitir apenas a sus hombres el descanso necesario, se dirigieron directamente y a marchas forzadas desde el campo de batalla hasta donde estaba Asdrúbal, esperando que cuando unieran sus fuerzas se pudiera llevar completamente la guerra a su fin. Cuando llegaron a su campamento, tanto los generales como los soldados, de muy buen humor por su reciente victoria, se intercambiaron sinceras felicitaciones por la destrucción de tan gran comandante y de todo su ejército, previendo confiadamente ganar otra victoria tan absoluta. El informe del terrible desastre no había llegado a los romanos, pero había un silencio sombrío, como un presentimiento secreto, tal como suele suceder cuando los hombres presienten la desgracia que se acerca. El general, viéndose abandonado por sus aliados y sabiendo del considerable aumento de las fuerzas del enemigo, fue llevado por sus propias conjeturas y deducciones a sospechar que hubiera sucedido algún desastre antes que a sostener la esperanza de una victoria. *¿Cómo podrían*, se preguntaba, *Asdrúbal y Magón haber desplazado sin oposición sus ejércitos si no hubiesen llevado a término con éxito su propia guerra? ¿Cómo podría su hermano haber dejado de detenerles, o de seguirlos de no haber podido impedirles unirse, juntando al menos su ejército con el de su hermano?* Lleno de estas inquietudes, pensó que, de momento, el único curso seguro para él consistía en retirarse de su posición actual tanto como pudiera. Recorrió, por consiguiente, una considerable distancia en una solo noche, sin ser visto por el enemigo y, por tanto, sin ser molestado. Cuando se hizo la luz, el enemigo se dio cuenta de su partida y, enviando a los númidas por delante, empezó la persecución con la mayor

rapidez de que era capaz. Los númidas llegaron a su proximidad antes del anochecer y, dando repetidas cargas sobre los flancos y la retaguardia, les obligaron a detenerse y defenderse. Escipión, sin embargo, les animaba a luchar tan bien como pudieran mientras se mantenían en movimiento, antes de que les alcanzase la infantería.

[25,36] Como, no obstante, entre el combate y la parada habían avanzado muy poco y la noche estaba a punto de caer, Escipión retiró a sus hombres del combate, los agrupó en orden cerrado y los llevó hasta cierto lugar elevado que, sin embargo, no resultaba una posición muy segura, en especial para soldados nerviosos, pero aún así algo más elevado que el terreno a su alrededor. La impedimenta y la caballería se situaron en el centro, con la infantería formada en torno a ellas; al principio no tuvieron dificultad alguna para rechazar el ataque de los númidas. Pero cuando hicieron su aparición los tres comandantes, con toda la fuerza de sus tres ejércitos regulares, resultó obvio que no iban a poder defender la posición solo por las armas y sin fortificarse. El general comenzó a examinar los alrededores y a considerar si había alguna posibilidad de rodearse de alguna clase de muro. Sin embargo, la colina estaba tan desnuda y el suelo era tan rocoso que ni había leña que cortar para construir una empalizada ni tierra para hacer un terraplén con un foso o cualquier otra fortificación. Ninguna parte era naturalmente tan empinada o cortada como para dificultar el ascenso o aproximación del enemigo; toda la superficie de la colina se elevaba en una suave pendiente. No obstante, con la intención de presentar al enemigo algo que pudiera semejar una empalizada, unieron las espuertas y los bultos que cargaban los animales, y los apilaron a su alrededor como si estuviesen construyendo un parapeto de la altura habitual; donde no había suficientes serones, lo elevaban arrojando todos los bultos y equipos encima de los huecos, como una barricada.

Cuando llegaron los ejércitos cartagineses, su columna no tuvo ninguna dificultad en coronar el cerro, pero se detuvieron en seguida a la vista de la novedosa defensa, como si se tratara de algo misterioso. Sus oficiales les gritaban por todas partes: *¿Por qué os detenéis y no derribáis y apartáis aquella parodia de empalizada, que es apenas lo bastante fuerte como para contener a mujeres y niños? ¡Tenían cautivo al enemigo, escondido detrás de su impedimenta!* Pero a pesar de las burlas y los sarcasmos de los oficiales, no resultó fácil en absoluto ni trepar por ellos ni empujar los pesados obstáculos que tenían en frente, ni abrirse paso por las fuertemente atadas espuertas que estaban cubiertas por los equipajes. Después de un tiempo considerable, lograron abrir paso por los pesados obstáculos a las tropas y, cuando hubieron logrado esto en varios lugares, el campamento fue asaltado desde todas direcciones y capturado; el pequeño grupo de defensores fue masacrado por las masas del enemigo, impotente en manos de sus vencedores. Unos pocos afortunados hallaron refugio en los bosques vecinos y escaparon hacia el campamento de Publio Escipión, donde Tiberio Fonteyo estaba al mando. Algunas tradiciones afirman que Cneo Escipión resultó muerto durante el primer ataque del enemigo contra la colina; según otras, él pudo escapar hacia una torre cercana al campamento y, como al enemigo le fue imposible romper las puertas pese a todos sus esfuerzos, encendió fuego contra ellas y tras prenderle fuego mataron así a todos los ocupantes, incluyendo al comandante. Cneo Escipión murió tras haber permanecido en Hispania ocho años, veintinueve días después de la muerte de su hermano. El dolor sentido por su muerte fue tan grande en Hispania como en Roma. La Ciudad tuvo que llorar no sólo para ellos, sino por la pérdida de sus ejércitos, la defección de la provincia y el golpe asestado a la república; en Hispania fue amargamente sentida la pérdida de los generales, sobre todo en el caso de Cneo, que había desempeñado allí el mando durante tanto tiempo; fue él, también, el primero en conseguir popularidad entre el pueblo, el primero en demostrarles lo que realmente significaban la justicia y la moderación romana.

[25.37] Con la destrucción de los ejércitos pareció que Hispania se perdería, pero un solo hombre cambió la suerte de las cosas. Había en el ejército un tal Lucio Marcio, el hijo de Septimio,

un caballero romano, joven activo y enérgico cuyo carácter y capacidad eran bastante más elevados que la posición en que le había tocado nacer. Sus muchos dones naturales se habían desarrollado mediante la instrucción con Escipión, bajo quien había aprendido todas las artes de la guerra. Con los soldados fugitivos, a los que se había unido, y algunos tomados de las guarniciones en Hispania, había formado un ejército bastante respetable con el que se había unido Tiberio Fonteyo, el lugarteniente de Escipión. Después de haberse atrincherado en un campamento a este lado del Ebro, sus soldados decidieron celebrar una elección regular con el propósito de elegir un general que mandase los ejércitos unidos, relevándose en los puestos de centinela y de avanzada para que cada hombre pudiera emitir su voto. En tanto superaba el caballero romano a los demás en autoridad y respeto, que todos los soldados, unánimemente, confirieron el mando supremo a Lucio Marcio. Tras esto, dedicó todo el tiempo -que era bastante poco- a fortalecer las defensas del campamento y acopiar en él provisiones, llevando a cabo los soldados todas sus órdenes con presteza y con ánimo en absoluto deprimido. Pero cuando llegaron noticias de que Asdrúbal, el hijo de Giscón, había cruzado el Ebro y se acercaba para acabar con los restos de la guerra, y los soldados vieron la señal para la batalla dada por su general, se vinieron abajo completamente. El recuerdo de los hombres que hasta tan recientemente les habían mandado, la orgullosa confianza que siempre habían tenido en sus generales y sus ejércitos cuando iban a la batalla, les pusieron muy nerviosos; todos se echaron a llorar y se golpeaban la cabeza; algunos elevaban las manos a los cielos y acusaban a los dioses; otros yacían por los suelos e invocaban los nombres de sus antiguos jefes. Nada pudo contener estos arranques de dolor, a pesar de que los centuriones trataban de animar a sus hombres y que el mismo Marcio iba por todas partes calmándoles al tiempo que les reprochaba su conducta poco viril. *¿Por qué habéis cedido*, les preguntaba, *a la inacción y las lágrimas de mujer en vez de reforzaros para defenderos a vosotros mismos y a la república, y no permitir que la muerte de vuestros comandantes quede sin venganza?*

De repente se escuchó un grito y el sonido de las trompetas, pues el enemigo estaba ya cerca de la empalizada. En un instante, su pesar se tornó en furia, se lanzan sobre las armas y corren enloquecidos hacia las puertas, abalanzándose sobre el enemigo que venía con descuido y en desorden. La reacción repentina e inesperada provocó el pánico entre los cartagineses. Se preguntaban de dónde habían surgido todos aquellos enemigos después que su ejército hubiera sido aniquilado, qué daba tanta osadía y confianza a hombres que habían sido vencido y puestos en fuga, quién se había convertido en su jefe ahora que ambos Escipiones estaban muertos, quién mandaba el campamento y quién había dado la señal para el combate. Desconcertados y sorprendidos por todas estas sorpresas completamente inesperadas, se retiraron al principio lentamente y después, conforme el ataque se hizo más intenso y más persistente, dieron la vuelta y huyeron. Se habría producido una espantosa masacre entre los fugitivos o un temerario y peligroso ataque de los perseguidores si Marcio no se hubiese apresurado a dar la señal de retirada y a contener a las excitadas tropas, colocándose él mismo frente a los más exaltados e incluso empujando a algunos de vuelta con sus manos. Luego les hizo marchar de vuelta al campamento, aún sedientos de sangre. Cuando los cartagineses vieron que nadie les perseguía, tras el primer rechazo desde la empalizada, imaginaron que los romanos habían tenido miedo de seguir más allá y regresaron a campamento displicente y pausadamente. Mostraron tanto descuido en vigilar su campamento como habían mostrado al atacar a los romanos pues, aunque su enemigo estaba cerca, lo consideraban aún solo como el resto de dos ejércitos derrotados unos días antes. Mientras se comportaban, a consecuencia de esto, negligentemente en todo, Marcio, que estaba completamente al tanto de ello, ideó el plan, a primera vista más peligroso que audaz, de ser más agresivo y atacar el campamento enemigo. Pensaba que sería más fácil asaltar el campamento de Asdrúbal mientras estaba solo que defender el suyo propio en caso de que los tres comandantes unieran sus fuerzas una vez más. Además, si tenía éxito habría hecho mucho para recuperarse de sus últimos desastre; si fracasaba, el enemigo ya no lo despreciaría, pues había sido el primero en atacar.

[25,38] Su plan parecía desesperado, teniendo en cuenta la posición en que estaba, y podía resultar fácilmente alterado por cualquier incidente imprevisto que provocase el pánico durante la noche. Para protegerse de estos peligros en la medida de lo posible, pensó que sería bueno dirigir unas palabras de aliento a sus hombres. Los convocó y les dirigió el siguiente discurso: *Mi lealtad y afecto por mis antiguos jefes, vivos y muertos, así como la situación en la que nos hallamos, haría creer a cualquiera, soldados, que este mando, aunque lo consideréis glorioso, resulta de hecho una posición de muy grave inquietud. Porque, en un momento en que apenas era dueño de mi y si al miedo no lo hubiera embotado la pena, para encontrar algún consuelo a mi angustia me vi obligado a pensar solo en vosotros, lo que resultó de lo más difícil en momentos de dolor. Incluso cuando tengo que considerar cómo puedo preservaros para mi patria, a vosotros que sois lo que quedáis de los dos ejércitos, sigue siendo para mi penoso tener que desviar mis pensamientos del un dolor que siempre me acompaña. Los amargos recuerdos me superan; los dos Escipiones me persiguen de día en mis pensamientos y de noche en mis sueños; me desvelan y me prohíben sufrir que ellos o sus soldados -vuestros propios camaradas que nunca en ocho años por estas tierras fueron derrotados- o la república queden sin venganza. Me llaman a seguir su ejemplo y actuar según los principios que ellos sentaron; como ningún otro hombre les haya obedecido más lealmente que yo mientras vivían, así ahora que se han ido me hacen pensar que lo que yo crea que resulta mejor es lo mismo que ellos hubieran hecho. Y me gustaría teneros, mis soldados, no siguiéndoles con lágrimas y lamentos como si hubieran dejado de existir, pues viven y son fuertes por la gloria de todo cuanto han hecho, sino yendo a la batalla pensando en ellos como si estuviesen aquí para animaros y daros la señal. Sin duda, no fue otra cosa sino su imagen ante vuestros propios ojos lo que provocó la memorable batalla de ayer, en la que demostrasteis a vuestro enemigo que el nombre de Roma no pereció con los Escipiones y que un pueblo cuya fortaleza y valor ni siquiera Cannas logró quebrar, se levantará por encima de los más duros golpes de la fortuna.*

Pues bien, como ayer hicisteis gala de tal osadía por vuestra propia cuenta, quiero ver ahora si vais a mostraros tan atrevidos a la orden de vuestro comandante. Cuando di ayer la señal para llamaros de vuestra fogosa persecución del enemigo en desorden, no fue por querer enfriar vuestro valor, sino para reservarlo para una mayor y más gloriosa ocasión cuando, a la mayor brevedad, dispuestos y armados, caigáis sobre el enemigo que está descuidado, desarmado y hasta adormecido. Y esperando esto, no estoy confiando solo en la casualidad, sino que tengo buenos motivos para decir lo que digo. Si alguien os preguntase cómo, siendo tan pocos, os las habéis arreglado para defender vuestro campamento contra un poderoso enemigo, cómo tras vuestra derrota fuisteis capaces de repeler de vuestra empalizada a quienes os habían vencido, podríais, estoy seguro, replicar que este era el peligro que verdaderamente temíais y que por ello fortalecisteis vuestras defensas de todas las maneras posibles y os mantuvisteis dispuestos en vuestras posiciones. Y así son generalmente las cosas; los hombres se sienten menos seguros cuando sus circunstancias no les dan motivo de temor; a lo que nos dais importancia os deja abiertos y descuidados. No hay nada que el enemigo tema menos de nosotros, a quienes han rodeado y atacado recientemente, que un ataque por nuestra parte a su campamento. Vamos a aventurarnos donde nadie podría creer que nos atreveríamos. El hecho de que se considere muy difícil lo hará mucho más fácil. Os llevaré en una marcha silenciosa en la tercera guardia nocturna. He comprobado que no tienen dispuestos apropiadamente a los centinelas y a los piquetes. Una vez se escuche nuestro grito a sus puertas, el campamento caerá al primer asalto. Luego, mientras estén aún pesados por el sueño, presas del pánico por el inesperado tumulto y sorprendidos indefensos en sus catres, se producirá entre ellos tal carnicería como la que, para vuestra decepción, os aparté ayer.

Yo sé que el plan parece una temeridad, pero en circunstancias apretadas que dejan tan poca esperanza, las medidas audaces son siempre las más seguras. Si, llegado el momento crítico, os quedáis ligeramente atrás y no tomáis la oportunidad que pasa al vuelo, la buscaréis en vano una

vez la hayáis dejado ir. Hay un ejército cerca de nosotros y otros dos no muy lejos. Si les atacamos ahora, hay alguna esperanza para nosotros; ya habéis probado vuestras fuerzas contra las suyas. Si dejamos pasar el día, y después de la salida de ayer ya no nos desprecian más, existe el peligro de que se unan todos los generales y sus ejércitos. En tal caso, ¿podremos lidiar con tres generales y tres ejércitos a los que Cneo Escipión no pudo enfrentarse cuando su ejército disponía de todas sus fuerzas? Así como nuestros generales perecieron por estar sus fuerzas divididas, así el enemigo puede ser aplastado de uno en uno. No hay otra manera de conducir esta guerra; no esperemos, pues, nada más allá de la oportunidad de la noche próxima. Id ahora, confiando en la ayuda de los dioses, comed y descansad para que, frescos y vigorosos, podáis irrumpir en el campamento enemigo con el mismo espíritu valeroso con que os defendisteis. Se mostraron encantados al escuchar este nuevo plan de su reciente general, y cuando más osado era más les gustaba. El resto del día transcurrió alistando sus armas y recobrando fuerzas, la noche la pasaron en su mayor parte descansando. En la cuarta guardia empezaron a moverse.

[25,39] Las otras fuerzas cartaginesas estaban a unas seis millas más allá del campamento más cercano a los romanos. Entre ellos se extendía un valle boscoso y en un terreno a medio camino, entre la arboleda, se escondió una cohorte romana con alguna caballería, adoptando formaciones púnicas. Tras haber ocupado así el camino hacia su mitad, el resto de la fuerza marchó en silencio contra el enemigo que estaba más próximo; al no haber puestos avanzados frente a las puertas ni estar montando guardia, penetraron sin oposición en el campamento, como si estuviesen entrando en el suyo propio. A continuación sonaron los toques y se lanzó el grito de guerra. Algunos dieron muerte al enemigo medio dormido, otros arrojaron teas a sus barracas techadas con paja seca, otros ocuparon las puertas para interceptar a los fugitivos. El fuego, los gritos y la carnicería, todo combinado, dejó a los enemigos casi sin sentido, impidiéndoles escucharse unos a otros para tomar las disposiciones precisas a su seguridad. Estando desarmados fueron a dar entre fuerzas de hombres armados; algunos corrieron hacia las puertas, otros, encontrando bloqueados los caminos, saltaban por encima de la empalizada donde se encontraron con la cohorte y la caballería que salió corriendo de su escondite y los mató a todos. Incluso si alguien hubiera escapado a la matanza, los romanos, tras tomar aquel campamento, se presentaron tan rápidamente en el otro que nadie habría podido llegar antes allí para anunciarles el desastre.

Cuando llegaron al segundo campamento, encontraron abandono y desorden por doquier; en parte debido a la gran distancia que lo separaba de ellos, y en parte porque algunos de los defensores se habían dispersado en busca de forraje, madera y botín. De hecho, en los puestos avanzados las armas estaban apiladas; los soldados, desarmados, estaban sentados y recostados en el suelo, caminando arriba y abajo delante de las puertas y la muralla. En este estado de ocioso desorden fueron atacados por los romanos, que estaban acalorados por su reciente combate y enardecidos por la victoria. Resultó imposible conservar las puertas contra ellos y, una vez pasadas las puertas, dio comienzo una lucha desesperada. A la primera alerta se produjo una avalancha desde todas partes del campamento, y habría sido una lucha larga y obstinada si los cartagineses, al ver en los escudos manchados de sangre de los romanos signos claros del combate anterior, no se hubieran llenado de terror y desánimo. Todos se volvieron y huyeron allí donde podían encontrar una puerta abierta por la que escapar; y todos, excepto aquellos que ya habían resultado muertos, fueron expulsados del campamento. Así, en una noche y un día, bajo el mando de Lucio Marcio, fueron capturados dos de los campamentos enemigos. Según Claudio, quien tradujo los anales de Acilio del griego al latín, murieron tantos como treinta y siete mil enemigos, fueron hechos prisioneros mil ochocientos treinta y además tomaron una inmensa cantidad de botín. Este último incluyó un escudo de plata de ciento treinta y siete libras de peso con la imagen de Asdrúbal Barca. Valerio Antias cuenta que sólo fue tomado el campamento de Magón, donde el enemigo tuvo siete mil muertos; en la otra batalla, cuando los romanos efectuaron una salida y combatieron contra Asdrúbal, murieron diez mil e hicieron prisioneros a cuatro mil trescientos ochenta. Pisón dice que

murieron cinco mil hombres cuando Magón fue emboscado al perseguir imprudentemente a nuestros hombres. Todos estos autores se centran en la grandeza de Marcia, y exageran la gloria que realmente ganó al describir un incidente sobrenatural. Cuentan que, mientras se dirigía a sus tropas, una llama salió de su cabeza, sin que él se diera cuenta, con gran espanto de los soldados que lo rodeaban. También se afirma que hubo en el templo del Capitolio, antes de que se quemara, un escudo llamado *el Marcio*, con una imagen de Asdrúbal, como recuerdo de su victoria. Durante algún tiempo después de esto, las cosas estuvieron tranquilas en Hispania, pues ninguno de los bandos, tras las derrotas sufridas, tenía ganas de arriesgarse a una acción decisiva.

[25.40] Mientras ocurrían estas cosas en Hispania, Marcelo, tras la captura de Siracusa, puso orden en los asuntos de Sicilia con tanta justicia e integridad para aumentar no solo su propia fama, sino también la grandeza y dignidad de Roma. Trasladó a Roma los ornamentos de la ciudad, las estatuas y las imágenes que en Siracusa abundaban; se trataba, en verdad, de despojos tomados al enemigo y adquiridos según las leyes de la guerra, pero aquel fue el comienzo de nuestra admiración por las obras de arte griegas, que han conducido al actual e imprudente expolio de toda clase de tesoros, sagrados y profanos por igual. Esto se ha vuelto finalmente en contra de los dioses de Roma, y sobre todo contra el templo que Marcelo tan espléndidamente adornó. Pues los santuarios próximos a la puerta Capena, que Marcelo dedicó, solían ser visitados por forasteros a causa de las bellas obras de toda clase, de las que hoy quedan muy pocas. Mientras Marcelo estaba arreglando los asuntos de Sicilia, recibió delegaciones de casi todas las comunidades de la isla. El tratamiento que recibieron varió según sus circunstancias. Los que no se habían sublevado, o habían vuelto a nuestra amistad antes de la captura de Siracusa, recibieron la bienvenida y honrados como fieles aliados; los que después de su captura se habían rendido por miedo, tuvieron que aceptar los términos que el vencedor impone al vencido. Los romanos, sin embargo, tenían aún entre manos considerables restos de la guerra alrededor de Agrigento. Aún quedaban en campaña los generales Epícides y Hanón, que habían desempeñado el mando en la última guerra, y un nuevo general que había sido enviado por Aníbal para sustituir a Hipócrates, un hipacritano de origen libio-fenicio al que sus compatriotas llamaban Mutines, hombre enérgico y emprendedor que había tenido un intenso entrenamiento militar bajo aquel maestro de la guerra, Aníbal. Epícides y Hanón le proporcionaron una fuerza de númidas, y con aquellos jinetes cometió tan extensas rapiñas en los campos de los que le eran hostiles, y se mostró tan activo al proteger a sus leales amigos llevándoles ayuda en el momento preciso, que en poco tiempo toda Sicilia había oído hablar de él y no hubo nadie entre los partidarios de Cartago que no esperase grandes cosas de él.

Hasta aquel momento, Epícides y Hanón se habían visto obligados a mantenerse dentro de las fortificaciones de Agrigento; ahora, sin embargo, tanto por la confianza que sentían como cumpliendo los consejos de Mutines, se aventuraron al exterior y fijaron su campamento en el Himera. Tan pronto se informó de esto a Marcelo, se movió rápidamente y acampó a unas cuatro millas del enemigo, con la intención de esperar cualquier acción que pudiera ejecutar. Sin embargo, no se le permitió un instante para deliberar o considerar; Mutines cruzó el río y cargó contra sus puestos avanzados, provocando gran terror y confusión. Al día siguiente se produjo casi una batalla campal y expulsó a los romanos dentro de sus líneas. Luego fue requerido por la noticia de un motín que había estallado entre los númidas en el campamento de Hanón. Casi trescientos de ellos se habían marchado a Heraclea Minoa. Cuando dejó el campo para tratar de razonar con ellos y hacerles volver, se dice que aconsejó encarecidamente a los otros generales que no se enfrentaran al enemigo en su ausencia. Ambos se resintieron por esto; muy especialmente Hanón, que durante mucho tiempo había estado celoso de la reputación de Mutines. *¿Va Mutines*, exclamó, *a darme órdenes; un africano de baja cuna va a dar órdenes a un general cartaginés comisionado por el Senado y el pueblo?* Epícides quería esperar, pero lo convenció de que debían cruzar el río y presentar batalla pues, arguyó, si esperaban a Mutines y luego libraban un combate victorioso, él se llevaría sin duda todo el crédito por ello.

[25,41] Marcelo estaba, por supuesto, sumamente indignado por la idea de que él, el hombre que había apartado de Nola al Aníbal henchido por su victoria en Cannas, hubiera cedido ante enemigos a los que ya había antes derrotado por tierra y mar, ordenó a sus hombres que dispusieran sus armas y marchasen de inmediato en orden de combate. Mientras formaba sus líneas, diez númidas del ejército contrario galoparon hasta él a galope tendido con el anuncio de que sus compatriotas no tomarían parte en la lucha; en primer lugar porque simpatizaban con los trescientos amotinados que se habían marchado a Heraclea, y después porque veían que su jefe había sido apartado de la batalla por los generales que deseaban poner una nube sobre su reputación. Aunque aquella nación por lo general es artera, mantuvieron su promesa en aquella ocasión. La noticia de que la caballería a la que tanto temían había dejado al enemigo en la estacada, voló rápidamente entre las filas y su valor creció en consecuencia. El enemigo, en cambio, estaban en un gran estado de alarma, pues no solo estaba perdiendo el apoyo de su arma más fuerte, sino que existía la posibilidad de ser atacados por su propia caballería. Así que no duró mucho la contienda, pues la acción se decidió al primer grito de guerra y la primera carga. Cuando las líneas opuestas se encontraron, los númidas permanecieron quietos en las alas; al ver que su propio bando daba la vuelta, se les unieron en su huida durante una corta distancia pero al ver que se dirigían a toda prisa hacia Agrigento, se dispersaron por todas las ciudades próximas por miedo a tener que soportar un asedio. Varios miles de hombres fuero muertos y se capturaron ocho elefantes. Esta fue la última batalla que libró Marcelo en Sicilia. Después de su victoria volvió a Siracusa. Como el año estaba a punto de terminar, el Senado decretó que el pretor Publio Cornelio debía enviar instrucciones a los cónsules en Capua para que uno de ellos, si lo aprobaban, viniera a Roma para nombrar los nuevos magistrados mientras Aníbal estaba lejos y no se mantenían operaciones muy críticas en Capua. Después de recibir el despacho, los cónsules llegaron al mutuo acuerdo de que Claudio celebraría las elecciones y Fulvio permanecería en Capua. Los nuevos cónsules fueron Cneo Fulvio Centimalo y Publio Sulpicio Galba, el hijo de Servio, un hombre que nunca antes había desempeñado una magistratura curul *(211 a.C.)*. Siguió la elección de los pretores y fueron elegidos Lucio Cornelio Léntulo, Marco Cornelio Cétego, Cayo Sulpicio y Cayo Calpurnio Pisón. Pisón se hizo cargo de la pretura urbana, Sicilia fue asignada a Sulpicio, Apulia a Cétego y Cerdeña a Léntulo. Los cónsules vieron sus mandos prorrogados por otro año.

LIBRO XXVI. EL DESTINO DE CAPUA

[26.1] *(211 a.C.)* Los nuevos cónsules, Cneo Fulvio Centimalo y Publio Sulpicio Galba, entraron en funciones el 15 de marzo y de inmediato convocaron una reunión del Senado en el Capitolio para discutir cuestiones de Estado, la conducción de la guerra y la distribución de las provincias y los ejércitos. Los cónsules salientes, Quinto Fulvio y Apio Claudio, conservaron sus mandos y se les ordenó proseguir el asedio de Capua sin descanso hasta haberse efectuado su captura. La recuperación de esta ciudad constituía ahora la principal preocupación de los romanos. Lo que les decidió fue no solo el amargo resentimiento que había provocado su deserción, sentimiento que nunca había estado más justificado en el caso de cualquier otra ciudad, sino también la certeza que tenían de que como al rebelarse habían arrastrado a muchas comunidades con ella, por su grandeza y fortaleza, así su recaptura provocaría entre dichas comunidades cierto sentimiento de respeto por la potencia cuya soberanía habían reconocido anteriormente. Los pretores del año pasado, Marco Junio en Etruria y Publio Sempronio en la Galia, vieron prorrogados sus mandos y mantuvieron ambos las dos legiones que tenían. Marco Marcelo iba a seguir como procónsul y terminar la guerra en Sicilia con el ejército que tenía. Si necesitaba refuerzos, los tomaría de las fuerzas que Publio Cornelio mandaba en Sicilia, pero no de aquellas a las que el Senado había prohibido regresar a casa o tener permiso antes del final de la guerra. La provincia de Sicilia fue asignada a Cayo Sulpicio, que iba a hacerse cargo de las dos legiones que estaban bajo Publio Cornelio; cualquier refuerzo que precisara le sería proporcionado por el ejército de Cneo Fulvio, que había resultado tan vergonzosamente derrotado y destrozado el pasado año en Apulia. Los propios soldados, que también habían caído en desgracia, fueron situados en las mismas condiciones, en cuanto a la duración del servicio, que los supervivientes de Cannas. Como marca adicional de ignominia, a los hombres de ambos ejércitos se les prohibió invernar en ciudades o construir cuarteles de invierno para ellos a menos de diez millas de cualquier ciudad. Las dos legiones que Quinto Mucio había mandado en Cerdeña fueron entregadas a Lucio Cornelio, y cualquier fuerza adicional que pudiera necesitar debería ser alistada por los cónsules. Tito Otacilio y Marco Valerio recibieron la orden de patrullar frente a las costas de Sicilia y Grecia, respectivamente, con las flotas y soldados que ya mandaban. El primero tenía un centenar de barcos, con dos legiones a bordo, y el último disponía de cincuenta buques y una legión. La fuerza total de los ejércitos romanos en campaña, por tierra y mar, sumaron aquel año veinticinco legiones.

[26.2] A principios de año se entregó en el Senado una carta de Lucio Marcio. Todos los senadores apreciaron sus magníficas hazañas, pero una buena parte de ellos estaban indignados por el título honorífico que había asumido. El sobrescrito de la carta rezaba: *El propretor al Senado*, aunque el *imperivm* no le había sido conferido por mandato del pueblo ni con la sanción del Senado. Se había sentado un mal precedente, decían, al haber sido elegido un comandante por su ejército, dejando al capricho de los soldados y trasladando a los campamentos y provincias, lejos de los magistrados y las leyes, el solemne proceso de las elecciones tras haber tomado apropiadamente los auspicios. Algunos pensaban que el Senado debía encargarse del asunto, pero se pensó que lo mejor sería aplazar su toma en consideración hasta que los jinetes que habían traído la carta hubieran abandonado la Ciudad. En cuanto a la comida y vestuario del ejército, ordenaron que se enviase una respuesta en el sentido de que ambas cuestiones serían atendidas por el Senado. Se negaron, sin embargo, a permitir que la respuesta se dirigiera *Al propretor Lucio Marcio*, para que no pareciese que la cuestión que estaba por debatir había sido ya prejuzgada. Después de haber despedido a los mensajeros, los cónsules dieron prioridad a este asunto sobre cualquier otro y se acordó por unanimidad que los tribunos deberían consultar a la plebe, tan pronto como fuera posible, sobre quién deseaban que fuese enviado a Hispania con el mando, como comandante en jefe para hacerse cargo del ejército que había mandado Cneo Escipión. Los tribunos se comprometieron a hacerlo y se dio cumplido anuncio de la cuestión a la Asamblea. Sin embargo, los ciudadanos estaban

preocupados por una controversia de naturaleza muy diferente. Cayo Sempronio Bleso había fijado un día para enjuiciar a Cneo Fulvio por la pérdida de su ejército en Apulia, y lanzó un acerbo ataque contra él ante la Asamblea. *Muchos comandantes*, dijo, *por imprudencia e inexperiencia han llevado sus ejércitos a las situaciones más peligrosas, pero Cneo Fulvio es el único que ha desmoralizado a su ejército con toda clase de vicios antes de traicionarlo. Se puede decir con total veracidad que habían sido destruidos antes de ver al enemigo; deben su derrota a su propio jefe, no a Aníbal.*

Ahora ningún hombre, cuando fuese a votar, podría saber a qué clase de hombre se le confiaba el mando supremo del ejército. Pensad en la diferencia entre Tiberio Sempronio y Cneo Fulvio. A Tiberio Sempronio se le había dado un ejército de esclavos; pero en poco tiempo, gracias a la disciplina que mantuvo y al sabio empleo de su autoridad, no hubo un solo hombre entre ellos que cuando él estaba en el campo de batalla dedicase un solo pensamiento a su nacimiento o condición. Esos hombres fueron el resguardo de nuestros aliados y el terror de nuestros enemigos. Ellos arrancaron, de las mismísimas fauces de Aníbal, ciudades como Benevento y Cumas, y las devolvieron a Roma. Cneo Fulvio, por otro lado, tenía un ejército de ciudadanos romanos, nacidos de padres respetables y educados como hombres libres; él los infectó con los vicios de los esclavos y los convirtió de tal manera que se mostraron insolentes y levantiscos entre nuestros aliados y débiles y cobardes frente al enemigo; no podían soportar el grito de guerra de los cartagineses y, mucho menos, su carga. ¡Por Hércules! No es de extrañar que los soldados cedieran terreno, cuando su comandante fue el primero en salir corriendo; lo sorprendente es que alguno se mantuviera firme y cayera, y que no todos acompañaran a Cneo Fulvio en su aterrorizada huida. Cayo Flaminio, Lucio Paulo, Lucio Postumio y los dos Escipiones, Cneo y Publio, todos escogieron caer en combate, antes que desertar de sus ejércitos, cuando se vieron rodeados por el enemigo. Cneo Fulvio regresó a Roma como único y solitario heraldo de la aniquilación de su ejército. Después de que el ejército hubiera huido del campo de batalla de Cannas, fue deportado a Sicilia para no volver hasta que el enemigo haya abandonado Italia, y un decreto similar se ha aprobado recientemente en el caso de las legiones de Fulvio. Sin embargo, por vergonzoso de contar que resulte, el propio comandante quedó impune tras su huida de una batalla librada por su propia y obstinada necedad; él es libre de pasar el resto de su vida donde transcurrió su juventud -en tugurios y prostíbulos- mientras sus soldados, cuya única falta es haber imitado a su jefe, han sido prácticamente enviados al exilio y tienen que someterse a un servicio deshonroso. ¡Tan desiguales son las libertades que disfrutadas en Roma por los ricos y los pobres, los hombres de rango y los hombres del pueblo!

[26.3] En su defensa, Fulvio cargó toda la culpa sobre sus hombres. Ellos clamaban, dijo, ir a la batalla, y él los llevó, no enseguida, pues era al final del día, sino a la mañana siguiente. A pesar de que formaron en terrero favorable, desde el primer momento se mostraron aterrorizados, fuera por el nombre del enemigo o porque la reciedumbre de su ataque les sobrepasara. Mientras todos huían en desorden, él se vio arrastrado por la obcecación, como Varrón en Cannas y como muchos otros jefes. ¿De qué le habría servido a la república quedándose allí solo? A menos que, en verdad, con su muerte se hubieran evitado otros desastres nacionales. Su fracaso no se debió a la falta de suministros, o a situarse en una posición o terreno desfavorables; no le habían emboscado por no haber ejecutado un reconocimiento insuficiente; había sido batido en un combate justo en campo abierto. Los ánimos de los hombres, donde quiera que estuviesen, quedaban fuera de su control, la disposición natural de un hombre lo hace valiente o cobarde. Los discursos del acusador y del acusado duraron dos días y al tercero se presentaron los testigos. Además del resto de graves acusaciones en su contra, muchos hombres declararon bajo juramento que el pánico y la huida empezaron por el pretor, y que cuando los soldados se vieron abandonados a sí mismos y pensaron que su general tenía buenos motivos para temer, ellos también dieron la espalda y huyeron. El acusador, en primera instancia, solicitó una multa, pero las evidencias presentadas habían levantado

las iras del pueblo hasta tal punto que insistía en exigir la condena a la pena capital. Esto llevó a un nuevo conflicto. Como durante los primeros dos días el acusador había limitado la pena a una multa, y solo al tercero se pidió la pena capital, el acusado apeló a los otros tribunos, pero estos rehusaron interferir con su colega, y no le impedirían que reclamara la sentencia que estableciesen las costumbres de los antepasados, siempre que sometiera al acusado a juicio de pena capital o de multa, basándose en la ley escrita o en los precedentes. Ante esto, Sempronio anunció que acusaría a Cayo Fulvio del cargo de traición y solicitó a Cayo Calpurnio, el pretor urbano, que fijase día para convocar a la Asamblea. A continuación, el acusado intentó otro modo de librarse. Su hermano Quinto gozaba por entonces de la alta estima del pueblo, debido a sus anteriores victorias y al la convicción general de que pronto tomaría Capua, y el acusado esperaba que pudiera estar presente en su juicio. Quinto escribió al Senado para que le dieran su autorización, apelando a su compasión y pidiendo que se le permitiera defender la vida de su hermano, pero respondieron que iría contra los intereses del Estado que abandonase Capua. Justo antes del día del juicio, Cneo Fulvio se marchó al exilio en Tarquinia. El pueblo confirmó mediante un decreto su estatus legal como exiliado, con todas las consecuencias que implicaba.

[26,4] Mientras tanto, toda la intensidad de la guerra se dirigió contra Capua. El bloqueo estaba resultando más eficaz que el asalto directo; el pueblo común y los esclavos no podían soportar el hambre ni enviar mensajeros a Aníbal, a causa de la estrecha vigilancia que se mantenía. Por fin, se encontró un númida que se comprometió a abrirse paso con los despachos, consiguiéndolo. Escapó por la noche a través de las líneas romanas, y esto animó a los campanos a tratar de efectuar salidas en todas direcciones mientras aún les quedaban fuerzas. Tuvieron lugar varios combates de caballería en los que, por lo general, tuvieron la ventaja aunque su infantería sufrió la peor parte. La alegría que sintieron los romanos por las victorias de su infantería quedó considerablemente amortiguada al verse batida su otra arma por un enemigo al que habían asediado y casi conquistado. Al final, idearon un ingenioso plan mediante el que compensar su inferioridad en la caballería. Escogieron de entre todas las legiones a jóvenes excepcionalmente veloces y ágiles, y los equiparon con parmas[10] algo más cortas que las empleadas por la caballería. A cada uno se le proporcionaron siete jabalinas, de cuatro pies de largo y con puntas de hierro similares a las de los dardos de los vélites[11]. Cada jinete montó con él a uno de estos sobre su caballo y los enseñaron a montar detrás y saltar rápidamente a una señal dada. En cuanto su entrenamiento diario les dio la suficiente confianza, la caballería avanzó contra los campanos, que habían formado en el terreno llano entre el campamento romano y las murallas de la ciudad. Tan pronto los tuvieron dentro de su alcance, se dio la señal y los vélites saltaron al suelo. La línea de infantería así formada lanzó un repentino ataque contra la caballería campana; voló lluvia tras lluvia de jabalinas contra hombres y caballos a lo largo de toda la línea. Un gran número resultó herido, y la nueva e inesperada forma de ataque provocó una pánico general. Al ver que el enemigo confuso, la caballería romana cargó y en su avance los expulsaron hasta sus puertas con grandes pérdidas. A partir de ese momento los romanos fueron superiores también en caballería. Los vélites se incorporaron posteriormente a las legiones. Se dice que este plan de combinar infantería y caballería en una sola fuerza fue idea de uno de los centuriones, Quinto Navio, y que este recibió por ello una distinción especial de su comandante.

[26,5] Tal era el estado de cosas en Capua. Durante este tiempo, Aníbal se debatía entre dos cosas: apoderarse de la ciudadela de Tarento o mantener Capua en su poder. Se decidió por Capua, pues vio que era la plaza hacia la que se dirigían todas las miradas, amigas y enemigas, y su destino se mostraría determinante, en un sentido u otro, sobre las consecuencias de desertar de Roma. Por lo

10 Escudos más pequeños que el scutum del infante, y por esta época redondos, empleados por la caballería.-N. del T.
11 Tropas ligeras, compuestas por soldados con escasos recursos económicos y, por lo tanto, con equipamiento ligero.-N. del T.

tanto, dejando su impedimenta y tropas pesadas en el Brucio, marchó rápidamente hacia la Campania con una fuerza de caballería e infantería, escogidas por su capacidad para marchar con paso ligero. Siendo como era veloz su avance, sin embargo, le siguieron treinta y tres elefantes. Fijó su posición en un valle aislado detrás del monte Tifata, que estaba próximo a Capua. En su marcha se apoderó del castillo de Calatia. Luego dirigió su atención a los sitiadores de Capua y envió un mensaje a la ciudad diciéndoles a qué hora tenía la intención de atacar las líneas romanas, para que pudieran estar dispuestos a efectuar una salida y descargar toda su fuerza por todas sus puertas. Se produjo un enorme pavor, pues mientras Aníbal lanzaba su asalto por un lado, todas las fuerzas de Capua, montadas y a pie, apoyadas por la guarnición púnica al mando de Bostar y Hanón, hacían una vigorosa salida por la otra. Consciente de su crítica posición y del peligro de dejar desprotegida una parte de sus líneas al concentrar su defensa en una sola dirección, los romanos dividieron sus fuerzas; Apio Claudio enfrentó a los campanos y Fulvio a Aníbal; el propretor Cayo Nerón, con la caballería de seis legiones, mantuvo la carretera a Arienzo y Cayo Fulvio Flaco, con la caballería de los aliados, tomó posiciones en la región del río Volturno. No hubo solo el habitual griterío y alboroto al comenzar la batalla; el ruido de los caballos, los hombres y las armas se incrementó por el de la población no combatiente de Capua. Se agolpaban en las murallas, y haciendo chocar vasijas de bronce, como hace el pueblo en la oscuridad de la noche cuando se produce un eclipse de Luna, produjeron tan terrible ruido que llegaron incluso a distraer la atención de los combatientes.

Apio no tuvo ninguna dificultad en expulsar a los campanos de sus trincheras, pero Fulvio, por el otro lado, tuvo que enfrentar un ataque mucho más pesado de Aníbal y sus cartagineses. Aquí, la sexta legión cedió terreno y una cohorte de hispanos con tres elefantes logró llegar hasta la empalizada. Ellos habían penetrado la línea romana, y al mismo tiempo que veían su oportunidad de irrumpir se dieron cuenta del peligro de quedar aislados de sus apoyos. Cuando Fulvio contempló el desorden de la legión y el peligro que amenazaba el campamento, llamó a Quinto Navio y a otros centuriones principales para que cargasen contra la cohorte enemiga que combatía justo para la empalizada. *Es el momento más crítico*, les dijo, *o dejan seguir al enemigo, en cuyo caso irrumpirán en el campamento con menos dificultad de la que han tenido para romper las líneas compactas de la legión, o lo rechazan mientras están aún bajo la empalizada. No será un combate duro; solo son unos pocos y están aislados de sus apoyos; y el mismo hecho de que se haya roto la línea romana será una ventaja si ambos grupos cierran sobre los flancos del enemigo, que quedará entonces cercado y expuesto a un doble ataque*. Al oír esto, Navio le quitó el estandarte del segundo manípulo de asteros al signífero y avanzó con él contra el enemigo, amenazando al mismo tiempo con lanzarlo en medio de ellos si sus hombres no se apresuraban a seguirlo y tomar parte en los combates. Era Navio un hombre alto y su armadura le añadía vistosidad, y al levantar en alto el estandarte atrajo todas las miradas. Pero cuando estuvo cerca de los hispanos, estos lanzaron sus dardos contra él desde todas direcciones, concentrando la totalidad de la línea su atención en aquel hombre. No obstante, ni el número de enemigos, ni la fuerza de sus proyectiles fueron capaces de detener el ímpetu de este hombre.

[26,6] El general Marco Atilio llevó entonces contra la cohorte hispana el estandarte del primer manípulo de príncipes de la sexta legión; Lucio Porcio Licinio y Tito Popilio, que estaban al mando del campamento, mantenían una lucha feroz en la parte frontal de la empalizada y dieron muerte a algunos de los elefantes mientras la atravesaban. Sus cuerpos rodaron en el foso y lo llenaron, haciendo de puente para que pasara el enemigo y dando comienzo a una terrible carnicería sobre los postrados elefantes. Al otro lado del campamento, los campanos y la guarnición púnica habían sido rechazados, trasladándose la lucha hasta la puerta de la ciudad que llevaba al Volturno. Los esfuerzos de los romanos para romperlas se vieron frustrados, no tanto por las armas de los defensores como por las ballestas y escorpiones que se habían montado sobre la puerta y que mantenían a distancia a los asaltantes con los proyectiles que lanzaban. Les dio nuevo ímpetu la herida recibida por el comandante Apio Claudio; este fue alcanzado por un dardo en el pecho, a la

altura del hombro izquierdo, mientras galopaba a lo largo del frente animando a sus hombres. No obstante, una gran parte de los enemigos murieron en el exterior de la puerta; el resto fue obligado a huir precipitadamente hacia la ciudad. Cuando Aníbal vio la destrucción de la cohorte hispana y la energía con que los romanos defendían sus líneas, cesó en el ataque y retiró los estandartes. La columna de infantes en retroceso fue seguida por la caballería, que debía proteger la retaguardia en caso de que el enemigo acosara su retirada. Las legiones ardían por perseguirlos, pero Flaco ordenó que se tocara a retirada, pues consideró que ya había obtenido lo suficiente logrando que tanto los campanos como el propio Aníbal se dieran cuenta de qué poco podían hacer en defensa de la ciudad.

Algunos autores que describen esta batalla dicen que ese día murieron ocho mil de los hombres de Aníbal y tres mil campanos, y que se capturaron quince estandartes a los cartagineses y dieciocho a los campanos. Encuentro en otros relatos que el incidente no resultó tan grave, hubo más excitación y confusión que auténtica lucha. Según estos autores, los númidas e hispanos irrumpieron inesperadamente en las líneas romanas con los elefantes, y que estos animales, al trotar por todo el campamento, destrozaron las tiendas y produjeron una terrible confusión y pánico, mientras los jumentos rompían sus ataduras y escapaban. Para aumentar la confusión, Aníbal envió a algunos hombres que sabían hablar latín, haciéndose pasar por itálicos, para que dijeran a los defensores en nombre del cónsul que ya que el campamento se había perdido, cada hombre debía hacer lo que pudiera para escapar a las montañas cercanas. El engaño, sin embargo, fue prontamente detectado y frustrado con grandes pérdidas para el enemigo, siendo los elefantes expulsados del campamento con teas ardientes. En cualquier caso, como quiera que empezase o terminase, esta fue la última batalla que se libró antes de que Capua se rindiera. El *medix tuticus* de aquel año, el magistrado supremo de Capua, resultó ser Sepio Lesio, hombre de humilde cuna y modesta fortuna. La historia cuenta que, debido a un portento sucedido en casa de su madre, esta consultó a un adivino en nombre del niño, y este le dijo que su hijo llegaría un día a la posición de máxima autoridad en Capua. Como ella no sabía de nada que pudiera justificar tales expectativas, le respondió: *Lo que realmente estás describiendo es una situación desesperada en Capua, al decir que tal honor alcanzará a mi hijo*. Su respuesta jocosa a lo que era una predicción auténtica se convirtió en realidad, pues fue solo cuando el hambre y la espada los presionaban duramente y estaban perdiendo la esperanza de seguir resistiendo cuando Lesio aceptó el cargo. Él fue el último campano en ostentarlo, y solo lo hizo tras protestar; Capua, declaró, estaba abandonada y traicionada por sus principales ciudadanos.

[26.7] Al ver que no podía arrastrar a su enemigo a una batalla campal y que resultaba imposible romper sus líneas y liberar Capua, Aníbal decidió abandonar su intento y marcharse del lugar, pues temía que los nuevos cónsules cortasen su vía de aprovisionamiento. Estaba inquieto, dando vueltas en su mente a la cuestión de lo que haría luego, cuando se le ocurrió la idea de marchar sobre Roma, la cabeza y guía espiritual de toda la guerra. Esto había estado siempre en su corazón y sus hombres siempre le acusaban de haber dejado pasar la ocasión inmediatamente después de la batalla de Cannas; el mismo admitió que había cometido un error al no hacerlo. No dejaba de tener esperanza de apoderarse de alguna parte de la Ciudad, en la confusión producida por su inesperada aparición; y si Roma estaba en peligro, esperaba que ambos cónsules, o al menos uno de ellos, abandonaría en seguida su presión sobre Capua. Luego, al quedar debilitados por la división de sus fuerzas, le darían a él o a los campanos la oportunidad de librar una acción victoriosa. Una cosa le tenía inquieto: la posibilidad de que los campanos se entregaran en cuanto él se hubiera retirado. Había entre sus hombres un númida que estaba dispuesto a enfrentar cualquier empresa desesperada; convenció a este hombre, mediante la oferta de una recompensa, a llevar una carta, pasando las líneas romanas como si fuera un desertor, y luego seguir hasta el otro lado y entrar en Capua. La redactó en términos muy alentadores, resaltando que su marcha sería el medio por el que los salvaría, pues separaría a los generales romanos de su ataque contra Capua para

defender a Roma. No debían abatirse, unos pocos días de paciencia romperían el cerco. Luego ordenó que se capturasen los barcos que estaban en el Volturno y se llevasen hasta un castillo que había construido con anterioridad para asegurar el paso del río. Se le informó que había un número suficiente de ellos como para poder hacer cruzar a todo su ejército en una sola noche. Se suministraron a los hombres raciones para diez días; marcharon hasta el río y todas sus legiones estaban al otro lado antes del alba.

[26,8] Fulvio Flaco fue informado por desertores de este proyecto, antes de que fuera puesto en ejecución, y de inmediato lo puso en conocimiento del Senado. La noticia fue recibida con diversos sentimientos según los distintos temperamentos de cada cual. Naturalmente, ante una crisis así, al instante se convocó una reunión del Senado. Publio Cornelio, llamado Asina, estaba a favor de llamar a todos los generales y a sus ejércitos, de todas partes de Italia, para defender la Ciudad, independientemente de Capua o cualquier otro objeto que se tuviera en mente. Fabio Máximo consideraba que sería una desgracia aflojar su control sobre Capua y permitir que Aníbal les atemorizase, dando vueltas ante sus disposiciones y amenazas. *¿Creéis*, preguntó a los senadores, *que el hombre que no se atrevió a acercarse a la Ciudad después de su victoria en Cannas, espera realmente capturarla ahora que ha sido expulsado de Capua? Su objetivo al venir aquí no es atacar a Roma, sino a levantar el sitio de Capua. El ejército que se encuentra actualmente en la Ciudad será suficiente para nuestra defensa, pues contará con la ayuda de Júpiter y los otros dioses que han sido testigos de la violación por Aníbal de los acuerdos del tratado.* Publio Valerio Flaco abogó por una solución intermedia, que fue la aprobada en última instancia. Recomendó que se enviara un despacho a los generales al mando en Capua, indicándoles cuál era el poderío defensivo de la Ciudad. Ellos mismos sabrían qué tropas estaba conduciendo Aníbal y cuán grande debía ser el ejército que había de mantener el sitio de Capua. Si uno de los generales al mando podía ser enviado con una parte del ejército a Roma, sin interferir con la conducción efectiva del asedio por el otro general, Claudio y Fulvio deberían acordar cuál de ellos seguiría con el asedio y cuál iría a Roma para evitar el asedio de su propia ciudad. Cuando llegó a Capua esta decisión del Senado, el procónsul Quinto Fulvio, cuyo colega se había visto obligado a partir para Roma a causa de su herida, selecciona una fuerza de entre los tres ejércitos y cruzó el Volturno con quince mil infantes y mil de caballería. Cuando hubo verificado que Aníbal marchaba por la Vía Latina, envió hombres en avanzada a través de las poblaciones situadas sobre la Vía Apia y a algunas otras cercanas a ella, como Setia, Cora y Lavinia, para alertar a los habitantes de que tuviesen dispuestos y almacenados suministros en sus ciudades para llevarlos desde los campos de alrededor hasta la línea de marcha. Además, debían reunir las guarniciones en las ciudades para defender sus hogares y que cada municipio cuidara de su propia defensa.

[26,9] Después de cruzar el Volturno, Aníbal fijó su campamento a corta distancia del río y al día siguiente marchó, pasando Cales, hasta territorio sidicino. Dedicó una jornada a devastar la comarca y luego siguió a lo largo de la Vía Latina, atravesando los territorios de Arienzo, Allife y Casino, hasta las murallas de este último lugar. Allí permaneció acampado durante dos días y devastó toda la campiña en derredor. Desde allí marchó, dejando atrás Pignarato Interamna y Aquino, hasta el río Liri, en territorio de Fregellas. Aquí se encontró con que el puente había sido destruido por el pueblo de Fregellas con el fin de retrasar su avance. Fulvio también se había retrasado en el Volturno, debido a que Aníbal había quemado sus naves y, debido a la falta de madera, tuvo muchas dificultades en procurarse balsas para transportar sus tropas. Sin embargo, una vez hubo cruzado, el resto de su marcha fue continua al encontrar un amplio suministro de provisiones esperándole en cada ciudad a la que llegaba, colocado además a los lados de la carretera de cada lugar. También sus hombres, en su afán, se animaban unos a otros para marchar más rápidamente, pues iban a defender sus hogares. Un mensajero, que había viajado desde Fregellas un día y una noche sin parar, provocó gran alarma en Roma, y la excitación fue aumentada por las

gentes que corrían por la Ciudad exagerando las noticias que aquel había traído. El grito de lamento de las matronas se escuchaba por todas partes, no sólo en casas privadas, sino también en los templos. Se arrodillaban en estos y arrastraban sus cabellos despeinados por el suelo, levantando las manos al cielo y lamentándose y suplicando a los dioses para que mantuvieran la Ciudad de Roma lejos de las manos del enemigo y que preservaran a sus madres e hijos de todo daño y ultraje. Los senadores permanecieron en sesión en el Foro con el fin de estar a disposición de los magistrados, por si deseaban consultarles. Algunos recibieron órdenes y marcharon a ejecutarlas, otros ofrecían sus servicios por si podían ser de utilidad en cualquier lugar. Se estacionaron tropas en el Capitolio, sobre las murallas, alrededor de la Ciudad e incluso tan lejos como en el Monte Albano y en la fortaleza de Éfula. En medio de todo este alboroto, llegó noticia de que el procónsul Quinto Fulvio estaba en camino desde Capua con el ejército. Como procónsul, no podía ostentar mando en la Ciudad; por lo tanto, el Senado aprobó un decreto otorgándole poderes consulares. Después de arrasar por completo el territorio de Fregellas, en venganza por la destrucción del puente sobre el Liri, Aníbal continuó su marcha a través de los distritos de Frusinum, Ferentinum y Anagnium, en la vecindad de Labicum. Desde el monte Algido fue a Túsculo, pero no fue admitido y torció a la derecha por debajo de Túsculo hacia Gabios y, aún descendiendo, llevó a la comarca de Pupinia, donde acampó, a unas ocho millas de Roma. Cuanto más se aproximaba, mayor era la carnicería sufrida por los que huían a la Ciudad a manos de los númidas que cabalgaban por delante del cuerpo principal del ejército. Además, muchos de toda edad y condición fueron hechos prisioneros.

[26.10] En medio de esta agitación, Fulvio Flaco entró en Roma con su ejército. Pasó a través de la Puerta Capena y marchó a través de la ciudad, pasando la Carina y el Esquilino, y saliendo de allí se atrincheró en el terreno entre las puertas Colina y Esquilina, donde los ediles plebeyos le suministraron provisiones. Los cónsules, acompañados por el Senado, lo visitaron en su campamento y se celebró un consejo para estudiar qué medidas exigían los supremos intereses de la República. Se decidió que los cónsules deben construir campamentos fortificados en las cercanías de las puertas Colina y Esquilina, que el pretor urbano tomara el mando de la Ciudadela y el Capitolio, y que el Senado debía seguir en sesión permanente en el Foro para el caso de que alguna repentina urgencia lo precisara. Aníbal había trasladado ahora su campamento al río Anio, a una distancia de tres millas de la Ciudad. Desde esta posición, avanzó con un cuerpo de dos mil jinetes hacia la puerta Colina, hasta el templo de Hércules, y desde aquel punto se acercó cuanto pudo y practicó un reconocimiento de las murallas y situación de la Ciudad. Flaco estaba indignado y furioso ante este tranquilo y pausado proceder, y envió alguna caballería con órdenes de eliminar al enemigo y devolverlo de regreso a su campamento. Había por entonces unos mil doscientos desertores númidas estacionados en el Aventino y los cónsules les dieron órdenes para cabalgar a través de la Ciudad, hacia la puerta Esquilina, pues estimaban que nadie estaba más capacitado para combatir entre los huecos y muros de los jardines y sepulcros y por los estrechos caminos que rodeaban aquella parte de la Ciudad. Cuando los que estaban de guardia en la Ciudadela y el Capitolio los vieron bajar al trote por la cuesta Publicia, gritaron que el Aventino había sido tomado. Esto causó tanta confusión y pánico que, de no haber estado el campamento cartaginés fuera de la Ciudad, la población aterrorizada se habría derramado fuera de las puertas. Así las cosas, se refugiaron en las casas y en varios edificios, y viendo a algunos de los suyos caminar por las calles, los tomaban por enemigos y los atacaban con piedras y proyectiles. Resultaba imposible calmar la excitación o rectificar el error, ya que las calles estaban llenas de una multitud de campesinos con su ganado, a quienes el repentino peligro repentino había llevado a la Ciudad. La acción de la caballería fue un éxito y los enemigos fueron expulsados. Se hizo necesario, sin embargo, sofocar los disturbios que, sin la más mínima razón, empezaron a surgir en muchos lugares, y el Senado decidió que todos los que hubieran sido dictadores, cónsules o censores debían ser invertidos con mando militar hasta que el enemigo se hubiera retirado de las murallas. Durante el resto del día y toda la noche, se levantaron muchos de aquellos disturbios y fueron rápidamente reprimidos.

[26.11] Al día siguiente, Aníbal cruzó el río Anio y trasladó todas sus fuerzas al combate; Flaco y los cónsules no rehusaron el desafío. Cuando ambas partes hubieron formado para decidir una batalla en la que Roma sería el premio del vencedor, una tremenda granizada puso a ambos ejércitos en tal desorden que con dificultad sostenían sus armas. Se retiraron a sus respectivos campamentos con tanto temor como sus enemigos. Al día siguiente, cuando los ejércitos habían formado en las mismas posiciones, una tormenta similar los separó. En cada ocasión, después de haberse acogido nuevamente al campamento, el tiempo mejoró de forma extraordinaria. Los cartagineses consideraron aquello como algo sobrenatural, y cuenta la historia que se oyó decir a Aníbal que en una ocasión no se le daba la voluntad, y en otra la oportunidad, de convertirse en el dueño de Roma. Sus esperanzas se vieron también aminoradas por dos incidentes, uno de cierta importancia y el otro no tanto. El más importante fue que recibió informes de que mientras él permanecía en armas cerca de las murallas de Roma, había partido una fuerza completamente equipada, bajo sus estandartes, para reforzar al ejército de Hispania. El otro incidente, que conoció por un prisionero, fue la venta en subasta del lugar en que había asentado su campamento y el hecho de que, a pesar de que él lo ocupaba, no hubo rebaja en el precio. Que se hubiera encontrado a alguien en Roma para comprar el terreno que el poseía como botín de guerra, pareció a Aníbal una muestra tal de insultante arrogancia que instantáneamente hizo pregonar la venta en subasta de las tiendas de plata que rodeaban el Foro de Roma.

Estos incidentes condujeron a su retirada de Roma, y se marchó hasta tan lejos como el río Tutia, distante seis millas de la Ciudad. De allí marcharon hacia el bosque de Feronia, cuyo templo era célebre en aquellos días por su riqueza. El pueblo de Capena, y el de otras ciudades de alrededor, solía llevar sus primicias y otras ofrendar, según su capacidad, y lo habían embellecido además con una considerable cantidad de oro y plata. El templo, entonces, quedó despojado de todos sus tesoros. Se encontraron allí grandes montones de metal, en los que los soldados, perseguidos por los remordimientos, habían arrojado grandes piezas de bronce sin acuñar después de la partida de Aníbal. Todos los autores coinciden respecto al saqueo de este templo. Celio nos cuenta que Aníbal desvió su marcha hacia él mientras iba desde Crotona a Roma, tras partir de Rieti y Civitatomassa pasando por Amiterno. Según este autor, a la salida de Capua, Aníbal entró en el Samnio y de allí pasa a la Pelignia; luego, marchando más allá de la ciudad de Celano, cruzó las fronteras de los marrucinos y avanzó luego a través de territorio albano hasta el país de los marsios, y desde allí hasta Amiterno y la aldea de Foruli. No hay duda en cuanto a la ruta que tomó, pues las huellas de tan gran general y su enorme ejército no se habrían desvanecido en tan corto espacio de tiempo; el único punto en discusión es si ésta es la ruta que siguió al marchar hacia Roma o al regresar a la Campania.

[26.12] La energía con que los romanos apretaron el sitio de Capua fue mucho mayor que la que Aníbal exhibió en su defensa, pues este marchó a toda prisa, atravesando el Samnio y la Apulia, y de la Lucania hacia el Brucio, con la esperanza de sorprender Reggio. Aunque el sitio no se relajó en absoluto durante la ausencia de Flaco, su vuelta marcó una sensible diferencia en la dirección de las operaciones y resultó una sorpresa para todos que Aníbal no hubiera vuelto al mismo tiempo. Los campanos comprendieron poco a poco, mediante sus conversaciones con los sitiadores, que les habían abandonado a sus propios medios y que los cartagineses habían abandonado toda esperanza de salvar Capua. De acuerdo con una resolución del Senado, el procónsul emitió un edicto, que fue publicado en la Ciudad, por el que sería amnistiado cualquier ciudadano de Campania que se uniera a los romanos antes de cierto día. Ni un solo hombre desertó; su miedo les impedía confiar en los romanos, pues durante su revuelta habían cometido crímenes demasiado grandes como para albergar cualquier esperanza de perdón. Pero aunque nadie miraba por su propia seguridad entregándose al enemigo, nada se disponía en pro de la seguridad pública. La nobleza había

abandonado sus funciones públicas; era imposible lograr juntarlos para celebrar una reunión del Senado. La suprema magistratura era ostentada por un hombre que no honraba su cargo; por el contrario, su incapacidad la privaba de su autoridad y poder. Ninguno de los nobles era visto por el foro, ni siquiera en algún lugar público; se encerraron en sus casas esperando la caída de su patria y su propia destrucción. Toda la responsabilidad se dejó en manos de los comandantes de la guarnición púnica, Bóstar y Hanón, que estaban mucho más preocupados por su propia seguridad que por la de sus partidarios en la ciudad. Se preparó una carta con el propósito de remitirla a Aníbal, en la que se le acusaba tan acerba como sinceramente de la rendición de Capua en manos del enemigo y la exposición de su guarnición a toda clase de torturas. Se había marchado al Brucio y quitado de en medio para no contemplar cómo Capua era capturada ante sus ojos; ¡por Hércules!, no pudieron retirar a los romanos del asedio de Capua ni siquiera ante la amenaza de atacar su Ciudad; mucha más determinación habían mostrado los romanos como enemigos que los cartagineses como amigos. Si Aníbal volviera a Capua y cambiara todo el rumbo de la guerra en esa dirección, entonces la guarnición estaría dispuesta para lanzar un ataque contra los sitiadores. No había cruzado los Alpes para hacer la guerra contra Regio o Tarento; donde estuvieran las legiones de Roma, ahí debían estar los ejércitos de Cartago. Así fue como había vencido en Cannas y en el Trasimeno, enfrentando al enemigo cara a cara, ejército contra ejército y probando su fortuna en la batalla.

Este era el contenido principal de la carta, que fue entregada a algunos númidas que se habían comprometido a llevarla bajo la promesa de una recompensa. Habían llegado al campamento de Flaco como desertores, con la intención de aprovechar una oportunidad favorable para desaparecer, con la muy buena excusa para desertar del largo sufrimiento por hambre en Capua. Sin embargo, una mujer campana, la amante de uno de estos desertores, apareció de repente en el campamento e informó al comandante romano de que los númidas habían llegado como parte de un plan preestablecido y que, en realidad, llevaban una carta para Aníbal, así como que ella estaba dispuesta a demostrarlo, pues uno de ellos le había revelado el asunto. Cuando este hombre fue llevado ante ella, negó inicialmente conocer a la mujer; pero poco a poco cedió ante la verdad, especialmente cuando vio qué instrumentos de tortura habían enviado y estaban disponiendo, y finalmente hizo una confesión completa. El despacho fue descubierto y salieron a la luz otras evidencias, como el descubrirse que bastantes otros númidas estaban también en el campamento romano bajo la apariencia de desertores. Más de setenta de ellos fueron detenidos y junto con los recién llegados fueron todos azotados, sus manos cortadas y después enviados de vuelta a Capua. La vista de este terrible castigo quebró el espíritu de los campanos.

[26.13] El pueblo se dirigió en bloque a la curia e insistió en que Lesio convocase al Senado. Estos amenazaron abiertamente a los nobles, que durante tanto tiempo se habían abstenido de ir al Senado, con ir por sus casas y sacarlos a la fuerza a la calle. Estas amenazas terminaron en una reunión en pleno del Senado. La opinión general estaba a favor de enviar una delegación al comandante romano, pero Vibio Virrio, el principal responsable de la revuelta contra Roma, al serle pedida su opinión, dijo a quienes hablaban de delegaciones y de términos de paz y rendición, que se estaban olvidando de lo que habrían hecho de haber sido ellos quienes tuvieran a los romanos en su poder, o de lo que, en las actuales circunstancias, tendrían que sufrir. *¿Pues qué?*, exclamó, *¿os imagináis que rendirnos ahora será como si nos hubiésemos rendido en los viejos tiempos, cuando para obtener ayuda contra los samnitas nos entregamos con todas nuestras pertenencias a Roma? ¿Ya habéis olvidado en cuán crítico momento para Roma nos rebelamos contra ella? ¿Cómo ejecutamos, con indignas torturas, a la guarnición que fácilmente podríamos haber expulsado? ¿Cuán numerosas y desesperadas salidas hemos efectuado contra nuestros asediadores, cómo hemos asaltado sus líneas y llamado a Aníbal para aplastarlos? ¿Habéis olvidado este último acto nuestro, cuando le enviamos a atacar Roma?*

Mirad ahora al otro bando, considerad su terca hostilidad contra nosotros y mirad si podéis

esperar algo. Aún habiendo sobre suelo italiano un enemigo extranjero, y siendo Aníbal ese enemigo, aunque las llamas de la guerra flameaban por todas partes, se olvidaron de todo y hasta del mismo Aníbal, y enviaron a ambos cónsules, cada uno con un ejército, contra Capua. Desde hace ya dos años nos han encerrado con sus líneas de asedio y nos desgastan mediante el hambre. Han sufrido tanto como nosotros los extremos del peligro y los trabajos más penosos; a menudo han muerto alrededor de sus trincheras y con frecuencia han sido expulsados de ellas. Pero pasaré por encima de tales cosas; los trabajos y peligros de un asedio son una vieja y común experiencia. Sin embargo, para demostraros su ira y su implacable odio contra nosotros, os recordaré estos ejemplos: Aníbal asaltó sus líneas con una enorme fuerza de infantería y caballería, y los capturó en parte, pero no levantaron el sitio; cruzó el Volturno e incendió los campos de Calvi; los sufrimientos de sus aliados no detuvieron a los romanos; ordenó un avance general contra Roma e hicieron caso omiso del amenazados asalto; cruzó el Anio y acampó a tres millas de la Ciudad, cabalgó finalmente hasta sus murallas y puertas e hizo cuanto si fuese a tomarles la Ciudad si no cedían en torno a Capua; y no aflojaron la presión. Cuando las bestias salvajes están locas de rabia aún podéis desviar su ciega furia acercándoos a sus guaridas, pues se apresuran a defender sus crías. Los romanos no se desviaron de Capua ni ante la perspectiva de ver si Ciudad asediada, ni por los aterrorizados gritos de sus esposas e hijos, que casi se podían oír aquí, ni por la amenaza de profanación de sus hogares y altares, o de los templos de sus dioses o las tumbas de sus antepasados. Tan ansiosos están por castigarnos, tan ávidos y sedientos están de nuestra sangre. Y quizás con razón; pues habríamos obrado igual de habérsenos ofrecido la misma suerte.

Los cielos, sin embargo, han dispuesto lo contrario; y así, aunque estoy obligado a enfrentar mi muerte, puedo, mientras soy aún libre, escapar a los insultos y las torturas que el enemigo me prepara, puedo disponer para mí una paz tan serena como honorable. Me niego a contemplar a Apio Claudio y a Quinto Fulvio, exultantes con toda la insolencia de la victoria; me niego a ser arrastrado encadenado por las calles de Roma para adornar su triunfo, y ser puesto luego en la mazmorra o atado a una estaca, con mi espalda expuesta al látigo o situado bajo el hacha del verdugo. No voy a ver mi ciudad saqueada y quemada, ni violadas y ultrajadas a las matronas, doncellas y nobles jóvenes de Capua. Alba, la ciudad madre de Roma, fue arrasada por los romanos hasta sus cimientos para que no quedase memoria de su origen ni pudiera sobrevivir rastro de su origen; mucho menos puedo creer que lo escatimarán para con Capua, a la que odian aún más acerbamente que a Cartago. Así pues, para aquellos de vosotros que pretendáis enfrentar vuestro destino sin ser testigos de tales horrores, he dispuesto hoy un banquete en mi casa. Cuando os hayáis hartado de comida y de vino, la misma copa que se me ofrezca se hará circular entre vosotros. Ese trago librará a nuestros cuerpos de la tortura y a nuestros espíritus de la injuria, a nuestros ojos y oídos de ver y escuchar todo el sufrimiento y el ultraje que espera a los vencidos. Habrá hombres dispuestos para colocar nuestros cuerpos exánimes en una gran pira que se encenderá en el patio de la casa. Este es el único camino hacia la muerte que resulta honorable y digno de hombres libres. Hasta el enemigo admirará nuestro valor, y Aníbal sabrá que los aliados a quienes ha abandonado y traicionado era, después de todo, hombres valientes.

[26.14] Este discurso de Virrio fue recibido con aprobación por muchos que luego no tuvieron el valor de llevar a término lo que aprobaban. La mayoría de los senadores no carecían de esperanza en poder obtener la clemencia del pueblo romano, que ya en anteriores guerras se les había concedido, por lo que determinaron enviar emisarios para efectuar una rendición formal de Capua. Unos veintisiete estuvieron con Virrio en su casa y en su banquete. Cuando hubieron abotargado lo bastante, mediante el vino, sus ánimos contra el impulso de evitar el mal, compartieron todos la copa envenenada. Se levantaron entonces de la mesa, entrelazaron sus manos y se dieron unos a otros un último abrazo, llorando por su destino y el de su patria. Algunos se quedaron para poder ser incinerados juntos en la misma pira funeraria, otros partieron hacia sus hogares. La congestión de las venas, causada por la comida y el vino que habían tomado, hizo la acción del veneno un tanto

lenta; la mayoría siguió vivo toda la noche y parte del día siguiente. Todos, sin embargo, expiraron antes de que se abrieran las puertas al enemigo. Al día siguiente, la puerta llamada "Puerta de Júpiter", frente al campamento romano, fue abierta por orden del procónsul. Una legión entró por ella, así como dos escuadrones de caballería aliada, con Cayo Fulvio al mando. Se preocupó, en primer lugar, de que se llevaran ante él todas las armas de guerra de Capua; después, tras situar guardias en las puertas para impedir cualquier salida o huida, arrestó a la guarnición púnica y ordenó al Senado que se presentara ante los comandantes romanos. A su llegada al campamento fueron encadenados, y se ordenó que todo el oro y la plata que poseían se llevara ante los cuestores. Estos equivalieron a dos mil setenta y dos libras de oro y treinta y un mil libras de plata. Veinticinco senadores fueron enviados para quedar bajo custodia en Calvi y veintiocho, que se demostró fueron los principales instrumentos para lograr la revuelta, fueron enviados a Teano.

[26.15] En cuanto a las penas que debían ser impuestas a los senadores de Capua, Claudio y Fulvio no se mostraron en absoluto de acuerdo. Claudio estaba dispuesto a concederles el indulto, Fulvio era partidario de una línea mucho más dura. Apio Claudio quería remitir la cuestión al Senado en Roma. Sostenía que era más que justo que los senadores tuviesen oportunidad de investigar todas las circunstancias y averiguar si los campanos habían actuado de común acuerdo con alguno de los aliados de derecho latino u otros municipios, o si habían recibido ayuda en la guerra de alguno de ellos. Fulvio, por su parte, declaraba que lo último que debían hacer era acechar a sus fieles aliados con acusaciones vagas y ponerlos a merced de informadores a los que les era completamente indiferente lo que dijeran o hicieran. Por lo tanto, se debía impedir tal investigación. Después de este intercambio de puntos de vista se separaron; Apio no tenía ninguna duda de que, a pesar del duro lenguaje de su compañero, en un asunto tan importante esperaría instrucciones de Roma. Fulvio, decidido a barrer cualquier obstáculo a sus designios, desestimó el consejo y ordenó a los tribunos militares y a los prefectos de los aliados que escogieran dos mil jinetes y les advirtieran que estuviesen dispuestos cuando sonase la tercera guardia. Partiendo con esta fuerza durante la noche, llegó a Teano al amanecer y se dirigió directamente al foro. Una multitud se había reunido ante la entrada de los primeros jinetes y Fulvio ordenó que se convocara al magistrado sidicino; al aparecer este, le ordenó que presentara a los campanos que estaban bajo su custodia. Todos fueron conducidos ante él, azotados con varas y luego decapitados con el hacha. A continuación, picando espuelas a su caballo, cabalgó hasta Calvi. Cuando hubo tomado asiento en el tribunal y los campanos que habían sido conducidos hasta allí estaban siendo atados al palo, llegó un mensajero a galope desde Roma y entregó a Fulvio un despacho del pretor Cayo Calpurnio que contenía un decreto del Senado. Los espectadores adivinaban la naturaleza del contenido y quienes estaban alrededor del tribunal expresaban su creencia -una creencia que pronto se vería expresada a través de la asamblea- de que todo el asunto del trato de los prisioneros campanos debía dejarse al Senado. Fulvio pensaba lo mismo; tomó la carta y, sin abrirla, la colocó en su pecho y luego ordenó a su heraldo que dijera al lictor que se cumpliera la ley. Así pues, también los que estaban en Calvi fueron ejecutados. Entonces leyó el despacho y el decreto del Senado. Pero ya era demasiado tarde para impedir un hecho consumado, que se había ejecutado apresuradamente y con la mayor premura posible, precisamente para que no se pudiese impedir. Justo cuando Fulvio abandonaba el tribunal, un campano llamado Táurea Vibelio irrumpió por en medio de la multitud y se dirigió a él por su nombre. Fulvio volvió a sentarse, preguntándose qué querría aquel hombre. *Ordena que también yo*, exclamó, *sea condenado a muerte, para que puedas presumir de haber provocado la muerte de un hombre más valiente que tú*. Fulvio declaró que aquel hombre estaba sin duda mal de la cabeza, y agregó que, incluso si quisiera matarlo, se veía impedido de hacerlo por el decreto del Senado. Entonces exclamó Vibelio: *Ahora que ha sido tomada mi ciudad natal, perdidos mis amigos y familiares, muertos por mi propia mano mi mujer e hijos para librarlos de la humillación y el ultraje, e incluso sin oportunidad de morir como han muerto mis compatriotas, buscaré el valor para liberarme de una vida que se me ha vuelto tan odiosa*. Con estas palabras, sacó un cuchillo

que había escondido en sus ropas, y clavándolo en su corazón cayó muerto a los pies del comandante.

[26.16] Como la ejecución de los campanos, y la mayoría del resto de medidas, se efectuaron por orden únicamente de Fulvio, algunos autores aseveran que Apio Claudio murió inmediatamente después de la rendición de Capua. Según este relato, Táurea no vino voluntariamente a Calvi, ni murió por su propia mano; cuando hubo sido atado al palo junto a los demás, gritó repetidamente y como, a causa del ruido, no se podía oír lo que decía, Fulvio ordenó silencio. Luego Táurea dijo, como ya he relacionado, que estaba siendo condenado a muerte por un hombre que estaba lejos de ser su igual en valor. Al oír estas palabras, el pregonero, por orden del procónsul, ordenó lo siguiente al lictor: *Lictor, que este hombre valiente tenga la mayor parte de la vara y que se ejecute la ley sobre él en primer lugar.* Algunos autores afirman que el decreto del Senado fue leído antes de que fueron decapitados, pero que contenía una cláusula en el sentido de que si él lo consideraba conveniente, podría remitir el asunto al Senado, y Fulvio tomó esto en el sentido de que tenía libertad para decidir sobre cuál sería el mejor interés de la república. Después de haber regresado Fulvio a Capua, recibió la sumisión de Atella y Calacia. También en este caso fueron castigados los cabecillas de la rebelión; setenta de los principales senadores fueron condenados a muerte y trescientos nobles campanos fueron encarcelados. Otros, que habían sido repartidos entre las distintas ciudades latinas, perecieron por diversos motivos; el resto de la población de Capua fue vendida como esclavos. La cuestión ahora era qué se iba a hacer con la ciudad y su territorio. Algunos eran de la opinión de que una ciudad tan fuerte, tan próxima a Roma y tan hostil a ella, debía ser destruida. Sin embargo, prevalecieron las consideraciones prácticas. La ciudad se salvó por la sola razón de estar unánimemente considerado su territorio como el más fértil de Italia, para que los campesinos tuviesen allí un lugar donde vivir. Se indicó a una abigarrada multitud de campesinos, libertos y pequeños comerciantes que ocupasen el lugar; todo el territorio, junto con las edificaciones que contenía, pasó a ser propiedad del Estado romano. Se estableció que Capua, en sí misma, debería ser un simple alojamiento y refugio, ciudad nada más que en el nombre; no habría cuerpo político, no habría senado, ni asamblea de la plebe, ni magistrados; la población no tendría derecho alguno de reunión pública ni de mando militar; no poseerían intereses comunes ni podrían tomar ninguna acción conjunta. La administración de justicia estaría en manos de un prefecto, que sería enviado anualmente desde Roma. De esta manera quedaron organizados los asuntos de Capua, aplicando una política digna de consideración desde cualquier punto de vista. Se castigó con firmeza y rapidez a los principales culpables, se dispersó a la población civil a lo largo y a lo ancho y sin esperanza de retorno; las inofensivas murallas y casas quedaron a salvo de los estragos del fuego y la demolición. La preservación de la ciudad, siendo una evidente ventaja práctica para Roma, ofreció a las comunidades amigas una prueba contundente de su lenidad; toda la Campania y las naciones circundantes habrían quedado horrorizadas ante la destrucción de tan famosa y rica ciudad. El enemigo, por otra parte, fue obligado a ser consciente del poder de Roma para castigar a quienes le fueran infieles, así como de la impotencia de Aníbal para proteger a quienes se habían pasado a él.

[26,17] Una vez que el Senado quedó aliviado de su inquietud sobre Capua, pudo volver su atención a Hispania. Se puso a disposición de Nerón una fuerza de seis mil infantes y trescientos jinetes, que éste escogió de entre dos legiones que tenía con él en Capua; un mismo número de infantes y seiscientos jinetes fueron proporcionados por los aliados. Este embarcó a su ejército en Pozzuoli y desembarcó en Tarragona. Una vez aquí, llevó sus barcos a tierra y proporcionó armas a sus tripulaciones, aumentando así sus fuerzas. Con esta fuerza combinada, marchó hacia el Ebro y se hizo cargo allí del ejército de Tiberio Fonteyo y Lucio Marcio. A continuación, avanzó contra el enemigo. Asdrúbal, el hijo de Amílcar, estaba acampado en Piedras Negras. Este es un lugar en el país ausetano, entre las ciudades de Iliturgis y Mentissa. Nerón ocupó las dos salidas del paso.

Asdrúbal, al verse encerrado, envió un mensajero para prometer en su nombre que sacaría todo su ejército de Hispania si se le permitía abandonar su posición. Al general romano le complació aceptar la oferta y Asdrúbal pidió una entrevista para el día siguiente. En esta conferencia pondrían por escrito las condiciones bajo las que se entregarían las ciudadelas de varias poblaciones, y la fecha en las que se retirarían las guarniciones, en el entendimiento de que podrían llevar consigo todas sus pertenencias.

Su petición fue concedida, y Asdrúbal ordenó a la parte más fuertemente armada de su ejército que abandonara el desfiladero lo mejor que pudiera en cuando cayera la oscuridad. Se cuidó de no salieran muchos aquella noche, pues un grupo pequeño haría menos ruido y podría escapar mejor a la detección. También les resultaría más fácil abrirse camino entre los estrechos y difíciles caminos. Al día siguiente acudió a la cita, pero perdió tanto tiempo discutiendo y escribiendo cantidad de cosas que nada tenían que ver con los asuntos que habían acordado discutir, que se perdió todo el día y se dio por clausurada la conferencia hasta el otro día. Así se le ofreció otra oportunidad para sacar otro nuevo grupo de tropas durante la noche. La discusión no finalizó al día siguiente y así, sucesivamente durante varios días, estuvieron ocupados en la discusión de los términos mientras los cartagineses salían secretamente de su campamento por la noche. Cuando hubo escapado la mayor parte del ejército, Asdrúbal no mantuvo más las condiciones que él mismo había propuesto, disminuyendo cada vez más su deseo sincero de llegar a un acuerdo en tanto disminuían sus temores. Casi toda la fuerza de infantería había ya salido del desfiladero cuando, al amanecer, una densa niebla cubrió el valle y toda la comarca circundante. Tan pronto Asdrúbal tomó conciencia de esto, le envió un mensaje a Nerón solicitando que se postergara la entrevista de aquel día, por ser uno en que su religión prohibía a los cartagineses tratar ningún asunto importante. Ni siquiera esto despertó sospecha alguna de engaño. Al enterarse de que se le excusaba por aquel día, Asdrúbal dejó rápidamente su campamento con la caballería y los elefantes y, manteniendo ocultos sus movimientos, partió a una posición segura. Hacia la hora cuarta, el sol dispersó la bruma y los romanos vieron que el campamento enemigo estaba desierto. Entonces, reconociendo finalmente el engaño cometido por los cartagineses y cómo le habían burlado, Nerón se dispuso rápidamente a seguirlo y forzarlo a un enfrentamiento. El enemigo, sin embargo, declinó la batalla; sólo se produjeron algunas escaramuzas entre la retaguardia cartaginesa y la vanguardia romana.

[26,18] Las tribus hispanas que se habían rebelado después de la derrota de los dos Escipiones no mostraron señales de regresar a su lealtad; no se produjeron, tampoco, nuevas deserciones en su favor. Tras la recuperación de Capua, la atención de todos, Senado y pueblo, se centró en Hispania tanto como en Italia; y se decidió que el ejército que allí servía se debía incrementar y se debía nombrar un comandante en jefe. Hubo, sin embargo, una gran incertidumbre en cuanto a quién se debía nombrar. Dos consumados generales habían caído en un lapso de treinta días, y la elección de un hombre que ocupase su puesto exigía un cuidado excepcional. Fueron propuestos varios nombres y, al final, se acordó que se dejase la cuestión al pueblo y que este eligiese formalmente un procónsul para Hispania. Los cónsules establecieron un día para la elección. Tenían la esperanza de que aquellos que se considerasen lo bastante cualificados para aquel mando se presentaran candidatos. Quedaron, sin embargo, decepcionados, y la decepción renovó el pesar del pueblo, pues recordaron las derrotas sufridas y a los generales perdidos. Los ciudadanos estaban deprimidos, casi desesperados y, no obstante, acudieron al Campo de Marte el día fijado para la elección. Todos volvieron sus ojos a los magistrados y observaban la expresión de los líderes de la república, que parecían interrogarse unos a otros. Por todas partes comentaban los hombres que el Estado estaba en condición tan desesperada que nadie osaba aceptar el mando en Hispana. De repente, Publio Cornelio Escipión, el hijo del Escipión caído en Hispania, hombre joven de apenas veinticuatro años, se aupó sobre una ligera prominencia desde la que podía ser visto y oído, y se anunció como candidato. Todas las miradas se volvieron hacia él, y los aplausos de alegría con que se recibió su anuncio fueron enseguida interpretados como un presagio de su futura fortuna y éxito. Al proceder a

votar, no solo las centurias, sino también los votantes individuales fueron unánimes al favorecer a aquel hombre y confiar a Publio Escipión el mando supremo en Hispania. Así pues, cuando se había decidido la votación y su entusiasmo tuvo tiempo de enfriarse, se produjo un repentino silencio al empezar el pueblo a considerar lo que había hecho, y al preguntarse si su cariño personal hacia él no había sido lo mejor a la hora de emitir su juicio. Lo que más les preocupaba era su juventud. Algunos, también, recordaban con temor la suerte que había corrido su casa y consideraban un presagio siniestro que saliera de aquellas casas enlutadas un hombre que llevaba el mismo nombre que los caídos, para dirigir una campaña cerca de las tumbas de su tío y su padre.

[26.19] Al ver cómo el paso que habían dado tan impetuosamente los llenaba ahora de inquietud, Escipión reunió a los votantes y les habló acerca de su edad, del mando que le habían confiado y de la guerra que había de conducir. Fueron tan nobles y brillantes sus palabras que provocó nuevamente su entusiasmo y les inspiró una confianza más esperanzada de la que suele provocar la fe en las promesas de los hombres o las previsiones razonables de éxito. Escipión se ganó la admiración del pueblo no solo por las excelentes cualidades que poseía, sino también por su habilidad mostrarlas, habilidad que había desarrollado desde su juventud. Durante su vida pública, hablaba y actuaba generalmente como si estuviera guiado por visiones nocturnas o por alguna inspiración divina, fuera así que estaba realmente abierto a la influencia de las supersticiones o bien que requiriera la sanción oracular para sus órdenes y consejos, con el fin de garantizar su pronta ejecución. Trató de producir esta impresión en la mente de los hombres desde el principio, desde el día en que asumió la toga viril, pues nunca llevó a cabo un negocio importante, fuera público o privado, sin ir primero al Capitolio, donde se sentaba un rato en el templo, en privado y a solas. Esta costumbre, que mantuvo durante toda su vida, dio lugar a la creencia generalizada, fuera intencionadamente por su parte o no, de que era de origen divino, y se contó de él la historia que se relaciona habitualmente con Alejandro Magno, historia tan necia como fabulosa, que de fue engendrado por una enorme serpiente que había sido vista a menudo en el dormitorio de su madre pero que, ante la aproximación de cualquiera, súbitamente se desencogía y desaparecía. La creencia en estas maravillas nunca fue defraudada por él; por el contrario, se fortalecía por su política deliberada de rehusar negar o admitir que hubiera ocurrido algo de aquello. Había muchos otros rasgos en el carácter de este joven, algunos de los cuales eran auténticos y otros el resultado de acciones deliberadas, que provocaron una mayor admiración hacia él de la que generalmente caen en suerte a un hombre.

Fue la confianza con la que de aquel modo inspiró a sus conciudadanos, la que les llevó a confiarle, joven como era, una tarea de enorme dificultad y un mando que implicaba la mayor de las responsabilidades. A las fuerzas del antiguo ejército de Hispania, y a las que zarparon de Pozzuoli con Cayo Nerón, se las reforzó aún más con diez mil infantes y mil jinetes. Marco Junio Silano fue nombrado propretor y ayudante. Zarpando desde la desembocadura del Tíber con una flota de treinta barcos, todos quinquerremes, navegó a lo largo de la costa etrusca, los Alpes y el Golfo de la Galia, y después de rodear el promontorio Pirenaico llegó a Ampurias, una ciudad griega fundada por colonos de Focea. Desembarcó aquí sus tropas y se dirigió por tierra a Tarragona, dando órdenes para que su flota les siguiera. En Tarragona se encontró con las delegaciones que habían enviado todas las tribus amigas en cuanto supieron de su venida. Los barcos fueron llevados a tierra, y los cuatro trirremes marselleses, que le habían escoltado en signo de respeto, fueron enviados a casa. Las delegaciones información a Escipión de la inquietud entre sus tribus, provocada por la variable fortuna de la guerra. Él replicó con un tono audaz y seguro, pleno de confianza en sí mismo, pero sin dejar que escaparan expresiones de arrogancia ni de presunción; todo cuanto dijo estuvo marcado por una perfecta dignidad y sinceridad.

[26,20] Tarragona era ahora su cuartel general. Desde allí realizó visitas a las tribus amigas y también inspeccionó los cuarteles de invierno del ejército. Les elogió calurosamente por haber

mantenido la provincia bajo su control tras sufrir dos golpes tan terribles, y también por mantener al enemigo al sur del Ebro, privándolo así de la ventaja de sus victorias y ofreciendo además protección a sus propios aliados. Marcio, a quien mantuvo consigo, fue tratado con tantos honores que quedó completamente claro que Escipión no mantenía el menor temor de que su reputación pudiera ser atenuada por nadie. Poco después Silano sucedió a y las nuevas tropas fueron enviadas a los cuarteles de invierno. Después de efectuar todas las visitas e inspecciones precisas y completar los preparativos para la siguiente campaña, Escipión regresó a Tarragona. Su fama era tan grande entre el enemigo como entre sus propios compatriotas y aliados; existía entre los primeros como un presentimiento, una vaga sensación de miedo que era tanto más fuerte cuanto que no existía razón a la que achacarla. Los ejércitos cartagineses se retiraron a sus respectivos cuarteles de invierno: Asdrúbal, el hijo de Giscón, a Gades, en la costa, Magón en el interior, más allá de los desfiladeros de Cazlona, y Asdrúbal, el hijo de Amílcar, cerca del Ebro en las cercanías de Sagunto. Este verano, marcado por dos acontecimientos importantes, la recuperación de Capua y el envío de Escipión a Hispania, estaba llegando a su fin cuando una flota cartaginesa fue enviada desde Sicilia a Tarento para interceptar los suministros de la guarnición romana en la ciudadela. Ciertamente logró bloquear todos los accesos a la ciudadela desde el mar, pero cuanto más tiempo permanecía mayor era la escasez entre los habitantes en comparación con la de los romanos de la ciudadela. Porque aunque la costa permanecía limpia y el libre acceso a la bahía estaba controlado por la flota cartaginesa, era imposible hacer llegar a la población de la ciudad tanto grano como el que ya era consumido por la multitud de marineros y tripulantes de toda raza a bordo de la flota. La guarnición de la ciudadela, por otra parte, al ser solo unos pocos, pudieron subsistir con lo que ya habían almacenado, sin ningún suministro exterior. Por fin, se retiraron los buques y su salida fue recibida con más alegría que la mostrada a su llegada. Pero la escasez no se redujo en lo más mínimo pues, en cuanto se retiró su protección, no pudo llegar grano en absoluto.

[26.21] A finales de este verano, Marco Marcelo partió de Sicilia para Roma. A su llegada a la ciudad, por mediación del pretor Cayo Calpurnio, se le concedió una audiencia del Senado en el Templo de Bellona. Tras rendir informe de su campaña y protestar suavemente en nombre de sus soldados, y no tanto por sí mismo, por no habérsele permitido llevarles a casa, aunque había pacificado completamente la provincia, solicitó que se le permitiera entrar en la Ciudad en triunfo. Después de un largo debate su petición fue denegada. Por un lado, se decía, era más inadecuado negarle un triunfo ahora que estaba allí, después del modo en que se habían recibido las nuevas de sus éxitos en Sicilia, ordenando en su nombre una acción de gracias y un sacrificio a los dioses inmortales cuando todavía permanecía en su provincia. Contra esto se alegó que el Senado le había ordenado entregar su ejército a su sucesor, lo que era prueba de que todavía existía el estado de guerra en la provincia, y no debía disfrutar de un triunfo al no haber dado término a la guerra ni estar presente su ejército para atestiguar si merecía o no un triunfo. Se decidió una solución intermedia y se le concedió una ovación. Los tribunos de la plebe fueron autorizados por el Senado a proponer, como una ordenanza, al pueblo que el día que entrase en la Ciudad en ovación, Marco Marcelo conservase su mando.

El día anterior a este, Marcelo celebró su triunfo en el Monte Albano. Desde allí marchó a la Ciudad en ovación. Ante él fue transportada una enorme cantidad de despojos, junto a una representación de Siracusa en el momento de su captura. Catapultas, ballestas y todas las máquinas de guerra tomadas en la ciudad fueron exhibidas en la procesión, así como las obras de arte acumuladas durante un largo periodo de paz y en el tesoro real. Estas incluían una serie de artículos en plata y bronce, muebles, costosas prendas de vestir y muchas estatuas famosas con las que Siracusa, al igual que todas las principales ciudades de Grecia, se había adornado. Para significar sus victorias sobre los cartagineses, se llevaron en procesión ocho elefantes. No resultó la menos notable del espectáculo la visión de Sosis de Siracusa y Mérico de Hispania, que marchaban al frente llevando coronas de oro. El primero había guiado la penetración nocturna en Siracusa y el

último había sido el agente de la entrega de Nasos y su guarnición. Cada uno de estos hombres recibió la plena ciudadanía romana y quinientas yugadas de tierra. Sosis fue a obtener su asignación en aquella parte del territorio siracusano que había pertenecido al rey o a aquellos que habían tomado las armas contra Roma, y se le permitió escoger cualquier casa de Siracusa que hubiera sido propiedad de aquellos que habían sido condenados a muerte bajo las leyes de la guerra. Se dio también orden para que a Mérico y a los hispanos se le asignara una ciudad y tierras en Sicilia de las pertenecientes a los que se habían rebelado contra Roma. Marco Cornelio fue el encargado de seleccionar la ciudad y el territorio destinado a ellos, donde mejor le pareciera, y se decretó regalar cuatrocientas yugadas a Belígeno, por cuya mediación se indujo a Mérico a cambiar de bando. Después de la partida de Marcelo de Sicilia, una flota cartaginesa desembarcó una fuerza de ocho mil infantes y tres mil jinetes númidas. Se les unieron las ciudades de Morgantina y Ergetium, y su ejemplo fue seguido por Hybla, Macella y algunos otros lugares menos importantes. Mutines y sus númidas se dedicaron también al saqueo por toda la isla y a devastar mediante el fuego los campos de los aliados de Roma. Para incrementar estos problemas, el ejército romano se dolía amargamente por no haber sido retirado de la provincia con su comandante y que no se les permitiera invernar en las ciudades. En consecuencia, fueron muy negligentes en sus deberes militares; de hecho, fue solo la ausencia de un líder lo que impidió que se declarasen en rebelión abierta. A pesar de estas dificultades, el pretor Marco Cornelio logró, mediante premios y castigos, calmar la ira de sus hombres y luego reducir a sumisión todas las ciudades sublevadas. En cumplimiento de las órdenes del Senado eligió Morgantina, una de aquellas ciudades, para asentar a Mérico y a sus hispanos.

[26,22] Como ambos cónsules tenían asignada Apulia como provincia, y como había menos peligro por parte de Aníbal y sus cartagineses, recibieron instrucciones para repartirse Apulia y Macedonia. Macedonia correspondió a Sulpicio, que sustituyó a Levino. Fulvio fue llamado para celebrar en Roma las elecciones consulares. La centuria veturiana de jóvenes fue la primera en votar, y se declararon a favor de Tito Manlio Torcuato y Tito Otacilio, estando ausente este último de Roma. Los votantes comenzaron a apretarse alrededor de Manlio para felicitarlo, considerando su elección como hecha, aunque él marchó de inmediato, rodeado por una gran multitud, hasta la tribuna del cónsul y rogó que se le permitiera hacer un breve discurso, solicitando también que se volviera a convocar a la centuria que había votado. Cuando tuvo a todos al máximo de expectación, esperando saber lo que quería, empezó excusándose del cargo por una enfermedad de la vista. *Un hombre debe tener cierto sentido de la vergüenza*, continuó, *sea piloto de un barco o comandante de un ejército, quien pide que la vida y la suerte de los demás le sea confiada, no puede depender en todo lo que haga de los ojos de otras personas. Por tanto, si lo apruebas, ordena que la centuria de jóvenes veturianos emita nuevamente su voto y que recuerde, mientras eligen a sus cónsules, la guerra en Italia y la crítica posición de la república. Puede que vuestros oídos apenas se hayan recuperado de la conmoción y confusión provocada por el enemigo hace pocos meses, cuando trajo las llamas de la guerra casi hasta las mismas murallas de Roma*. La centuria replicó con un grito unánime que no habían cambiado de opinión y que votarían como antes. A esto dijo Torcuato: *Ni toleraré vuestros modales y conducta, ni someteréis mi autoridad. Regresad y votad de nuevo, y tener presente que los cartagineses hacen la guerra en Italia y que su jefe es Aníbal*. A continuación, la centuria, influida por la autoridad personal del orador y por los murmullos de admiración que oyeron a su alrededor, le pidió al cónsul que llamara a la centuria veturiana de ancianos, pues deseaban consultar a sus mayores y guiarse por su consejo en la elección de los cónsules. En consecuencia, se les llamó y se dejó un tiempo para que consultasen ambos grupos en privado, dentro del cercado de las votaciones. Los mayores sostenían que, en realidad, la elección estaba entre tres hombres, dos de ellos ya plenos de honores -Quinto Fabio y Marco Marcelo- y, si deseaban especialmente que fuera designado un hombre nuevo como cónsul para actuar contra los cartagineses, Marco Valerio Levino, ya había dirigido operaciones contra Filipo tanto por mar como por tierra con éxito notable. Así discutieron sobre los méritos de aquellos tres y, después que se

retirasen los mayores, los jóvenes procedieron a votar. Dieron su voto a favor de Marco Marcelo Claudio, resplandeciente con la gloria de su conquista de Sicilia, y, como segundo cónsul, a Marco Valerio. Ninguno de ellos estaba presente en persona. Las demás centurias siguieron todas a la primera. Hoy en día, la gente puede reírse de quienes admiran la antigüedad. Yo, por mi parte, no creo posible, incluso si hubiera alguna vez existido una comunidad de hombres sabios, como sueñan los filósofos aunque nunca se haya conocido, que pudiera haber una aristocracia más más moderada o generosa en su deseo de poder, o pueblo de comportamientos más puros y mayor calidad moral. Que una centuria de jóvenes estuviera deseando consultar a sus mayores sobre a quién debían elegir para la autoridad suprema, es cosa difícilmente creíble en estos días, cuando vemos el desprecio que sienten los hijos por la autoridad de sus padres.

[26.23] Luego siguió la elección de los pretores. Los elegidos fueron Publio Manlio Vulso, Lucio Manlio Acidino, Cayo Letorio y Lucio Cincio Alimento. Cuando las elecciones finalizaron, llegaron noticias de la muerte de Tito Otacilio en Sicilia. Este era el hombre a quien el pueblo habría nombrado como colega de Tito Manlio en el consulado de no haberse interrumpido el orden del proceso. Los Juegos de Apolo habían sido celebrados el año anterior, y cuando la cuestión de su repetición al año siguiente fue presentada por el pretor Calpurnio, el Senado aprobó un decreto para que se celebrasen a perpetuidad. Algunos presagios se observaron este año y se registraron debidamente: La estatua de la Victoria, que se encontraba en el techo del templo de la Concordia, fue alcanzada por un rayo y arrojada entre las estatuas de la Victoria que estaban situadas en un alero, quedando atrapada allí y sin caerse. En Anagni y Fregellas, fueron alcanzadas por el rayo las murallas y las puertas. En el foro de Suberto fluyeron corrientes de sangre durante todo un día. En Ereto hubo una lluvia de piedras y en Reate una mula había parido. Estos augurios fueron expiados mediante sacrificios de víctimas mayores; se señaló un día para rogativas especiales y se ordenó al pueblo que participase en ritos solemnes durante nueve días. Algunos sacerdotes públicos murieron aquel año, nombrándose otros en su lugar. Manlio Emilio Númida, uno de los decenviros de sacrificios, fue sucedido por Marco Emilio Lépido. Cayo Livio fue nombrado pontífice en puesto de Marco Pomponio Matón y Marco Servicio, augur, en lugar de Espurio Carvilio Máximo. La muerte del Pontífice Tito Otacilio Craso se produjo finalizado el año, así que nadie fue nombrado en su lugar. C. Claudio, uno de los flámines de Júpiter, erró al presentar las entrañas de la víctima sobre el altar y, por lo tanto, renunció a su cargo.

[26,24] *(210 a.C.)* Marco Valerio Levino había estado celebrando entrevistas privadas con algunos de los notables etolios, con objeto de determinar sus inclinaciones políticas. Se dispuso que se convocaría una reunión de su consejo nacional para entrevistarse con él, y se dirigió allí con algunos buques rápidos. Inició su discurso a la asamblea haciendo alusión a las capturas de Siracusa y Capua, como ejemplos del éxito logrado por las armas de Roma en Sicilia e Italia, y luego continuó: *Es costumbre de los romanos, costumbre transmitida por sus antepasados, cultivar la amistad de otras naciones; algunas han recibido la ciudadanía en las mismas condiciones que ella misma; a otras les han permitido seguir en condiciones tan favorables que prefirieron la alianza a la plena ciudadanía. Vosotros, etolios, seréis tenidos en el mayor de los honores, al haber sido la primera de todas las naciones de ultramar en establecer relaciones de amistad con nosotros. En Filipo y los macedonios habéis encontrado unos vecinos problemáticos; yo he dado ya un golpe mortal a su ambición y agresividad, y los reduciré a un punto tal que no solo evacuarán las ciudades que os han arrebatado, sino que tendrán que conformarse con defender la propia Macedonia. Además, devolveré a los acarnanes, cuya deserción de vuestra liga tanto habéis sentido, a los antiguos términos según los cuales vuestros derechos y soberanía sobre ellos estaban garantizados*. Estas afirmaciones y promesas del comandante romano estaban apoyadas por Escopas, el jefe militar y pretor etolio por entonces, y por Dorímaco, hombre principal entre ellos, hablando ambos desde su autoridad y su posición oficial. Resultaron menos reservados, y adoptaron

un tono más confiado, conforme exaltaban el poder y la grandeza de Roma. Lo que más influyó, no obstante, en la asamblea, fue la esperanza de convertirse en los dueños de Acarnania.

Por tanto, fueron puestos por escrito los términos bajo los que se convertirían en amigos y aliados de Roma, insertándose una cláusula adicional por la que, si fuese también su voluntad y gusto, quedarían incluidos en el tratado los eleos y lacedemonios, así como Atalo, Pleurato y Escerdiledas. Atalo era el rey de Pérgamo, en Asia Menor; Pleurato era rey de los tracios y Escerdiledas era el rey de los ilirios. Los etolios darían comienzo de inmediato a la guerra contra Filipo por tierra, y el general romano les ayudaría con no menos de veinticinco quinquerremes. Los territorios, edificios y murallas de todas las ciudades desde la frontera hasta Corfú vendrían en propiedad de los etolios; el resto del botín sería para los romanos, que se encargarían también de que Acarnania pasase bajo dominio de los etolios. En caso de los etolios firmaran la paz con Filipo, una de las condiciones debía ser que este se abstendría de hostilidades contra Roma y sus aliados y sometidos. Del mismo modo, si los romanos pactasen con él, debía haber una disposición por la que no se le permitiera hacer la guerra a los etolios y sus aliados. Estas fueron las condiciones acordadas, y tras un lapso de dos años, se depositaron copias del tratado en Olimpia, por los etolios, y en el Capitolio, por los romanos, para que los monumentos sagrados a su alrededor fuesen eternos testigos de su compromiso. La razón de este retraso fue que los embajadores de Etolia permanecieron durante un tiempo considerable en Roma. Sin embargo, no se perdió tiempo en iniciar las hostilidades: los etolios atacaron a Filipo y Levino atacó Zacinto. Esta es una pequeña isla adyacente a Etolia, que contiene una ciudad del mismo nombre que la isla; Levino capturó esta ciudad, con la excepción de su ciudadela. También tomó dos ciudades pertenecientes a la acarnanes, Eníade y Nasos, y las entregó a los etolios. Después de esto, se retiró a Corfú considerándose satisfecho al pensar que Filipo ya tenía bastante con la guerra en sus fronteras como para impedirle que pensase en Italia, en los cartagineses y en su pacto con Aníbal.

[26,25] Filipo estaba invernando en Pela cuando le llegaron las noticias de la deserción de los etolios. Él tenía la intención de marchar a Grecia a principios de la primavera, y con el fin de mantener tranquilos a los ilirios y las ciudades adyacentes a la frontera occidental, invadió por sorpresa los territorios de Orico y Apolonia. Los hombres de Pojani salieron a presentar batalla, pero él los hizo retroceder con gran pánico tras sus murallas. Después de devastar la región vecina de Iliria, regresó rápidamente a Pelagonia y capturó Sintia, una ciudad de los Dárdanos, que les daba fácil acceso a Macedonia. Tras estas rápidas incursiones, volvió su atención a la guerra que los etolios, junto a los romanos, estaban iniciando contra él. Marchando a través de Pelagonia, Linco y Botiea descendió a Tesalia, cuya población esperaba levantar para una actuar junto a él contra los etolios. Dejando a Perseo con una fuerza de cuatro mil hombres para mantener el paso en Tesalia contra ellos, regresó a Macedonia, antes de involucrarse en un conflicto más serio, y desde allí marchó a la Tracia para atacar a los medos. Esta tribu tenía la costumbre de hacer incursiones en Macedonia siempre que encontraban al rey ocupado en alguna guerra distante y a su reino sin protección. Para quebrar su agresividad devastó su país, y atacó a Iamphoryna, su principal ciudad y fortaleza.

Cuando Escopas oyó que el rey había entrado en Tesalia y que estaba allí ocupado en librar combates, llamó a todos los guerreros de Etolia y se dispuso a invadir Acarnania. Los acarnanes tenían menos fuerzas que su enemigo; eran también conscientes de que Eníade y Nasos se habían perdido y, sobre todo, de que las armas de Roma se habían vuelto contra ellos. En estas circunstancias, entraron en combate con ánimo más iracundo y desesperado que con prudencia y método. Sus esposas e hijos, y todos los hombres mayores de sesenta años de edad fueron enviados al vecino país del Épiro. Todos los que tenían entre quince y sesenta años se comprometieron mediante juramento de no volver al hogar a menos que salieron victoriosos, invocando una terrible maldición y haciendo un llamamiento solemne a sus huéspedes epirotas para respetar su juramento y que ninguno les recibiera en ciudad alguna o casa ni los admitiera a su mesa o a su hogar.

También les pidieron que enterrasen a sus compatriotas caídos en combate en una tumba común y que pusieran sobre ella esta inscripción: *Aquí yacen los acarnanes, que encontraron la muerte luchando por su patria contra la violencia e injusticia de los etolios*. En este determinado y desesperado estado de ánimo, fijaron su campamento en lo más lejano de sus fronteras y esperaron al enemigo. Se enviaron mensajeros a Filipo para anunciarle su crítica situación y, a pesar de su captura de Iamphoryna y otras victorias en Tracia, se vio obligado a abandonar su campaña en el norte e ir en su ayuda. Los rumores sobre el juramento hecho por los acarnanes detuvieron el avance de los etolios; las noticias de la aproximación de Filipo les obligaron a retirarse al interior de su país. Filipo había hecho una marcha forzada para evitar que los acarnanes fuesen aplastados, pero no avanzó más allá de Dión, y al enterarse de que los etolios se habían retirado regresó a Pela.

[26.26] Al comienzo de la primavera, Levino zarpó de Corfú y después de rodear el cabo Ducato llegó a Lepanto. Anunció que iba a atacar Antikyra, por lo que Escopas y los etolios debían estar allí dispuestos. Antikyra se encuentra en la Lócride, a mano izquierda según se entra en el golfo de Corinto, y está solo a corta distancia, tanto por mar como por tierra, de Lepanto. En tres días se inició el ataque desde ambas direcciones; el ataque naval fue el más pesado, porque los barcos fueron equipados con artillería e ingenios de todo tipo, y fueron los romanos quienes atacaron por aquel lado. En pocos días se rindió la plaza y se entregó a los etolios; el botín, de acuerdo con el tratado, quedó en poder de los romanos. Durante el sitio, se entregó un despacho a Levino en el que se le informaba de que había sido nombrado cónsul y que Publio Sulpicio estaba de camino para sustituirle. Estando allí le afectó una pesada enfermedad y, por tanto, llegó a Roma mucho más tarde de lo esperado. Marco Marcelo tomó posesión de su consulado el 15 de marzo *(210 a.C.)*, y para cumplir con la tradición convocó para el mismo día una reunión del Senado. La reunión era de carácter puramente formal; anunció que, en ausencia de su colega, no presentaría ninguna propuesta, fuera en relación con la política del Estado o sobre la asignación de las provincias. *Soy bien consciente*, dijo a los senadores, *que hay una gran cantidad de sicilianos alojados en las casas de campo de mis detractores, alrededor de la Ciudad. No tengo intención alguna de impedirles que hagan públicas, aquí en Roma, las acusaciones levantadas por mis enemigos; por el contrario, estaba preparado para darles inmediata ocasión de comparecer ante el Senado de no haber fingido estar temerosos de hablar sobre un cónsul en ausencia de su colega. Sin embargo, en cuando mi colega llegue, no permitiré que se debata ningún asunto antes de que los sicilianos hayan comparecido en la Curia. Marco Cornelio ha hecho pública en toda la isla lo que prácticamente es una citación formal, para que el mayor número posible de ellos pueda venir a Roma a presentar sus quejas contra mí. Ha llenado la Ciudad de cartas con falsedades sobre el estado de guerra existente en Sicilia, con el único objeto de empañar mi reputación*. El discurso del cónsul le ganó fama de ser hombre moderado y contenido. El Senado levantó la sesión, y parecía que habría una suspensión total de los asuntos hasta la llegada del otro cónsul. Como de costumbre, la ociosidad condujo al descontento y a las quejas. La plebe era ruidosa en sus quejas sobre la forma en que se prolongaba la guerra, la devastación de los campos alrededor de la Ciudad, por donde Aníbal y su ejército se desplazaron, el agotamiento de Italia por las constantes levas y la destrucción casi anual de sus ejércitos. Y ahora ambos cónsules eran expertos en la guerra, demasiado agresivos y ambiciosos y muy capaces, aún en tiempos de paz y tranquilidad, de emprender una guerra; y, ahora que la guerra estaba realmente en marcha, serían en absoluto propensos a dar un ocasión o espacio para que los ciudadanos respirasen.

[26,27] Toda esta discusión quedó repentinamente interrumpida por un incendio que estalló por la noche en varios lugares alrededor del Foro, en la víspera de las Quinquatrías. Siete tiendas, que después fueron cinco, ardieron al mismo tiempo, así como los establecimientos donde ahora están las *tiendas nuevas*. Poco después estaban en llamas varios edificios privados (pues la Basílica aún no existía): las canteras, el mercado de pescado y el atrio de la Regia. Se salvó con la mayor de

las dificultades el Templo de Vesta, principalmente por los esfuerzos de trece esclavos, que posteriormente fueron manumitidos a cargo del erario público. El fuego ardió durante todo el día siguiente y no hubo la menor duda de que fue provocado, pues los focos se iniciaron simultáneamente en diferentes lugares. El Senado, por consiguiente, autorizó al cónsul para que anunciara públicamente que quienquiera que descubriese los nombres de aquellos por cuya acción se habían iniciado los fuegos, si era un hombre libre recibiría una recompensa, y si era esclavo, la libertad. Tentado por la recompensa, un esclavo propiedad de la familia campana de los Calavios, de nombre Mano, proporcionó información al respecto de que sus amos, junto con cinco jóvenes campanos cuyos padres habían sido decapitados por Quinto Fulvio, habían provocado el fuego y estaban dispuestos a cometer cualquier otro crimen si no se les arrestaba. Ellos y sus esclavos fueron inmediatamente detenidos. Al principio, trataron de arrojar sospechas sobre el informante y su declaración. Se afirmó que, después de ser azotado por su amo el día anterior a dar la información, se había escapado y, llevado por la ira y la irreflexión, inició una falsa acusación a partir de un hecho accidental. Sin embargo, cuando el acusado y el acusador fueron enfrentados cara a cara, y los esclavos interrogados bajo tortura, todos confesaron. Tanto los amos como los esclavos que les habían ayudado fueron ejecutados. El informante fue recompensado con la libertad y veinte mil ases.

Cuando Levino pasaba por Capua en su camino hacia Roma, fue rodeado por una multitud de habitantes que le imploraban con lágrimas que les permitiera ir a Roma y tratar de intentar despertar la compasión del Senado y persuadirlo para que no permitiera que Quinto Flaco les arruinara y borrase su nombre. Flaco declaró que no tenía ningún sentimiento personal en contra de los campanos; les consideraba enemigos públicos, y así seguiría considerándoles mientras él supiera que mantenían su presente actitud contra Roma. No había pueblo, dijo, más contrario a la estirpe romana, y por eso el les había encerrado entre sus murallas, porque si salieran de allí a cualquier parte vagarían por el campo como bestias salvajes, destrozando y asesinando cuanto se les pusiera en su camino. Algunos habían desertado junto a Aníbal y los demás se habían marchado a incendiar Roma. El cónsul podría ver en el Foro medio quemado el resultado de su crimen. Habían tratado de destruir el templo de Vesta, con su fuego perpetuo, y la imagen custodiada en el santuario sagrado, aquella imagen que el Hado había dispuesto que fuera la prenda y garantía del dominio romano. Consideró que no sería en absoluto seguro dar a los campanos la oportunidad de entrar en la Ciudad. Después de oír esto, Levino hizo que los campanos jurasen a Flaco que volverían a los cinco días, tras recibir la respuesta del Senado. Luego les ordenó que lo siguieran a Roma. Rodeado de esta muchedumbre y de cierto número de sicilianos con los que también se había encontrado, entró en la Ciudad. Parecía como si estuviera conduciendo un grupo de acusadores contra los dos jefes que se habían distinguido por la destrucción de dos famosas ciudades y que ahora se habrían de defender contra aquellos a los que habían vencido. Sin embargo, los primeros asuntos que ambos cónsules presentaron ante el Senado fueron los relativos a la política exterior y la asignación de diversos mandos.

[26.28] Levino presentó su informe sobre la situación en Macedonia y Grecia, y entre los etolios, los acarnanes y los locrios. Dio también detalles acerca de sus propios movimientos militares por tierra y mar, y declaró que había expulsado a Filipo, que estaba contemplando un ataque contra los etolios, de nuevo al interior de su reino. Ya podía retirarse con seguridad la legión, pues la flota bastaría para proteger Italia de cualquier intento por parte del rey. Después de este informe sobre sí mismo y la provincia de la que había estado encargado, él y su colega plantearon el asunto de los distintos mandos. El Senado tomó las siguientes disposiciones. Un cónsul actuaría en Italia contra Aníbal; el otro sustituiría a Tito Otacilio al mando de la flota así como en la administración de Sicilia, con Lucio Cincio como pretor. Ambos deberían hacerse cargo de los ejércitos de Etruria y la Galia, cada uno de ellos compuesto por dos legiones. Los dos legiones urbanas, que el cónsul Sulpicio había mandado el año anterior, fueron enviadas a la Galia y el

cónsul que debía operar en Italia nombraría el mando de la Galia. Cayo Calpurnio vio extendido su cargo de propretor otro año y se le envió a Etruria; Quinto Fulvio también vio prorrogado su cargo otro año en Capua. Se redujo la fuerza compuesta por ciudadanos y aliados, creándose una legión reforzada de estas dos; consistía en cinco mil infantes y trescientos jinetes, siendo licenciados quienes llevaban más tiempo de servicio. El ejército de los aliados se redujo a siete mil infantes y trescientos jinetes, observándose la misma regla en cuanto al licenciamiento de los veteranos que llevaban más años de servicio. En el caso del cónsul saliente, Cneo Fulvio, no se hizo cambio alguno; retuvo su mando y su provincia, Apulia, durante otro año. Su último colega, Publio Sulpicio, recibió la orden de disolver su ejército, con excepción de la fuerza naval. Asimismo, el ejército que había mandado Marco Cornelio sería enviado a casa desde Sicilia. Los hombres de Cannas, que prácticamente representaban dos legiones, permanecerían todavía en la isla bajo el mando del pretor Lucio Cincio. Lucio Cornelio había mandado el mismo número de legiones el año anterior en Cerdeña y, ahora, estas fueron transferidas al pretor Publio Manlio Vulso. Los cónsules recibieron órdenes para procurar que, al alistar las legiones urbanas, no se inscribiera a ninguno que hubiese estado en el ejército de Marco Valerio o en el de Quinto Fulvio. Así pues, el número total de legiones romanas en activo aquel año no excedería las veintiuna.

[26.29] Cuando el Senado terminó de hacer los nombramientos, se ordenó a los cónsules que sortearan sus mandos. Sicilia y la flota tocaron a Marcelo; Italia y la campaña contra Aníbal, a Levino. Este resultado aterrorizó completamente a los sicilianos, a quienes pareció como si fueran a repetirse todos los horrores de la captura de Siracusa. Estaban a plena vista de los cónsules, esperando ansiosamente el resultado del sorteo, y al ver cómo resultaba rompieron en lamentos y gritos de angustia, lo que atrajo las miradas de todos sobre ellos en aquel momento y se convirtió luego en objeto de muchos comentarios. Vistiéndose de luto, visitaron las casas de los senadores y aseguraron a cada uno de ellos que si Marcelo volvía a Sicilia con el poder y la autoridad de un cónsul, todos ellos abandonarían su ciudad y dejarían la isla para siempre. Dijeron que antes se mostró vengativo e implacable para con ellos; ¿qué haría ahora, furioso como debía estar con los sicilianos que habían venido a Roma para quejarse de él? Sería mejor para la isla verse enterrada bajo los fuegos del Etna o sumergida en las profundidades del mar, antes que ser entregada a tal enemigo para que descargara en ella su ira y su venganza. Estas protestas de los sicilianos fueron hechas, individualmente, a los nobles en sus propias casas, dando lugar a animados debates en los que la simpatía por las víctimas y los sentimientos de hostilidad hacia Marcelo se expresaron con libertad hasta que llegaron al Senado. Se pidió a los cónsules que consultasen a aquel organismo sobre la conveniencia de una reasignación de las provincias. Al dirigirse a la Curia, Marcelo dijo que de haberse concedido ya audiencia a los sicilianos, él habría adoptado otro parecer; pero tal como estaban las cosas, él no quería dejar abierta a nadie la posibilidad de decir que temían exponer sus quejas contra el hombre bajo cuya potestad se verían en breve. Si, por tanto, a su colega le daba igual, él estaba dispuesto a cambiar con él sus provincias. Reprobaría que el Senado aprobara cambio alguno, pues habría sido injusto para su colega escoger su provincia sin sorteo, ¿y cuánto más humillante no habría sido obtener la provincia sin que se la hubiera transferido formalmente su colega? Tras expresar su deseo, y sin aprobar ningún decreto, el Senado levantó la sesión y los cónsules se dispusieron a intercambiar las provincias. Marcelo fue llevado de aquel modo a cumplir con su destino de enfrentarse a Aníbal para, así como había sido el primer general en ganar el honor de librar una acción victoriosa contra él tras tantos desastres, ser también el último en contribuir a la fama del cartaginés con su propia caída, justo en el momento en que la marcha de la guerra se mostraba más favorable a los romanos.

[26.30] Cuando se hubo decidido el intercambio de las provincias, los sicilianos fueran presentados ante el Senado. Después de explayarse largamente sobre la lealtad inquebrantable de Hierón a Roma, y reclamar el crédito de esta para el pueblo y no para el rey, continuaron: *Hay*

muchas razones para el odio que sentimos contra Jerónimo, y luego contra Hipócrates y Epícides, pero la principal era el haber abandonado a Roma por Aníbal. Fue esto lo que condujo a algunos de nuestros más destacados jóvenes a asesinar a Jerónimo cerca de la curia, induciendo además a unos setenta, pertenecientes a nuestras más nobles casas, a formar una conjura para destruir a Hipócrates y a Epícides. Al no apoyarlos Marcelo, llevando su ejército a Siracusa en el momento prometido, la conjura fue descubierta por un informador y fueron todos condenados a muerte por los tiranos. Marcelo era el auténtico responsable de la tiranía por su despiadado saqueo de Lentini. Desde aquel momento, nunca los líderes siracusanos dejaron de presentarse a Marcelo y comprometerse a entregarle la ciudad cuando quisiera. Trató de tomarla por asalto, pero al fallar todos sus intentos por tierra y por mar, y viendo que la cosa resultaba imposible, escogió como agentes de la rendición a un artesano llamado Sosis y al hispano Mérico, en vez de permitir que los líderes de la ciudad, que tantas veces se lo habían ofrecido en vano, se encargasen del asunto. Sin duda, debió considerar que así tenía más justificación para saquear y masacrar a los amigos de roma. Incluso si el pasarse a Aníbal hubiera sido acto del senado y del pueblo, en vez de solo el de Jerónimo; si hubiera sido el gobierno de Siracusa el que cerró las puertas a Marcelo y no los tiranos Hipócrates y Epícides, que habían derrocado al gobierno; si hubiéramos luchado contra Roma con el espíritu y el ánimo de los cartagineses, ¿qué mayor severidad podría haber mostrado Marcelo para con nosotros, que la que en verdad mostró, con excepción de haber borrado a Siracusa de la faz de la tierra? En todo caso, nada se nos ha dejado aparte de nuestras murallas y nuestras casas despojadas de todo; y hasta los templos de nuestros dioses, vaciados y fuera de uso, de los que se han llevado hasta los propios dioses y sus ofrendas. Muchos han sido privados de sus tierras y privados del resto de sus fortunas, de modo que ni siquiera tenían el menor suelo del que sostenerse ellos y sus familias. Os rogamos y suplicamos, senadores, que si no podéis ordenar que se nos devuelva todo cuanto hemos perdido, al menos se nos restituya lo que pueda ser hallado e identificado. Después de haber expuesto sus quejas, Levino ordenó que se retiraran para que se pudiera discutir su situación. *Que se detengan*, exclamó Marcelo, *para que yo pueda dar mi respuesta en su presencia, pues quienes dirigimos la guerra en vuestro nombre, senadores, lo hicimos con la condición de que aquellos a quienes vencimos se presenten como nuestros acusadores. Dos ciudades se han capturado este año: que Capua pida cuentas a Fabio y Siracusa a Marcelo.*

[26.31] Cuando se les hubo traído nuevamente dentro de la Curia, Marcelo pronunció el siguiente discurso: *No he olvidado hasta ahora, senadores, la majestad de Roma o la dignidad de mi cargo como para rebajarme a defenderme, como cónsul, contra las acusaciones de los griegos, ...si solo me concernieran a mí. La cuestión no es tanto qué he hecho, pues el derecho de guerra defiende cuanto he efectuado sobre las personas y bienes de los enemigos, como cuánto debían haber sufrido. Si no hubieran sido estos enemigos nuestros, sería indiferente que hubiera yo asolado Siracusa ahora o durante la vida de Hierón. Rechacé la oferta de sus dirigentes para entregar a la ciudad y busqué a Sosis y al hispano Mérico, como personas mucho más adecuadas a las que confiar asunto de tanta importancia. Como hacéis de la humilde condición de los demás un reproche, ¿quién de vosotros me prometió abrir sus puertas y dejar entrar a mis fuerzas en vuestra ciudad? Quienes hicieron esto son objeto de vuestro odio y vuestras maldiciones; ni siquiera en este lugar os abstenéis de insultarles, mostrando así hasta qué punto estabais lejos de contemplar algo semejante. Aquella baja posición social, senadores, que estos hombres convierten en motivo de reproche, justifica con la mayor claridad que yo no haya desaprovechado a ningún hombre dispuesto a prestar ayuda a la república. Antes de comenzar el sitio de Siracusa hice varios intentos de alcanzar una solución pacífica, primero mediante el envío de embajadores y después mediante entrevistas personales con sus dirigentes. Fue sólo cuando vi que no se respetaban las personas de mis embajadores ni se les protegía contra la violencia, y que no podía conseguir respuesta de los dirigentes con los que conferencié ante sus puertas, cuando entré en acción y*

finalmente capturé la ciudad al asalto, tras enorme derroche de trabajos y esfuerzos por mar y tierra. En cuanto a los incidentes relativos a su captura, aquellos hombres habrían tenido más justificación al presentar sus quejas a Aníbal y sus vencidos cartagineses que ante el Senado del pueblo que les venció. Senadores, si mi intención hubiera sido ocultar el expolio de Siracusa, nunca habría adornado la Ciudad de Roma con sus despojos. Con respecto a lo que yo, como vencedor, saqué o entregué en cada caso particular, estoy bien satisfecho de haber actuado de conformidad con las leyes de guerra y de acuerdo a los merecimientos de cada individuo. Que aprobéis o no mi comportamiento es cosa que atañe más al Estado, no que me preocupe a mí. Sólo cumplí con mi deber, pero constituirá un serio problema para la república si, rescindiendo mis actos, hacéis que los generales futuros sean más remisos en cumplir con el suyo. Y puesto que habéis escuchado tanto lo que los sicilianos y yo mismo teníamos que decir en presencia del otro, juntos abandonaremos la Curia para que el Senado, en mi ausencia, pueda discutir el asunto con mayor libertad. A continuación, se despidió a los sicilianos; Marcelo marchó al Capitolio para alistar las tropas.

[26.32] El otro cónsul, Levino, consultó entonces al Senado sobre qué respuesta se debía dar a la petición de los sicilianos. Hubo un largo debate y gran divergencia de opinión. Muchos de los presentes apoyaban el punto de vista de Tito Manlio Torcuato. Eran de la opinión de que las hostilidades deberían haber sido dirigidas contra los tiranos, que eran los enemigos comunes de Siracusa y de Roma. Se debía haber permitido que la ciudad se rindiera, y no haber sido tomada por asalto; y tras rendirse se les debía haber garantizado sus propias leyes y libertades, en vez de arruinarla con la guerra tras haber sido llevada a una deplorable servidumbre bajo sus tiranos. La lucha entre los tiranos y el general romano, de la que Siracusa fue el premio de la victoria, se había traducido en la destrucción total de una ciudad más famosa y bella, el granero y el tesoro del pueblo romano. La república había experimentado frecuentemente su generosidad, especialmente durante la presente guerra púnica, y la Ciudad se había embellecido con sus generosos regalos. Si Hierón, aquel fiel partidario del poder de Roma, se levantase de entre los muertos, ¿con qué cara podría nadie atreverse a enseñarle Roma o Siracusa? En una, su ciudad, vería el general expolio y gran parte incendiada, y si se aproximaba a la otra contemplaría, ya en el exterior de sus murallas, ya dentro de sus puertas, los despojos de su patria. Esta fue la línea de argumentación empleada por aquellos que trataban de crear un sentimiento contra el cónsul y provocar simpatía por los sicilianos. La mayoría, sin embargo, no se formó una opinión tan desfavorable de su conducta, aprobándose un decreto que confirmó los actos de Marcelo, tanto durante la guerra como después de su victoria, y declarando que el Senado, en lo futuro, se haría cargo de los intereses de los siracusanos y ordenaría a Levino que salvaguardara las propiedades de los ciudadanos en cuanto pudiera, sin causar ninguna pérdida para el Estado. Se enviaron dos senadores al Capitolio para pidieran al cónsul que regresase, y tras haber sido llevados nuevamente los sicilianos, se les leyó el decreto. Se expresaron algunas palabras amables para con los embajadores y se les despidió. Antes de abandonar la Curia, se arrojaron de rodillas ante Marcelo y le imploraron que les perdonase por cuanto habían dicho en su ansia por ganarse la simpatía y el alivio de sus penas. También le rogaron que les llevara a su ciudad bajo su protección y les considerase como sus clientes. El cónsul prometió que lo haría, y tras unas palabras clementes los despidió.

[26.33] Se concedió una audiencia a los campanos. Su petición resultó más miserable, por ser más indefendible su caso. No podían negar que merecían castigo y no había tiranos a los que pudieran culpar, pero consideraban que ya habían pagado una pena proporcionada tras haber tantos de sus senadores tomado veneno y haber sido tantos otros decapitados. Algunos de sus nobles, dijeron, vivían aún, los pocos a quienes su conciencia culpable no los había llevado a tomar una decisión fatal, ni a quienes los vencedores, en su furia, les hubieran condenado a muerte. Aquellos hombres les rogaban que ellos y sus familias quedasen en libertad y que se les devolviera parte de

sus bienes. Eran en su mayoría ciudadanos romanos, emparentados por matrimonio con familias romanas. Después que se hubieran retirado los embajadores, hubo alguna duda sobre si se debía convocar a Quinto Fulvio desde Capua, pues el cónsul Claudio había muerto poco después de su captura, para que se pudiera debatir la cuestión en presencia del general cuyos actos habían sido puestos en entredicho. Esto era lo que se acababa de hacer en el caso de Marcelo y los sicilianos. Sin embargo, al estar sentados en la Curia algunos senadores que habían sido testigos de todo el asedio, Marco Atilio Régulo y Cayo, el hermano de Flaco, ambos generales suyos, y Quinto Minucio y Lucio Veturio Filón, que habían sido generales de Claudio, decidieron no hacer venir a Quinto Fulvio ni aplazar la audiencia de los campanos. Entre aquellos que habían estado en Capua, el hombre cuya opinión tenía el mayor peso era Marco Atilio, y a él se le preguntó qué proceder aconsejaría. Su respuesta fue: *Creo que estuve presente en el consejo de guerra celebrado tras la caída de Capua, cuando los cónsules indagaron sobre cuáles de los campanos habían ayudado a nuestra república. Solo se descubrieron dos, y eran mujeres. Uno de ellas era Vestia Opia de Atela, que vivía en Capua y ofrecía sacrificios diariamente por la salud y la victoria de Roma; la otra era Cluvia Pacula, que en tiempos había sido prostituta y que en secreto suministraba comida a los hambrientos prisioneros. El resto de los campanos nos eran tan hostiles como los propios cartagineses, y aquellos a quienes Quinto Fulvio ejecutó fueron escogidos más por la influencia de su posición que por su culpabilidad. No acabo de ver cómo pueda ser competente el Senado para conocer del asunto de los campanos, que son ciudadanos romanos, sin un mandato del pueblo. Después de la revuelta de los satricanos, la conducta seguida por nuestros antepasados fue que un tribuno de la plebe, Marco Antistio, llevase primero el asunto ante la Asamblea, aprobándose una resolución que facultaba al Senado para decidir qué hacer respecto a aquellos. Por lo tanto, yo os aconsejo que acordemos con los tribunos de la plebe que uno o más de ellos propongan una resolución para que el pueblo nos faculte a resolver el destino de los campanos.* Lucio Atilio, tribuno de la plebe, fue autorizado por el Senado a presentar la cuestión en los siguientes términos: *Considerando que los capuanos, atelanos, calatinos y sabatinos se rindieron al arbitraje del procónsul Fulvio y se pusieron a disposición y bajo el dominio del pueblo de Roma; y considerando que han entregado diversas personas junto con ellos mismos, así como también sus tierras y la ciudad con todas las cosas que en ella hay, sagradas y profanas, junto con sus bienes muebles e inmuebles y demás que fuese que tuvieran en su poder, os demando, Quirites, para saber cuál es vuestra voluntad y deseo sobre lo que se haga con todas estas personas y cosas.* El pueblo contestó así: *Lo que el Senado, o la mayor parte de él que esté presente, decrete y determine bajo juramento que se haga, eso es lo que deseamos y ordenamos.*

[26.34] Habiendo así resuelto la plebe, el Senado dispuso lo siguiente: devolver, en primer lugar, su libertad a Opia y Cluvia; si deseaban pedir alguna recompensa mayor al Senado, deberían venir a Roma. Se redactaron decretos separados para cada una de las familias de Capua, por lo no que no vale la pena efectuar una enumeración completa. Algunos verían sus propiedades confiscadas, a ellos mismos vendidos junto con sus esposas e hijos, con excepción de aquellos cuyas hijas se habían casado fuera del territorio antes que pasara bajo poder de Roma. Otros serían encadenados y su destino decidido posteriormente. Para el resto, el asunto de si se debían confiscar o no sus propiedades dependería del valor en que fueran tasadas. Donde se restaurase la propiedad, se debía incluir todo el ganado vivo excepto los caballos, todos los esclavos excepto los machos adultos y todos los bienes que no fuesen inmuebles. Además, se decretó que los capuanos, avellanos, calatinos y sabatinos conservarían la libertad, excepto aquellos que ellos mismos y sus padres hubieran estado con el enemigo, pero ninguno de ellos podría convertirse en ciudadano romano o en miembro de la Liga Latina. Ninguno que hubiera estado en Capua durante el asedio podría permanecer en la ciudad o en sus alrededores más allá de una fecha determinada; se les asignaría un lugar de residencia más allá del Tíber y a cierta distancia de ella. Aquellos que no habían estado en Capua durante la guerra, ni en ninguna otra de las ciudades rebeldes de Campania,

serían asentados al norte del Liris, en dirección a Roma; aquellos que se pusieron de parte de Roma antes de que Aníbal llegase a Capua, serían trasladados a este lado del Volturno, sin que ninguno pudiera poseer tierras o casa a menos de quince millas del mar. A quienes se deportó más allá del Tíber se les prohibió adquirir o poseer, ni a ellos ni a sus descendientes, bienes raíces en parte alguna excepto en los territorios de Veyes, Sutri y Nepi, sin que excedieran en ningún caso aquellas posesiones las cincuenta yugadas. Se ordenó que fueran vendidas las propiedades de todos los senadores y de cuantos habían desempeñado alguna magistratura en Capua, Atela y Calacia; aquellas personas a quienes se había decidido vender como esclavos, fueron enviadas a Roma y vendidas allí. La destrucción de imágenes y estatuas de bronce capturadas al enemigo, en cuanto cuáles pudieran ser sagradas y cuáles profanas, fue encomendada al Colegio Pontificio. Después de escuchar estos decretos se despidió a los campanos, que marcharon en un ánimo mucho más apesadumbrado del que tenían al llegar. Ya no se quejaron de la crueldad de Quinto Fulvio para con ellos, sino de la injusticia divina y su destino maldito.

[26,35] Después de la salida de los embajadores sicilianos y capuanos se completó el alistamiento de las nuevas legiones. Luego vino la cuestión del completar la flota con su dotación adecuada de remeros. No había hombres en cantidad suficiente ni, por entonces, dinero en el tesoro para adquirirlos o pagarles. En vista de este estado de cosas, los cónsules dieron orden de exigir a los ciudadanos particulares que proporcionasen marineros en proporción a sus ingresos o su rango, como ya habían hecho en ocasiones anteriores, así como para proporcionar con ellos treinta días de provisiones y paga. Esta orden levantó un sentir tan generalizado de indignación y resentimiento que, si el pueblo hubiera tenido un líder, se habían levantado en rebelión. Los cónsules, decían, después de arruinar a los sicilianos y a los campanos, habían tomado a la plebe de Roma como su siguiente víctima a la que arruinar y destruir. *Tras ser sangrados por impuestos de guerra durante tantos años*, se quejaban, *ya no nos queda más que el suelo desnudo y agostado. Nuestras casas han sido incendiadas por el enemigo; nuestros esclavos, que cultivaban nuestros campos, han sido confiscados por el Estado, comprándoles primero a bajo costo para convertirlos en soldados, y ahora requisándolos para la marinería. Cualquiera plata u oro que tuviésemos, se ha tenido que dedicar a pagar remeros y cumplir con los tributos anuales. Ningún recurso a la fuerza y ningún ejercicio de autoridad nos podrá obligar a entregar lo que no tenemos. Que los cónsules vendan nuestros bienes, que luego descarguen su ira vendiendo nuestros cuerpos, que es lo único que nos queda; ni siquiera sacarán para poder pagar el rescate.* Este tipo de lenguaje se empleaba no solo en conversaciones privadas, sino abiertamente en el Foro y ante los mismos ojos de los cónsules. Una gran multitud se había reunido en torno al tribunal, lanzando gritos de enojo, y los cónsules resultaban impotentes para calmar la agitación, fuera mediante lisonjas o con amenazas. En última instancia, anunciaron que les concederían tres días para meditar sobre la cuestión, dedicando ellos mismos aquel tiempo a ver si podían encontrar manera de salir de aquella dificultad. Al día siguiente convocaron al Senado para examinar juntos el asunto, presentándose muchos argumentos para demostrar que la plebe actuaba de modo justo y razonable en su protesta. Al final la discusión se centró en este punto, si era justo o injusto que la carga recayera sobre los ciudadanos particulares. ¿De qué fuente, se preguntaban, podrían obtener los marinos aliados, cuando no había dinero en el tesoro, y mantener en su poder Sicilia o guardar las costas de Italia contra cualquier ataque de Filipo, si no tenían flota?

[26.36] Como no se veía solución al problema y parecía haberse apoderado del Senado una especie de letargo mental, el cónsul Levino se presentó al rescate. *Como los magistrados*, dijo, *tienen precedencia sobre el Senado, y este sobre el pueblo, en honor y dignidad, así deben encabezar el camino en las tareas desagradables y difíciles. Si, al establecer cualquier obligación sobre un subordinado, te la has impuesto antes a ti y a los tuyos, verás que todos están más dispuestos a obedecer. No sentirán que están afrontando una gravosa obligación si ven que sus*

dirigentes afrontan una parte mayor que la suya en la misma. Queremos que el pueblo romano posea flotas y las equipe, queremos que todos los ciudadanos proporcionen remeros y que no eludan su deber; impongámonos, por tanto, esa carga a nosotros mismos en primer lugar. Que todos y cada uno de nosotros traigamos mañana al tesoro nuestras monedas de oro, plata y bronce, reservándonos solo un anillo para nosotros, nuestras esposas e hijos y una bula para los hijos menores. Los que tengan mujer e hijas pueden guardar una onza de oro para cada una. Con respecto a la plata, los que hayan ocupado sillas curules guardarán la de las guarniciones de sus caballos y las libras necesarias para los saleros y patenas del culto divino. Los demás senadores guardarán solo una libra de plata. En cuanto a la moneda de bronce, sobre se retendrán cinco mil ases por hogar. Pondremos todo nuestro oro y plata restantes en manos de los triunviros del tesoro. No se debería aprobar ninguna resolución formal; nuestras contribuciones deberán ser estrictamente voluntarias y nuestra mutua rivalidad por auxiliar a la república inducirá al orden ecuestre a imitarnos y, tras ellos, a la plebe. Este es el único camino que los cónsules hemos sido capaces de concebir tras largo debate, y os rogamos que lo sigáis con la ayuda de los dioses. Siempre que esté segura la república, lo estará bajo su protección la propiedad de cada cual; pero si desertáis de ella, será en vano que tratéis de conservar lo que poseéis. Estas propuestas fueron acogidas tan favorablemente que incluso se dio las gracias a los cónsules por ellas. En cuanto se disolvió el Senado, cada uno llevó su oro, plata y bronce al tesoro, ansiando todos tanto ser los primeros en ver su nombre inscrito en el registro público que ni los triunviros ni sus auxiliares dieron abasto para hacerse cargo de los montantes con la suficiente rapidez. El orden ecuestre mostró tanto celo como el Senado, y el pueblo no se quedó detrás del orden ecuestre. De esta manera, sin ningún tipo de orden formal o compulsión hecha por los magistrados, se alcanzó la plantilla completa de remeros y el Estado quedó en disposición de pagarles. Como los preparativos para la guerra se habían completado, los cónsules partieron para sus respectivas provincias.

[26.37] En ninguna otra época de la guerra estuvieron, cartagineses y romanos por igual, sujetos a mayores cambios de fortuna o a más rápidos cambios de ánimo entre la esperanza y el temor. En las provincias, los desastres en Hispania por un lado y los éxitos en Sicilia por el otro, llenaron a los romanos con sentimientos de tristeza y alegría. En Italia, la pérdida de Tarento se consideró un duro golpe, pero la inesperada conservación de la ciudadela por parte de la guarnición dejó contentos todos los corazones; mientras, el repentino pánico ante la perspectiva de que Roma fuera asediada y asaltada dio paso al regocijo universal cuando Capua fue capturada pocos días después. En la campaña de ultramar se alcanzó una especie de equilibrio. Filipo comenzó las hostilidades en un momento inoportuno para Roma, pero en la nueva alianza con los etolios y con Atalo, rey de Pérgamo, pareció como si la Fortuna ofreciera una prenda del dominio de Roma en el Este. Los cartagineses, nuevamente, sintieron que la captura de Tarento era una compensación frente la pérdida de Capua, y aunque se enorgullecían de haber marchado sin oposición hasta las murallas de Roma, se mortificaban por la futilidad de su empresa y se sentían humillados por el desprecio que les mostraron, al marchar un ejército romano hacia Hispania estando ellos aún acampados bajo las mismas murallas. Hasta en la misma Hispania, donde la destrucción de dos grandes generales con sus ejércitos habían acrecentado sus esperanzas de expulsar finalmente a los romanos y dar fin a la guerra, cuanta mayor fue su esperanza mayor fue su disgusto al ver despojada de toda importancia su victoria por Lucio Marcio, que ni siquiera tenía el rango de general. Así, mientras la fortuna mantenía la situación igualada y todo en suspenso, ambas partes mantenían las mismas esperanzas y temores, como si la guerra sólo acabase de empezar.

[26,38] La principal causa de inquietud de Aníbal era el efecto producido por la caída de Capua. En general, se consideraba que los romanos habían mostrado una mayor determinación atacando de la que él había tenido defendiendo la plaza, y esto alejó de él a muchas comunidades itálicas. No podía ocuparlas todas con guarniciones, a menos que estuviese dispuesto a debilitar su

ejército separando de él numerosas pequeñas unidades; aquella medida resultaba por entonces muy inoportuna. Por otro lado, no se atrevía a retirar ninguna de sus guarniciones y dejar así la lealtad de sus aliados dependiente de sus propias esperanzas y temores. Su temperamento, propenso como era a la rapacidad y a la crueldad, lo llevó a saquear los lugares que no pudo defender, para dejarlos asolados y estériles en manos del enemigo. Esta política cruel le dio malos resultados, pues despertó el odio y el horror no sólo entre las víctimas reales, sino entre todos cuantos oyeron hablar de ella. El cónsul romano no cejaba en sondear el sentir de aquellas ciudades por si apareciera la esperanza de recuperarlas. Entre estas estaba la ciudad de Salapia. Dos de sus ciudadanos más destacados eran Dasio y Blatio. Dasio era proclive a Aníbal; Blatio favorecía los intereses de Roma tanto como podía con seguridad, y había enviado mensajes secretamente a Marcelo manteniendo nuestras esperanzas de que la ciudad pudiera ser rendida. Pero tal cosa no podía ser llevada a cabo sin la colaboración de Dasio. Durante mucho tiempo dudó, pero finalmente se dirigió a Dasio, no tanto por que esperase tener éxito como porque no tenía un plan mejor. Dasio se opuso al proyecto, y para dañar a su rival político lo dio a conocer a Aníbal. Este les convocó a los dos ante su tribunal. Cuando comparecieron, Aníbal estaba ocupado en otros asuntos, pero trataría de ver su caso tan pronto quedase libre; así, ambos hombres, acusador y acusado, quedaron esperando alejados de la multitud. Mientras estaban así esperando, Blatio se acercó a Dasio para hablarle sobre la rendición. Ante esta conducta abierta y descarada, Dasio gritó que la rendición de la ciudad estaba siendo debatida a los mismos ojos de Aníbal. Aníbal y cuantos le rodeaban, pensaron la misma audacia del asunto lo convertía en una acusación improbable, y consideraron que era debida al rencor y a los celos, pues resultaba fácil inventar una acusación en ausencia de testigos. En consecuencia, se les despidió. Blatio, sin embargo, no desistió de su aventurado proyecto. Estaba constantemente urgiendo el asunto y mostrando cuán beneficioso resultaría para ellos dos y para su ciudad. Por fin logró hacer efectiva la rendición de la ciudad, con su guarnición de cinco mil númidas. Sin embargo, la entrega sólo pupo llevarse a cabo con gran pérdida de vidas. La guarnición estaba compuesta, de lejos, por la mejor caballería del ejército cartaginés; y aunque fueron tomados por sorpresa y no pudieron hacer uso de sus caballos dentro de la ciudad, empuñaron sus armas en la confusión y trataron de abrirse camino. Cuando vieron que la salida resultaba imposible, lucharon hasta el último hombre. No cayeron con vida en manos del enemigo más que cincuenta. La pérdida de esta tropa de caballería resultó un golpe más duro para Aníbal que la pérdida de Salapia; nunca, a partir de aquel momento, volvieron a ser superiores los cartagineses en caballería, que hasta entonces había sido, con mucho, su arma más eficiente.

[26,39] Durante este período, las privaciones de la guarnición romana en la ciudadela de Tarento se habían vuelto casi insoportables; los hombres y su comandante, Marco Livio, tenían puestas todas sus esperanzas en la llegada de suministros enviados desde Sicilia. Para asegurar el paso de estos con seguridad por la costa italiana, se estacionó una escuadra de una veintena de buques en Regio. La flota y los transportes estaban bajo el mando de Décimo Quincio. Era un hombre de humilde cuna, pero sus muchas y aguerridas hazañas le habían ganado una gran reputación militar. Tenía solo cinco buques con los que actuar, las mayores de las cuales, dos trirremes, le habían sido asignadas por Marcelo; posteriormente, debido al eficaz uso que hizo de ellas, se añadieron a su mando tres quinquerremes y, finalmente, obligando a las ciudades aliadas de Regio, Velia y Paestum a suministrar los buques a que les obligaban los tratados, formó la escuadra arriba indicada de veinte naves. Cuando la flota estaba partiendo de Regio, a la altura de Sapriportis, un lugar a unas quince millas de Tarento, fue a dar con la flota tarentina, también de veinte buques, bajo el mando de Demócrates. El prefecto romano, que no había previsto un combate, tenía dada toda la vela; llevaba, no obstante, toda su dotación de remeros, a los que había reunido cuando se encontraba en las cercanías de Crotona y Síbari, y su flota estaba excelentemente provista y tripulada, teniendo en cuenta en tamaño de los busques. Dio la casualidad de que el viento cesó completamente justo cuando el enemigo se hizo visible, por lo que hubo bastante

tiempo para arriar las velas y disponer a remeros y soldados para el combate que se avecinaba. Pocas veces entraron en combate dos flotas con la determinación de aquellas dos pequeñas flotillas, pues combatían más por lo que representaban que por lo que realmente eran. Los tarentinos esperaban, ya que habían recuperado su ciudad de los romanos tras un lapso de casi un siglo, que pudieran recuperar también la ciudadela cortando los suministros enemigos tras privarles del dominio del mar. Los romanos estaban ansiosos por demostrar, reteniendo la ciudadela bajo su control, que Tarento no se había perdido en una lucha justa, sino con engaño y traición. Así que, cuando se dio la señal por cada bando, remaron con sus proas los unos contra los otros; no hubo reservas ni maniobra, tan pronto se ponían al alcance de cualquier nave la trababan y abordaban. Combatían a tan corta distancia que no solo lanzaban proyectiles, también empleaban sus espadas luchando cuerpo a cuerpo. Las proas estaban unidas, y así permanecieron unidas y girando conforme las impulsaban los remos de las popas contrarias. Los buques estaban tan abarrotados y juntos que apenas ningún proyectil dejaba de alcanzar un objetivo y caía al agua. Presionaban unos contra otros como si fuese una línea de infantería, y los combatientes pasaban de barco a barco. Muy notable entre todas fue la lucha de los dos buques que dirigían sus respectivas líneas y que fueron los primeros en enfrentarse.

El propio Quincio estaba en el barco romano, y en el de Tarento iba un hombre llamado Nicón, apodado Percón, que odiaba a los romanos tanto por motivos privados como públicos, y que era igualmente odiado por ellos, pues fue uno de los del grupo que entregó Tarento a Aníbal. Mientras Quincio luchaba y animaba a sus hombres, Nicón le tomó por sorpresa y le atravesó con su lanza. Cayó de bruces sobre la proa y el victorioso tarentino saltó sobre la nave contraria, haciendo retroceder al enemigo que había quedado desconcertado por la pérdida de su jefe. La proa se encontraba ya en manos de los tarentinos y los romanos, apretados, tenían dificultades para defender la popa del buque, cuando de repente hizo su aparición por la popa otro de los trirremes enemigos. Entre ambos capturaron la nave romana. La vista del buque insignia del prefecto en manos enemigas provocó el pánico, y el resto de la flota huyó en todas direcciones; algunas naves fueron hundidas, otras fueron rápidamente embarrancadas en tierra y resultaron capturadas por las gentes de Turios y Metaponto. Muy pocos de los transportes que iban detrás con los suministros cayeron en manos enemigas; el resto, cambiando sus velas para aprovechar los vientos variables, navegaron hacia alta mar. En Tarento, por aquel tiempo, se efectuó una hazaña que terminó con un resultado muy diferente. Estaba dispersa por los campos una fuerza de forrajeo de cuatro mil tarentinos; Livio, el comandante de la guarnición romana, estaba siempre atento a cualquier oportunidad de lanzar un ataque y envió a Cayo Persio, un hombre enérgico, con dos mil quinientos hombres para atacarles. Este cayó sobre ellos, mientras estaban en grupos dispersos por los campos, infligiéndoles graves pérdidas, obligando a los pocos que escaparon a dirigirse en precipitada huida hacia las puertas abiertas de la ciudad. Así pues, las cosas quedaron igualadas por lo que a Tarento respectaba; los romanos quedaron victoriosos por tierra y los tarentinos por mar. Ambos se sintieron igualmente decepcionados en sus esperanzas de obtener el grano que habían tenido a la vista.

[26,40] La llegada de Levino a Sicilia había sido esperaba por todas las ciudades amigas, tanto las que habían sido viejas aliadas de Roma como las que hacía poco se le habían unido. Su primera y más importante tarea era solucionar los asuntos de Siracusa, que, como la paz hacía muy poco que se había establecido, estaban aún en estado de confusión. Cuando hubo cumplido esta tarea, se dirigió a Agrigento, donde los rescoldos de la guerra todavía humeaban y aún permanecía una importante guarnición cartaginesa. La fortuna favoreció su empresa. Hanón estaba al mando, pero los cartagineses depositaban su mayor confianza en Mutines y sus númidas. Este se dedicaba a correr la isla de punta a punta, capturando botín de los amigos de Roma; ninguna fuerza ni estratagema pudo impedirle entrar y salir de Agrigento a su antojo durante sus correrías. Toda esta gloria suya estaba comenzando a eclipsar a la de su propio comandante y terminó por provocar tantos celos que los éxitos obtenidos dejaron de ser bienvenidos a causa del hombre que los había

obtenido. Terminó por dar el mando de la caballería a su propio hijo, con la esperanza de que privando a Mutines de su puesto, destruiría además su influencia entre los númidas. Esto solo consiguió el efecto contrario, pues el malestar provocado hizo que Mutines fuera más popular, y este demostró su resentimiento con la injusticia que le hizo al entrar de inmediato en negociaciones secretas con Levino para la rendición de la ciudad. Cuando sus emisarios hubieron llegado a un acuerdo con el cónsul y organizado el plan de operaciones, los númidas se apoderaron de la puerta que conduce al mar después de masacrar a los hombres de guardia, y admitieron en la ciudad una fuerza romana que estaba dispuesta. Conforme marchaban en filas apretadas hasta el foro y el corazón de la ciudad, en medio de gran confusión, Hanón, pensando que se trataba únicamente de un desorden provocado por los númidas, como ya había sucedido muchas veces antes, se dirigió a calmar el tumulto. Sin embargo, cuando vio a lo lejos un cuerpo mucho más grande que el de los númidas, y al escuchar el bien conocido grito de batalla de los romanos, se dio inmediatamente a la fuga antes de estar a distancia de tiro de un proyectil. Huyendo junto a Epícides por una puerta al otro lado de la ciudad, acompañado por una pequeña escolta, alcanzó la orilla del mar. Aquí fueron lo bastante afortunados como para encontrar un pequeño buque con el que navegaron hacia África, abandonando Sicilia, por la que habían luchado durante tantos años, a su enemigo victorioso. La mezcla de población siciliana y cartaginesa, que habían dejado atrás, no hizo intento alguno de resistencia, sino que se alejó huyendo despavorida y, como todas las salidas estaban cerradas, fue masacrada alrededor de las puertas. Cuando hubo tomado posesión de la plaza, Levino ordenó que los hombres que habían estado al frente de los asuntos de Agrigento fueran azotados y decapitados; al resto de la población la vendió junto con el botín y envió todo el dinero a Roma.

Cuando el destino de los agrigentinos fue universalmente conocido por todos en Sicilia, la totalidad de las ciudades al unísono se declararon a favor de Roma. En poco tiempo, se entregaron clandestinamente veinte ciudades y seis fueron tomadas al asalto, y hasta cuarenta se entregaron bajo protección voluntariamente. El cónsul impuso premios y castigos a los principales hombres de aquella ciudades, de acuerdo con los merecimientos de cada cual, y ahora que lo sicilianos habían por fin depuesto las armas, les obligó a dirigir su atención a la agricultura. Esa fértil isla no solo era capaz de sostener a su propia población, sino que en muchas ocasiones alivió la escasez de Roma, y el cónsul tenía la intención de que lo hiciera nuevamente si fuese necesario. Agathyrna se había convertido en la sede de una población heterogénea, que sumaba unos cuatro mil hombres, compuesta por todo tipo de personajes: refugiados, deudores insolventes que en su mayor parte habían cometido delitos capitales cuando vivían en sus propias ciudades y bajo sus propias leyes y que luego fueron reunidos en Agathyrna por diversos motivos. Levino no consideraba seguro dejar atrás aquellos hombres en la isla, pues serían causa de nuevos disturbios mientras la paz estaba aún asentándose. Los reginos, además, encontrarían en ellos un cuerpo de bandoleros bien experimentado y útil; por consiguiente, Levino los llevó a todos a Italia. En cuanto a Sicilia se refería, el estado de guerra llegó a su fin en este año.

[26.41][12] Al comienzo de la primavera, Publio Escipión dio órdenes para que los contingentes aliados se reunieran en Tarragona. A continuación botó sus barcos y condujo la flota y los transportes a la desembocadura del Ebro, donde también había ordenado que se concentrasen las legiones desde sus cuarteles de invierno. Partió luego de Tarragona con un contingente aliado de cinco mil hombres para el ejército. A su llegada, consideró que debía dirigir algunas palabras de aliento a sus hombres, especialmente a los veteranos que habían pasado por tan terribles desastres. Ordenó por tanto que formasen y se dirigió a las tropas con las siguientes palabras: *Ningún jefe antes que yo, resultando nuevo para sus tropas, había estado en situación de dar tan merecidamente las gracias a sus hombres sin haber tenido que usar de sus servicios. La fortuna me*

12 Tito Livio describe a continuación la caída de Carthago Nova; la sitúa durante el año 210 a.C., pero Polibio, más cercano a los hechos, la data en el 209 a.C., que es la fecha comúnmente aceptada. La aparente contradicción quedaría salvada por el hecho de que la expresión “Al comienzo de la primavera”, se referiría a la del año siguiente.-N. del T.

ha obligado para con vosotros antes de ver siquiera mi provincia o mi campamento; en primer lugar por el devoto afecto que mostrasteis para con mi padre y mi tío, durante sus vidas y tras sus muertes, y nuevamente después, por el valor con el que mantuvisteis la provincia cuando estaba aparentemente perdida tras su terrible derrota, manteniéndola así intacta para Roma y para mí, su sucesor. Nuestra meta y objetivo en Hispania debe ser, con la ayuda del cielo, no tanto mantener nuestras propias posiciones, sino impedir que los cartagineses conserven las suyas. No debemos quedarnos aquí inmóviles, defendiendo la orilla del Ebro contra el cruce del enemigo; debemos cruzarlo nosotros mismos y cambiar el escenario de la guerra. Me temo que este plan, al menos para algunos de vosotros, os pueda parecer demasiado amplio y ambicioso, al recordar las derrotas que hemos sufrido últimamente y al considerar mi juventud. Ningún hombre es menos probable que olvide esas batallas mortales en Hispania que yo, pues mi padre y mi tío murieron con treinta días de diferencia, y mi familia fue golpeada con una muerte tras otra.

Sin embargo, aunque mi corazón esté roto por la orfandad y la desolación de nuestra casa, la buena suerte de la república y el valor de nuestra raza me impiden desesperar del resultado. Ha sido nuestra suerte y destino vencer en todas las grandes guerras sólo tras haber sido derrotados. Por mencionar guerras anteriores, Porsena y los galos y samnitas, solo lo haré de estas dos guerras púnicas. ¿Cuántas flotas, ejército y generales se perdieron en la primera guerra? ¿Y cuántas en esta guerra? En todas nuestras derrotas estuve presente, bien en persona o, cuando no lo estaba, sintiéndolas con más intensidad que nadie. El Trebia, el lago Trasimeno, Cannas... ¿qué son, sino los registros de cónsules romanos y sus ejércitos hechos pedazos? Añadir a estas la defección de Italia, de la mayor parte de Sicilia, de Cerdeña, y luego la cúspide del terror y del pánico; el campamento cartaginés entre el Anio y las murallas de Roma, y la visión del victorioso Aníbal casi dentro de nuestras puertas. En medio de este absoluto colapso, una sola cosa se mantuvo firme y en perfecto estado: el valor del pueblo romano; y solo él sostuvo y levantó cuanto estaba postrado en el polvo. Vosotros, mis soldados, bajo el mando y los auspicios de mi padre, fuisteis los primeros en recuperaros de la derrota de Cannas, bloqueando el camino a Asdrúbal cuando marchaba hacia los Alpes e Italia. De haber unido sus fuerzas con su hermano, el nombre de Roma habría perecido; vuestra victoria nos sostuvo en medio de aquellas derrotas. Ahora, por la bondad del cielo, todo transcurre en nuestro favor; la situación en Italia y Sicilia mejora y es más esperanzadora día a día . En Sicilia, Siracusa y Agrigento han sido tomadas, el enemigo ha sido expulsado de todas partes y la totalidad de la isla reconoce la soberanía de Roma. En Italia, Arpi se ha recuperado y se ha tomado Capua, Aníbal ha escapado precipitadamente atravesando ampliamente Italia, desde Roma hasta el último rincón del Brucio, y reza únicamente para que se le permita hacer una retirada segura y alejarse de la tierra de sus enemigos. En un momento en que una derrota era seguida de cerca por otra y que los mismos dioses parecían estar luchando de parte de Aníbal, vosotros, mis soldados, junto a mis dos padres, dejadme que los honre con el mismo nombre, sostuvisteis en este país la tambaleante fortuna de Roma. ¿Qué resultaría entonces más increíble, sino que decayese vuestro valor cuando allí todo transcurre tan feliz y prósperamente? En cuanto a los últimos acontecimientos, yo quisiera que no me hubiesen causado tan profundo dolor.

Los dioses inmortales, que velan por la suerte de los dominios de Roma, y que movieron a los electores en sus centurias a insistir con una sola voz en que se me concediese el mando supremo, los dioses, digo, nos aseguran mediante augurios, auspicios y hasta por visiones en la noche que todo marchará victoriosa y felizmente para nosotros. También mi propio espíritu, hasta ahora mi más auténtico profeta, presagia que Hispania será nuestra y que dentro de poco todo el que lleve el nombre de Cartago será expulsado lejos de esta tierra y cruzará mar y tierra en vergonzosa fuga. Lo que mi pecho así adivina se confirma por el sólido examen de los hechos. Debido a los malos tratos que han recibido, sus aliados nos están mandando emisarios pidiendo nuestro amparo. Sus tres generales están en desacuerdo, casi enfrentados unos con otros, y tras dividir su ejército en tres cuerpos separados han marchado a diferentes lugares del país. El mismo infortunio se ha

apoderado de ellos como el que a nosotros nos resultó tan desastroso; les están abandonando sus aliados, como a nosotros los celtíberos, y el ejército que demostró ser fatal a mi padre y mi tío ha quedado dividido en cuerpos separados. Su querella interna no les dejará actuar al unísono y, ahora que están divididos, no nos podrán resistir. Dad la bienvenida, soldados, al presagio del nombre que llevo, sed leales a un Escipión que es el fruto de vuestro último comandante, un brote de la rama cortada. ¡Vamos pues, mis veteranos!, y llevad un nuevo ejército y un nuevo comandante a través del Ebro, hasta las tierras que tantas veces recorristeis y en las que habéis dado tantas pruebas de vuestra valía y coraje.

[26,42] Después de encender el ánimo de sus hombres con este discurso, cruzó el Ebro con veinticinco mil soldados de infantería y dos mil quinientos de caballería, dejando a Marco Silano a cargo del país al norte del Ebro con tres mil infantes y trescientos jinetes. Como los ejércitos cartagineses habían tomado, todos, rutas diferentes, algunos de sus colaboradores le instaron a atacar al más cercano, pero él pensaba que si hacía eso corría el riesgo de que todos se concentrasen contra él, y no era rival para los tres juntos. Decidió comenzar con un ataque contra Cartagena, una ciudad que no solo era rica por sus propios recursos, sino por albergar los depósitos de guerra enemigos con sus armas, los caudales y los rehenes de toda Hispania. Tenía también la ventaja adicional de su situación, pues ofrecía una base ideal para la invasión de África y un puerto capaz de albergar una flota por grande que fuese y, hasta donde yo sé, el único puerto en aquella parte de la costa que enfrenta a nuestro mar. Nadie sabía de su intención de marchar, excepto Cayo Lelio, a quien envió con la flota y con instrucciones de acompasar el ritmo de sus barcos de manera que pudiera entrar en el puerto al mismo tiempo que el ejército. Siete días después de dejar el Ebro, las fuerzas de tierra y mar llegaron a Cartagena simultáneamente. El campamento romano se asentó frente al lado norte de la ciudad, y para protegerse contra ataques por la retaguardia se fortificó con una doble empalizada; la parte frontal estaba protegida por la naturaleza del terreno. La situación de Cartagena es la siguiente: Existe una bahía casi a mitad de camino de la costa de Hispania, abierta al ábrego (suroeste) y que se extiende hacia el interior unas dos millas y media y se ensancha unos mil doscientos pasos. Una pequeña isla en la desembocadura de la bahía forma un rompeolas y resguarda de todos los vientos, excepto de los del suroeste. Desde la parte más interior de la bahía, se extiende un promontorio sobre cuyas laderas se asienta la ciudad, rodeándola el mar por este y sur. Por el oeste está rodeada por una lámina de agua que se extiende hacia el norte y varía en profundidad con las subidas y bajadas de la marea. Un istmo de tierra, de alrededor de un cuarto de milla de longitud, conecta la ciudad con el continente. El comandante romano no hizo obras de fortificación por esta parte, pese a haberle costado tan poco; esto fue así, bien porque quisiera impresionar al enemigo con su confianza en sus fuerzas, o porque deseara tener una retirada sin obstáculos en sus frecuentes avances contra la ciudad.

[26.43] Cuando estuvieron dispuestas todas las defensas, llevó las naves al puerto como si fuera a bloquear la plaza por mar. Marchó luego a revistar la flota y advirtió a los capitanes que cuidaran la vigilancia nocturna, pues cuando un enemigo es asediado lo primero que hace es lanzar contraataques en todas direcciones. A su regreso al campamento, explicó a los soldados su plan de operaciones y sus razones para dar comienzo a la campaña con un ataque contra una ciudad solitaria con preferencia sobre cualquier otra cosa. Tras haberlos hecho formar, les dirigió el siguiente discurso: *Soldados, en alguien supone que se os ha traído hasta aquí con el único propósito de atacar a esta ciudad, está fijándose más en el trabajo que os espera que en la ventaja que obtendréis al haceros con ella. Es cierto que vais a atacar las murallas de una sola ciudad, pero capturándola aseguraréis toda Hispania. Aquí están los rehenes tomados de todos los nobles, reyes y tribus, y una vez estén en vuestro poder, todo lo que era de los cartagineses será vuestro. Aquí está la base militar del enemigo, sin la que no podrán continuar la guerra pues han de pagar a sus mercenarios, y ese dinero nos será de la mayor utilidad para ganarnos a los bárbaros. Aquí está su*

artillería, su arsenal, todas sus máquinas de guerra, que de seguido os proporcionará cuando deseéis dejando al enemigo carente de todo lo que necesita. Y lo que es más, llegaremos a ser los dueños no solo de la más rica y hermosa ciudad, sino también del más cómodo puerto desde el que se suministrará todo cuanto se precisa para la guerra, tanto terrestre como marítima. Grandes como serán nuestras ganancias, todavía serán mayores las privaciones que sufrirá el enemigo. Aquí reside su fortaleza, su granero, su tesoro y su arsenal, todo está aquí almacenado. Aquí llegan por ruta directa desde África. Esta es la única base naval entre los Pirineos y Gades; desde aquí amenaza África a toda Hispania. Pero ya veo que estáis completamente dispuestos; pasemos al asalto de Cartagena con toda nuestra fuerza y el valor que no conoce el miedo. Los hombres gritaron todos con una sola voz que cumplirían sus órdenes y marchó con ellos hacia la ciudad. Luego ordenó que el ejército y la flota lanzaran un ataque general.

[26.44] Cuando Magón, el comandante cartaginés, vio se estaba preparando que un ataque por tierra y por mar, dispuso su fuerza del siguiente modo: Situó dos mil ciudadanos en dirección al campamento romano; la ciudadela quedó ocupada por quinientos soldados; otros quinientos fueron situados en la parte más alta de la ciudad, en el cerro que da al este. Al resto de los ciudadanos se le ordenó que estuviesen listos para atender cualquier emergencia repentina o para acudir rápidamente en cualquier dirección en que escucharan el grito de alarma. Entonces se abrió la puerta y se hizo avanzar a los que habían permanecido formados en la calle que conducía al campamento enemigo. Los romanos, bajo la dirección de su general, se retiraron un poco para estar más cerca de los apoyos que se les debía enviar. Al principio, las líneas se enfrentaros entre sí con igualdad de fuerzas; pero conforme llegaron los sucesivos refuerzos, no solo se dieron a la fuga, sino que se les presionó tan de cerca que huyeron con tanto desorden que, de no haber sonado el toque de retirada, con toda probabilidad se habría entrado en la ciudad mezclados con los desordenados fugitivos. La confusión y el terror del campo de batalla se extendió por la ciudad; muchos de los piquetes abandonaron sus puestos aterrorizados; los defensores de las murallas saltaron por el camino más corto y abandonaron las fortificaciones. Escipión había colocado su puesto de mando sobre una altura a la que llamaron Cerro de Mercurio, y desde aquí se apercibió de que la muralla, en muchos lugares, estaba sin defensores. Convocó de inmediato a toda la fuerza al campo para atacar, ordenando que llevasen escalas de asalto. Cubierto por los escudos de los tres vigorosos jóvenes, pues llovían por todas partes los proyectiles arrojados desde las almenas, llegó cerca de las murallas, animando a sus hombres, dando las órdenes precisas y, lo que más estimuló sus esfuerzos, observando con sus propios ojos el valor o la cobardía de cada uno. Tanto se exaltaron, a pesar de los proyectiles y las heridas, que ni las murallas ni los enemigos encima de ellos pudieron impedir que se esforzaran en ser los primeros en llegar arriba. Al mismo tiempo, los barcos comenzaron un ataque contra aquella parte de la ciudad que daba al mar. Aquí, sin embargo, hubo mucho más de ruido y confusión que de asalto eficaz; pues entre que atracaban los buques, llevando las escalas de asalto, y desembarcaban en tierra por donde mejor podían, los hombres se estorbaban los unos a los otros con su prisa e impaciencia.

[26.45] Mientras sucedía todo esto, el general cartaginés guarneció las murallas con sus soldados regulares, a los que suministró ampliamente con proyectiles, de los que había almacenados en grandes cantidades. Pero ni los hombres ni sus proyectiles, ni ninguna otra cosa, resultó ser tan eficaz defensa como las propias murallas. Muy pocas de las escalas eran lo bastante largas como para alcanzar el borde superior de la muralla y cuando más altas eran las escalas, más débiles resultaban. La consecuencia fue que los que llegaban hasta arriba no podían ganar la muralla, y los que venían tras ellos no podían avanzar al romperse las escalas por el propio peso de los hombres. Algunos de los que estaban en lo alto las escaleras, se mareaban por la altura y caían al suelo. Al quebrarse por todas partes las escalas y los hombres, y animarse y envalentonarse los enemigos por su éxito, se tocó señal de retirada. Esto dio esperanza a los sitiados de no solo haber ganado un

respiro en la dura y tenaz lucha, sino también para el futuro, pues creían que la ciudad no podría ser tomada por asalto y que las obras de asedio serían dificultosas y darían tiempo para que se enviasen refuerzos. No había disminuido el ruido y el tumulto de este primer intento, cuando Escipión ordenó que tropas frescas tomasen las escalas de los que estaban agotados y heridos y lanzaran un ataque aún más decidido contra la ciudad. Se había informado, mediante pescadores de Tarragona que habían transitado la laguna en botes ligeros y que a veces habían encallado en las aguas poco profundas, de que era fácil acercarse a pie hasta las murallas durante la marea baja. Se le informó entonces que la marea estaba baja y tomó de inmediato con él unos quinientos hombres, marchando a través del agua. Era cerca del mediodía y no sólo la marea arrastraba el agua hacia el mar, también un fuerte viento del norte soplaba y empujaba en la misma dirección, haciendo la laguna tan poco profunda que marchaban en algunos lugares con el agua por el ombligo y en otros solo por las rodillas. Esta circunstancia, que Escipión ya conocía por haberse informado y haberlo calculado cuidadosamente, la atribuyó a la intervención directa de los dioses, de los que dijo que habían convertido el mar en un camino para los romanos, retirando las aguas y abriendo un paso que nunca antes había sido hollado por pies mortales. Ordenó a sus hombres que siguieran la guía de Neptuno y que se abrieran camino por el centro de la laguna hasta las murallas.

[26.46] Los que estaban atacando por el lado de tierra se encontraban con grandes dificultades. No sólo estaban desconcertados por la altura de los muros, sino que, a medida que se acercaban a ellos, quedaban expuestos a una lluvia de proyectiles por ambos lados, pues sus flancos estaban más expuestos que su frente. En la otra dirección, sin embargo, los quinientos tuvieron más facilidad para cruzar la laguna y ascender desde allí hasta el pie de las murallas. No se habían construido fortificaciones de este lado, ya que se consideraba suficientemente protegido por el lago y por la naturaleza del terreno; tampoco había piquetes de guardia contra cualquier ataque, pues todos estaban tratando de ayudar donde el peligro resultaba visible. Entraron en la ciudad sin encontrar oposición y se dirigieron de inmediato hacia la puerta a cuyo alrededor se habían concentrado los combates. Todos tenían su atención puesta en la lucha; los ojos y los oídos de los combatientes, y hasta los de quienes les contemplaban y animaban, permanecían tan clavados en el combate que ni un solo hombre se dio cuenta de que la ciudad tras ellos había sido capturada, hasta que empezaron a caer los proyectiles desde la retaguardia. Ahora que tenían al enemigo al frente y por detrás, cedieron en su defensa, las murallas fueron tomadas, se forzaron ambos lados de la puerta, que se rompió en pedazos y quedó expedida permitiendo el libre paso de las tropas. Muchos coronaron las murallas e infligieron fuertes pérdidas a los ciudadanos, pero los que penetraron por la puerta marcharon en filas ininterrumpidas por el corazón de la ciudad hasta el foro. Desde este punto, Escipión vio al enemigo retirándose en dos direcciones: un grupo se dirigía a una colina al este de la ciudad, que estaba ocupada por un destacamento de quinientos hombres; los demás iban hacia la ciudadela donde se había refugiado Magón con los hombres que habían sido expulsados de las murallas. Enviando fuerzas para asediar la colina, condujo el resto de sus tropas contra la ciudadela. La colina fue tomada a la primera carga, y Magón, al ver que toda la ciudad estaba ocupada por el y que su situación era desesperada, entregó la ciudadela y sus defensores. La carnicería continuó hasta que se entregó la ciudadela, ningún varón adulto se salvó, pero tras la rendición se dio la señal y se puso fin a la masacre. Los vencedores volvieron entonces su atención al botín, del que había una gran cantidad de todo género.

[26.47] Se hizo prisioneros a unos diez mil hombres libres. Los que eran ciudadanos de Cartagena fueron puestos en libertad y Escipión les devolvió su ciudad y todos los bienes que la guerra les había dejado. Había unos dos mil artesanos; a estos, Escipión los asignó como esclavos del pueblo romano, ofreciéndoles la esperanza de recuperar su libertad si hacían todo cuanto pudieran en las labores que exigía la guerra. Al resto de la población sin impedimento físico, y a los más resistentes de los esclavos, los asignó a la flota para cubrir la dotación de remeros. También

incrementó su flota con los ocho barcos que habían capturado. Además de toda esta población, estaban los rehenes hispanos, a los que trató con tanta consideración como si hubiesen sido los hijos de los aliados de Roma. Se apoderó también de una enorme cantidad de municiones de guerra; ciento veinte catapultas del tamaño más grande y doscientas ochenta y una del más pequeño, veintitrés ballestas pesadas y cincuenta y dos ligeras, junto a un inmenso número de escorpiones de diversos calibres así como proyectiles y otras armas. Se capturaron también setenta y tres estandartes militares. Se llevó ante el general una enorme cantidad de oro y plata, incluyendo doscientas setenta y seis pateras de oro, casi todas de al menos una libra de peso, dieciocho mil libras de plata en lingotes y moneda, y gran cantidad de vasos de plata. Todo esto fue pesado y valorado y entregado luego al cuestor, Cayo Flaminio, así como cuatrocientos mil modios de trigo y doscientos setenta mil de cebada. En el puerto, se capturaron sesenta y tres mercantes, algunos de ellos con sus cargamentos de grano y armas, así como bronce, hierro, velas, esparto y otros artículos necesarios para la flota. En medio de esa enorme cantidad de suministros militares y navales, la misma ciudad fue considerada como el más importante botín de todos.

[26,48] Dejando a Cayo Lelio con los infantes de marina a cargo de la ciudad, Escipión llevó a sus legiones aquel mismo día de vuelta al campamento. Estaban poco menos que agotados; habían luchado en campo abierto, se habían sometido a grandes trabajos y peligros en la toma de la ciudad, y tras la captura habían sostenido un combate en terreno desfavorable con los que se habían refugiado en la ciudadela. Así pues, les dejó descansar un día de todas sus obligaciones militares y les ordenó que se repusieran y descansasen. Al día siguiente impartió órdenes para que todos los soldados y marineros formaran y les dirigiera unas palabras. Lo primero que hizo fue dar gracias a los dioses inmortales, no solo por haberse apoderado en un solo día de la ciudad más rica de toda Hispania, sino también por haber reunido allí todos los recursos de África e Hispania, de manera que nada quedó al enemigo mientras él y sus hombres tenían sobreabundancia de todo. Elogió luego la valentía de sus soldados, a los cuales, dijo, nada había intimidado: ni la salida del enemigo, ni la altura de las murallas, ni la desconocida profundidad de la laguna, ni la fortaleza en la colina ni la desusada fortaleza de la ciudadela. Nada les había impedido superar todos los obstáculos y abrirse camino por todas partes. A pesar de que todos ellos merecían cuantas recompensas les pudiese dar, la gloria de la corona mural pertenecía en particular a quien era el primero en escalar la muralla, y quien considerase que lo merecía debía reclamarla.

Dos hombres se adelantaron, Quinto Trebelio, un centurión de la cuarta legión, y Sexto Digitio, de los aliados navales. La disputa entre ellos no fue tan agria como el entusiasmo con el que cada unidad abogó por la candidatura de su propio miembro. Cayo Lelio, prefecto de la flota, apoyaba al marino; Marco Sempronio Tuditano se puso de parte de sus legionarios. Como el conflicto amenazaba con convertirse en un motín, Escipión anunció que nombraría tres árbitros para que investigaran el caso, tomasen declaración y emitiesen su decisión sobre quién había sido el primero en escalar la muralla y entrar en la ciudad. Cayo Lelio y Marco Sempronio fueron designados por sus propios bandos, y Escipión añadió el nombre de Publio Cornelio Caudino, que no pertenecía a ninguno, ordenando que los tres tomaran asiento y juzgasen el caso. Según procedían, la disputa se enconaba más y más, pues los dos hombres cuya dignidad y autoridad habían ayudado a contener la excitación se habían retirado del tribunal. Al final, Lelio dejó a sus colegas y se adelantó en el tribunal, hacia Escipión, señalándole que el proceso se estaba llevando a cabo sin ningún orden ni contención, y que los hombres estaban casi a punto de llegar a las manos. E incluso si no hubiera recurso a la violencia, el precedente que se estaba sentando era totalmente indeseable, pues los soldados estaban tratando de ganar la recompensa al valor mediante la mentira y el perjurio. Por un lado estaban los soldados de la legión, por el otro los de la flota, todos igualmente dispuestos a jurar por todos los dioses que lo que les parecía y no lo que ellos sabían que era verdad; y dispuestos a convertirse en culpables de perjurio no solo ellos, sino convertir a los estandartes militares, a las águilas y a su solemne juramento de lealtad. Lelio agregó que él señalaba

estas cosas también en representación y por deseo de Publio Cornelio y Marco Sempronio. Escipión aprobó el paso que había dado Lelio y convocó a las tropas. Anunció entonces que se había cerciorado definitivamente de que Quinto Trebelio y Sexto Digitio habían superado la muralla en el mismo momento y debía honrar su bravura condecorando a ambos con una corona mural. Luego otorgó premios al resto de acuerdo al mérito de cada cual. Cayo Lelio, el prefecto de la flota, fue designado para una distinción especial, prodigándole tales alabanzas que le puso en pie de igualdad con él mismo y recompensándole finalmente con una corona de oro y treinta bueyes.

[26,49] Después de esto, ordenó que se convocasen a su presencia los rehenes de las distintas ciudades hispanas. Me resulta difícil dar su número, pues en unas partes veo que se mencionan trescientos y en otras tres mil setecientos veinticuatro. Hay similares discrepancias entre los autores también en otros puntos. Un autor afirma que la guarnición cartaginesa ascendía a diez mil hombres, otro los cifra en siete mil y un tercero los estima en no más de dos mil. En un lugar se hallará que fueron diez mil los prisioneros, en otro se dice que el número excedió los veinticinco mil. De seguir al autor griego Sileno, debería cifrar los escorpiones grandes y pequeños en sesenta; según Valerio Antíate había seis mil de los grandes y trece mil de los pequeños; tan alocadamente exageran los hombres. Es incluso asunto de disputa quién estaba al mando. La mayoría de los autores están de acuerdo en que Lelio mandaba la flota, pero hay algunos que dicen que era Marco Junio Silano. Antíates nos dice que Arines era el comandante cartaginés cuando la guarnición se rindió, otros autores dicen que era Magón. Tampoco están de acuerdo los autores en cuanto al número de barcos que fueron capturados, o el peso del oro y la plata, o la cantidad de dinero que se ingresó en el tesoro. Si hemos de escoger, los números en medio de estos dos extremos sean los que estén, probablemente, más cerca de la verdad. Cuando aparecieron los rehenes, Escipión empezó por inspirarles confianza y disipar sus temores. Habían, les dijo, pasado bajo el poder de Roma, y los romanos preferían mantener atados a los hombres más por los lazos de la amabilidad que por los del miedo. Preferían más que los países extranjeros se les unieran bajo términos de alianza y de mutua buena fe, a mantenerlos bajo dura servidumbre y sin esperanza. A continuación, recogió los nombres de las ciudades de procedencia y cuántos pertenecían a cada una. Se mandaron embajadores a sus hogares, pidiendo a sus amigos que vinieran a hacerse cargo de aquellos que eran de los suyos; de donde resultaron estar presentes embajadores, les hizo entrega en el acto de sus paisanos; el cuidado del resto fue confiado a Cayo Flaminio, el cuestor, con órdenes de prestarles protección y tratarlos bondadosamente. Mientras estaba en estos menesteres, una dama de alta cuna, la esposa de Mandonio, el hermano de Indíbil, régulo de los ilergetes, se adelantó entre la multitud de rehenes y, echándose a llorar a los pies del comandante, le imploró para que acentuara fuertemente en sus guardas el deber de tratar a las mujeres con ternura y consideración. Escipión le aseguró que nada le faltaría a este respecto. Luego, ella continuó: *No damos mucha importancia a estas cosas, pues, ¿qué hay en ello que no sea lo bastante bueno, en las presentes circunstancias? Soy demasiado vieja para temer el daño al que está expuesto nuestro sexo, pero es para las demás jóvenes por las que siento inquietud*. Alrededor de ella estaban las hijas de Indíbil y otras doncellas de igual rango, en la flor de su belleza juvenil, que la miraban como a una madre. Escipión le respondió: *Por el bien de la disciplina que yo, junto al resto de los romanos, mantengo, procuraré que nada de lo que en cualquier parte es sagrado se viole entre nosotros; tu virtud y nobleza de espíritu, que ni en la desgracia has olvidado tu decoro de matrona, me hará ser aún más cuidadoso en este asunto*. A continuación, las puso bajo el cuidado de un hombre de probada integridad, con órdenes estrictas de proteger su inocencia y modestia con tanto cuidado como si fueran las esposas y madres de sus propios huéspedes.

[26,50] Poco después, los soldados llevaron ante él a una doncella adulta que había sido capturada, una muchacha de tan excepcional belleza que atraía todas las miradas por donde quiera que iba. Al preguntarle sobre su país y familia, Escipión se enteró, entre otras cosas, de que había

sido prometida a un joven noble celtíbero de nombre Alucio. De inmediato, envió a buscar a sus padres así como a su prometido, quien, según supo, estaba languideciendo hasta morir de amor por ella. Al llegar este último, Escipión se dirigió a él con términos estudiadamente paternales. *Hablando de joven a joven*, le dijo, *puedo dejar de lado cualquier reserva. Cuando tu prometida fue capturada por mis soldados y me la trajeron, se me informó de que ella te era muy querida, lo que su belleza me hizo creer completamente. Si me fuesen permitidos los placeres propios de mi edad, especialmente los del amor casto y legar, en vez de estar preocupándome con asuntos de estado, habría querido que se me perdonara por amar demasiado ardientemente. Tengo ahora el poder de ser indulgente con otro amor: el tuyo. Tu prometida ha recibido el mismo trato respetuoso desde que está en mi poder que el que hubiera tenido de estar entre sus propios padres. Se te ha reservado, para que se te pudiera entregar como un regalo virgen y digno de nosotros dos. A cambio de este don, solo espero una recompensa: que seas amigo de Roma. Si me consideras un hombre tan recto y honorable como los pueblos de aquí creyeron hasta ahora que eran mi padre y mi tío, podrás asegurar que hay muchos en la ciudadanía romana como nosotros, y estar completamente seguro de, a día de hoy, en ningún lugar del mundo se encontrará nadie a quien desees menos tener por enemigo que a nosotros o a quien anheles más tener como amigo.*

El joven estaba abrumado por la timidez y la alegría. Tomó la mano de Escipión, y pidió a todos los dioses que le recompensaran, pues a él le resultaba imposible devolver en consonancia con sus sentimientos o con la bondad que Escipión le había mostrado. Luego se llamó a los padres y familiares de la muchacha. Habían traído una gran cantidad de oro para su rescate, y cuando les fue entregada libremente pidieron a Escipión que lo aceptara como regalo suyo; haciéndolo así, declararon, manifestarían su mucha gratitud por la devolución, ilesa, de la joven. Al pedírselo con gran insistencia, Escipión manifestó que lo aceptaría, y ordenó que lo pusieran a sus pies. Llamando a Alucio le dijo: *Además de la dote que vas a recibir de tu futuro suegro, recibirás ahora esto de mí como regalo de bodas.* Le dijo entonces que tomara el oro y lo guardase. Encantado con el presente y el digno trato que había recibido, el joven regresó a su hogar y llenó los oídos de sus compatriotas con las alabanzas, justamente ganadas, de Escipión. Entre ellos había llegado un joven, decía, en todo similar a los dioses, abriéndose camino mediante su generosidad y bondad de corazón tanto como por el fuerza de sus armas. Empezó a alistar una fuerza armada de entre sus clientes y regresó a los pocos días junto a Escipión con una fuerza escogida de mil cuatrocientos jinetes.

[26,51] Escipión mantuvo a Lelio consigo para que le asesorase sobre el destino de los prisioneros, los rehenes y el botín; cuando todo quedó dispuesto le asignó uno de los quinquerremes capturados y, embarcando en él a Magón y a una quincena de senadores que habían sido capturados con él, envió a Lelio a Roma para informar de su victoria. Había decidido que pasaría unos días en Cartagena y empleó ese tiempo ejercitando sus fuerzas terrestres y navales. El primer día, las legiones, completamente equipadas, practicaron varias maniobras en un espacio de cuatro millas; el segundo día fue empleado en la limpieza y afilado de sus armas ante sus tiendas; el tercero se enfrentaron en batalla campal, solo con palos y dardos cuyas puntas fueron inutilizadas mediante bolas de corcho o plomo; el cuarto día descansaron y al quinto se ejercitaron nuevamente con las armas. Esta alternancia de ejercicio y el descanso se mantuvo todo el tiempo que permaneció en Cartagena. Los remeros e infantes de marina se hicieron a la mar cuando el tiempo estaba en calma y comprobaron la velocidad y la maniobrabilidad de sus buques en un combate simulado. Estas maniobras se hacían fuera de la ciudad, tanto por tierra como por mar, y agudizaban a los hombres física y mentalmente para la guerra; la misma ciudad resonaba con el fragor de las fábricas militares por los trabajos de los artesanos de toda clase en se habían reunido en los talleres del Estado. El general dedicaba su atención a todo por igual. En ocasiones estaba con la flota, examinando un enfrentamiento naval; otras veces estaba ejercitando a sus legiones; podía luego dedicar algunas horas a inspeccionar el trabajo de los arsenales y astilleros, donde gran número de artesanos competían entre sí para ver quién trabajaba más duramente. Después de dar inicio a estas diversas

tareas, y comprobar que las partes dañadas de la muralla estaban reparadas, partió hacia Tarragona dejando un destacamento en la ciudad para protegerla. Durante su camino se encontró con numerosas legaciones; despidió a algunas tras darles su respuesta aún sobre la marcha; pospuso otras hasta llegar a Tarragona, donde había mandando recado a todos los aliados, antiguos y nuevos, para que se reuniesen con él. Casi todas las tribus al sur del Ebro obedecieron la orden de comparecencia, al igual que muchas de la provincia al norte. Los generales cartagineses hicieron todo lo posible para eliminar los rumores de la caída de Cartagena; después, cuando los hechos resultaron demasiado evidentes como para suprimirlos o tergiversarlos, trataron de minimizar su importancia. Que había sido mediante engaño y por sorpresa, casi a escondidas, dijeron, como se les había arrebatado aquella ciudad en un solo día; que, embriagado por un pequeño éxito, un entusiasmado joven había hecho creer que aquella era una gran victoria. Pero que cuando se enterarse de que tres generales y tres ejércitos victoriosos se abalanzaban sobre él, le asaltaría el doloroso recuerdo de la muerte que ya había visitado a su familia. Esto era lo que generalmente decían a la gente, pero ellos mismos eran totalmente conscientes de cuánto se habían debilitado sus fuerzas por la pérdida de Cartagena.

LIBRO XXVII. ESCIPIÓN EN HISPANIA

[27.1] *(210 a.C.)* Tal era el estado de los asuntos en Hispania. En Italia, el cónsul Marcelo recuperó Salapia mediante traición, y se apoderó por la fuerza de los plazas de los samnitas, Marmórea y Heles. Quedaron allí destruidos tres mil de los soldados que Aníbal había dejado para guarnecer aquellas ciudades. El botín, del que hubo una cantidad considerable, se entregó a los soldados; también se encontraron doscientos cuarenta mil modios de trigo y ciento diez mil modios de cebada. La satisfacción derivada de este éxito quedó, sin embargo, más que compensada por una derrota sufrida unos días más tarde no lejos de Ordona. Esta ciudad se había rebelado contra Roma tras el desastre de Cannas y Cneo Fulvio, el procónsul, estaba acampado ante ella con la esperanza de recuperarla. Había elegido para su campamento una posición que no estaba lo bastante protegida, y el propio campo no tenía sus defensas en buen estado. Siendo ya de natural un general descuidado, se mostraba ahora aún menos cauteloso, toda vez que ahora tenía razones para esperar que los habitantes hubieran flaqueado en su alianza con los cartagineses, pues les habían llegado noticias de la retirada de Aníbal hacia el Brucio, tras la pérdida de Salapia. Todo esto fue debidamente notificado a Aníbal por emisarios de Ordona, y aquella información le hizo ansiar salvar una ciudad aliada y, al mismo tiempo, esperar atrapar a su enemigo con la guardia baja. Con el fin de evitar los rumores sobre su aproximación, se dirigió a Ordona a marchas forzadas y, conforme se acercaba al lugar, formó a sus hombres en orden de batalla con el objetivo de intimidar al enemigo. El comandante romano, igual a él en valor pero muy inferior en habilidad táctica y en número, se apresuró a formar sus líneas y se le enfrentó. La acción fue iniciada con el mayor vigor por la quinta legión y los aliados del ala izquierda. Aníbal, sin embargo, había dado instrucciones a su caballería para que esperase hasta que la atención de la infantería estuviera completamente fijada en la batalla y que después cabalgara alrededor de las líneas; una parte atacaría el campamento romano y la otra la retaguardia romana. Gritaba que ya había derrotado en aquellas tierras a otro Cneo Fulvio, un pretor, dos años antes y, siendo iguales los nombres, también sería igual el resultado del combate. Sus previsiones se hicieron realidad, pues después que las líneas hubieran chocado y caído muchos de los romanos en el combate cuerpo a cuerpo, aunque las filas todavía mantenían el terreno junto a los estandartes, la tumultuosa carga de la caballería por la retaguardia desordenó primero a la sexta legión, que estaba en segunda línea, y después, según presionaban los númidas, a la quinta legión y finalmente a las primeras líneas con sus estandartes. Algunos se dispersaron al huir, otros fueron destrozados entre los dos grupos de atacantes. Fue aquí donde cayó Cneo Fulvio junto con once tribunos militares. En cuanto al número de muertos, ¿quién podría dar una cifra definitiva?, en un autor leo que fueron trece mil y en otro que no fueron más de siete mil. El vencedor se apoderó del campamento y sus despojos. Al enterarse de que Ordona estaba dispuesta a pasarse a los romanos y que no permanecería fiel después de su retirada, trasladó toda la población a Metaponto y Turios, incendiando el lugar. Sus principales ciudadanos, de los que se descubrió que habían mantenido reuniones secretas con Fulvio, fueron condenados a muerte. Aquellos romanos que escaparon del fatal campo de batalla por diversas rutas, casi en su totalidad desarmados, se unieron a Marcelo en el Samnio.

[27,2] Marcelo no estaba especialmente preocupado por este grave desastre. Remitió un despacho al Senado para informarles de la pérdida del general y su ejército en Ordona, añadiendo que él era el mismo Marcelo que había derrotado a Aníbal cuando celebraba su victoria en Cannas, que trataría de enfrentársele y que pronto pondría fin a cualquier satisfacción que pudiera sentir por su reciente victoria. En la misma Roma hubo un gran duelo por lo ocurrido y mucha inquietud en cuanto a lo que podría suceder en el futuro. El cónsul salió del Samnio y avanzó hasta Muro Lucano, en Lucania. Una vez aquí, acampó en un terreno llano, a plena vista de Aníbal, que ocupaba una colina. Para demostrar la confianza que sentía, fue el primero en presentar batalla, y cuando Aníbal vio los estandartes saliendo por las puertas del campamento, no declinó el desafío.

Formaron sus líneas de tal manera que los cartagineses apoyaban su ala derecha en la colina, mientras que la izquierda romana quedaba protegida por la ciudad. Las primeras fuerzas en enfrentarse fueron, por parte romana, la primera legión y el ala derecha de los aliados; por la de Aníbal entraron en combate la infantería hispana y los honderos baleares. Una vez hubo comenzado la batalla, también entraron en acción los elefantes. Durante mucho tiempo, el combate estuvo igualado. La lucha se prolongó desde la tercera hora del día hasta el anochecer y, cuando las primeras líneas quedaron agotadas, la tercera legión relevó a la primera y el ala izquierda de los aliados tomó el lugar del ala derecha. También entraron en acción tropas de refresco por el lado contrario con el resultado de que, en lugar de una lucha desanimada y sin fuerzas, se reanudó una lucha feroz entre soldados que estaban descansados de mente y cuerpo. La noche, sin embargo, separó a los combatientes mientras la victoria estaba todavía indecisa. Al día siguiente, los romanos permanecieron sobre las armas desde el amanecer hasta bien entrado el día, dispuestos a renovar el combate. Pero como el enemigo no hacía acto de presencia, empezaron a recoger los despojos del campo de batalla y, después de apilar los cuerpos de los muertos en un montón, los quemaron. Aníbal levantó el campamento en silencio durante la noche y se retiró a la Apulia. Cuando la luz del día reveló la huida de los enemigos, Marcelo se decidió a seguir su pista. Dejó a los heridos, junto con una pequeña guardia, en Muro Lucano a cargo de Lucio Furio Purpurio, uno de sus tribunos militares, y se aproximó a Aníbal en Venosa. Aquí, durante algunos días, se mantuvieron escaramuzas entre las patrullas de avanzada y combates ligeros en los que tomaron parte tanto la infantería como la caballería, pero sin librarse una batalla campal. En casi todos los casos, los romanos llevaron ventaja. Ambos ejércitos atravesaron la Apulia sin librar ningún combate importante; Aníbal marchaba por las noches, siempre al acecho de una oportunidad para sorprender o emboscar, Marcelo nunca se trasladaba sino a la luz del día, y solo después de un cuidadoso reconocimiento.

[27,3] En Capua, mientras tanto, Flaco estaba ocupado con la venta de los bienes de los ciudadanos principales y el arrendamiento de las tierras de cultivo que habían pasado a propiedad romana; el arrendamiento llegó a pagarse con grano. Como si no faltara nunca un motivo u otro para tratar a los capuanos con la mayor severidad, se reveló un nuevo crimen que había sido tramado secretamente. Fulvio había sacado a sus hombres de las casas de Capua, en parte por el temor de que su ejército se desmoralizase por las atracciones de la ciudad, como le había pasado a Aníbal, y en parte para que quedaran casas que arrendar junto con las tierras que se estaban asignando. Las tropas recibieron orden de construir barracones militares en el exterior de las murallas y puertas. La mayoría de estos se construyeron de adobe o tablas; algunos emplearon mimbres trenzados y cubiertos con paja, como hechos a propósito para incendiarse. Ciento setenta capuanos, con los hermanos Blosio al frente, tramaron un complot para prender fuego a todas aquellas chozas, al mismo tiempo y por la noche. Algunos esclavos de la familia Blosia traicionaron el secreto. Al recibir la información, el procónsul ordenó de inmediato que se cerraran las puertas y que se armaran las tropas. Se arrestó a todos los involucrados en el crimen, se les interrogó bajo tortura, fueron declarados culpables y ejecutados sumariamente. Los informantes recibieron su libertad y diez mil ases cada uno. Las gentes de Nocera Superior y Acerra, habiéndose quejado de que no tenían dónde vivir, pues Acerra estaba parcialmente destruida por el fuego y Nocera Superior totalmente demolida, fueron enviadas por Fulvio a Roma para que comparecieran ante el Senado. Se concedió permiso a los acerranos para reconstruir las casas que habían sido incendiadas, y como el pueblo de Nocera había expresado su deseo de asentarse en Atella, se ordenó a los atelanos que se trasladasen a Calacia. A pesar de los muchos e importantes incidentes, unos favorables y otros desfavorables, que ocupaban la atención pública, no se perdía de vista la situación de la ciudadela de Tarento. Marco Ogulnio y Publio Aquilio fueron nombrados comisionados para comprar grano en Etruria; una fuerza de mil hombres, escogida entre el ejército urbano y con un número igual de contingentes aliados, lo escoltó hasta Tarento.

[27,4] El verano estaba llegando a su fin y se acercaba la fecha de las elecciones consulares. Marcelo escribió para decir que resultaría contrario a los intereses de la república perder contacto con Aníbal, pues le estaba presionando constantemente para rechazarlo y evitando algo como una batalla. El Senado era reacio a llamarlo de vuelta, justo cuando se estaba empleando con más efectividad; al mismo tiempo, estaban inquietos porque no hubiese cónsules para el año siguiente. Decidieron que la mejor opción sería llamar al cónsul Valerio de Sicilia, aunque estuviese fuera de los límites de Italia. El Senado ordenó a Lucio Manlio, el pretor urbano, que le escribiera en este sentido y que, al mismo tiempo, le remitiera el despacho de Marco Marcelo, para que aquel pudiera comprender la razón por la que el senado le reclamada a él desde su provincia en vez de a su colega. Fue por esta época cuando llegaron a Roma los embajadores del rey Sífax. Estos enumeraron las batallas victoriosas que el rey había librado contra los cartagineses, y declararon que no había pueblo del que fueran más enconados enemigos que del de Cartago, y que por ninguno sentían más simpatía que por el de Roma. El rey ya había enviado emisarios a los dos Escipiones en Hispania y deseaba ahora solicitar la amistad de Roma en su misma fuente principal. El Senado no sólo respondió con amabilidad a los embajadores, sino que enviaron a su vez embajadores y regalos al rey, siendo los hombres escogidos para aquella misión Lucio Genucio, Publio Petelio y Publio Popilio. Los presentes que llevaron con ellos consistían en una toga y una túnica púrpuras, una silla de marfil y una patera de oro que pesaba cinco libras. Después de su visita a Sífax, se les encargó que visitasen a otros régulos de África y que llevasen a cada uno, como regalo, una toga pretexta y una pátera de oro de tres libras de peso. También se envió a Marco Atilio y Manlio Acilio hacia Alejandría, ante Ptolomeo y Cleopatra, para recordarles la alianza ya existente y para renovar las relaciones de amistad con Roma. Los regalos que llevaron al rey consistía en una toga y una túnica púrpuras y una silla de marfil; para la reina, llevaron un manto bordado con una capa púrpura. Durante el verano en el que ocurrieron estos hechos, las ciudades y distritos rurales vecinos informaron de numerosos portentos. Se dice que en Túsculo nació un cordero con las ubres llenas de leche; el techo del templo de Júpiter fue alcanzado por un rayo y se derrumbó casi todo el techo; el terreno frente a la puerta de Anagni fue igualmente alcanzada, casi al mismo tiempo, y siguió ardiendo durante un día y una noche sin que nadie alimentase el fuego; en el cruce de Anagni con el bosque consagrado a Diana, los pájaros abandonaron sus nidos; en Terracina, cerca del puerto, se vieron serpientes de extraordinario tamaño que saltaban; En Tarquinia nació un cerdo con cara humana; en las proximidades de Capena sudaron sangre cuatro estatuas, cerca de la arboleda de Feronia, durante un día y una noche. Los pontífices decretaron que aquellos portentos debían ser expiados mediante el sacrificio de bueyes; se designó un día para ofrecer solemnes rogativas en todos los santuarios de Roma, y al día siguiente se ofrecieron similares rogativas en la Campania, en el bosque de Feronia.

[27,5] Al recibir su carta reclamándole, el cónsul Marco Valerio entregó el mando del ejército y la administración de la provincia al pretor Cincio, y dio instrucciones a Marco Valerio Mesala, el prefecto de la flota, para que navegase con parte de sus fuerzas hacia África, corriese correr la costa y, al mismo tiempo, averiguar cuanto pudiera sobre los planes y preparativos de Cartago. Partió luego con diez buques hacia Roma, donde llegó tras una buena travesía. Inmediatamente después de su llegada convocó una reunión del Senado y les presentó un informe de su administración. Durante casi sesenta años, les dijo, Sicilia había sido escenario de guerras por tierra y mar, y los romanos habían sufrido allí numerosas y graves derrotas. Ahora, él había reducido por completo la provincia, no quedaba un cartaginés en la isla y no había un solo siciliano, de los que habían sido expulsados, que no hubiera regresado. Todos habían sido repatriados, estableciéndose en sus propias ciudades y arando sus propios campos. De nuevo se cultivaba la tierra asolada, enriqueciendo a sus cultivadores con sus productos y formando igualmente un baluarte inquebrantable contra la escasez en Roma en tiempos de guerra y la paz. Cuando el cónsul terminó de dirigirse al Senado, fueron

recibidos Mutines y otros que habían prestado un buen servicio a Roma, y las promesas hechas por el cónsul les fueron cumplidas por medio de honores y recompensas. La Asamblea aprobó una resolución, sancionada por el Senado, confiriendo la plena ciudadanía romana a Mutines. Marco Valerio, por su parte, después de haber llegado a las costas africanas con sus cincuenta naves, antes del amanecer, hizo un repentino desembarco contra el territorio de Útica. Ampliando sus correrías a lo largo y ancho, consiguió botín de todo tipo, incluyendo gran número de cautivos. Con estos despojos regresó a sus barcos y navegaron de regreso a Sicilia, entrando en el puerto de Lilibeo al decimotercer día de su partida. Los prisioneros fueron sometidos a un minucioso interrogatorio y se enviaron a Levino las siguientes informaciones, para que pudiera comprender la situación en África: En Cartago estaban cinco mil númidas con Masinisa, el hijo de Gala, hombre joven, emprendedor y de gran energía; otras fuerzas mercenarias habían sido alistadas por toda África para enviarlas a Hispania y reforzar a Asdrúbal, de manera que pudiera tener un ejército tan grande como fuese posible y cruzar hasta Italia para unirse con su hermano, Aníbal. Los cartagineses estaban convencidos de que con la adopción de este plan se aseguraban la victoria. Además de estos preparativos, se estaba alistando una flota inmensa para recuperar Sicilia, esperándose que apareciese por la isla en poco tiempo.

El cónsul comunicó esta información al Senado, y quedaron tan impresionados por su importancia que pensaban que el cónsul no debía esperar a las elecciones, sino regresar de inmediato a su provincia tras nombrar un dictador que presidiera las elecciones. Las cosas se retrasaron un tanto a causa del debate que siguió. El cónsul dijo que, cuando llegase a Sicilia, nombraría a Marco Valerio Mesala, que estaba por entonces al mando de la flota, como dictador; los senadores, por su parte, afirmaban que nadie que estuviese más allá de las fronteras de Italia podía ser nombrado dictador; Marco Lucrecio, uno de los tribunos de la plebe, sometió este punto a discusión y el Senado emitió un decreto por el que se requería al cónsul para que, antes de su partida de la Ciudad, presentara la cuestión ante el pueblo de a quién deseaban nombrar dictador y que luego nombrase a quien el pueblo hubiera elegido. Si el cónsul se negaba a hacer esto, entonces debería presentar la cuestión el pretor, y si se negaba, entonces los tribunos lo presentarían ante el pueblo. Como el cónsul rechazo someter al pueblo lo que era uno de sus propios derechos, y el pretor se había inhibido igualmente de hacerlo, recayó en los tribunos presentar la cuestión, y el pueblo resolvió que Quinto Fulvio, que estaba por entonces en Capua, debía ser el designado. Pero, el día antes de que la Asamblea se reuniera, el cónsul partió en secreto por la noche hacia Sicilia, y el Senado, dejado así en la estacada, ordenó que se enviase una carta a Marcelo, urgiéndole a venir en auxilio de la república a la que su colega había abandonado, y nombrase a la persona a quien el pueblo había resuelto tener como dictador. Así pues, Quinto Fulvio fue nombrado dictador por el cónsul Marco Claudio, y por la misma resolución del pueblo, Publio Licinio Craso, el Pontífice Máximo, fue nombrado por Quinto Fulvio como su jefe de la caballería *(210 a.C.)*.

[27,6] Al llegar el Dictador a Roma, envió a Cayo Sempronio Bleso, que había sido su segundo al mando en Capua, con el ejército en Etruria, para relevar a Cayo Calpurnio, a quien había enviado órdenes escritas para que se hiciera cargo del mando de su propio ejército en Capua. Fijó la fecha más temprana posible para las elecciones, pero no pudieron quedar cerradas debido a una diferencia entre los tribunos y el Dictador. A la centuria junior de la tribu Galeria le había tocado votar en primer lugar, habiéndose declarado por Quinto Fulvio y Quinto Fabio. Las restantes centurias, convocadas por su orden, habrían seguido el mismo camino de no haber intervenido dos de los tribunos de la plebe, Cayo Arrenio y su hermano Lucio. Dijeron que los derechos de sus conciudadanos estaban siendo infringidos al prorrogar el mandato de un magistrado, y que era una ofensa todavía mayor para el hombre que estaba dirigiendo las elecciones el permitir que lo eligieran a él mismo. Por lo tanto, si el dictador aceptaba votos para sí, debían interponer su veto al proceso, pero no lo harían si se daban nombres distintos del suyo. El dictador defendió el procedimiento alegando como precedentes la autoridad del Senado y una resolución de la

Asamblea. *Cuando Cneo Servilio,* dijo, *era cónsul, y habiendo caído el otro cónsul en combate en el lago Trasimeno, esta cuestión fue remitida por la autoridad del Senado al pueblo, y este aprobó una resolución por la que, mientras hubiese guerra en Italia, el pueblo tenía el derecho de nombrar nuevos cónsules, y a quienes hubiesen sido cónsules, con la frecuencia que quisiera. Tengo un antiguo precedente de mi actuación en este caso en el ejemplo de Lucio Postumio Megelo, que fue elegido cónsul junto con Cayo Junio Bubulco en las mismas elecciones que presidía como interrex; y una más reciente en el caso de Quinto Fabio Máximo, que ciertamente nunca habría permitido que a él mismo se le reeligiera si no hubiera sido en interés del Estado.*

Siguió una larga discusión y se llegó finalmente a un acuerdo entre el Dictador y los tribunos, que se sometería al dictamen del Senado. En vista de la crítica situación de la república, el Senado consideró que la dirección de los asuntos debía estar en manos de un hombre mayor y con experiencia bélica, y que no debiera haber ningún retraso en las elecciones. Los tribunos cedieron y las elecciones se celebraron. Q. Fabio Máximo salió cónsul, por quinta vez, y Quinto Fulvio Flaco por cuarta vez. Siguió la elección de los pretores, siendo los candidatos: Lucio Veturio Filón, Tito Quincio Crispino, Cayo Hostilio Túbulo y Cayo Aurunculeyo. En cuanto fueron nombrados los magistrados del año siguiente, Quinto Fulvio renunció a su cargo. Al final de este verano, una flota cartaginesa de cuarenta barcos bajo el mando de Amílcar navegó hasta Cerdeña y devastó el territorio de Olbia. Ante la aparición del pretor Publio Manlio Volso con su ejército, navegaron hacia el otro lado de la isla y devastaron los campos calaritanos, tras lo que volvieron a África con toda clase de botín. Varios sacerdotes romanos murieron este año y se nombró otros en su lugar. Cayo Servilio fue nombrado pontífice en lugar de Tito Otacilio Craso. Tiberio Sempronio Longo, hijo de Tiberio, fue designado augur en lugar de Tito Otacilio Craso; Tiberio Sempronio Longo, hijo de Tiberio, fue igualmente nombrado decenviro de los Libros Sagrados en puesto de Tiberio Sempronio Longo, hijo de Tiberio. También tuvieron lugar las muertes de Marco Marcio, el Rex Sacrorum, y de Marco Emilio Papo, el Curio Máximo; estas vacantes no fueron cubiertas durante aquel año. Los censores nombrados este año fueron Lucio Veturio Filón y Publio Licinio Craso, el Pontífice Máximo. Licinio Craso no había sido cónsul ni pretor antes de ser nombrado censor, sino que pasó directamente de la edilidad a la censura. Estos censores, sin embargo, no revisaron la lista de senadores, ni tampoco llevaron a cabo ninguna otra actividad pública; la muerte de Lucio Veturio puso fin a la censura, pues Licinio renunció inmediatamente al cargo. Los ediles curules, Lucio Veturio y Publio Licinio Varo, celebraron los Juegos Romanos durante un día. Los ediles plebeyos, Quinto Cacio y Lucio Porcio Licinio, dedicaron el dinero procedente de las multas a la fundición de estatuas de bronce para el templo de Ceres; también celebraron los Juegos Plebeyos con gran esplendor, considerando los recursos disponibles en aquel momento.

[27,7] Al cierre del año llegó a Roma Cayo Lelio, treinta y cuatro días después de salir de Tarragona. Su entrada en la ciudad con el grupo de prisioneros fue contemplada por una gran multitud de espectadores. Al día siguiente compareció ante el Senado e informó de que Cartagena, la capital de Hispania, había sido capturada en un solo día, así como que varias ciudades rebeldes se habían recuperado y se habían recibido otras en alianza. La información obtenida de los prisioneros coincidió con la transmitida por los despachos de Marco Valerio Mesala. Lo que produjo mayor impresión en el Senado fue la amenazante marcha de Asdrúbal a Italia, que apenas podía mantenerse firme contra Aníbal y su ejército. Cuando Lelio fue llevado ante la Asamblea, reiteró las declaraciones ya realizadas en el Senado. Se decretó un día para una solemne acción de gracias por las victorias de Publio Escipión, y se ordenó a Cayo Lelio que volviera tan pronto como pudiera a Hispania con los buques que había traído. Siguiendo a muchos autores, he referido la captura de Cartagena durante este año, aunque soy bien consciente de que otros la sitúan al año siguiente. Sin embargo, esto parece improbable, pues Escipión no podría haber pasado todo un año en Hispania sin hacer nada. Los nuevos cónsules entraron en funciones el 15 de marzo *(209 a.C.)*, y el mismo día el Senado les asignó sus provincias. Ambos ostentarían mandos en Italia; Tarento sería el

objetivo de Fabio, mientras que Fulvio habría de operar en la Lucania y el Brucio. Marco Claudio Marcelo vería extendido su mando otro año y los pretores sortearon sus provincias: Cayo Hostilio Túbulo obtuvo la pretura urbana; Lucio Veturio Filón, la pretura peregrina junto con la Galia; Capua correspondió a Tito Quincio Crispino y Cerdeña a Cayo Aurunculeyo. La distribución de los ejércitos quedó como sigue: Las dos legiones que Marco Valerio Levino tenía en Sicilia fueron asignadas a Fulvio; las que Cayo Calpurnio había mandado en Etruria fueron transferidas a Quinto Fabio; Cayo Calpurnio permanecería en Etruria y las fuerzas urbanas quedarían bajo su mando; Tito Quincio mandaría el ejército que había tenido Quinto Fulvio; Cayo Hostilio se haría cargo de su provincia y del ejército del propretor Cayo Letorio, que estaba por entonces en Rímini. Las legiones que habían servido con el cónsul fueron asignados a Marco Marcelo. Marco Valerio y Lucio Cincio vieron extendido su mando en Sicilia, y el ejército de Cannas fue puesto bajo su mando; se les ordenó que completaran sus plantillas con lo que quedaba de las legiones de Cneo Fulvio. Estas fueron reunidas y enviadas por los cónsules a Sicilia, donde fueron sometidas a las mismas condiciones humillantes que los derrotados de Cannas y que las del ejército del pretor Cneo Fulvio, que habían sido enviadas por el Senado a Sicilia como castigo por una huida similar. Las legiones con las que Publio Manlio Vulso había sostenido Cerdeña fueron puestas bajo Cayo Aurunculeyo y permanecieron en la isla. Publio Sulpicio retuvo su mando por un año más, con instrucciones de emplear la misma legión y la misma flota que había tenido anteriormente contra Macedonia. Se emitieron órdenes para enviar treinta quinquerremes desde Sicilia al cónsul en Tarento, el resto de la flota navegaría a África y devastaría la costa bajo el mando de Marco Valerio Levino o, si él no pudiera ir, que enviase a Lucio Cincio o a Marco Valerio Mesala. No hubo cambios en Hispania, salvo que Escipión y Silano vieron extendidos sus mandos, pero no por un año, sino hasta el momento en que les reclamase el Senado. Tal fue la distribución de las provincias y los mandos militares para el año.

[27,8] Mientras la atención pública estaba centrada en asuntos más importantes, una antigua controversia fue reavivada con ocasión de la elección del Curio Máximo en sustitución de Marco Emilio. Había un candidato, un plebeyo llamado Cayo Mamilio Atelo, y los patricios sostenían que no se debía contabilizar ningún voto en su favor, pues nunca nadie, más que un patricio, había ostentado aquella dignidad. Los tribunos, al ser requeridos, remitieron el asunto al Senado y este lo dejó a la decisión del pueblo. En consecuencia, Cayo Mamilio Atelo fue el primer plebeyo en ser elegido Curio Máximo. Publio Licinio, el Pontífice Máximo, obligó a Cayo Valerio Flaco a ser consagrado, en contra de su voluntad, flamen dial. Cayo Letorio fue nombrado como uno de los decenviros de los libros sagrados, en lugar de Quinto Mucio Escévola, fallecido. Habría yo preferido guardar silencio sobre la causa de su forzosa consagración, si su mala reputación no hubiese devenido en buena por tal motivo. Fue a consecuencia de su vida disoluta y descuidada por lo que este joven, que se había distanciado de su propio hermano Lucio y de sus familiares, fue consagrado como flamen por el Pontífice Máximo. Cuando sus pensamientos estuvieron totalmente ocupados con el ejercicio de sus funciones sagradas, se despojó de su antiguo carácter tan completamente que, entre los jóvenes de Roma, ninguno ocupó un lugar más alto en la estima y aprobación de los dirigentes patricios, fuesen amigos o extraños. Animado por este aprecio general, logró la suficiente confianza para revivir una costumbre que, debido al poco carácter de los anteriores flámines, hacía mucho que había caído en desuso y tomó su asiento en el Senado. Al tratar de entrar, el pretor Lucio Licinio lo expulsó. Él reclamó aquel antiguo privilegio de los sacerdotes, pidiendo que se le confiera junto con la toga pretexta y la silla curul, como flamen que era. El pretor rehusó considerar el asunto basándose en precedentes obsoletos procedentes de los analistas y apeló al uso reciente. Ningún flamen dial, arguyó, había ejercido aquel derecho desde que tenían memoria sus padres o abuelos. Los tribunos, cuando se les requirió, dieron su opinión de que, habiendo caído en desuso aquella práctica por la indolencia y dejadez de flámines individuales, no se podía privar de sus derechos al sacerdocio. Condujeron al flamen al interior de la Curia entre

la calurosa aprobación de la misma y sin ningún tipo de oposición, ni siquiera del pretor, pues todos pensaban que Flaco se había ganado su asiento más por la pureza e integridad de su vida que por cualesquiera derechos inherentes a su cargo.

Antes que los cónsules partieran hacia sus provincias, alistaron dos legiones en la Ciudad para proveer los soldados que precisaban los ejércitos. El antiguo ejército urbano fue puesto por el cónsul Fulvio bajo el mando de su hermano Cayo para que sirviera en Etruria, las legiones que estaban allí serían enviadas a Roma. El cónsul Fabio ordenó a su hijo Quinto que llevase a Marco Valerio, el procónsul en Sicilia, el resto, a medida que los reuniese, del ejército de Fulvio. Ascendieron a cuatro mil trescientos cuarenta y cuatro hombres. Al mismo tiempo, debía recibir del procónsul dos legiones y treinta quinquerremes. La retirada de estas legiones de la isla no debilitaría la fuerza de ocupación en número o eficacia, porque además de las dos legiones veteranas que habían sido ahora reforzadas hasta su dotación completa, el procónsul disponía de un numeroso cuerpo de desertores númidas, montados y desmontados, y había alistado también a aquellos sicilianos que habían servido con Epícides y los cartagineses y que eran soldados experimentados. Mediante el fortalecimiento de cada una de las legiones romanas con estos auxiliares extranjeros, les dio la apariencia de dos ejércitos completos. A uno de estos lo puso bajo Lucio Cincio, para proteger aquella parte de la isla que había constituido el reino de Hierón; a la otra la mantuvo bajo su propio mando, para la defensa del resto de Sicilia. También distribuyó su flota de setenta buques, a fin de que pudiera defender toda la costa de la isla. Escoltado por la caballería de Mutines, hizo un recorrido por la isla con el fin de inspeccionar el terreno y anotar qué partes eran cultivadas y cuáles no, felicitando o reprendiendo en consecuencia a los dueños. Debido a su cuidado y atención, hubo tan gran cosecha de grano que fue capaz de enviar a Roma y acumular, además, en Catania para proporcionar suministros al ejército que debía pasar el verano en Tarento.

[27,9] La deportación de los soldados a Sicilia, la mayoría de los cuales pertenecían a los latinos y otras naciones aliadas, estuvo a punto de provocar un levantamiento; hasta tal punto, con frecuencia, tan pequeños motivos provocan tan graves consecuencias. Se celebraron reuniones entre los latinos y las comunidades aliadas en las que se quejaron sonoramente de que durante diez años habían sido sangrados con levas e impuestos de guerra; habían combatido cada año solo para sufrir una gran derrota, y a los que no morían en batalla se los llevaba la enfermedad. Un compatriota que fuese reclutado por los romanos era mayor pérdida para ellos que el que hubiera sido hecho prisioneros por los cartagineses, pues este último era enviado de vuelta a su casa sin rescate mientras que al primero se le mandaba fuera de Italia, en lo que era más un exilio que no un servicio militar. Allí, los hombres que habían combatido en Cannas llevaban gastados ocho años de sus vidas, y allí podrían morir antes de que el enemigo, que nunca había sido más fuerte de lo que era hoy, abandonara suelo italiano. Si los viejos soldados no iban a volver, y siempre se estaba alistando otros nuevos, pronto no quedaría nadie. Se verían obligados, por lo tanto, antes de llegar al último extremo de despoblación y hambre, a negar a Roma lo que las necesidades de su situación pronto harían imposible de conceder. Si los romanos vieran que esta era la decisión unánime de sus aliados, seguramente empezará a pensar en hacer la paz con Cartago. De lo contrario, Italia nunca se vería libre de la guerra mientras Aníbal estuviese vivo. Tal fue el tono general de las reuniones. Había por aquel entonces treinta colonias pertenecientes a Roma. Doce de ellas anunciaron a los cónsules, a través de sus representantes en Roma, que no tenían medios con los que proporcionar hombres ni dinero. Las colonias en cuestión eran Ardea, Nepi, Sutri, Alba, Carseoli, Suessa, Cercei, Sezze, Calvi Risorta, Narni, Interamna Sucasina.

Los cónsules, sorprendidos por esta medida sin precedentes, quisieron amedrentarlos de seguir tan detestable actitud, pensando que tendrían más éxito mediante la inflexible temeridad que con la adopción de métodos más suaves. *Vosotros, colonos*, dijeron, *habéis osado dirigir a nosotros, los cónsules, un lenguaje que no podemos permitirnos repetir abiertamente en el Senado, pues no es un simple rechazo de las obligaciones militares, se trata de una rebelión abierta contra Roma.*

Debéis regresar inmediatamente a vuestras colonias, cuando todavía vuestra traición está limitada a las palabras, y consultar con vuestro pueblo. No sois campanos ni tarantinos, sino romanos; surgisteis de Roma y desde Roma habéis asentado colonias en tierras capturadas al enemigo para así aumentar sus dominios. Cuanto los hijos deben a los padres, vosotros debéis a Roma, si es que aún os queda un sentimiento filial o amor por ella y recuerdo de la madre patria. Así que debéis reanudar vuestras deliberaciones, pues lo que ahora contempláis tan irresponsablemente significa la traición a la soberanía de Roma y rendir la victoria en manos de Aníbal. Tales fueron los argumentos que cada uno de los cónsules presentó extensamente, pero sin producir impresión alguna. Los enviados dijeron que no tenían respuesta que llevar a casa, ni existía otra política que tuviera que considerar su senado, al no quedar ni un hombre disponible para alistar ni dinero para su paga. Al ver los cónsules que su determinación era inquebrantable, llevaron el asunto ante el Senado. Aquí se produjo tal consternación y general alarma, que la mayoría de los senadores declaró que el Imperio estaba condenado al fracaso, otras colonias tomarían el mismo, así como también los aliados; todos habían acordado conjuntamente traicionar la ciudad de Roma a Aníbal.

[27.10] Los cónsules hablaron al Senado con términos tranquilizadores. Declararon que las otras colonias permanecían tan leales y obedientes como siempre, y que incluso las colonias que se habían olvidado de su deber aprenderían a respetar el imperio si se les enviaban representantes del gobierno con palabras de amonestación, que no de súplica. El Senado dejó que los cónsules tomasen las medidas que considerasen mejores para los intereses del Estado. Después de sondear el sentir de las restantes colonias, convocaron a sus delegados a Roma y les preguntaron si tenían soldados dispuestos, de acuerdo con los términos de su constitución. Marco Sextilio, de Fregellas, actuando como portavoz de las dieciocho colonias, respondió que el número estipulado de soldados estaba listo para el servicio, que proporcionarían más si se necesitaban y que harían todo lo posible para llevar a cabo los deseos y órdenes del pueblo romano. No tenían insuficiencia de recursos y poseían una cantidad más que suficiente de lealtad y buena disposición. Los cónsules les dijeron en respuesta que sentían no poder alabar su conducta como merecían, a menos que la institución del Senado se lo agradeciera, y por esto les pidieron que les siguieran a la Curia. El Senado aprobó una resolución, que les fue leída, redactada en los términos más elogiosos y corteses. Se encargó a los cónsules que los presentaran ante la Asamblea y que, entre todos los restantes espléndidos servicios que les habían prestado a ellos y a sus antepasados, hicieran mención especial de esta nueva obligación que habían añadido a la República. A pesar de haber pasado tantas generaciones, no se debe omitir su nombre ni retener sus merecidas alabanzas. Segni, Norba, Satícula, Fregellas, Lucera, Venosa, Brindisi, Atri, Firmo y Rímini; en el mar Tirreno: Ponza, Pesto y Cosa; y las colonias del interior: Benevento, Isernia y Spoleto, Plasencia y Cremona. Tales fueron las colonias con cuya ayuda y socorro se confirmó el dominio de Roma; estas fueron a quienes públicamente dieron las gracias el Senado y la Asamblea. El Senado prohibió toda mención de las restantes colonias que se habían mostrado infieles para con el imperio; los cónsules debían ignorar a sus representantes, ni se les retendría, ni se les despediría ni se dirigirían a ellos, dejándolos en absoluta soledad. Ciertamente, este silencioso reproche pareció lo más acorde con la dignidad del pueblo de Roma. Los restantes preparativos de la guerra ocuparon entonces la atención de los cónsules. Se decidió entregar a los cónsules el *oro vigesimario*, que se mantenía oculto en el tesoro como reserva para casos de extrema urgencia. Se sacaron cuatro mil libras de oro. De estas, quinientas cincuenta libras se entregaron a cada uno de los cónsules y a los procónsules Marco Marcelo y Publio Sulpicio. Se entregó una cantidad similar a Lucio Veturio, a quien había correspondido la provincia de la Galia, y se puso un subsidio especial de cien libras en manos del cónsul Fabio, para ser llevado a la ciudadela de Tarento. El resto se empleó en la compra, mediante efectivo y a precios de mercado, de vestuario para el ejército de Hispania, cuyas victoriosas acciones agrandaban su propia fama y la de sus generales.

[27,11] Además, se decidió que antes de que los cónsules abandonasen la Ciudad se debían expiar determinados portentos. Varios lugares habían sido alcanzados por un rayo: la estatua de Júpiter en el Monte Albano y un árbol cerca de su templo, un bosque en Ostia, la muralla de la ciudad y el templo de la Fortuna en Capua y la muralla y una de las puertas en Sinuessa. Algunas personas afirmaron que había fluido sangre en el agua en el lago Albano y que en el santuario del templo de Fors Fortuna, en Roma, se había caído por sí misma una estatuilla de la diadema de la diosa en su mano. Se creía con seguridad que en Priverno había hablado un buey y que un buitre había descendido sobre una tienda en el foro lleno de gente. En Sinuessa se dijo que había nacido un niño de sexo dudoso, esos que se suelen llamar andróginos -palabra, como otras muchas, tomadas del griego, idioma que admite las palabras compuestas-, también se informó de que había llovido leche y que había nacido un niño con cabeza de elefante. Estos portentos fueron expiados mediante el sacrificio de víctimas mayores, designándose un día para rotativas especiales en todos los santuarios y una plegaria de expiación en un solo día. Además, se decretó que el pretor Cayo Hostilio debía ofrecer y celebrar los Juegos de Apolo, en estricta conformidad con la práctica de los últimos años. Durante este intervalo, el cónsul Quinto Fulvio convocó la Asamblea para elegir a los censores. Dos hombres fueron elegidos, ninguno de los cuales había alcanzado la dignidad de cónsul: Marco Cornelio Cétego y Publio Sempronio Tuditano. La plebe adoptó una medida, sancionada por el Senado, autorizando a estos censores a permitir que el territorio de Capua fuese arrendado a ocupantes individuales. Se retrasó la revisión de la lista del Senado por diferencias entre ellos en cuanto a quién debía ser elegido como príncipe del Senado. La elección había recaído sobre Sempronio; Cornelio, sin embargo, insistió en que se debía seguir la costumbre tradicional según la cual el hombre que hubiera sido el primero de sus contemporáneos en vivir hasta ser nombrado censor debía ser siempre elegido como príncipe del Senado, quien en este caso resultaba ser Tito Manlio Torcuato. Sempronio respondió que los dioses, que le habían conferido el derecho de elegir, también le habían otorgado el derecho de hacerlo libremente; así pues, actuaría a su propio arbitrio y elegía a Quinto Fabio Máximo, el hombre al que declaraba el más importante de todos los romanos, afirmación que podría demostrar ante el propio Aníbal. Tras una larga argumentación, su colega cedió y Sempronio eligió a Quinto Fabio Máximo como Príncipe del Senado. Se procedió entonces a la revisión de la lista, de la que se quitaron ocho nombres entre los que estaba en el Marco Cecilio Metelo, el autor de la infame propuesta de abandonar Italia después de Cannas. Por la misma razón, algunos fueron eliminados del orden ecuestre, pero hubo muy pocos sobre los que recayera tal mancha de vergüenza. Todos los que habían pertenecido a la caballería de las legiones de Cannas, y que estuvieran en Italia por aquel entonces -había un número considerable de estos-, fueron privados de sus caballos. Este castigo se hizo aún más pesado al extender su servicio militar obligatorio. No se contarían los años que habían servido con los caballos proporcionados por el Estado, tendrían que servir diez años a partir de esa fecha con sus propios caballos. Se descubrió gran cantidad de hombres que debían haber servidor, y a cuantos de ellos hubieran alcanzado la edad de diecisiete años al comienzo de la guerra, sin haber prestado servicio alguno, se les degradó a erarios. A continuación, los censores firmaron los contratos para la reconstrucción de los lugares alrededor del Foro que habían sido destruidos por el fuego; estos comprendían siete tiendas, el mercado de pescado y el atrio de las Vestales.

[27.12] Después de despachar sus asuntos en Roma, los cónsules partieron a la guerra. Fulvio fue el primero en marchar y se adelantó hasta Capua. Después de unos días le siguió Fabio y, en una entrevista personal con su colega, le instó enérgicamente, como había hecho con Marcelo por carta, para que hiciera cuanto le fuera posible para mantener a Aníbal a la defensiva mientras él mismo atacaba Tarento. Señaló que el enemigo había sido ya rechazado de todas partes, y que si se le privaba de aquella ciudad no quedaría posición en la que se pudiera sostener ni lugar seguro al que retirarse, no quedaría ya nada en Italia que le sostuviera. También envió un mensaje al comandante de la guarnición que Levino había situado en Reggio, como freno frente a los brucios. Era esta una

fuerza de ocho mil hombres, procedentes la mayoría, como hemos dicho, de Agathyrna en Sicilia, acostumbrados todos a vivir de la rapiña; su número se había incrementado con los desertores del Brucio, que se mostraban igualados en su imprudencia y su gusto por aventuras desesperadas. Fabio ordenó al comandante que llevase estas fuerzas al Brucio y asolase el país, atacando luego la ciudad de Caulonia. Ejecutaron sus órdenes con presteza y entusiasmo, y después de saquear y dispersar a los campesinos, lanzaron un furioso ataque contra la ciudadela. La carta del cónsul y su propia convicción de que ningún general romano, excepto él, estaba a la altura de Aníbal, lanzaron a Marcelo a la acción. Tan pronto como hubo hecho acopio del forraje de los campos, levantó sus cuarteles de invierno y se enfrentó a Aníbal en Canusium. El cartaginés estaba intentando inducir a los canusios a rebelarse pero se alejó al enterarse de la aproximación de Marcelo. Como era campo abierto, sin presentar cobertura para una emboscada, empezó a retirarse a una zona más boscosa. Marcelo le siguió pisándole los talones, estableció su campamento cerca del de Aníbal y en el momento en que hubo terminado sus fortificaciones condujo sus legiones a la batalla. Aníbal no veía la necesidad de correr el riesgo de una batalla campal y mandó destacamentos de caballería y honderos para escaramucear. Fue arrastrado, sin embargo, a la batalla que había tratado de evitar porque, después de haber estado marchando toda la noche, Marcelo le alcanzó en terreno llano y abierto, impidiéndole fortificar su campamento mediante el ataque a todas sus partidas de fortificación. Siguió una enconada batalla en la que se enfrentaron todas las fuerzas de ambos ejércitos, separándose igualados al caer la noche. Ambos campamentos, separados por sólo un pequeño intervalo, se fortificaron a toda prisa antes de que oscureciera. Tan pronto como empezó a clarear el amanecer, Marcelo marchó con sus hombres al campo y Aníbal aceptó el reto. Habló para animar a sus hombres, pidiéndoles que recordasen el Trasimeno y Cannas, que domesticasen la insolencia de su enemigo que no cesaba de presionarles y pisarles los talones, impidiéndoles fortificar su campamento y sin darles respiro ni tiempo para mirar a su alrededor. Día tras día, dos cosas veían sus ojos al mismo tiempo: la salida del Sol y la línea de combate romana en la llanura. Si el enemigo se retiraba con graves pérdidas tras una batalla, él podría conducir sus acciones son más tranquilidad y consejo. Animados por las palabras de su general y exasperados por el modo desafiante con que el enemigo se provocaba e incitaba, dieron comienzo a la batalla con gran ánimo. Después de más de dos horas de combate, el contingente aliado en el ala derecha romana, incluyendo a las levas especiales, empezó a ceder. En cuanto Marcelo vio esto, llevó al frente la décimo octava legión. Tardaron en llegar y, como los otros estaban vacilando y retrocediendo, al final toda la línea quedó paulatinamente desordenada y, finalmente, derrotada. Perdido el miedo a la vergüenza, se dieron a la fuga. Dos mil setecientos romanos y aliados cayeron en la batalla y durante la persecución; entre ellos se encontraban cuatro centuriones y dos tribunos militares: Marco Licinio y Marco Helvio. Se perdieron cuatro estandartes en el ala que inició el combate y dos de la legión que acudió en su apoyo.

[27,13] Una vez en el campamento, Marcelo se dirigió con tan apasionada e incisiva reprobación a sus hombres que sufrieron más por las palabras de su enojado general que por la adversa lucha que habían sostenido durante todo el día. *Tal como están las cosas*, dijo, *estoy devotamente agradecido a los dioses porque el enemigo no haya atacado el campamento mientras con vuestro pánico corríais atravesando las puertas y saltando la empalizada; es seguro que habríais abandonado vuestro campamento con el mismo terror salvaje con que habéis abandonado el campo de batalla. ¿Qué significa este pánico, este terror? ¿Qué os ha pasado de repente para que olvidéis quiénes sois y contra quiénes lucháis? Son estos, sin duda, los mismos enemigos a los os que estuvisteis derrotando y persiguiendo el pasado verano, a los que habéis estado siguiendo tan de cerca los últimos días mientras huían de vosotros noche y día, a los que habéis acosado en escaramuzas y a los que hasta ayer habíais impedido avanzar o acampar. Paso por alto los sucesos por los que os podáis vanagloriar, sólo voy a mencionar una circunstancia que os debería llenar de vergüenza y remordimientos. Ayer por la noche, como sabéis, os retirasteis del campo de batalla en*

igualdad con el enemigo. ¿Qué ha hecho cambiar la situación durante la noche o durante el día? ¿Se han debilitado vuestras fuerzas o fortalecido las de ellos? En verdad que no me parece estar hablando a mi ejército, o a soldados romanos; parecéis solo sus cuerpos y armas. ¿Os creéis que si hubieseis poseído el espíritu de los romanos, habría podido el enemigo ver vuestras espaldas o capturar un solo estandarte de cualquier manípulo o cohorte? Hasta ahora se enorgullecían de haber destrozado legiones romanas; vosotros habéis sido los primeros en concederles la gloria de haber puesto en fuga un ejército romano.

Se levantó entonces un clamor general de súplica; los hombres le pidieron que los perdonase por su acción de aquel día y que pusiera a prueba el valor de sus hombres cuándo y dónde quisiera. *Muy bien, soldados*, les dijo, *lo probaré y os llevaré a la batalla mañana, para que os podáis ganar el perdón que solicitáis como vencedores en vez de como vencidos.* Ordenó que a las cohortes que habían perdido sus estandartes se les entregasen raciones de cebada y que los centuriones de los manípulos cuyos estandartes se habían perdido permanecieran alejados de sus compañeros, ligeros de vestimenta y con sus espadas desenvainadas. Ordenó también que todas las tropas, montadas y desmontadas, formaran armadas al día siguiente. Luego los despidió, y todos reconocían que habían sido justa y merecidamente censurados y que en todo el ejército no había ninguno, a excepción de su comandante, que hubiera demostrado aquel día ser un hombre. Se sentían obligados a darle una satisfacción, fuera con su muerte o con una brillante victoria. A la mañana siguiente comparecieron equipados y armados según sus órdenes. El general expresó su aprobación y anunció que los que habían sido los primeros en huir y las cohortes que habían perdido sus normas se colocarían en la vanguardia de la batalla. Llegó a decir que todos debían luchar y vencer, y que debían, todos y cada uno, hacer todo lo posible para evitar que el rumor de la huida de ayer alcanzase Roma antes que la noticia de la victoria de aquel día. Se les ordenó entonces alimentarse, para que pudiesen aguantar en caso de que la lucha se prolongase. Después que se hubiera dicho y hecho todo lo preciso para levantar su valor, marcharon a la batalla.

[27,14] Cuando se informó de todo esto a Aníbal, comentó, *¡Evidentemente, nos enfrentamos a un enemigo que no puede soportar su suerte, sea buena o mala! Si sale victorioso persigue a los vencidos en una búsqueda feroz, y si es derrotado renueva el combate con sus vencedores.* Entonces, ordenó que tocaran la señal de avance y condujo a sus hombres hasta el campo de batalla. La lucha fue mucho más reñida que el día anterior; los cartagineses hicieron todo lo posible para mantener el prestigio que habían ganado, los romanos estaban igualmente decididos a borrar la vergüenza de su derrota. Los contingentes que habían formado el ala izquierda romana y las cohortes que habían perdido sus estandartes estaban luchando en vanguardia, con la vigésima legión a su derecha. Lucio Cornelio Léntulo y Cayo Claudio Nerón mandaban las alas; Marcelo permaneció en el centro para animar a sus hombres y comprobar cómo se comportaban en la batalla. La primera línea de Aníbal consistía en sus tropas hispanas, la flor de su ejército. Después de una larga e indecisa lucha, ordenó que se llevaran los elefantes hasta la línea de combate, con la esperanza de que pudieran provocar confusión y pánico entre el enemigo. Al principio desordenaron las primeras filas, pisoteando alguno bajo sus pies y dispersando a los que estaban alrededor muy alarmados. Uno de los flancos quedó así expuesto, y la derrota se habría extendido de no haber Cayo Decimio Favo, uno de los tribunos militares, arrebatado el estandarte del primer manípulo de asteros y haberlos llamado a seguirle. Los llevó hasta donde los animales trotaban cerca unos de otros y provocaban el mayor tumulto, y dijo a sus hombres que lanzaran sus pilos contra ellos. Debido a la corta distancia y el gran blanco presentado por los animales, hacinados como estaban, cada pilo alcanzó su objetivo. No todos fueron alcanzados, pero aquellos en cuyos flancos se hincaban las jabalinas huían y arrastraban instintivamente con ellos a los ilesos. No sólo los hombres que los atacaron primero, sino todo soldado que los tuviera a su alcance le lanzaba su pilo conforme galopaban de vuelta a las líneas cartaginesas, donde provocaron aún más destrucción que la que causaron a su enemigo. Se lanzaban con más imprudencia y hacían un daño mucho mayor al

ser dirigidos por el miedo que al ser manejados por sus conductores que van sentados encima. Los estandartes romanos avanzaban de inmediato allí donde se quebraban las líneas, y el roto y desmoralizado enemigo fue puesto en fuga sin demasiada lucha. Marcelo envió su caballería tras los fugitivos, y no aflojó la persecución hasta empujarlos con terrible pánico hasta su campamento. Para aumentar más su confusión y terror, dos de los elefantes habían caído y bloqueaban la puerta del campamento, por lo que los hombres tuvieron que abrirse paso dentro de su campamento sobre el foso y la empalizada. Fue aquí donde sufrieron las mayores pérdidas: murieron ocho mil hombres y cinco elefantes. La victoria no fue más que una sangría para los romanos; de las dos legiones, murieron unos mil setecientos hombres y mil trescientos de los contingentes aliados; además, hubo gran número de heridos en ambos grupos. La siguiente noche, Aníbal abandonó su campamento. Marcelo, aunque ansioso por seguirlo, no pudo hacerlo debido a la enorme cantidad de heridos. Las partidas de reconocimiento, que se enviaron para vigilar sus movimientos, informaron de que había tomado la dirección del Brucio.

[27,15] Por aquel tiempo, los hirpinos, los lucanos y los vulcientes se rindieron al cónsul Quinto Fulvio, entregando las guarniciones que Aníbal había situado en sus ciudades. Aquel aceptó su rendición con clemencia, limitándose a reprocharles el error cometido en el pasado. Los brucios fueron inducidos a esperar que se les podría mostrar una indulgencia similar y enviaron dos hombres del más alto rango entre ellos, Vivio y su hermano Pacio, para solicitar condiciones de rendición favorables. El cónsul Quinto Fabio tomó al asalto la ciudad de Manduria, en el país de los salentinos, capturando tres mil prisioneros y una considerable cantidad de botín. Desde allí marchó a Tarento y fijó su campamento en la misma boca del puerto. Cargó con las máquinas e ingenios necesarios para batir las murallas algunos de los buques que Levino había conservado con el propósito de mantener abiertas sus líneas de abastecimiento; empleó otros para transportar artillería y provisión de proyectiles de toda clase. Sólo hizo uso de los transportes que fueran impulsadas por remos, de manera que, mientras algunas tropas acercaban sus ingenios y escalas de asalto a las murallas, otras pudiesen rechazar a los defensores de los muros atacándoles a distancia desde los barcos. Estos barcos fueron equipados de tal modo que eran capaces de atacar la ciudad desde mar abierto sin interferencia del enemigo, pues la flota cartaginesa había navegado hasta Corfú para ayudar a Filipo en su campaña contra los etolios. La fuerza que asediaba Caulonia, al enterarse de la aproximación de Aníbal y temiendo una sorpresa, se retiraron a una posición sobre las colinas que les aseguraba contra cualquier ataque inmediato aunque no servía para nada más.

Mientras Fabio se encontraba sitiando Tarento, un incidente de poca importancia en sí mismo le ayudó a conseguir una gran victoria. Aníbal había proporcionado a los tarentinos una guarnición de tropas brucias. El prefecto al mando de estas estaba profundamente enamorado de una mujer que tenía un hermano en el ejército de Fabio. Ella había escrito a su hermano para contarle la relación surgida entre ella y un extranjero rico y de alta posición entre sus compatriotas. El hermano albergó la esperanza de que, por mediación de su hermana, su amante pudiera ser convencido de cualquier extremo y comunicó sus pensamientos al cónsul. La idea no parecía en absoluto poco razonable, así que recibió instrucciones de cruzar las líneas y entrar en Tarento como si fuese un desertor. Después de ser presentado al prefecto por su hermana y establecer una relación amistosa con él, tanteó cautelosamente su disposición sin descubrir su auténtico objetivo. Cuando se sintió satisfecho en cuanto a la debilidad de su carácter, llamó a su hermana en su auxilio y por su persuasión y halagos logró convencer al hombre para traicionar la posición de la que estaba al mando. Cuando se hubo dispuesto el momento y el modo en que se ejecutaría el proyecto, se envió un soldado por la noche, desde la ciudad, para atravesar los puestos de vigilancia e informar al cónsul de lo que se había ejecutado y de los acuerdos establecidos.

En la primera guardia, Fabio dio la señal para actual a las tropas de la ciudadela y a las que guardaban el puerto, marchando después alrededor del puerto y tomando posiciones, sin ser observados, en la parte oriental de la ciudad. Luego ordenó que tocaran las trompetas al mismo

tiempo en la ciudadela, el puerto y los buques que habían sido llevados hasta mar abierto. El mayor griterío y alboroto fue intencionadamente provocado justo en aquellas zonas donde había menos peligro de un ataque. Por su parte, el cónsul mantuvo a sus hombres en completo silencio. Demócrates, que anteriormente había mandado la flota, resultó estar ahora a cargo de aquella zona de las defensas. Viendo que todo a su alrededor estaba tranquilo mientras, por el ruido y tumulto, la ciudad parecía haber sido capturada, temió permanecer en aquella posición por si el cónsul asaltaba la plaza e irrumpía por otra parte. Así pues, llevó sus hombres hasta la ciudadela, de donde procedía el griterío más alarmante. Por el tiempo transcurrido y el silencio que siguió a los gritos emocionados y las llamadas a las armas, Fabio juzgó que la guarnición se había retirado de esa parte de las fortificaciones. En seguida ordenó que se llevasen las escalas a aquella zona de las murallas donde le informaron que montaba guardia el traidor brucio. Con su ayuda y complicidad, se capturó aquella parte de las fortificaciones y los romanos se abrieron camino hacia la ciudad tras derribar la puerta más cercana, que permitió pasar al cuerpo principal de sus camaradas. Lanzando su grito de guerra irrumpieron en el foro, donde llegaron sobre el amanecer sin encontrar un solo enemigo armado. Todos los defensores, que luchaban en la ciudadela y el puerto, se combinaron para atacar a los romanos.

[27.16] El combate en el foro se inició con una impetuosidad que no se sostuvo. Los tarentinos no eran rivales para los romanos, ni en valor, ni en armas o entrenamiento militar ni en fuerza física o vigor. Lanzaron sus jabalinas y aquello fue todo; casi antes de que llegaran al cuerpo a cuerpo se dieron la vuelta y huyeron por las calles, buscando refugio en sus propios hogares y en las casas de sus amigos. Dos de sus líderes, Nico y Demócrates, cayeron luchando valientemente; Filomeno, que había sido el causante principal de la entrega de la ciudad a Aníbal, escapó rápidamente de la batalla y, aunque su caballo sin jinete fue reconocido poco después, sus cuerpo nunca fue hallado. Fue creencia general que fue arrojado de cabeza por su caballo en un poco sin protección. Cartalón, el prefecto de la guarnición, había depuesto las armas y se dirigía al cónsul para recordarle el antiguo lazo de hospitalidad entre sus padres cuando fue muerto por un soldado con el que se encontró. Se masacró indiscriminadamente tanto a quienes se encontraron con armas como a los que no; cartagineses y tarentinos corrieron la misma suerte. Muchos, aun entre los brucios, resultaron muertos en diferentes zonas de la ciudad, fuese por error o para satisfacer viejos odios aún en pie, o para suprimir cualquier rumor de su captura mediante traición, haciéndola aparecer como si hubiera sido tomada por asalto. Tras la carnicería siguió el saqueo de la ciudad. Se dice que se capturaron treinta mil esclavos junto con una enorme cantidad de plata, labrada y en monedas, y oro con un peso de ochenta y tres mil libras, así como una colección de estatuas y pinturas casi igual a la que había adornado Siracusa. Fabio, sin embargo, mostró un espíritu más noble del que Marcelo había exhibido en Sicilia; mantuvo sus manos fuera de aquella clase de botín. Cuando su escriba le preguntó qué deseaba que se hiciera con algunas estatuas colosales -se trataba de deidades, cada una representada con su vestimenta adecuada y en actitud de combate-, ordenó que fuesen dejadas a los tarentinos que habían sentido su ira. La muralla que separaba la ciudad de la ciudadela fue demolida por completo.

Aníbal, mientras tanto, recibió la rendición de la fuerza que estaba asediando Caulonia. Tan pronto como se enteró de que Tarento estaba siendo atacada marchó apresuradamente a liberarla, caminando día y noche. Al recibir la noticia de su captura, comentó: *Los romanos también tienen su Aníbal; hemos perdido a Tarento por la misma práctica que la ganamos.* Para evitar que su retirada pareciese una huida, acampó a una distancia de cinco millas de la ciudad y, tras permanecer allí durante unos días, cayó sobre Metaponto. Desde este lugar envió a dos metapontinos con una carta para Fabio, en Tarento. Estaba escrita por las autoridades civiles, y en ella se afirmaba que estaban dispuestos a rendir Metaponto y a su guarnición cartaginesa si el cónsul comprometía su palabra de que no habrían de sufrir por su conducta pasada. Fabio creyó que la carta era genuina y entregó a los portadores una respuesta dirigida a sus jefes, fijando la fecha de su llegada a Metaponto, que le

fue entregada a Aníbal. Naturalmente, encantado de ver que incluso Fabio no era inmune a sus estratagemas, dispuso sus tropas en emboscada no lejos de Metaponto. Antes de salir de Tarento, Fabio consultó a los pollos sagrados, y en dos ocasiones le dieron un presagio desfavorable. También consultó a los dioses mediante un sacrificio y, tras haber inspeccionado la víctima, los augures le advirtieron de que había de guardarse de las intrigas y emboscadas del enemigo. Al no aparecer en el momento indicado, se le enviaron nuevamente a los metapontinos para darle prisa y fueron arrestados. Aterrados ante la perspectiva de un interrogatorio bajo tortura, estos revelaron la trama.

[27,17] Publio Escipión había pasado todo el invierno ocupado en la conquista de diversas tribus hispanas, bien mediante sobornos, bien mediante la devolución de sus compatriotas que habían sido tomados como rehenes o prisioneros. Al comienzo del verano Edecón, un jefe hispano famoso, vino a visitarle. Su esposa e hijos estaban en manos de los romano; pero aquella no era la única razón por la que venía, también le influyó el aparente cambio de sentir que se produjo en toda Hispania en favor de Roma y contra Cartago. Por el mismo motivo se movían Indíbil y Mandonio, que eran sin duda alguna los más poderosos príncipes de Hispania. Junto con sus fuerzas, abandonaron a Aníbal, se retiraron a las colinas que estaban sobre su campamento y, manteniéndose a lo largo de las cumbres de las montañas, se abrieron camino con seguridad hasta el cuartel general romano. Cuando Asdrúbal vio que el enemigo estaba recibiendo tales incrementos de fuerza, mientras las suyas propias disminuían en la misma proporción, se dio cuenta de que seguiría la sangría a menos que efectuase algún movimiento audaz; así pues, decidió aprovechar la primera oportunidad que tuviera para combatir. Escipión ansiaba todavía más una batalla; su confianza había aumentado con el éxito y no estaba dispuesto a esperar hasta que se hubiesen unido los ejércitos enemigos, prefería enfrentarse a cada uno por separado en vez de a todos juntos. Sin embargo, para el caso de que tuviera que enfrentar sus fuerzas combinadas, había aumentado sus fuerzas por cierto método ingenioso. Como toda la costa hispana estaba ahora limpia de buques enemigos, ya no estaba dando uso a su propia flota, así que tras varar los barcos en Tarragona hizo que las tripulaciones aliadas reforzaran su ejército terrestre. Tenía armamento más que suficiente, pues junto al conseguido en la captura de Cartagena tenía aquel fabricado posteriormente por la gran cantidad de artesanos. Lelio, en cuya ausencia no emprendió nada de importancia, había regresado de Roma, por lo que en los primeros días de la primavera partió de Tarragona con su ejército combinado y se dirigió directamente hacia el enemigo.

Había paz por todo el país que atravesó; cada tribu, según se aproximaba, le daba una recepción amigable y lo escoltaba hasta sus fronteras. En su camino se encontró con Indíbil y Mandonio. El primero, hablando por sí mismo y por su compañero, se dirigió a Escipión con un lenguaje grave y avergonzado, muy diferente del discurso áspero e insensato de los bárbaros. Presentó el hecho de haberse pasado a Roma más como una decisión irremediable que como si reclamase la gloria de haberlo hecho a la primera oportunidad. Era muy consciente, dijo, de que la consideración de desertor era odiosa para los antiguos amigos y sospechosa para los nuevos; tampoco consideraba errónea esta manera de considerarlo, siempre y cuando el doble odio generado se refiriese al motivo y no al nombre. Luego, después de insistir en los servicios que habían prestado a los generales cartagineses y en la rapacidad e insolencia que el último había exhibido, así como en los innumerables males que les había infligido a ellos y a sus compatriotas, prosiguió: *Hasta ahora hemos estado aliados con ellos por lo que respecta a nuestra presencia física, pero nuestros corazones y mentes han estado desde hace mucho donde creemos que se aprecian el derecho y la justicia. Venimos ahora, como suplicantes a los dioses que no permiten la violencia y la injusticia, y te imploramos, Escipión, que no consideres nuestro cambio de bando ni como un crimen ni como un mérito; juzga y evalúa nuestra conducta, considerando qué clase de hombres somos, poniéndonos a prueba de ahora en adelante.* El general romano contestó que, precisamente esto, era lo que él deseaba hacer; no consideraría como desertores a hombres que no mantuvieron

una alianza en la que no se respetó ninguna ley, ni divina ni humana. Entonces llevaron ante ellos a sus esposas e hijos, que les fueron devueltos en medio de lágrimas de alegría. Desde aquel día fueron huéspedes de los romanos, concluyéndose por la mañana un tratado definitivo de alianza y marchando a traer sus tropas. A su regreso compartieron el campamento romano y actuaron como guías hasta llegar donde el enemigo.

[27.18] El ejército de Asdrúbal, que era el más cercano de los ejércitos cartagineses, se encontraba cerca de la ciudad de Bécula y quienes componían la vanguardia, como iban al frente de su marcha y antes de elegir el terreno para su campamento, lanzaron un ataque con tal desprecio que resultó perfectamente evidente el grado de ánimo que poseía cada bando. La caballería fue rechazada hasta su campamento en desordenada huida, avanzando los estandartes romanos casi hasta sus mismas puertas. Aquel día, con sus ánimos excitados por el combate, los romanos instalaron su campamento. Por la noche, Asdrúbal retiró sus fuerzas a un montículo en cuya cima se extendía una llanura. Había un río en la parte posterior, y por delante y a los lados tenía como una orilla escarpada que la rodeaba completamente. Por debajo de esta había otra planicie en suave declive, que también estaba rodeada por un repecho de difícil ascenso. A esta llanura inferior envió Asdrúbal, al día siguiente, a su caballería númida y a las tropas ligeras baleáricas y africanas, cuando vio las tropas del enemigo formadas en orden de batalla ante su campamento. Escipión, cabalgando entre la formación y las enseñas, les señaló que el enemigo, habiendo abandonado de antemano toda esperanza de contenerlos en terreno llano, se ha retirado a las colinas: allí los podían ver, apoyándose en la fuerza de su posición y no en su valor y sus armas. Pero los muros de Cartagena que habían escalado los soldados romanos eran aún más altos. Ni colinas, ni una ciudadela, ni siquiera el propio mar habían sido impedimento para sus armas. Las alturas que había ocupado el enemigo solo servirían para que este tuviera que saltar sobre riscos y precipicios al huir, pero él les cortaría incluso aquella vía de escape. En consecuencia, dio órdenes a dos cohortes para que una de ellas ocupara la entrada del valle inferior por donde fluía el río y que la otra bloquease el camino que llevaba de la ciudad al campo, sobre la ladera de la colina. Él en persona llevó las tropas ligeras, que el día anterior habían barrido al enemigo, contra las tropas ligeras que se encontraban estacionadas en el repecho inferior. Marcharon inicialmente por terreno quebrado, impedidos solo por el camino; después, cuando llegaron al alcance de los dardos, fue lanzada sobre ellos una inmensa cantidad de toda clase de armas; mientras, por su parte, no solo los soldados, sino una multitud de vivanderos mezclados con los soldados, lanzaban piedras tomadas del suelo, que se extendían por todas partes y que casi en su totalidad servían como proyectiles. Sin embargo, aunque el ascenso fue difícil y casi se vieron superados por las piedras y los dardos, con su práctica en aproximarse a las murallas y su tenacidad de espíritu lograron los romanos superar la primera. Estos, tan pronto como llegaron a terreno nivelado y pudieron sostenerse a pie firme, obligaron al enemigo, débil para sostener el cuerpo a cuerpo, compuesto por tropas ligeras armadas para escaramucear y que solo se podía defender a distancia mediante una clase de combate elusivo librado mediante descarga de proyectiles, a huir de su posición; dando muerte a gran cantidad de ellos, los empujaron hasta donde estaban las fuerzas situadas por encima de ellos, en la altura superior. Sobre esta, Escipión, habiendo ordenado a las tropas victoriosas que se levantaran y atacasen el centro del enemigo; dividió sus fuerzas restantes con Lelio: las que este dirigía fueron enviadas a rodear la colina por la derecha hasta que encontrasen un camino de fácil ascenso, él mismo, entretanto, dando un corto rodeo por la izquierda, cargarían contra el enemigo por el flanco. Como consecuencia de esto, la línea cartaginesa fue puesta en confusión mientras trataban de dar la vuelta y enfrentar sus filas hacia donde resonaban los gritos que les rodeaban por todas partes. Durante esta confusión llegó también Lelio y, mientras el enemigo se retiraba para no quedar expuesto a ser herido por detrás, su línea frontal se desarticuló y dejó un espacio que ocupó el centro, que por aquel terreno abrupto nunca habría podido pasar en formación y con los elefantes situados frente a los estandartes. Mientras las tropas del enemigo eran masacradas en todos los

sectores, Escipión, que con su ala izquierda había cargado sobre la derecha enemiga, estaba ocupado principalmente en atacar su flanco descubierto. Y ahora ya ni siquiera quedaba espacio para huir, pues destacamentos de tropas romanas habían bloqueado los caminos a ambos lados, derecha e izquierda, y la puerta del campamento estaba bloqueada por la huida del general y sus principales oficiales; a esto había que añadir el miedo a los elefantes que, cuando estaban desconcertados, eran más temidos que el enemigo. Murieron, así pues, al menos ocho mil hombres.

[27.19] Asdrúbal, antes de la batalla, se había apropiado del dinero y, tras enviar sus elefantes por delante y reunir todos los fugitivos que pudo, dirigió su marcha a lo largo del Tajo hacia los Pirineos. Escipión se apoderó del campamento enemigo y entregó todo el botín, con excepción de los prisioneros, a sus tropas. Al computar los prisioneros se encontró con que ascendían a diez mil soldados de infantería y dos mil de caballería. Los prisioneros hispanos fueron puestos en libertad y enviados a sus casas; ordenó al cuestor que vendiera a los africanos. Todos los hispanos, los que se habían rendido previamente y los que habían sido hecho prisioneros el día anterior, se arremolinaron a su alrededor y con una sola voz lo saludaron como *Rey*. Ordenó que se mandara callar y entonces les dijo que el título que más valoraba era el único que sus soldados le habían concedido: Imperator. *El nombre de rey*, dijo, *tan grande en otros lugares, es insoportable para los oídos romanos. Si la realeza es a vuestros ojos la más noble cualidad de la naturaleza humana, podéis atribuirla en vuestros pensamientos, pero debéis evitar el uso de la palabra.* Incluso los bárbaros apreciaron la grandeza de un hombre que estaba tan alto como para desdeñar un título cuyo esplendor deslumbraba los ojos de los demás hombres. Se repartieron luego regalos entre los régulos y notables hispanos, y Escipión invitó a Indíbil a escoger trescientos caballos de entre el gran número capturado. Mientras el cuestor ponía a los africanos en venta encontró entre ellos un joven muy apuesto, y al oír que era de sangre real, lo envió a Escipión. Este le preguntó quién era, a qué país pertenecía y por qué con su poca edad se encontraba en el campamento. Le dijo que él era un númida y que su pueblo lo llamaba Masiva; había quedado huérfano de padre y lo había criado su abuelo materno, Gala, el rey de los númidas. Su tío Masinisa había venido con su caballería para ayudar a los cartagineses y él lo había acompañado a Hispania. Masinisa siempre le había prohibido tomar parte en los combates porque ser tan joven; pero aquel día, sin que su tío lo supiera, se apoderó de armas y de un caballo y marchó a la acción, mas su caballo cayó y lo arrojó y así fue hecho prisionero. Escipión ordenó que mantuvieran al númida bajo custodia y, una vez hubo despachado todos los asuntos, abandonó el tribunal y regresó a su tienda. Una vez aquí mando llamar a su prisionero y le pregunto si le gustaría volver con Masinisa. El muchacho respondió entre lágrimas de alegría que estaría encantado de hacerlo. Escipión, entonces, le regaló un anillo de oro, una túnica con borde púrpura, una capa hispana con broche de oro y un caballo bellamente enjaezado. Luego ordenó que le acompañase una escolta de caballería para ir donde quisiera y lo despidió.

[27.20] Después se celebró un consejo de guerra. Algunos de los presentes urgieron a perseguir de inmediato a Asdrúbal, pero Escipión pensaba que resultaría peligroso en caso de que Magón y el otro Asdrúbal unieran con sus fuerzas con él. Se contentó con enviar una guarnición a ocupar los pasos de los Pirineos y pasó el resto del verano recibiendo bajo su protección varias tribus hispanas. Pocos días después de la batalla de Bécula, cuando Escipión, en su regreso a Tarragona, hubo descendido el puerto de Cástulo, los dos generales cartagineses, Asdrúbal Giscón y Magón, llegaron desde la Hispania Ulterior para unir sus fuerzas con las de Asdrúbal. Llegaron demasiado tarde para evitar su derrota, pero su venida resultó muy oportuna al permitirles concertar las medidas para proseguir la guerra. Cuando se pusieron a confrontar pareceres sobre los sentimientos de las diferentes provincias, Asdrúbal Giscón consideró que la costa de Hispania entre Gades y el Océano, aún ignorante de los romanos, permanecía hasta ahora fiel a Cartago. El otro Asdrúbal y Magón estaban de acuerdo en cuanto a la influencia que el generoso tratamiento de

Escipión había tenido en el sentir, tanto a nivel político como particular, de todo el mundo, y estaban convencidos de que no se podrían detener las deserciones hasta que la totalidad de los soldados hispanos hubiera sido trasladada a los más lejanos rincones de Hispania o llevados a la Galia. Decidieron, por lo tanto, sin esperar la sanción del Senado, que Asdrúbal debía marchar a Italia, que era el foco de la guerra y donde se libraba el combate decisivo; de esta manera podría llevarse fuera de Hispania a todos los soldados hispanos, muy lejos del hechizo del nombre de Escipión.

Su ejército, debilitado como estaba por las deserciones y por las pérdidas en la desastrosa batalla reciente, tenía que reforzarse hasta completar sus efectivos. Magón debía entregar su propio ejército a Asdrúbal Giscón y cruzar a las Islas Baleares con un amplio suministro de dinero para contratar mercenarios entre los isleños. Asdrúbal Giscón debía regresar al interior de la Lusitania y evitar cualquier enfrentamiento con los romanos. Una fuerza de tres mil jinetes, seleccionada de entre toda la caballería, se entregaría a Masinisa, con la que debería patrullar la Hispania citerior, dispuesto a asistir a las tribus aliadas y llevar la devastación a las ciudades y territorios de las que les fueran hostiles. Después de diseñar este plan de operaciones, los tres generales se separaron para ejecutar sus diversas misiones. Este fue el curso de los acontecimientos durante el año en Hispania. La fama de Escipión iba en aumento día a día en Roma. También Fabio, aunque él había capturado Tarento mediante traición en vez de por su valor, aumentó su gloria con su captura. Los laureles de Fulvio se estaban desvaneciendo. Marcelo fue incluso objeto de rumores adversos, debido a la derrota que había sufrido y, aún más, por haber acuartelado su ejército en Venosa Apulia en el apogeo del verano mientras Aníbal marchaba a placer por Italia. Aquel tenía un enemigo en la persona del Cayo Publicio Bíbulo, un tribuno de la plebe. Inmediatamente después que Marcelo sufriese su derrota, este hombre empezó a difamar a Claudio en todas las asambleas y levantando en su contra el odio del pueblo con sus arengas a la plebe; ahora se dedicaba a intentar con lo privaran de su mando. Cuando ya se discutía sobre la revocación del mando, los amigos de Claudio obtuvieron permiso para que dejara en Venosa a su segundo al mando y viniera a casa para defenderse de las acusaciones formuladas contra él; también evitaron cualquier intento de privarle de su mando en su ausencia. Sucedió que, cuando Marcelo llegó a Roma para evitar la amenaza, llegó también Fulvio para llevar a cabo las elecciones.

[27.21] La cuestión de privar a Marcelo de su mando se debatió en el Circo Flaminio ante una enorme multitud del pueblo y de todos los órdenes de la república. El tribuno de la plebe lanzó sus acusaciones, no sólo en contra de Marcelo, sino contra la nobleza en su conjunto. Fue por culpa de su errónea política y falta de energía, dijo, que Aníbal había mantenido Italia como si fuera su provincia; de hecho, había pasado allí más tiempo de su vida que en Cartago. El pueblo romano estaba ahora cosechando los frutos de la ampliación del mandato de Marcelo: tras su doble derrota, su ejército estaba alojado y pasando cómodamente el verano en Venosa. Marcelo dio tan contundente respuesta al discurso del tribuno, simplemente relatando cuanto había hecho, que no era solamente fue rechazada la propuesta de privarle de su mando, sino que al día siguiente las centurias lo eligieron cónsul con absoluta unanimidad. Tito Quincio Crispino, que era pretor por entonces, fue elegido como su colega. Al día siguiente se efectuó la elección de los pretores. Los elegidos fueron Publio Licinio Craso Dives, Pontífice Máximo, Publio Licinio Varo, Sexto Julio César y Quinto Claudio. En mitad de las elecciones, se produjo considerable inquietud al saberse de la rebelión de Etruria. Cayo Calpurnio, quien actuaba en esa provincia como propretor, había escrito para informar de que los movimientos se iniciaron en Arezzo. Marcelo, el cónsul electo, fue enviado allí a toda prisa hasta allí para conocer el estado de la situación y, si pensaba que era lo bastante grave como para requerir la presencia de su ejército, trasladar su campo de operaciones de Apulia a Etruria. Con estas medidas se intimidó lo bastante a los etruscos como para aquietarlos. Llegaron embajadores desde Tarento para pedir condiciones de paz bajo las que pudieran mantener sus libertades y sus leyes. El Senado les indicó que volvieran de nuevo en cuanto Fabio llegase a Roma.

Los Juegos Romanos y los Juegos Plebeyos se celebraron este año, cada uno durante un día. Los ediles curules fueron Lucio Cornelio Caudino y Servio Sulpicio Galba; los ediles plebeyos fueron Cayo Servilio y Quinto Cecilio Metelo. Se afirmó que Servilio no tenía derecho legal a ser tribuno de la plebe, o edil, porque había pruebas suficientes para afirmar que su padre, asesinado supuestamente diez años antes por los boyos en Módena, cuando oficiaba como triunviro agrario, realmente se encontraba vivo y prisionero en manos del enemigo.

[27,22] Era ya el undécimo año de la Segunda Guerra Púnica cuando Marco Marcelo y Tito Quincio Crispino tomaron posesión como cónsules *(208 a.C.)*. En cuanto al consulado para el que se había elegido a Marcelo, y sin contar aquel del que no tomó posesión por cierto defecto de forma en su elección, este era el quinto en el que desempeñó el cargo. Italia fue asignada a los dos cónsules como su provincia y los dos ejércitos que los cónsules anteriores habían tenido, junto con un tercero que había mandado Marcelo y que estaba por entonces en Venosa, fueron puestos a su disposición para que pudieran elegir entre los tres. El restante se entregaría al comandante a quien se asignara Tarento y los salentinos. Las demás responsabilidades fueron asignadas del modo siguiente: Publio Licinio Varo fue puesto a cargo de la pretura urbana; Publio Licinio Craso, el Pontífice Máximo, tendría la pretura peregrina así como cualquier otra que el Senado pudiera determinar. De Sicilia se encargaría Sexto Julio César y de Tarento Quinto Claudio Flamen. Quinto Fulvio Flaco vio ampliado su mando durante un año y debía mantener el territorio de Capua, donde había estado antes Tito Quincio como pretor, con una legión. A Cayo Hostilio Túbulo también se le prorrogó el mando: debía suceder a Cayo Calpurnio, como pretor, con dos legiones en Etruria. Una prórroga similar en el mando se le otorgó a Lucio Veturio Filón, que debía seguir en la Galia como propretor con las dos legiones que ya había mandado anteriormente. La misma orden se dio para el caso de Cayo Aurunculeyo, mediante una propuesta presentada al pueblo, que había administrado Cerdeña como pretor; los cincuenta barcos que Escipión enviara desde Hispania se le asignaron para la defensa de su provincia. Publio Escipión y Marco Silano fueron confirmados en sus mandos por un año más. De los buques que Escipión había traído de Italia o capturado a los cartagineses - ochenta en total - se le ordenó que enviase cincuenta a Cerdeña, pues había rumores sobre amplios preparativos navales en Cartago. Se decía que estaban equipando doscientas naves para amenazar la totalidad de las costas itálicas, sicilianas y sardas. En Sicilia, se dispuso que el ejército de Cannas se entregaría a Sexto César, mientras que Marco Valerio Levino, cuyo mando también había sido prorrogado, retendría la flota de setenta buques que estaban surtos cerca de Sicilia, aumentándolos con los treinta barcos que habían permanecido en Tarento durante el año pasado. Esta flota de un centenar de naves debía emplearla, si le parecía correcto, en correr la costa africana. Publio Sulpicio, con la flota que ya tenía, debía seguir manteniendo a raya a Macedonia y Grecia. No hubo cambios en cuanto a las dos legiones que estaban acuarteladas en la Ciudad. Los encargó a los cónsules que reclutasen tropas de refrescos donde fuera preciso, para completar las legiones con todos sus efectivos. Así, veintiuna legiones estaban bajo las armas para defender el imperio romano. Publio Licinio Varo, el pretor urbano, se encargó de la tarea de reacondicionar los treinta viejos buques de guerra surtos en Ostia y dotar con todas sus tripulaciones otros veinte nuevos, de manera que pudiera haber una flota de cincuenta buques para la protección de aquella parte de la costa más próxima a Roma. Cayo Calpurnio recibió órdenes estrictas de no mover su ejército de Arezzo antes de la llegada de Túbulo, que había de sucederle; también se instó a Túbulo para que estuviese especialmente en guardia para el caso de que se formaran proyectos de revuelta.

[27.23] Los pretores marcharon a sus provincias, pero los cónsules se vieron retenidos por asuntos religiosos; se anunciaron diversos portentos y los augurios emitidos a partir de las víctimas sacrificadas fueron, en su mayoría, desfavorables. Llegaron noticias desde la Campania de que dos templos en Capua, los de la Fortuna y Marte, así como varios monumentos sepulcrales habían sido alcanzados por rayos. Hasta tal punto está extendida la depravada superstición de ver la mano de los

dioses en las más insignificantes pequeñeces, que se informó con toda seriedad de que las ratas habían roído el oro en el templo de Júpiter en Cumas. En Casino, un enjambre de abejas se había instalado en el foro; en Ostia, una puerta y parte de la muralla habían sido alcanzadas por un rayo; en Cerveteri, un buitre había volando en el templo de Júpiter y en Bolsena de las aguas del lago había manado sangre. Como consecuencia de estos portentos se ordenó un día para efectuar rogativas especiales. Durante varios días, se fueron sacrificando víctimas mayores sin obtener ninguna indicación propicia, tardándose mucho en poder lograr la paz con los dioses. Era sobre las cabezas de los cónsules donde estos portentos presagiaban la mala fortuna, la república se mantenía incólume. Los Juegos de Apolo se celebraron por primera vez en el consulado de Quinto Fulvio y Apio Claudio, bajo la organización del pretor urbano, Publio Cornelio Sila. Posteriormente, todos los pretores urbanos los celebraron a su vez, pero solían dedicarlos solo para un año y sin fecha fija para su celebración. Este año una grave epidemia atacó tanto a la Ciudad como a los distritos rurales, pero fue remitiendo más a base de prolongadas enfermedades que por muertes. Como consecuencia de esta epidemia, se celebraron rogativas especiales en todas las capillas de la Ciudad, y Publio Licinio Varo, el pretor urbano, se encargó de proponer al pueblo una resolución para que los Juegos de Apolo se celebrasen siempre el mismo día. Él fue el primero en celebrarlos bajo esta regla, siendo el día fijado para su celebración el cinco de julio, que así quedó establecido en lo sucesivo.

[27,24] Día tras día, se agravaban los informes desde Arezzo, incrementando la inquietud del Senado. Se enviaron instrucciones por escrito a Cayo Hostilio pidiéndole que no retrasase la toma de rehenes entre los ciudadanos, enviándose a Cayo Terencio Varrón con poderes para recogerlos y llevárselos a Roma. Tan pronto llegó, Hostilio ordenó que una de sus legiones, que estaba acampada frente a la ciudad, entrase en formación, disponiendo luego sus hombres en posiciones adecuadas. Una vez hecho esto, llamó a los senadores en el foro y les ordenó que entregaran rehenes. Estos le solicitaron cuarenta y ocho horas para deliberar, pero él les insistió para que entregasen de inmediato a los rehenes, amenazándolos con que, en caso de una negativa, al día siguiente se apoderaría de todos sus hijos. A continuación dio órdenes a los tribunos militares, a los prefectos de los aliados y a los centuriones para que vigilasen estrictamente las puertas y que no permitieran que nadie saliese de la ciudad durante la noche. No hubo mucha tardanza ni retraso en el cumplimiento de estas instrucciones; antes de que estuvieran apostadas las guardias en las puertas, siete de los principales senadores con sus hijos escaparon antes de que oscureciese. Por la mañana temprano, cuando los senadores empezaron a reunirse en el foro, se descubrió la ausencia de estos hombres y sus propiedades fueron vendidas. El resto de los senadores ofreció sus propios hijos, en número de ciento veinte; la oferta fue aceptada y les fueron confiados Cayo Terencio para que los llevara a Roma. El informe que dio al Senado hizo que se considerase que las cosas eran aún más graves. Daba la impresión de que era inminente un levantamiento en toda Etruria. Por lo tanto, se ordenó a Cayo Terencio que marchase a Arezzo con una de las dos legiones urbanas y que ocupara la plaza por la fuerza; Cayo Hostilio, con el resto del ejército, debía atravesar toda la provincia y ver que no se produjera ninguna revuelta. Cuando Cayo Terencio y su legión llegaron a Arezzo, exigió las llaves de las puertas. Los magistrados respondieron que no las podían encontrar, pero él estaba convencido de que se las habían llevado deliberadamente, no perdidas por descuido, así que instaló cerraduras nuevas en todas las puertas y puso especial cuidado en tenerlas todas bajo su propio control. Instó encarecidamente a Hostilio la necesidad de la vigilancia, advirtiéndole que toda la esperanza en mantener tranquila la Etruria dependía de que, tomando él tales precauciones, hiciera imposible cualquier movimiento de desafección.

[27,25] Se produjo un animado debate en el Senado sobre el tratamiento que se debía imponer a los tarentinos. Estaba presente Fabio, y él se mostraba favorable a aquellos a quienes había sometido por las armas; otros adoptaron el parecer opuesto y la mayoría consideraba su culpabilidad

igual a la de Capua, considerando que merecía una pena igualmente severa. Al final, se aprobó una resolución de Manlio Acilio, a saber, que se situaría una guarnición en la ciudad y que toda la población quedaría confinada dentro de sus murallas hasta que Italia quedase en un estado más tranquilo, cuando se podría examinar nuevamente la cuestión. Una discusión igualmente acalorada surgió en relación con Marco Livio, que había mandando la fuerza en la ciudadela. Algunos estaban por aprobar un voto censura contra él por haber, con su negligencia, permitido que la plaza fuera entregada al enemigo. Otros consideraban que debía ser recompensado por haber defendido con éxito a la ciudadela durante cinco años, y por haber hecho más que cualquier otra persona para conseguir la reconquista de Tarento. Un tercer grupo, tomando una postura intermedia, insistió en que correspondía a los censores, y no al Senado, conocer de sus actos. Esta opinión fue apoyada por Fabio, quien señaló que él estaba muy de acuerdo con lo que los amigos de Livio afirmaban constantemente en aquella Curia: que fue gracias a sus esfuerzos que se pudo retomar Tarento, ya que no se habría podido volver a capturar de no haberla perdido previamente. Uno de los cónsules, Tito Quincio Crispino, partió con refuerzos para el ejército de Lucania, que había mandado Quinto Fulvio Flaco. Marcelo quedó retenido por las dificultades religiosas que se presentaban una tras otra y le abrumaban. En la guerra contra los galos, había prometido durante la batalla de Clastidio un templo al Honor y la Virtud, pero los pontífices le impidieron dedicarlos. Decían que no era legalmente posible dedicar un templo a dos deidades, pues en caso de que fuera alcanzado por un rayo, o que sucediera cualquier otro portento, sería difícil expiarlo al no saberse a cuál deidad había que propiciar; no se podía sacrificar una víctima a dos deidades, excepto en el caso de algunas muy específicas. Rápidamente, se construyó un segundo templo dedicado a la Virtud, pero no fue dedicado por Marcelo. Finalmente, salió con refuerzos para el ejército que había dejado el año anterior en Venosa. Viendo cómo Tarento había mejorado la reputación de Fabio, Crispino decidió intentar la captura de Locri, en el Brucio. Había enviado buscar de Sicilia todo tipo de artillería y máquinas de guerra, recogiendo también cierto número de barcos para atacar aquella parte de la ciudad que daba al mar. Sin embargo, como Aníbal había traído a su ejército hasta el cabo Colonna, abandonó el asedio y, enterándose de que su colega se había desplazado hasta Venosa, se mostró ansioso por unir sus fuerzas a las de él. Con este objetivo marchó de vuelta a Apulia y los dos cónsules acamparon a tres millas uno del otro, en un lugar entre Venosa y Banzi. Como todo estaba ya tranquilo en Locri, Aníbal avanzó hasta su proximidad. Sin embargo, los cónsules eran muy optimistas en cuanto a la victoria; formaron sus ejércitos para el combate casi cada día, sintiéndose completamente seguros de que si el enemigo aceptaba su desafío, contra dos ejércitos consulares, la guerra podría ser llevada a su fin.

[27.26] Aníbal ya había librado dos batallas con Marcelo durante el año anterior, habiendo obtenido la victoria en una y habiendo perdido la otra. Después de estas experiencias, sentía que si tenía que enfrentarse nuevamente con él había más motivo para el temor que para la esperanza, estando lejos de considerarse en igualdad con la unión de ambos cónsules. Se decidió por emplear sus viejas tácticas y buscó una posición adecuada para una emboscada. Ambas partes, sin embargo, se limitaron a escaramuzas con mayor o menor éxito, y los cónsules, pensando que con esto podía llegar a transcurrir el verano, consideraron que no había razón por la que no se pudiera reanudar el asedio de Locri. Así pues, enviaron instrucciones escritas a Lucio Cincio para que llevase su flota desde Sicilia a Locri y, como las murallas de la ciudad estaban también expuestas a un ataque por tierra, ordenaron a una parte del ejército que estaba en Tarento de guarnición que marchara allí. Estos planes fueron dados a conocer a Aníbal por algunas personas de Turios y envió una fuerza para bloquear el camino de Tarento. Ocultó a tres mil de caballería y dos mil infantes bajo la colina de Petelia. Los romanos, marchando sin efectuar reconocimientos, cayeron en la trampa y murieron dos mil de ellos, resultando prisioneros mil quinientos. El resto huyó campo a través y regresó a Tarento. Entre el campamento cartaginés y el de los romanos había una colina boscosa de la que ninguna de las partes se había apoderado, pues los romanos no sabían cómo era la parte que daba al

enemigo y Aníbal consideraba que resultaba más apropiada para una emboscada que para situar un campamento. En consecuencia, este envió por la noche una fuerza de númidas para ocultarse en el bosque, y allí se quedaron al día siguiente sin moverse de su posición, de manera que ni ellos ni sus armas resultaban visibles. Se comentaba por doquier en el campamento romano que se debería tomar y fortificar el cerro, pues si Aníbal se apoderaba de él tendrían al enemigo, por así decirlo, sobre sus cabezas. La idea impresionó Marcelo, y le dijo a su colega: *¿Por qué no vamos con unos pocos jinetes y examinamos el lugar? Cuando lo hayamos visto por nosotros mismos sabremos mejor qué hacer.* Crispino asintió, y partieron con doscientos veinte hombres a caballo, cuarenta de los cuales eran de Fregellas y el resto eran etruscos. Iban acompañados por dos tribunos militares, Marco Marcelo, el hijo del cónsul, y Aulo Manlio, así como por dos prefectos de los aliados, Lucio Arrenio y Aulio Manio. Algunos autores afirman que, cuando Marcelo estaba sacrificando aquel día, en el hígado de la primera víctima se encontró que no tenía cabeza; en el segundo estaban presentes todas las partes, pero la cabeza aparecía anormalmente grande. El arúspice se alarmó gravemente al encontrar después las partes deformes y unas partes con retraso en el crecimiento y otras con un exceso del mismo.

[27,27] Marcelo, sin embargo, estaba preso de tan profundo deseo por enfrentarse a Aníbal que nunca consideraba que sus respectivos campamentos estuvieran lo bastante próximos. Al cruzar la empalizada para dirigirse a colina, hizo señas a sus soldados para que permanecieran en sus puestos, listos para tomar la impedimenta y seguirle en caso de que decidiera que la colina que iba a reconocer resultaba adecuada para un campamento. Había una estrecha franja de terreno nivelado frente al campamento, y desde allí partía un camino hacia la colina, abierto y con visibilidad por todos los lados. Los númidas habían situado un vigía para echar un vistazo, ni mucho menos en previsión de un encuentro tan grave como tuvo lugar sino, simplemente, con la esperanza de interceptar a cualquiera que se hubiera alejado demasiado de su campamento en busca de leña o forraje. Este hombre fue el que dio la señal para que salieran de su escondite. Los que estaban delante de los romanos, en la parte superior de la colina, no se dejaron ver hasta que los que debían bloquear el camino detrás de aquellos habían rodeado su retaguardia. Luego, surgieron por todas partes y con un fuerte grito cargaron hacia abajo. A pesar de que los cónsules se vieron cercados, incapaces de abrirse camino hasta la colina, que estaba ocupada, y con su retirada cortada por los que aparecieron a su retaguardia, aún hubieran podido sostener durante bastante tiempo el combate si los etruscos, que fueron los primeros en huir, no hubiesen provocado el pánico entre el resto. Los fregelanos, sin embargo, aunque abandonados por los etruscos, se mantuvieron firmes mientras los cónsules estuvieron indemnes y fueron capaces de animarlos y tomar parte personalmente en los combates. Pero al ser heridos ambos cónsules y ver caer muerto de su caballo a Marcelo, atravesado por una lanza, entonces el pequeño grupo de supervivientes huyeron en compañía de Crispino, que había sido alcanzado por dos lanzadas, y del joven Marcelo, que también estaba herido. Aulo Manlio resultó muerto, así como Manio Aulio; el otro prefecto de los aliados, Arrenio, fue hecho prisionero . Cinco de los lictores de los cónsules cayeron en manos del enemigo, el resto murió o escapó con el cónsul. También cayeron cuarenta y tres de caballería, entre la batalla y la persecución, siendo hechos prisioneros dieciocho. Hubo gran agitación en el campamento, y se estaban disponiendo a acudir a toda prisa en ayuda de los cónsules cuando vieron a uno de ellos y al hijo del otro volviendo heridos con los escasos restos que habían sobrevivido a la desastrosa expedición. La muerte de Marcelo fue de lamentar por muchas razones; sobre todo porque, con una imprudencia no esperable de su edad -tenía más de sesenta años- y en total desacuerdo con la precaución propia de un general veterano, se había arrojado directamente al peligro no solo él, sino también a su colega y casi a toda la república. Tendría que hacer una digresión excesivamente larga sobre un único hecho si hubiera de relatar todas las versiones sobre la muerte de Marcelo. Sólo citaré la de un autor, Celio. Este da tres versiones distintas de lo que pasó; una transmitida por tradición, otra copiada de la oración fúnebre pronunciada por su hijo, que presente en aquel

momento, y una tercera que Celio da como cierta a raíz de sus propias investigaciones. Entre las variantes de la historia, sin embargo, la mayor parte de los autores concuerdan en que abandonó el campamento para reconocer la posición y en que fue emboscado.

[27.28] Aníbal estaba convencido de que el enemigo quedaría totalmente acobardado por la muerte de un cónsul y la incapacitación de otro, por lo que determinó no dejar pasar la oportunidad que se le presentaba. En seguida trasladó su campamento a la colina donde se había librado el combate y aquí dio sepultura al cuerpo de Marcelo, que había sido encontrado. Crispino, desconcertado por la muerte de su colega y por su propia herida, abandonó su posición en medio de la noche y fijó su posición en las primeras montañas a las que llegó, en una posición elevada y protegida por todas partes. Ahora los dos comandantes mostraban mucha cautela, el uno tratando de engañar a su oponente y el otro tomando cuantas precauciones podía contra él. Cuando el cuerpo de Marcelo fue descubierto, Aníbal se apoderó de su anillo. Temiendo que este pudiera emplearse en falsificaciones, Crispino envió correos a todas las ciudades vecinas, advirtiéndoles que su colega había muerto y que su anillo estaba en poder del enemigo, por lo que no debían confiar en ninguna misiva enviada en nombre de Marcelo. Poco después que el mensajero del cónsul hubiera llegado a Salapia, se recibió un despacho de Aníbal, pretendiendo provenir de Marcelo, afirmando que llegaría a Salapia la noche después que hubieran recibido la carta y que los soldados de la guarnición debían estar dispuestos a caso de que se requirieran sus servicios. Los salapianos percibieron el engaño y supusieron que estaba buscando ocasión de castigarlos, no solo por su deserción de la causa cartaginesa, sino por la masacre de su caballería. Mandaron de vuelta al mensajero, para que no pudiera enterarse de las medidas que habían decidido tomar, y luego hicieron sus preparativos. Los ciudadanos ocuparon sus puestos en las murallas y otros puestos principales, se reforzaron las patrullas y centinelas nocturnos, manteniendo la más cuidadosa vigilancia, y se dispuso un grupo elegido de la guarnición cerca de la puerta por la que se esperaba que llegase el enemigo.

Aníbal se acercó a la ciudad alrededor de la cuarta guardia. La cabeza de la columna estaba formada por desertores romanos; llevaban armas romanas, sus corazas eran romanas y todos ellos hablaban latín. Cuando llegaron a la puerta, llamaron a los centinelas y les pidieron que abriesen la puerta, pues el cónsul estaba allí. Los centinelas, fingiendo que acababan de despertarse, se afanaron entre prisas y confusiones, y comenzaron lenta y laboriosamente a abrir la puerta. Estaba cerrada mediante una reja, y mediante palancas y cuerdas la levantaron lo suficiente como para que pasase por debajo un hombre en posición vertical. El paso era apenas lo bastante amplio cuando los desertores se precipitaron por la puerta, tratando cada uno de ser el primero. Estaban ya en el interior unos seiscientos cuando se dejó caer de golpe la cuerda que lo sostenía y el rastrilló cayó con gran estruendo. Los salapianos atacaron a los desertores, que marchaban con descuido con sus escudos colgando de los hombros, como si estuviesen entre amigos; los demás, que estaban sobre la torre de la puerta y sobre las murallas mantuvieron lejos al enemigo con piedras, lanzas y largas pértigas. De este modo, Aníbal se vio cogido en su propia trampa, se retiró y procedió a levantar el sitio de Locri. Cincio estaba efectuando un ataque más decidido contra el lugar con obras de asedio y artillería de todo tipo que había traído de Sicilia; ya Magón empezaba a desesperar de mantener la plaza cuando renacieron sus esperanzas con las noticias de la muerte de Marcelo. Luego llegó un mensajero, avisando de que Aníbal había enviado por delante a su caballería númida y que la seguía con su infantería tan rápidamente como podía. En cuanto los vigías dieron la señal de la llegada de los númidas, Magón abrió la puerta de la ciudad y lanzó una vigorosa salida. Debido a la rapidez de su ataque, más por lo inesperado que por la igualdad de fuerzas, el combate estuvo parejo durante cierto tiempo; pero cuando llegaron los númidas se apoderó tal pánico de los romanos que abandonaron los trabajos de asedio y las máquinas con las que trataban de abatir las murallas, huyendo desordenadamente hacia el mar y sus barcos. Así, con la llegada de Aníbal, fue levantado el sitio de Locri.

[27,29] Tan pronto como Crispino se enteró de que Aníbal se había retirado al Brucio, ordenó a Marco Marcelo que llevase a Venosa el ejército que había mandado su colega. Pese a no poder casi soportar el movimiento de la litera debido a sus graves heridas, partió con sus legiones hacia Capua. En un despacho que envió al Senado, después de aludir a la muerte de su colega y al estado crítico en que él mismo se encontraba, explicó que no podía ir a Roma para las elecciones porque no se creía capaz de soportar el cansancio del viaje y, también, porque estaba inquieto por Tarento en caso de que Aníbal abandonase en Brucio y dirigiese sus ejércitos contra ella. Asimismo, solicitaba que se le enviasen algunos hombres experimentados y sensatos, pues necesitaba hablar con ellos en cuanto a la política de la República. La lectura de esta carta evocó sentimientos de profundo pesar por la muerte de un cónsul y graves temores por la vida del otro. De acuerdo con su deseo, enviaron al joven Quinto Fabio al ejército de Venosa, y tres embajadores al cónsul, a saber, Sexto Julio César, Lucio Licinio Polión y Lucio Cincio Alimento, que acababa de regresar de Sicilia hacía unos días. Sus instrucciones eran que le dijesen al cónsul que si no podía venir a Roma para celebrar las elecciones, debía un dictador en territorio romano a tal efecto. Si el cónsul hubiera ido a Tarento, se indicó al pretor Quinto Claudio que retirase las legiones apostadas allí y que marchara con ellas hasta aquel territorio desde el que pudiera proteger la mayor cantidad posible de ciudades pertenecientes a los aliados de Roma. Durante el verano, Marco Valerio navegó por la costa africana con una flota de cien barcos. Desembarcando sus hombres cerca de la ciudad de Clupea, asoló el país a lo largo y a lo ancho sin encontrar resistencia. La noticia de la llegada de una flota cartaginesa hizo que los saqueadores regresasen a toda prisa a sus naves. Esta flota se componía de ochenta y tres barcos y el comandante romano la enfrentó con éxito no lejos de Clupea. Después de capturar dieciocho buques y poner en fuga al resto, regresó a Marsala con gran cantidad de botín. En el transcurso del verano, Filipo prestó asistencia militar a los aqueos, que habían implorado su ayuda contra Macánidas, tirano de los lacedemonios, y contra los etolios. Macánidas estaba acosándolos mediante una guerra fronteriza, los etolios habían cruzado el estrecho mar entre Lepanto y Patras -el nombre local de esta última es Rhion- y hacían incursiones en la Acaya. También hubo rumores sobre la intención por parte de Atalo, rey de Asia, de visitar Europa, pues los etolios, finalmente, le habían convertido en su último consejo nacional en uno de sus dos magistrados supremos.

[27.30] Estando así las cosas, Filipo se desplazó hacia el sur de Grecia. Los etolios, bajo el mando de Pirrias, que había sido elegido pretor en ausencia junto a Atalo, se enfrentaron a Filipo en la ciudad de Lamía. Estaban apoyados por un contingente proporcionado por Atalo así como por unos mil hombres que Publio Sulpicio había sacado de su flota. Filipo venció en dos batallas contra Pirrias, perdiendo su enemigo en cada una no menos de mil hombres. A partir de aquel momento, los etolios temieron enfrentarse con él en el campo de batalla y se mantuvieron dentro de los muros de Lamía. Filipo, por tanto, marchó con su ejército hacia Stylidha. Este lugar se encuentra en el Golfo Malíaco y tenía una población considerable debido a su espléndido puerto, los seguros fondeaderos en su proximidad y otras ventajas marítimas y comerciales. Mientras estaba aquí, fue visitado por embajadas de Tolomeo, rey de Egipto, así como de Rodas, Atenas y Quíos, con el fin de lograr una reconciliación entre los etolios y él. Aminandro, rey de los atamanos y vecino de los etolios, actuó en nombre de estos como mediador. Pero la preocupación general no era tanto por los etolios, que eran más belicosos que el resto de los griegos, como la libertad de Grecia, que se vería seriamente amenazada si Filipo y su reino tomaban parte activa en la política griega. La cuestión de la paz fue llevada a discusión en la reunión de la Liga Aquea. Se estableció lugar y fecha para esta reunión y, entre tanto, se acordó un armisticio por treinta días. Desde Stylidha, el rey marchó a través de la Tesalia y la Beocia hasta Calcis, en Eubea, para impedir que Atalo, quien según tenía entendido estaría navegando hacia allí, desembarcase en la isla. Dejando allí fuerzas por si Atalo navegaba por allí, fue con un pequeño cuerpo de caballería e infantería ligera hasta Argos. Aquí, por

voto popular, le fue conferida la presidencia de los Juegos de Hera y de Nemea, en razón de que los reyes de Macedonia cifraban su origen precisamente en Argos. En cuanto terminaron los Juegos de Hera, marchó a Egio para asistir a la reunión de la Liga, que se había fijado algún tiempo atrás.

La discusión se centró en la cuestión de poner fin a la guerra con los etolios, de modo que ni los romanos ni Atalo pudieran tener motivo alguno para entrar en Grecia. Pero los etolios lo desbarataron todo casi antes de que expirase el armisticio, después que se enteraron de que Atalo había llegado a Egina y de que una flota romana estaba anclada frente a Lepanto. Habían sido invitados a asistir a la reunión de la Liga, estando también presentes las delegaciones que había tratado de lograr la paz en Falara. Comenzaron quejándose de ciertas infracciones triviales del armisticio, y terminaron por declarar que nunca cesarían las hostilidades hasta que los aqueos devolviesen Pilos a los mesenios, que Atintania se devolviera a Roma y el país de los ardieos a Escerdiledas y Pléurato. Filipo, naturalmente, estaba indignado porque aquellos a quienes había derrotado le impusieran los términos de la paz a él, su vencedor. Recordó a la asamblea que cuando se le habló del asunto de la paz y se estableció un armisticio, no fue con ninguna expectativa de que los etolios se quedaran quietos, sino únicamente para que todos los aliados pudieran dar testimonio de que él buscaba una base para la paz mientras el otro bando estaba determinado a encontrar cualquier pretexto para la guerra. Como no había allí posibilidad alguna de que se firmara la paz, despidió el consejo y regresó a Argos, pues se aproximaba el momento de los Juegos Nemeos y deseaba incrementar su popularidad con su presencia. Dejó una fuerza de cuatro mil hombres para proteger a los aqueos al tiempo que se llevaba cinco buques de guerra propiedad de aquellos. Tenía la intención de añadirlos a la flota recientemente enviada desde Cartago; con estos barcos, y los que Prusias había enviado desde Bitinia, había determinado presentar batalla a los romanos, que dominaban el mar en aquella parte del mundo.

[27.31] Mientras el rey estaba ocupado con los preparativos para los Juegos y se entregaba a más distracciones de las necesarias en momentos en que se libraba una guerra, Publio Sulpicio, zarpando desde Lepanto, llevó su flota entre Sición y Corinto, desembarcando y devastando por doquier aquella tierra maravillosamente fértil. Esta noticia obligó a Filipo a abandonar los Juegos. Se adelantó con su caballería, dejando que la infantería lo siguiera, y sorprendió a los romanos mientras estaban dispersos por los campos, cargados con el botín y sin sospechar en absoluto el peligro. Fueron rechazados hasta sus naves y la flota romana regresó a Lepanto, lejos de estar felices con el resultado de su ataque. Filipo volvió para ver la clausura de los Juegos, aumentando su esplendor por la noticia de su victoria pues, cualquiera que fuese su importancia, se trataba con todo de una victoria sobre los romanos. Lo que aumentó el regocijo general por el festival fue el modo en que satisfizo al pueblo, al dejar de lado su diadema, su manto púrpura y el resto de ornatos reales para que, en lo que respecta a su apariencia, quedase al mismo nivel que los demás. Nada es más grato que esto para los ciudadanos de un Estado libre. ¡Sin duda les habría dado fundadas esperanzas de mantener sus libertades si no se hubiera manchado y deshonrado con su insufrible libertinaje! Acompañado por uno o dos secuaces, iban a su antojo por casas de hombres casados, de día y de noche, y rebajándose a la condición de ciudadano particular llamaba menos la atención y estaba sujeto a menos restricciones. La libertad con la que había engañado a los demás, se volvió en su propio caso una desenfrenada lascivia, llevando a cabo sus propósitos no solo mediante el dinero o los halagos, sino incluso recurriendo a la violencia criminal. Era cosa peligrosa que los esposos y padres pusieran obstáculos en el camino de la lujuria del rey con cualesquier escrúpulo inoportuno por su parte. Una señora llamada Policratia, esposa de Arato, uno de los principales hombres entre los aqueos, fue arrebatada a su marido y llevada a Macedonia con la promesa, por parte del rey, de casarse con ella. En medio de estos excesos llegó a su fin el sagrado festival de los Juegos Nemeos. Pocos días después, Filipo marchó a Dime para expulsar a la guarnición etolia, que había sido invitada por los eleos y acogida en su ciudad. Aquí el rey fue recibido por los aqueos, bajo el mando de su comandante Ciclíadas, que ardía de resentimiento contra los eleos por haber abandonado la

Liga Aquea y estaba furioso contra los etolios por haber, según creía, traído contra ellos las armas de Roma. Los ejércitos combinados dejaron Dime y cruzaron el Lariso, que separa el territorio eleo del de Dime.

[27.32] Emplearon el primer día de su avance en territorio enemigo saqueando y destruyendo. Al día siguiente, marcharon en orden de batalla contra la ciudad; la caballería fue enviada por delante para provocar al combate a los etolios, que estaban completamente listos para ello. Los invasores no sabían que Sulpicio había navegado desde Lepanto hasta Cilene con quince barcos y había desembarcado a cuatro mil hombres que entraron por la noche en Élide. En cuanto reconocieron los estandartes y armas de Roma entre los etolios y eleos, su inesperada visión les llenó de gran temor. Al principio el rey quiso retirar a sus hombres, pero estos ya estaban combatiendo contra los etolios y los tralos -una tribu iliria- y al ver que les presionaban duramente, cargó contra la cohorte romana con su caballería. Su caballo fue herido por una jabalina y cayó, lanzando el rey sobre su cabeza y comenzando una lucha feroz por ambos bandos, los romanos haciendo esfuerzos desesperados para llegar hasta él y sus hombres haciendo todo lo posible para protegerlo. Al verse obligado a combatir a pie demostró un notable coraje. La lucha terminó siendo desigual, muchos cayeron a su alrededor y muchos fueron heridos; finalmente sus propios hombres lo recogieron y, montando otro caballo, huyó. Ese día estableció su campamento a unas cinco millas de Élide, y al día siguiente trasladó todas sus fuerzas a un castillo llamado Pyrgum. Esta era una fortaleza perteneciente a los eleos, y se le había informado de que un gran número de campesinos con sus animales se habían refugiado allí por temor a ser saqueados. Desprovistos como estaban de organización y armas, el mero hecho de su aproximación les llenó de terror, cayendo todos prisioneros. Este botín resultó una especie de compensación por su humillante derrota en Élide. Mientras estaba repartiendo el botín y los cautivos -tenía cuatro mil prisioneros y veinte mil cabezas de ganado mayor y menor- llegó un mensajero de Macedonia afirmando que un cierto Eropo había tomado Ohrid después de sobornar al comandante de la guarnición, que se había apoderado de algunos pueblos de los dasaretios y que, además, estaba incitando a los dárdanos. Filipo dio fin inmediatamente a las hostilidades contra los etolios y se dispuso a regresar a casa. Dejó una fuerza de dos mil quinientos de todas las armas, al mando de Menipo y Polifantas, para proteger a sus aliados y, tomando la ruta que atraviesa la Acaya y la Beocia por Eubea, llegó a Demetrias, en la Tesalia, el décimo día tras su salida de Dime.

[27,33] Allí se encontró con noticias aún más alarmantes: los dárdanos habían penetrado en Macedonia y ya ocupaban la Oréstide, habiendo incluso descendido a la llanura argestea. La información que corría era que Filipo había resultado muerto; el rumor se debía al hecho de que en el choque con las partidas de saqueo de la flota romana en Sición, su caballo lo hizo chocar contra la rama de un árbol y uno de los cuernos de su yelmo se rompió; Este fue recogido después por un etolio y llevado a Escerdiledas, que lo reconoció, y de ahí nació el rumor. Una vez que el rey había dejado la Acaya, Sulpicio navegó hasta Egina y unió sus fuerzas con Atalo. Los aqueos, en relación con los etolios y eleos se enfrentaron en una acción exitosa, no lejos de Mavromati. Atalo y Sulpicio marcharon a sus cuarteles de invierno en Egina. Al cierre de este año, el cónsul Tito Quincio murió de sus heridas, habiendo nombrado previamente dictador a Tito Manlio Torcuato para que celebrase las elecciones. Algunos dicen que murió en Tarento, otros, que en la Campania. Este accidente, el de haber muerto los dos cónsules en acciones sin importancia, no había ocurrido nunca en ninguna otra guerra anterior y dejó a la república, por así decir, en estado de orfandad. El dictador nombró a Cayo Servilio, que por entonces era edil curul, su jefe de la caballería. En el primer día de sesiones, el Senado ordenó al dictador que celebrase los Grandes Juegos. Marco Emilio, que era pretor urbano, los había celebrado durante el consulado de Cayo Flaminio y Cneo Servilio *(217 a.C.)*, habiendo hecho la promesa de que deberían celebrarse en un plazo de cinco años. En consecuencia, el dictador los celebró y ofreció la promesa de que se repetirían el siguiente lustro. Mientras tanto,

al estar ambos ejércitos consulares sin generales y tan próximos al enemigo, tanto el Senado como el pueblo estaban deseando posponer cualquier otro asunto y que se eligieran los cónsules tan pronto como fuera posible. Se consideraba que, sobre todo, debían ser elegidos hombres cuyo valor y habilidad estuvieran a prueba contra las asechanzas de los cartagineses pues, durante toda la guerra, el carácter vehemente y apresurado de los diversos comandantes había demostrado ser desastroso y, en aquel mismo año, los cónsules habían sido conducidos, en su afán por enfrentarse inmediatamente al enemigo, a trampas que no pudieron sospechar. Los dioses, sin embargo, compasivos con Roma, salvaron intactos a los ejércitos y castigaron la temeridad de los cónsules en sus propias cabezas.

[27.34] Cuando los patricios comenzaron a mirar a su alrededor para ver quiénes serían los mejor cónsules, un hombre se destacó notablemente: Cayo Claudio Nerón. La pregunta entonces fue quién sería su colega. Estaba considerado como hombre de excepcional capacidad, pero demasiado impulsivo y osado para una guerra como aquella o para un enemigo como Aníbal; pensaban que su carácter impetuoso necesitaba ser contenido por un colega frío y prudente. Sus pensamientos se dirigieron a Marco Livio. Había sido cónsul varios años antes, y después de haber dejado su consulado había sido sometido a juicio político ante la Asamblea y declarado culpable. Sintió tan profundamente esta ignominia que se retiró al campo y, durante muchos años, permaneció ajeno a la Ciudad y a todas las reuniones públicas. Trascurrieron ocho años después de su condena hasta que los cónsules Marco Claudio Marcelo y Marco Valerio Levino lo trajeron de vuelta a la Ciudad; pero sus ropas miserables, con el pelo y la barba descuidados, todo su aspecto mostraba bien a las claras que no había olvidado la humillación. Los censores Lucio Veturio y Publio Licinio le hicieron cortarse pelo y barba, abandonar sus ropas miserables y ocupar su sitio en el Senado, desempeñando las demás funciones públicas. Incluso entonces se contentaba con un simple *sí* o *no* a las preguntas presentadas a la Cámara, votando con el silencio en caso de división hasta que se presentó el asunto de su pariente, Marco Livio Macato, cuando una acusación contra el buen nombre de su pariente le obligó a levantarse de su sitio y dirigirse a la Curia. La voz que después de tanto tiempo se escuchó nuevamente, fue oída con profunda atención y los senadores comentaban entre sí que el pueblo había herido a un hombre inocente, con gran detrimento de la república que en las tensiones de una grave guerra no se había podido servir de la ayuda y el consejo de un hombre como aquel. Ni Quinto Fabio ni Marco Valerio Levino podrían asignarse como colegas a Cayo Nerón, pues era ilegal que se eligieran dos patricios; la misma dificultad existía en el caso de Tito Manlio, que por otra parte ya rechazó un consulado y seguiría rechazándolo. Si le daban como colega a Marco Livio, creían que tendrían un espléndido par de cónsules. Esta propuesta, presentada por los senadores, fue aprobada por la gran masa del pueblo. Sólo hubo uno, entre todos los ciudadanos, que lo rechazó: el hombre a quien se iba a conferir aquel honor. Los acusó de incoherencia. *Cuando comparecía vestido de harapos como un reo no se apiadaron de él; ahora, a pesar de su negativa, lo vestirían con la toga blanca del candidato. Amontonaban penas y honores sobre el mismo hombre: Si pensaban que era un buen ciudadano, ¿por qué lo habían condenado como un criminal? Si habían descubierto que era un criminal, ¿por qué se le confiaba un segundo consulado tras haber abusado del primero?* Los senadores lo censuraron severamente por quejarse y protestar de esta manera y le recordaron el ejemplo de Marco Furio Camilo quien, después de haber sido llamado del exilio devolvió su patria a su antigua sede. *Debemos tratar a nuestra patria*, le dijeron, c*omo hicieron nuestros padres, desarmando su severidad mediante la paciencia y la sumisión.* Uniendo sus esfuerzos, lograron hacerle cónsul junto a Cayo Claudio Nerón *(207 a.C.)*.

[27.35] Tres días después, se efectuó la elección de los pretores. Los elegidos fueron Lucio Porcio Licinio, Cayo Mamilio y los hermanos Cayo y Aulo Hostilio Catón. Cuando terminaron las elecciones y hubieron concluido los Juegos, el dictador y el jefe de la caballería renunciaron a su cargo. Cayo Terencio Varrón fue enviado a Etruria como propretor para relevar a Cayo Hostilio, que

se haría cargo del mando del ejército de Tarento que había tenido el cónsul Tito Quincio. Lucio Manlio iría como embajador a Grecia para enterarse de lo que estaba pasando allí. Como los Juegos Olímpicos se iban a celebrar este verano y reunirían allí a una gran multitud, él debía, si podía pasar a través de las fuerzas del enemigo, estar presente en ellos e informar a los sicilianos que habían huido allí a causa de la guerra y a los ciudadanos de Tarento desterrados por Aníbal que podían regresar a sus hogares y estar seguros de que el pueblo romano les devolvería todo cuanto poseían antes de la guerra. Como el año entrante parecía estar lleno de los más graves peligros y la república, de momento, estaba sin cónsules, todas las miradas se volvieron a los cónsules electos y era general deseo que no perdieran un instante para sortear sus provincias y decidir contra qué enemigo se enfrentaría cada uno. Por iniciativa de Quinto Fabio Máximo, se obtuvo una resolución del Senado insistiendo en que debían reconciliarse el uno con el otro. Su enfrentamiento era demasiado notorio, y más amargo por el resentimiento de Livio por el trato que había recibido, pues consideraba que su honor había quedado mancillado por su procesamiento. Esto lo hizo aún más implacable; decía que no había ninguna necesidad de reconciliación, cada uno actuaría con mayor energía y atención si sabía que, de no hacerlo, daría ventaja a su enemigo. Sin embargo, el Senado ejerció con éxito su autoridad y que fueron inducidos a dejar a un lado sus diferencias particulares y conducir los asuntos de Estado con una sola política y un solo pensamiento. Sus provincias no fueron contiguas, como en años anteriores, sino muy distantes entre sí y en los extremos de Italia. Una actuaría contra Aníbal en el Brucio y Lucania, el otro en la Galia contra Asdrúbal, del que se informó que estaba ya cerca de los Alpes. El cónsul al que correspondiera la Galia debía escoger entre el ejército que ya estaba en la Galia o el de Etruria, recibiendo por añadidura el ejército urbano. Aquel a quien tocase el Brucio debería alistar nuevas legiones en la Ciudad y escoger uno de los dos ejércitos consulares del año anterior. Quinto Fulvio, con rango de procónsul durante aquel año, se haría cargo del ejército que no tomase el cónsul. Cayo Hostilio, que ya se había trasladado desde Etruria a Tarento, volvería ahora de nuevo a trasladarse desde Tarento a Capua. Se le entregó una legión, que era la que había mandado Fulvio.

[27,36] La aparición de Asdrúbal en Italia se esperaba cada día con más inquietud. Las primeras noticias vinieron de los marselleses, que informaron de que había entrado en la Galia y de que se produjo un entusiasmo generalizado entre los nativos a causa del rumor de que llevaba gran cantidad de oro para pagar tropas auxiliares. Los enviados de Massilia fueron acompañados a su regreso por Sexto Antistio y Marco Recio, a los que se envió para que hicieran más averiguaciones. Estos mandaron decir que había comisionado emisarios, acompañados por algunos massaliotas que tenían amigos entre los jefes galos, para obtener información y que se habían cerciorado de que Asdrúbal trataría de cruzar los Alpes la próxima primavera con un enorme ejército. Lo único que le impedía avanzar de inmediato era que los Alpes resultaban infranqueables en invierno. Publio Elio Peto fue nombrado y consagrado augur en lugar de Marco Marcelo; Cneo Cornelio Dolabella fue consagrado rey sacrificial en el puesto de Marco Marcio, quien había muerto hacía dos años. Los censores Publio Sempronio Tuditano y Marco Cornelio Cétego celebraron el lustro. Los resultados del censo dieron un número de ciudadanos de ciento treinta y siete mil ciento ocho, considerablemente menor del que era antes del comienzo de la guerra. Se dice que, por primera vez desde que Aníbal invadió Italia, el Comicio fue techado y los ediles curules, Quinto Metelo y Cayo Servilio, celebraron durante un día los Juegos Romanos. También los ediles plebeyos, Cayo Mamilio y Marco Cecilio Metelo, celebraron durante dos días los Juegos Plebeyos. También dedicaron tres estatuas al templo de Ceres y se celebró un banquete en honor de Júpiter con motivos de los Juegos. Los cónsules luego tomaron posesión del cargo; Cayo Claudio Nerón por primera vez y Marco Livio por segunda. Cuando hubieron sorteado sus provincias, ordenaron a los pretores que sorteasen las suyas. La pretura urbana recayó sobre Cayo Hostilio y la pretura peregrina también se le asignó, de modo que quedasen disponibles tres pretores para servir en el exterior. Aulo Hostilio fue asignado a Cerdeña, Cayo Mamilio a Sicilia y Lucio Porcio a la Galia. La fuerza militar total

ascendía a veintitrés legiones, distribuidas así: cada uno de los cónsules tenía dos; cuatro estaban en Hispania; cada uno de los tres pretores tenían dos en Cerdeña, Sicilia y la Galia, respectivamente; Cayo Terencio tenía dos en Etruria; Quinto Fulvio tenía dos en el Brucio; Quinto Claudio tenía dos en las proximidades de Tarento y el distrito salentino; Cayo Hostilio Túbulo tenía una en Capua y dos fueron alistadas en la Ciudad para defensa del hogar. El pueblo nombró a los tribunos militares para las primeras cuatro legiones y los cónsules al resto.

[27.37] Antes de la partida de los cónsules, se observaron celebraciones religiosas durante nueve días debido a la caída una lluvia de piedras en Veyes. Como de costumbre, tan pronto fue anunciado un portento llegaron informes de otros. En Minturno, el templo de Júpiter y el bosque sagrado de Marica resultaron alcanzados por un rayo, así como también lo fueron la muralla de Atela y una de las puertas. La gente de Minturna informó sobre un segundo y más terrible portento: en su puerta había fluido un manantial de sangre. En Capua, un lobo había entrado por la puerta durante la noche y había mutilado a uno de los centinelas. Estos augurios fueron expiados mediante el sacrificio de víctimas mayores y los pontífices ordenaron rotativas especiales durante todo un día. Posteriormente, se observó un segundo novendial con motivo de una lluvia de piedras caída en el Armilustro. Tan pronto se hubieron disipado los temores de las mentes con estos ritos expiatorios, llegó un nuevo informe, esta vez desde Frosinone, en el sentido de que había nacido un niño con el tamaño y aspecto de uno de cuatro años y, lo que aún resultaba más sorprendente, como en el caso de Mondragone dos años antes, resultaba imposible decir si era hombre o mujer. Los adivinos, a los que se hizo llamar desde Etruria, declararon que se trataba de un presagio terrible y nefasto, que debían expulsar aquella cosa del territorio romano, impidiéndole cualquier contacto con la tierra, y sepultarlo en el mar. Lo encerraron vivo en un arcón, lo llevaron hasta el mar y lo dejaron caer por la borda.

Los pontífices también decretaron que tres grupos de doncellas, cada uno compuesto por nueve, debían procesionar por la Ciudad cantando un himno. Este himno fue compuesto por el poeta Livio y, mientras lo estaban practicando en el templo de Júpiter Estátor, el santuario de la Reina Juno, en el Aventino, fue alcanzado por un rayo. Se consultó a los adivinos, quienes declararon que este portento concernía a las matronas y que la diosa quedaría apaciguada con un regalo. Los ediles curules publicaron un edicto convocando en el Capitolio a todas las matronas cuyos hogares se encontrasen en Roma o dentro de una distancia de diez millas. Cuando estuvieron reunidas, eligieron a veinticinco de entre ellas para recibir sus ofrendas, que entregaron de sus dotes. De la suma así recogida, se hizo una vasija de oro y se llevó como ofrenda al Aventino, donde las matronas ofrecieron un sacrificio puro y casto. Inmediatamente después, los decenviros de los Libros Sagrados dieron aviso de que se celebrarían ritos sacrificiales añadidos, durante un día, en honor de esta deidad. El orden seguido fue el siguiente: Se llevaron dos novillas blancas desde el templo de Apolo, a través de la puerta Carmental, hasta la Ciudad; tras ellas se llevaron dos imágenes de la diosa hechas en madera de ciprés. Luego seguían veintisiete doncellas, vestidas con ropajes largos y marchando en procesión entonando un himno en su honor, que quizá causara admiración en aquellos días de rudeza pero que, de cantarse hoy día, serían considerados muy groseros y desagradables. Detrás del desfile de doncellas venían los diez decenviros de los Libros Sagrados, llevando la toga pretexta y con coronas de laurel. Desde la puerta Carmental la procesión marchó a lo largo del barrio Jugario hasta el Foro, donde se detuvo. Aquí, las muchachas, todas sujetando una cuerda, iniciaron una danza solemne mientras cantaban, marcando el compás con los pies al sonido de sus voces. Luego reanudaron su curso a lo largo del barrio etrusco y del Velabro, a través del Foro Boario, y subiendo la cuesta Publicia hasta llegar al templo de Juno. Una vez aquí, las dos terneras fueron sacrificadas por los diez decenviros y se llevaron las imágenes de ciprés al interior del santuario.

[27,38] Después que los dioses hubieran sido debidamente aplacados, los cónsules

procedieron con el alistamiento y lo llevaron a cabo con un rigor y exactitud como nadie podía recordar en años anteriores. La aparición de un nuevo enemigo en Italia redobló los temores generales en cuanto al desarrollo de la guerra y, al mismo tiempo, había menos población de la que obtener los hombres necesarios. Incluso las colonias marítimas, a las que se había declarado solemne y formalmente exentas del servicio militar, fueron llamadas a aportar soldados; ante su negativa, se fijó un día para que compareciesen a declarar ante el Senado y la república, cada una por sí misma, los motivos por los que reclamaban la exención. El día señalado asistieron representantes de Ostia, Alsium, Anzio, Anxur, Minturno, Mondragone y de Senigalia en el mar superior. Cada comunidad presentó su título para la exención pero, al estar en Italia el enemigo, se rechazaron todas las reclamaciones a excepción de dos: Anzio y Ostia, y en el caso de estas dos, los hombres en edad militar fueron obligados a prestar juramento de que no dormirían fuera de sus murallas más de treinta noches mientras el enemigo estuviera en Italia. Todo el mundo era de la opinión que los cónsules deben salir en campaña a la mayor brevedad posible, pues Asdrúbal debía ser enfrentado a su descenso de los Alpes o, de otro modo, podría llegar a fomentar un levantamiento entre los galos cisalpinos y en Etruria, y se debía mantener completamente ocupado a Aníbal para evitar su salida del Brucio y que se uniera a su hermano. Sin embargo, Livio se retrasó. No confiaba en las tropas que se le asignaron y se quejaba de que su colega tenía a su disposición tres espléndidos ejércitos. También sugirió que se llamase nuevamente a filas a los esclavos voluntarios. El Senado dio plenos poderes a los cónsules para que obtuvieran refuerzos de cualquier manera que les pareciese bien, para elegir qué hombres querían de todos los ejércitos y para intercambiar y trasladar tropas de una provincia a otra según cuál pensasen que era el mejor interés de la república. Los cónsules actuaron en perfecta armonía al llevar a cabo todas estas medidas. Los esclavos voluntarios fueron incorporados en las legiones décimo novena y vigésima. Algunos autores afirman que Publio Escipión envió a Marco Livio grandes refuerzos desde Hispania, incluyendo ocho mil galos e hispanos, dos mil legionarios y mil jinetes númidas e hispanos, y que esta fuerza fue llevada a Italia por Marco Lucrecio. También afirman que Cayo Mamilio envió tres mil arqueros y honderos de Sicilia.

[27.39] El alboroto y la inquietud en Roma se hicieron mayores a causa de un despacho de Lucio Porcio, el propretor al mando en la Galia. Anunciaba que Asdrúbal había abandonado sus cuarteles de invierno y estaba ya cruzando los Alpes. Se le iba a unir una fuerza de ocho mil hombres, reclutada y equipada entre los ligures, a menos que se enviara a la Liguria un ejército romano que ocupase la atención de los galos. Porcio añadía que él mismo avanzaría tanto como pudiera con seguridad con un ejército tan débil como el suyo. La recepción de esta carta provocó que los cónsules apresurasen el alistamiento y, al concluirlo, marcharon a sus provincias en una fecha anterior a la previamente fijada. Su intención era que cada uno de ellos mantuviera a su enemigo en su propia provincia y no permitir que se uniesen los hermanos ni que concentrasen sus fuerzas. Les ayudó enormemente un error de cálculo cometido por Aníbal. Esperaba, más bien, que su hermano cruzase los Alpes durante el verano; pero al recordar su propia experiencia en la primera travesía del Ródano y los Alpes, con la agotadora lucha durante cinco meses contra hombres y naturaleza, no esperaba que Asdrúbal los atravesara tan rápida y fácilmente como de hecho lo hizo. Debido a este error tardó demasiado en abandonar sus cuarteles de invierno. Asdrúbal, sin embargo, hizo una marcha más rápida y se encontró con menos dificultades de las que él o cualquier otra persona esperaban. No sólo los arvernos y las demás tribus galas y alpinas le dieron una recepción amistosa, sino que se unieron a sus estandartes. Marchó sobre todo, además, por las carreteras construidas por su hermano donde antes no había ninguna; y como los Alpes ya estaban siendo atravesados en uno y otro sentido durante los últimos doce años, se encontró con nativos menos salvajes. Anteriormente, nunca habían estado en tierras extrañas ni habían estado acostumbrados a ver extranjeros en su propio país; nunca habían mantenido relaciones con el resto del mundo. No sabiendo en un primer momento el destino del general cartaginés, imaginaban que

ambicionaba sus rocas y fortalezas y que tenía intención de llevarse sus hombres y su ganado como botín. Luego, cuando se enteraron de la Guerra Púnica que llevaba incendiando Italia durante doce años, comprendieron bien que los Alpes sólo eran un paso de un país a otro y que la lucha se libraba entre dos poderosas ciudades, separadas por una vasta extensión de mar y tierra, y que se disputaban el poder y dominio. Esta fue la razón por la cual los Alpes estaban abiertos para Asdrúbal. Sin embargo, cualquier ventaja obtenida con la rapidez de su marcha se perdió con el tiempo desperdiciado en Plasencia, donde comenzó un inútil asedio en vez de intentar un asalto directo. Situada como estaba en una llanura abierta, pensaba que podría tomarse la ciudad sin dificultad y que la captura de tan importante colonia disuadiría a las demás de ofrecer resistencia alguna. No sólo vio obstaculizado su propio avance por este asedio, sino que retrasó también los movimientos de Aníbal que, al saber de la marcha inesperadamente rápida de su hermano, había salido de sus cuarteles de invierno, pues Aníbal sabía cuán lento asunto era un asedio y no había olvidado su propio e infructuoso intento contra aquella misma colonia tras su victoria en el Trebia.

[27.40] Los cónsules marcharon al frente, cada uno por una ruta distinta, siendo seguida su partida por sentimientos de dolorosa inquietud. Los hombres eran conscientes de que la república tenía dos guerras entre manos al mismo tiempo; recordaban los desastres que siguieron a la aparición de Aníbal en Italia y se preguntaban qué dioses serían tan propicios a la Ciudad y al imperio como para conceder la victoria sobre dos enemigos a la vez en campos de batalla tan distantes. Hasta ahora el cielo la había preservado equilibrando victorias y derrotas. Cuando la causa de Roma cayó rodando por los suelos itálicos, en el Trasimeno y en Cannas, las victorias en Hispania la levantaron de nuevo; cuando se sufrió en Hispania revés tras revés y la república perdió allí a sus dos generales y a la mayor parte de ambos ejércitos, los muchos éxitos cosechados en Italia y Sicilia impidieron el colapso de la maltratada república, a la que la distancia a que se libraba tan desdichada guerra, en el más remoto rincón del mundo, le daba un poco de espacio para respirar. Ahora tenían dos guerras entre manos, ambas en Italia; dos generales, que llevaban nombres ilustres, estaban cerrando sobre Roma; todo el peso del peligro y toda la carga del combate se aplicaba sobre un punto. Quien obtuviera la primera victoria podría en pocos días unir sus fuerzas con el otro. Tales eran los sombríos presagios, cuya tristeza se acrecentaba con el recuerdo luctuoso de la muerte de los dos cónsules el año anterior. Con este estado de ánimo, deprimido e inquieto, acompañó la población a los cónsules hasta las puertas de la Ciudad, al partir para sus respectivas provincias. Se ha registrado una expresión de Marco Livio, mostrando su amargura hacia sus conciudadanos: Cuando, al partir, Quinto Fabio le advirtió en contra de presentar batalla antes de saber a qué clase de enemigo se había de enfrentar, se dice que Livio le replicó entraría en combate tan pronto divisara al enemigo. Cuando le preguntó por qué tenía tanta prisa, dijo: *Me ganaré una distinción especial venciendo en buena lid a tal enemigo o tendré el gran placer, aunque no muy honorable, de ver la derrota de mis conciudadanos.* Antes de que el cónsul Claudio Nerón llegara a su provincia, Aníbal, que marchaba justo por fuera de las fronteras del territorio de Larino en su camino hacia los salentinos, fue atacado por Cayo Hostilio Túbulo. Su infantería ligera provocó un considerable desorden entre el enemigo, que no estaba preparado para el combate; cuatro mil de ellos quedaron muertos y se capturaron nueve estandartes. Quinto Claudio había acuartelado sus fuerzas en varias ciudades del territorio salentino y, al enterarse de la aproximación enemiga, dejó sus cuarteles de invierno y entró en campaña contra él. No queriendo enfrentarse a ambos ejércitos al mismo tiempo, Aníbal partió por la noche y se retiró al Brucio. Claudio marchó de regreso al territorio salentino y Hostilio, mientras estaba de camino a Capua, se reunió con el cónsul Claudio Nerón cerca de Venosa. Aquí fue seleccionado un cuerpo de élite de entrambos ejércitos, consistente en cuarenta mil infantes y dos mil quinientos jinetes, que el cónsul tenía intención de emplear contra Aníbal. Ordenó a Hostilio que llevase el resto de las fuerzas a Capua y las entregara luego al procónsul Quinto Fulvio.

[27.41] Aníbal reunió a todas sus fuerzas, tanto las que estaban en los cuarteles de invierno como las que prestaban servicio de guarnición en el Brucio, y marchó a Grumento, en la Lucania, con la intención de recuperar las ciudades cuyos habitantes, llevados por el temor, se habían pasado a Roma . El cónsul romano marchó al mismo lugar desde Venosa, practicando cuidadosos reconocimientos según avanzaba, y emplazó su campamento a cerca de milla y media del enemigo. La empalizada del campamento cartaginés parecía casi como si estuviese tocando las murallas de Grumento, aunque en realidad había menos de media milla entre ellas. Entre ambos campamentos enemigos el terreno era llano; sobre la izquierda cartaginesa y la derecha romana se extendía una línea de colinas desnudas que no despertó ninguna sospecha a ningún bando al estar desprovistas de vegetación y no ofrecían lugares donde ocultar una emboscada. En la planicie entre los campamentos se libraron escaramuzas entre los puestos de avanzada: el único objetivo de los romanos, evidentemente, era impedir la retirada del enemigo; Aníbal, que estaba deseando escapar, se dirigió al campo de batalla con todas sus fuerzas formadas para el combate. El cónsul, adoptando las tácticas del enemigo al no temer una emboscada en un campo abierto como aquel, envió por la noche cinco cohortes reforzadas por cinco manípulos a coronar las colinas y tomar posiciones al otro lado. Puso al mando del grupo al tribuno militar Tito Claudio Aselo y a Publio Claudio, un prefecto de los aliados, dándoles instrucciones en cuanto al momento en que surgirían de su emboscada y atacarían al enemigo. Al amanecer del día siguiente llevó a cabo la totalidad de su fuerza, tanto infantería como caballería, a la batalla. Poco después, Aníbal dio también la señal para la acción y su campamento se llenó de los gritos de sus hombres que corrían a las armas. Saliendo a la carrera por las puertas del campamento los hombres montados y desmontados, cada uno tratando de ser el primero, corrieron en grupos dispersos por la llanura hacia el enemigo. Cuando el cónsul les vio en tal desorden, ordenó a Cayo Aurunculeyo, tribuno militar de la tercera legión, que enviara la caballería de su legión al galope tendido contra el enemigo pues, según dijo, estaban desperdigados por la llanura como un rebaño de ovejas y podrían ser empujados y pisoteados antes de que pudieran cerrar sus filas.

[27.42] Aníbal no había salido aún de su campamento cuando oyó el ruido de la batalla y no perdió un momento en dirigir sus fuerzas contra el enemigo. La caballería romana ya había provocado el pánico entre los primeros de sus enemigos, la primera legión y el contingente aliado del ala izquierda estaban entrando en acción mientras que el enemigo, sin ninguna clase de formación, combatía contra la infantería o la caballería según llegaran a su encuentro. A medida que llegaban sus refuerzos y apoyos la lucha se generalizaba, y Aníbal habría logrado formar sus hombres pese a la confusión y el pánico, lo que habría resultado casi imposible de no tratarse de tropas veteranas bajo el mando de un general igualmente veterano, si no hubiesen oído a su retaguardia los gritos de las cohortes y manípulos descendiendo a la carrera desde la colina y no se hubieran visto ante el peligro de quedar separados de su campamento. El terror se extendió y la huida se generalizó en todos los sectores del campo de batalla. La cercanía del campamento facilitó su huida y por esta razón sus pérdidas fueron comparativamente pequeñas, considerando que la caballería presionaba su retaguardia y que las cohortes, cargando cuesta abajo por un camino fácil, atacaban su flanco. Aún así, cerca de ocho mil hombres resultaron muertos y se hizo prisioneros a setecientos, se capturaron setecientos estandartes, se mató a cuatro elefantes, que se habían demostrado inútiles en la confusión y apresuramiento de la huida, y se capturó otros dos. Cayeron unos quinientos romanos y aliados. Al día siguiente, los cartagineses permanecieron tranquilos. El general romano marchó en orden de batalla al campo de batalla, pero cuando vio que no avanzaban los estandartes desde el campamento contrario, ordenó a sus hombres que tomaran los despojos de los muertos y que recogieran los cuerpos de sus camaradas muertos y los enterraran en una fosa común. Luego, durante varios días seguidos marchó hasta tan cerca de las puertas que parecía como si fuera a atacar el campamento, hasta que Aníbal se decidió a retirarse. Dejó encendidos numerosos fuegos y tiendas levantadas en el lado del campamento que daba frente a los romanos, a unos

cuantos númidas que debían hacer acto de presencia en la empalizada y en las puertas, y salió con intención de dirigirse hacia la Apulia. Tan pronto amaneció, el ejército romano se acercó a la empalizada y los númidas se hicieron visibles en las murallas y en las puertas. Después de engañar a sus enemigos por algún tiempo, se alejaron a toda velocidad para unirse a sus camaradas. Cuando el cónsul vio que el campamento estaba en silencio y que incluso los pocos que lo habían estado patrullando en la madrugada no eran visibles por ninguna parte, mandó dos jinetes al campamento para practicar un reconocimiento. Informaron al regresar que lo habían examinado y hallado seguro por todas partes, por lo que ordenó que entrasen en él las tropas. Esperó hasta que los soldados se apropiaron del botín y luego dio orden de retirada; mucho antes de caer la noche ya tenía a sus soldados de regreso en el campamento. A la mañana siguiente, muy temprano, comenzó la persecución y, guiado por informantes locales que le dieron pistas sobre su retirada, logró mediante marchas forzadas dar alcance al enemigo no lejos de Venosa. Allí se libró un combate tumultuoso en el que los cartagineses perdieron dos mil hombres. Tras este, Aníbal decidió no darle más ocasión de combatir y marchó hacia el Metaponto en una serie de marchas nocturnas por las montañas. Hanón estaba allí al mando de la guarnición y fue enviado con unas pocas fuerzas al Brucio para alistar en él un nuevo ejército. Aníbal incorporó el resto de las fuerzas a las suyas propias y, volviendo sobre sus pasos, llegó a Venosa, desde donde marchó a Canusio. Nerón nunca perdió el contacto con él y, mientras le seguía al Metaponto, envió a Quinto Fulvio a la Lucania para que aquel país no quedase sin una fuerza defensiva.

[27,43] Después que Asdrúbal hubo levantado el asedio de Plasencia, mandó a cuatro jinetes galos y dos númidas con cartas para Aníbal. Habían pasado por en medio del enemigo y recorrido casi la longitud de Italia, siguiendo tras la retirada de Aníbal a Metaponto, cuando se perdió por el camino y llegaron a Tarento. Aquí fueron sorprendidos por un grupo de forrajeadores romanos que estaban esparcidos por los campos, y llevados ante el propretor Quinto Claudio. Al principio trataron de engañarle mediante respuestas evasivas, pero el miedo a la tortura les obligó a confesar la verdad y dijeron que llevaban despachos de Asdrúbal a Aníbal. Ellos y los despachos, con los sellos intactos, fueron entregados a Lucio Verginio, uno de los tribunos militares. Le proporcionaron una escolta de dos turmas de la caballería samnita y se le ordenó que llevase a los seis jinetes y las cartas ante el cónsul Claudio Nerón. Una vez le hubieron traducido los despachos y tras haber interrogado a los prisioneros, el cónsul se dio cuenta de que la disposición del Senado, que consignaba a cada cónsul su provincia y su ejército, así como el enemigo que a él le había correspondido, no resultaba ser en el presente caso beneficiosa para la república. Tendría que aventurarse improvisando una novedad, que aunque en principio pudiera provocar tanta inquietud entre sus propios compatriotas como entre el enemigo, podría, una vez ejecutada, convertir un gran temor en un gran regocijo. Remitió las cartas de Asdrúbal al Senado junto a otra suya explicando su proyecto. Como Asdrúbal había escrito para decir que se reuniría con su hermano en la Umbria, aconsejó a los senadores que llamasen a la legión romana de Capua, alistasen fuerzas en Roma y con estas fuerzas urbanas se apostasen frente al enemigo en Narni. Esto fue lo que escribió al Senado. Pero también envió correos a los territorios a través de los cuales tenía intención de marchar -Larino, Marrucina, Frentano y Pretuzia-, para advertir a sus habitantes de que reunieran todos los suministros de las ciudades y de los campos y los tuvieran listos sobre su línea de marcha para alimentar a las tropas. Debían también llevar sus caballos y otros animales de carga, de modo que hubiera amplio suministro de transportes para los hombres que cayeran por la fatiga. De la totalidad de su ejército eligió una fuerza de seis mil infantes y mil jinetes, la flor de los contingentes romanos y de sus aliados, e hizo saber que tenía intención de apoderarse de la ciudad más cercana de la Lucania con su guarnición cartaginesa, por lo que todos debían estar listos para marchar. Saliendo por la noche, se volvió en dirección de Áscoli Piceno. Dejando a cargo del campamento a Quinto Catio, su segundo al mando, marchó tan rápido como pudo para reunirse con su colega.

[27.44] El alboroto y la alarma en Roma fueron tan grandes como lo habían sido dos años antes, al hacerse visible el campamento cartaginés desde las murallas y puertas de la Ciudad. El pueblo no podía decidir si la atrevida marcha del cónsul era cosa digna de alabar o de censurar, y resultaba obvio que habrían de esperar el resultado antes de pronunciarse a favor o en contra, lo que resulta la manera más injusta de juzgar. *Ha dejado el campamento sin general*, decían, *cerca de un enemigo como Aníbal y con un ejército del que ha retirado su principal fortaleza: lo más selecto de sus soldados. Fingiendo marchar hacia Lucania, el cónsul ha tomado el camino de Piceno y de la Galia, permitiendo que la seguridad de su campamento dependa de la ignorancia del enemigo en cuanto a la dirección que han tomado él y su división. ¿Qué pasará si se dan cuenta? ¿Y si Aníbal con todo su ejército decide partir en persecución de Nerón y sus seis mil hombres, o atacar el campamento, abandonado como está para ser saqueado, sin defensa, sin un general con plenos poderes ni nadie que pueda tomar los auspicios?* Los anteriores desastres en esta guerra, el recuerdo de los dos cónsules muertos el año anterior, todo ello les llenaba de pavor. *Todas esas cosas*, se dijo, *ocurrieron cuando el enemigo tenía un solo jefe y un solo ejército en Italia; ahora hay dos guerras distintas en marcha, dos inmensos ejércitos y casi dos Aníbal en Italia, pues Asdrúbal es también hijo de Amílcar y es un jefe tan capaz y enérgico como su hermano. Se ha entrenado durante años en Hispania en la guerra contra Roma, y se ha distinguido él mismo con la doble victoria mediante la que aniquiló dos ejércitos romanos y a sus ilustres capitanes. En la rapidez de su marcha de Hispania y en la forma en que ha levantado en armas a las tribus de la Galia, puede presumir de un éxito mucho mayor que el del propio Aníbal, pues él ha mantenido unido su ejército en aquellos mismo lugares donde su hermano perdió la mayor parte de sus fuerzas por el frío y el hambre, las más miserables de todas las muertes.* Los que estaban familiarizados con los últimos acontecimientos en Hispania llegaron a decir que encontraría en Nerón un general que no le sería ajeno, pues este era el general a quien Asdrúbal, cuando le interceptaron en un paso estrecho, engañó y confundió como un niño haciéndole vanas propuestas de paz. De esta manera exageraban la fuerza de su enemigo y despreciaban la propia, haciendo sus temores que vieran solo el lado más oscuro de todo.

[27.45] Cuando Nerón hubo puesto suficiente distancia entre el enemigo y él mismo como para que se fuera seguro revelar su propósito, hizo un breve discurso a sus hombres. *Ningún comandante,* dijo, *ha planeado nunca una operación aparentemente más arriesgada, y en realidad menos, que la mía. Os estoy llevando a una victoria segura. Mi colega no entró en esta campaña hasta haber obtenido del Senado una fuerza tal de infantería y caballería como para considerarla suficiente; una fuerza, de hecho, mucho más numerosa y mejor equipada que si estuviera avanzando contra el propio Aníbal. Por pequeño que sea el número que ahora estáis añadiendo a ella, será suficiente para inclinar la balanza. Una vez que se extienda por el campo de batalla la noticia -y ya me encargaré yo de no lo haga demasiado pronto- de que ha llegado un segundo cónsul con un segundo ejército, ya no cabrá duda sobre la victoria. Los rumores deciden las batallas; un ligero impulso inclina las esperanzas y los temores de los hombres; si tenemos éxito, vosotros mismos os llevaréis toda la gloria de él, pues es siempre el último refuerzo el que se lleva el mérito de romper el equilibrio. Vosotros mismos veis las multitudes entusiastas y admiradas que os dan la bienvenida conforme marcháis.* Y, ¡por Hércules!, por todas partes avanzaban en medio de los votos y las oraciones y las bendiciones de líneas de hombres y mujeres que se habían reunido desde todas partes de los campos y granjas. Les llamaban los defensores de la república, los vengadores de la Ciudad y de la soberanía de Roma; de sus espadas y de sus fuertes diestras dependía toda la seguridad y la libertad del pueblo y sus hijos. Imploraban a todos los dioses y diosas para que les concedieran una marcha segura y próspera, una batalla victoriosa y una temprana victoria sobre sus enemigos. A medida que los iban siguiendo con sus corazones anhelantes iban rezando para que pudieran cumplir los votos ha estaban haciendo cuando fueran alegremente a reunirse con ellos arrebatados por el orgullo de la victoria. Invitaban luego a los

soldados a tomar lo que les habían traído, rogando y suplicando cada uno para que tomasen más de ellos que de los demás cuanto les fuera de utilidad para sí y para sus animales de tiro y cargándoles con regalos de todo tipo. Los soldados mostraron la mayor moderación y se negaron a aceptar nada que no fuera absolutamente necesario. No interrumpieron su marcha ni se salieron de las filas, ni siquiera de detuvieron para tomar alimentos; marchaban día y noche constantemente, dándose apenas el descanso que la naturaleza exigía. El cónsul envió por delante mensajeros para anunciar su llegada a su colega y para preguntarle si sería mejor llegar en secreto o abiertamente, de noche o de día y si debían ocupar el mismo campamento o estar separados. Se consideró mejor que llegase por la noche.

[27.46] El cónsul Livio había emitido una orden secreta por medio de téseras para que los tribunos se hicieran cargo de los tribunos que venían, los centuriones de los centuriones, la caballería de sus camaradas montados y los legionarios de la infantería. No resultaba conveniente ampliar el campamento, pues su objetivo era mantener al enemigo en la ignorancia de la llegada del otro cónsul. El hacinamiento, al unir tan gran número de hombres en el reducido espacio que ofrecían las tiendas de campaña, se hizo más sencillo a causa de que el ejército de Claudio, en su apresurada marcha, no había llevado con ellos casi nada más que sus armas. Durante la marcha, sin embargo, su número se había visto aumentado por voluntarios, en parte antiguos soldados que ya habían cumplido su periodo de servicio y en parte jóvenes estaban deseando unírseles. Claudio alistó a aquellos cuya apariencia y fortaleza les hacía parecer aptos para el servicio. El campamento de Livio estaba en las cercanías de Sena, con Asdrúbal aproximadamente a media milla de distancia. Cuando se percató de que estaba llegando a su destino, el cónsul se detuvo donde le ocultasen las montañas para no entrar en el campamento antes de la noche. A continuación, los hombres entraron en silencio y fueron llevados a las tiendas, cada uno por un hombre de su mismo rango, donde les dieron la más cálida bienvenida y les recibieron amablemente. Al día siguiente se celebró un consejo de guerra en el que estuvo presente el pretor Lucio Porcio Licino. Su campamento estaba contiguo al de los cónsules; antes de su llegada había adoptado todos las medidas posibles para confundir a los cartagineses, marchando por las alturas y aprovechando los puertos, fuera para detener su avance, fuera para acosar su columna por el flanco y la retaguardia mientras marchaba. Muchos de los presentes en el Consejo estaban a favor de posponer la batalla para que Nerón pudiera dar descanso a sus tropas desgastadas por la longitud de la marcha y la falta de sueño, así como también para que pudiera tener un par de días para conocer a su enemigo. Nerón trató de disuadirlos de este curso de acción y de todo corazón les imploró que no convirtieran su plan, dilatándolo, en algo temerario, toda vez que a causa de la velocidad de su marcha era perfectamente seguro. La actividad de Aníbal, según él, estaba paralizada, por así decir, a causa de un error que no tardaría en rectificar; ni había atacado su campamento en ausencia de su comandante, ni había tomado la decisión de seguirlo al marcharse. Sería posible, antes de que se moviera, destruir al ejército de Asdrúbal y regresar a la Apulia. *Darle tiempo al enemigo, dilatando el enfrentamiento, sería entregar su campamento en Apulia a Aníbal y abrirle un camino expedito a la Galia, de modo que se podría unir con Asdrúbal cuándo y dónde quisiera. Se debía dar de inmediato la señal para la acción, debemos marchar al campo de batalla y aprovechar los errores que están cometiendo nuestros dos enemigos, el más distante y el que tenemos más a mano. Aquel no sabe que se enfrenta a un ejército menor de lo que cree, y este no es consciente de que tiene delante uno mayor y más fuerte de lo que imagina.* Tan pronto como el consejo fue disuelto, se mostró la señal de combate y el ejército marchó formado al campo de batalla.

[27.47] El enemigo ya estaba formado, delante de su campamento, en orden de batalla. Sin embargo, se produjo una pausa. Asdrúbal había cabalgado a vanguardia con un destacamento de caballería y vio en las filas contrarias unos escudos muy gastados que no había visto antes y unos caballos inusualmente delgados; el número, también, le parecía mayor que el habitual. Sospechando

la verdad, retiró a toda prisa sus tropas al campamento y mandó que bajaran hombres al río del que obtenían agua los romanos con el objeto de capturar alguno de las partidas de aguada, si podían, y fijarse sobre todo en si estaban tostados por el sol, como suele ser el caso tras una larga marcha. Ordenó, al mismo tiempo, que patrullas montadas cabalgaran alrededor del campamento del cónsul y observasen si se había extendido su empalizada en cualquier dirección y que advirtieran si el clarín de órdenes sonaba una o dos veces en el campamento. Le informaron que ambos campamentos, el de Marco Livio y el de Lucio Porcio, estaban como siempre, sin ningún añadido, y esto les engañó. Pero también le informaron de que el clarín de órdenes sonó una vez en el campamento del pretor y dos veces en el de cónsul; esto perturbó al veterano comandante, conocedor como era de los hábitos de los romanos. Llegó a la conclusión de que ambos cónsules estaban allí y se preguntaba inquieto cómo uno de los cónsules había dejado a Aníbal. Menos aún podía sospechar lo que había ocurrido en realidad, es decir, que Aníbal había sido engañado tan completamente que desconocía el paradero del comandante y del ejército cuyo campamento estaba tan cercano al suyo. Al no haberse atrevido su hermano a seguir al cónsul, creyó completamente seguro que había sufrido una grave derrota y temió grandemente no haber llegado a tiempo para salvar una situación desesperada y haber dejado que los romanos gozaran de la misma buena suerte en Italia que la que habían tenido en Hispania. A veces pensaba que su carta no había llegado a Aníbal, sino que había sido interceptada por el cónsul que, luego, se apresuró a aplastarle. En medio de estos sombríos presagios ordenó que se apagasen las hogueras y, en la primera guardia, dio señal para que se recogiese en silencio toda la impedimenta. El ejército, a continuación, abandonó el campamento. En la prisa y la confusión de la marcha nocturna, los guías, que no habían sido mantenidos bajo estrecha vigilancia, escaparon; uno se escondió en un lugar elegido de antemano y el otro cruzó a nado el Metauro por un vado que conocía bien. La columna, privada de sus guías, marchó sin rumbo por el campo y muchos, faltos de sueño, de dejaron caer para descansar; lo que seguían junto a los estandartes eran cada vez menos y menos. Hasta que la luz del día le mostrase el camino, Asdrúbal ordenó a la cabeza de la columna que avanzase con cautela; al ver que debido a las curvas y vueltas del río se había avanzado poco, dispuso lo necesario para cruzarlo tan pronto como el amanecer le mostrase un lugar a propósito. Sin embargo, no fue capaz de encontrar un paso, pues cuanto más marchaba hacia el mar más altas eran las orillas que limitaban la corriente; y perdiendo así el día, dio tiempo a su enemigo para que lo siguiera.

[27,48] Nerón, con la totalidad de la caballería, fue el primero en llegar, siguiéndole después Porcio con la infantería ligera. Comenzaron a hostigar a su cansado enemigo cargando repetidamente por todas partes, hasta que Asdrúbal detuvo una marcha que empezaba a parecer una huida y decidió formar un campamento sobre una colina que dominaba el río. En esta coyuntura, Livio apareció con la infantería pesada, no en orden de marcha, sino desplegada y armada para una batalla inminente. Unieron todas sus fuerzas y formaron el frente; Claudio Nerón tomó el mando del ala derecha y Livio de la izquierda, mientras que el centro fue asignado al pretor. Cuando Asdrúbal comprendió que debía renunciar a toda idea de atrincherarse y que debía disponerse a combatir, situó los elefantes al frente y a los galos cerca de ellos, a la izquierda, para oponerse a Claudio, no tanto porque confiara en ellos sino porque esperaba que asustasen al enemigo; mientras, en la derecha, donde él ostentaba personalmente el mando, situó a los hispanos en quienes, como tropas veteranas, tenía más confianza. Los ligures fueron colocados en el centro, detrás de los elefantes. Su formación tenía mayor profundidad que longitud y los galos estaban cubiertos por una colina que se extendía a través de su frente. En la zona de la línea que ocupaban Asdrúbal y sus hispanos, enfrentaban la izquierda romana; toda la derecha romana quedó excluida de la lucha, pues la colina al frente le impedía hacer ningún ataque, frontal o de flanco. La lucha entre Livio y Asdrúbal resultó feroz y ambas partes sufrieron grandes pérdidas. Aquí estaban ambos generales, la mayor parte de la infantería y la caballería romana, los hispanos, que eran soldados veteranos y empleaban tácticas de combate romanas, además de los ligures, un pueblo endurecido por la guerra. A este sector del

campo de batalla fueron llevados también los elefantes, que en su primera aparición pusieron en desorden la primera fila y obligaron a retroceder a los estandartes. Luego, conforme la lucha se hacía más enconada y el ruido y los gritos más furiosos, resultó imposible controlarlos, se abalanzaron entre los dos ejércitos como si no supieran a qué bando pertenecían, igual que los barcos a la deriva sin timón. Nerón hizo infructuosos esfuerzos para escalar la colina frente a él, gritando repetidas veces a sus hombres: *¿Para qué hemos marchado tanto tiempo a toda velocidad?* Cuando le fuera imposible alcanzar al enemigo en esa dirección, separó unas cohortes de su ala derecha, donde vio que estaban más en disposición de vigilar que para tomar parte en los combates, las llevó más allá de la retaguardia de su sector y, para sorpresa de sus propios hombres y del enemigo, lanzó un ataque contra el flanco enemigo. Tan rápidamente fue ejecutada esta maniobra, que casi al momento de mostrarse en el flanco ya estaban atacando la retaguardia enemiga. Así, atacados por todos lados, al frente, por el flanco y la retaguardia, los hispanos y los ligures fueron masacrados. Por fin, la matanza llegó donde estaban los galos. Aquí hubo muy poca lucha, pues en su mayor parte habían caído rendidos durante la noche y dormían desperdigados por los campos, alejados de sus enseñas; aquellos que aún permanecían junto a los estandartes estaban agotados por la larga marcha y la necesidad de sueño, resultando apenas capaces de soportar la fatiga y de sostener el peso de su armadura. Era ya mediodía y el calor y la sed les hacía jadear, hasta que fueron abatidos o hechos prisioneros sin ofrecer resistencia alguna.

[27.49] Más elefantes fueron muertos por sus conductores que por el enemigo. Llevaban un escoplo de carpintero y un mazo y, cuando las bestias enloquecidas corrían por entre su propio bando, el conductor colocaba el escoplo entre las orejas, justo donde la cabeza está unida al cuello, y lo hundían con todas sus fuerzas. Este era el método más rápido que había sido descubierto para dar muerte a estos enormes animales cuando no había ninguna esperanza de controlarlos, y Asdrúbal fue el primero en introducirlo. A menudo se había distinguido este comandante en las batallas, pero nunca más que en este caso. Mantuvo arriba el ánimo de sus hombres, que lucharon tanto por sus palabras de aliento como compartiendo sus peligros; cuando, cansados y desanimados, ya no podían luchar más, reavivaba su coraje mediante súplicas y reproches; llamaba a los que huían y con frecuencia reanudó el combate allí donde había sido abandonado. Finalmente, cuando la fortuna de la jornada se mostró decisivamente a favor del enemigo, rehusó sobrevivir a aquel gran ejército que le había seguido arrastrado por la magia de su nombre y, picando espuelas a su caballo, se lanzó contra una cohorte romana. Allí cayó luchando, una muerte digna del hijo de Amílcar y hermano de Aníbal. Nunca, durante toda la guerra, perecieron tantos enemigos en una sola batalla. La muerte del comandante y la destrucción de su ejército se consideró una compensación adecuada por el desastre de Cannas. Murieron cincuenta y seis mil enemigos, cinco mil cuatrocientos cayeron prisioneros y se obtuvo gran cantidad de botín, especialmente de oro y plata. Más de tres mil romanos, que habían sido capturados por el enemigo, fueron rescatados, y esto supuso cierto consuelo por las pérdidas sufridas en la batalla, pues la victoria no se logró, ciertamente sin sangre; alrededor de ocho mil romanos y aliados perdieron la vida. Tan saciados quedaron los vencedores con el derramamiento de sangre y la carnicería que, cuando al día siguiente se informó a Livio de que los galos cisalpinos y los ligures que no habían participado en la batalla o habían escapado del campo de batalla, marchaban en un gran grupo sin jefe ni nadie que impartiera órdenes y que una sola ala de caballería podría borrarlos a todos, el cónsul replicó: *Dejad que algunos sobrevivan para que lleven la noticia de su derrota y de nuestra victoria.*

[27.50] La noche después de la batalla, Nerón partió a un ritmo aún más rápido que al de su venida y en seis días llegó a su campamento y estuvo nuevamente en contacto con Aníbal. Su marcha no fue contemplada por las mismas multitudes de la otra vez, pues no le precedió ningún mensajero, pero su regreso fue recibido de modo tan exultante que el pueblo estaba casi fuera de sí de alegría. En cuanto al estado de ánimo en Roma, es imposible describir o imaginar la ansiedad

con que los ciudadanos esperaban el resultado de la batalla o el entusiasmo que despertó el informe de la victoria. Nunca, desde el día en que llegaron las nuevas de que Nerón había iniciado su marcha, había abandonado ningún senador la Curia ni el pueblo el Foro de sol a sol. Las matronas, ya que no podían prestar ninguna ayuda activa, se dedicaron a la oración y las rogativas; atestaron todas las capillas y asaltaron a los dioses con súplicas y promesas. Mientras que los ciudadanos se encontraban en este estado de ansiosa inquietud, suspenso ansioso, se inició un vago rumor en el sentido de que dos soldados pertenecientes a Narnia habían ido desde el campo de batalla al campamento que estaba guardando el camino hacia la Umbría con el anuncio de que el enemigo había sido hecho pedazos. La gente escuchaba el rumor pero que no podían creer, pues la noticia era demasiado grande y demasiado feliz como para aceptarla como cierta; la misma velocidad a la que llegó la hizo menos creíble, pues informaron que la batalla había tenido lugar solo dos días antes. Después siguió un despacho de Lucio Manlio Acidino informando de la llegada de los dos jinetes a su campamento. Cuando esta carta fue llevada a través del foro hasta la tribuna del pretor, los senadores abandonaron sus puestos y, debido al entusiasmo del pueblo que se apretaba y empujaba, casi no pudo acercarse el correo a la Curia. Este fue arrastrado por la multitud, que exigió a gritos que el despacho fuese leído desde los Rostra antes de serlo ante el Senado. Por fin, los magistrados lograron que el pueblo se retirase y fue posible que todos participasen de las alegres noticias que tan impacientes estaban por recibir. El comunicado fue leído en primer lugar en la Curia y luego en la Asamblea. Fue escuchado con distintos sentimientos según el temperamento de cada uno, algunos consideraron la noticia como totalmente verídica, otros no la creerían hasta tener el despacho del cónsul y el informe de los mensajeros.

[27,51] Se dio noticia de que estos se acercaban. Todos, jóvenes y viejos por igual, corrieron a su encuentro, cada cual dispuesto a empaparse de las buenas noticias con ojos y oídos, extendiéndose la multitud hasta el puente Mulvio. Los mensajeros eran Lucio Veturio Filón, Publio Licinio Varo y Quinto Cecilio Metelo. Se dirigieron hacia el Foro rodeados por una multitud donde estaban representadas todas las clases del pueblo y asediados por todas partes a preguntas sobre lo que realmente había sucedido. Tan pronto como alguno escuchaba que el ejército enemigo y su comandante habían sido muertos, mientras los cónsules y su ejército estaban a salvo, se apresuraban a hacer partícipes a otros de su alegría. Llegaron a la Curia con dificultad, y aún con más dificultad se impidió a la multitud que invadiera el espacio reservado a los senadores. Una vez aquí, se leyó el despacho y después los mensajeros fueron llevados ante la Asamblea. Tras la lectura, Lucio Veturio dio los detalles completos y su relato fue recibido con gran entusiasmo que, finalmente, acabó en vítores generales y con la Asamblea apenas capaz de contener la alegría. Algunos corrieron a los templos para dar gracias al cielo, otros corrieron a sus hogares para que sus esposas e hijos pudieran escuchar las buenas nuevas. El Senado decretó tres días de acción de gracias pues los cónsules, Marco Livio y Cayo Claudio Nerón, habían mantenido a salvo a sus propios ejércitos y destruido el ejército del enemigo y a su comandante. Cayo Hostilio, el pretor, dio la orden para su observancia. Los servicios fueron atendidos tanto por hombres y como por mujeres, los templos estuvieron llenos a lo largo de los tres días y las matronas, con sus ropas más espléndidas y acompañadas por sus hijos, ofrecieron sus acciones de gracias a los dioses, libres de inquietud y miedo como si la guerra hubiera terminado. Esta victoria también alivió la situación financiera. La gente se aventuró a hacer negocios igual que en tiempos de paz, a comprar y a vender, a prestar y a pagar los préstamos. Después de Nerón hubo regresado al campamento, dio órdenes para que la cabeza de Asdrúbal, que había guardado y traído con él, fuese lanzada frente a los puestos avanzados de los enemigos, y para que se exhibieran los prisioneros africanos, tal y como estaban encadenados. Dos de ellos fueron puestos en libertad con orden de ir hasta Aníbal e informarle todo lo que había sucedido. Aturdido tanto por el duelo que había caído sobre su país como por el luto de su familia, se dice que Aníbal declaró que reconocía el destino que esperaba a Cartago. Levantó el campamento y decidió concentrar en el Brucio, el más remoto rincón de Italia, a todos sus auxiliares a quienes ya no podía

controlar mientras estaban diseminados por las distintas ciudades. Toda la población de Metaponto tuvo que abandonar sus hogares junto con todos los lucanos que reconocieron su supremacía, y fueron trasladados a territorio brucio.

LIBRO XXVIII. LA CONQUISTA FINAL DE HISPANIA

[28,1] Aunque la invasión de Asdrúbal había desplazado la carga de la guerra a Italia y llevó el correspondiente alivio a Hispania, la guerra se renovó repentinamente en aquel país de manera tan formidable como la anterior. En el momento de la salida de Asdrúbal *(208 a.C.)*, Hispania estaba dividida entre Roma y Cartago de la siguiente manera: Asdrúbal, hijo de Giscón, se había retirado al litoral del océano cerca de Gades, la línea de costa mediterránea y la casi totalidad del oriente de Hispania era mantenido por Escipión bajo el dictado de Roma. Un nuevo general, de nombre Hanón, tomó el lugar de Asdrúbal Barca y trajo un ejército de refresco, se unió a Magón y marchó al interior de la Celtiberia, que se encuentra entre el Mediterráneo y el océano, levantando aquí un ejército muy considerable. Escipión envió contra él a Marco Silano, con una fuerza de no más de diez mil infantes y quinientos jinetes. Silano marchó tan rápido como pudo, pero su avance fue impedido por el mal estado de los caminos y los estrechos pasos de montaña, obstáculos que se encuentran en la mayor parte de Hispania. A pesar de estas dificultades, superó no solo a los indígenas que podrían haber llevado las nuevas, sino incluso a cualquier rumor sobre su avance; con la ayuda de algunos desertores celtíberos que sirvieron como guías, logró encontrar al enemigo. Cuando estaba a unas diez millas de distancia, fue informado por sus guías de que había dos campamentos cerca de la vía por la que estaba marchando; el de la izquierda estaba ocupado por los celtíberos, un ejército recién alistado de unos nueve mil componentes, y el de la derecha por los cartagineses. Este último estaba guardado celosamente mediante puestos avanzados, piquetes y todas las precauciones habituales contra sorpresas; el campamento celtíbero permanecía sin disciplina y descuidando todas las precauciones, como podría esperarse de bárbaros, reclutas y de quienes tienen poco miedo por estar en su propia tierra. Silano decidió atacar primero este, manteniendo a sus hombres tan a la izquierda como pudiera para no ser detectados por los puestos avanzados cartagineses. Después de enviar a sus exploradores, avanzó rápidamente contra el enemigo.

[28,2] Estaba ya a cerca de tres millas de distancia y ninguno de los enemigos se había dado aún cuenta de su avance pues las rocas y los matorrales que cubrían la totalidad de este territorio montañoso ocultaba sus movimientos. Antes de hacer su avance final, ordenó a sus hombres hacer alto en un valle, donde quedaron bien ocultos, y comer. Volvieron a salir las partidas de exploración y confirmaron las declaraciones de los desertores, tras de lo cual los romanos, después de colocar la impedimenta en el centro y armándose para el combate, avanzaron en orden de batalla. El enemigo se percató de su presencia cuando se encontraban a una milla de distancia y a toda prisa se dispusieron a enfrentárseles. En cuanto Magón oyó los gritos y vio la confusión, galopó a través de su campamento para tomar el mando. Había en el ejército celtibérico cuatro mil hombres con escudos y doscientos de caballería, formando casi una legión normal y compuesta por lo mejor de sus fuerzas. Puso a estos, que eran su fuerza principal, al frente, y al resto, que estaban ligeramente armados, en la reserva. Con esta formación los llevó fuera del campamento, pero apenas hubieron cruzado la empalizada los romanos les lanzaron sus pilos. Los hispanos se agacharon para evitarlos y, a continuación, se levantaron para descargar los suyos, que los romanos recibieron según su costumbre con los escudos superpuestos; luego cerraron distancia y combatieron cuerpo a cuerpo con sus espadas. Los celtíberos, acostumbrados a maniobrar rápidamente, encontraron inútil su agilidad sobre el terreno quebrado; pero los romanos, que estaban acostumbrados al combate estacionario, no encontraron inconveniente más allá del hecho de que, a veces, sus filas se quebraban al pasar por lugares estrechos o tramos con maleza. Luego tuvieron que luchar individualmente o en parejas, como si se tratara de duelos.

Estos mismos obstáculos, sin embargo, al impedir la huida de los enemigos, los entregó, como si estuviesen atados de pies y manos pies, a la espada. Casi toda la infantería pesada de los celtíberos había caído, cuando la infantería ligera cartaginesa, que había llegado desde el otro

campamento, compartió su destino. No escaparon más de dos mil infantes; la caballería, que apenas había tomado parte en la batalla, pudo también escapar junto a Magón. El otro general, Hanón, fue hecho prisionero junto con los últimos en aparecer sobre el campo cuando la batalla ya estaba perdida. Magón, con casi la totalidad de su caballería y la infantería veterana, se unió a Asdrúbal en Gades diez días después del enfrentamiento. Los soldados novatos celtíberos se dispersaron por los bosques vecinos y alcanzaron así sus hogares. Hasta aquel entonces, la guerra no había sido grave, pero existía todo lo necesario para que se hubiera producido una conflagración mucho mayor, de haber sido posible inducir a las otras tribus a levantarse en armas con los celtíberos; esa posibilidad quedó muy oportunamente destruida mediante esta victoria. Escipión, por lo tanto, elogió a Silano en términos generosos, y se sentía esperanzado de llevar a término la guerra si él, por su parte, actuaba con la suficiente prontitud. Avanzó, en consecuencia, hasta el remoto rincón de Hispania donde se concentraban, bajo Asdrúbal, todas las restantes fuerzas de Cartago. Este resultó estar, por entonces, acampado en territorio de la Bética con el propósito de asegurarse la fidelidad de sus aliados; pero ante el avance de Escipión, de repente, se retiró y, en una marcha que se parecía mucho a una huida, se retiró hasta Gades, en la costa. Sintiéndose, sin embargo, muy seguro de que mientras mantuviera unido su ejército sería objeto de un ataque, dispuso, antes de cruzar a Gades, que todas sus fuerzas se distribuyeran entre las distintas ciudades, de modo que pudieran proteger las murallas mientras estas les protegían a ellos.

[28,3] Cuando Escipión tuvo conocimiento de esta división de las fuerzas enemigas, se dio cuenta de que llevar sus armas de ciudad en ciudad supondría una pérdida de tiempo mucho mayor que los beneficios obtenidos y, por lo tanto, retrocedió. No deseando, sin embargo, dejar aquel territorio en manos enemigas, envió a su hermano Lucio con diez mil infantes y mil de caballería para atacar la ciudad más rica de aquella parte del país a la que los nativos llamaban Orongis y que se encuentra en el país de los mesesos, una de las tribus del sur de Hispania; el suelo es fértil y hay también minas de plata. Asdrúbal la había utilizado como base desde la cual lanzar sus incursiones contra las tribus del interior. Lucio Escipión acampó en las cercanías de la ciudad, pero antes de asediarla envió hombres a sus puertas de mantener una conferencia con los habitantes y tratar de persuadirlos para que pusieran a prueba más la amistad de los romanos que su fuerza. Como no se obtuvo ninguna respuesta en favor de la paz, rodeó la plaza con una doble línea de circunvalación y dividió su ejército en tres grupos, de manera que siempre hubiera uno listo para la acción mientras los otros dos estaban descansando y, por lo tanto, pudiera sostenerse un ataque continuo. Cuando el primer grupo avanzó para el asalto se produjo una lucha desesperada; tenían la mayor de las dificultades para acercarse a las murallas con las escalas de asalto, debido a la lluvia de proyectiles que caía sobre ellos. Aun cuando habían plantado las escalas contra los muros y empezaron a subirlas, eran tirados abajo por unas horcas construidas a tal fin; se dejaron caer ganchos de hierro sobre el resto, de manera que corrían el peligro de ser arrastrados hasta las murallas y quedar suspendidos en medio del aire. Escipión vio que lo que hacía indecisa la lucha era, simplemente, el insuficiente número de sus hombres y que los defensores tenían la ventaja debido a que estaban luchando desde sus murallas. Retiró el grupo que estaba atacando y lanzó a los otros dos. Al encarar este nuevo ataque los defensores, cansados de sostener el asalto anterior, se retiraron a toda prisa de las murallas y la guarnición cartaginesa, temiendo que la ciudad hubiera sido traicionada, abandonaron sus distintos puestos y formaron en un solo cuerpo. Esto alarmó a los habitantes que temían que, una vez dentro de la ciudad el enemigo, masacrase a todo el mundo, cartaginés o hispano. Muchos se lanzaron por una puerta abierta, manteniendo sus escudos por delante por si se les lanzaban proyectiles a distancia y mostrando sus manos derechas vacías para dejar claro que habían arrojado sus espadas. Pero su acción fue mal interpretada, bien por culpa de la distancia a la que fueron vistos o porque se sospechase de una traición; así que se lanzó un feroz ataque contra la multitud que huía, la cual fue destrozada como si se tratase de un ejército enemigo. Los romanos marcharon a través de la puerta abierta mientras que las demás puertas eran derribadas con hachas y

picos; cada jinete entró al galope y, de conformidad con sus órdenes, se dirigió a ocupar el Foro. La caballería estaba apoyada por un destacamento de triarios; los legionarios ocuparon el resto de la ciudad. No hubo saqueo y, excepto en caso de resistencia armada, no hubo derramamiento de sangre. Todos los cartagineses y alrededor de un millar de los ciudadanos que habían cerrado las puertas fueron colocados bajo custodia, la ciudad fue entregada al resto de la población y se les restituyeron sus bienes. Cayeron en el asalto de la ciudad unos dos mil enemigos; no más de noventa entre los romanos.

[28,4] La captura de esta ciudad fue un motivo de gran satisfacción para quienes la habían llevado a cabo, como lo fue también para el comandante supremo y el resto del ejército. La entrada de las tropas resultó un notable espectáculo debido a la inmensa cantidad de prisioneros que les precedían. Escipión otorgó los más altos elogios a su hermano y declaró que la captura de Orongis era un logro tan grande como su propia captura de Cartagena. El invierno se acercaba y como la estación ya le permitía intentar la toma de Gades o perseguir al ejército de Asdrúbal, disperso como estaba por toda la provincia, Escipión llevó nuevamente todas sus fuerzas de vuelta a la Hispania Citerior. Tras dejar sus legiones en sus cuarteles de invierno, envió a su hermano a Roma con Hanón y el resto de prisioneros de alto rango, y después se retiró a Tarragona. La flota romana, bajo el mando del procónsul Marco Valerio Levino, navegó durante el año de Sicilia a África y llevó a cabo correrías alrededor de Útica y Cartago; el saqueo se llevó a cabo bajo las mismas murallas de Útica y hasta las fronteras de Cartago. A su regreso a Sicilia se encontraron con una flota cartaginesa de setenta buques. De estos, capturaron diecisiete, hundieron cuatro y pusieron en fuga al resto. El ejército romano, victorioso por tierra y mar, regresó a Marsala [la antigua Lilibeo.-N. del T.] con una enorme cantidad de botín de toda clase. Ahora que los barcos enemigos habían sido expulsados y el mar estaba seguro, grandes cantidades de grano fueron enviadas a Roma.

[28,5] Fue al comienzo de este verano *(207 a.C.)* cuando el procónsul Publio Sulpicio y el rey Atalo, que como ya se dijo había invernado en Egina, navegaron hasta Lemnos con sus flotas combinadas; los barcos romanos sumaban veinticinco y treinta y cinco los del rey. Con el fin de estar preparado para enfrentarse a sus enemigos por tierra o mar, Filipo descendió hasta Demetrias por la costa y dio órdenes para que el ejército se reuniera en Larisa un día determinado. Cuando se enteraron de la llegada del rey a Demetrias, las embajadas de todos sus aliados fueron allí a visitarle. Los etolios, envalentonados por su alianza con Roma y la llegada de Atalo, asolaban las tierras de sus vecinos. Se produjo una gran alarma entre los acarnanes, los beocios y los habitantes de Eubea; también los aqueos tuvieron otro motivo de temor pues, además de su guerra contra los etolios, fueron amenazados por Macánidas, el tirano de Lacedemonia, que había acampado no lejos de las fronteras de los argivos. Las embajadas informaron al rey del estado de cosas, y unos y otros le rogaban que les prestase ayuda contra los peligros que les amenazaban por tierra y mar. La situación en su propio reino estaba lejos de ser tranquila; le llevaron informes en los que se le anunciaba que Escardiledos y Pleúratos se habían levantado otra vez y que las tribus tracias, especialmente los medos, se estaban disponiendo para invadir Macedonia tan pronto el rey estuviera ocupado en alguna guerra lejana. Los beocios y los estados del interior de Grecia informaron de que los etolios habían cerrado el paso de las Termópilas en su parte más estrecha, con un foso y una muralla, para impedirle que llevase socorro a las ciudades de sus aliados. Incluso un jefe torpe habría sido despertado por todos aquellos disturbios a su alrededor. Despidió a las embajadas con promesas firmes de que ayudaría a todas ellas según el momento y las circunstancias lo permitieran. Por el momento, el cuidado más urgente era la ciudad de Pepareto, pues se le informó de que el rey Atalo, que había navegado hasta allí desde Lemnos, se encontraba saqueando y destruyendo todo el campo a su alrededor. Filipo envió un destacamento para proteger el lugar. También envió a Polifanta con una pequeña fuerza a Beocia, y a un tal Menipo, uno de sus generales, con mil peltastas -la pelta no es distinta de la cetra- a Calcis. Esta fuerza se complementó con quinientos

agrianos, a fin de que la totalidad de la isla pudiera quedar protegida. El propio Filipo marchó a Escotusa y ordenó a las tropas macedonias en Larisa que fuesen allí. Le llegaron allí informes de que el consejo nacional de los etilos se había reunido cerca de Heraclea y que Atalo estaría presente para deliberar con ellos sobre la dirección de la guerra. Así pues, Filipo se dirigió hacia allá a marchas forzadas, pero no llegó al lugar hasta después que se hubiera disuelto el Consejo. Destruyó, sin embargo, las cosechas que estaban casi en sazón, especialmente en torno al golfo Malíaco, y luego llevó su ejército a Escotusa. Dejando el grueso de sus fuerzas allí, volvió a Demetrias con una cohorte regia. Con vistas a enfrentar cualquier movimiento del enemigo, envió hombres a la Fócida, a Eubea y a Pepareto para escoger lugares elevados desde los que se pudieran encender hogueras, y fijó él mismo un puesto de observación en el monte Tiseo, un pico de inmensa altura. De esta manera, mediante los fuegos en la distancia, esperaba recibir noticia inmediata sobre cualquier movimiento por parte del enemigo. El general romano y Atalo zarparon de Pepareto hacia Nicea, y de allí a la ciudad de Kastro en Eubea. Esta es la primera ciudad de Eubea que se deja a mano izquierda al salir del Golfo de Demetrias hacia Calcis y el Euripo. Atalo y Sulpicio dispusieron que los romanos atacarían por mar y las tropas del rey por tierra.

[28,6] No fue hasta el cuarto día después de su llegada cuando se inició el ataque; el intervalo se pasó en conferencias secretas con Plátor, a quien Filipo había nombrado comandante de la guarnición. La ciudad tiene dos ciudadelas, una con vistas al mar y la otra hacia el corazón de la ciudad. Desde la última, un pasaje subterráneo bajaba hasta el mar, acabando a su vez en una torre de cinco pisos de altura que formaba una defensa imponente. Aquí tuvo lugar un violento combate, pues la torre estaba abundantemente provista con proyectiles de todo tipo, habiendo sido llevadas allí desde los buques máquinas y artillería para usarlas contra ella. Mientras la atención de todos estaba centrada en la lucha que tenía lugar aquí, Plátor dejó entrar a los romanos a través de la puerta de la ciudadela que miraba al mar, siendo esta capturada de inmediato. Luego, los defensores, viéndose obligados a regresar a la ciudad, trataron de alcanzar la otra ciudadela. Aquí se habían situado hombres con el propósito de cerrarles las puertas y, al dejarlos así fuera de las dos ciudadelas, fueron muertos o hechos prisioneros. La guarnición macedonia formó una falange cerrada bajo la muralla de la ciudades, sin tratar de huir ni tomar parte activa en los combates. Plátor persuadió a Sulpicio para que les dejase marchar, siendo embarcados y desembarcados luego en Nea Anchialos, en la Ftiótide. El propio Plátor se unió a Atalo. Animado por su fácil éxito fácil en Oreos, Sulpicio partió de inmediato con su flota victoriosa hacia Calcis, pero aquí el resultado no respondió en modo alguno a sus expectativas. El mar, que es amplio y se cierra en cada extremo con un estrecho canal, presenta a primera vista la apariencia de un doble puerto con dos bocas opuestas entre sí. Pero sería difícil encontrar una rada más peligrosa para una flota. Repentinos vientos tempestuosos bajan de las altas montañas por ambos lados; y el Euripo no fluye y refluye, como comúnmente se afirma, siete veces al día a intervalos regulares, sino que sus aguas, arrastradas al azar por el viento ora en una dirección, ora en otra, se lanzan a lo largo como un torrente que descienda por la ladera de una montaña escarpada, de modo que los barcos nunca quedan en aguas tranquilas ni de día, ni de noche. Después de Sulpicio hubo anclado su flota en estas aguas turbulentas, se encontró con que la ciudad estaba protegida por un lado por el mar y, por el otro, el lado de tierra, por muy sólidas fortificaciones; también la fuerza de su guarnición y la lealtad de los oficiales, tan diferente de la duplicidad y la traición en Oreos, hacía a Calcis inexpugnable. Tras examinar lo difícil de su posición, el comandante romano actuó sabiamente al desistir de su temeraria empresa y, sin perder más tiempo, navegó hacia Cinos, en la Lócride, un lugar que servía como emporio a la ciudad de los opuntianos distante una milla del mar.

[28,7] Las hogueras en Oreos habían advertido a Filipo, pero por culpa de la traición de Plátor lo hicieron demasiado tarde y, en cualquier caso, la inferioridad naval de Filipo le habría hecho extremadamente difícil llegar a la isla. Como consecuencia de esta demora, no hizo ningún esfuerzo

para aliviarla, pero se apresuró a auxiliar Calcis en cuanto le llegó la señal. Aunque esta ciudad también se encuentra en la isla, está separada del continente por un estrecho tan corto que permitía que estuviese conectada por un puente, lo que hacía más fácil acercarse a ella por tierra que por mar. Filipo marchó desde Demetrias hasta Escotusa; se marchó de aquel lugar a medianoche y, tras derrotar a los etilos que guarnecían el paso de las Termópilas, les expulsó en desorden hacia Heraclea. Llegó finalmente a Elatea, en la Fócida, habiendo cubierto más de sesenta millas en un día. Casi en el mismo día, la ciudad de los opuntianos fue tomada y saqueada por Atalo. Sulpicio le había dejado el botín a él, pues Oreos había sido saqueada por los romanos hacía unos días cuando las tropas del rey estaban en otro lugar. Mientras la flota romana estaba situada cerca de Oreos, Atalo estaba muy ocupado en exigiendo contribuciones a los principales ciudadanos de Opus, completamente ignorante de la aproximación de Filipo. Tan rápido fue el avance macedonio que, de no haber sido vista por casualidad, en la distancia, la columna enemiga por algunos cretenses que habían salido a forrajear, Atalo habría sido completamente sorprendido. Como fuera, este huyó en completo desorden hasta sus barcos, sin detenerse para armarse; cuando apareció Filipo, los hombres estaban, de hecho, botando sus buques y aquel provocó gran alarma entre las tripulaciones incluso desde la orilla del mar. Luego regresó a Opus, acusando a dioses y hombres por haberse quitado de las manos la posibilidad de lograr una gran victoria. Estaba furiosísimo con los opuntianos porque, aunque habían resistido hasta su llegada, tan pronto llegó el enemigo se entregaron voluntariamente.

Después de arreglar los asuntos de Opus, marchó a Nista. Atalo había navegado hasta Oreos, pero al enterarse de que Prusias, el rey de Bitinia, había violado las fronteras de sus dominios, abandonó todos sus proyectos en Grecia, incluyendo la guerra etolia, y se embarcó hacia Asia. Sulpicio llevó a su flota de nuevo a Egina, de donde había salido al comienzo de la primavera. Filipo capturó Nista sin más dificultades que las que había tenido Atalo en Opus. Estaba habitada esta ciudad por refugiados de Tebas en la Ftiótide. Cuando la plaza fue capturada por Filipo, escaparon y se pusieron bajo la protección de los etolios, que les asignaron para residir una ciudad que había quedado arruinada y abandonada en la anterior guerra con Filipo. Después de capturar Nista, avanzó para capturar Titronio y Drumias, pequeñas ciudades sin importancia en la Dórida. Finalmente, llegó a Elatea donde se acordó que se encontrasen con él las embajadas de Ptolomeo y de los rodios. Aquí estuvieron discutiendo la cuestión de poner fin a la guerra etolia -los embajadores habían estado presentes en el reciente consejo entre romanos y etolios en Heraclea-, cuando se supo la noticia de que Macánidas había decidido atacar a los eleos en medio de sus solemnes preparativos para los Juegos Olímpicos. Filipo pensó que debía impedir esto y, por consiguiente, despidió a los embajadores tras asegurarles que él era responsable de la guerra y que no pondría ningún obstáculo en el camino de la paz, siempre que sus términos fuesen justos y honorables. A continuación, marchó con su ejército armado a la ligera, y pasó a través de Beocia hacia Megara, bajando desde allí hasta Corinto. Aquí recogió suministros y, a continuación, avanzó hacia Fliunte y Feneos. Cuando hubo llegado a Herea escuchó que Macánidas, atemorizado por su rápida aproximación, marchó apresuradamente de vuelta a Lacedemonia. Al recibir esta información se dirigió a Egio, a fin de estar presente en la reunión de la Liga Aquea; esperaba, también, encontrar allí la flota cartaginesa, que había solicitado para tener alguna fuerza en la mar. Los cartagineses había dejado pocos días antes aquel lugar, hacia Oxeas [¿Oxías?.-N. del T.], y después, cuando oyeron que Atalo y los romanos habían partido de Oreo, buscaron refugio en los puertos de la Acarnania, temerosos de que si les sorprendían en Rhíon, en la desembocadura del golfo de Corinto, pudieran ser derrotados.

[28,8] Filipo estaba muy decepcionado y triste al ver que, a pesar de sus rápidos desplazamientos, siempre llegaba demasiado tarde para hacer algo útil; y porque la Fortuna se burlase de su energía y actividad, quitando ante sus ojos cualquier oportunidad. Sin embargo, ocultó su decepción en presencia del Consejo y habló en un tono muy confiado. Apelando a los dioses y a

los hombres, declaró que en ningún momento o lugar dejó de marchar con toda la rapidez posible cada vez que sonó el ruido de las armas enemigas. Sería difícil, continuó, estimar si él había sido más audaz en la guerra o si el enemigo la había hecho más deprisa. De esta manera se alejó Atalo de Opus y Sulpicio de Calcis, y así ahora había Macánidas escapado de sus manos. Pero la huida no siempre era algo bueno, y era imposible considerar que se trataba de una guerra difícil aquella en la que una vez se tomase contacto con el enemigo se habría vencido. Lo más importante era la propia admisión de los enemigos de que no eran rivales para él, y que obteniendo él en poco tiempo una victoria decisiva, el enemigo se encontraría con un resultado en la batalla peor del que habían previsto. Sus aliados se mostraron encantados con el discurso del rey. Luego, entregó Herea y Trifilia a los aqueos, y también Alifera a los megalopolitanos, tras demostrar estos que aquella había formado parte de su territorio. Posteriormente, con algunos buques proporcionados por los aqueos -tres cuatrirremes y otros tantos birremes- navegó hacia Antícira. Anteriormente había enviado al Golfo de Corinto siete quinquerremes y más de veinte barcos ligeros, con la intención de reforzar la flota cartaginesa, y con ellos se dirigió hacia Entras de Etolia, cerca de Eupalio, donde desembarcó. Los etolios supieron de su desembarco, pues todos los hombres que estaban en los campos o en los castillos de Potidania o Apolonia huyeron a los bosques y las montañas; los rebaños que no pudieron llevar consigo en su huida, fueron tomados por Filipo y llevados a bordo. Todo el botín se envió a cargo de Nicias, el pretor de los aqueos en Egio; Filipo, enviando a su infantería por tierra a través de Beocia, fue personalmente a Corinto y de allí a Cencrea. Aquí se embarcó de nuevo y, navegando más allá de la costa del Ática, alrededor del cabo Sunio y pasando casi a través de las flotas enemigas, llegó a Calcis. En su discurso a los ciudadanos habló en los mejores términos de su lealtad y coraje al negarse a ser arrastrados por cualesquiera amenazas o promesas, y les pidió que, en caso de que fueron atacados, mostrasen la misma determinación de ser fiel a su aliado si consideraban su propia posición preferible a la de Opus u Oreos. De Calcis navegó a Oreos, donde encomendó la administración y defensa de la ciudad a aquellos magnates que habían huido, al ser capturada la ciudad, en vez de entregarse a los romanos. Volvió luego a Demetrias, el lugar desde el que había comenzado a prestar ayuda a sus aliados. Procedió ahora a poner las quillas de cien buques de guerra en los astilleros de Casandrea, reuniendo gran número de carpinteros de ribera para su construcción. Como la situación estaba ahora tranquila en Grecia, debido a la partida de Atalo y a la efectiva ayuda que Filipo había prestado a sus aliados en dificultades, este regresó a Macedonia para iniciar las operaciones contra los dárdanos.

[28,9] Justo al final de este verano Quinto Fabio, el hijo de Máximo, que era lugarteniente del cónsul Marco Livio, llegó a Roma para informar al Senado de que el cónsul consideraba a Lucio Porcio y sus legiones suficientes para la defensa de la Galia y, en este caso, Livio y su ejército consular podían ser retirados de forma segura. El Senado llamó de vuelta no sólo a Livio, sino también a su colega Cayo Claudio, aunque las órdenes dadas a cada uno eran distintas. Se ordenó a Marco Livio que trajese de vuelta a sus tropas, pero las legiones de Nerón debían permanecer en su provincia, enfrentando a Aníbal. Los cónsules habían mantenido correspondencia entre ellos, conviniendo en que, igual que habían mantenido la misma opinión en su dirección de los asuntos públicos, así, aunque llegando desde direcciones opuestas, debían aproximarse a la Ciudad al mismo tiempo. Cualquiera que fuese el primero en llegar a Palestrina, debía esperar allí a su colega, ocurriendo por casualidad que ambos llegaron allí el mismo día. Después de enviar una convocatoria para que el Senado se reuniera en el templo de Bellona en el plazo de tres días, marcharon juntos hacia la Ciudad. Toda la población salió a su encuentro con gritos de bienvenida, tratando cada uno de coger las manos de los cónsules; llovieron sobre ellos felicitaciones y agradecimientos por haber, con sus esfuerzos, salvado a la República. Cuando el Senado se reunió, siguieron el precedente establecido por todos los generales victoriosos y sometieron a la Cámara un informe de sus operaciones militares. Luego se solicitó que, en reconocimiento a su dirección enérgica y eficaz de los asuntos públicos, a los dioses se les debían rendir honores especiales y a

ellos, los cónsules, se les permitiría entrar en la Ciudad en triunfo. Los senadores aprobaron un decreto para que se mostrara en primer lugar el agradecimiento a los dioses y, después de a estos, a los cónsules. Una solemne de acción de gracias fue decretada en su nombre y a cada uno de ellos se le permitió disfrutar de un triunfo.

Habiendo estado en completo acuerdo en cuanto a la dirección de su campaña, decidieron que no tendrían triunfos separados y se hizo el siguiente arreglo: Como la victoria se había obtenido en la provincia de Livio y como le habían correspondido a él los auspicios el día de la batalla, además de que su ejército fuera el que había sido llamado de vuelta a Roma, mientras que el de Nerón no podía abandonar su provincia, se decidió que Livio conduciría la cuadriga a la cabeza de sus soldados y que Cayo Claudio Nerón iría a caballo, sin escolta de soldados. El triunfo así compartido entre ambos enaltecería la gloria de los dos, pero especialmente de aquel que había permitido a su compañero superarle en honor tanto como él mismo lo superaba en mérito. *Ese caballero* -se decían entre sí los hombres- *atravesó Italia de punta a punta en seis días y, al tiempo que Aníbal le creía enfrentándole en la Apulia, él combatía en batalla campal contra Asdrúbal en la Galia. De aquel modo un cónsul había frenado el avance de dos generales, dos grandes capitanes en las esquinas opuestas de Italia, enfrentándose a uno con su estrategia y a otro en persona. El solo nombre de Nerón había bastado para mantener a Aníbal quieto en su campamento y, en cuanto a Asdrúbal, ¿qué fue lo que provocó su derrota y destrucción, sino la llegada de Nerón al campo de batalla? Uno de los cónsules podía conducir un carro con tantos caballos como quisiera, pues el triunfo verdadero pertenecía al otro, que iba a caballo por la Ciudad; aunque marchase a pie, la fama de Nerón nunca moriría, fuese por la gloria que adquirió en la guerra o por el desprecio que hacia ella mostró en su triunfo.* Estas y otras observaciones parecidas de los espectadores siguieron a Nerón hasta llegar al Capitolio. El dinero que depositaron en el Tesoro ascendía a tres millones de sestercios y ochenta mil ases. La generosidad de Marco Livio hacia sus soldados ascendió a cincuenta y seis ases por hombre, y Cayo Nerón prometió entregar la misma cantidad a los suyos en cuanto se reincorporase a su ejército. Fue de notar que aquel día, en sus bromas y canciones, los soldados celebraron con más frecuencia el nombre de Cayo Claudio Nerón que el de su propio cónsul; y que los miembros del orden ecuestre se volcaron en alabanzas hacia Lucio Veturio y Quinto Cecilio, instando a la plebe a que los nombrara cónsules para el año siguiente. Los cónsules agrandaron considerablemente el peso de esta recomendación cuando, a la mañana siguiente, informaron a la Asamblea del valor y fidelidad con que habían servido los dos oficiales.

[28.10] Se acercaba el tiempo de las elecciones y se decidió que deberían ser celebradas por un dictador. Cayo Claudio Nerón nombró dictador a su colega, Marco Livio, y este nombró como jefe de la caballería a Quinto Cecilio. Lucio Veturio y Quinto Cecilio fueron elegidos cónsules. Vino después la elección de los pretores; los nombrados fueron Cayo Servilio, Marco Cecilio Metelo, Tiberio Claudio Aselo y Quinto Mamilio Turrino, que era por entonces edil plebeyo. Cuando terminaron las elecciones, el dictador abandonó su cargo y tras licenciar a su ejército marchó con una misión oficial a Etruria. Había sido encargado por el Senado a realizar una investigación sobre qué pueblos de Etruria y Umbría habían concebido el designio de desertar con Asdrúbal en cuanto apareció, así como cuáles de ellos le habían ayudado con suministros, hombres o en cualquier otra manera. Tales fueron los acontecimientos del año en el país y en el extranjero. Los Juegos Romanos fueron celebrados en su totalidad durante tres días consecutivos por los ediles curules Cneo Servilio Cepio y Servilio Cornelio Léntulo; igualmente fueron celebrados los Juegos Plebeyos, durante un día, por los ediles plebeyos Marco Pomponio Matón y Quinto Mamilio Turrino. Ya era el decimotercer año de la Guerra Púnica. A ambos cónsules, Lucio Veturio Filón y Quinto Cecilio Metelo, se le asignó la misma provincia, el Brucio, para que conjuntamente pudieran llevar a cabo las operaciones contra Aníbal. Los pretores sortearon sus provincias: Marco Cecilio Metelo obtuvo la pretura urbana y Quinto Mamilio la peregrina. Sicilia cayó a Cayo Servilio y Cerdeña a Tiberio Claudio.

Los ejércitos se distribuyeron de la siguiente manera: Uno de los cónsules se hizo cargo del ejército de Nerón; el otro, del que había mandado Quinto Claudio; cada uno estaba compuesto por dos legiones. Marco Livio, que estuvo actuando como procónsul durante el año, tomó de Cayo Terencio el mando de las dos legiones de esclavos voluntarios en Etruria. También se decretó que Quinto Mamilio, a quien se había asignado la pretura peregrina, debía transferir sus deberes judiciales a su colega y mantener la Galia con el ejército que Lucio Porcio había mandado como propretor; también se le ordenó asolar los campos de aquellos galos que se habían pasado a los cartagineses a la llegada de Asdrúbal. Cayo Servilio debía proteger Sicilia, como había hecho Cayo Mamilio, con las dos legiones de los supervivientes de Cannas. El antiguo ejército en Cerdeña, bajo el mando de Aulo Hostilio, fue llamado de vuelta, y los cónsules alistaron una nueva legión que Tiberio Claudio debía llevar con él a la isla. Se concedió la extensión de su mando por un año a Quinto Claudio, con el que permanecería al mando en Tarento, y a Cayo Hostilio Tubero, para que pudiera seguir actuando en Capua. Marco Valerio, al que se había encargado de la defensa de la costa siciliana, recibió la orden de entregar más de treinta barcos al pretor Cayo Servilio y regresar a Roma con el resto de su flota.

[28.11] En una ciudad agobiada por una guerra de tanta gravedad, donde los hombres achacaban a la acción directa de los dioses cada suceso afortunado o desafortunado, se anunciaron numerosos prodigios. En Terracina, el templo de Júpiter, y en Satricum el de Mater Matuta, fueron alcanzados por un rayo. En este último lugar se produjo aún mucha más alarma por la aparición de dos serpientes que se deslizaron directamente a través de las puertas dentro del templo de Júpiter. Desde Anzio se informó de que los segadores habían visto espigas de grano cubiertas de sangre. En Cere, nacieron un cerdo con dos cabezas y un cordero con el sexo femenino y el masculino a la vez. Se dijo que en Alba fueron vistos dos soles, y en Fregellas se hizo la luz durante la noche. En los campos de Roma se dijo que habló un buey; se afirmó que el altar de Neptuno, en el Circo Flaminio, se había bañado en sudor y los templos de Ceres, Salud y Quirino fueron alcanzados por rayos. Los cónsules recibieron órdenes de expiar los presagios mediante el sacrificio de víctimas mayores y fijando un día para una solemne rogativa. Estas medidas se llevaron a cabo de conformidad con la resolución del Senado. Lo que resultó ser una experiencia mucho más aterradora que todos los portentos notificados en los campos, o vistos en la Ciudad, fue la extinción del fuego en el templo de Vesta. La vestal que estaba a cargo del fuego aquella noche fue duramente azotada por orden de Publio Licinio, el Pontífice Máximo. Aunque esto no fue un presagio enviado por los dioses, sino simplemente el resultado de la negligencia humana, se decidió sacrificar víctimas mayores y celebrar una ceremonia de solemne súplica en el templo de las vestales.

Antes de que los cónsules partieran a los asuntos de la guerra, el Senado les aconsejó que velaran porque fueran devueltas sus casas de campo al pueblo. Ya que gracias a la bondad de los dioses, la carga de la guerra ya se había alejado de la ciudad de Roma y del Lacio, y los hombres podían habitar las zonas rurales sin miedo, no resultaba apropiado que estuviesen más preocupados por los cultivos de Sicilia que por los de aquella parte de Italia. El pueblo, sin embargo, no encontró aquello tan fácil. A los pequeños propietarios se los había llevado la guerra; no había casi trabajadores esclavos disponibles; el ganado había sido tomado como botín y las casas de campo habían sido saqueadas o incendiadas. Sin embargo, ante la autoritaria insistencia de los cónsules, un número considerable regresó a sus fincas. Lo que llevó al Senado a encargarse de esta cuestión fue la presencia de embajadas de Plasencia y Cremona, que llegaron para quejarse por la invasión y el saqueo de sus territorios por sus vecinos, los galos. Una gran parte de sus pobladores, dijeron, había desaparecido, sus ciudades estaban casi sin habitantes, y el campo era un desierto. Al pretor Mamilio se encargó la defensa de estas colonias; los cónsules, actuando según una resolución del Senado, publicaron un edicto requiriendo que todos los que fueran ciudadanos de Cremona y de Plasencia regresasen a sus hogares antes de cierto día. Por último, hacia el comienzo de la primavera partieron a la guerra. El cónsul Quinto Cecilio se hizo cargo del ejército de Cayo Nerón y

Lucio Veturio del que había mandado Quinto Claudio, llevándolo a su totalidad de efectivos mediante los nuevos alistamientos que había efectuado. Llevaron sus ejércitos a territorio de Cosenza, y lo devastaron en todas las direcciones. Cuando regresaban cargados con el botín, fueron atacados en un paso estrecho por una fuerza de brucios y lanzadores de jabalinas númidas, peligrando no solo el botín, sino también las mismas tropas. Hubo, sin embargo, más alarma y confusión que lucha real. El botín fue enviado por delante y las legiones lograron alcanzar una posición libre de peligro. Avanzaron en la Lucania y toda la zona volvió a su lealtad a Roma sin ofrecer resistencia alguna.

[28,12] No se libró ninguna acción contra Aníbal este año, pues tras el golpe que había caído sobre él y su patria, no efectuó ningún avance, ni se preocuparon los romanos de molestarle, tal era su percepción sobre la capacidad que tenía aquel general único, aún cuando su causa por todas partes caía arruinada. Me inclino a pensar que resultaba más admirable en la adversidad que en la época de sus grandes victorias. Durante trece años había estado dirigiendo una guerra, con suerte diversa, sobre un país enemigo y lejos de casa. Su ejército no estaba formado por sus propios compatriotas, sino que era un conjunto mezclado de varias nacionalidades que nada tenían en común, ni leyes, ni costumbres, ni lengua; difería su apariencia, vestuario y armas, extraños entre sí en cuanto a sus ritos religiosos, apenas reconociendo los mismos dioses. Y, sin embargo, los había unido tan estrechamente que ninguna sedición los rompió, ni contra los propios soldados ni contra su comandante, aunque muy a menudo faltara el dinero o los suministros; la carencia de estos ya había supuesto durante la Primera Guerra Púnica la sucesión de numerosos incidentes de carácter tan vergonzoso. De haber descansado todas sus esperanzas de victoria sobre Asdrúbal y su ejército, y después de que aquel ejército hubiera sido eliminado, se habría retirado al Brucio y abandonado el resto de Italia a los romanos. ¿No es de sorprender que no estallara ningún motín en su campamento? Porque además de todas sus restantes dificultades, no tenía ninguna posibilidad de alimentar a su ejército excepto con los recursos del Brucio que, incluso si todo aquel país hubiera estado en cultivo, no habría brindado más que un magro suministro a un ejército tan grande. Pero tal como estaban las cosas, una gran parte de la población había dejado de labrar la tierra por culpa de la guerra y por su amor innato y tradicional por el bandidaje. No recibía ayuda de su tierra, pues su gobierno estaba preocupado principalmente por mantener su dominio sobre Hispania, como si todo en Italia trascurriera favorablemente.

La situación en Hispania era similar en algunos aspectos y, en otros, totalmente distinta de la de Italia. Era similar en la medida en que los cartagineses, después de su derrota y la pérdida de su general, habían sido empujados hacia las zonas más distantes de Hispania, a orillas del océano. Era distinta en cuanto que las características naturales del país y el carácter de sus habitantes hacían de Hispania más a propósito que Italia, y de hecho más que cualquier otra tierra, para la constante reanudación de hostilidades. A pesar de que fue la primera provincia, de todas las del continente, en ser ocupada por los romanos, fue por tales motivos la última en ser completamente subyugada, y esto solo en nuestros propios días bajo la dirección y los auspicios de César Augusto. Asdrúbal Giscón, que, junto a la familia Barca, fue el más grande y más brillante general cartaginés que ostentó el mando en esta guerra, fue animado por Magón a renovar las hostilidades. Partió de Gades y, atravesando toda Hispania, alistó una fuerza de cincuenta mil infantes y cuatro mil quinientos de caballería. En cuanto a la fuerza de su caballería, los autores están generalmente de acuerdo, aunque algunos de ellos afirmar que la fuerza de infantería que llevó a Silpia ascendió a setenta mil hombres. Cerca de esta ciudad acamparon los dos comandantes cartagineses, en una llanura amplia y abierta, dispuestos a aceptar la batalla si se les ofrecía.

[28,13] Cuando se dio noticia a Escipión de la reunión de este gran ejército, consideró que no se le podría enfrentar con sus legiones romanas a menos que empleara a sus auxiliares indígenas para poder aparentar, en todo caso, una mayor fortaleza. Al mismo tiempo, sentía que no debía

depender demasiado de ellos, pues si cambiaban de bando podrían provocar la misma derrota que terminó con su padre y su tío. Culcas, cuya autoridad se extendía a más de veintiocho ciudades fortificadas, se había comprometido a organizar una fuerza de infantería y caballería durante el invierno, y envió a Silano para recibirlas. Luego, levantando sus cuarteles en Tarragona, Escipión bajó hasta Cástulo recogiendo pequeños contingentes proporcionados por las tribus amigas que quedaban al paso de su marcha. Allí se le unió Silano con tres mil infantes y quinientos de caballería. Todo su ejército, romanos y contingentes aliados, infantería y caballería, ascendían ahora a cincuenta y cinco mil hombres. Con esta fuerza avanzó al encuentro del enemigo y tomó posiciones cerca de Baécula. Mientras estaban sus hombres fortificando el campamento, fueron atacados por Magón y Masinisa con toda su caballería, y les habrían puesto en gran desorden de no haber cargado Escipión con su caballería, a la que había situado en cierto lugar, oculta tras una colina. Aquella derrotó rápidamente a los atacantes que habían llegado hasta las líneas y estaban ya atacando a los que construían la empalizada; con los otros, que mantuvieron sus filas y avanzaban formados y en orden, el combate fue más prolongado y permaneció indeciso durante un tiempo considerable. Pero cuando llegaron, desde los puestos avanzados, las cohortes de infantería ligera y los hombres que se encontraban en los trabajos de castramentación tomaron sus armas, frescos para el combate, fueron relevando en número creciente a sus camaradas cansados; una vez quedó dispuesto sobre el campo de batalla un cuerpo considerable de hombres armados, los cartagineses y los númidas se retiraron. En un primer momento se retiraron en orden y con rapidez, manteniendo su formación, pero cuando los romanos incrementaron su ataque ya no pudieron sostenerse y resistir, dispersándose y huyendo como pudieron. Aunque esta acción hizo mucho para levantar el ánimo de los romanos y bajar los del enemigo, durante varios días se produjeron incesantes escaramuzas entre la caballería y la infantería ligera de ambos lados.

[28.14] Después de que se hubieran probado suficientemente las fuerzas de cada parte, Asdrúbal condujo su ejército a la batalla, ante lo cual los romanos hicieron lo mismo. Cada ejército permanecía formado delante de su empalizada, sin decidirse a comenzar la lucha. Hacia el atardecer, los dos ejércitos, en primer lugar el cartaginés y después el romano, marcharon de vuelta a su campamento. Esto continuó durante algunos días; los cartagineses eran siempre los primeros en formar sus líneas y los primeros en recibir la orden de retirarse cuando estaban cansados de permanecer pie. No había movimiento alguno de avance por ningún bando, no se lanzó ningún proyectil ni se lanzó ningún grito de guerra. Los romanos se colocaban en el centro de una formación y los cartagineses en el centro de la otra; los flancos de ambos ejércitos estaban compuestos por tropas hispanas. Delante de la línea cartaginesa se situaban los elefantes, que desde la distancia parecían torres. Era creencia general en ambos campos que combatían según el orden en que habían formado y que la batalla principal se daría entre los romanos y los cartagineses del centro, los principales actores de la guerra y los más igualados en valor y armamento. Al darse cuenta Escipión de que esto se asumía como algo natural, alteró cuidadosamente sus órdenes para el día en que tenía intención de combatir. La noche anterior, envió una tésera por todo el campamento, ordenado a los hombres que desayunaran y procurasen que sus caballos se alimentaran antes del amanecer, la caballería debería estar para entonces completamente armada, con sus caballos dispuestos, embridados y ensillados. El día apenas había roto cuando envió toda su caballería, junto con la infantería ligera, contra los puestos avanzados cartagineses, siguiéndoles de inmediato con la infantería pesada de las legiones bajo su mando personal. Contrariamente a lo que todos esperaban, había convertido sus alas en la parte más fuerte de su ejército al colocar allí las tropas romanas, con los auxiliares ocupando el centro.

Los gritos de la caballería despertaron a Asdrúbal, que salió corriendo de su tienda. Cuando vio el cuerpo a cuerpo frente a la empalizada y el desorden entre sus hombres, y a los estandartes de las legiones brillando en la distancias con toda la llanura cubierta por el enemigo, de inmediato envió todas sus fuerzas de caballería contra la caballería enemiga. Sacó después a su infantería del

campamento y formó su línea de batalla sin ningún cambio respecto al orden de días anteriores. El combate de caballería había cursado de momento sin ventaja para ninguno. Tampoco se podía llegar a nada decisivo, pues cuando cada una de las fuerzas era rechazada se retiraba entre la seguridad de su infantería. Pero cuando las fuerzas principales estaban a media milla una de otra, Escipión hizo llamar a su caballería e infantería ligera y les ordenó colocarse a retaguardia de la infantería, cuyas filas se abrieron para dejarle paso, y la formó después en dos divisiones situando cada una como apoyo detrás de cada ala. Entonces, al llegar el momento de ejecutar su maniobra, ordenó a los hispanos del centro que efectuasen un lento avance, enviando recado a Silano y Marcio para que se extendieran hacia la izquierda igual que él lo hacía hacia la derecha, y que se enfrentasen al enemigo con su caballería ligera y su infantería antes que los centros pudieran cerrar entre sí. Cada ala se alargó así mediante tres cohortes de infantería y tres turmas, además de vélites, y con esta formación avanzaron contra el enemigo a la carrera, con los demás siguiéndoles en formación oblicua. La línea se curvó hacia adentro, hacia el centro, a causa del menor avance de los hispanos. Las alas estaban ya trabadas mientras que los cartagineses y los veteranos africanos, la principal fuerza de su ejército, no había tenido aún ocasión de lanzar un solo proyectil. No se atrevían a abandonar su lugar en las filas y ayudar a sus compañeros por miedo a dejar el centro abierto al avance del enemigo. Las alas estaban siendo presionadas mediante un ataque doble: la caballería, la infantería ligera y los vélites les habían rodeado y lanzaban una carga por el flanco, mientras las cohortes presionaban y fijaban su frente con el objeto de separarlos de su centro.

[28.15] La lucha no era igualada en ningún sector del campo de batalla. No solo quedaban enfrentados los baleáricos y los reclutas hispanos a los legionarios romanos y latinos sino que, conforme avanzaba el día, comenzó a ceder la fortaleza física del ejército de Asdrúbal. Sorprendido por el ataque repentino a primera hora de la mañana, habían sido obligados a ir a la batalla antes de que pudieran tomar fuerzas alimentándose. Fue con este objetivo por lo que Escipión había retrasado deliberadamente la lucha hasta el final del día, pues no fue hasta la séptima hora cuando dio comienzo el ataque sobre las alas, y fue un poco después cuando la lucha alcanzó al centro; de tal modo que, con el calor del día, la fatiga de permanecer con las armaduras y el hambre y la sed que estaban sufriendo, quedaron agotados antes de cerrar con el enemigo. Así, exhaustos, se apoyaban en sus escudos donde estaban. Para completar su incomodidad, los elefantes, asustados por los repentinos gritos de la caballería y los rápidos movimientos de la infantería ligera y los vélites, se precipitaron desde las alas al centro de las líneas. Cansados y desanimados, el enemigo comenzó a retroceder, manteniendo empero sus filas, como si hubieran recibido la orden de retirarse. Pero cuando los vencedores vieron que las cosas les eran favorables, lanzaron un ataque aún más furioso por todas partes del campo de batalla, que el enemigo casi fue incapaz de resistir pese a que Asdrúbal trataba de reunirlos e impedir que cedieran, diciéndoles que la colina de su retaguardia les daría refugio seguro si se retiraban en buen orden. Sus temores, sin embargo, pudieron más que su sentido de la vergüenza y cuando los más cercanos al enemigo cedieron, su ejemplo fue seguido repentinamente por todos y se produjo una desbandada general. Su primera parada fue en la parte inferior de la pendiente de la colina y, como los romanos dudasen en subirla, comenzaron a formar de nuevo sus líneas; pero al ver que avanzaban otra vez volvieron a huir y fueron obligados a retroceder en desorden a su campamento . Los romanos no estaban lejos de la empalizada y habrían asaltado el campamento sobre la marcha de no haber sido sustituido el brillante sol, que a menudo luce entre las fuertes lluvias, por una tormenta tal que los vencedores pudieron apenas regresar a su campamento; algunos, incluso, quedaron impedidos por un miedo supersticioso de intentar cualquier otra cosa aquel día. Aunque la noche y la tormenta invitaban a los cartagineses, exhaustos como estaban por su esfuerzo y muchos de ellos por sus heridas, a tomar el descanso que tanto necesitaban, sus temores y el peligro en que se encontraban, sin embargo, les impidió cualquier reposo. Esperando un ataque contra su campamento en cuanto se hiciera la luz, fortalecieron su empalizada con grandes piedras recogidas de los valles de alrededor, esperando

hallar en sus fortificaciones la defensa que no les habían proporcionado sus armas. La deserción de sus aliados, sin embargo, les decidió a buscar la seguridad en la huida en lugar de arriesgarse a otra batalla. El primero en abandonarles fue Atene, régulo de los turdetanos; se marchó con un cuerpo considerable de sus compatriotas, siguiendo a esto la entrega de dos ciudades fortificadas con sus guarniciones a los romanos. Temiendo la propagación del aquel mal y la extensión del descontento, Asdrúbal levantó en silencio su campamento la noche siguiente.

[28,16] Cuando los puestos avanzados dieron noticia de la partida del enemigo, Escipión envió a su caballería y le siguió con todo su ejército. Tal fue la rapidez de la persecución que, de haber seguido la pista directa de Asdrúbal le debiera haber alcanzado. Pero, siguiendo el consejo de sus guías, tomaron una ruta más corta hacía el río Betis, de manera que le pudiesen atacar si trataba de cruzarlo. Encontrándose el río bloqueado, Asdrúbal dirigió su rumbo hacia el océano, y su precipitada marcha, que en su premura y confusión semejaba una huida, le dio una considerable distancia de las legiones romanas. La caballería e infantería ligera le hostigaron y retrasaron atacándole por los flancos y la retaguardia; y mientras se le obligaba constantemente a detenerse para repeler primero a la caballería y después a los escaramuzadores, llegaron las legiones. Ahora ya no fue una batalla, sino una pura carnicería; hasta el mismo general dio ejemplo huyendo y escapó a las colinas cercanas con unos seis mil hombres, muchos de ellos sin armas. El resto fueron muertos o hechos prisioneros. Los cartagineses improvisaron a toda prisa un campamento atrincherado en el punto más alto de las colinas, y como los romanos consideraron inútil intentar una precipitada ascensión, no tuvieron dificultad alguna en hacerse fuertes. Pero una altura desnuda y estéril apenas resultaba lugar donde mantener un asedio incluso de unos podías días y hubo numerosas deserciones. Finalmente, Asdrúbal marchó en busca de sus naves -pues no estaba lejos del mar- y huyó durante la noche, abandonando su ejército a su suerte. Tan pronto como Escipión se enteró de su huida, dejó a Silano para mantener el asedio del campamento cartaginés con diez mil soldados de infantería y mil jinetes mientras que él mismo, con el resto de sus fuerzas, regresaba a Tarragona. Durante su marcha de setenta días hacia esta plaza, tomó medidas para conocer de los asuntos de los régulos y de varias ciudades, para poderles recompensar según merecieran. Después de su partida, Masinisa llegó a un acuerdo secreto con Silano y cruzó con un pequeño contingente a África para inducir a su pueblo a apoyarlo en su nueva política. Las razones que le determinaron a este cambio repentino no fueron evidentes en el momento, pero la lealtad que posteriormente demostró durante su larga vida, y hasta su final, demostró fuera de toda duda que sus motivos iniciales fueron cuidadosamente sopesados. Después de Magón hubiera navegado hasta Gades en los buques que Asdrúbal le había enviado, el resto del ejército, abandonado por la partida de sus generales, desertó en parte con los romanos y otros se dispersaron entre las tribus vecinas. No quedó cuerpo alguno de tropas digno de consideración, ni por número ni por fuerza combativa. Tal fue, en general, la forma en que, bajo la dirección y los auspicios de Publio Escipión, los cartagineses fueron expulsados de Hispania, catorce años después del comienzo de la guerra y cinco años después de que Escipión asumiera el mando supremo. No mucho después de la salida de Magón, Silano se unió a Escipión en Tarragona e informó de que la guerra había terminado.

[28,17] Lucio Escipión fue enviado a Roma a cargo de numerosos prisioneros de alto rango para anunciar el sometimiento de Hispania. Todo el mundo celebró públicamente este brillante éxito con sentimientos de alegría y regocijo; pero el hombre que lo había conseguido, y cuya sed de virtud y sinceras alabanzas era insaciable, contemplaba su conquista de Hispania sólo como un pequeño tramo de lo que su grandeza de ánimo y esperanza le hacía concebir. Ya estaba mirando hacia África y a la gran ciudad de Cartago como destinadas a coronar su gloria e inmortalizar su nombre. Este era el objetivo que se marcaba, y pensó que lo mejor sería preparar el camino ganándose a los reyes y tribus de África. Comenzó por acercarse a Sífax, rey de los masesulios, una tribu vecina a los moros y que vivía en la costa, frente a la parte de Hispania donde está Cartagena.

En aquel momento existía un tratado de alianza entre su rey y Cartago, pero Escipión no se imaginaba que Sífax considerase la santidad de los tratados más escrupulosamente de lo que generalmente son considerados entre los bárbaros, cuya fidelidad depende de los caprichos de la fortuna. En consecuencia, envió a Cayo Lelio con regalos para entrevistarse con él. El bárbaro estuvo encantado con los regalos, y viendo que la causa de Roma triunfaba por todas partes, mientras que los cartagineses habían fracasado en Italia y desaparecido completamente de Hispania, aceptó ser amigo de Roma, pero insistió en que la mutua ratificación del tratado debería tener lugar en presencia del general romano. Todo lo que Lelio pudo obtener de Lelio el rey fue un salvoconducto, y con él regresó con Escipión. Para poder cumplir sus planes sobre África, le resultaba de suprema importancia asegurarse a Sífax; este era el más poderoso de los príncipes nativos e incluso había mantenido hostilidades contra Cartago; más aún, sus fronteras estaban separadas de Hispania solo por un corto estrecho.

Escipión pensó que valía la pena correr tan considerable riesgo considerable para lograr su fin y, como no podía hacerse de otra manera, hizo los arreglos para visitar Sífax. Dejando la defensa de Hispania en manos de Lucio Marcio en Tarragona y de Marco Silano en Cartagena, a donde se había dirigido a marchas forzadas desde Tarragona, navegó cruzando el mar hacia África y acompañado de Cayo Lelio. Sólo tomó dos quinquerremes y, como el mar estaba en calma, la mayor parte de la travesía la efectuaron a remo, aunque de vez en cuando les ayudó una ligera brisa. Sucedió que Asdrúbal, después de su expulsión de Hispania, entró al puerto al mismo tiempo. Había anclado sus siete trirremes y se disponía a vararlos cuando se avistaron los dos quinquerremes. Nadie albergó la menor duda de que pertenecían al enemigo y que podrían ser fácilmente sobrepasados por su superioridad numérica antes de que llegasen a puerto. Los esfuerzos de soldados y marinos, sin embargo, para alistar sus armas y sus barcos en poco tiempo, en medio de tanto ruido y confusión, resultaron inútiles al llenar las velas de los quinquerremes una refrescante brisa marina, que los llevó a puerto antes de que los cartagineses pudieran levar sus anclas. Como ya estaban en el puerto del rey, nadie se atrevió a hacer ningún intento por molestarles. Así que Asdrúbal, que fue el primero en desembarcar, y Escipión y Lelio, que lo hicieron poco después, se dirigieron todos donde estaba el rey.

[28,18] Sífax consideró esto como un honor excepcional -y verdaderamente lo era-, que los capitanes de las dos naciones más poderosas de su tiempo llegaran buscando su amistad y alianza. Invitó a ambos a ser sus huéspedes y, ya que la Fortuna los que había querido bajo el mismo techo, con el mismo ánimo trató de inducirlos a ponerse de acuerdo, con objeto de eliminar todas las causas de disputa. Escipión se negó, alegando que no tenía ninguna querella personal con el cartaginés y que no podía discutir asuntos de Estado sin órdenes del Senado. El rey ansiaba que aquello no pareciera como si uno de sus huéspedes fuese excluido de su mesa e hizo todo lo posible para convencer a Escipión de que estuviera presente. Este no planteó ninguna objeción, ambos cenaron con el rey y, a su petición personal, ambos ocuparon el mismo lecho. Tal era el encanto innato de Escipión y su tacto en el trato con todo el mundo, que se ganó no sólo a Sífax, que como bárbaro no estaba acostumbrado a las costumbres romanas, sino incluso a su enemigo mortal. Asdrúbal declaró abiertamente que admiraba a Escipión más ahora que lo había conocido personalmente que después de sus victorias militares, y no tenía ninguna duda de que Sífax y su reino ya estaban a disposición de Roma, tal habilidad poseía el romano para ganarse a los hombres. La cuestión, para los cartagineses, no era cómo se había perdido Hispania, sino cómo se podría retener África. No era porque amase los viajes, o por su pasión por navegar por costas placenteras, por lo que había salido aquel gran general romano de su recién subyugada provincia y dejado su ejército con dos naves para ir a África, la tierra de sus enemigos, confiándose a la fidelidad no probada de un rey. Su verdadero motivo era la esperanza de convertirse en dueño de África; este proyecto había sido meditado durante mucho tiempo; se quejó abiertamente de que Escipión no iba a dirigir la guerra en África como Aníbal en Italia. Después de que se concluyera el tratado con

Sífax, Escipión zarpó de África y, tras pasar cuatro días en los que fue zarandeado por los vientos cambiantes y en su mayoría tormentosos, llegó a Cartagena.

[28.19] Hispania estaba tranquila en lo que se refería a la guerra con Cartago, pero era evidente que algunas ciudades, conscientes de sus malas prácticas, se mantenían tranquilas más por su miedo que por cualquier sentimiento de lealtad hacia Roma. De entre estas, Iliturgi y Cástulo eran las mayores en importancia y, sobre todo, en culpa Mientras los ejércitos romanos fueron victoriosos, Cástulo se mantuvo fiel a su alianza; después de que los Escipiones y sus ejércitos fuesen destruidos, desertaron con Cartago. Iliturgi había ido más lejos, pues sus habitantes habían traicionado y condenado a muerte a los que habían buscado refugio con ellos después de los desastres, lo que agravó su traición con el crimen. Tomar medidas contra estas ciudades inmediatamente después de su llegada a Hispania, y estando aún las cosas indecisas, podría haber estado justificado pero no era una decisión sabia. Ahora, sin embargo, cuando las cosas estaban decididas, se consideró que había llegado la hora del castigo. Escipión envió órdenes a Lucio Marcio para que llevase una tercera parte de sus fuerzas a Cástulo y que asaltara de inmediato el lugar; con el resto, él mismo marchó a Iliturgi, donde llegó tras cinco días de marcha. Las puertas se habían cerrado y se habían hecho todos los preparativos para repeler un asalto; los habitantes eran muy conscientes del castigo que merecían y de que cualquier declaración formal de guerra, por lo tanto, era innecesaria. Escipión hizo de esto el tema de su arenga a sus soldados. *Los hispanos,* dijo, *al cerrar sus puertas han demostrado cuánto merecen el castigo que temen. Debemos tratarlos con mayor severidad de la que usamos con los cartagineses; con estos últimos luchamos por la gloria y el dominio, con apenas algún sentimiento de ira; pero a los primeros hemos de exigir la pena correspondiente a su crueldad, su traición y por asesinato. Ha llegado el momento de que venguéis la atroz masacre de vuestros camaradas de armas y la traición tramada contra vosotros mismos, si os hubiese llevado allí la huida. Dejaréis claro para siempre, con este horrible ejemplo, que nunca nadie deberá considerar maltratar a un soldado o a un ciudadano romano, independientemente de cuál fuera su situación.*

Enardecidos por las palabras de su general, los hombres empezaron a prepararse para el asalto; se eligieron grupos de asalto de entre todos los manípulos y se les proveyó de escalas, y se dividió el ejército en dos grupos, uno puesto bajo el mando de Lelio, de manera que se pudiera atacar la ciudad desde lados opuestos y que se crease el doble de terror. Los defensores se veían estimulados a una prolongada y decidida resistencia no por sus generales o sus jefes, sino por el temor procedente de su conciencia de culpa. Con sus pasados crímenes en mente, se advertían entre sí de que el enemigo no buscaba tanto la victoria como la venganza. La cuestión no era cómo escapar de la muerte sino cómo enfrentarla: si espada en mano y sobre el campo de batalla, donde la fortuna de la guerra a menudo levanta al vencido y derriba al vencedor, o entre las cenizas de su ciudad y ante los ojos de sus esposas e hijos cautivos, siendo azotados con el látigo y sometidos a vergonzosas y horribles torturas. Con esta perspectiva ante sí, cada hombre que podía empuñar un arma tomó parte en la lucha, e incluso las mujeres y los niños trabajaban más allá de sus fuerzas, llevando proyectiles a los combatientes y piedras a las murallas para los que reforzaban las defensas. No sólo estaba en juego su libertad -aquel motivo solo inspira a los valientes- sino que tenían ante sus ojos los mismos extremos de la tortura y una muerte vergonzosa. Al mirarse unos a otros y ver que cada cual trataba de superar a los demás en trabajos y peligros, su valor de incendió; y ofrecieron tan furiosa resistencia que el ejército que había conquistado Hispania fue rechazado una y otra vez de las murallas de una solitaria ciudad, cayendo en el desorden tras un combate que no trajo ningún honor. Escipión tenía miedo de que los esfuerzos inútiles de sus tropas pudieran levantar el valor del enemigo y desanimar el de los suyos, y decidió entrar en combate y compartir el peligro. Recriminando a sus soldados por su cobardía, ordenó que se colocasen las escalas y amenazó con subir él mismo si el resto se quedaba atrás. Ya había llegado al pie de la muralla, y estaba en peligro inminente, cuando por todas partes se oyeron los gritos de los soldados, que se

angustiaban por la seguridad de su comandante, y se pusieron las escalas contra las murallas. Lelio lanzó entonces su ataque desde el otro lado de la ciudad. Esto quebró la resistencia de la parte posterior; se limpió la muralla de defensores y fue tomada por los romanos; en el tumulto, también se capturó la ciudadela por aquella parte donde se consideraba inexpugnable.

[28,20] Su toma fue efectuada por algunos desertores africanos que servían con los romanos. Mientras la atención de los habitantes se dirigía a la defensa de las posiciones que parecían estar en peligro, y los asaltantes situaban sus escalas donde quiera que se podían acercar a los muros, aquellos hombres advirtieron que la parte más alta de la ciudad, que estaba protegida por acantilados, estaba menos fortificada y defendida. Estos africanos, hombres de complexión ligera y que mediante un entrenamiento constante eran extremadamente ágiles, se dotaron de ganchos de hierro y subieron escalando por donde los resaltes de las rocas les servían de base; cuando llegaban a un lugar donde la roca era demasiado escarpada o lisa, fijaban los ganchos a intervalos regulares y los usaban como apoyo, los de delante tirando de los de atrás y los de abajo empujando a los de arriba. De esta manera, se las arreglaron para llegar a la cima y apenas lo hubieron hecho corrieron abajo, con grandes gritos, hacia la ciudad que los romanos ya habían capturado. Y entonces salió el odio y el resentimiento que había provocado el ataque a la ciudad. Nadie pensaba en hacer prisioneros o apoderarse de botín, aunque todo estaba a merced de los saqueadores; aquello fue escenario de una matanza indiscriminada, no combatientes junto a alzados en armas, mujeres y hombres por igual eran masacrados; el salvajismo despiadado se extendió incluso a la masacre de los niños. Incendiaron luego las casas y lo que no consumió el fuego fue completamente demolido. Hasta tal punto quisieron aniquilar todo vestigio de la ciudad y borrar toda memoria de sus enemigos. Desde allí, Escipión marchó a Cástulo. Este lugar estaba siendo defendido por nativos de los pueblos de los alrededores, así como por los restos del ejército cartaginés que se había juntado allí tras su huida. Pero la aproximación de Escipión había sido precedida por las noticias de la caída de Iliturgi, y estas propagaron el desánimo y la desesperación por todas partes. Los intereses de los cartagineses y de los hispanos eran muy distintos; cada parte procuraba por su propia seguridad sin tener en cuenta a la otra, y lo que eran al principio sospechas mutuas, pronto dieron lugar a una ruptura abierta entre ellos. Cerdubelo aconseja abiertamente a los hispanos que entregasen la ciudad; Himilcón, el comandante de los cartagineses, aconsejaba la resistencia. Cerdubelo llegó a un acuerdo secreto con el general romano, entregó la ciudad y puso a los cartagineses en sus manos. Mostró más clemencia en esta victoria; la ciudad no había incurrido en culpa tan grave y la entrega voluntaria hizo mucho para suavizar cualquier sentimiento de ira.

[28.21] Después de esto, Marcio fue enviado a reducir a sumisión a todas las tribus que aún no habían sido sometidas. Escipión volvió a Cartagena para cumplir sus votos de ofrecer un espectáculo de gladiadores, que había preparado en honor a la memoria de su padre y su tío. Los gladiadores, en esta ocasión, no procedían de la clase de la que los entrenadores solían obtenerlos -esclavos y hombres que venden su sangre-, sino que eran todos voluntarios y prestaron sus servicios gratuitamente. Algunos habían sido enviados por sus régulos para dar una muestra de la valentía instintiva de su raza, otros justificaron su deseo de combatir para contentar a sus jefes y otros más eran arrastrados por un espíritu de rivalidad, retando a otros a combate singular y aceptando estos últimos el desafío. Hubo algunos que tenían querellas pendientes y acordaron aprovechar esta oportunidad para resolverlas mediante la espada, con la condición de que el vencido quedaría a disposición del vencedor. No solo fueron individuos desconocidos los que hicieron esto. Miembros de linajes nada oscuros, sino nobles e ilustres, como Corbis y Orsua, primos hermanos entre sí, que se disputaban la primacía de una ciudad llamada Ibe, declararon su intención de resolver su controversia mediante la espada. Corbis era el mayor de los dos: el padre de Orsua había sido el último en ostentar el principado, habiendo sucedido a su hermano mayor tras la muerte de este. Escipión quería que discutiesen la cuestión calmada y pacíficamente, pero como se habían

negado a petición de sus propios familiares, le dijeron que no aceptarían el arbitrio de nadie, fuera hombre o dios, excepto de Marte, y solo a él apelarían. El mayor se enorgullecía de en su fuerza, el más joven de su juventud; ambos preferían luchar a muerte antes que uno quedase a las órdenes del otro. Al no querer aquietar su rabia, resultaron un espectáculo sorprendente para el ejército y una prueba, igualmente sorprendente, de las desgracias que la pasión por el poder provoca entre los hombres. El mayor, por su familiaridad con las armas y su destreza, prevaleció con facilidad sobre la fuerza bruta y sin entrenar del más joven. Los combates de gladiadores fueron seguidos por juegos fúnebres, con toda la pompa que los recursos de la provincia y el campamento podían proporcionar.

[28.22] Mientras tanto, los lugartenientes de Escipión no estaban en absoluto inactivos. Marcio cruzó el Guadalquivir, llamado por los nativos Certis, y recibió la rendición de dos ciudades sin combatir. Estepa era una ciudad que siempre ha estado del lado de Cartago. Pero no fue esto lo que la hizo digna de la ira, sino su extraordinario odio contra los romanos, mucho mayor de lo que sería justificable por las necesidades de la guerra. Ni la situación ni las fortificaciones de la ciudad eran como para inspirar confianza a sus habitantes, pero su carácter proclive al bandolerismo les indujo a hacer incursiones en los territorios de sus vecinos, que eran aliados de Roma. En estas correrías tenían costumbre de capturar cualquier soldado romano solitario, comerciante o cantinero que se encontrasen. Como era peligroso viajar en pequeños grupos, se solía viajar en grandes partidas y una de ellas, mientras cruzaba la frontera, fue sorprendida por los bandidos que estaban al acecho, siendo asesinados todos sus miembros. Cuando el ejército romano avanzó para atacar el lugar, los habitantes, plenamente conscientes del castigo que merecía su crimen, supieron con seguridad que el enemigo estaba demasiado indignado como para albergar cualquier esperanza de seguridad mediante su rendición. Desesperando de que sus murallas o sus armas les protegieran, resolvieron un acto igualmente cruel y horrible para con ellos mismos y los suyos. Recogiendo los más valioso de sus posesiones, las amontonaron en una pila, en un lugar determinado de su foro. Sobre aquel montón ordenaron sentarse a sus mujeres e hijos, amontonaron luego en torno a ellos gran cantidad de madera y en la parte superior colocaron leña seca. Se encargó a cincuenta hombres armados que cuidasen de sus pertenencias y de las personas que les resultaban más queridas que sus posesiones, dándoles las siguientes instrucciones: *Manteneos en guardia mientras la batalla esté dudosa; pero si veis que resulta en nuestra contra y que la ciudad está a punto de ser capturada, sabréis que a los que habéis visto marchar al combate nunca regresarán vivos; os imploramos, por todos los dioses del cielo y del infierno, en nombre de la libertad, libertad que terminará bien con una muerte honorable, bien con una deshonrosa esclavitud, que no dejéis nada sobre lo que un enemigo salvaje pueda descargar su ira. El fuego y la espada están en vuestras manos. Es mejor que se produzca por manos fieles y amigas la partida de quien está condenado a morir, y no que sea por la del enemigo que añadirá burla y desprecio a la muerte.* Estas advertencias fueron seguidas por una terrible maldición sobre cualquiera que se apartara de su propósito por esperanza de salvarse o por blandura de corazón.

Luego abrieron las puertas y se lanzaron a una carga tumultuosa. No había posiciones avanzadas lo bastante fuertes como para enfrentarlos, pues lo último que se temía era que los sitiados se aventuran fuera de sus murallas. Unas pocas turmas de caballería e infantería ligera fueron enviadas contra ellos desde el campamento, produciéndose una lucha feroz e irregular en la cual la caballería, que había sido la primera en enfrentarse con el enemigo, fue derrotada, provocando esto el pánico entre la infantería ligera. El ataque podría haberles empujado hasta el mismo pie de la empalizada de no haber podido formar las legiones, aún con muy poco tiempo, y permitirles cubrirse tras sus líneas. Así las cosas, hubo al principio alguna vacilación entre las primeras filas, pues el enemigo, cegado por la rabia, se lanzó con loca temeridad para ser heridos por la espada. Luego, los soldados veteranos que surgieron como apoyo, imperturbables ante el frenético ímpetu, destrozó las filas frontales y detuvieron así el avance de las posteriores. Cuando, a

su vez, trataron de forzar al enemigo, se encontraron con que ninguno cedía terreno, todos resueltos a morir donde se encontraban. Ante esto, los romanos extendieron sus líneas, lo que su superioridad en número les permitió hacer fácilmente, hasta que desbordaron al enemigo que, luchando en un círculo, murió hasta el último hombre.

[28.23] Toda aquella matanza fue, en cualquier caso, obra de unos soldados exasperados que se enfrentaron a sus enemigos armados según las leyes de la guerra. Sin embargo, una carnicería mucho más horrible tuvo lugar en la ciudad, donde una multitud débil e indefensa de mujeres y niños fue masacrada por su propio pueblo; sus cuerpos fueron arrojados, aún convulsos, a la pira encendida que casi llegó a extinguirse por los ríos de sangre. Y por último de todo, los propios hombres, agotado por la penosa masacre de sus seres queridos, se arrojaron sobre las armas con todo en medio de las llamas. Todos habían perecido para el momento en que los romanos llegaron a la escena. En un primer momento se quedaron horrorizados ante tan espantosa visión; pero al ver el oro y la plata fundida que fluía entre el resto de cosas que componían la pila, la codicia propia de la naturaleza humana los impulsó a tratar de arrebatar lo que pudieran sacar del fuego. Algunos quedaron atrapados por las llamas y otros se quemaron con el aire caliente, pues los de delante no se retiraban por culpa de la multitud que los presionaba por detrás. Así, Estepa fue destruida por el hierro y el fuego sin dejar ningún botín a los soldados. Después de aceptar la rendición de las demás ciudades de aquel territorio, Marcio condujo a su victorioso ejército de vuelta con Escipión en Cartagena. Justo en ese momento, llegaron algunos desertores de Gades, que se comprometieron a entregar la ciudad con su guarnición cartaginesa y a su comandante, así como a los barcos del puerto. Después de su huida, Magón había situado su cuartel general en esa ciudad y, con la ayuda de los barcos que había reunido, había logrado juntar una fuerza considerable, en parte desde la costa opuesta de África y en parte mediante la gestión de Hanón entre las tribus hispanas vecinas. Luego de haberse dado mutuamente garantías de buena fe, Escipión envió a Marcio con las cohortes de infantería ligera y a Lelio con siete trirremes y un quinquerreme para dirigir las operaciones conjuntas, por tierra y mar, contra aquel lugar.

[28,24] Escipión cayó afectado por una grave enfermedad que los rumores, sin embargo, agravaron aún más, pues cada hombre, por el innato gusto por la exageración, añadía algún nuevo detalle a lo que acababa de oír. Toda Hispania, sobre todo las zonas más remotas, resultó muy agitada por estas noticias, y es fácil juzgar, a partir de la cantidad de problemas que causó un rumor sin base, los que se habrían producido de haber muerto realmente. Aliados que no conservaron su fidelidad, ejércitos que no cumplieron con sus obligaciones. Mandonio e Indíbil se habían hecho a la idea de que, tras la expulsión de los cartagineses, la soberanía sobre Hispania recaería sobre ellos. Cuando vieron frustradas sus esperanzas, llamaron a sus compatriotas los lacetanos, y levantaron una fuerza entre los celtíberos con la que asolaron el territorio de los suesetanos y el de los sedetanos, que eran aliados de Roma. Una perturbación de un tipo diferente, un acto de locura por parte de los propios romanos, se produjo en el campamento de Sucro. Estaba ocupada por una fuerza de ocho mil hombres que estaban apostados allí para proteger a las tribus de este lado del Ebro. Los vagos rumores acerca de la vida de su comandante no fueron, sin embargo, la causa principal de su acción. Un largo período de inactividad, como de costumbre, los había desmoralizados y se irritaron contra las restricciones de la paz después de estar acostumbrado a vivir capturando botín del enemigo. En un primer momento su descontento se limitó a murmuraciones entre ellos mismos. *Si hay guerra en la provincia* -se decían- *¿qué estamos haciendo aquí, entre una población pacífica? Si la guerra ha terminado ¿por qué no hemos regresado a Roma?* Exigieron luego el pago de los atrasos con una insolencia absolutamente incompatible con la disciplina y las normas militares. Los vigías insultaban a los tribunos cada vez que estos efectuaban sus rondas de inspección, y algunos se marcharon de noche para saquear a los pacíficos habitantes de los alrededores, hasta que al fin terminaron por abandonar sus estandartes

sin permiso a plena luz del día. Hacían todo según les dictaba su capricho y su fantasía, sin prestar atención ni a las normas, ni a la disciplina ni a las órdenes de sus superiores. Solo una cosa ayudó a mantener exteriormente la apariencia de un campamento romano, y fue la esperanza que sostenían los hombres de que los tribunos se contagiaran de su locura y se unieran a su motín. Con esta esperanza les permitían administrar justicia desde sus tribunas, acudían a ellos para recibir la consigna y las órdenes del día y montaban guardia con los turnos adecuados. Así, después de privarlos de toda autoridad efectiva, guardaron apariencia de obedecer mientras eran, en realidad, sus propios jefes. Cuando vieron que los tribunos censuraban y reprobaban sus actos, y trataban de reprimirlos, declarando abiertamente que nada tendrían que ver con su locura insensata, estallaron en rebelión abierta. Expulsaron a los tribunos desde sus cuarteles, y luego fuera del campamento, por aclamación unánime pusieron el mando supremo en las manos de los principales cabecillas del motín, dos soldados comunes cuyos nombres eran Cayo Albio Caleno y Cayo Atrio Umbro. Estos hombres no solo no quedaron satisfechos con portar las insignias de los tribunos militares, sino que tuvieron la osadía de portar las del mando supremo, las fasces y las hachas. Nunca se les ocurrió que aquellos símbolos que habían llevado ante ellos para atemorizar a los demás se precipitarían sobre sus propias espaldas y cuellos. La falsa creencia de que Escipión había muerto les cegó; estaban seguros de que la difusión de aquella nueva prendería las llamas de la guerra por toda Hispania. En la turbamulta general, se imaginaban que serían capaces de recoger contribuciones de los aliados de Roma y saquear las ciudades a su alrededor; pensaban que en medio de la extendida confusión, donde por todas partes se cometían crímenes y ultrajes, no se advertiría lo que hubieran hecho.

[28.25] Esperaban a cada momento nuevos detalles de la muerte de Escipión, incluso noticias de su funeral. Sin embargo, no llegó ninguna y los mismos rumores se fueron apagando paulatinamente. Empezaron luego a buscar a quienes los empezaron, pero todos se quitaban de en medio prefiriendo que les considerasen crédulos antes que sospechosos de haber inventado una historia así. Abandonados por sus secuaces, los cabecillas miraban temerosamente las insignias que habían asumido y supusieron que, a cambio de aquella exhibición de poder, habrían arrastrado sobre ellos el peso de la autoridad auténtica y legítima. Mientras el motín se estancaba, llegó información concreta de que Escipión estaba vivo, seguida luego de la seguridad de que se había restablecido su salud. Esta seguridad fue comunicada por un grupo de siete tribunos militares, a quienes Escipión había enviado a Sucro. Al principio, su presencia exaltó los ánimos, pero las conversaciones que mantuvieron con aquellos a quienes conocían tuvo un efecto calmante; visitaron a los soldados en sus tiendas y charlaron con los grupos que rondaban los tribunales o que estaban en frente del Pretorio. No hicieron referencia a la traición de la que los soldados se habían hecho culpables, sólo les preguntaban sobre las causas del súbito motín. Se les contestaba que los hombres no cobraron puntualmente su paga ni se les dio parte conforme al papel que habían desempeñado en la campaña. Cuando los iliturgitanos cometieron su detestable traición, y después de la destrucción de los dos ejércitos y sus comandantes, fue gracias a su valor -afirmaron- que se conservó el nombre romano y la provincia para la República. Y a pesar de que aquellos habían recibido la justa recompensa por su traición, nadie se había preocupado de recompensar a los soldados romanos por sus meritorios servicios.

En respuesta a estas y otras denuncias, los tribunos dijeron a los hombres que sus peticiones eran razonables y que se las expondrían al general. Se alegraron de que no se tratase de nada peor o más difícil de solucionar en derecho, y los hombres podían descansar tranquilos de que Publio Escipión, tras el favor que los dioses le habían mostrado, e incluso el mismo Estado, les mostrarían su agradecimiento. Escipión tenía experiencia en la guerra, pero no estaba familiarizado el tratamiento de los motines. Dos cosas le inquietaban: la posibilidad de que la insubordinación se extendiera a todo el ejército y que los castigos infligidos resultaran excesivos. Por el momento,

decidió seguir como había empezado y manejar el asunto con cuidado. Se enviaron recaudadores entre las ciudades tributarias, de manera que los soldados pudieran recibir prontamente sus pagas. Poco después, dio orden de que se reunieran en Cartagena con aquel propósito; debían marchar en un solo grupo o en destacamentos sucesivos, como prefirieran. Ya se estaba apagando el malestar cuando el cese repentino de las hostilidades, por parte de los hispanos rebeldes, lo hizo cesar completamente. Cuando Mandonio e Indíbil supieron que Escipión estaba vivo, se dieron por vencidos de su empresa y se retiraron dentro de sus fronteras; los amotinados no podían encontrar a nadie, ni entre sus propios compatriotas ni entre los indígenas, que se quisiera agregar a su acto insensato. Después de considerar cuidadosamente todas las posibilidades, vieron que la única manera de escapar de las consecuencias de sus malos consejos, y no con mucha esperanza, era someterse al justo malestar de su general y a su clemencia, la que no desesperaban de experimentar. Argüían que siempre había perdonado a los enemigos de su patria tras los combates, mientras que durante su sedición nadie había sido herido y no se había derramado ni una gota de sangre; habían estado libres de cualquier crueldad y no merecían un castigo cruel. ¡Así de elocuente es el ingenio humano para disculpar su propia mala conducta! Dudaron bastante entre si acudir a recibir sus pagas por separado, cohorte a cohorte, o todos juntos. Esto último les pareció lo más seguro y por ello se decidieron.

[28,26] Mientras estaban discutiendo estos puntos, en Cartagena se celebraba un consejo de guerra sobre ellos. Había división de pareceres: unos pensaban que sería suficiente proceder solo contra los cabecillas, que no sumaban más de treinta y cinco; otros lo consideraban un acto de alta traición en lugar de un motín, y sostenían que aquel mal ejemplo sólo podía ser frenado con el castigo de todos cuantos estuvieran implicados. Prevaleció finalmente la opinión más misericordiosa, que el castigo solo recayera sobre aquellos que originaron la sedición; en cuanto a las tropas, se consideró suficiente una severa reprensión. Al disolverse el consejo, se informó al ejército estacionado en Cartagena de que había de lanzarse una expedición contra Mandonio e Indíbil, y que debían preparar raciones para varios días. El objetivo era hacer parecer que se trataba de la empresa para la que se había reunido el consejo de guerra. Se entregó a cada uno de los siete tribunos que habían sido enviados a Sucro para sofocar el motín, y que ya habían regresado por delante de las tropas, los nombres de cinco cabecillas. Se les instruyó para que salieran al encuentro de los culpables con sonrisas y buenas palabras, que los invitaran a sus alojamientos y, cuando los hubieran hecho beber hasta adormecerlos, los encadenasen. Cuando ya estaban no lejos de Cartagena, fueron informados por personas con las que se encontraban de que todo el ejército partiría a la mañana siguiente, al mando de Marco Silano, contra los lacetanos. Esta noticia no disipó completamente los secretos temores que albergaban, aunque se alegraron mucho al oír aquello, pues se imaginaban que ahora que su comandante estaba solo podrían ellos apoderarse de él, en lugar de estar ellos en su poder.

El sol se ponía cuando entraron en la ciudad, y hallaron al otro ejército efectuando los preparativos para su marcha. Se había dispuesto de antemano cómo se les iba a recibir; se les dijo que su comandante se alegraba de que hubieran llegado cuando lo habían hecho, justo antes de que partiera el otro ejército. Se les separó entonces para buscar comida y descanso, llevando a los cabecillas a las casas de los hombres elegidos para la ocasión, donde se les entretuvo y donde los tribunos les arrestaron y encadenaron sin ningún alboroto. Sobre la cuarta guardia, el tren de bagajes del ejército empezó a moverse para iniciar su fingida marcha; al romper el día, los estandartes se adelantaron, pero el ejército al completo se detuvo en cuanto llegaron a la puerta, situando vigías a su alrededor para impedir que nadie abandonase la ciudad. Las tropas recién llegadas fueron convocadas a una asamblea, y se dirigieron al foro rodeando con gritos amenazantes la tribuna de su general, esperando intimidarle con sus gritos. En el momento en que subió a su tribunal, las tropas que habían vuelto desde la puerta y que estaban totalmente armadas, rodearon a la multitud desarmada. Entonces se acobardaron completamente y, como admitieron después, lo que

más les atemorizó era el color y vigor de su jefe, a quien habían esperado ver débil y enfermo, así como la expresión nunca antes vista en su cara, ni siquiera en el fragor de la batalla. Durante algún tiempo permaneció sentado en silencio, hasta que le informaron de que los cabecillas habían sido llevados reducidos al foro y que todo estaba dispuesto.

[28,27] Después que el ordenanza obtuviera el silencio, pronunció el siguiente discurso: *Nunca pensé que me faltarían palabras para dirigirme a mi ejército, no por haberme adiestrado más para hablar que para actuar, sino porque al haber vivido la vida de campaña desde la niñez habría aprendido a comprender el carácter de los soldados. En cuanto a lo que ahora he de decir, me fallan las ideas y las palabras; ni siquiera sé con qué título dirigirme a vosotros. ¿Os he a llamar* ciudadanos romanos*, a vosotros que os habéis rebelado contra vuestra patria? ¿Puedo llamaros* soldados*, cuando habéis renunciado a la autoridad y auspicios de vuestro general y roto las solemnes obligaciones de vuestro juramento militar? En vuestra apariencia, vuestras maneras, vuestras ropas y vuestra actitud reconozco las de mis compatriotas, pero vuestros actos, vuestra lengua, vuestros planes, vuestro espíritu y temperamento son los de los enemigos de vuestra patria. ¿Qué diferencia hay entre vuestras esperanzas y objetivos y los de los ilergetes y los lacetanos? Incluso ellos elegían hombres de rango real, Mandonio e Indíbil, para mandarlos en su locura; mientras tanto vosotros delegáis los auspicios y el mando supremo en Atrio Umbro y en Albio Caleno. Decidme, soldados, que no estabais todos en esto o que no aprobabais lo que se ha hecho. Con mucho gusto creeré que sólo unos pocos eran culpables de tan insensato desatino, si me aseguráis que es así. Pues el delito es de tal naturaleza que, de haber participado todo el ejército, solo se podría expiar mediante un terrible sacrificio.*

Es doloroso para mí hablar de este modo, abriendo, por así decir, las heridas; pero sin tocar y volver a tocar las heridas no se pueden curar. Después de la expulsión de los cartagineses de Hispania, no creía que hubiera en ninguna parte nadie que deseara mi muerte, tal había sido mi conducta tanto para amigos como para enemigos. Y, sin embargo, estaba por desgracia en tan gran error que hasta en mi propio ejército la noticia de mi muerte fue, no ya creída, sino mirada con entusiasmo. Ni por un momento desearía acusaros de esto a todos vosotros, pues si pensase que todo mi ejército desea mi muerte, aquí moriría, ante vuestros ojos. Mi vida no tendría ningún atractivo para mí si resultara odioso a mis compatriotas y a mis soldados. Pero toda multitud es como el mar, que abandonado a sí mismo permanece naturalmente inmóvil, hasta que los vientos y las tormentas lo excitan. Lo mismo ocurre con la furia entre los hombres, cuya causa y origen se encuentra en vuestros cabecillas, que os han contagiado de su locura. Porque ni siquiera parecéis conscientes de hasta qué extremos de locura habéis llegado, o de cuán criminal imprudencia sois culpables, contra mi, contra vuestra patria, vuestros padres y vuestros hijos, contra los dioses que fueron testigos de vuestro juramento militar, contra los auspicios bajos los que servíais, contra la tradición del ejército y la disciplina de vuestros antepasados, contra la majestad inherente a la suprema autoridad. En cuanto a mí, prefiero mantener silencio; puede que hayáis prestado oído a la noticia de mi muerte con más ligereza que avidez, puede que sea yo de tal manera que mi mando resulte molesto al ejército. Sin embargo, vuestro país, ¿qué os ha hecho para que hagáis causa común con Mandonio e Indíbil en su traición? ¿Qué ha hecho el pueblo romano para que privéis de su autoridad a los tribunos que eligió y la deis a individuos particulares? ¡Y no contentos con tener a tales hombres por tribunos, vosotros, un ejército romano, habéis transferido las fasces de vuestro jefe a hombres que no tenían ni a un simple esclavo a sus órdenes! ¡El Pretorio fue ocupado por un Albio y un Atrio, ante sus puertas sonaba el clarín, a ellos acudíais por órdenes, se sentaban en el tribunal de Publio Escipión, el lictor les precedía y les abría camino y delante de a ellos iban las hachas y las fasces! Cuando se produce una lluvia de piedras, los edificios son golpeados por un rayo o de los animales nacen crías monstruosas, consideráis estas cosas como signos. Tenemos aquí un presagio que ninguna víctima y ninguna rogativa podrá expiar, excepto la sangre de quienes se han atrevido a un crimen tan terrible.

[28,28] *Aunque ningún delito es dictado por motivos racionales, aún así me gustaría saber lo que teníais en su cabeza, cuál era vuestra intención, en la medida en que tanta maldad admita alguna. Hace años, una legión que se envió de guarnición a Reggio asesinó a los hombres principales del lugar y se apoderaron de aquella rica ciudad durante diez años. Por este crimen fue decapitada toda una legión de cuatro mil hombres en el foro de Roma. Pero, en primer lugar, ellos no habían elegido para mandarles a un Atrio Umbro que era poco más que un cantinero y cuyo mismo nombre ya es un mal presagio, Sino que siguieron a Décimo Vibelio, un tribuno militar. Tampoco se unieron a Pirro, ni a los samnitas y lucanos, los enemigos de Roma; pero vosotros comunicasteis vuestros planes a Mandonio e Indíbil, y os dispusisteis a unir vuestras armas a las suyas. Ellos se contentaron con hacer como los campanos hicieron al arrancar Capua de manos de los etruscos, sus antiguos habitantes, o como hicieron los mamertinos cuando capturaron Mesina en Sicilia; trataron convertir a Regio en su futuro hogar, sin pensamiento alguno de atacar a Roma o a los aliados de Roma. ¿Tratasteis de convertir Sucro en vuestra residencia permanente? Si, después de someter a Hispania, yo me hubiera marchado y os hubiese abandonado aquí, os podríais haber quejado con justicia ante los dioses y los hombres de que no habíais regresado con vuestras esposas e hijos. Pero debéis haber desterrado de vuestra mente todos recuerdo de ellos, como de vuestro país y de mí mismo. Me gustaría trazar el curso que habría tomado vuestro criminal proyecto, aunque sin llegar a extremos de locura. Estando yo vivo y conservando intacto el ejército con el que un día capturé Cartagena y derroté y expulsé de Hispania a cuatro ejércitos cartagineses, ¿realmente habríais arrebatado la provincia de Hispania del poder de Roma con una fuerza de unos ocho mil hombres; cada uno de vosotros, de todas formas, de menos valía que el Albio y el Atrio a quien hicisteis vuestros jefes?*

Dejo a un lado e ignoro mi propio honor y reputación, y asumo que en modo alguno he sido insultado por vuestra excesiva credulidad hacia la historia de mi muerte. ¿Y entonces qué? Suponiendo que yo hubiese muerto, ¿habría muerto conmigo la república, habría compartido la soberanía de Roma mi destino? De ningún modo; Júpiter Óptimo Máximo nunca habría permitido que una ciudad construida para la eternidad, construida bajo los auspicios y la sanción de los dioses, fuera a ser de tan corta vida como este frágil cuerpo mortal mío. A Cayo Flaminio, Emilio Paulo, Sempronio Graco, Postumio Albino, Marco Marcelo, Tito Quincio Crispino, Cneo Fulvio, y mis propios familiares, los dos Escipiones, todos ellos distinguidos generales, se los ha llevado esta única guerra; y sin embargo, aún vive Roma y viviría aunque mil más se perdieran por enfermedad o por la espada. ¿Iba a quedar entonces enterrada la República en mi solitaria tumba? ¿Por qué, incluso vosotros mismos, después de la derrota y muerte de mi padre y de mi tío, elegisteis a Séptimo Marcio para conducidos contra los cartagineses, exultantes como estaban por su reciente victoria? Hablo como si Hispania hubiera quedado sin general; pero ¿no habría vengado completamente Marco Silano, que llegó a la provincia investido con el mismo poder y autoridad que yo, con mi hermano Lucio Escipión y Cayo Lelio como lugartenientes suyos, el ultraje al imperio?. ¿Puede hacerse alguna comparación entre su ejército y vosotros, entre su rango y experiencia y los de los hombres que habéis elegido, entre la causa por la que luchan y la vuestra? Y si fuerais superiores a todos ellos, ¿levantaríais las armas junto a los cartagineses contra vuestra patria, contra vuestros conciudadanos? ¿Qué daño os han hecho?.

[28,29] *Coriolano fue una vez obligado a hacer la guerra a su país por una inicua sentencia que lo condenó al mísero e indigno exilio, pero un afecto privado lo hizo abandonar el crimen que planeaba contra el pueblo ¿Qué dolor, qué ira os incitó a vosotros? ¿Declarasteis la guerra a vuestro país, desertasteis del pueblo romano en favor de los ilergetes, pisoteasteis todas las leyes, humanas y divinas, simplemente porque se retrasó unos días vuestra paga debido a la enfermedad de vuestro general? No hay duda, soldados, que enloquecisteis; la enfermedad del cuerpo que yo he sufrido no ha sido ni un ápice más grave que la enfermedad que invadió vuestras mentes. Me*

horrorizo ante el modo en que los hombres dan crédito a los rumores, las esperanzas que albergan y los ambiciosos planes que se forman. Que todo se olvide, si es posible, o, si no, que por lo menos el silencio corra un velo sobre todo. Admito que mis palabras os parezcan severas e insensibles, pero pensad ¿cuán más grave no ha sido vuestra conducta que cualquier cosa que yo haya dicho? Os pensáis que está bien y es correcto que yo tolere vuestras acciones, ¿y aún no aguantareis el oírlas nombrar? No os reprocharé nunca más todo esto; solo deseo que lo olvidéis tan pronto como yo lo olvidaré. En cuanto al ejército como cuerpo, si os arrepentís sinceramente de vuestro error, me daré por satisfecho y más que satisfecho. Albio Caleno y Atrio Umbro, junto a los demás cabecillas de este motín detestable, expiarán su crimen con su sangre. Contemplar su castigo os debe satisfacer y no apenar, si habéis recobrado verdaderamente la cordura, pues sus planes se han demostrado perjudiciales y destructivos más para vosotros que para cualquier otro. Apenas había terminado de hablar cuando, a una señal convenida, los ojos y los oídos de su audiencia fueron asaltados por todo cuanto les pudiera atemorizar y horrorizar. El ejército, que formaba en guardia alrededor de toda la asamblea, chocó sus espadas contra los escudos y se oyó la voz del ordenanza proclamando el nombre de quienes habían sido condenados en el Consejo de Guerra. Se les desnudó hasta la cintura, se les llevó en medio de la asamblea y se practicaron todos los métodos de castigo: fueron atados a la estaca, azotados y finalmente decapitados. Los espectadores quedaron tan embargados por el terror que ni una sola voz se levantó contra la severidad de la pena, ni siquiera un gemido se escuchó. Luego, los cuerpos fueron arrastrados y, tras limpiar el lugar, los soldados fueron convocados, cada uno por su nombre, para prestar el juramento de obediencia a Publio Escipión ante los tribunos militares. Después recibió cada uno de ellos la paga que se le debía. Tal fue el final y conclusión del motín que se inició entre los soldados de Sucro.

[28,30] Mientras tanto, Hanón, lugarteniente de Magón, había sido enviado por la zona del Guadalquivir con un pequeño grupo de africanos para alquilar tropas entre las tribus hispanas, logrando alistar cuatro mil jóvenes armados. Poco después, su campamento fue capturado por Lucio Marcio; la mayoría de sus hombres murió en el asalto y algunos otros durante su huida, por la caballería que les perseguía; el mismo Hanón escapó con un puñado de sus hombres. Mientras esto ocurría en el Guadalquivir, Lelio navegó hacia el oeste y llegó hasta Carteya, una ciudad situada en la parte de la costa donde el estrecho empezaba a ensancharse hacia el océano. Llegaron al campamento romano algunos hombres con la oferta de entregar voluntariamente la ciudad de Gades, pero el plan fue descubierto antes de madurar. Todos los conspiradores fueron arrestados y Magón los puso bajo la custodia del pretor Adérbal para trasladarlos a Cartago. Adérbal los puso a bordo de un quinquerreme que se envió por delante y que era un barco más lento que los ocho trirremes con los que zarpó poco después. El quinquerreme acababa de entrar en el Estrecho cuando Lelio zarpó del puerto de Carteya con otro quinquerreme seguido por siete trirremes. Marchó contra Adérbal y sus trirremes, convencido de que el quinquerreme no podría dar la vuelta, atrapado por las corrientes del Estrecho.

Sorprendido por este ataque insospechado, el general cartaginés dudó por unos momentos entre seguir a su quinquerreme o virar su proa contra el enemigo. Esta vacilación le impidió declinar el combate, pues uno y otro quedaron ya al alcance de sus proyectiles y el enemigo le atacaba por todas partes. La fuerza de la marea les impedía dirigir sus buques hacia donde querían. No hubo apariencia alguna de batalla naval, sin libertad de acción ni espacio para tácticas o maniobras. Las corrientes de la marea dominaron completamente la acción; llevaban los barcos en contra de los de su mismo bando y contra los enemigos, de forma indiscriminada, a pesar de todos los esfuerzos de los remeros. Se podía ver un barco, que trataba de escapar, siendo arrastrado hacia los vencedores, y al que lo perseguía, si entraba en una corriente opuesta, era hecho retroceder como si huyera. Y cuando ya estaban todos enzarzados y un barco se dirigía hacia otro para embestirle con el espolón, se desviaba de su rumbo y recibía un golpe lateral del espolón; otras estaban presentando el costado cuando, de repente, se ponían de proa. Así transcurrió el combate

entre los distintos trirremes, dirigidos y controlados por el azar. El quinquerreme romano respondía mejor a la caña, fuera porque su peso lo hacía más estable o porque había más remos para cortar las olas. Hundió dos trirremes, y se abrió paso rápidamente a través de un tercero, cortando todos los remos de una banda, y habría deshecho al resto si Adérbal no hubiera podido separarse con los cinco restantes y, dando todas las velas, llegar a África.

[28.31] Después de su victoria, Lelio volvió a Carteya, donde se enteró de lo que había estado ocurriendo en Gades, cómo se había descubierto el complot y se había enviado a Cartago a los conspiradores Como el propósito con el que había llegado se había visto así frustrado, envió recado a Lucio Marcio diciéndole que, si no quería perder el tiempo acampado ante Gades, ambos se debían reunir con su jefe. Marcio se mostró de acuerdo y ambos regresaron a los pocos días a Cartagena. Tras su partida, Magón respiró más libremente después de haber estado amenazado por un doble peligro, por tierra y mar; al recibir noticias de la reanudación de hostilidades por parte de los ilergetes, albergó nuevamente esperanzas de recuperar Hispania. Se enviaron mensajeros a Cartago, para presentar ante el Senado un relato bastante coloreado sobre el motín en el campamento romano y la defección de los aliados de Roma, urgiendo con fuerza al mismo tiempo que se le enviase ayuda para poder recobrar la herencia que le dejaron sus antepasados: la soberanía de Hispania. Mandonio e Indíbil se habían retirado durante cierto tiempo tras sus fronteras y esperaban tranquilamente hasta saber qué se decidía respecto al botín. No tenían ninguna duda de que si Escipión perdonaba la ofensa de sus propios conciudadanos, también ejercería la clemencia con ellos. Pero cuando la severidad del castigo se hizo de conocimiento general, se convencieron de que la misma medida les sería impuesta a ellos y decidieron, por tanto, reanudar las hostilidades. Llamaron nuevamente a las armas a sus hombres, reclamaron a los auxiliares que se les habían unido con anterioridad y, con una fuerza de veinte mil infantes y dos mil quinientos jinetes, cruzaron sus fronteras y se dirigieron a su antiguo terreno de acampada en la Sedetania.

[28,32] Al pagar a todos sus atrasos por igual, culpables e inocentes, y con su tono afable y su atención hacia cada uno, Escipión pronto recuperó el afecto de sus soldados. Antes de levantar sus cuarteles en Cartagena, convocó a sus tropas y, tras denunciar con cierto detenimiento la traición de los dos régulos al reiniciar la guerra, vino a decir que el ánimo con el que iba a vengar aquel crimen era muy distinto del que había tenido recientemente para sanar la culpa de sus engañados conciudadanos. Entonces se sintió como si estuvieran rasgándole las entrañas, al expiar con gemidos y lágrimas la ligereza y la culpabilidad de ocho mil hombres al costo de treinta vidas. Ahora marchaba con espíritu alegre y confiado a destruir a los ilergetes. Ya no se trataba de naturales de su misma tierra, ni había ningún tratado que los vinculara; el único vínculo era de honor y amistad, y ellos mismos lo habían roto con su crimen. Cuando miraba a su propio ejército veía que todos eran ciudadanos romanos o aliados latinos, pero lo que más le movía era el hecho de que apena había un solo soldado entre ellos que no hubiera llegado allí desde Italia, fuera con su tío Cneo Escipión, que fue el primer general romano en venir a aquella provincia, o con su padre o con él mismo. Todos ellos estaban acostumbrados al nombre y auspicios de los Escipiones, y los quería llevar de vuelta a su patria para disfrutar de un bien merecido triunfo. Si se presentaba candidato para el consulado esperaba que lo apoyasen, pues el honor que a él le confirieran también le pertenecería a ellos. En cuanto a la expedición que afrontaban, quien la considerase una guerra era porque había olvidado todo lo hecho hasta entonces. Magón, que había huido con unos pocos barcos a una isla rodeada por un océano, más allá de los límites del mundo de los hombres, era, les aseguró, más preocupante para él que los ilergetes; pues lo que allí permanecía era un general cartaginés y, aunque pequeña, una guarnición cartaginesa; aquí solo había bandidos y jefes de bandidos. Podían ser lo bastante fuertes como para saquear los campos de sus vecinos y para quemar sus casas y llevarse sus rebaños de ganado, pero no tenían valor para librar una batalla campal en campo abierto; cuando tenían que luchar confiaban más en su velocidad para huir que en

sus armas. No era, pues, porque viera en ellos algún peligro o perspectiva de una guerra grave, por lo que marchaba a aplastar a los ilergetes antes de dejar la provincia, sino porque tal revuelta criminal no debía seguir sin castigo y, también, porque no debía decirse que había dejado atrás un solo enemigo en una provincia que con tanto valor y buena fortuna había reducido a sumisión. *Seguidme pues,* -dijo en conclusión- *con la benévola ayuda de los dioses, no para hacer la guerra -pues os las veréis con un enemigo que no es rival para vosotros- sino para castigar a hombres culpables de un crimen.*

[28.33] Los hombres fueron despedidos con orden de disponerse a salir al día siguiente. Diez días después de salir de Cartagena llegó al Ebro, y a los cuatro días de cruzar el río llegó a la vista del enemigo. En frente de su campamento había un tramo de terreno llano cerrado en ambos lados por montañas. Escipión ordenó que se llevaran algunas cabezas de ganado, capturadas en su mayoría al enemigo, hacia el campamento contrario para despertar el salvajismo de los bárbaros. Lelio recibió instrucciones de permanecer oculto con su caballería detrás de una estribación de la montaña y, cuando la infantería ligera que iba guardando el ganado hubiera conducido al enemigo a la escaramuza, cargara desde su escondite. La batalla comenzó pronto; los hispanos, al ver el ganado, se lanzaron a apoderarse de él y los escaramuzadores los atacaron mientras estaban ocupados con su botín. Al principio las dos partes se atacaban mutuamente con proyectiles, descargaron luego dardos ligeros, que servían más para provocarlos que para decidir una batalla, y por fin desenvainaron sus espadas. Hubiera sido un mano a mano indeciso de no haber llegado la caballería. No sólo lanzaron un ataque frontal, bajando al galope todo el camino, sino que algunos cabalgaron alrededor del pie de la montaña para cortar la retirada del enemigo. La masacre fue mayor de lo habitual en escaramuzas de esta clase, y los bárbaros quedaron más enfurecidos que decepcionados por su falta de éxito.

Por lo tanto, con el fin de demostrar que no habían sido derrotados, salieron a la batalla a la mañana siguiente al amanecer. No había espacio para todos ellos en el estrecho valle que hemos descrito antes; dos partes de su infantería y toda su caballería ocuparon la llanura, y el resto de su infantería quedó situada en la ladera de una colina. Escipión vio que el limitado espacio le ofrecía una ventaja. Luchar en un frente estrecho se adaptaba más a la táctica romana que a la hispana, y como el enemigo había situado su línea en una posición donde no podía usar todas sus fuerzas, Escipión adoptó una novedosa estratagema. Como no había sitio por donde pudiera flanquear al enemigo con su propia caballería, y como la del enemigo estaba mezclada con la infantería y resultaría inútil donde estaba, dio órdenes a Lelio para que diese un rodeo por los cerros, escapando a la observación en la medida que le fuera posible, y que librara una acción de caballería diferenciada de la batalla de la infantería. Escipión dispuso sus estandartes y llevó a toda su infantería contra el enemigo con un frente de cuatro cohortes, ya que era imposible extenderse más. No perdió un momento en iniciar el combate pues esperaba que, con el fragor de la batalla, la caballería pudiera ejecutar su maniobra sin ser advertida. No advirtió el enemigo sus movimientos hasta que escuchó el ruido del combate en su retaguardia. Así, se libraron dos batallas separadas por toda la longitud del valle; una entre la infantería y otra entre la caballería, impidiendo la escasa anchura del valle que ambos ejércitos se ayudasen mutuamente o que actuasen coordinados. La infantería hispana, que había entrado en acción confiando en el apoyo de su caballería, fue despedazada, y la caballería, incapaz de sostener el ataque de la infantería romana tras la caída de la suya propia, y tomada por la retaguardia por Lelio y su caballería, cerraron filas y siguieron resistiendo un tiempo en sus puestos, pero finalmente murió hasta el último hombre. No quedó vivo ni un solo combatiente de la caballería ni de la infantería que lucharon en el valle. El tercer grupo, que había permanecido en la ladera de la montaña, mirando con seguridad en vez de participar en la lucha, tuvo espacio y tiempo suficientes para retirarse en buen orden. Entre ellos estaban los dos régulos, quienes escaparon en la confusión antes de que todo el ejército fuese rodeado.

[28.34] El campamento hispano fue capturado el mismo día y, además del resto del botín, se capturaron tres mil prisioneros. Cayeron en la batalla unos dos mil romanos y aliados, resultando heridos más de tres mil. La victoria no hubiera sido tan costosa de haber tenido lugar la batalla en una amplia llanura donde la huida hubiese sido más fácil. Indíbil aparcó toda idea de continuar la guerra, y pensó que el proceder más seguro, teniendo en cuenta su situación desesperada, sería entregarse a las bien conocidas clemencia y honor de Escipión. Le envió a su hermano Mandonio. Arrojándose de rodillas ante el vencedor, lo achacó todo a la fatal locura del momento, como si un contagio pestilente hubiera infectado no sólo a los ilergetes y lacetanos, sino incluso enloquecido a todo un campamento romano. Declaró que él y su hermano y el resto de sus compatriotas estaban en tales condiciones que, si lo consideraba apropiado, devolverían sus vidas al mismo Publio Escipión de quien las habían recibido; o, si los salvaba por segunda vez, dedicarían todas sus vidas al único hombre a quien se las debían. Anteriormente habían confiado su causa a sus propias fuerzas y no habían puesto a prueba su clemencia; ahora que su causa carecía de esperanzas, ponían toda su confianza en la misericordia de su vencedor. Era antigua costumbre de los romanos para el caso de una nación conquistada con la que no existiesen antiguas relaciones de amistad, fuera por tratados o por comunidad de derechos y leyes, no aceptar su rendición ni contemplar términos de paz hasta que todas sus propiedades, profanas y sagradas, les hubieran sido entregadas, haber tomado rehenes, haberles despojado de sus armas y haber colocado guarniciones en sus ciudades. En el presente caso, sin embargo, Escipión, después de reprender severa y largamente a Mandonio, presente, y al ausente Indíbil, dijo que sus vidas estarían perdidas, con justicia, por su crimen, pero que gracias a su propia bondad y a la del pueblo romano, se salvarían. No quería, sin embargo, demandar rehenes, pues estos solo eran una garantía para quienes temían un nuevo estallido de hostilidades; ni tampoco les quería despojar de sus armas, dejando sus corazones sin temor. Pero si se rebelaban, no serían rehenes desarmados, sino ellos mismos quienes sentirían el peso de su mano; no castigaría a hombres indefensos sino a enemigos armados. Les dejaría escoger entre el favor o la ira de Roma, que de ambos tenían ya experiencia. Así fue despedido Mandonio, imponiéndole la única condición de suministrar una indemnización pecuniaria suficiente para entregar la paga debida a las tropas. Después de enviar Marcio por delante hacia el sur de Hispania, Escipión se quedó donde estaba durante unos días hasta que los ilergetes hubieron pagado la indemnización y, a continuación, partiendo con una fuerza ligera, alcanzó a Marcio, que ya estaba llegando al océano.

[28.35] Las negociaciones que se habían iniciado con Masinisa se retrasaron por diversos motivos. Este quería, en cualquier caso, encontrarse personalmente con Escipión y confirmar la alianza entre ellos estrechándole la mano, y esta fue la razón por la que Escipión emprendió en aquel momento tan largo y apartado camino. Masinisa estaba en Gades y, al ser informado por Marcio de que Escipión venía de camino, pretextó ante Magón que sus caballos estaban desentrenados por permanecer confinados en una isla tan pequeña, que estaban provocando una escasez general que todos sufrían por igual y que sus jinetes estaban nerviosos por la inacción. Convenció al comandante cartaginés para que le permitiera cruzar a la parte continental con el propósito de saquear el país vecino. Cuando hubo desembarcado, envió tres notables númidas ante Escipión para acordar la fecha y el lugar de la entrevista. Dos de ellos quedaron retenidos por Escipión como rehenes, el tercero sería enviado de vuelta para conducir a Masinisa hasta el lugar que se había decidido. Llegaron a la conferencia, cada uno con una pequeña escolta. Por cuanto había oído hablar de sus logros, el númida ya había concebido una gran admiración por el comandante romano, imaginándoselo como un hombre de gran e imponente presencia. Pero cuando lo vio sintió una más profunda veneración por él. La majestuosidad natural de Escipión quedaba aumentada por su pelo suelto y la sencillez de su aspecto general, carente de todo adorno y afectación, varonil y militar en el más alto grado. Estaba en su edad de mayor vigor, y su recuperación de la reciente enfermedad le había conferido una frescura y limpieza de complexión que renovó la flor de su juventud.

Casi mudo de asombro ante esta su primera reunión con él, el númida comenzó dándole las gracias por haber hecho regresar al hijo de su hermano. Desde ese instante, declaró, había buscado una oportunidad como esta para expresarle su gratitud y, ahora que se le ofrecía por la bondad de los dioses inmortales, no la dejaría escapar. Él estaba deseoso de prestar tal servicio a Escipión y a Roma que, de ninguno de entre los nacidos en el extranjero, se pudiera jamás decir que habían prestado una ayuda más celosa. Esto había sido su deseo durante mucho tiempo, pero Hispania le era un país extraño y desconocido, y no había podido llevar a cabo su propósito allí; sería, sin embargo, fácil hacerlo en su tierra natal, donde había sido educado con la expectativa de suceder a su padre en el trono. Si los romanos enviaban a Escipión como general a África, estaba bastante seguro de que los días de Cartago estarían contados. Escipión lo contempló y lo escuchó con gran placer. Sabía que Masinisa era lo mejor de toda la caballería enemiga y, él mismo, joven de gran coraje. Después de haberse comprometido, Escipión regresó a Tarragona. Masinisa fue autorizado por los romanos a saquear los campos adyacentes, con el fin de que no pudiera pensarse que han navegado hasta el continente sin causa bastante, regresando después de esto a Gades.

[28,36] Las esperanzas de Magón habían aumentado a raíz del motín en el campamento romano y por la rebelión de Indíbil. Pero ahora se desesperó de lograr nada en Hispania y efectuó los preparativos para su partida. Estando ocupado en esto, llegó una carta del senado cartaginés ordenándole llevar la flota que tenía en Gades hasta Italia y que, después de levantar una fuerza tan grande como pudiera de galos y ligures en aquel país, se uniera a Aníbal y no se dejara así languidecer una guerra que había empezado con tanta energía y tanto éxito. Se le envió dinero desde Cartago con aquel fin, requisando también él cuanto puedo del pueblo de Gades. No sólo su tesoro público, fueron saqueados incluso sus templos y todos fueron obligados a contribuir con sus depósitos particulares de oro y plata. Navegando a lo largo de la costa hispana, desembarcó una fuerza no muy lejos de Cartagena y saquearon los campos más cercanos, tras lo cual llevó su flota hacia la ciudad. Durante el día mantenía sus hombres a bordo y no los desembarcaba hasta la noche. Luego los llevó contra aquella parte de la muralla de la ciudad por donde los romanos habían ejecutado la toma de la plaza, pensando que la ciudad estaba custodiada por una débil guarnición y que se produciría un levantamiento entre algunos de los habitantes que esperaban cambiar de amos. Sin embargo, la gente del campo que huía de sus tierras había traído las noticias de los saqueos y la aproximación del enemigo. También se había avistado su flota durante el día, y era evidente que no se habría situado frente a la ciudad sin algún motivo especial. Así pues, se dispuso una fuerza armada por fuera de la puerta que daba al mar. El enemigo se acercó a las murallas en desorden, los soldados y marineros mezclados, resultando más ruido y desorden que combate real. La puerta se abrió de repente y los romanos irrumpieron con un grito; el enemigo fue presa de la confusión, volvió espaldas a la primera descarga de proyectiles y fue perseguido con grandes pérdidas hasta la orilla. De no haberse acercado los barcos a la playa, ofreciendo así un medio de escape, ni un solo fugitivo habría sobrevivido. En los barcos, también, había prisa y confusión; la tripulación quitó las escalas para que el enemigo no pudiera subir a bordo junto con sus compañeros y cortaron los cables y maromas para no perder tiempo levando el ancla. Muchos de los que trataban de nadar hacia los buques no podían ver en la oscuridad qué dirección tomar o qué peligros evitar, pereciendo miserablemente. Al día siguiente, después de la flota hubo ganado nuevamente mar abierto, se descubrió que habían muerto ochocientos hombres entre la muralla y la costa, perdiéndose unas dos mil armas de toda clase.

[28.37] A su regreso a Gades, Magón se encontró las puertas de la ciudad cerradas para él por lo que ancló en Cimbios, lugar no muy lejos de Gades, y envió emisarios a quejarse por que le cerrasen a él las puertas, un aliado y amigo . Se excusaron diciendo que se adoptó aquella medida después de una asamblea de los ciudadanos, que estaban indignados por algunos actos de pillaje cometidos por los soldados durante el embarque. Invitó a sus sufetes -el título de sus magistrados

supremos- junto con el cuestor de la ciudad a acudir a una conferencia y, cuando llegaron, ordenó que los azotaran y los crucificaran. Desde allí navegó hacia Pitiusa, una isla a unas cien millas de distancia del continente, que tenía por aquel entonces población fenicia. Aquí la flota, naturalmente, se encontró con una recepción amistosa, y no sólo se le suministraron generosamente pertrechos, sino que recibió refuerzos para su flota en forma de armas y hombres. Así animado, el cartaginés navegó hacia las islas Baleares, un trayecto de alrededor de cincuenta millas. Dos son las islas Baleares: la mayor está mejor surtida de armas y tiene una población más numerosa, también tiene un puerto donde Magón pensó que podría brindar un refugio apropiado a su flota durante el invierno, pues el otoño ya terminaba. Sin embargo, su flota se encontró con una recepción bastante hostil, como si la isla hubiese estado habitada por los romanos. La honda, de la que los baleares hacen aún hoy el mayor de los usos, era por entonces su única arma y ningún país se les acerca en la habilidad con que la manejan. Cuando los cartagineses trataron de acercarse a tierra, cayó sobre ellos una lluvia tal de piedras, como si fuera una tormenta de granizo, que no se aventuraron al interior del puerto. Poniendo proa una vez más a la mar, se acercaron a la isla más pequeña, que contaba con un suelo fértil pero con menos recursos en hombres y armas. Allí desembarcaron y acamparon en una posición fuerte que dominaba el puerto, desde el que se apoderaron de la isla sin encontrar resistencia alguna. Alistaron una fuerza de dos mil auxiliares que enviaron a Cartago, varando después sus buques para pasar el invierno. Después de la partida de Magón, Gades se entregó a los romanos.

[28.38] Este es el relatos de los hechos de Escipión en Hispania. Tras poner a cargo de la provincia a los procónsules Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, navegó con diez buques a Roma. A su llegada, se celebró una reunión del Senado en el templo de Belona en la que presentó un informe de todo lo que había hecho en Hispania, cuántas batallas campales había librado, cuántas ciudades había capturado y qué había tribus traído bajo el dominio de Roma. Declaró que cuando llegó a Hispania se encontró con cuatro ejércitos cartagineses que se le oponían; cuando partió, no quedaba en aquel país ni un solo cartaginés. No estaba sin esperanzas de que se le concediera un triunfo por sus servicios; sin embargo, no lo pedía con insistencia por ser bien consciente de que hasta aquel momento no había disfrutado nadie de un triunfo sin estar investido de una magistratura. Después de que el Senado hubo sido disuelto, hizo su entrada en la Ciudad y llevó ante él catorce mil trescientas cuarenta y dos libras de plata y una gran cantidad de monedas de plata, todo lo cual depositó en el tesoro. Lucio Veturio Filón procedió a celebrar las elecciones consulares, y todas los centurias votaron, en medio de un gran entusiasmo, por Escipión. Publio Licinio Craso, el Pontífice Máximo, fue elegido como colega. Queda memoria de que participó en aquella elección un número mayor de electores que en cualquier otro momento durante la guerra. Habían llegado de todas partes, no sólo para dar sus votos, sino también para ver a Escipión; acudían en masa alrededor de su casa y también cuando sacrificó una hecatombe en el Capitolio, que había ofrecido a Júpiter en Hispania. Se afirmaba entre ellos que, así como Cayo Lutacio había dado fin a la Primera Guerra Púnica, así también Escipión pondría fin a esta y que, del mismo modo que había expulsado a los cartagineses de Hispania, los expulsaría de Italia. También le asignaron África como provincia, como si la guerra en Italia hubiese terminado. Luego siguió la elección de los pretores. Dos de los elegidos, Espurio Lucrecio y Cneo Octavio, eran ediles plebeyos en aquel momento; los otros, Cneo Servilio Cepión y Lucio Emilio Papo, eran ciudadanos particulares. Era el decimocuarto año de la Segunda Guerra Púnica *(205 a.C.)* cuando Publio Cornelio Escipión y Publio Licinio Craso iniciaron su consulado. En la asignación de las provincias consulares, Escipión, con el consentimiento de su colega, tomó Sicilia sin recurrir a votación porque Craso, como Pontífice Máximo, sus deberes sagrados le impedían abandonar Italia; así pues, a este se encargó el Brucio. Después, los pretores sortearon sus provincias. La pretura urbana correspondió a Cneo Servilio; Espurio Lucrecio recibió Rímini, como se llamaba entonces a la provincia de la Galia; Sicilia correspondió a Lucio Emilio y Cerdeña a Cneo Octavio. El Senado celebró una sesión

en el Capitolio en la que se aprobó una resolución sobre la moción presentada por Publio Escipión, para que celebrase los Juegos que había ofrecido durante el motín y que sufragara el costo del dinero que había depositado en el Tesoro.

[28.39] Luego les presentó una delegación de Sagunto y el miembro más anciano de ellos se dirigió a la Cámara en los siguientes términos: *Aunque no nos quejamos de nada, padres conscriptos, aparte de los sufrimientos que hemos soportado para mantener hasta el fin nuestra lealtad hacia vosotros, la bondad que vosotros y nuestros generales nos han mostrado nos han hecho olvidar nuestra miseria. Por nosotros habéis emprendido una guerra y la habéis sostenido con tal determinación que, a menudo, vosotros unas veces, y otras el pueblo cartaginés, os habéis visto reducidos a los mayores extremos. Aún teniendo en el corazón de Italia tan terrible guerra y a un enemigo como Aníbal, no obstante enviasteis a Hispania un cónsul con su ejército para reunir, por así decir, los restos de nuestro naufragio. Desde el día en que los dos Escipiones, Publio y Cneo Cornelio, entraron en la provincia, en ningún momento dejaron de hacernos el bien a nosotros y perjudicar a nuestros enemigos. En primer lugar, nos devolvieron nuestra ciudad y enviaron hombres por toda Hispania para que hallasen a cuantos de nosotros habían sido vendidos como esclavos y devolverles la libertad. Cuando nuestra suerte, de ser absolutamente miserable, se había convertido casi en envidiable, vuestros dos generales, Publio y Cneo Cornelio hallaron la, una pérdida que sentimos aún más amargamente que vosotros. Pareció entonces como si hubiésemos regresado de un lejano exilio a nuestros antiguos hogares, solo para contemplar por segunda vez nuestra propia ruina y la destrucción de nuestro patria. No hizo falta un general o un ejército cartaginés para ejecutar nuestra aniquilación; los túrdulos, nuestros inveterados enemigos que habían sido la causa de nuestro anterior colapso, se bastaban para destruirnos. Y justo cuando habíamos perdido toda esperanza, enviasteis de repente a Publio Escipión, al que contemplamos hoy aquí, nosotros, los más afortunados de los saguntinos. Llevaremos de vuelta a nuestro pueblo la noticia de que hemos visto, como vuestro cónsul electo, al único hombre en quien depositamos todas nuestras esperanzas de auxilio y salvación. Por él ha sido tomada ciudad tras ciudad a vuestros enemigos en toda Hispania, y en cada caso separó a los saguntinos de la masa de prisioneros y los devolvió a casa. Y, por último, a los turdetanos, tan mortales enemigos nuestros que de haber mantenido intactas sus fuerzas Sagunto no hubiera podido subsistir, les derrotó con una guerra hasta el punto de que ya no les tememos nosotros ni, casi me atrevo a decir, nuestros descendientes. La tribu en cuyo favor Aníbal destruyó Sagunto, ha visto la suya propia destruida ante nuestros ojos. Recibimos tributos de sus tierras, que nos gusta menos por la ganancia que por la venganza.*

Por estas bendiciones, las mayores que se podrían esperar o pedir a los dioses inmortales que concedieran, el senado y el pueblo de Sagunto han enviado esta legación para transmitir su agradecimiento. Estamos aquí, también, para expresar nuestra felicitación por vuestros éxitos durante estos últimos años en Hispania e Italia, pues habéis dominado al primer país por el poder de vuestras armas, no solo hasta el Ebro, sino incluso hasta las más distantes orillas que baña el Océano; y en el otro nada habéis dejado a los cartagineses, excepto la empalizada de su campamento. Al gran Guardián de vuestra fortaleza en el Capitolio, Júpiter Óptimo Máximo, se nos ordena dar no solo las gracias por estas bendiciones, sino también, si nos lo permitís, ofrecer y llevarla al Capitolio esta ofrenda de una corona de oro, como recuerdo de vuestras victorias. Os rogamos que sancionéis esto y, además, si os parece bien, que ratifiquéis y confirméis para siempre las ventajas que vuestros generales nos han concedido. El Senado respondió en el sentido de que la destrucción y la restauración de Sagunto eran, ambas por igual, una prueba al mundo entero de la fidelidad que cada parte había mantenido para con la otra. Sus generales habían actuado de manera prudente y adecuada, y de conformidad con los deseos del Senado en la restauración de Sagunto y al rescatar a sus ciudadanos de la esclavitud, y todos los demás actos de bondad realizados lo fueron tal y como el Senado deseó que se hicieran. Acordaron permitir a los legados que pusieran su

ofrenda en el Capitolio. Se les proporcionó alojamiento y hospitalidad, ordenándose que a cada uno se le entregara una cantidad no menor de diez mil ases. El Senado concedió audiencia a otras legaciones. Los saguntinos también solicitaron que se les permitiera hacer una gira por Italia, hasta donde pudieran hacerlo con seguridad, y que se les proporcionaran guías y cartas para las distintas poblaciones requiriendo una recepción hospitalaria para los hispanos.

[28.40] El siguiente asunto que se presentó al Senado concernía al alistamiento de tropas y a la distribución de los distintos mandos. Hubo rumores que se África iba a constituir una nueva provincia y que se asignaría a Escipión sin necesitar de sorteo. El propio Escipión, no contentándose ya con una gloria moderada, iba diciendo al pueblo que había venido como cónsul no solo a dirigir la guerra, sino a darle fin, y que el único modo de hacerlo sería que él llevase un ejército a África. En caso de que el Senado se opusiera, afirmaba abiertamente que presentaría su propuesta a la autoridad del pueblo. El proyecto desagradaba a los líderes del Senado, y como el resto de senadores, por miedo a ser impopulares, se negaban a hablar, se pregunto su opinión a Quinto Fabio Máximo. Este la expuso mediante el siguiente discurso: *Soy bien consciente, senadores, de que muchos de vosotros consideráis la cuestión que se nos presenta como ya decidida, y creéis que cualquiera que discuta el destino de África es alguien con ganas de gastar palabras como si la cuestión siguiera abierta. No acabo de entender, sin embargo, cómo puede haber sido definitivamente asignada África como provincia a nuestro valiente y enérgico cónsul, cuando ni el Senado ni el pueblo han decidido que se incluya entre las provincias del año. Si así se ha asignado, creo entonces que el cónsul comete un gran error al invitar a un debate falso sobre una medida que ya se ha decidido; y que se ríe del Senado, pero no del senador al que pregunta su opinión.*

Al expresar mi desacuerdo con aquellos que piensan que debemos invadir África de inmediato, soy muy consciente de que me expongo a dos imputaciones. Por un lado, mi postura se achacará a mi naturaleza indecisa. Los hombres jóvenes la pueden llamar temor y pereza, si lo desean, siempre y cuando no tengamos motivos para lamentar que, a pesar de que los consejos de los demás parezcan a primera vista más atractivos, la experiencia demuestra que los míos son mejores. La otra será que actúo por motivos de malquerencia y envidia contra la cada día mayor gloria de nuestro fortísimo cónsul. Si mi pasada vida, mi carácter, mi dictadura y mis cinco consulados, la gloria lograda como ciudadano y como soldado, una gloria tan grande como para producir hartazgo y no desear más, si todo ello yo me protegiera contra esta imputación, dejad por lo menos que mi edad me libre de ella. ¿Qué rivalidad puede existir entre mi persona y un hombre que ni siquiera tiene la edad de mi hijo? Cuando yo era dictador, en la plena madurez de mis poderes y ocupado en las más importantes operaciones, mi autoridad quedó dividida, cosa nunca antes oída ni expresada, con el Jefe de la Caballería. ¿Escuchó alguien, sin embargo, de mí una palabra de protesta, fuera en el Senado o en la Asamblea, incluso cuando me perseguía con saña? Fue por mis actos, y no por mis palabras, como deseé que el hombre al que otros consideraban mi igual me pusiera por delante. ¿Y voy yo, que he recibido todos los honores que el Estado puede conferir, a entrar en competencia con joven tan brillante? ¡Como si en caso de que a él se le niegue África me fuera a ser asignada a mi, cansado como estoy no solo de la vida pública, sino de la propia vida! No, viviré y moriré con la gloria que he ganado. Impedí que Aníbal venciera, para que pudiera ser vencido por aquellos de vosotros que estáis en el pleno vigor de vuestras vidas.

[28.41] *Así pues, es justo, Publio Cornelio, que ya que en mi caso nunca he preferido mi propia reputación a los intereses del Estado, deberías perdonarme por no considerar ni siquiera tu gloria como más importante que el bienestar de la República. Tengo que admitir que si no hubiera guerra en Italia, o sólo hubiera un enemigo de cuya derrota no se hubiera de ganar gloria alguna, el hombre que te mantuviera en Italia, aunque actuase por el bien general, podría parecer que te estaba privando de la oportunidad de lograr la gloria en una guerra extranjera. Pero como nuestro*

enemigo, Aníbal, se ha mantenido durante catorce años en Italia con un ejército incólume, tú seguramente no despreciarás la gloria de expulsar de Italia, durante tu consulado, al enemigo que ha sido la causa de tantas derrotas, tantas muertes, y de dejar constancia de eres tú quien dio fin a esta guerra, como Cayo Lutacio tiene la gloria imperecedera de haber dado fin a la Primera Guerra Púnica. A menos, claro está, que Asdrúbal fuese mejor general que Aníbal, o que la última guerra fuese más grave que esta, o que la victoria que dio fin a aquella fuera mayor y más brillante que esta, en caso de que nos tocara en suerte vencer mientras tú eres cónsul. ¿Preferirías haber expulsado a Amílcar de Trapani o de Erice en vez de expulsar a Aníbal y sus cartagineses de Italia? Aunque te aferrases más a la gloria obtenida que a la por venir, no podrías enorgullecerte más por haber liberado Hispania que por liberar Italia. Aníbal no es todavía un enemigo a quien el que desee hacer otra guerra considere que hay que despreciar en lugar de temer. ¿Por qué no te ciñes a esta tarea? ¿Por qué no marchas directamente desde aquí hasta donde está Aníbal, llevando allí la guerra, en vez de dar un rodeo con la esperanza de que una vez hayas cruzado a África él te seguirá? Estás deseando ganar la corona gloriosa de dar fin a la Guerra Púnica; tu opción natural sería defender tu propio país antes de ir a atacar el del enemigo. Que haya paz en Italia antes de que haya guerra en África; deja que sean desterrados nuestros propios temores antes de hacer temblar a los demás. Si ambos objetivos se pudieran alcanzar bajo tu mando y auspicios, entonces, cuando hayas vencido aquí a Aníbal, ve y toma Cartago. Si ha de quedar una de las dos victorias para tus sucesores, la primera es la mayor y más gloriosa y llevará necesariamente a la segunda. En la situación actual, la hacienda pública no puede proveer dos ejércitos en Italia y uno más en África, no nos queda nada con lo que equipar una flota y proveerla de suministros; y, por encima de todo esto, ¿cómo no ver los grandes peligros que incurriríamos? Supongamos que Publio Licinio dirige la campaña en Italia y que Publio Escipión lo hace en África. Bueno, pues suponiendo -¡Que todos los dioses eviten el presagio, pues me estremezco solo ante su mención! pero que lo que ya ha sucedido puede volver a ocurrir-, suponiendo, digo, que Aníbal lograse una victoria y marchase sobre Roma, ¿habríamos de esperar hasta entonces antes de llamarte de vuelta de África, como tuvimos que llamar a Quinto Fulvio de Capua? ¿Qué ocurriría, incluso si en África la suerte de la guerra resultara igualmente favorable para ambas partes? Toma ejemplo del destino de tu propia casa, tu padre y tu tío destruidos con sus ejércitos en un plazo de treinta días, en el país donde elevaron el nombre de Roma y la gloria de tu familia a lo más alto entre todas las naciones, con sus grandes hazañas por tierra y mar. Me quedaría sin luz del día si tratase de enumerar los reyes y generales que con la precipitada invasión del territorio enemigo han llevado sobre ellos la más aplastante derrota, suya y de sus ejércitos. Atenas, ciudad de lo más sensata y prudente, escuchó el consejo de un joven de alta cuna y capacidad igualmente alta, y envió una gran flota a Sicilia antes de librarse de la guerra en casa, y en una sola batalla naval aquella floreciente república quedó para siempre arruinada.

[28.42] *No pondré ejemplos de tierras lejanas y tiempos remotos. Esta misma África de la que estamos hablando y la suerte de Atilio Régulo son un ejemplo más que evidente de la inconstancia de la fortuna. Escipión, ¿cuando contemplaste África desde el mar no te pareció tu conquista de Hispania un juego de niños? ¿En qué se parecen? Comenzaste navegando por las costas de Italia y la Galia, en un mar libre de cualquier flota enemiga, y llegaste hasta Ampurias, una ciudad aliada. Después de desembarcar tus tropas, las llevaste por terreno completamente seguro hasta Tarragona, con los amigos y aliados de Roma, y desde Tarragona tu ruta pasó entre guarniciones romanas. Alrededor del Ebro estaban los ejércitos de tu padre y tu tío, cuya derrota los había enfurecido y que ardían en deseos de vengar la pérdida de sus comandantes. Su líder fue elegido de manera ciertamente irregular, mediante el voto de los soldados, para enfrentar la emergencia; pero pertenecía a una noble familia y de haber sido nombrado debidamente habría rivalizado con otros distinguidos generales por su dominio del arte de la guerra. Luego pudiste atacar Cartagena sin el menor estorbo; ninguno de los tres ejércitos cartagineses trató de defender*

a sus aliados. Del resto de tus operaciones, aunque estoy muy lejos de despreciarlas, no se pueden comparar con una guerra en África. No hay un puerto franco para nuestra flota, ningún territorio que nos reciba amistosamente, ninguna ciudad es nuestra aliada, no hay rey que sea nuestro amigo ni lugar que podamos emplear como base de operaciones. Donde quiera que vuelvas tus ojos, solo ves hostilidad y amenaza.

¿Pones tu confianza en Sífax y sus númidas? Date por satisfecho por haber confiado en ellos una sola vez. La temeridad no siempre tiene éxito y el engaño prepara el camino a la confianza mediante bagatelas, de modo que, cuando la ocasión lo requiere, puede triunfar logrando alguna gran ventaja. Tu padre y tu tío no fueron derrotados hasta que la traición de sus auxiliares celtíberos los dejaron a merced del enemigo. Tú mismo no estuviste expuesto a tantos peligros con los comandantes cartagineses, Magón y Asdrúbal, cuantos los que pasaste tras la alianza de Indíbil y Mandonio. ¿Puedes confiar en los númidas después de la experiencia que has tenido de la deslealtad de tus propias tropas? Sífax y Masinisa prefieren ambos ser la principal potencia de África en lugar de los cartagineses; pero en su defecto, preferirán a los cartagineses antes que a cualquier otro. En este momento la mutua rivalidad y un sinnúmero de queja los incitan uno contra otro, pues los peligros externos están bien lejos; pero una vez contemplen las armas de Roma y un ejército extranjero, se apresurarán unos y otros a acudir como si tuviesen que apagar un incendio. Los cartagineses defendieron Hispania en una forma muy diferente a la que defenderán los muros de su patria, los templos de sus dioses, sus altares y hogares, cuando sus esposas y sus hijos pequeños les sigan temblando y aferrándose a ellos cuando marchen a la batalla. Por otra parte, ¿qué pasará si considerándose bien seguros del apoyo unánime de África, la fidelidad de sus aliados reales y la fortaleza de sus murallas, y viendo que tú y tu ejército ya no estáis para proteger Italia, los cartagineses enviasen un ejército de refresco desde África? ¿y si ordenan a Magón, que según tenemos entendido ha partido de las Baleares y está navegando por la costa ligur, que se una con Aníbal? Sin duda, habremos de estar en el mismo estado de terror en que estuvimos cuando apareció Asdrúbal en Italia, después que tú, ¡que le ibas a bloquear el paso con tu ejército, no ya a Cartago, sin a toda África!, dejases que se te escurriera entre las manos. Dirás que lo derrotaste. Pues entonces lo lamento aún más, tanto por ti como por la república, que le permitieras tras su derrota invadir Italia.

Permítenos atribuir todo lo pasado felizmente para ti y para el dominio del pueblo de Roma a tus sabios consejos, y todas las desgracias a la fortuna incierta de la guerra; cuanto mayor sea tu talento y tu valor, más reclaman tu patria natal y toda Italia que tan aguerrido defensor permanezca en casa. Ni siquiera se puede ocultar el hecho de que donde esté Aníbal está el centro y fundamento de la guerra, pues proclamas que tu única razón para pasar a África es arrastrar hasta allí a Aníbal. Así que, esté allí o esté aquí, aún tendrás que enfrentarte a Aníbal. ¿Y estarás en más fuerte posición, me gustaría saber, en África sin apoyos que aquí, con tu propio ejército y actuando de acuerdo con tu colega? ¡Qué diferencia entre esto y lo que demuestra el reciente ejemplo de los cónsules Claudio y Livio! ¿Qué? ¿Dónde estará Aníbal mejor provisto de hombres y armas? ¿En el rincón más remoto del Brucio, donde ha permanecido tanto tiempo solicitando en vano refuerzos de casa, o en los campos alrededor de Cartago y sobre el suelo africano, que está totalmente ocupado por sus aliados? ¡Qué extraordinaria es esta idea tuya de combatir donde tus fuerzas están reducidas a la mitad y las del enemigo grandemente aumentadas, en vez de en un país donde con dos ejércitos te enfrentarías solo a uno que, además, está agotado por tantas batallas y tan largo y oneroso servicio! Piensa simplemente en cuán diferente es tu plan del de tu padre. Tras su elección como cónsul se dirigió a Hispania, dejando luego su provincia y regresando a Italia para hacer frente a Aníbal en su descenso de los Alpes; tú te dispones a dejar Italia mientras Aníbal sigue, de hecho, aquí; y no en interés de la República, sino porque piensas que hacerlo es algo grande y glorioso. Justo de la misma forma en que tú, un general del pueblo romano, dejaste tu provincia y tu ejército sin ninguna autoridad legal, sin órdenes del Senado y confiaste a un par de buques las fortunas del Senado y la majestad del imperio que quedaron, por entonces, ligadas a

tu propia seguridad. Sostengo la opinión de que Publio Cornelio Escipión fue elegido cónsul no para sus propios fines particulares, sino para nosotros y la República; y que los ejércitos se alistan para guardar esta ciudad y el suelo de Italia, y no para que los cónsules los a cualquier parte del mundo que les plazca a la soberbia manera de reyes.

[28.43] Este discurso de Fabio, tan apropiado a las circunstancias en que se produjo, y apoyado por el peso de su carácter y su largamente establecida reputación de prudencia, produjo un gran efecto entre la mayoría de los presentes, especialmente los más ancianos. Al ver que la mayoría aprobaba el sabio consejo de la edad, en vez de los del carácter impetuoso de la juventud, se dice que Escipión dio la siguiente respuesta: *Senadores, al comienzo de su discurso Quinto Fabio admitió que lo que tenía que decir lo pondría bajo la acusación de envidia. Personalmente, no me atreveré a acusar a hombre tan grande de esa debilidad, pero ya sea por lo insuficiente de su defensa o por la imposibilidad de hacerla con éxito, ha fracasado totalmente en limpiarse a sí mismo de tal acusación. En su afán por disipar la sospecha ha hablado sobre sus cargos y su reputación en términos tan exagerados que daba la impresión de estar yo en peligro de que se me equiparase alguien más bajo, y no él, pues estando por encima de los demás -posición a la que, lo confieso francamente, me gustaría llegar- no quiere que lo iguale. Se ha representado a sí mismo como un anciano lleno de honores, y para mí como un joven ni siquiera tan mayor como su hijo, como si la pasión por la gloria no se extendiera más allá de la duración de la vida humana y buscara su satisfacción en la memoria de las generaciones por venir. Estoy bien seguro de que es la suerte de todos los grandes hombres compararse no solo con sus coetáneos, sino también con aquellos ilustres de todas las épocas. Admito, Quinto Fabio, que estoy deseando no sólo igualar tu fama sino, y perdona que te lo diga, superarla si puedo. Que tus sentimientos hacia mi, ni los míos hacia los más jóvenes, sean tales que impidamos a cualquiera de nuestros conciudadanos llegar a nuestra altura; pues esto no solo perjudicaría a las víctimas de nuestra envidia, también resultaría en una pérdida para el Estado y casi que para la raza humana.*

Ha disertado sobre el peligro al que me expondría de desembarcar en África, mostrándose preocupado no solo por la República y sus ejércitos, sino incluso por mi. ¿Qué ha llevado a tan repentina inquietud por mi? Cuando mi padre y mi tío resultaron muertos y sus ejércitos casi aniquilados, cuando Hispania estaba perdida, cuando cuatro ejércitos cartagineses con sus generales dominaban todo el país mediante el terror de sus armas, cuando buscabais un hombre que tomara el mando supremo de aquella guerra y no aparecía ninguno, nadie se ofreció excepto yo; cuando el pueblo romano me confirió el mando supremo antes de tener veinticinco años, ¿por qué nadie dijo nada sobre mi edad, la fuerza del enemigo, las dificultades de la campaña o el reciente desastre que se había apoderado de mi padre y de mi tío? ¿Ha ocurrido recientemente en África alguna calamidad mayor que la sucedida entonces en Hispania? ¿Hay ahora en África mayores ejércitos y más numerosos generales que los que había entonces en Hispania? ¿Era yo entonces de edad más madura para dirigir una gran guerra de lo que lo soy hoy día? ¿Es Hispania un campo de operaciones contra los cartagineses más conveniente que África? Ahora que he puesto en fuga cuatro ejércitos cartagineses, reducido tantas ciudades por la fuerza o por miedo y dominado cada territorio hasta las orillas del océano, a régulos y tribus por igual, ahora que he reconquistado toda Hispania tan completamente que no queda allí vestigio alguno de guerra, ahora resulta fácil subestimar mis servicios; tan fácil, de hecho, como lo será, cuando haya vuelto victorioso de África, subestimar esas mismas dificultades que ahora pinta con tan oscuros colores con el fin de mantenerme aquí.

Dice Fabio dice ninguna parte de África nos es accesible, que no hay puertos abiertos a nosotros. Nos cuenta que Marco Atilio Régulo fue hecho prisionero en África, como si se hubiera encontrado con la desgracia nada más desembarcar. Se olvida de que aquel mismo comandante, desafortunado como fue posteriormente, encontró algunos puertos francos en África, y que durante los primeros doce meses logró algunas victorias brillantes y que, por lo que a los generales

cartagineses respecta, se mantuvo invicto hasta el fin. No me desalentarás, por tanto, citando ese ejemplo. Incluso si aquel desastre se hubiera producido en esta guerra en vez de en la anterior, recientemente y no hace cuarenta años, incluso así, ¿por qué se me habría de impedir la invasión de África a cuenta de que Régulo fue capturado, más de lo que se me impidió marchar a Hispania tras la muerte de ambos Escipiones? Lamentaría creer que Jántipo, el lacedemonio, nació para ser una bendición mayor para Cartago de lo que yo lo pueda ser para mi patria, y se fortalece mi confianza al ver qué importantes cuestiones dependen del valor de un solo hombre. Hemos tenido que escuchar incluso historias sobre los atenienses, cómo se olvidaron de la guerra a sus puertas para ir a Sicilia. Pues bien, ya que emplea el tiempo en contarnos historias sobre los griegos, ¿por qué no nos menciona a Agatocles, el rey de Siracusa quien, después que Sicilia hubiera sido largo tiempo devastada por las llamas de la Guerra Púnica, navegó a esta misma África y cambió el curso de la guerra contra el país en el que había empezado?

[28,44] *Mas ¿qué necesidad hay de mencionar casos traídos de otras tierras y otros tiempos para recordarnos cuánto depende de tomar la ofensiva y apartar de nosotros el peligro haciéndolo recaer sobre los demás? ¿Puede haber mayor ejemplo que el del propio Aníbal? Este nos muestra toda la diferencia entre estar devastando el territorio de otra nación o ver la tuya propia destruida a fuego y espada. Se demuestra más valor al atacar que al repeler los ataques. Además, lo desconocido siempre inspira terror, pero cuando has entrado en el territorio de tu enemigo tienes una visión más cercana de sus fortalezas y debilidades Aníbal nunca esperó que tantos pueblos itálicos se le pasaran tras la derrota de Cannas; ¡cuánto menos podrían esperar los cartagineses, con aliados infieles, duros y tiránicos amos como son, contar con la firmeza y estabilidad de su imperio africano! Hasta cuando fuimos abandonados, incluso, por nuestros aliados, contamos con nuestra propia fuerza, los soldados de Roma. Los cartagineses no tienen ejército de ciudadanos, sus soldados son todos mercenarios, africanos y númidas de ánimo ligero, dispuestos a cambiar de bando a la menor provocación. Si no se me detiene, oiréis que he desembarcado, que África está envuelta por las llamas de la guerra, que Aníbal se apresura a marcharse de Italia, y que Cartago está sitiada; todo de un solo golpe. Tendréis más alegres y más frecuentes noticias de África de las que os llegaron de Hispania. Todo me inspira esperanza: la Fortuna que ampara a Roma, los dioses que atestiguaron el tratado roto por el enemigo, los dos príncipes, Sífax y Masinisa, en cuya fidelidad confío mientras me protejo de cualquier perfidia que puedan intentar. Muchas ventajas, que a esta distancia no nos resultan evidentes, se nos mostrarán conforme continúe la guerra. Un hombre demuestra su capacidad de liderazgo aprovechando cualquier oportunidad que se presenta, y haciendo que cualquier contingencia sirva a sus planes. Tendré el adversario que tú, Quinto Fabio, me asignas: Aníbal. Pero yo le obligaré a seguirme allí en vez de que el me mantenga aquí; yo le obligaré a combatir en su propio país, siendo Cartago el precio de la victoria y no las medio arruinadas fortalezas del Brucio.*

Que no sufra ahora daño la República durante mi viaje, o mientras yo esté desembarcando mis hombres en las costas de África o en mi avance contra Cartago, lo que tú, Quinto Fabio, pudiste lograr cuando Aníbal, en la hora de su victoria, recorría toda Italia, ¿no irás a decir que no lo puede conseguir el cónsul Publio Licinio, varón esforzadísimo, ahora que Aníbal tiene sus ejércitos quebrantados y disminuidos, y dado que como Pontífice Máximo no puede ausentarse de sus deberes sagrados ni sortear tan distante provincia? Y aunque la guerra no llegara a un rápido término con el plan que sugiero, la dignidad de Roma y su prestigio entre los reinos extranjeros y las naciones precisarían seguramente que poseemos el suficiente valor no solo para defender Italia, sino para llevar nuestras armas hasta África. No debemos permitir que se extienda por el extranjero la idea de que ningún general romano se atrevería a hacer lo que ha hecho Aníbal; o que durante la Primera Guerra Púnica, cuando el conflicto era por Sicilia, África fue atacada frecuentemente por nuestras flotas y ejércitos y, en esta guerra, cuando la lucha es por Italia, se deja África en paz. Dejad que Italia, durante tanto tiempo acosada, tenga finalmente algún

descanso; que tome África su vez en el fuego y la destrucción; que un campamento romano amenace las puertas de Cartago en vez de que tengamos que ver las líneas enemigas desde nuestras murallas. Que sea África de ahora en adelante la sede de la guerra; llevemos allí de vuelta el terror y la huida, toda la devastación de nuestras tierras y la deserción de nuestros enemigos, todas las demás miserias de la guerra que nos han asolado durante los últimos catorce años . Ya se ha hablado bastante sobre la República, la guerra actual y la asignación de las provincias. Sería un debate largo y aburrido si yo siguiera el ejemplo de Quinto Fabio y, como él haya despreciado mis servicios en Hispania, yo hubiera de verter el ridículo sobre su gloria y exaltar la mía. No haré ni lo uno ni lo otro, senadores, y si, joven como soy, no puedo aventajar a un anciano en nada, al menos demostraré superarle en modestia y en contención de lenguaje. Mi vida y mi dirección de los asuntos públicos han sido tales que me contento con aceptar en silencio el juicio que os habéis formado espontáneamente en vuestro ánimo.

[28,45] Se escuchó a Escipión con impaciencia, pues todos estaban convencidos de que, si no lograba convencer al Senado para que África fuera su provincia, llevaría de inmediato la cuestión ante el pueblo. Así, Quinto Fabio, que había ostentado cuatro consulados, desafió a Escipión a que expusiera abiertamente ante el Senado si dejaba en sus manos la decisión sobre las provincias y estaba dispuesto a cumplirla, o si iba a llevarla ante el pueblo. Escipión le respondió que actuaría según le pareciera mejor para los intereses de la República. A esto observó Fabio: *Te he preguntado, no porque no supiera lo que dirías o cómo procederías, sino para que declares abiertamente ante la Curia que la estás informando y no consultándola, y que si nosotros no te asignamos inmediatamente la provincia que deseas, ya tienes dispuesta una resolución para presentarla a la Asamblea.* Luego, dirigiéndose a los tribunos, les dijo: *Os exijo, tribunos de la plebe, que me apoyéis en mi negativa a presentar una propuesta pues, si la decisión me fuera favorable, el cónsul no la reconocerá.* Se produjo entonces una discusión entre el cónsul y los tribunos; afirmaba este que no tenían apoyo legal para intervenir en apoyo de un senador que se negaba a presentar una propuesta que se le había solicitada que la hiciera. Los tribunos presentaron su decisión con los siguientes términos: *Si el cónsul presenta al Senado la asignación de las provincias, su decisión será vinculante y definitiva, y no permitiremos ninguna propuesta ante el pueblo. Si la presenta, apoyaremos a cualquier senador que se niegue a presentarla cuando se le solicite hacerlo.* El cónsul solicitó un día de gracia a fin de consultar a su colega. Al día siguiente, presentó el asunto a la decisión del Senado. La resolución emitida respecto a las provincias fue que un cónsul se haría cargo de Sicilia y de los treinta buques de guerra que Cayo Servilio había tenido el año anterior, se le concedió permiso para navegar a África si pensaba que esto resultaría en interés del estado; el otro cónsul se encargaría del Brucio y de las operaciones contra Aníbal, o con el ejército que había servido bajo los cónsules anteriores. Lucio Veturio y Quinto Cecilio habrían de sortear y acordar entre ellos quién debía actuar en el Brucio con las dos legiones que el cónsul no solicitara y al que tocara aquel territorio le sería prorrogado el mando durante un año. Con la excepción de los cónsules y los pretores, todos los que fueran a hacerse cargo de ejércitos y provincias verían sus mandos prorrogados durante un año. Le correspondió a Quinto Cecilio actuar junto al cónsul contra Aníbal en el Brucio.

Escipión celebró los Juegos en medio de los aplausos y el entusiasmo de una numerosa multitud de espectadores. Marco Pomponio Matón y Quinto Catio fueron enviados a Delfos para efectuar allí una ofrenda seleccionada del botín del campamento de Asdrúbal. Se trataba de una corona de oro de doscientas libras de peso, junto a copias de las piezas del botín efectuadas en plata con un peso total de mil libras. Escipión obtuvo ni insistió en lograr permiso para alistar tropas, pero se le permitió reclutar voluntarios. Como había declarado que su flota no sería una carga para la república, se le dio libertad para aceptar cualquier material aportado por los aliados para la construcción de sus naves. Los pueblos de Etruria fueron los primeros en prometer ayuda, cada uno según sus medios. Cere contribuyó con grano y provisiones de toda clase para las tripulaciones;

Populonia, con hierro; Tarquinia, con tela para las velas; Volterra, con madera para los cascos y grano; los arretinos, con tres mil escudos y otros tantos cascos, estando prestos a suministrar hasta cincuenta mil dardos, jabalinas y lanzas largas. También se ofrecieron a proporcionar todas las hachas, palas, hoces, gaviones y molinos de mano necesarios para cuarenta buques de guerra, así como ciento veinte mil modios de trigo para el suministro durante el viaje de decuriones y remeros. Perugia, Chiusi y Roselle enviaron madera de pino para la tablazón de los barcos y una gran cantidad de grano. Los pueblos de la Umbría, así como los habitantes de Nursia, Rieti y Pescara junto a todo el país Sabino, prometieron proporcionar hombres. Numerosos contingentes de los marsos, los pelignos y los marrucinos se presentaron voluntarios para servir en la flota. Camerino, ciudad aliada en igualdad de derechos con Roma, envió una cohorte de seiscientos hombres armados. Quedaron puestas las quillas de treinta barcos -veinte quinquerremes y diez cuatrirremes-, urgiendo Escipión los trabajos de tal manera que, en cuarenta y cinco días, tras haberse traído la madera de los bosques, se botaron las naves con sus aparejos y armamento al completo.

[28,46] Escipión navegó hacia Sicilia, con siete mil voluntarios a bordo de sus treinta buques de guerra, y Publio Licinio marcó al Brucio. De los dos ejércitos consulares estacionados allí, escogió el que había mandado el anterior cónsul, Lucio Veturio. Permitió que Metelo conservara el mando de las legiones que ya tenía, pues consideró que le iría mejor con hombres acostumbrados a su mando. Los pretores también marcharon a sus distintas provincias. Como se necesitaba dinero para la guerra, los cuestores recibieron órdenes para vender aquella parte del territorio de la Campania que se extendía entre la Fosa Griega y la costa, así como para denunciar aquellos territorios pertenecientes a ciudadanos campanos, para que se pudieran confiscar. Los delatores recibirían una recompensa del diez por ciento del valor de las tierras. El pretor urbano, Cneo Servilio, debía también comprobar que los ciudadanos de Capua estuvieran residiendo donde el Senado les hubiese autorizado residir, castigando a cualquiera que viviese en otra parte. Durante el verano, Magón, que había invernado en Menorca, embarcó con una fuerza de doce mil infantes y dos mil de caballería, navegando hacia Italia con unos treinta buques de guerra y gran número de transportes. La costa estaba poco vigilada y pudo sorprender y capturar Génova. De allí marchó por la costa ligur con la intención de levantar a los ligures alpinos. Una de sus tribus, los ingaunos, estaba por entonces librando una guerra contra los epanterios, montanos. Tras dejar a resguardo su botín en Savona, dejando diez buques como escolta, Magón envió el resto de sus naves a Cartago para proteger la costa, pues se rumoreaba que Escipión trataba de invadir África, y formó luego una alianza con los ingaunos, de quienes esperaban obtener más apoyos que de los montañeses, y empezó a atacar a estos últimos. Su ejército crecía en número cada día; los galos, atraídos por la fama de su nombre, se le unieron desde todas partes. Aquellos movimientos se conocieron en Roma a través de un despacho de Espurio Lucrecio, lo que preocupó mucho al Senado. Parecía como si la alegría que sintieron al enterarse de la destrucción de Asdrúbal y su ejército dos años antes, quedara borrada completamente con el estallido de aquella nueva guerra en la misma zona, tan grave como la anterior y con la única diferencia del general. Enviaron órdenes al procónsul Marco Livio para que trasladara el ejército de Etruria hasta Rímini, y se facultó al pretor urbano, Cneo Servilio, por si lo consideraba conveniente, para que ordenase que las legiones urbanas pudieran emplearse en cualquier parte y para que pudiera otorgar el mando de las mismas a quien creyese más capaz. Marco Valerio Levino llevó estas legiones a Arezzo. Por entonces, Cneo Octavio, que estaba al mando en Cerdeña, capturó hasta ochenta transportes cartagineses en las proximidades. Según el relato de Celio, iban cargados con grano y suministros para Aníbal; Valerio, sin embargo, dice que transportaban el botín de Etruria, así como los prisioneros ligures y epanterios, a Cartago. Apenas nada digno de registrar tuvo lugar aquel año en el Brucio. Una peste atacó a los romanos y a los cartagineses, resultando igualmente fatal para ambos; pero, además de la epidemia, los cartagineses sufrieron de escasez de alimentos. Aníbal pasó el verano cerca del templo de Juno Lacinia, donde construyó y dedicó un altar con una larga inscripción con el relato de sus hazañas escrito en letras

púnicas y griegas.

LIBRO XXIX. ESCIPIÓN EN ÁFRICA

[29.1] *(205 a.C.)* A su llegada a Sicilia, Escipión organizó a los voluntarios en manípulos y centurias, y escogió a trescientos jóvenes en la flor de su edad y que descollaban por su vigor, manteniéndolos cerca de sí. No portaban armas y no sabían por qué estaban desarmados ni por qué no se les encuadró en las centurias. Después, escogió de entre toda la población en edad militar de Sicilia a trescientos de los más nobles y ricos y los encuadró en una fuerza que llevaría con él a África. Les fijó un día para que se presentasen completamente equipados con caballos y armas. La perspectiva de una campaña lejos de su casa, con sus fatigas y grandes peligros, por tierra y por mar, horrorizó a los jóvenes tanto como a sus padres y familiares. Llegado el día señalado, se presentaron todos completamente equipados de armas y caballos. Entonces, Escipión les dijo que había llegado a su conocimiento que algunos de los jinetes sicilianos estaban temerosos de esta expedición tan llena de dificultades y penalidades. Si alguno de ellos se sentía así, prefería que se lo expusieran en ese momento a que luego la república estuviera servida por soldados reacios e ineficientes que estuvieran siempre quejándose. Podían expresarse con libertad, que él les escucharía con benevolencia. Uno de ellos se atrevió a decir que si fuera libre de elegir, preferiría no ir, a lo que respondió Escipión: *Joven, ya que no has ocultado tus auténticos sentimientos, proveeré un sustituto para ti; a este le darás tu caballo, tus armas y el resto de tu equipo militar, lo llevarás contigo para instruirlo en la monta de un caballo y en el uso de las armas.* Aquel hombre quedó encantado de causar baja en aquellos términos y Escipión le asignó a uno de los trescientos a quienes mantenía sin armas. Cuando los otros vieron que aquel caballero quedó exento de aquel modo, con la aprobación del comandante, todos ellos se excusaron y aceptaron un sustituto. De este modo, los romanos reemplazaron a los trescientos jinetes sicilianos sin ningún coste para el Estado. Los sicilianos se encargaron de todo su entrenamiento, pues las órdenes del general eran que todo el que no lo llevara a cabo tendría que prestar por sí mismo el servicio de armas. Se dice que de esto resultó una espléndida ala de caballería que prestó buenos servicios a la república en muchas batallas.

Luego inspeccionó las legiones y escogió a los que habían prestado más tiempo de servicio, en particular a quienes habían servido al mando de Marcelo, pues consideraba que estos se habían entrenado en la mejor escuela y que, tras su prolongado asedio de Siracusa, estaban completamente familiarizados con los métodos de ataque a plazas fuertes. De hecho, Escipión no estaba pensando en absoluto en operaciones de pequeña envergadura, pues ya había fijado su mente en la captura y destrucción de Cartago. Distribuyó después su ejército entre las ciudades fortificadas y ordenó a los sicilianos que suministrasen grano, economizando así el que había traído de Italia. Se reacondicionaron las naves viejas y se envió a Cayo Lelio con ellas para saquear la costa africana; varó las nuevas en Palermo, ya que debido a su apresurada construcción se habían hecho con maderas fuera de temporada y quería tenerlas en dique seco durante el invierno. Cuando terminó sus preparativos para la guerra, Escipión visitó Siracusa. Esta ciudad aún no había recuperado la tranquilidad después de las violentas convulsiones de la guerra. Ciertos hombres de nacionalidad italiana se habían apoderado de las propiedades de algunos siracusanos en el momento de la captura, y aunque el Senado había ordenado su restitución todavía las conservaban. Después de realizar infructuosos esfuerzos para recuperarlas, los griegos vinieron a Escipión para pedir su devolución. Consideraba que lo primero era restaurar la confianza en la honradez del gobierno, mediante proclamas en unos casos y sentencias judiciales en otros, contra aquellos que persistían en retener las propiedades, logró la devolución de sus bienes a los siracusanos. Este proceder suyo, fue apreciado con gratitud no solo por los propietarios, sino por todas las ciudades de Sicilia, que se esforzaron más que nunca en ayudarle.

Durante este verano se extendió por Hispania una gran guerra incitada por el ilergete Indíbil, cuya única motivación fue que su admiración por Escipión le hizo despreciar a los otros generales. Lo consideraba como el único general que les quedaba a los romanos, pues todos los demás habían

sido muertos por Aníbal. Indíbil dijo a los hispanos que, por este motivo, no hubo nadie a quien pudieran enviar a Hispania tras la muerte de los dos Escipiones y que, cuando la guerra arreció con fuerza en Italia, llamaron de vuelta a casa al único hombre que podía enfrentarse con Aníbal. Los generales romanos en Hispania no tenían más que el nombre y se había retirado al ejército veterano; había ahora confusión por todas partes y una multitud desentrenada de nuevos reclutas. Nunca más volvería a tener Hispania otra oportunidad de recobrar su libertad. Hasta aquel momento habían sido esclavos de los romanos o de los cartagineses, y a veces no de uno, sino de ambos al mismo tiempo. Los cartagineses habían sido expulsados por los romanos; los romanos podían ser expulsados por los hispanos si estaban unidos, y después, una vez libre su patria de la dominación extranjera, podrían volver a las tradiciones y ritos de sus antepasados. Con argumentos de esta clase logró levantar a su propio pueblo y a sus vecinos, los ausetanos. Se les unieron otras tribus de los alrededores y, en pocos días, se reunieron en territorio sedetano, en el punto de reunión designado, treinta mil de infantería y unos cuatro mil de caballería.

[29.2] Los generales romanos, Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, estaban decididos a no dejar que la guerra se extendiera por culpa de alguna negligencia por su parte. Unieron sus fuerzas y marcharon con sus ejércitos combinados por territorio ausetano, sin causar ningún daño a ninguno de los territorios, enemigos o pacíficos, hasta que llegaron donde estaba acampado el adversario. Asentaron su propio campamento a una distancia de tres millas del de su enemigo y enviaron emisarios para persuadirlo de que depusiera las armas. Sin embargo, cuando la caballería hispana atacó a una partida de forrajeadores, salieron de inmediato apoyos de caballería de los puestos avanzados romanos, produciéndose una escaramuza sin ventaja especial para ningún bando. Al día siguiente, la totalidad del ejército hispano marchó armado y en formación de combate hasta menos de una milla del campamento romano. Los ausetanos formaban el centro, los ilergetes lo hacían a la derecha y la izquierda estaba compuesta por varias tribus sin nombre. Entre las alas y el centro quedaron espacios abiertos, lo bastante anchos como para permitir que la caballería cargase por ellos cuando fuera el momento adecuado. La línea romana se formó en la forma habitual, excepto que copiaron la del enemigo al punto de dejar espacios entre las legiones por los que pudiera pasar también su caballería. Léntulo, sin embargo, se dio cuenta de que esta disposición solo resultaría ventajosa para aquel bando que fuera el primero en enviar su caballería por los espacios abiertos en la linea contraria. Por consiguiente, ordenó al tribuno militar, Servio Cornelio, que enviase a su caballería a toda velocidad a través de las aberturas. Él mismo, viendo que su infantería no progresaba y que la duodécima legión, que estaba en la izquierda frente a los ilergetes, empezaba a ceder terreno, mandó a la decimotercera legión, que estaba en reserva, para que la apoyara. Tan pronto se restauró la batalla en este sector, cabalgó hasta Lucio Manlio, que estaba en primera línea animando a sus hombres y llevando refuerzos donde lo exigía la situación, señalándole que todo estaba a salvo a su izquierda y que Servio Cornelio, actuando bajo sus órdenes, pronto envolvería al enemigo con una carga de caballería. Apenas había dicho esto cuando la caballería romana, cargando por en medio del enemigo, puso en desorden a su infantería y, al mismo tiempo, impidió el paso de los jinetes hispanos. Estos, al verse incapacitados para actuar como caballería, desmontaron y combatieron a pie. Cuando los generales romanos vieron el desorden en las filas enemigas, extendiéndose el pánico y la confusión y oscilando atrás y delante sus estandartes, llamaron a sus hombres para que quebrasen al enemigo y no le dejasen volver a formar su línea. Los bárbaros no habrían resistido el furioso ataque que siguió de no haberse colocado Indíbil y su caballería desmontada a modo de pantalla de la infantería. Durante algún tiempo se combatió muy violentamente, sin que ninguna de las partes cediera. El rey, aunque medio muerto, mantuvo su terreno hasta que cayó a tierra atravesado por un pilo; los que combatían a su alrededor cayeron finalmente abrumados bajo una lluvia de proyectiles. Se inició una huida general y la carnicería resultó aún mayor debido a que los jinetes no tuvieron tiempo de recuperar sus caballos y los romanos nunca relajaron su persecución hasta haber arrojado al enemigo de su campamento. Trece

mil hispanos fueron muertos aquel día y se tomaron unos mil ochocientos prisioneros. De los romanos y sus aliados cayeron poco más de doscientos, principalmente en el ala izquierda. Los hispanos que habían sido derrotados en el campo de batalla o expulsados de su campamento, se dispersaron entre los campos y finalmente regresaron a sus respectivas comunidades.

[29,3] Después de esto, Mandonio convocó una reunión del consejo nacional, en el que se pronunciaron fuertes quejas por las derrotas sufridas y se denunció con fuerza a los autores de la guerra. Se resolvió enviar emisarios a efectuar una rendición formal y entregar sus armas. Echaron toda la culpa a Indíbil, por el inicio de la guerra, así como a otros príncipes caídos en su mayoría durante la batalla. La respuesta que recibieron fue que su rendición solo sería aceptada a condición de que entregasen vivo a Mandonio y a los demás instigadores de la guerra; de no hacerlo así, el ejército romano marcharía al país de los ilergetes y ausetanos, así como a los territorios de los demás pueblos, uno tras otro. Cuando se informó de esta respuesta al Consejo, Mandonio y los otros jefes fueron inmediatamente detenidos y entregados para su castigo. La paz quedó restablecida entre las tribus hispanas. Se les exigió que proporcionaran doble paga para las tropas aquel año, un suministro extra de seis meses de grano así como capotes y togas para el ejército. También se exigió la entrega de rehenes a una treintena de tribus. De esta manera, la rebelión fue aplastada en Hispania sin ninguna perturbación grave y todo el terror de nuestras armas se volvió hacia África. Cayo Lelio llegó a Hipona Regia durante la noche y, al amanecer, sus soldados y los tripulantes de las naves fueron enviados a tierra firme con el propósito de devastar la región circundante. Como los habitantes estaban pacíficamente dedicados a sus ocupaciones y no sospechaban ningún peligro, se les produjo un daño considerable. Mensajeros fugitivos sin aliento extendieron una gran agitación en Cartago, al declarar que una flota romana había arribado, bajo el mando de Escipión; el rumor de su cruce a Sicilia ya había llegado al extranjero. Como nadie sabía con certeza cuántos barcos habían sido vistos o cuál era el número de la fuerza desembarcada, sus miedos les llevaron a exagerarlo todo. Una vez recuperados del primer impacto de la alarma, se llenaron de consternación y dolor. *¿Ha cambiado tanto la Fortuna,* se preguntaban, *como para que la nación que en el orgullo de la victoria situó un ejército ante las murallas de Roma, y que tras hacer tantas veces morder el polvo a los ejércitos enemigos, forzando o persuadiendo a la sumisión a todos los pueblos de Italia, deba ahora, al retroceder la guerra, ser testigo de la desolación de África y el asedio de Cartago, sin poseer de ningún modo la fortaleza que tuvieron los romanos para hacer frente a tales problemas? De la plebe de Roma y del Lacio se surtían de una juventud, que siempre fue más numerosa y eficiente, con la que reemplazar todos los ejércitos que perdieron; mientras, nuestro pueblo era inútil para la guerra, fuera el de la ciudad o el de los campos. Nosotros hemos de contratar mercenarios entre los africanos, en los que no se puede confiar y que son tan volubles como el viento. Los soberanos nativos nos son ahora hostiles; Sífax se ha vuelto totalmente contra nosotros desde su entrevista con Escipión; Masinisa se ha declarado abiertamente como nuestro peor enemigo. En ninguna parte aparece la más mínima posibilidad de ayuda. Magón no ha provocado ningún quebranto en la Galia ni se ha reunido con Aníbal; el mismo Aníbal se está debilitando, tanto en prestigio como en fuerza.*

[29.4] Los cartagineses volvieron de sus sombrías reflexiones, en las que se habían hundido ante las terribles noticias, a causa de la presión del inminente peligro y la necesidad de idear los modos de remediarlo. Decidieron efectuar una apresurada recluta tanto de la población urbana como de la campesina, enviar agentes para reclutar mercenarios africanos, fortalecer las defensas de la ciudad, acumular reservas de grano, preparar un suministro de armas y armaduras, equipar barcos y enviarlos contra la flota romana en Hipona. En medio de estos preparativos, llegaron noticias de que era Lelio, y no Escipión, quien estaba al mando, que la fuerza que había traído sólo era suficiente para hacer correrías y que la fuerza principal de combate estaba aún en Sicilia. Respiraron aliviados una vez más, y empezaron a enviar delegaciones a Sífax y a los otros príncipes con el propósito de

consolidad sus alianzas. Incluso enviaron emisarios a Filipo con la promesa de doscientos talentos de plata, para inducirlo a invadir Sicilia o Italia. También se enviaron otros a sus generales en Italia, para decirles que debían mantener totalmente ocupado a Escipión en su casa e impedir así que saliera del país. A Magón no solo le enviaron emisarios, sino también veinticinco buques de guerra y una fuerza de seis mil infantes, ochocientos de caballería y siete elefantes. También se le remitió una gran cantidad de dinero para que pudiera reclutar un cuerpo de mercenarios, con los que podría trasladarse más cerca de Roma y unirse con Aníbal. Tales fueron los preparativos y planes de Cartago. Mientras Lelio se llevaba la enorme cantidad de botín que habían tomado de los indefensos y desprotegidos campesinos, Masinisa, que había oído hablar de la llegada de la flota romana, llegó con unos pocos jinetes de escolta a visitarlo. Se quejó de la falta de energía mostrada por Escipión. ¿Por qué, preguntó, no había llevado su ejército a África, justo en el momento en que los cartagineses estaban en tal estado de consternación y desánimo, y con Sífax ocupándose de guerrear con sus vecinos? Estaba seguro de que si se le daba tiempo para organizar los asuntos a su antojo, no actuaría con auténtica lealtad hacia los romanos. Lelio debía instar a Escipión para que no cejara y él, Masinisa, aunque expulsado de su reino, le podría ayudar con una fuerza de caballería e infantería que en modo alguno resultaría despreciable. El mismo Lelio, también, no debía permanecer en África, pues había motivos para creer que había zarpado una flota de Cartago con la que, en ausencia de Escipión, no sería seguro enfrentarse.

[29,5] Después de esta conversación, Masinisa se marchó y al día siguiente Lelio partió de Hipona con sus barcos cargados con el botín, volviendo a Sicilia donde expuso ante Escipión las indicaciones Masinisa. Fue por entonces cuando aparecieron los barcos enviados desde Cartago a Magón, en un lugar frente a la costa situada entre los ligures albingaunos y Génova. La flota de Magón resultó estar anclada en aquel momento y, en cuanto advirtió la naturaleza de las instrucciones que le llevaban y que debía reunir una fuerza tan grande como pudiera, de inmediato convocó un consejo de los jefes galos y ligures, las dos naciones que componían la mayor parte de la población de aquel país. Cuando estuvieron reunidos, les dijo que su misión era la de devolverles la libertad y que, como podían ver por ellos mismos, le eran enviados refuerzos desde su hogar. Sin embargo, dependía de ellos el número y fuerzas disponibles para la guerra. Había dos ejércitos romanos en campaña, uno en la Galia y el otro en Etruria, y sabía que era un hecho el que Espurio Lucrecio uniría sus fuerzas con Marco Livio. Se debía armar varios miles de hombres si querían ofrecer una resistencia eficaz a dos generales romanos con sus dos ejércitos. Los galos le aseguraron que estaban totalmente dispuestos a cumplir con su parte, pero que, como uno de los ejércitos romanos estaba en su territorio y el otro junto en la frontera con Etruria, casi a su vista, cualquier intento de ayudar abiertamente a los cartagineses sometería su patria a una invasión desde ambas partes. Magón solo debía pedir de los galos aquellos auxilios que le pudieran proporcionar en secreto. En cuanto a los ligures, les dijo que el campamento romano estaba muy lejos de sus ciudades y eran por lo tanto libres de actuar según su elección; era justo que armaran a sus jóvenes y cumplieran equitativamente con su parte en la guerra. Los ligures no pusieron ninguna objeción y solicitaron solo un periodo de dos meses para alistar sus fuerzas. Magón, mientras tanto, tras mandar a los soldados galos de vuelta a casa, empezó a contratar mercenarios en secreto por su país, siéndole enviados clandestinamente suministros desde las diferentes poblaciones. Marco Livio marchó con su ejército de esclavos voluntarios desde Etruria a la Galia y, después de unirse con Lucrecio, hizo los preparativos para oponerse a cualquier movimiento que Magón puede hacer en dirección a Roma. Si, por su parte, los cartagineses se mantenían tranquilos en aquel rincón de los Alpes, también él permanecería donde estaba, cerca de Rímini, para defender Italia.

[29,6] El afán de Escipión por ejecutar su proyecto se aceleró a causa del informe que Cayo Lelio llevó de vuelta tras su conversación con Masinisa, y los soldados se mostraron también muy interesados en hacer el viaje cuando vieron a toda la flota de Lelio cargada de botín capturado al

enemigo. En su propósito mayor, sin embargo, se cruzó otro menor, a saber, la conquista de Locri, una de las ciudades que se había pasado a los cartagineses durante la deserción general de Italia. La esperanza de lograr este objetivo había surgido de un incidente muy trivial. La lucha en el Brucio había asumido más un carácter de bandidaje que el de una guerra regular. Los númidas habían dado comienzo a tal práctica y los brucios siguieron su ejemplo, no tanto porque fueran aliados de los cartagineses, sino porque aquel era su modo tradicional y natural de hacer la guerra. Al final, incluso los romanos se vieron arrastrados por la pasión por el saqueo y, en tanto sus generales se lo permitían, solían efectuar incursiones de saqueo contra los campos del enemigo. Una partida de locrios, que había dejado el refugio de su ciudad, fue capturada por aquellos en una de dichas correrías y llevados a Regio; entre ellos había algunos artesanos que habían estado trabajando para los cartagineses en la ciudadela de Locri. Muchos de los nobles Locrios que habían sido expulsados por sus opositores cuando la ciudad fue entregada a Aníbal, se habían retirado a Regio y vivían allí en aquel momento. Reconocieron a aquellos artesanos y, naturalmente tras su larga ausencia, querían saber qué estaba pasando en sus casas. Tras responder a todas sus preguntas, los prisioneros dijeron que si eran rescatados y enviados de vuelta creían que podrían entregarles la ciudadela, pues vivían allí y gozaban de la plena confianza de los cartagineses. Los nobles, llenos como estaban de nostalgia por su hogar y ardiendo en deseos de vengarse de sus rivales, llegaron con ellos a un entendimiento en cuanto a cómo se debía ejecutar el plan y qué signos debían hacerse con los de la ciudadela. A continuación, fueron rápidamente rescatados y enviados de vuelta. Su siguiente paso fue ir a Siracusa, donde se alojaban algunos de los refugiados, y entrevistarse con Escipión. Le contaron lo que los prisioneros les habían prometido hacer y que consideraban que existía una posibilidad razonable de éxito. Dos tribunos militares, Marco Sergio y Publio Matieno, les acompañaron de vuelta a Regio con órdenes de tomar tres mil hombres de la guarnición y marchar a Locri. Se enviaron también instrucciones escritas al propretor Quinto Pleminio para se tomara el mando de la expedición.

Las tropas salieron de Regio portando con ellas escalas construidas especialmente para alcanzar la elevada altura de la ciudadela; sobre la medianoche llegaron al lugar desde el que debían dar la señal convenida. Los conspiradores estaban atentos a la misma y, cuando observaron la señal, dejaron caer escalas que habían fabricado con tal propósito; de esta manera, los asaltantes pudieron subir por diferentes sitios al mismo tiempo. Antes de que se diera la alarma, atacaron a los hombres de guardia que, no sospechando ningún peligro, estaban dormidos. Sus gemidos de muerte fueron los primeros sonidos que se escucharon, luego se produjo el desánimo de hombres súbitamente despertados y que no sabían la causa del tumulto; por fin, al darse cuenta, despertaron a los demás y cada hombre gritó *¡Alarma; el enemigo está en la ciudadela y están matando a los centinelas!* con más fuerza que los demás. Los romanos, superados ahora en número, habrían resultado vencidos si los gritos de los que estaban fuera no hubiesen desconcertado a la guarnición, pues la confusión y el miedo de un asalto nocturno hacían parecer todo más terrible. Los cartagineses, en su temor, imaginaron que la ciudadela estaba ocupada por el enemigo y, abandonando toda resistencia, huyeron a la otra ciudadela que se encuentra no muy lejos de la primera. La ciudad en sí, que se extendía entre las dos como premio por la victoria, estaba ocupada por la población. Se efectuaban salidas desde cada ciudadela y escaramuzas todos los días. Quinto Pleminio mandaba la guarnición romana; Amílcar, la cartaginesa. Se aumentó el número de cada parte mediante refuerzos procedentes de las posiciones próximas. Por fin, el propio Aníbal se puso en marcha y los romanos no se hubieran podido sostener si la población, amargada por la tiranía y rapacidad de los cartagineses, no se hubiera puesto de su lado.

[29.7] Cuando llegó noticia a Escipión de la grave situación en Locri y de la aproximación de Aníbal, temió por la guarnición, que correría gran peligro por la dificultad de la retirada. Dejando a su hermano Lucio al mando de un destacamento en Mesina, partió en cuanto cambió el sentido de la marea y pudo salir a su favor. Aníbal había llegado al río Buloto, en un punto no muy lejos de Locri,

y desde allí había enviado instrucciones a Amílcar ordenándole lanzar un violento ataque contra romanos y locrios, mientras que él mismo lanzaba un asalto por el lado opuesto de la ciudad, que quedaría desguarnecida mientras la atención de todos se concentraba en el ataque que Amílcar estaba efectuando. Llegó ante la ciudad al amanecer y se encontró el combate ya iniciado, pero al no haber llevado escalas de asalto con las que asaltar las murallas, no se limitó a la ciudadela, donde sus hombres, apiñados, se impedirían los movimientos unos a otros. Después de dar órdenes para que se apilase el equipaje de los soldados, mostró su ejército formado en orden de batalla con objeto de intimidar al enemigo. Mientras se disponían escalas y se preparaban para lanzar un asalto, él cabalgó alrededor de las murallas con sus númidas para ver por dónde se haría mejor la aproximación. A medida que avanzaba hacia la muralla, uno de los que estaban cerca de él resultó alcanzado por un escorpión y, alarmado por el peligro al que estaban expuestos sus hombres, ordenó que se tocara retirada y se fortificó en una posición bastante más allá del alcance de los proyectiles. La flota romana llegó de Mesina lo bastante temprano como para que toda la fuerza pudiera desembarcar y entrar en la ciudad antes del anochecer. Al día siguiente, los cartagineses comenzaron los combates contra la ciudadela mientras que Aníbal avanzaba hacia las murallas con las escalas de asalto y todo el resto de aparatos dispuestos para el mismo. De repente, una puerta se abrió de golpe y los romanos salieron contra ellos, ejecutando la última cosa que esperaba. En su carga por sorpresa dieron muerte a unos doscientos, y Aníbal, viendo que el cónsul en persona estaba al mando, retiró el resto de sus fuerzas al campamento. Envió un mensaje a los de la ciudadela diciéndoles que debían procurar su propia seguridad. Durante la noche levantó el campamento y se fue, y los hombres en la ciudadela, después de incendiar sus cuarteles para retrasar cualquier persecución con la confusión así creada, siguieron y alcanzaron a su cuerpo principal con una velocidad que se parecía mucho a una huida.

[29.8] Cuando Escipión descubrió que la ciudadela había sido evacuada y abandonado el campamento, convocó a los locrios a una asamblea y les reprochó con gravedad su deserción. Los autores de la revuelta fueron ejecutados y sus bienes conferidos a los jefes del otro partido, como recompensa por su excepcional lealtad a Roma. En lo referente al status político de Locri, dijo que no lo cambiaría; deberían enviar representantes a Roma y aquello que el Senado considerase conveniente, sería su destino. Añadió que estaba bastante seguro de que, si bien se había portado tan mal con Roma, estarían mejor bajo los romanos, indignados como estaban contra de ellos, que bajo sus amigos cartagineses. Dejando el destacamento que había capturado a la ciudadela, con Pleminio al mando, para proteger la ciudad, regresó con las tropas que había traído a Mesina. Después de su deserción de Roma, los locrios se habían encontrado con un trato tan brutal y tiránico por parte de los cartagineses que pudieron soportar los moderados castigos no solo con paciencia, sino casi con alegría. Pero, como sucedió que Pleminio superó a Amílcar, y sus soldados a los cartagineses, en maldad y avaricia, parecía que estaban rivalizando unos con otros en vicios, no en valor. Nada de lo que puede practicar el poder de los fuertes dejó de ser hecho contra los débiles e indefensos habitantes de la ciudad por el comandante y sus hombres. Fueron infligidos inenarrables atropellos a sus personas, a sus esposas y a sus hijos. Su rapacidad no rehuyó incluso el sacrilegio; no contentos con saquear los demás templos, queda constancia de que pusieron sus manos sobre el tesoro de Proserpina, que siempre había estado intacto, excepto por Pirro, e incluso él devolvió el botín y ofreció una costosa ofrenda para expiar su acto sacrílego. Igual en aquella ocasión la flota del rey fuera arrojada y hecha añicos por la tempestad, no devolviendo ileso a tierra nada más que el sagrado dinero de la diosa, así ahora un desastre de una clase diferente hizo que aquel mismo dinero, que había resultado contaminado por la violación de su templo, llevara a todos a un grado tal de frenesí que los oficiales se volvían contra los oficiales y los soldados contra los soldados vertiendo contra ellos mismo una rabia hostil.

[29,9] Pleminio tenía el mando supremo sobre las tropas que había llevado desde Regio, el

resto estaba al mando de los tribunos militares. Uno de sus hombres iba corriendo con una copa de plata que había robado en una casa, y los propietarios iban corriendo tras él. Resultó que se encontró con Sergio y Matieno, los tribunos militares, que ordenaron que se le quitase la copa. Surgió una controversia, se lanzaron gritos furiosos y, al final, se inició un verdadero combate entre los soldados de Pleminio y los de los tribunos militares. Unos primero y otros después, cada uno corría a unirse a su propio grupo, yendo en aumento el número y alboroto de los que luchaban. Los de Pleminio fueron derrotados y corrieron a su comandante quejosos y enfadados, mostrándole sus heridas y las armadura manchadas de sangre, y repitiendo las palabras insultantes hacia él que se habían empleado en la pelea. Enfureció, y saliendo a la carrera de su casa convocó ante él a los tribunos militares y ordenó que se les desnudara y se trajesen varas para azotarlos. Esto llevó algún tiempo, ya que lucharon y pidieron ayuda a sus hombres, que, excitados por su reciente victoria, llegaron corriendo desde todas partes como si hubieran sido convocados a las armas para repeler un ataque. Cuando vieron a las personas de sus tribunos efectivamente ultrajadas por los azotes, se encendieron con una ira irrefrenable y, sin el menor respeto por la majestad del cargo ni la menor humanidad, maltrataron groseramente a los lictores, separaron al general de sus hombres y, rodeándole, le cortaron la nariz y las orejas dejándole medio muerto. De todo esto se informó a Escipión en Mesina, que unos días más tarde llegó a Locri en una nave con seis órdenes de remeros, llevando a cabo una investigación formal sobre las causas de los disturbios. Pleminio fue absuelto y retuvo su mando, los tribunos fueron declarados culpables y encadenados para ser enviados a Roma. Escipión regresó a Mesina y desde allí partió hacia Siracusa. Pleminio estaba fuera de sí de rabia. Consideraba que Escipión había tratado sus ofensas demasiado a la ligera y que el único hombre que podía decidir la pena era el que había sufrido el ultraje. Los tribunos fueron arrastrados ante él y, después de someterlos a todas las torturas que el cuerpo humano puede soportar, fueron ejecutados. Ni siquiera entonces quedó saciada su crueldad y ordenó que los cuerpos quedasen insepultos. Ejecutó la misma salvaje crueldad con los ciudadanos más destacados de Locri, de quienes supo que fueron a quejarse a Escipión de su mala conducta. Las pruebas de su lujuria y codicia, que ya había dado entre los aliados de Roma, se multiplicaron entonces por su ira, recayendo la vergüenza y el odio que provocaron no solo sobre él, sino también sobre su comandante en jefe.

[29.10] Se acercaba la fecha de las elecciones cuando se recibió una carta del cónsul Publio Licinio. Decía en ella que él y su ejército estaban sufriendo una grave enfermedad y que no habrían podido sostener su posición si al enemigo no le hubiera visitado también con una gravedad igual o incluso mayor. Como, por lo tanto, no podría venir, si el Senado lo aprobaba él nombraría dictador a Quinto Cecilio Metelo para que celebrase las elecciones. Sugirió que sería conveniente para el interés público que se disolviera el ejército de Quinto Cecilio, pues no había utilidad inmediata para él ahora que Aníbal había marchado a sus cuarteles de invierno y que la epidemia había atacado su campamento con tal violencia que, a menos que se dispersaran pronto, a juzgar por las apariencias no quedaría vivo ni un solo hombre. El Senado autorizó al cónsul para que tomase las medidas que, en conciencia, considerara más convenientes para la república. Por aquel entonces, los ciudadanos estaban afectados por un asunto religioso que había surgido últimamente. Debido a la inusual cantidad de lluvias de piedras caídas durante el año, se habían consultado los libros sibilinos y se habían descubierto ciertos versos oraculares que anunciaban que siempre que un enemigo extranjero llevase la guerra a Italia, se le podría expulsar y vencer si la imagen de la Madre del Ida fuese traída desde Pesino a Roma. El descubrimiento, por los decenviros, de esta profecía provocó la mayor de las impresiones en los senadores, debido a que la delegación que había llevado la ofrenda a Delfos informó a su regreso de que, cuando sacrificaron a Apolo Pitio, los indicios presentes en las víctimas resultaron totalmente favorables; además, la respuesta del oráculo lo fue en el sentido de que esperaba a Roma una victoria mucho mayor que aquella por la que se llevaban aquellos despojos a Delfos. Consideraban que aquellas esperanzas se veían así confirmadas por la acción de

Escipión al solicitar África como su provincia, como si tuviera el presentimiento de que esto daría fin a la guerra. Por lo tanto, con el fin de asegurar cuanto antes la victoria que tanto los hados, los augurios y los oráculos anunciaban por igual, dieron en pensar la mejor manera de transportar la diosa a Roma.

[29,11] Hasta ese momento, el pueblo romano no tenía aliadas entre las ciudades de Asia. No habían olvidado, sin embargo, que cuando estaban sufriendo una grave epidemia enviaron a buscar a Esculapio de Grecia, a pesar de que no tenían ningún tratado con aquel país; ahora que el rey Atalo había firmado con ellos una liga de amistad contra su común enemigo, Filipo, esperaban que este haría todo lo posible en interés de Roma. Así pues, decidieron enviarle una embajada; los escogidos con aquel propósito fueron Marco Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces y también había estado a cargo de las operaciones en Grecia, Marco Cecilio Metelo, un ex-propretor, Servio Sulpicio Galba, antiguo edil, y dos antiguos cuestores, Cneo Tremelio Flaco y Marco Valerio Faltón. Se dispuso que debían navegar con cinco quinquerremes, a fin de que pudieran presentar un aspecto digno del pueblo de Roma en su visita a aquellos Estados que debían ser favorablemente impresionados con la grandeza del nombre romano. En su camino a Asia, los legados desembarcaron en Delfos, marchando de inmediato a consultar el oráculo y saber qué esperanzas tenían ellos y su patria respecto al cumplimiento de su deber. La respuesta que, según se dice, recibieron fue que alcanzarían su objetivo mediante el rey Atalo, y que cuando hubieran transportado la diosa a Roma deberían procurar que el mejor y más noble hombre de Roma le diera hospitalidad. Marcharon a la residencia real de Pérgamo, y aquí el rey les dio una cordial bienvenida y los condujo a Pesinunte, en Frigia. Luego les entregó la piedra sagrada que los nativos decían que era la *Madre de los Dioses* y les pidió que la llevaran a Roma. Marco Valerio Faltón fue enviado por delante para anunciar que la diosa estaba en camino, y que el mejor y más noble hombre de Roma debía ir a recibirla con todos los honores debidos. El cónsul al mando en el Brucio designó dictador a Quinto Cecilio Metelo para que celebrase las elecciones, disolviendo su ejército; Lucio Veturio Filón fue nombrado jefe de la caballería. Los nuevos cónsules fueron Marco Cornelio Cétego y Publio Sempronio Tuditano; este último fue elegido en su ausencia, pues estaba al mando de Grecia. Luego siguió la elección de los pretores, siendo elegidos Tiberio Claudio Nerón, Marco Marcio Ralla, Lucio Escribonio Libón y Marco Pomponio Matón. Cuando las elecciones hubieron finalizado, el dictador renunció a su cargo. Los juegos romanos se celebraron tres veces y los Juegos Plebeyos, siete. Los ediles curules fueron los dos Cornelios, Cneo y Lucio. Lucio estaba a cargo de la provincia de Hispania; fue elegido en su ausencia, y aunque ausente, ejerció este cargo. Tiberio Claudio Aselo y Marco Junio Peno fueron los ediles plebeyos. El templo de Virtus, cerca de la puerta Capena fue dedicado este año por Marco Marcelo, habiendo sido prometido por su padre en Clastidium, en la Galia, diecisiete años antes. Marco Emilio Regilo, flamen de Marte, murió este año.

[29,12] Durante los últimos dos años, se había prestado poca atención a los asuntos en Grecia. Como resultado de ello, Filipo, viendo que los etolios habían sido abandonados por los romanos, los únicos de los que esperaban ayuda, les obligó a pedir la paz y a aceptar sus términos. De no haber dedicado todas sus energías a conseguir este resultado lo antes posible, sus operaciones contra ellos habrían sido interrumpidas por el procónsul Publio Sempronio, que había sustituido a Sulpicio y mandaba una fuerza de diez mil infantes, mil jinetes y treinta y cinco buques de guerra, un contingente considerable que llevar en auxilio de nuestros aliados. Apenas se había concluido la paz cuando llegaron al rey noticias de que los romanos estaban en Dirraquio y que las tribus partinas y otras vecinas se habían levantado y estaban sitiando Dimallum. Los romanos habían desviado sus fuerzas hacia este lugar, en vez de marchar hacia los etolios, como muestra de descontento por haber estos firmado la paz con el rey en contra de la alianza que mantenían y sin su consentimiento. Al tener noticia de esto Filipo, ansiando impedir que aquellos derivase en una sublevación mayor,

marchó apresuradamente hacia Apolonia. Sempronio se había retirado a este lugar después de enviar a Letorio, con parte de sus fuerzas y quince de los buques a Etolia para comprobar cómo estaban las cosas allí y, si era posible, perturbar la paz. Filipo asoló el territorio alrededor de Apolonia y llevó sus fuerzas hasta la ciudad con objeto de ofrecer combate a los romanos. Sin embargo, como vio que se mantenían dentro de sus murallas, y dudando sobre su capacidad para atacar la plaza, se retiró a su reino. Un motivo adicional para su retirada era su deseo de firmar la paz con ellos como lo había hecho con los etolios; o si no la paz, en todo caso, una tregua, por lo que evitó irritarlos con más hostilidades.

Los epirotas, para entonces, estaban ya cansados de la prolongada guerra; tras sondear a los romanos enviaron emisarios a Filipo con propuestas para un acuerdo general y asegurándole que no cabía duda en cuanto a su firma si conferenciaba con Sempronio. El rey no era en absoluto contrario a la propuesta y consintió a visitar el Épiro. Finiq, una importante ciudad del Épiro, fue elegida como el lugar de reunión, y allí el rey, después de una entrevista preliminar con Aeropo, Dardas y Filipo, pretores de los epirotas, se reunió con Sempronio. Estuvieron presentes en la conferencia Aminandro, rey de los Atamanos, así como los magistrados de los epirotas y acarnanes. El magistrado epirota, Filipo, abrió el debate apelando al rey y al general romano para que pusieran fin a la guerra en consideración a los epirotas. Las condiciones de la paz, según declaró Sempronio, eran que los partinos, junto a las ciudades de Krotine, Bargulo y Eugenio debían pasar a dominio de Roma; Atintania sería para Macedonia si los embajadores de Filipo lograba que el Senado sancionara el acuerdo. Cuando quedaron acordados los términos, el rey incluyó a Prusias, rey de Bitinia, y a los aqueos, beocios, tesalios, acarnanes y epirotas como partes del acuerdo Los romanos, por su parte, extendieron sus disposiciones a los Ilienses, al rey Atalo, a Pleurato, a Nabis, tirano de los lacedemonios, a los eleos, a los mesenios y a los atenienses. Se pusieron luego por escrito las cláusulas y se sellaron debidamente. Se acordó un armisticio de dos meses, para permitir que los embajadores enviados a Roma obtuvieran de la Asamblea la ratificación del tratado. Todas las tribus votaron a favor, contentas de verse relevadas en aquel momento de la presión de otras guerras, ahora que sus esfuerzos se dirigían a África. Tras concluirse la paz, Publio Sempronio partió hacia Roma para asumir los deberes de su consulado.

[29,13] Publio Sempronio y Marco Cornelio se hicieron cargo de su consulado en el decimoquinto año de la guerra púnica *(204 a.C.)*. A este último se le decretó la provincia de Etruria junto con el ejército que allí estaba; Sempronio recibió el Brucio y tuvo que alistar nuevas tropas. De los pretores, Marco Marcio se encargó de la pretura urbana, Lucio Escribonio de la peregrina y la administración de la Galia; Sicilia recayó sobre Marco Pomponio Matón y Cerdeña sobre Tiberio Claudio Nerón. Publio Escipión vio ampliado su mandato durante doce meses con el ejército y la flota que ya tenía. Publio Licinio debía permanecer en el Brucio con dos legiones, hasta el cónsul considerase conveniente que mantuviera allí su mando. Marco Livio y Espurio Lucrecio también mantendrían las legiones con las que habían estado protegiendo la Galia contra Magón. Cneo Octavio había de entregar su legión y el mando de Cerdeña a Nerón, y hacerse cargo de una flota de cuarenta buques para la protección de la costa, dentro de los límites fijados por el Senado. Los restos del ejército de Cannas, que ascendían a dos legiones, fueron asignados a Marco Pomponio, el pretor al mando de Sicilia. Tito Quincio debía mantener Tarento y Cayo Hostilio Túbulo guardaría Capua, con las guarniciones existentes y ambos con rango de propretor. Con respecto a Hispania, se dejó al pueblo que decidiera sobre los dos procónsules que se debían enviar a aquella provincia, siendo unánimes al retener allí al mando a Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino. Los cónsules procedieron al alistamiento, según lo ordenado por el Senado, con el propósito de reclutar nuevas legiones para el Brucio y completar los demás ejércitos hasta su total de efectivos.

[29,14] A pesar de que África no había sido colocada oficialmente entre las provincias -los senadores, creo yo, lo mantuvieron en secreto para evitar que los cartagineses obtuviesen la

información de antemano-, los ciudadanos esperaban que África sería aquel año el escenario de las hostilidades y que el final de la Segunda Guerra Púnica no estaría lejos. En tal estado de excitación mental, los pensamientos de los hombres se llenaban de superstición y al estar dispuestos a dar crédito a los anuncios de portentos, hacían que aumentase su número. Se dijo que habían sido vistos dos soles; hubo intervalos de luz diurna durante la noche; en Sezze se vio cruzar un cometa de este a oeste; una puerta en Terracina y, en Anagni, una puerta y varias porciones de la muralla, fueron golpeadas por un rayo; en el templo de Juno Sospita, en Lanuvio, se escuchó un estrépito al que siguió un terrible fragor. Para expiar estos portentos se ofrecieron rogativas especiales durante un día completo, y como consecuencia de una lluvia de piedras se observaron solemnemente nueve días de oraciones y sacrificios. La discusión sobre recepción debida a la Madre Idea también era objeto de discusión. Marco Valerio, el miembro de la delegación que había adelantado su llegada, había informado que estaría en Italia casi de inmediato, y un mensajero recién llegado había traído la noticia de que ya estaba en Terracina. La atención del Senado estaba centrada en una cuestión de no poca importancia, pues tenían que decidir quién era el mejor hombre de todos los ciudadanos. Cada cual consideraba que el ganar esta distinción para sí mismo sería una auténtica victoria, muy superior a cualquier cargo oficial o distinción honorífica que pudieran conferir tanto patricios como plebeyos. De todos los grandes y buenos hombres de la República, se consideró como el mejor y más noble a Publio Escipión, el hijo del Cneo Escipión que había caído en Hispania; un joven aún no lo bastante mayor como para ser cuestor. De haberlo dictado los autores que vivieron más próximos a aquellos días, me habría encantado registrar para la posterior aquellos de sus méritos que indujeron al Senado a llegar a tal conclusión. Así pues, no interpondré mis conjeturas en una materia oculta en las nieblas de la antigüedad.

Se ordenó a Publio Escipión que fuese a Ostia, acompañado por todas las matronas, para recibir a la diosa. La recogería conforme abandonase la nave y, al llegar a tierra, debía ponerla en manos de las matronas que debían llevarla a su destino. Tan pronto se divisó el barco en la desembocadura del Tíber, se hizo a la mar según sus instrucciones, recibió la diosa de las manos de sus sacerdotisas, y la trajo a tierra. Allí fue recibida por las importantes matronas de la Ciudad, entre las cuales el nombre de Claudia Quinta destacaba por su excelencia. Según el relato tradicional, su reputación había sido dudosa anteriormente, pero su función sagrada la rodeó con un halo de castidad a los ojos de la posteridad. Las matronas, cada una tomando su turno para llevar la imagen sagrada, trasladaron a la diosa al interior del templo de la Victoria, en el Palatino. Todos los ciudadanos acudieron a su encuentro; en las calles por donde se la llevaba fueron colocados incensarios quemando incienso delante de las puertas, surgiendo de todos los labios una oración para que ella, por su propia y libre voluntad, se complaciera en entrar en Roma. El día en que este evento se llevó a cabo fue el 12 de abril, y se observó como festivo; el pueblo llegó en masa a hacer sus ofrendas a la deidad; se celebró un lectisternio y quedaron constituidos los juegos que posteriormente serían conocidos como Megalesios.

[29.15] Mientras se adoptaban las medidas para completar las plantillas de las legiones en las provincias, algunos de los senadores sugirieron que había llegado el momento de no tolerar más ciertas cosas que, si bien se habían adoptado en un momento de emergencia crítica, resultaban intolerable ahora que, gracias a la bondad de los dioses, habían desaparecido sus temores. En medio de la atención de la Cámara manifestaron que "las doce colonias latinas que rehusaron proporcionar soldados cuando Quinto Fabio y Quinto Fulvio eran nuestros cónsules, han disfrutado en los últimos seis años de una exención de servicios militares, como si se les hubiera concedido a modo de honor o distinción. Mientras tanto, nuestros buenos y fieles aliados, como recompensa por su fidelidad y devoción, se han agotado por completo con las reclutas que han efectuado año tras año". Estas palabras no solo volvieron a la memoria del Senado un hecho que casi habían olvidado, sino que excitó su ira. En consecuencia, insistieron llevar esto en primer lugar ante la Cámara, que promulgó el siguiente decreto: *Los cónsules convocarán en Roma a los magistrados y diez notables*

de cada colonia ofensora, a saber: Nepi, Sutri, Ardea, Calvi Risorta, Alba, Carseoli, Sora, Suessa, Sezze, Cercei, Narni e Interamna Sucasina. Ordenarán a cada colonia que suministre un contingente de infantería el doble de numeroso del mayor que hubieran alistado desde que los cartagineses aparecieron en Italia, además de ciento veinte de caballería. En caso de que alguna colonia no pudiera completar el número requerido de hombres a caballo, se les permitiría sustituir cada soldado de caballería faltante con tres de infantería. Tanto la caballería como la infantería debían elegirse de entre los ciudadanos más ricos, y se enviarían allá donde se precisasen refuerzos fuera de los límites de Italia. Si alguna de ellas se negase a cumplir con esta demanda, ordenamos que los magistrados y representantes de esa colonia sean detenidos, y que no se les conceda audiencia del Senado hasta que no hayan cumplido con lo que se les exige. Además de estos requerimientos, se impondrá a estas colonias un impuesto de un as por cada mil, pagadero anualmente, practicándose un censo según las leyes determinadas por los censores, rigiendo las mismas que para el pueblo de Roma. Los censores romanos debían proporcionar a los censores de las colonias el conjunto de instrucciones preciso, y estos últimos debían llevar sus cuentas juradas a Roma antes de abandonar el cargo.

En cumplimiento de esta resolución del Senado, fueron convocados a Roma los magistrados y los notables de esas colonias. Cuando los cónsules les ordenaron proporcionar los suministros necesarios de hombres y dinero estallaron en fuertes y rabiosas protestas. Era imposible, dijeron, alistar tantos soldados y ya tendrían la mayor de las dificultades en conseguir el número anterior. Rogaron que se les permitiera comparecer y defender su causa ante el Senado, y protestaban diciendo que no habían hecho nada que justificase que debieran morir. Pero, incluso si eso significaba la muerte para ellos, ninguna culpa de la que fueran culpables y ninguna amenaza por parte de Roma le podría hacer alistar más hombres de los que tenían. Los cónsules fueron inflexibles y ordenaron a los representantes que permanecieran en Roma mientras los magistrados regresaban a sus casas para reclutar los hombres. Se les dijo que, a menos que llevasen a Roma el número requerido de hombres, el Senado no les concedería audiencia. Como no había ninguna esperanza de acercarse al Senado y pedir un trato más favorable, procedieron al alistamiento en las doce colonias, no presentando este ninguna dificultad debido al aumento en el número de hombres en edad militar después del largo periodo de exención.

[29.16] Otra cuestión, que se había perdido de vista durante un período de tiempo similar, fue planteada por Marco Valerio Levino. Era justo y apropiado, dijo, que se devolvieran las sumas aportadas por los particulares en el año en que él y Marco Claudio fueron cónsules. Nadie debía sorprenderse de que él estaba particularmente interesado en que la república cumpliera honorablemente con sus compromisos, pues, aparte del hecho de que concernía especialmente al cónsul de aquel año, fue él mismo quien abogó por aquellas contribuciones en un momento en que el tesoro estaba exhausto y los plebeyos no podían pagar su impuesto de guerra. Los senadores se alegraron de que se les recordara el incidente y se encargó a los cónsules que presentaran una resolución para su discusión. Estos emitieron un decreto para que los préstamos fuesen pagados en tres plazos; el primero, inmediatamente por los cónsules entonces en ejercicio; el segundo y tercero por los cónsules que estuviesen en activo a los dos y cuatro años, respectivamente. Posteriormente, se presentó un asunto que anuló cualquier otro interés, a saber, el terrible estado de cosas en Locri. Hasta ese momento nada se había oído de esto, pero desde la llegada de los delegados se había vuelto de general conocimiento. Se sintió una profunda ira por la criminal conducta de Pleminio, pero aún más por la ambición y negligencia mostradas por Escipión. Diez embajadores de Locri, presentando una imagen de dolor y miseria, se acercaron a los cónsules, que se encontraban en sus tribunales en el Comicio, y llevando al modo griego ramas de olivo como símbolo de los suplicantes, se postraron en el suelo con lágrimas y gemidos. En respuesta a la pregunta de los cónsules en cuanto a quiénes eran, dijeron que eran locrios y que habían sufrido a manos de Pleminio y sus soldados romanos tal trato como ni el pueblo romano desearía ver sufrir a los

cartagineses. Anhelaban el permiso para comparecer ante el Senado y mostrar su dolorosa historia.

[29.17] Se les concedió audiencia y el embajador de más edad se dirigió al Senado en los siguientes términos: *La importancia que otorguéis a nuestras quejas, senadores, dependerá en gran medida, lo sé muy bien, de que tengáis conocimiento preciso de las circunstancias bajo las que Locri fue entregada a Aníbal y, después de que fuera expulsada su guarnición, cómo regresamos nuevamente bajo vuestra soberanía. Pues si nuestro senado y pueblo no fueron en ningún caso responsables de la deserción, y se puede demostrar que nuestro regreso a vuestra obediencia se produjo no sólo con nuestro pleno consentimiento, sino también por nuestro propio esfuerzo y valor, sentiréis entonces la mayor indignación por tales vergonzosos ultrajes, infligidos por vuestro magistrado y soldados contra buenos y fieles aliados. Creo, sin embargo, que debemos posponer para otro momento la explicación sobre nuestro doble cambio de bando, por dos razones. Una de ellas es que el asunto debiera ser discutido cuando esté presente Publio Escipión, pues él retomó Locri y fue testigo de todos nuestros actos, tanto buenos como malos; la otra razón es que, por malos que pudiéramos ser, no habríamos sufrido como lo hemos hecho. No negamos, senadores, que cuando tuvimos la guarnición cartaginesa en la ciudadela hubimos de someternos a muchos actos de insolencia y crueldad a manos de Amílcar y sus númidas y africanos, ¿pero qué era aquello comparado con lo que está pasando hoy en día? Os ruego, senadores, que no os ofendáis por lo que a regañadientes me veo obligado a decir. El mundo entero está esperando con ferviente expectación para ver si seréis vosotros o los cartagineses los amos del orbe. Si la elección entre la supremacía romana y púnica dependiera de la forma en que los cartagineses nos han tratado a los locrios en comparación con lo que estamos sufriendo hoy de vuestros soldados, no hay ni uno de nosotros que no prefiriera su gobierno al vuestro. Y, sin embargo, a pesar de todo esto, ved cuáles han sido nuestros sentimientos hacia vosotros. Cuando estábamos sufriendo comparativamente menores ofensas de los cartagineses, nos dirigimos a vuestro comandante; ahora que sufrimos de vuestras tropas peores injurias que cualquiera que nos hubiera infligido el enemigo, es ante vosotros, y ante nadie más, donde exponemos nuestras quejas. Si vosotros, senadores, no dirigís vuestra mirada sobre nuestras miserias, nada nos quedará excepto rezar a los mismos dioses inmortales.*

Quinto Pleminio fue enviado con un destacamento de tropas para recuperar Locri de los cartagineses, permaneciendo con ellas en la ciudad. En este general vuestro -lo extremo de la miseria me da el valor para hablar libremente- nada tiene de humano excepto su faz y apariencia, no hay rastro de un romano excepto en su vestir y lenguaje; es una bestia salvaje, un monstruo como esos legendarios, que rondan las aguas que nos separan de Sicilia, para destrucción de los marinos. Si se hubiera contentado con llevar su propia infamia, villanía y rapacidad sobre vuestros aliados, podríamos haber llenado este abismo, por profundo que fuese, con paciente resistencia; pero tal como han sido las cosas, se ha mostrado tan ansioso por difundir su libertinaje y maldad tan indiscriminadamente que ha convertido a cada centurión y a cada soldado en un Pleminio. Todos roban por igual, saquean, golpean, hieren, matan, ultrajan a las matronas, doncellas y niños, a quienes arrancan de brazos de sus padres. Cada día es testigo de un nuevo terror, un nuevo saqueo de nuestra ciudad; en todas partes, día y noche, se repite el eco de los gritos de las mujeres secuestradas y raptadas. Cualquiera que sepa lo que está pasando podría preguntarse cómo somos capaces de soportarlo todo, o por qué no se han cansado de vuestros crímenes. No entraré en detalles, ni tampoco merece la pena escuchar lo que cada uno de nosotros ha sufrido; pero os daré una descripción general. Me atrevo a afirmar que no hay una sola casa en Locri, ni un solo individuo, que haya escapado de los malos tratos; no hay forma de maldad, lujuria o codicia que no se haya practicado sobre todo aquel que fuese víctima apropiada. Es difícil decidir cuál es la mayor desgracia para una ciudad, si la de ser capturada por el enemigo en la guerra o la de ser aplastados por la fuerza y la violencia de un tirano sanguinario. Todos los horrores que conlleva la captura de una ciudad hemos sufrido y seguimos sufriendo con el máximo rigor; todas las torturas

que infligen los tiranos despiadados y crueles a sus oprimidos súbditos, nos las ha infligido Pleminio a nosotros, a nuestros hijos y a nuestras esposas.

[29,18] *Hay un asunto sobre el que nuestros sentimientos religiosos nos obligan a presentar una queja en especial, y nos daremos por satisfechos si, después de escuchar lo ocurrido y así lo decidís, tomáis medidas para limpiar vuestra república de la contaminación del sacrilegio. Hemos visto con qué cuidado piadoso adoráis no solo a vuestros dioses, sino que incluso reconocéis a los de las demás naciones. Hay ahora en nuestra ciudad un santuario consagrado a Proserpina, y creo que algunos rumores sobre la santidad de ese templo llegaron a vuestros oídos durante vuestra guerra contra Pirro. En su viaje de regreso desde Sicilia, tocó tierra en Locri y añadió, a las atrocidades que había cometido contra nosotros por nuestra lealtad hacia vosotros, el saqueo del tesoro de Proserpina, intactos hasta aquel día. Puso el dinero a bordo de su flota y continuó su viaje por tierra. ¿Qué ocurrió, senadores? Pues que al día siguiente una terrible tormenta hizo añicos su flota y los barcos que transportaban el oro sagrado fueron arrojados a tierra, sobre nuestras costas. Convencido por este gran desastre de que, a fin de cuentas, existían realmente los dioses, el arrogante monarca impartió órdenes para que se recogiera todo el dinero y se llevase de vuelta al tesoro de Proserpina. A despecho de esto, nada le fue bien después; fue expulsado de Italia y, en un intento temerario por entrar en Argos durante la noche, se encontró con una muerte innoble y deshonrosa. Vuestro general y los tribunos militares han oído hablar de este incidente, y de muchos otros que se les contaron, no tanto para aumentar la sensación de temor como para dar pruebas de la potencia directa y manifiesta de la diosa, un poder que nosotros y nuestros ancestros hemos experimentado muchas veces. A pesar de ello, osaron poner las manos sacrílegas sobre ese tesoro inviolable, haciendo recaer sobre ellos mismos, sus casas y vuestros soldados la culpa de su profanador saqueo. Os imploramos por tanto, senadores, por todo lo que os es sagrado, que no empleéis a estos hombres en ningún servicio militar hasta que hayan expiado su crimen, para que su sacrilegio no sea expiado, no ya solo por su sangre, sino también por desastres de la república.*

Ni siquiera ahora tarda la ira de la diosa en visitar a vuestros oficiales y soldados. Se han enfrentado con frecuencia en batallas campales; Pleminio mandando un bando y los tribunos militares el otro. Han combatido unos contra otros entre sí tan furiosamente como nunca han luchado contra los cartagineses; y en su frenesí, han dado ocasión a Aníbal para recuperar Locri, si no hubiéramos avisado a Escipión. No creáis que mientras la culpa del sacrilegio conduce a los hombres a la locura, la diosa no manifestará su ira castigando también a los jefes. Justamente aquí es donde más claramente se manifiesta. Los tribunos fueron azotados con varas por su oficial superior; después, fue sorprendido por ellos y, además de ser herido por todas partes, le cortaron la nariz y las orejas y fue dejado por muerto. Al final, recuperándose de sus heridas, encadenó a los tribunos y después, tras azotarlos y someternos a las torturas que le infligen a los esclavos, los ejecutó y una vez muertos impidió que fuesen enterrados. De esta manera castiga la diosa a los saqueadores de su templo, ni dejará de vejarlos con toda clase de locura hasta que el tesoro sagrado sea nuevamente depositado en el santuario. Cierta vez, cuando nuestros antepasados se vieron apretados durante la guerra contra Crotona, decidieron, como el templo estuviese fuera de los muros de la ciudad, trasladar a esta el tesoro. Una voz se escuchó en la noche, procedente del santuario, profiriendo una advertencia: ¡No pongáis la mano sobre él! ¡La diosa protegerá su templo. *Disuadido por el temor religioso de mover el tesoro, quisieron construir una muralla alrededor del templo. Después de haber progresado un tanto su construcción, se derrumbó repentinamente. A menudo en el pasado ha protegido la diosa su templo y la sede de su presencia, o bien, como en la actualidad, se ha cobrado una gran expiación de quienes la han violado. Pero ella no puede vengar nuestros males, ni nadie puede excepto vosotros, senadores; es a vuestro honor al que invocamos y vuestra protección bajo la que buscamos refugio. Permitir que Locri siga bajo aquel general y aquellas fuerzas resulta, por lo que a nosotros respecta, lo mismo que si nos entregaseis a Aníbal y sus cartagineses para que nos castiguen. No os pedimos que aceptéis lo que*

decimos de inmediato, en ausencia del acusado y sin oír su defensa. Permitid que comparezca, que escuche los cargos contra él y que los refute. Si hay algún delito, de los que un hombre puede ser culpable hacia otro, que ese hombre nos haya ahorrado, estaremos entonces dispuestos a sufrirlo, si está en nuestra mano hacerlo, una vez más, y dispuestos a perdonarle todo mal contra los dioses y los hombres.

[29.19] Al terminar el discurso el embajador, Quinto Fabio le preguntó si habían expuesto sus quejas ante Escipión. Contestaron que le habían enviado una delegación, pero estaba muy ocupado con los preparativos para la guerra y navegando, o a punto de navegar en muy pocos días, hacia África. Habían tenido prueba de la alta estima que por Pleminio tenía su comandante en jefe, pues, tras investigar las circunstancias que había llevado a la disputa entre él y los tribunos militares, Escipión había encadenado a los tribunos y permitido que su subordinado conservase el mando, pese a ser tanto o más culpable. Se les ordenó entonces retirarse, y en la discusión que siguió tanto Pleminio como Escipión fueron severamente criticados por los notables de la Cámara, especialmente por Quinto Fabio. Declaró que Escipión había nacido para destruir toda la disciplina militar. Lo mismo ocurrió en Hispania; más hombres se habían perdido allí durante el motín que en la batalla. Su conducta era la de algún rey extranjero, siendo primero indulgente para con los soldados y luego castigándolos. Fabio concluyó su ataque con la siguiente drástica resolución: *Propongo que Pleminio sea conducido a Roma encadenado para que defienda su causa y, si las acusaciones que los locrios le imputan son justificadas, que se le ejecute en prisión y se confisquen sus bienes. Con respecto a Publio Escipión, que ha abandonado su provincia sin órdenes de hacerlo, propongo que se le llame de vuelta y se traslade a los tribunos de la plebe que presenten ante la Asamblea la propuesta de que se le releve de su mando. En cuanto a los locrios, propongo que se les traiga de vuelta a la Curia y que les aseguremos, en respuesta a su queja, que tanto el Senado como el pueblo desaprueban lo que se ha hecho y que les reconocemos como buenos y fieles aliados y amigos. Y, además, que sus esposas e hijos y todo lo que se les ha quitado les será devuelto, y que todo el dinero sustraído del tesoro de Proserpina será recogido y devuelto el duplo. La cuestión de la expiación debe ser remitida al colegio de pontífices, que deberá decidir qué ritos expiatorios habrán de observarse, qué deidades se deberán propiciar y qué víctimas se deben sacrificar en los casos en que son violados los tesoros sagrados. Los soldados de Locri deben ser trasladados a Sicilia y se deben enviar cuatro cohortes latinas como guarnición de la plaza.* Debido a los acalorados debates entre los partidarios de Escipión y sus oponentes, no se pudieron recoger las opiniones ese día. No sólo tenía que soportar el odio por la criminal brutalidad de Pleminio hacia los locrios, sino que se acusaba al comandante de no vestir como un romano y ni siquiera como un militar. Se afirmaba que andaba por el gimnasio con un manto y sandalias griegas, que pasaba el tiempo entre lecturas y la palestra, y que todos los de su personal estaban disfrutando de las atracciones de Siracusa y viviendo una vida semejante de molicie. Que habían perdido por completo de vista a Aníbal y a los cartagineses; que todo el ejército estaba desmoralizado y desmandado; como antes el de Sucro, este ahora de Locri era más temido por sus aliados que por el enemigo.

[29,20] Aunque había bastante verdad en estas acusaciones como para darles un aire de verosimilitud, la opinión de Quinto Metelo logró la mayoría de los apoyos. Aun estando de acuerdo con el resto del discurso de Fabio, discrepaba en lo referente a Escipión. Escipión, dijo, hacía solo unos pocos días que había sido elegido por sus conciudadanos, joven como era, para mandar la expedición que debía recuperar Hispania; y, tras haberla recuperado, fue elegido cónsul para dar término a la guerra púnica. Todas las esperanzas se centraban ahora en él, como el hombre que estaba destinado a someter África y liberar Italia de Aníbal. ¿Cómo -se preguntó-, siendo consecuentes, podrían ellos llamarle perentoriamente, como a otro Pleminio, sin haber escuchado su defensa, y en especial cuando los mismos locrios admitían que las crueldades de las que se quejaban tuvieron lugar cuando Escipión ni siquiera estaba en el lugar y cuando de nada se le podía acusar

definitivamente, más allá de una excesiva indulgencia o pundonor para con su subordinado? Presentó una resolución para que Marco Pomponio, el pretor al que había correspondido Sicilia, partiera de su provincia en un plazo de tres días; que los cónsules escogieran a su discreción diez miembros del senado que acompañarían al pretor, así como a dos tribunos de la plebe y a uno de los ediles. Con todos estos como consejeros suyos, debería llevar a cabo una investigación y, si los actos de los cuales los locrios se quejaban, se demostraban haber sido cometidos por orden o con el consentimiento de Escipión, le ordenarían salir de su provincia. Si ya hubiera desembarcado en África, los tribunos y el edil con dos de los diez senadores que el pretor considerase más aptos para la tarea, debían dirigirse allí, los tribunos y el edil para traer de vuelta a Escipión y los dos senadores para tomar el mando del ejército hasta que llegase un nuevo general. Si, por el contrario, Marco M. Pomponio y sus diez consejeros se aseguraban de que lo sucedido no fue por orden ni con la concurrencia de Escipión, este retendría su mando y seguiría la guerra como se había propuesto. Esta resolución, propuesta por Metelo, fue aprobada por el Senado, y se pidió a los tribunos de la plebe que dispusieran quiénes de ellos habrían de acompañar al pretor. El colegio de pontífices fue consultado en cuanto a la expiación necesaria por la profanación y robo del templo de Proserpina. Los tribunos plebeyos que acompañó al pretor fueron Marco Claudio Marcelo y Marco Cincio Alimento. Se les asignó un edil plebeyo, para que en el caso de que Escipión se negara a obedecer al pretor o ya hubiera desembarcado en África, los tribunos pudieran, en virtud de su autoridad sagrada, ordenar al edil que lo arrestara y los trajera de vuelta con ellos. Decidieron ir a Locri primero y luego a Mesina.

[29.21] En cuanto a Pleminio, se cuentan dos historias. Una de ellos reza en el sentido de que, cuando se enteró de la decisión en Roma, partió al exilio en Nápoles y en su camino se encontró con Quinto Metelo, uno de los diez senadores, que lo arrestó y lo llevó de vuelta a Regio. Según la otra, el mismo Escipión mandó un general con treinta de los más nobles jinetes de su caballería, encadenando a Pleminio y a los principales instigadores de la sedición. Fueron entregados, por órdenes de Escipión o de sus oficiales, al pueblo de Regio para su custodia. El pretor y el resto de la comisión, a su llegada a Locri, se ocupó en primer lugar de la cuestión religiosa, según sus instrucciones. Se reunió todo el dinero sagrado en posesión de Pleminio y sus soldados, y junto al que ellos habían traído fue depositado en el templo, ofreciéndose después sacrificios expiatorios. Después de esto, el pretor convocó las tropas en asamblea, y emitió una orden del día por la que amenazaba con severos castigos a cualquier soldado que se quedase en la ciudad o que se llevara cualquier cosa que no le perteneciera. Luego, ordenó que se llevasen los estandartes fuera de la ciudad y asentó su campamento en campo abierto. A los locrios se les dio plena libertad para tomar lo que reconocieran como de su propiedad y para que reclamaran lo que no pudiera encontrarse. Sobre todo, insistió en la inmediata restitución de todas las personas libres a sus hogares, cualquiera que dejara de devolverlos sería muy severamente castigado.

El siguiente paso del pretor fue convocar una asamblea de los locrios; aquí anunció que el Senado y el Pueblo de Roma les devolvían su constitución y sus leyes. Quien desease entablar una acción judicial contra Pleminio o contra cualquier otra persona, debería seguir al pretor a Regio. Si deseaban acusar a Escipión, fuera por ordenar o por aprobar los crímenes contra los dioses y los hombres que se habían perpetrado en Locri, debían enviar sus representantes a Mesina, donde, con la ayuda de sus consejeros, practicaría una investigación. Los locrios expresaron su gratitud al pretor y a los demás miembros de la comisión, así como al Senado y al pueblo de Roma. Anunciaron su intención de acusar a Pleminio, pero en cuanto a Escipión, *aunque no se haya preocupado mucho por las injurias infligidas a su ciudad, preferían tenerlo más como su amigo que como su enemigo. Estaban convencidos de que no fue ni por orden ni con la aprobación de Publio Escipión que se cometieron aquellos crímenes infames; su culpa era haber depositado demasiada confianza en Pleminio o demasiada desconfianza en los locrios. Algunos hombres eran de tal carácter que, no habiendo cometido un delito, carecen de la resolución para infligir un*

castigo cuando se han cometido. El pretor y su consejo se sintieron muy aliviados al no tener que llamar a Escipión a declarar; Pleminio y otros treinta y dos fueron encontrados culpables y enviado encadenados a Roma. Después, la comisión marchó donde estaba Escipión para ver con sus propios ojos si había alguna verdad en los rumores generalizados sobre el estilo de vestir de Escipión, su gusto por los placeres y la falta de disciplina militar, para poder informar a Roma.

[29.22] Mientras estaban de camino a Siracusa, Escipión se dispuso a justificarse a sí mismo no con palabras, sino con hechos. Dio órdenes para que todo el ejército se reuniera en Siracusa y para que la flota estuviese dispuesta a la acción, como si se fuese a enfrentar a los cartagineses tanto por tierra como por mar. Cuando la comisión hubo desembarcado, les recibió cortésmente y, al día siguiente, los invitó a contemplar las maniobras de sus fuerzas de tierra y mar; las tropas realizaron sus maniobras, como si estuviesen en una batalla, y los buques participaron en un simulacro de batalla naval. A continuación, el pretor y los comisionados llevaron a cabo una ronda de inspección por los arsenales y almacenes y los demás preparativos para la guerra; la impresión causada por el conjunto y por cada detalle individual fue bastante para convencerlos de que si aquel general y aquel ejército no podían vencer a Cartago, nadie podría. Se le instó a que partiera rumbo a África con la bendición de los dioses y que cumpliera lo más rápidamente posible las esperanzas y expectativas por las que las centurias lo habían elegido cónsul por unanimidad. Marcharon con ánimos tan alegres que parecían estar llevando de vuelta el anuncia de una victoria y no simplemente informando de los magníficos preparativos para la guerra. Pleminio y sus criminales secuaces fueron encarcelados tan pronto llegaron a Roma. Cuando se presentaron por vez primera ante el pueblo, por los tribunos, todos los ánimos estaban tan ocupados por los sufrimientos de los locrios que no hubo lugar alguno a la piedad. Sin embargo, después de haber sido presentados varias veces, los ánimos contra ellos fueron poco a poco menos adversos, la mutilación que había sufrido Pleminio y la ausencia de Escipión, que había sido su amigo, dispusieron al populacho en su favor. Sin embargo, murió en la cárcel antes de que terminara su juicio. Clodio Licinio, en el tercer libro de su Historia Romana, afirma que Pleminio sobornó a algunos hombres para que prendieran fuego a varias partes de la Ciudad durante los Juegos que Escipión el Africano celebraba en cumplimiento de un voto, durante su segundo consulado, para darle una oportunidad de salir de la cárcel y escaparse. El complot fue descubierto y se le trasladó, por orden del Senado, al Tuliano. Nada se hizo respecto a Escipión excepto en el Senado, donde todos los comisionados y los tribunos hablaron en términos tan elogiosos sobre el general, su ejército y su flota que el Senado resolvió que la expedición debía partir para África tan pronto pudiera. Se dio permiso a Escipión para que seleccionara, de entre los ejércitos en Sicilia, qué tropas quería llevar con él y cuáles dejaría para guarnecer la isla.

[29,23] Durante estos sucesos en Roma, los cartagineses habían establecido puestos de observación en todos los promontorios y pasaron todo el invierno esperando con inquietud las noticias que transmitían unos espejos colocados allá. Formaron una alianza con el rey Sifax, un paso que consideraban importante contra la invasión, pues con su ayuda el general romano habría podido desembarcar en África; Asdrúbal Giscón, como ya hemos mencionado, tenía lazos de hospitalidad con el rey desde que, a su salida de Hispania, se encontraron Escipión y él en su corte. Hubo conversaciones sobre un lazo más cercano, mediante el matrimonio del rey con una hija de Asdrúbal y, con miras a la concreción de este proyecto y fijar un día para las nupcias -pues la doncella estaba en edad casadera-, Asdrúbal hizo una visita a Sífax. Cuando vio que el príncipe deseaba apasionadamente el enlace -los númidas son, de todos los bárbaros, los más ardientes amantes-, mando traer la muchacha desde Cartago y aceleró la boda. La satisfacción por el enlace se vio acentuada por el hecho de que el rey fortaleció sus lazos con Cartago mediante una alianza política. Se redactó un tratado, y se ratificó bajo juramento, entre Cartago y el rey, en el que las partes contratantes se comprometieron a tener los mismos amigos y los mismos enemigos.

Asdrúbal, sin embargo, no había olvidado el tratado que Escipión se había firmado con Sífax, ni el carácter caprichoso e inconstante de los bárbaros con los que había que tratar; su gran temor era si, una vez Escipión desembarcase en África, este matrimonio no resultaría una restricción demasiado ligera para el rey. Así, mientras el rey estaba en los primeros embates de la pasión y obediente a las cariñosas y persuasivas palabras de su esposa, aprovechó la oportunidad para convencer a Sífax de que enviase mensajeros a Escipión aconsejándole que no navegase a África confiando en sus antiguas promesas, pues ahora había emparentado con una familia cartaginesa mediante su matrimonio con la hija de Asdrúbal; Escipión recordaría haber conocido al padre en su corte. Tenían que informar a Escipión de que también había hecho una alianza pública con Cartago y que era su deseo que los romanos condujeran sus operaciones contra Cartago alejados de África, como hasta entonces habían hecho. De lo contrario, él se involucraría en el conflicto y se vería obligado a apoyar a un bando y abandonar su alianza con el otro. Si Escipión se negara a mantenerse alejado de África y condujera su ejército contra Cartago, Sífax se vería en la necesidad de combatir en defensa de su tierra natal y en defensa de la ciudad natal de su esposa, el padre de esta y su hogar.

[29,24] Provistos de estas instrucciones, los enviados del rey se dirigieron a Siracusa para entrevistarse con Escipión. Este reconoció que se le privaba de un apreciable apoyo con el que había esperado contar en su campaña africana, pero decidió enviar inmediatamente de vuelta a los emisarios antes que su misión fuera de conocimiento general. Les dio una carta para el rey en la que le recordaba los lazos personales entre ellos y la alianza que había establecido con Roma, y solemnemente le advirtió en contra de romper los vínculos o violar los solemnes compromisos que había adoptado, ofendiendo así a los dioses que lo habían atestiguado y que les harían justicia. La visita de los númidas no pudo, sin embargo, ser mantenida en secreto, pues paseaban por la ciudad y se les vio en el Pretorio; existía el peligro de que se conociera ampliamente el objeto real de su visita y que el ejército se desanimara ante la perspectiva de tener de combatir contra el rey y contra los cartagineses al mismo tiempo. Para evitar esto, Escipión decidió alejarlos de la verdad ocupando sus mentes con una mentira. Las tropas fueron convocados a una asamblea y Escipión les dijo que ya no debía haber más demora. Los príncipes aliados le insistían para marchar a África lo antes posible; el mismo Masinisa ya había visitado a Lelio para quejarse del modo en que perdían el tiempo, y ahora Sífax había mandado emisarios para expresar su sorpresa por el retraso y para exigir que el ejército fuera enviado a África o, si había algún cambio de planes, que se le informara de ellos para que pudiera tomar medidas para la salvaguardia suya y de su reino. Por tanto, como ya estaban dispuestos todos los preparativos y las circunstancias no admitían más demora, su intención era reunir la flota en Marsala, juntar allí toda su infantería y caballería y, al primer día que se presentara propicio para viajar, darse a la vela hacia África con la bendición de los dioses. Luego escribió a Marco Pomponio para pedirle, si lo creía conveniente, que fuese a Marsala para ponerse de acuerdo sobre qué legiones debían escogerse y cuál debía ser la fuerza total del ejército invasor. También se dieron órdenes por toda la costa para requisar todos los buques y que se trasladasen a Marsala. Cuando se hubieron reunido en Sicilia todas las fuerzas militares y navales, ya no podía la ciudad acomodar a todos los hombres ni el puerto alojar a todos los buques, imponiéndose tal entusiasmo entre todos los rangos que parecía como si en vez de marchar a la guerra fueran a cosechar los frutos de una victoria ya ganada. Este era, particularmente, el caso de los supervivientes de Cannas, que se sentían totalmente confiados en que bajo ningún otro jefe podrían prestar tal servicio a la república que pusiera fin a su ignominiosa condición. Escipión estaba lejos de despreciar a estos hombres; era muy consciente de que la derrota de Cannas no fue provocada por ninguna cobardía por su parte y sabía, también, que no había soldados en el ejército romano que hubiesen tenido tan larga experiencia en toda clase de lucha y en la realización de asedios. Las legiones de Cannas eran la quinta y la sexta. Después de anunciarles que las llevaría con él a África, les pasó revista hombre a hombre, y a quienes no consideró aptos los dejó atrás, sustituyéndolos con los hombres que había traído de Italia. De esta manera, elevó la plantilla de cada legión hasta seis

mil doscientos infantes y trescientos caballeros. Escogió también el contingente latino, tanto de a pie como a caballo, de los del ejército de Cannas.

[29.25] En cuanto al número de tropas que embarcaron, existe una considerable divergencia entre los autores. Me encuentro en algunos relatos que ascendían a diez mil de infantería y dos mil doscientos de caballería; en otros dicen que dieciséis mil infantes y mil seiscientos jinetes; y aún otros doblan esta estimación y dan un total de treinta y dos mil entre los de a pie y los de a caballo. Algunos autores no dan ninguna cifra exacta y, en una materia tan incierta, prefiero incluirme entre ellos. Celio declina, es cierto, dar ninguna cifra exacta, pero exagera hasta tal punto que da la impresión de una incontable multitud; los mismos pájaros, dice, cayeron en tierra aturdidos por el griterío de los soldados, y tan poderosa hueste embarcó que parecía como si no fuera a quedar ni un hombre en Italia o Sicilia. Para evitar confusiones, Escipión supervisó el embarque personalmente. Cayo Lelio, que estaba al mando de la flota, había situado previamente a todos los marineros en sus puestos y los mantuvo allí mientras los soldados embarcaban. El pretor, Marco Pomponio, fue el responsable del embarque de la impedimenta; se embarcaron provisiones para cuarenta y cinco días, incluyendo el suministro para quince días de comida cocinada. Cuando todos estuvieron a bordo, se enviaron botes por todos los barcos para recoger a los pilotos, a los capitanes y a dos hombres de cada buque que debían reunirse en el foro y recibir sus órdenes. Cuando todos estuvieron presentes, su primera pregunta fue sobre el suministro de agua para los hombres y los caballos, y lo mismo en cuanto al grano. Le aseguraron que había agua suficiente en los barcos para cuarenta y cinco días. Luego dejó clara a los soldados la necesidad de permanecer tranquilos, en silencio, mantener la disciplina y no interferir con los marineros en el desempeño de sus labores. Además, les informó de que él y Lucio Escipión mandarían el ala derecha, con veinte buques de guerra; Cayo Lelio, prefecto de la flota, junto a Marco Porcio Catón, que era cuestor por entonces, estarían a cargo del ala izquierda, con el mismo número, y protegerían a los transportes. Los buques de guerra que muestran las luces solo por la noche, los transportes tendría dos, mientras que la nave del comandante se distingue por tres luces. Dio órdenes a los pilotos de que pusieran rumbo a Emporio. Este era un distrito extremadamente fértil, pudiéndose encontrar allí en abundancia suministros de todo tipo. Los nativos, como suele ocurrir en los territorios fecundos, no eran belicosos y seguramente resultarían vencidos antes de que les pudiese llegar ayuda desde Cartago. Tras impartir estas órdenes los despidió a sus naves y, al día siguiente, tras dar la señal estuvieron, con la ayuda de los dioses, dispuestos a zarpar.

[29,26] Muchas flotas romanas habían partido de Sicilia, y desde aquel mismo puerto, pero ni siquiera durante la Primera Guerra Púnica -en la guerra actual, la mayoría eran simplemente expediciones de saqueo- pudo ninguna haber ofrecido una imagen más llamativa en su salida. Y, sin embargo, si sólo se tiene en cuenta el número de buques, se debe recordar que dos cónsules con sus respectivos ejércitos habían salido de ese puerto en una ocasión anterior, y los buques de guerra de sus flotas eran casi tan numerosos como los transportes que en esta llevaba Escipión para efectuar su traslado y que, además de los cuarenta buques de guerra, constaba de cuatrocientos transportes para llevar a su ejército. Varias causas conspiraron para hacer de la ocasión algo único. Los romanos consideraban la guerra actual como más grave que la anterior, ya que se estaba librando en Italia y había implicado la destrucción de tantos ejércitos con sus generales. Escipión, una vez más, se había convertido en el general más popular de su tiempo por sus valientes actos de armas, y su invariable buena fortuna había incrementado enormemente su fama como soldado. Su plan de invadir África nunca había sido intentado por ningún jefe, y era creencia general que lograría sacar a Aníbal de Italia y terminar la guerra en suelo africano. Una gran multitud de espectadores se había reunido en el puerto; además de la población de Marsala, estuvieron presentes todas las legaciones de las diferentes ciudades de la isla que habían ido a presentar sus respetos a Escipión, así como aquellas que habían acompañado a Marco Pomponio, el pretor de la provincia. También bajaron las legiones

que se iban a quedar en Sicilia para despedir a sus camaradas; la multitud que llenaba el puerto era un espectáculo tan grande para los que iban embarcados, como la propia flota para quienes estaban en la orilla.

[29.27] Cuando llegó el momento de la partida, Escipión ordenó al heraldo que mandara silencio en toda la flota y elevó la siguiente plegaria: *A vosotros, dioses y diosas del mar y la tierra, os ruego y suplico que concedáis un resultado favorable a cuanto se ha hecho o se está haciendo ahora, o a cuanto se hará en adelante bajo mi mando. Que todo sea en beneficio mio y de la Ciudad y el Pueblo de Roma, de nuestros aliados de nombre latino, de todos los que lleven en el corazón la causa de Roma y de todos cuantos marchan bajo mis estandartes, bajo mis auspicios y mando, por tierra, mar o ríos. Dadnos vuestra generosa ayuda en todas nuestras acciones, coronad nuestros esfuerzos con el éxito. Traed a estos mis soldados y a mí mismo salvos a casa de nuevo, victoriosos sobre nuestros vencidos enemigos, adornados con sus despojos, cargados de botín y exultantes en triunfo. Permitid que nos venguemos de nuestros enemigos y conceded al pueblo de Roma y a mí el poder de infligir un castigo ejemplar a la ciudad de Cartago, y poder devolverles todas las injurias que su pueblo ha tratado de infligirnos.* Cuando terminó, arrojó al mar las vísceras crudas de la víctima con el ritual acostumbrado. Ordenó luego al corneta que tocara la señal de partida, y como un fuerte viento les fuera favorable, rápidamente se perdieron de vista. Al medio día se vieron envueltos en una niebla tan espesa que tuvieron dificultades para impedir que sus naves chocaran entre sí, el viento se suavizó conforme salían a mar abierto. Durante la noche continuó una niebla similar, que se dispersó después del amanecer al mismo tiempo que volvía a soplar el viento. Divisaron tierra por fin y unos minutos después el piloto informó a Escipión de que no estaban a más de cinco millas de la costa de África y que se veía claramente el promontorio de Mercurio. Si le ordenaba dirigirse a él, se aseguró el hombre, pronto toda la flota estaría en puerto. Cuando tuvo la tierra a la vista, Escipión ofreció una oración para que esta primera visión de África le deparase algo bueno a él y a la República. A continuación dio órdenes a la flota para largar velas y buscar un fondeadero más al sur. Marcharon con el mismo viento empujándoles, pero se levantó una niebla casi a la misma hora que el día anterior, perdieron de vista la costa y amainó el viento. Como llegara la noche y todo se oscureciera, y para evitar cualquier riesgo de colisión entre los barcos o que fuesen arrastrados contra la orilla, se decidió echar el ancla. Al hacerse la luz, el viento refrescó de nuevo a la misma hora y la dispersión de la niebla reveló toda la costa de África. Escipión preguntó el nombre del promontorio más cercano, y al enterarse de que se llamaba Pulchrum comentó: *Me gusta el augurio, dirigid allí las naves.* La flota navegó hasta allí y desembarcaron todas las fuerzas. Esta descripción de la travesía, favorable y sin verse acompañada por clase alguna de confusión o alarmas, está basada en las declaraciones de numerosos autores griegos y latinos. Solo Celio cuenta que, salvo las naves que no fueron hundidas por las olas, toda la flota estuvo expuesta a cualquier posible peligro desde el cielo y el mar, siendo finalmente empujada desde la costa africana hasta la isla de Gez Giamur, logrando desde aquí, a duras penas, recuperar el rumbo correcto. Agrega que mientras los barcos escapaban de mala manera y casi se hundían, los soldados tomaron los botes sin órdenes de su general, como si fueran náufragos, y escaparon a tierra desarmados y con el mayor desorden.

[29.28] Cuando el desembarco se completó, los romanos midieron un lugar para establecer su campamento en cierto lugar elevado de las cercanías. La visión de una flota enemiga, seguida por el bullicio y la emoción del desembarco, provocó preocupación y alarma no solo en los campos y granjas de la costa, sino también en las ciudades. No sólo quedaron llenos los caminos, por todas partes, de una turba de hombres, mujeres y niños mezclados con tropas, sino también con los campesinos que conducían su ganado tierra adentro, de manera que se podría decir que África se desalojaba repentinamente. El terror que provocaron estos fugitivos en las ciudades fue incluso mayor del que ellos mismos habrían sentido, especialmente en Cartago, donde la confusión era casi

tan grande como si en verdad hubiera sido capturada. Desde la época de los cónsules Marco Atilio Régulo y Lucio Manlio, hacía casi cincuenta años, nunca habían visto más ejércitos romanos que los empleados en las distintas expediciones de saqueo, que tomaban lo que podían de los campos y regresaban a sus buques siempre antes de que sus compatriotas pudieran reunirse para hacerles frente. Esta provocó en la ciudad huidas y mucha alarma. Y no es de extrañar, pues ni existía un ejército eficaz ni un general que se pudiera enfrentar a Escipión. Asdrúbal, el hijo de Giscón, era de lejos el hombre más destacado del Estado, se distingue tanto por su nacimiento, su reputación militar y su riqueza, y ahora por su parentesco con la realeza. Pero los cartagineses no se habían olvidado de que en Hispania había sido derrotado y puesto en fuga en varias batallas por este mismo Escipión, y que como general no era más rival para él de lo que su desorganizado ejército lo era contra el ejército de Roma. Se hizo un llamamiento general a las armas, como si trataran de anticiparse a un asalto inmediato; las puertas se cerraron a toda prisa, se situaron tropas en las murallas, se colocaron puestos de vigía y centinelas y pasaron la noche bajo las armas. Al día siguiente, un cuerpo de caballería de unos quinientos jinetes, enviado hacia el mar para practicar un reconocimiento y hostigar a los romanos durante el desembarco, cayeron sobre los puestos avanzados romanos. Escipión, por su parte, después de enviar la flota a Útica, había avanzado a una corta distancia de la orilla y capturado una altura cercana donde estacionó alguna de su caballería como puestos avanzados; al resto lo envió a saquear los campos.

[29.29] En la escaramuza que siguió, los romanos mataron a algunos de los enemigos en el mismo combate, pero la mayoría cayeron muertos en la persecución, entre ellos el joven Hanón, que estaba al mando. Escipión devastó los campos circundantes y capturó una ciudad bastante opulenta en la vecindad inmediata. Además del botín, que de inmediato fue puesto a bordo de los transportes y remitido a Sicilia, hizo prisioneros a unos ocho mil hombres, libres y esclavos. Lo que animó sobre todo al ejército, al comienzo de su campaña, fue la llegada de Masinisa que, según algunos autores, iba acompañado por una fuerza montada de 200 hombres; la mayoría de autores, sin embargo, afirman que su número ascendía a 2.000. Como este monarca era, con mucho, el más grande de sus contemporáneos y prestó los más importantes servicios a Roma, valdrá la pena desviarse del orden de nuestro relato y dar una breve relación de las diversas fortunas que experimentó, con la pérdida y posterior recuperación del trono de sus antepasados. Mientras se encontraba en Hispania, luchando por los cartagineses, murió Gala, su padre. De acuerdo con la costumbre de Numidia, la corona pasó a Ezalces, hermano del difunto rey y hombre de edad avanzada. No mucho tiempo después falleció este y el mayor de sus dos hijos, Capusa -el otro era un muchacho- le sucedió en el trono. Pero como obtuvo el reino más por la costumbre del país que porque poseyera cualquier influencia o autoridad sobre sus súbditos, un tal Mazetulo se dispuso a disputarle su derecho. Este hombre también era de sangre real, pertenecía a una familia que siempre había sido enemiga de la casa reinante y había mantenido una lucha constante con fortuna variable contra los ocupantes del trono. Logró levantar a sus compatriotas, sobre los cuales, debido a la impopularidad del rey, tenía una influencia considerable, y poniendo abiertamente su ejército en campaña, obligó al rey a luchar por su corona. Capusa cayó en el combate junto con muchos de sus principales partidarios; la totalidad de la tribu mesulia se sometió a Mazetulo. Sin embargo, este no quiso aceptar el título de rey, que dio al niño Lacumazes, único superviviente de la casa real, y se contentó con el modesto título de tutor. Con vistas a una alianza con Cartago, se casó con una dama cartaginesa de noble nacimiento y viuda de Ezalces. También mandó embajadores a Sífax y renovó con él los viejos lazos de hospitalidad, asegurándose así por todas partes apoyos para la lucha que se avecinaba contra Masinisa.

[29.30] Al enterarse de la muerte de su tío, seguida por la de su primo, Masinisa salió de Hispania hacia Mauretania. Baga era el rey en ese momento, y Masinisa, mediante fervientes y humildes súplicas, obtuvo de él una fuerza de cuatro mil moros para servirle como escolta, ya que

no lo pudo convencer para suministrarle fuerzas suficientes para operaciones de guerra. Con esta escolta llegó a las fronteras de Numidia, habiendo enviado con antelación mensajeros a sus amigos y a los de su padre. Aquí se le unieron unos quinientos númidas y, como se había dispuesto, su escolta de moros regresó con su rey. Sus seguidores eran menos de lo que esperaba, muy pocos de hecho, como para aventurarse en una empresa tan grande. Pensando, sin embargo, que mediante su propio esfuerzo podría llegar a reunir una fuerza que le permitiera lograr algo, avanzó hacia Tapso, donde se reunió con el pequeño rey Lacumazes, que se dirigía a reunirse con Sífax. La escolta del rey se retiró a toda prisa a la ciudad, y Masinisa capturó la plaza al primer asalto. Algunas de las tropas reales se rindieron, otras que ofrecieron resistencia fueron muertas, pero la gran mayoría escapó con su niño-rey en la confusión y continuaron su viaje hacia Sífax. La noticia de este éxito inicial, por escaso que fuera, trajo a los númidas con Masinisa; y de los campos y aldeas, por todas partes, acudieron en masa los viejos soldados de Gala bajo sus estandartes e instaron al joven a recuperar su trono ancestral. Mazetulo tenía una considerable ventaja en cuanto al número; tenía el ejército con el que había derrotado a Capusa, así como algunas de las fuerzas que se habían pasado a él tras la muerte del rey, y Lacumazes había llevado muchas tropas auxiliares procedentes de Sífax. Su fuerza total ascendía a quince mil infantes y diez mil jinetes; aunque inferior en ambas armas, Masinisa se le enfrentó. La valentía de los veteranos y la habilidad de su comandante, formado como estaba en las guerras de Hispania, hicieron suyo el día; el rey y el tutor, con solo un puñado de masesulios, escaparon a territorio cartaginés. Así recuperó Masinisa el trono de sus antepasados. Como vio, sin embargo, que le esperaba un conflicto mucho más grave con Sífax, pensó que sería mejor conseguir una reconciliación con su primo y envió una embajada al niño para asegurarle que, si se ponía en manos de Masinisa, tendría el mismo trato honorable que Ezalces recibió de Gala. También dio su palabra a Mazetulo en el sentido de que no sufriría daño por lo que había hecho y, más aún, que se le devolverían todas sus propiedades. Tanto Lacumazes como Mazetulo prefirieron una modesta fortuna en casa a una vida de exilio y, a pesar de todos los esfuerzos de los cartagineses, se pasaron a Masinisa.

[29,31] Resultó, por entonces, que Asdrúbal estaba visitando a Sífax. El númida no consideraba asunto de mucha importancia para él que el trono masesulio estuviese ocupado por Lacumazes o por Masinisa, pero Asdrúbal le advirtió de que estaría cometiendo un muy grave error si suponía que Masinisa se contentaría con las mismas fronteras que su padre, Gala. *Ese hombre* -le dijo- *tiene mucha más capacidad y carácter del que haya mostrado hasta ahora ninguno de aquella nación. En Hispania, tanto ante amigos como frente a los enemigos, había dado pruebas de un valor poco común entre los hombres. A menos que Sífax y cartagineses sofocaran aquella llama creciente, pronto se abrasarían en una enorme conflagración. Su poder era todavía débil y poco seguro, estaba amamantando un reino cuyas heridas aún no se habían cerrado.* Gracias a la continua insistencia sobre estas consideraciones, Asdrúbal lo convenció para trasladar su ejército hasta las fronteras de la Masulia y fijar su campamento en territorio que reclamaba, sin lugar a dudas, como parte de sus dominios; esta reclamación había sido contestada por Gala no solo con argumentos, sino con la fuerza de las armas. Le aconsejó que en caso de que se le presentara oposición -y solo deseaba que fuera así- estuviese dispuesto al combate; si por miedo a él se retiraban, debía avanzar al corazón del reino. Los mesulios podían sometérsele sin lucha o verse irremediablemente superados por las armas. Animado por estas ideas, Sífax comenzó la guerra contra Masinisa y en la primera batalla derrotó y dispersó a los mesulios. Masinisa, con unos cuantos jinetes, escapó del campo de batalla y huyó a una montaña a la que los nativos llamaban Belo. Varias familias, con sus tiendas de campaña y sus rebaños de ganado -su única riqueza- siguieron al rey; el grueso de la población se sometió a Sífax. La zona montañosa donde se asentaron los fugitivos estaban bien provista de hierba y agua, proporcionando excelentes pastos para el ganado, que suministraba sustento bastante para los hombres, que vivían de leche y carne. Desde estas alturas corrían todo el territorio vecino; al principio en incursiones nocturnas furtivas y

luego con robos a la luz del día. Quedó afectado sobre todo el territorio cartaginés, debido a que ofrecía más botín y el saqueo resultaba un asunto más seguro allí que entre los númidas. Por fin, llegaron a tal punto de audacia que se llevaban el botín hasta el mar y allí lo vendían a los comerciantes, que lo llevaban finalmente a sus buques. Cayeron o fueron hechos prisioneros más cartagineses en aquellas incursiones de lo que a menudo ocurre en la guerra regular. Las autoridades de Cartago se quejaron con fuerza de todo esto ante Sífax, que también se mostraba molesto, presionándolo para que pusiera fin a aquellos restos de la guerra. No le parecía, sin embargo, tarea digna de un rey el perseguir a un ladrón a lo largo de las montañas.

[29,32] Boncar, uno de los prefectos del rey, soldado entusiasta y enérgico, fue seleccionado para esta tarea. Se le proporcionaron cuatro mil infantes y doscientos jinetes, con buenas perspectivas de obtener recompensas si traían la cabeza de Masinisa o, lo que al rey le supondría una satisfacción inigualable, si lo capturaban con vida. Lanzando un ataque por sorpresa contra los saqueadores, cuando no sospechaban peligro alguno, separó una enorme cantidad de hombres y ganado de su escolta armada y empujó al propio Masinisa con unos cuantos seguidores a lo alto de la montaña. Consideraba ya terminadas las acciones más serias y, tras mandar su captura de hombres y ganado al rey, devolvió también el grueso de sus tropas, a las que no consideraba necesarias para los combates restantes, reteniendo solamente quinientos infantes y doscientos jinetes. Con estos se apresuró a perseguir a Masinisa, que había abandonado las alturas, y encerrándolo en un estrecho valle, bloqueó las dos entradas e infligió una derrota muy severa a los masulios. Masinisa, con no más de cincuenta jinetes, se escapó a través de las escarpadas pistas de montaña desconocidas para sus perseguidores. Boncar, sin embargo, le siguió la pista y lo alcanzó en campo abierto, cerca de Clupea donde lo rodeó hasta tal punto que toda la partida resultó muerta con excepción de cuatro que, junto a Masinisa, herido él mismo, se le escaparon entre las manos durante la refriega. Detectaron su huida y envió a la caballería en su persecución. Esta se extendió por la llanura, yendo algunos por un atajo contra la cabeza de los cinco fugitivos, cuya huida les llevaba a un gran río. Temiendo al enemigo más que al río, espolearon sus caballos hacia el agua, sin dudarlo un instante, y la rápida corriente los llevó río abajo. Dos se ahogaron ante los ojos de sus perseguidores, y se creyó que Masinisa había perecido. Él, sin embargo, con los dos supervivientes, salió entre los arbustos de la otra orilla. Este fue el final de la persecución Boncar, pues él no se aventuró en el río y no creyó que ya le quedase nadie a quien seguir. Volvió junto al rey con la historia sin fundamento de la muerte de Masinisa y se enviaron mensajeros a Cartago para llevar la buena nueva. La noticia se difundió por toda África y afectó a los hombres de maneras muy diferentes. Masinisa se encontraba descansando, oculto en una cueva y tratando su herida con hierbas, y durante algunos días se mantuvo con vida en lo que sus dos jinetes traían de sus incursiones. Tan pronto como la herida hubo sanado lo suficiente como para permitirle soportar los movimientos del caballo, comenzó con una audacia extraordinaria a intentar nuevamente recuperar su reino. Durante su viaje no reunió más de cuarenta jinetes, pero cuando llegó a los mesulios y dio a conocer su identidad, su presencia provocó una gran excitación. Su anterior popularidad, y la inesperada alegría de verlo sano y salvo, después de que se le había creído muerto, tuvo como efecto que en pocos días se reunieron en torno a sus estandartes seis mil de infantería y cuatro mil de caballería. Ahora estaba en posesión de su reino, y comenzó a asolar las tribus aliadas de Cartago y el territorio masesulio que estaba bajo el domino de Sífax. Habiendo provocado así las hostilidades contra Sífax, Masinisa tomó posiciones en ciertas alturas de montaña entre Constantina e Hipona, una situación ventajosa en todos los aspectos.

[29,33] Sífax se persuadió de que el conflicto era demasiado serio como para confiarlo a sus lugartenientes. Puso una parte de su ejército al mando de su joven hijo Vermina, con instrucciones para marchar por detrás de las montañas y atacar al enemigo por la retaguardia mientras él mismo ocupaba su atención por delante. Vermina partió durante la noche, pues debía caer sobre el enemigo

por sorpresa; Sífax levantó el campamento y salió a plena luz del día, con la obvia intención de dar batalla campal. Cuando hubo transcurrido tiempo suficiente como para que Vermina llegara a su objetivo, Sífax condujo a sus hombres sobre una parte de la montaña que ofrecía una suave pendiente y se dirigió directamente contra el enemigo, confiando en su superioridad numérica y en el éxito del ataque por la retaguardia. Masinisa, al frente de los suyos, se dispuso a hacer frente al ataque confiado en su posición más elevada. La batalla fue feroz y durante mucho tiempo permaneció igualada; Masinisa tenía la ventaja del terreno y de mejores soldados; Sífax, la de la gran superioridad numérica. Sus masas de hombres, divididas en dos partes, presionando una al frente del enemigo y la otra rodeando su retaguardia, proporcionaron a Sífax una victoria decisiva. La huida fue imposible, pues estaban cercados por ambos lados, y casi todas las fuerzas de infantería y caballería resultaron muertas o hechas prisioneras. Unos doscientos jinetes se habían reunido alrededor de Masinisa, a modo de guardia de corps, y este los dividió en tres grupos, con órdenes de abrirse paso hacia puntos distintos y, una vez estuvieran a salvo, reunirse con él en un punto que precisó. Él mismo cargó contra el enemigo y escapó en la dirección que pretendía, pero dos de los grupos encontraron imposible escapar; uno se rindió y el otro, tras una tenaz resistencia, fue abatido y quedó enterrado bajo los proyectiles del enemigo. Masinisa se encontró a Vermina pisándole casi los talones, pero cambiando continuamente de camino pudo eludir su persecución hasta que, por fin, le obligó a abandonar su agotador y desesperado seguimiento. Acompañado por sesenta soldados llegó a la Sirte Menor. Aquí, en la conciencia orgullosa de sus muchos y heroicos esfuerzos para recuperar el trono de su padre, pasó su tiempo entre la Emporia cartaginesa y la tribu de los garamantes, hasta la aparición de Cayo Lelio y la flota romana en África. Esto me lleva a creer que cuando Masinisa vino hasta Escipión, fue más con un grupo pequeño que grande de caballería; el primero sería mucho más plausible para el destino de un exiliado, el segundo para el de un príncipe reinante.

[29,34] Después de la pérdida de sus cuerpos de caballería y de su comandante, los cartagineses alistaron una nueva fuerza, que colocaron bajo el mando de Hanón, el hijo de Amílcar. Habían enviado repetidos mensajes tanto a Asdrúbal como a Sifax, enviando finalmente una embajada especial a cada uno de ellos, apelando a Asdrúbal para que socorriera a su ciudad natal, que estaba casi asediada, e implorando a Sífax que acudiese en ayuda de Cartago y, de hecho, en la de toda África. Escipión, por entonces, estaba acampado como a una milla de Útica, habiéndose trasladado desde la costa, donde durante unos cuantos días había ocupado una posición fortificada cerda de su flota. Las tropas montadas proporcionadas a Hanón no eran lo suficientemente fuertes como para hostigar al enemigo, o incluso para proteger el país de sus correrías, siendo su primera y más urgente tarea la de aumentar sus fuerzas. Aunque no rechazó reclutas de otras tribus, su alistamiento consistió principalmente en númidas que eran, con mucho, la mejor caballería de África. Cuando hubo elevado el número de sus fuerzas hasta unos cuatro mil hombres, se apoderó de una ciudad llamada Saleca, a unas quince millas del campamento romano. Se informó de esto a Escipión, que exclamó: *¡La caballería en verano bajo techo! ¡Que haya más de ellos, siempre que tengan un jefe así!* Comprendiendo que cuanta menos energía mostrase el enemigo, menos vacilación debía mostrar él, ordenó a Masinisa y a su caballería que cabalgaran hasta los cuarteles enemigos y los sacaran a combatir: cuando todas sus fuerzas estuviesen combatiendo y empezara a ser sobrepasado, debía retirarse lentamente y Escipión vendría a apoyarle en el momento oportuno. El general romano esperó hasta Masinisa hubo dispuesto de tiempo suficiente para sacar fuera al enemigo y luego lo siguió con su caballería, quedando oculta su aproximación por algunas colinas bajas que, afortunadamente, flanqueaban su ruta.

Masinisa, de acuerdo con sus instrucciones, se dirigió hasta las puertas y, cuando apareció el enemigo, se retiró como si temiera enfrentársele; este miedo simulado hizo que su adversario se confiara aún más, al punto de estar tentado de salir abruptamente. Aún no habían salido todos los cartagineses de la ciudad, y su general ya tenía bastante con obligar a algunos, que aún iban

cargados de vino y sueño, a que empuñasen sus armas y embridaran sus caballos, o a impedir que otros salieran por la puertas desordenadamente, sin trazas de una formación y hasta sin sus estandartes. El primero que salió galopando incautamente cayó en manos de Masinisa, pero pronto se expandieron en un grupo compacto y en mayor número, igualándose la lucha. Al final, cuando toda la caballería cartaginesa estaban en el campo, Masinisa ya no pudo sostener la presión de su ataque. Sus hombres, sin embargo, no se dieron a huir, sino que retrocedieron lentamente ante las cargas del enemigo hasta que su comandante logró arrastrarlos donde se elevaba el terreno que ocultaba a la caballería romana. A continuación, estos últimos cargaron desde detrás de la colina, caballos y hombres descansados, y se lanzaron sobre el frente, los flancos y la retaguardia de Hanón y sus africanos, que estaban cansados por la lucha y la persecución. Masinisa. al mismo tiempo, dio media vuelta y reanudó la lucha. Alrededor de mil, que estaban en las primeras filas, incapaces de retirarse, quedaron rodeados y muertos, entre ellos el mismo Hanón; el resto, consternado por la muerte de su líder, huyó precipitadamente, persiguiéndoles los vencedores durante más de treinta millas. Unos dos mil murieron o fueron hechos prisioneros, y es casi seguro que entre ellos había no menos de doscientos cartagineses, entre ellos algunos pertenecientes a sus más ricas y nobles familias.

[29.35] En el mismo día en que se libró esta acción, sucedió que regresaron con suministros los barcos que habían llevado el botín a Sicilia, como si hubieran adivinado que tendrían que llevar de vuelta nuevamente una segunda carga de botín de guerra. No todos los autores cuentan que dos generales cartagineses del mismo nombre cayeran muertos en dos acciones distintas; pienso que temían equivocarse al repetir dos veces los mismos hechos. En todo caso, Celio y Valerio nos dicen que Hanón fue hecho prisionero. Escipión distribuyó entre los jinetes y sus prefectos recompensas oficiales en correspondencia con el servicio prestado por cada cual; Masinisa fue distinguido por encima de los demás con unos espléndidos regalos. Después de situar una fuerte guarnición en Saleca, continuó su avance con el resto de su ejército, no solo despojando los campos en el sentido de su marcha, sino capturando varias ciudades y pueblos, sembrando el terror por todas partes. Después de una semana de marcha, regresó al campamento con un gran tren de hombres, ganado y toda clase de botín, siendo enviados los barcos por segunda vez bien cargados con el botín de guerra. Abandonó ahora sus expediciones de saqueo y dedicó todas sus fuerzas a un ataque contra Útica, con la intención, si la tomaba, de convertirla en la base de sus operaciones futuras. Su contingente naval fue empleado contra el lado de la ciudad que daba al mar, mientras que su ejército de tierra operaba desde cierto terreno elevado que dominaba las murallas. Había traído con él algo de artillería y de máquinas de asedio, alguna otra se le había enviado con los suministros desde Sicilia y otras nuevas fueron construidas en un arsenal donde trabajaron encerrados gran número de artesanos especializados. Bajo la presión de tan vigoroso asedio, todas las esperanzas del pueblo de Útica descansaban en Cartago, y todas las esperanzas de los cartagineses descansaban en Asdrúbal y toda la ayuda que pudiera obtener de Sífax. Para los precisados de alivio, todo parecía estar moviéndose muy lentamente. Asdrúbal había estado haciendo todo lo posible para conseguir tropas y, de hecho, había reunido una fuerza de treinta mil infantes y tres mil jinetes, pero no se atrevió a aproximarse al enemigo hasta que Sífax se le unió. Este llegó con cincuenta mil soldados de infantería y diez mil de caballería, y con sus fuerzas unidas avanzaron de inmediato desde Cartago y se colocaron en una posición no muy lejos de Útica y las líneas romanas. Su aproximación se tradujo en, al menos, un resultado importante: después de conducir el sitio de Útica con todos los recursos a su disposición, Escipión abandonó cualquier otro intento contra la plaza y, como se aproximaba el invierno, construyó un campo atrincherado en una lengua de tierra que se proyectaba en el mar y estaba conectada por un estrecho istmo con el continente. Unió los campamentos de las fuerzas terrestres y navales tras una misma empalizada. Las legiones quedaron situadas en el centro de la península; los barcos, que se habían varado, y sus tripulaciones ocuparon la parte norte; las tierras bajas en el lado sur fueron asignadas a la caballería. Tales fueron los sucesos de la campaña

de África hasta el final del otoño.

[29.36] Además del grano que se había acumulado por el saqueo de todo el país, y los suministros traídos desde Sicilia e Italia, una gran cantidad fue enviada por el propretor Cneo Octavio, que las había obtenido de Tiberio Claudio, el gobernador de Cerdeña. Los graneros existentes estaban todos llenos y se construyeron otros nuevos. El ejército necesitaba vestuario y Octavio recibió instrucciones para hablar con el gobernador y ver cuánta ropa se podía fabricar y enviar desde aquella isla. El asunto fue atendido rápidamente y, en poco tiempo, se remitieron mil doscientas togas y doce mil túnicas. Durante este verano, el cónsul Publio Sempronio, que estaba al mando en el Brucio, iba marchando cerca de Crotona cuando se topó con Aníbal. Se produjo un batalla tumultuosa, pues ambos ejércitos marchaban en orden de columna y no se desplegaron en línea. Los romanos fueron rechazados, y aunque se trató más de un cuerpo a cuerpo desordenado que de una batalla, murieron no menos de mil doscientos del ejército del cónsul. Se retiraron en desorden a su campamento, pero el enemigo no se atrevió a atacarlo. El cónsul, sin embargo, escapó en el silencio de la noche, después de enviar un mensaje al procónsul Publio Licinio para que trajera sus legiones. Con sus fuerzas unidas, ambos jefes marcharon nuevamente para enfrentarse a Aníbal. Ninguna parte vaciló; la confianza del cónsul se había recuperado al duplicar sus fuerzas y el valor del enemigo se había acrecentado con su reciente victoria. Publio Sempronio colocó a sus propias legiones delante, situándose las de Publio Licinio en reserva. Al comienzo de la batalla, el cónsul prometió un templo a la Fortuna Primigenia en caso de que derrotara al enemigo, siéndole concedido su ruego. Los cartagineses fueron derrotados y puestos en fuga, más de cuatro mil murieron, casi trescientos fueron hechos prisioneros y se capturaron cuarenta caballos y once estandartes. Intimidado por su derrota, Aníbal se retiró a Crotona. Etruria, en el otro extremo de Italia, estaba casi en su totalidad de parte de Magón, esperando, con su ayuda, poder rebelarse. El cónsul Marco Cornelio mantuvo su dominio sobre la provincia más por el terror creado por los juicios que por la fuerza de las armas. Llevó a cabo las investigaciones que el Senado le había encargado hacer, sin contemplación alguna por nadie: muchos nobles etruscos que se habían entrevistado personalmente con Magón, o habían mantenido correspondencia con él, fueron procesados y condenados a muerte; otros, sabiéndose igualmente culpables, marcharon al exilio y fueron sentenciados en ausencia. Como sus personas no pudieron ser habidas, solo se pudo confiscar sus propiedades como anticipo de su futuro castigo.

[29.37] Mientras los cónsules llevaban a cabo estas empresas en sus distintas regiones, los censores Marco Livio y Cayo Claudio estaban ocupados en Roma. Revisaron la lista de senadores y Quinto Fabio Máximo fue elegido de nuevo como Príncipe del Senado. Siete nombres fueron eliminados de la lista, pero ninguno de ellos había usado nunca silla curul. Los censores insistieron en el exacto cumplimiento de los contratos que se habían hecho para la reparación de edificios públicos, firmando contratos adicionales para la construcción de una calle desde el Foro Boario hasta el templo de Venus, alrededor de los asientos del Circo, y también para la construcción de un templo dedicado a la Magna Mater en el Palatino. Impusieron además un nuevo impuesto anual en forma de tasa sobre la sal. En Roma y en Italia se había estado vendiendo por un sextante, y se obligó a los concesionarios a venderla en Roma al precio antiguo, pero permitiéndoles cargar un precio mayor en los pueblos del interior y en los mercados. Se creía que uno de los censores había ideado este impuesto por despecho hacia el pueblo, porque una vez había sido injustamente condenado por este, y se dijo que el alza en el precio de la sal afectaba en mayor medida en las tribus que habían contribuido a su condena. Por este motivo, Livio recibió el sobrenombre de Salinator. El lustro fue cerrado después de lo habitual, debido a que los censores habían enviado comisionados a las provincias para determinar el número de ciudadanos romanos que estaban sirviendo en los ejércitos. Incluyendo a estos, el número total, como se muestra en el censo, ascendió a doscientos catorce mil. El lustro fue cerrado por Cayo Claudio Nerón. Este año, por

primera vez, se recibió el censo de las doce colonias, habiendo proporcionado los censores de las colonias las listas, de manera que quedase registrada en los archivos de la república la fuerza militar y situación financiera de cada una. Luego siguió la revisión de los caballeros y dio la casualidad de que ambos censores poseían caballo a cargo del erario público. Cuando llegaron a la tribu Polia, donde estaba inscrito Marco Livio, el heraldo dudó en citar al mismo censor. *Nombra a Marco Livio*, exclamó Nerón y luego, como si aún perviviera la antigua enemistad o como si tuviera un arranque de severidad inoportuna, se volvió a Livio y le ordenó que vendiera su caballo, como había sido condenado por el veredicto del pueblo. Cuando iban por la tribu Arniense y llegó al nombre de su colega, Livio ordenó a Cayo Claudio Nerón que vendiera su caballo por dos razones; primero, porque había dado falso testimonio contra él y, segundo, porque no había sido sincero al reconciliarse con él. Así, al término de su censura, se produjo una disputa en descrédito de ambos, cada uno mancillando el buen nombre del otro a costa del suyo propio.

Después que Cayo Claudio Nerón hubo hecho la declaración jurada de costumbre, según había actuado de conformidad con las leyes, se acercó al Tesoro y, entre los nombres de aquellos a quienes dejó privados de derechos, colocó el de su colega. Le siguió Marco Livio, quien adoptó medidas aún más dramáticas. Con excepción de la tribu Mecia, que no le condenó antes ni después, a pesar de su condena, lo nombró cónsul o censor, Livio redujo a la condición de erario a las treinta y cuatro restantes tribus del pueblo romano, sobre la base de que habían condenado a un hombre inocente y, luego, lo habían nombrado cónsul y censor. Sostuvo que habían de admitir que, o bien actuaron ilegalmente al juzgarle la primera vez, o bien lo hicieron luego dos veces como electores. Entre las treinta y cuatro tribus, Cayo Claudio Nerón, dijo, sería privado de sus derechos y si hubiera algún precedente de haber degradado al mismo hombre dos veces, así lo haría con aquel en concreto. Esta rivalidad entre los censores, estigmatizándose mutuamente, resultaba deplorable, pero la dura lección administrada al pueblo por su inconstancia era, en justicia, la que debía darles un censor y estaba en correspondencia con la seriedad de aquel tiempo. Como los censores hubieran caído en desgracia respecto a uno de los tribunos de la plebe, Cneo Bebio, este consideró que aquella era una buena ocasión para lograr popularidad a su costa y señaló un día para que comparecieran ante el pueblo. La propuesta fue derrotada por el voto unánime del Senado, determinado a que la censura no quedase en el futuro a merced del capricho popular.

[29,38] Durante el verano, el cónsul tomó al asalto Clampetia, en el Brucio; Cosenza, Pandosia y algunos otros lugares sin importancia se entregaron voluntariamente. A medida que se acercaba el momento de las elecciones, se pensó que lo mejor sería llamar a Cornelio de Etruria, pues no había allí hostilidades en curso, y él celebró las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Cneo Servilio Cepión y Cayo Servicio Gémino. En la elección de los pretores que siguió, los elegidos fueron Publio Cornelio Léntulo, Publio Quintilio Varo, Publio Elio Peto y Publio Vilio Tápulo; los dos últimos eran, en aquel momento, ediles plebeyos. Cuando terminaron las elecciones, el cónsul regresó a Etruria. Algunas muertes se produjeron este año entre los sacerdotes, haciéndose los nombramientos para cubrir las vacantes. Tiberio Veturio Filón fue nombrado Flamen de Marte en lugar de Marco Emilio Régilo, que murió el año anterior. Marco Pomponio Matón, que había sido tanto augur como decenviro de los Libros Sagrados, fue sucedido por Marco Aurelio Cota en el último cargo y por Tiberio Sempronio Graco, un hombre muy joven, como augur, algo muy inusual en aquella época en los nombramientos al sacerdocio. Los ediles curules, Cayo Livio y Marco Servilio Gémino, colocaron en el Capitolio carros de oro. Los ediles, Publio Elio y Publio Vilio, celebraron durante dos días los Juegos Romanos. También se celebró una fiesta en honor de Júpiter con motivo de los Juegos.

LIBRO XXX. FIN DE LA GUERRA CONTRA ANÍBAL

[30,1] Era ya era el decimosexto año de la II Guerra Púnica *(203 a.C.)*. Los nuevos cónsules, Cneo Servilio y Cayo Servilio, presentaron ante el Senado las cuestiones de política general de la república, la dirección de la guerra y la asignación de provincias. Se resolvió que los cónsules deben llegar a un acuerdo, o en su defecto decidir por sorteo, cuál de ellos debería enfrentarse a Aníbal en el Brucio mientras el otro obtenía como provincia la Etruria y la Liguria. Aquel a quien correspondiera el Brucio se haría cargo del ejército de Publio Sempronio, cuyo mando se extendería un año más como procónsul, y habría de relevar a Publio Licinio, quien debería de regresar a Roma. Licinio no sólo era un buen soldado, sino también, en todos los aspectos, uno de los ciudadanos más destacados de la época; combinaba en sí mismo cuantas cualidades pudieran conceder la naturaleza o la fortuna: era un hombre de excepcional belleza, de extraordinaria fuerza física y se le consideraba uno de los más elocuentes oradores, tanto exponiendo una causa como defendiendo o atacando una medida en el Senado o ante la Asamblea, estando totalmente versado en las leyes sagradas. Su reciente consulado había asentado su reputación como jefe militar. Se adoptaron también disposiciones similares a las del Brucio para Etruria y Liguria; Marco. Cornelio entregaría su ejército al nuevo cónsul y mantendría la provincia de la Galia con las legiones que Lucio Escribonio había mandado el año anterior. A continuación, los cónsules sortearon sus provincias, correspondiéndole el Brucio a Cepión y Etruria a Servilio Gémino. Después se procedió a sortear las provincias de los pretores; Elio Peto obtuvo la pretura urbana, en Publio Léntulo recayó Cerdeña, Sicilia a Publio Vilio y Rímini a Quintilio Varo con las dos legiones que había mandado Espurio Lucrecio. Este vio extendido su mando por otro año, para permitirle reconstruir Génova, que había sido destruida por Magón. Se prorrogó el mando de Escipión hasta que se diera término a la guerra en África. También se emitió un decreto para que, habiendo pasado a África, se ofrecieran solemnes rogativas a los dioses para que su expedición fuera en provecho del pueblo romano, del general y de su ejército.

[30,2] Se alistaron tres mil hombres para el servicio en Sicilia, pues todas las tropas de esa provincia habían sido llevadas a África y se había decidido que la isla debía ser protegida por cuarenta naves hasta que la flota regresara de África. Vilio llevó con él trece buques nuevos, el resto eran los antiguos de Sicilia que fueron reacondicionados. Marco Pomponio, que había sido pretor el año anterior, fue designado para hacerse cargo de esta flota y en ella se embarcaron los nuevos reclutas que había traído de Italia. Se asignó una flota igual a Cneo Octavio, quien también había sido pretor el año anterior y que quedó investido ahora con poderes similares para proteger la costa sarda. Al pretor Léntulo se le ordenó proporcionar dos mil hombres para servir con la flota. En vista de la incertidumbre en cuanto a dónde pudiera hallarse la flota cartaginesa -se pensaba que irían a cualquier lugar sin vigilancia-, se proporcionaron cuarenta buques a Marco Marcio para que vigilara la costa de Italia. Los cónsules fueron autorizados por el Senado para alistar tres mil hombres para esta flota, así como dos legiones para defender la Ciudad contra cualquier imprevisto. La provincia de Hispania quedó al mando de sus antiguos generales, Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, que conservaron sus antiguas legiones. Aquel año hubo en servicio activo veinte legiones y ciento sesenta naves de guerra. Se ordenó a los pretores que marcharan a sus respectivas provincias. Antes de que los cónsules dejaran la Ciudad, recibieron órdenes del Senado para celebrar los Grandes Juegos, que según la ofrenda del dictador Tito Manlio Torcuato precisaban ser celebrados cada cinco años, si se mantenían sin alteración las condiciones de la República. Numerosas historias de presagios llenaron las mentes de los hombres con supersticiosos terrores. Se dijo que unos cuervos recogieron con sus picos parte del oro del Capitolio, y que de hecho se lo comieron, y que las ratas mordieron una corona de oro en Anzio. Todo el campo alrededor de Capua quedó cubierto por un inmenso enjambre de langostas, sin que nadie supiera de dónde habían venido. En Rieti nació un potro con cinco patas; en Anagni, primero, se vieron fuegos en diferentes partes del cielo y estos

fueron seguidos por una enorme antorcha ardiente; en Frosinone, un delgado arco rodeó el Sol, cuyo tamaño creció luego hasta extenderse más allá del arco; en Arpino se produjo un hundimiento de tierra, formándose un gran abismo. Al estar uno de los cónsules sacrificando, se vio que el hígado de la primera víctima estaba sin cabeza. Estos augurios fueron expiados mediante el sacrificio de víctimas mayores, indicando el colegio de pontífices a qué dioses se debían ofrendar.

[30,3] Una vez resuelto este asunto, los cónsules y los pretores partieron a sus diferentes provincias. Todos, sin embargo, estaban interesados por lo que ocurría en África, tanto como si les hubiera correspondido a ellos en suerte; fuese porque vieran que la guerra y el destino de su patria se decidirían allí o porque deseasen prestar un servicio a Escipión, como el hombre a quien todas las miradas se volvían. Así fue como no sólo de Cerdeña, como queda dicho, sino de la misma Sicilia y de Hispania se le enviaban ropas y grano, y de Sicilia también armas y toda clase de suministros. Durante todo el invierno no se produjo pausa alguna en las numerosas operaciones que Escipión llevó a cabo por todas partes. Mantuvo el asedio de Útica; su campamento estaba a plena vista de Asdrúbal; los cartagineses habían botado sus barcos y tenían su flota completamente equipada y dispuesta para interceptar sus suministros. No obstante, él no había perdido de vista su propósito de reconciliarse con Sífax, en el caso de que su pasión por su esposa ya se hubiera enfriado tras el continuo placer. Sífax ansiaba la paz y propuso como condiciones que los romanos debían evacuar África y los cartagineses Italia, pero dio a entender a Escipión que, si la guerra continuaba, el no abandonaría a sus aliados. Yo creo que las negociaciones se llevaron a cabo a través de intermediarios -y la mayor parte de los autores adoptan este punto de vista- en lugar de que Sífax, como afirma Valerio Antias, llegara al campamento romano para conferenciar personalmente con Escipión. Al principio, el comandante romano apenas permitió que fueran contemplados estos términos; después, sin embargo, con el fin de que sus hombres pudieran tener una razón plausible para visitar el campamento de los enemigos, no las rechazó tan decididamente, extendiendo las esperanzas de que tras las frecuentes conversaciones pudieran llegar a un acuerdo. Los cuarteles de invierno de los cartagineses, construidos como estaban con materiales recogidos al azar de los campos vecinos, estaban hechos casi completamente con madera. Los númidas, en particular, vivían en chozas hechas con cañas y techadas con esteras de hierba; se esparcían por todo el campo sin orden ni concierto, algunas incluso por fuera de las líneas. Cuando se informó de esto a Escipión, albergó la esperanza de tener la oportunidad de incendiar el campamento de arriba a abajo.

[30.4] A los embajadores enviados a Sífax les acompañaron algunos centuriones primiordines, hombres sagaces y de valor probado, disfrazados como esclavos del campamento. Mientras los embajadores estaban en la conferencia, aquellos hombres se paseaban por el campamento observando todos los accesos y salidas, la disposición general del campamento, las posiciones respectivas de cartagineses y númidas, así como la distancia entre el campamento de Asdrúbal y el de Sífax. Observaron también el sistema que tenían para situar vigías y guardias, viendo si se lanzaría mejor por el día o por la noche un ataque por sorpresa. Las conferencias se celebraron con mucha frecuencia, y se enviaron distintos hombres cada vez con el fin de que aquellos detalles pudieran ser conocidos por el mayor número posible. Como las discusiones se hicieran con frecuencia cada vez mayor, Sífax, y a través de él los cartagineses, esperaban que la paz se lograra en unos pocos días. De repente, los embajadores romanos anunciaron que se les había prohibido regresar a su pretorio a menos que se les diera una respuesta definitiva. Sífax debía decir si había tomado ya una decisión o, si le fuera preciso consultar con Asdrúbal y los cartagineses, hacerlo así; había llegado el momento, bien de un acuerdo de paz, bien de la enérgica reanudación de las hostilidades. Mientras Sífax consultaba con Asdrúbal y los cartagineses, los espías romanos tuvieron tiempo de visitar cada rincón del campamento y Escipión de tomar todas sus disposiciones. La esperanza de paz había hecho, como suele ocurrir, que Sífax y los cartagineses estuviesen menos alertas para guardarse contra cualquier intento hostil que se pudiera producir en el ínterin. Por fin

llegó la respuesta, pero como suponían que los romanos estaban ansiosos por firmar la paz, aprovecharon la oportunidad para añadir algunas condiciones inaceptables. Esto era justo lo que Escipión quería, para así justificar la ruptura del armisticio. Le dijo al mensajero del rey que iba a remitir el asunto a su consejo; al día siguiente le dio su respuesta, en el sentido de que ni un solo miembro del consejo, aparte de él mismo, estaba a favor de la paz. El mensajero debía llevar el mensaje de que la única esperanza de paz para Sífax residía en abandonar la causa de los cartagineses. Así, Escipión puso fin a la tregua con el fin de quedar libre para llevar a cabo sus planes sin violar en modo alguno su palabra. Botó sus barcos -ya era el comienzo de la primavera- y puso a bordo sus máquinas y piezas de artillería, como si fuese a atacar Útica desde el mar. También envió dos mil hombres para mantener la colina que dominaba la ciudad, y que ya había ocupado anteriormente, en parte con la intención de desviar la atención del enemigo de su auténtico objetivo y en parte para impedir que su campamento pudiera ser atacado desde la ciudad, ya que quedaría con sólo una débil guardia mientras marchaba contra Sífax y Asdrúbal.

[30,5] Después de tomar estas disposiciones, convocó un consejo de guerra y ordenó a los espías que informasen de cuanto habían descubierto; al mismo tiempo, pidió a Masinisa, que lo conocía todo sobre el enemigo, que le contase al Consejo todo lo que sabía. Después les expuso su plan de operaciones para la noche siguiente y ordenó a los tribunos que llevasen las tropas al campo de batalla en cuanto tocaran las trompetas al disolverse el consejo. Cumpliendo sus órdenes, empezaron a salir los estandartes con la puesta del sol. Sobre la primera guardia, la columna de marcha quedó desplegada en formación de combate. Después de avanzar con esta formación a ritmo suave durante siete millas, alcanzaron el campamento enemigo cerca de la medianoche. Escipión asignó a Lelio una parte de sus fuerzas, incluyendo a Masinisa y sus númidas, con órdenes de atacar a Sífax e incendiar su campamento. Se llevó después aparte a Lelio y a Masinisa, y les pidió a cada uno, por separado, que pusieran el mayor cuidado y diligencia durante la confusión inherente a un ataque nocturno. Les dijo que él atacaría a Asdrúbal y el campamento cartaginés, pero que esperaría hasta que viese el fuego en el campamento del rey. No hubo de esperar mucho tiempo, pues cuando prendió el fuego en las cabañas más próximas a ellos, saltó rápidamente a las siguientes y se extendió por el campamento, en todas direcciones. Un fuego tan extenso, extendiéndose durante la noche, produjo la natural alarma y confusión, pero los hombres de Sífax pensaron que era accidental y salieron corriendo a extinguirlo, sin armas. En seguida se encontraron enfrentados a un enemigo armado, principalmente los númidas de Masinisa que, familiarizados con la disposición del campamento, se habían situado en los lugares donde podían bloquear todas la vías. Algunos quedaron atrapados por las llamas, aún medio dormidos en sus camas; otros muchos fueron pisoteados al huir precipitadamente y agolparse en las puertas del campamento.

[30.6] En el campamento cartaginés, los primeros en ver las llamas fueron los vigías y después las vieron el resto, despertados por el tumulto; todos cayeron en el mismo error de suponer que se trataba de un fuego accidental. Tomaron los gritos de los combatientes heridos por los de la alarma nocturna, por lo que no fueron conscientes de lo realmente ocurrido. Sin sospechar, ni mucho menos, la presencia del enemigo, salieron corriendo, cada uno por la puerta que le quedaba más cercana y sin llevar arma alguna, para ayudar a extinguir las llamas; dieron directamente contra el ejército romano. Todos fueron aniquilados, al no darles cuartel el enemigo, y ninguno pudo escapar y dar la alarma. En la confusión, las puertas quedaron sin vigilancia y Escipión se apoderó inmediatamente de ellas, prendiendo fuego a las chozas más cercanas. Las llamas estallaron en un primer momento en diferentes lugares, pero, corriéndose de cabaña en cabaña, en muy pocos instantes envolvió a todo el campamento en un vasto incendio. Hombres y animales, medio quemados, bloqueaban el paso de las puertas y caían aplastados unos por otras. Aquellos a quienes no alcanzó el fuego perecieron por la espada y ambos campamentos se vieron abocados a una común destrucción. Ambos generales, no obstante, se salvaron, y de todos aquellos miles, solo dos

mil de infantería y quinientos de caballería lograron escapar, en su mayoría heridos o con quemaduras. Perecieron cuarenta mil hombres, fuese por el fuego o por el enemigo; unos cinco mil fueron hechos prisioneros, incluyendo muchos nobles cartagineses de los que once eran senadores; se capturaron ciento setenta y cuatro estandartes, dos mil setecientos caballos y seis elefantes, habiendo sido muertos o quemados otros ocho. Se capturó una enorme cantidad de armas, que el general ofrendó a Vulcano quemándolas todas.

[30,7] Asdrúbal, a quien acompañó en su huida un pequeño grupo de jinetes, se dirigió a la ciudad más cercana de los africanos, donde se le unieron luego todos los que sobrevivieron; pero temiendo la ciudad se entregase a Escipión, partió durante la noche. Poco después de su salida se abrieron las puertas para dejar entrar a los romanos y, como la rendición fuera voluntaria, el lugar no sufrió trato violento. Se tomaron y saquearon dos ciudades poco después y el botín que allí se logró, junto a todo lo rescatado del campamento incendiado, se entregó a los soldados. Sífax se estableció en una posición fortificada a unas ocho millas de distancia, Asdrúbal se apresuró a marchar a Cartago, temiendo que el reciente desastre hiciera que el asustado Senado tomara alguna decisión pusilánime. Tan grande era, en verdad, el terror, que el pueblo esperaba que Escipión abandonase Útica y comenzara inmediatamente el asedio de Cartago. Los sufetes, -una magistratura que corresponde a la nuestra de cónsul- convocaron una reunión del Senado en la que se presentaron tres propuestas. Una de ellos fue la de enviar embajadores a Escipión para negociar la paz; otra, llamar a Aníbal para que regresara y protegiera a su patria de la ruina que la amenazaba; la tercera, que mostraba una firmeza digna de los romanos en la adversidad, instaba al refuerzo del ejército hasta el total de sus fuerzas y hacer un llamamiento a Sífax para que no abandonase las hostilidades. La última propuesta, que fue apoyada por Asdrúbal y el conjunto del partido Bárcida, fue la adoptada. El reclutamiento se inició en seguida en la ciudad y los distritos rurales, y se envió una delegación a Sífax, que ya estaba haciendo todo lo posible para reponer sus pérdidas y reanudar las hostilidades. Le apremiaba su esposa, ahora ya sin confiar como antes en las palabras cariñosas y las caricias, tan persuasivas sobre los enamorados, sino que con ruegos, llamamientos lastimeros y ojos bañados en lágrimas, instaba a los dioses para que no le permitieran traicionar a su padre y a su patria, ni a dejar que Cartago fuera devastada por las llamas con habían consumido su campamento. La embajada le alentó y dio esperanzas, informándole de que se habían encontrado, cerca de una ciudad llamada Oba, un grupo de unos cuatro mil mercenarios celtíberos que habían sido reclutados en Hispania, una fuerza espléndida, y que Asdrúbal aparecería pronto con un formidable ejército. Sífax les respondió en términos amistosos y luego los llevó a ver un gran número de campesinos númidas a quienes acababa de entregar armas y caballos, asegurándoles que iba a convocar a todos los jóvenes de su reino. Era bien consciente, les dijo, de que su derrota se debió al fuego y no a la suerte de la batalla; solo el hombre vencido por las armas era inferior en la guerra. Tal fue el tenor de su respuesta a la delegación. Unos días más tarde, Asdrúbal y Sífax unieron sus ejércitos; sus fuerzas unidas ascendían a cerca de treinta mil hombres.

[30,8] Escipión apretó el asedio de Útica, como si la guerra hubiese finalizado en lo que se refería a Sífax y los cartagineses, y ya estaba acercando sus máquinas hasta las murallas, cuando recibió noticias de la actividad del enemigo. Dejando una pequeña fuerza para mantener la apariencia de un asedio por tierra y mar, marchó con el cuerpo principal de su ejército al encuentro de sus enemigos. Su primera posición fue sobre una colina a unas cuatro millas del campamento del rey. Al día siguiente hizo bajar a su caballería hasta lo que se conocía como las Grandes Llanuras, una franja de tierra llana que se extendía al pie de la colina, y pasó el día cabalgando hacia los puestos avanzados del enemigo y hostigándolos con escaramuzas. Durante los siguientes dos días, ambas partes sostuvieron aquella lucha inconexa sin resultado alguno digno de mención; al cuarto día ambas partes bajaron a presentar batalla. El comandante romano dispuso a sus príncipes detrás de los manípulos frontales de asteros, con los triarios como reserva; la caballería italiana se situó en

el ala derecha, con Masinisa y los númidas en la izquierda. Sífax y Asdrúbal colocaron la caballería númida frente a la italiana, y la caballería cartaginesa se enfrentó a Masinisa mientras los celtíberos formaban en el centro para enfrentarse a la carga de las legiones. Con esta formación se aproximaron. Los númidas y cartagineses de ambas alas fueron derrotadas al primer choque; los primeros, que eran en su mayoría campesinos, no pudieron resistir a la caballería romana, como tampoco pudo la cartaginesa, compuesta también por reclutas, mantenerse frente a Masinisa, cuya reciente victoria lo había hecho más formidable que nunca. Aunque expuestos por ambos flancos, los celtíberos se mantuvieron firmes, pues al no conocer el país la huida no les ofrecía seguridad, ni tampoco podían esperar ningún cuartel de Escipión al haber llevado sus armas mercenarias a África para atacar al hombre que tanto había hecho por ellos y por sus compatriotas. Completamente rodeados por sus enemigos, murieron luchando hasta el final, cayendo uno tras otro en la posición donde se encontraban. Mientras que la atención de todos estaba concentrada en ellos, Sífax y Asdrúbal ganaron tiempo para escapar. Los vencedores, cansados de la masacre más que de combatir, fueron sorprendidos por la noche.

[30.9] Por la mañana, Escipión envió a Lelio con toda la caballería, romana y númida y alguna infantería armada en persecución de Sífax y Asdrúbal. Las ciudades vecinas, todas las cuales estaban sometidas a Cartago, fueron atacadas por él con lo principal de su ejército; algunas las conquistó apelando a sus esperanzas y temores, otras las tomó al asalto. Cartago estaba en un estado de pánico terrible, pues estaban seguros de que cuando hubiera sometido aquellas ciudades con el rápido progreso de sus armas, lanzaría un repentino ataque contra la ciudad. Las murallas fueron reparadas y protegidas con baluartes; cada hombre, por su cuenta, trasladó desde los campos cuanto le permitiera soportar un largo asedio. Pocos se atrevían a mencionar la palabra *paz* en el Senado, muchos estaban a favor de llamar de vuelta a Aníbal y la mayoría era de la opinión de que la flota destinada a interceptar los suministros debía enviarse a destruir los buques anclados en Útica, que actuaban sin suficiente prevención. Esta propuesta encontró la mayoría de votos a favor; al mismo tiempo, se decidió mandar aviso a Aníbal, *pues aún en el supuesto* -argumentaron- *de que las operaciones navales fueran un éxito completo, el sitio de Útica quedaría sólo parcialmente levantado; quedando después la defensa de Cartago, no tenían más general que Aníbal ni otro ejército más que el de Aníbal para encargarse de aquella tarea*. Al día siguiente se botaron algunas naves y, al mismo tiempo, zarpó un grupo de legados hacia Italia. El estado crítico de las cosas sirvió de fuerte estímulo, todo se hizo con febril energía y a quien quiera que mostrase vacilación o tardanza se le consideraba un traidor a la seguridad de todos. Como Escipión fuera avanzando lentamente, con su ejército retrasado por los despojos de tantas ciudades, envió a los prisioneros y el resto del botín a su antiguo campamento en Útica. Siendo ahora Cartago su objetivo, tomó Túnez, de la que había huido su guarnición, un lugar a unas quince millas de Cartago, protegida tanto por su situación natural como por sus obras defensivas. Es visible desde Cartago y sus murallas ofrecen una vista del mar que la rodea.

[30.10] Mientras los romanos estaban ocupados fortificándose, vieron a la flota enemiga navegando desde Cartago hacia Útica. De inmediato cesaron los trabajos, se dio la orden de marcha y el ejército efectuó un rápido avance, temiendo que los buques fueran tomados por sorpresa, aproados a la costa y ocupados en el asedio, sin estar dispuestos para una batalla naval. *¿Cómo pueden -se preguntaban- resistirse ante una flota en marcha, completamente armada y navegando en perfecto orden, unos barcos cargados con artillería y máquinas de guerra, o convertidos en transportes, llegados tan próximos a las murallas como para poder emplearlos como base para grupos de asalto a modo de escalas y puentes?* Dadas las circunstancias, Escipión abandonó las tácticas habituales. Llevando los buques de guerra que hubieran podido proteger a los otros hasta la posición más retrasada, cerca de la costa, alineó los transportes delante de ellos en cuatro líneas para que sirvieran como muro contra el ataque del enemigo. Para evitar que se deshicieran las líneas por

culpa de las violentas cargas, ató las naves entre sí mediante mástiles, antenas y gruesas maromas de barco a barco, como una cadena continua. A continuación, fijó tablas en la parte superior de éstos, creando así un paso libre a lo largo de toda la línea, pudiendo navegar bajo estos puentes naves exploradoras que tenían espacio para atacar al enemigo y retirarse a su seguridad. Después de completar estas apresuradas medidas cuanto se lo permitió el tiempo, situó mil hombres escogidos a bordo de los transportes, con una enorme cantidad de proyectiles, para que fueran suficientes sin importar la duración de los combates. Así dispuestos y ansiosos, esperaron al enemigo.

Si los cartagineses se hubieran movido más rápidamente, habrían encontrado prisas y desorden por doquier y podrían haber destruido la flota al primer contacto. Estaban, sin embargo, desalentados por la derrota de sus fuerzas de tierra, y ahora ya no se sentían confiados ni siquiera en la mar, el elemento en que más fuertes eran. Después de navegar lentamente durante todo el día, llegaron cerca del atardecer a un puerto llamado Rusucmona por los nativos. Al día siguiente, se hicieron a la mar en formación de combate, esperando que los romanos vinieran a atacarles. Después de haber estado detenidos durante mucho tiempo y sin movimiento visible por parte del enemigo, comenzaron por fin a atacar los transportes. Nada de aquello se asemejaba en absoluto a una batalla naval; parecía justamente como si los buques estuviesen atacando murallas. Los transportes eran considerablemente más altos que sus oponentes, y por lo tanto los proyectiles de los buques cartagineses, que se tenían que lanzar desde más abajo, eran en su mayoría ineficaces; los arrojados desde lo alto de los transportes caían con más fuerza, añadiendo su peso al impacto. Las naves ligeras y de exploración, que salían por entre los intervalos bajo las pasarelas de tablones, fueron arrolladas por el impulso y mayor tamaño de los navíos de guerra, convirtiéndose al mismo tiempo en un estorbo para quienes se defendían desde los transportes, que a menudo se veían obligados a desistir de arrojar proyectiles por miedo a alcanzarles mientras estaban mezclados con los barcos enemigos. Al final, los cartagineses comenzaron a lanzar palos con ganchos de agarre al extremo -los soldados los llaman arpones- a los barcos romanos, resultando imposible cortar los palos ni las cadenas de las que estaban suspendidos. Cuando un buque de guerra se había enganchado a uno de los transportes, lo arrastraba remando y se podía ver cómo cedían las cuerdas que unían a los transportes entre sí, siendo arrastrada a veces toda una línea de transportes. De esta manera, todas las pasarelas que conectaban la primera línea de transportes quedaron rotas, y casi no quedaba sitio donde los defensores pudieran buscar refugio en la segunda línea. Sesenta transportes fueron remolcados hacia Cartago. Aquí, el regocijo fue mayor del justificable por las circunstancias del caso; pero lo que lo hizo aún más celebrado fue el hecho de que la flota romana había escapado por poco a la destrucción; un escape debido a la desidia del comandante cartaginés y a la oportuna llegada de Escipión. Entre tantas continuos desastres y duelos, este fue un inesperado motivo de alegría.

[30.11] Mientras tanto, Lelio y Masinisa, después de una marcha de quince días, entraron en Numidia y los masesulios, encantados de ver a su rey, cuya ausencia habían lamentado tanto tiempo, lo pusieron nuevamente en el trono de sus antepasados. Todas las guarniciones con las que Sífax había ocupado el país fueron expulsadas, viéndose confinado dentro de los límites de sus antiguos dominios. No tenía ninguna intención, sin embargo, de quedarse quieto; le incitaban su esposa, a quien amaba apasionadamente, y su padre; tenía tan gran cantidad de hombres y caballos, que la mera visión de los recursos que ofrecía un reino que había disfrutado de tantos años de prosperidad habría estimulado la ambición incluso de un carácter menos bárbaro e impulsivo del que poseía Sífax. Reunió a todos los que eran aptos para la guerra y, después de distribuir entre ellos caballos, armaduras y armas, encuadró a los hombres montados en turmas y a la infantería en cohortes, una disposición que había aprendido en los viejos tiempos de los centuriones Con este ejército, tan numeroso como el que había tenido antes pero compuesto casi en su totalidad de reclutas nuevos y sin entrenamiento, se dirigió al encuentro de sus enemigos y fijó su campamento en las proximidades. En un primer momento, envió pequeños grupos de caballería desde los puestos

avanzados para practicar un cauteloso reconocimiento; obligados a retirarse por una lluvia de dardos, galoparon de vuelta con sus compañeros. Ambos lados hicieron incursiones alternativamente, e indignados por haber sido rechazados se aproximaron en grupos mayores. Esto suele actuar como acicate en las escaramuzas de caballería, cuando el bando ganador encuentra a sus compañeros acudiendo hacia ellos con la esperanza de la victoria, mientras que la rabia ante la perspectiva de la derrota atrae los apoyos para quienes van perdiendo. Así fue entonces: el combate había sido iniciado por unos pocos, pero el amor por la lucha atrajo finalmente a toda la caballería de ambos bandos al campo de batalla. Mientras solo se enfrentaron las caballerías, los romanos tuvieron gran dificultad en enfrentar el gran número de masesulios que Sífax envió al frente. De pronto, sin embargo, la infantería romana irrumpió entre la caballería que les abría paso y esto dio firmeza a la línea y detuvo el avance enemigo. Este aflojó su velocidad y después se detuvo, siendo pronto desordenados por este desacostumbrado modo de combatir. Finalmente cedieron terreno, no solo ante la infantería, sino también ante la caballería, a la que el apoyo de su infantería había dado nuevos bríos. En aquel momento llegaban las legiones, pero los masesulios no esperaron su ataque; la mera visión de sus estandartes y armas bastó, tal era el efecto de los recuerdos de sus pasadas derrotas o del miedo que ahora les inspiraba el enemigo.

[30,12] Sífax estaba cabalgando hacia las turmas enemigas, con la esperanza de que su sentido del honor o su peligro personal pudieran detener la huida de sus hombres, cuando su caballo resultó herido de gravedad y él fue arrojado a tierra, reducido, hecho prisionero y conducido ante Lelio. Masinisa se alegró especialmente de verlo cautivo. Cirta era la capital de Sífax, y un número considerable escapó a esa ciudad. Las pérdidas sufridas fueron insignificantes en comparación con la importancia de la victoria, al haberse limitado los combates a la caballería. No hubo más de cinco mil muertos, y en el asalto del campamento, donde la masa de las tropas había huido después de haber perdido a su rey, menos de la mitad de ese número fueron hechos prisioneros. Masinisa dijo a Lelio que nada le gustaría más en aquel momento que visitar como vencedor sus dominios ancestrales, que había recobrado después de tantos años, pues tanto en la derrota como en la victoria se precisaban acciones rápidas. Sugirió que se le permitiera ir con la caballería y el vencido Sífax hasta Cirta, la podría tomar confusa por el miedo; Lelio le podría seguir con la infantería en fáciles jornadas. Lelio dio su consentimiento y Masinisa avanzó hacia Cirta, ordenando que se invitara a conferencias a los ciudadanos principales. Estos estaban ignorantes de lo que había ocurrido al rey, y aunque Masinisa les contó cuanto había sucedido, se encontró con que tanto las amenazas como la persuasión resultaron inútiles hasta que les presentó al rey encadenado. Ante este espectáculo penoso y humillante se produjo un estallido de dolor, las defensas fueron abandonadas y se tomó la decisión unánime de buscar el favor de la victoria abriéndole las puertas. Después de situar guardias alrededor de todas las puertas y en los lugares adecuados de las fortificaciones, galopó hasta el palacio para tomar posesión de este.

Conforme se adentraba por el vestíbulo, en realidad en el mismo umbral, se encontró con Sofonisba, la esposa de Sífax e hija del cartaginés Asdrúbal. Cuando ella lo vio rodeado por una escolta armada, destacando por sus armas y apariencia general, supuso con razón que él era el rey y, arrojándose a su pies, exclamó: *Tu valor y buena fortuna, ayudado por los dioses, te han dado poder absoluto sobre nosotros. Pero si una cautiva puede pronunciar palabras de súplica ante quien es dueño de su destino, si puede ella tocar su mano derecha victoriosa, entonces yo te pido y suplico que, por la grandeza real de la que no hace mucho estaba revestida, por el nombre de Numidia que tanto tú como Sífax lleváis, por los dioses tutelares de esta morada real que ruego te reciban con más justos presagios que los que te trajeron aquí, concedas al menos este favor a tu suplicante para que decidas por ti mismo el destino de tu cautiva, cualquiera que sea, y que no me dejes caer bajo la cruel tiranía de un romano. Si yo fuese sido simplemente la esposa de Sífax, aún podría elegir confiar en el honor de un númida, nacido bajo el mismo cielo africano que yo, más que en el de un extranjero y extraño. Pero yo soy de Cartago, la hija de Asdrúbal, y ya ves cuánto*

he de temer. Si no es posible otro camino, te suplico entonces que me salves de la muerte de caer en manos de los romanos. Sofonisba se encontraba en la flor de la juventud y en todo el esplendor de su belleza, y mientras sostenía la mano de Masinisa y le rogaba que le diera su palabra de que no sería entregada a los romanos, el tono de su voz paso de la súplica al halago. Esclavo de la pasión, como todos sus compatriotas, el vencedor de inmediato se enamoró de su cautiva. Él le dio su solemne palabra de que haría cuanto ella deseaba y luego se retiró al palacio. Una vez aquí, consideró de qué manera podía cumplir su promesa y, como no veía ninguna forma práctica de hacerlo, permitió que su pasión le dictase un método imprudente e indecente por igual. Sin perder un instante, hizo los preparativos para celebrar sus nupcias en ese mismo día, de modo que ni Lelio ni Escipión tuviesen oportunidad de tratar como prisionero a quien era ya la esposa de Masinisa. Cuando hubo finalizado la ceremonia de matrimonio, Lelio apareció en escena y, lejos de ocultar su desaprobación por lo que había hecho, trató de arrastrarla de brazos del novio y enviarla con Sífax y los demás prisioneros a Escipión. Sin embargo, las protestas de Masinisa prevalecieron hasta el punto que se dejó a Escipión que decidiera cuál de los dos reyes sería el feliz poseedor de Sofonisba. Después que Lelio hubiera enviado a Sífax y a los otros prisioneros, recuperó, con la ayuda de Masinisa, el resto de ciudades en Numidia, que estaban aún ocupadas por las guarniciones del rey.

[30.13] Cuando llegó la noticia de que Sífax era llevado al campamento, el ejército entero se volvió como para contemplar una procesión triunfal. El mismo rey, encadenado, fue el primero en aparecer, seguido por una multitud de nobles númidas. Conforme pasaban, cada soldado por turno trataba de ampliar su victoria exagerando la grandeza de Sífax y la reputación militar de su nación. *Este es el rey*, decían, *cuya grandeza ha sido hasta ahora reconocida por los Estados más poderosos del mundo, Roma y Cartago; hasta Escipión dejó a su ejército en Hispania y se embarcó hacia África con dos trirremes para asegurarse su alianza, y el cartaginés Asdrúbal no solo lo visitó en su reino, sino que incluso le dio a su hija en matrimonio. Había tenido en su poder, a un tiempo, a los comandantes romano y cartaginés. Así como cada bando había buscado la paz y amistad de los dioses inmortales, ofreciéndoles sacrificios, así cada uno por igual había buscado la paz y la alianza con él. Fue tan poderoso como para expulsar a Masinisa de su reino, reduciéndole a tal condición que debió su vida a la noticia de su muerte y a su ocultamiento en los bosques, donde vivió de lo que podía capturar en ellos, como una bestia salvaje*. En medio de estas declaraciones de los presentes, el rey fue conducido a la tienda del pretorio. Como Escipión comparase la anterior fortuna de aquel hombre con su condición actual, recordando su propia recepción hospitalaria para con él, el mutuo estrechar de sus diestras y los lazos políticos y personales entre ellos, quedó muy conmovido. También Sífax, pensando sobre tales cosas, obtuvo el valor para enfrentar a su vencedor. Escipión le preguntó por su intención al denunciar primero su alianza con Roma y luego comenzar una guerra no provocada contra ella. Él admitió que había hecho mal y que se comportó como un loco, pero que su alzamiento en armas contra Roma no fue el comienzo de su locura, sino el último acto de esta. Su locura salió inicialmente a la luz, al despreciar todos los lazos privados y las obligaciones públicas, cuando admitió en su casa una novia cartaginesa. Las antorchas que iluminaron las nupcias incendiaron su palacio. Aquella furia de mujer, aquel flagelo, había utilizado toda su seducción para enajenar y deformar sus sentimientos, y que no descansó hasta que con sus impías manos lo armó contra su huésped y amigo. Sin embargo, roto y arruinado como estaba, le quedaba esto para consolarse en su miseria: que aquella furia pestilente había entrado en la casa de su más encarnizado enemigo. Masinisa no era más prudente o constante de lo que él había sido, su juventud lo hacía todavía menos cauto; en todo caso, aquel matrimonio demostraba que era más necio y terco.

[30.14] Era este el lenguaje de un hombre animado, no sólo por el odio hacia un enemigo, sino también por el aguijón de un amor desesperado, sabiendo como sabía que la mujer que amaba

estaba en la casa de su rival. Escipión se angustió profundamente por lo que oyó. La prueba de las acusaciones se encontró en la prisa con que se celebraron las nupcias, casi en medio del fragor de las armas y sin consultar ni esperar siquiera a Lelio. Masinisa había actuado con tal precipitación que el primer día que vio a su cautiva se casó con ella; de hecho, los ritos se celebraron ante los dioses tutelares de la casa de su enemigo. Esta conducta le pareció aún más sorprendente a Escipión, porque cuando él estaba en Hispania, joven como era, ninguna muchacha cautiva lo había conmovido jamás por su belleza. Mientras meditaba sobre todo esto nuevamente, aparecieron Lelio y Masinisa. Dio a ambos el mismo amable y agradable recibimiento, y en presencia de un gran número de sus oficiales se dirigió a ellos en los términos más elogiosos. Luego llevó aparte en silencio a Masinisa y le habló de la siguiente manera: *Creo, Masinisa, que debiste haber visto alguna buena cualidad en mí, cuando viniste a verme en Hispania para establecer conmigo relaciones de amistad, y también después, cuando te me confiaste a ti mismo y a tu fortuna en África. Ahora bien, de entre todas las virtudes que te atrajeron, no hay ninguna de la que me enorgullezca tanto como de mi continencia y el control de mis pasiones. Me gustaría, Masinisa, que tú añadieras esta a las demás nobles virtudes de tu propio carácter. En nuestro tiempo de vida no estamos, créeme, tanto en peligro por culpa de los enemigos armados como de los seductores placeres que nos tientan por doquier. El hombre que ha puesto freno a estos y los ha sometido mediante su auto-control, ha ganado para sí la mayor gloria y una victoria más grande que la que hemos obtenido sobre Sífax. El valor y la energía que has desplegado en mi ausencia me complació sumamente, lo alabé y recordé; sobre el resto de tu conducta, prefiero que reflexiones cuando estés a solas y no que yo te avergüence aludiendo a ella. Sífax ha sido derrotado y hecho prisionero bajo los auspicios del pueblo de Roma; y siendo esto así, su esposa, su reino, su territorio, sus ciudades con todos sus habitantes, cualquier cosa que poseyera Sífax, pertenecen ahora a Roma como botín de guerra. Incluso si su esposa no fuera una cartaginesa, si no supiésemos que su padre está al mando de las fuerzas del enemigo, seguiría siendo nuestro deber enviarla con su marido a Roma y dejar que el Senado y el pueblo decidiera el destino de quien alejó de nosotros a un aliado y lo precipitó en armas contra nosotros. Vence tus sentimientos y guárdate de que un único vicio estropee las muchas cualidades que posees y mancille la gracia de todos tus servicios con una falta que está fuera de toda proporción con su causa.*

[30.15] Al oír esto, Masinisa se ruborizó intensamente y hasta se le saltaron las lágrimas. Dijo que cumpliría con los deseos del general, y le rogó que tuviera en cuenta, en la medida que pudiese, la promesa que había dado precipitadamente, pues le había prometido que no la dejaría pasar a poder de nadie. Salió luego del pretorio y se retiró a su propia tienda en estado de confusión. Despidió a todos sus asistentes y permaneció allí algún tiempo, dando rienda suelta a continuos suspiros y gemidos, bien audibles para los que estaban fuera. Al fin, con un profundo gemido, llamó a uno de sus esclavos, en el que confiaba plenamente y que tenía bajo su custodia el veneno que los reyes suelen tener en reserva frente a las vicisitudes de la fortuna. Después de mezclarlo en una copa, le dijo que la llevara a Sofonisba y que le dijera al tiempo que Masinisa habría cumplido encantado la primera promesa que había hecho a su esposa, pero como aquellos que tenían el poder le privaban del derecho a hacerlo, cumpliría la segunda: que no caería viva en manos de los romanos. Pensando en su padre, su patria y los dos reyes con los que había casado, ella decidiría cómo actuar. Cuando el criado llegó con el veneno y el mensaje, Sofonisba dijo: *Acepto este regalo de boda, nada desagradable si mi marido no puede hacer nada más por su esposa. Pero le digo que habría muerto más feliz si mi lecho nupcial no hubiese estado tan cerca de mi tumba.* La altivez de estas palabras fue refrendada por la valentía con que, sin la menor señal de temor, bebió la pócima. Cuando la noticia llegó a Escipión, tuvo miedo de que el joven, loco de dolor, diera un paso aún más desesperado, por lo que mando enseguida a buscarle y trató de consolarlo. Al mismo tiempo, lo censuraba suavemente por haber expiado un acto de locura cometiendo otro y hacer más trágico el asunto de lo que hubiera debido ser. Al día siguiente, con intención de desviar sus

pensamientos, Escipión subió a la tribuna y ordenó que se tocara a asamblea. Dirigiéndose a Masinisa como rey, y elogiándolo en los mejores términos posibles, le hizo entrega de una corona de oro, una pátera de oro, una silla curul, un cetro de marfil y también una toga bordada y una túnica con palmas. Resaltó el valor de estos regalos señalándole que los romanos consideraban que no había honor más espléndido que el de un triunfo, y que ninguna insignia más grandiosa era portada por los generales triunfantes que aquellas que el pueblo romano concedía a Masinisa, único entre los extranjeros digno de poseerlas. Lelio fue el siguiente en ser elogiado y le hizo entrega de una corona de oro. Otros soldados recibieron recompensas de acuerdo a sus servicios. Los honores conferidos al rey estuvieron muy lejos de calmar su dolor, animándole solo la esperanza de tomar rápida posesión de toda la Numidia ahora que Sífax quedaba apartado.

[30,16] Lelio fue enviado, encargado de Sífax y los otros prisioneros, a Roma, acompañándole embajadores de Masinisa. Escipión regresó a su campamento en Túnez y completó las fortificaciones que había comenzado. El regocijo de los cartagineses por el éxito temporal de su ataque naval fue corto y evanescente, pues cuando se enteraron de la captura de Sífax, sobre quien habían descansado sus esperanzas casi más que en Asdrúbal y su ejército, se desanimaron completamente. El partido de la guerra ya no se podía hacer oír y el Senado envió a treinta ancianos, de entre sus notables, para pedir la paz. Este cuerpo era el más augusto consejo de su estado y controlaba en muy alto grado al propio senado. Cuando llegaron a la tienda del pretorio, en el campamento romano, hicieron una profunda reverencia y se postraron; era esta una práctica, creo yo, que trajeron con ellos desde su lugar de origen. Su lenguaje se correspondió con su humilde posición. Se excusaron, aunque achacando la responsabilidad de la guerra a Aníbal y a sus partidarios. Anhelaban el perdón para una ciudad que se había arruinado dos veces por la imprudencia de sus ciudadanos y que solo podría preservarse con seguridad por la buena voluntad de su enemigo. Lo que Roma buscaba, dijeron, era el homenaje y la sumisión de los vencidos, no su aniquilación. Se declararon dispuestos a ejecutar cualquier orden que él les diera. Escipión replicó que él había venido a África con la esperanza -una esperanza que sus éxitos habían confirmado- de llevar de regreso a Roma una victoria completa, y no sólo propuestas de paz. No obstante, aunque la victoria estaba casi a su alcance, él no se negaría a otorgar condiciones de la paz, para que todas las naciones supieran que a Roma le movía el espíritu de justicia, tanto si iniciaba una guerra como si le daba fin.

Les indicó los términos de la paz, que eran la entrega de todos los prisioneros, desertores y refugiados; la retirada de los ejércitos de Italia y la Galia; el abandono de toda acción en Hispania; la evacuación de todas las islas situadas entre Italia y África, y la entrega de toda su marina con excepción de veinte buques. También debían proporcionar quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada, y una cantidad de dinero que, en la actualidad, resulta dudosa. En algunos autores leo cinco mil talentos, en otros se mencionan cinco mil libras de plata; algunos otros solo dicen que se exigió doble paga para las tropas. *Se os conceden* -agregó- *tres días para considerar si estáis de acuerdo con la paz en estos términos. Si lo decidís así, concertad conmigo un armisticio y mandad embajadores al Senado de Roma.* Los cartagineses fueron despedidos. Como su objetivo era ganar tiempo para que Aníbal pudiera cruzar navegando hasta África, resolvieron no rechazar las condiciones de paz y, por consiguiente, enviaron delegados para concluir una tregua con Escipión, siendo enviada también una embajada a Roma para pedir la paz; estos últimos llevaron con ellos algunos prisioneros y desertores y esclavos fugitivos para que aquella paz les fuera más fácilmente otorgada.

[30.17] Varios días antes, Lelio llegó a Roma con Sífax y los presos númidas. Él hizo un informe al Senado sobre todo lo que se había hecho en África y hubo gran alegría por el estado actual de cosas y las optimistas perspectivas cara al futuro. Después de discutir el asunto, el Senado decidió que Sífax debía quedar internado en Alba y que Lelio habría de permanecer en Roma hasta

que llegasen los embajadores cartagineses. Se ordenaron cuatro días de acción de gracias. Al levantarse la sesión de la Curia, Publio Elio, el pretor, convocó de inmediato una reunión de la Asamblea y subió a los Rostra acompañado por Cayo Lelio. Cuando el pueblo escuchó que los ejércitos de Cartago habían sido derrotados, un afamado rey vencido y hecho prisionero, y efectuado un avance victorioso a lo largo de Numidia, no pudieron ya contener sus sentimientos y expresaron su alegría sin límites mediante gritos y otras manifestaciones de regocijo. Al ver al pueblo en este estado de ánimo, el pretor enseguida dio órdenes para que se abrieran todos los lugares sagrados de la Ciudad, para que todo el mundo pudiera disponer del día entero para ir a los santuarios y ofrecer sus oraciones y acciones de gracias a los dioses.

Al día siguiente, presentó a los embajadores de Masinisa al Senado. Ellos, en primer lugar, felicitaron al Senado por los éxitos de Escipión en África y luego expresaron su agradecimiento en nombre de Masinisa por la decisión de Escipión, no sólo otorgándole el título de rey, sino también dándole un contenido real al devolverle los dominios de sus antepasados donde, ahora que Sífax estaba a su disposición y si el Senado así lo decidía, él reinaría libre de todo temor y oposición. Estaba agradecido por la forma en que Escipión había hablado de él ante sus oficiales y por las espléndidas insignias con que se le había honrado, y que había hecho todo lo posible para demostrar que era digno de ellas y que seguiría siéndolo. Solicitaron al Senado que confirmaran mediante un decreto formal el título real y los demás favores y dignidades que Escipión le había conferido. Y como concesión añadida, Masinisa solicitó, si no era pedir demasiado, que liberasen a los prisioneros númidas que estaban bajo custodia en Roma; aquello, consideraba, aumentaría su prestigio entre sus súbditos. La respuesta dada a los embajadores fue el sentido de que el Senado felicitaba al rey tanto como a sí mismos por los éxitos de África; que Escipión había actuado correctamente al reconocerle como rey y que los senadores aprobaban calurosamente cuando había hecho para satisfacer los deseos de Masinisa. Aprobaron un decreto para que los regalos que los embajadores llevaran al rey comprendieran dos capas púrpuras con un broche de oro cada una, así como dos túnicas con franjas anchas; dos caballos ricamente enjaezados y un conjunto de armaduras ecuestres con corazas para cada uno; dos tiendas de campaña y muebles militares, como los habitualmente proporcionados a los cónsules. El pretor recibió instrucciones para cuidar que tales cosas fuesen remitidas al rey. Cada uno de los embajadores recibió regalos por valor de cinco mil ases, y cada miembro de su séquito por valor de mil ases. Además de éstos, se entregaron dos trajes a cada embajador y uno a cada uno de los de su séquito y a cada uno de los prisioneros númidas que debían ser devueltos al rey. Durante su estancia en Roma, se puso una casa a su disposición y fueron tratados como huéspedes del Estado.

[30,18] Durante este verano, el pretor Publio Quintilio Varo y el procónsul Marco Cornelio libraron una batalla campal contra Magón. Las legiones del pretor formaron la línea de combate; Cornelio mantuvo las suyas en reserva, pero cabalgó al frente y tomó el mando de una de las alas, dirigiendo el pretor la otra y exhortando ambos a los soldados para cargar furiosamente contra el enemigo. Al no lograr hacer ningún efecto sobre ellos, Quintilio dijo a Cornelio: *Como puedes ver, la batalla se está desarrollando muy lentamente; el enemigo está ofreciendo una inesperada resistencia y en ella se han escudado contra el miedo, hay peligro de que conviertan ese temor en audacia. Debemos descargar un ataque de caballería contra ellos, si queremos turbarlos y hacerles ceder terreno. Así pues, mantén tú el combate en primera línea y yo traeré la caballería, o bien yo me quedo aquí y dirijo las operaciones de primera línea mientras tú lanzas la caballería de las cuatro legiones contra el enemigo.* El procónsul dejó al pretor que decidiera qué deseaba hacer. Quintilio, en consecuencia, acompañado por su hijo Marco, un joven enérgico, cabalgó donde estaba la caballería, le ordenó que montase y la envió de inmediato contra el enemigo. El efecto de su carga se incrementó por el grito de guerra de las legiones y el enemigo no habría mantenido sus posiciones si Magón, al primer movimiento de la caballería, no hubiera hecho entrar en acción sin demora a sus elefantes. La aparición de estos animales, su bramido y olor, aterrorizaron de tal

manera a los caballos que hicieron su ayuda inútil. Cuando se acercaban y podían emplear la espada y la lanza, la caballería romana tenía ventaja, pero cuando era arrastrada por un caballo aterrorizado resultaba mejor objetivo para los dardos númidas. En cuanto a la infantería, la duodécima legión había perdido una gran parte de sus hombres y estaban manteniendo su terreno más para evitar la vergüenza de la retirada que por cualquier esperanza de ofrecer una resistencia eficaz. Tampoco lo hubiesen podido sostener mucho más tiempo si la decimotercera legión, que estaba en reserva, no hubiera sido llevada al frente para intervenir en el combate indeciso. Para enfrentarse a esta nueva legión, Magón empleó también a sus reservas. Estos eran galos, y los asteros de la undécima legión no tuvieron muchos problemas en ponerlos en fuga. A continuación, cerraron y atacaron a los elefantes que estaban creando confusión en las filas de la infantería romana. Lanzando contra ellos una lluvia de proyectiles, amontonados como estaban y casi nunca fallando el blanco, los hicieron retroceder sobre las líneas cartaginesas una vez hubieron caído cuatro, heridos de gravedad.

Por fin, el enemigo comenzó a ceder terreno y toda la infantería romana, al ver a los elefantes volverse contra su propio bando, se precipitaron hacia delante para aumentar el pánico y la confusión. Mientras Magón mantuvo su posición en el frente, sus hombres se retiraron poco a poco y en buen orden; pero cuando lo vieron caer, gravemente herido y sacado del campo de batalla a punto de desmayarse, se produjo una desbandada general. Las pérdidas del enemigo ascendieron a cinco mil hombres, capturándose veintidós estandartes. La victoria estuvo lejos de resultar incruenta para los romanos, que perdieron dos mil trescientos hombres del ejército del pretor, la mayoría de la duodécima legión, entre ellos dos tribunos militares, Marco Cosconio y Marco Mevio. La decimotercera legión, la última en tomar parte en la acción, también sufrió sus pérdidas; Cayo Helvio, un tribuno militar, cayó mientras reanudaba el combate, y veintidós miembros del orden de los caballeros, pertenecientes a familias distinguidas, junto con algunos de los centuriones, resultaron muertos al pisotearlos los elefantes. La batalla habría durado más si la herida de Magón no hubiese dado la victoria a los romanos.

[30,19] Magón se retiró durante la noche, marchando tan rápidamente como se lo permitía su herida, hasta alcanzar aquella parte de la costa ligur que estaba habitada por los ingaunos. Aquí se encontró con la delegación de Cartago, que había desembarcado unos días antes en Génova. Le informaron de que debía zarpar hacia África lo antes posible; su hermano Aníbal, a quien se le habían impartido similares instrucciones, estaba a punto de hacelo. Cartago no estaba en condiciones de retener sus dominios sobre la Galia e Italia. Las órdenes del Senado y los peligros que amenazaban a su país decidieron a Magón para proceder, más aún cuando existía el riesgo de que el victorioso enemigo le atacase si se retrasaba, así como por la deserción de los ligures que, viendo Italia abandonada por los cartagineses, se pasarían con quienes, en última instancia, residiría el poder. Esperaba también que un viaje por mar sería una prueba menor para su herida de lo que había resultado la marcha y que contribuyera más a su recuperación. Embarcó a sus hombres y luego él, pero aún no se había perdido de vista Cerdeña cuando murió a consecuencia de la herida. Algunos de sus buques, que se habían separado de los demás, fueron capturados en alta mar por la flota romana que patrullaba en las proximidades de Cerdeña. Tales fueron los acontecimientos por mar y tierra en los territorios de Italia al pie de los Alpes. El cónsul Cayo Servilio no había efectuado nada digno de mención en Etruria y tampoco después partir hacia la Galia. En este último país, había rescatado a su padre, Cayo Servilio, y también a Cayo Lutacio después de dieciséis años de esclavitud, resultado de su captura por parte de los boyos en Taneto. Con su padre a un lado y Lutacio al otro, regresó a Roma con más honra en lo personal que en lo público. Se propuso al pueblo una moción para eximirle de sanción por haber actuado ilegalmente como tribuno de la plebe y edil plebeyo mientras su padre, que había ocupado una silla curul, estaba, aunque él no lo supiera, todavía con vida. Una vez aprobada la moción de inmunidad, regresó a su provincia. El cónsul Cneo Servilio, en el Brucio, recibió la rendición de varias plazas, ahora que veían que la Guerra Púnica estaba llegando a su fin. Entre ellas estaban Cosenza, Aufugio, Berga, Besidia,

Otrícoli, Linfeo, Argentano, Clamplecia y otras muchas ciudades desconocidas. También se enfrentó en una batalla contra Aníbal, en la vecindad de Crotona, de la que no existe un relato claro. Según Valerio Antíate, murieron quince mil enemigos, pero este combate tan importante pudiera ser una ficción desvergonzada o una omisión descuidada del analista. A cualquier efecto, Aníbal no realizó nada más en Italia, pues la delegación para llamarle de regreso a África resultó llegar al mismo tiempo que la de Magón.

[30,20] Se dice que rechinó sus dientes, se quejó y casi derramó lágrimas cuando escuchó lo que los enviados tenían que decir. Después que le hubieran entregado sus órdenes, exclamó: *Los mismos que trataron de hacerme retroceder, dejando de proporcionarme soldados y dinero, son los que ahora me llaman, no por medios torcidos, sino clara y abiertamente. Así que ya veis, no es el pueblo romano, tantas veces derrotado y destrozado, el que ha vencido a Aníbal, sino el senado cartaginés con su maledicencia y envidia. Y no se enorgullecerá y gloriará tanto Escipión por mi regreso como Hanón, quien ha aplastado mi casa, ya que no podía hacerlo de otro modo, bajo las ruinas de Cartago.* Había presagiado lo que iba a suceder y había dispuesto sus buques con antelación. Se desprendió de la parte inservible de sus tropas distribuyéndolas como guarniciones entre las pocas ciudades que, más por miedo que por lealtad, aún estaban con él. Llevó con él a África la fuerza principal de su ejército. Muchos, que eran naturales de Italia, se negaron a seguirlo y se retiraron al templo de Juno Lacinia, un santuario que hasta aquel día había permanecido inviolado. Allí, dentro mismo del recinto sagrado, fueron asesinados vilmente. Rara vez ha dejado nadie su país natal para marchar al exilio con tan sombrío dolor como el que manifestó Aníbal al partir del país de sus enemigos. Se dice que a menudo miraba atrás, a las costas de Italia, acusando a los dioses y a los hombres, maldiciéndose incluso a sí mismo por no haber llevado a sus hombres, bañados en sangre, directamente desde el victorioso campo de batalla de Cannas hasta Roma. Escipión, dijo, que mientras fue cónsul nunca había visto un cartaginés en Italia, había osado ir a África; entre tanto él, que había acabado con cien mil hombres en el Trasimeno y en Cannas, había envejecido frente a Casilino, Cumas y Nola. En medio de estas acusaciones y lamentos, abandonó su larga ocupación de Italia.

[30,21] La noticia de la partida de Magón llegó a Roma al mismo tiempo que la de Aníbal. La alegría con la que se recibió la noticia de esta doble partida, sin embargo, fue menor debido al hecho de que sus generales, por falta de valor o de fuerzas, no pudieron detenerlos pese a haber recibido órdenes expresas del Senado en tal sentido. Se produjo también un sentimiento de inquietud por la cuestión de que, ahora, todo el peso de la guerra recaía sobre un solo ejército y un único general. Justo en aquel momento llegó una comisión de Sagunto, que traía algunos cartagineses que habían desembarcado en Hispania con el propósito alquilar mercenarios y a los que habían capturado junto al dinero que llevaban. Fueron depositadas en el vestíbulo del Senado doscientas cincuenta libras de plata y ochenta de oro. Después de haber entregado a los hombres, que fueron puestos en prisión, se devolvió el oro y la plata a los saguntinos. Se les concedió un voto de agradecimiento, fueron agasajados con regalos y se les proporcionaron barcos con los que regresar a Hispania. A continuación de este asunto, algunos de los senadores más ancianos recordaron a la Cámara una gran omisión: *Los hombres*, dijeron, *recuerdan más vívidamente sus desgracias que las cosas buenas que les vienen. Recordamos el pánico y el terror que sentimos cuando Aníbal descendió sobre Italia. ¡Cuántas derrotas y luto siguieron! ¡Cuántas oraciones, públicas y privadas, elevamos todos y cada uno de nosotros al ver desde la Ciudad el campamento del enemigo! ¿Cuántas veces escuchamos en nuestras asambleas el lamento de los hombres, elevando sus manos al cielo y preguntándose si llegaría el día en que Italia se vería liberada de la presencia de su enemigo, floreciendo en paz y prosperidad? Por fin, después de dieciséis años de guerra, los dioses nos han otorgado este don; y, sin embargo, nadie pide que se les agradezca. Si los hombres no recibían el actual presente con el corazón agradecido, mucho menos sería probable*

que recordaran los beneficios recibidos con retraso. Por aclamación de toda la Cámara, se ordenó al pretor Publio Elio que presentase una moción. Se decretó una acción de gracias durante cinco días en todos los pulvinares, y se sacrificaron ciento veinte víctimas mayores. Para aquel momento, Lelio había abandonado Roma junto a los embajadores de Masinisa. Al recibirse noticias de que se había visto en Pozzuoli una embajada de paz cartaginesa y que venía desde allí por tierra, se decidió llamar de vuelta a Lelio para que pudiera estar presente en el encuentro. Publio Fulvio Gilón, uno de los generales de Escipión, condujo a los cartagineses hasta Roma. Como se les prohibió entrar en la Ciudad, se les alojó en una casa de campo propiedad del estado, concediéndoseles una audiencia del Senado en el templo de Belona.

[30,22] Su discurso ante el Senado fue muy parecida al que habían hecho ante Escipión; rechazaron que el gobierno tuviese culpa alguna en la guerra, achacándola enteramente sobre Aníbal. *Él no tenía órdenes de su Senado para cruzar el Ebro, y mucho menos los Alpes. Por su propia cuenta había hecho la guerra no sólo contra Roma, sino también contra Sagunto; considerando atentamente la cuestión, el senado y el pueblo cartaginés habían mantenido el tratado con Roma hasta aquel día. Por consiguiente, sus instrucciones eran pedir, simplemente, que se les permitiera continuar en las mismas condiciones de la paz que las pactadas en la última ocasión con Cayo Lutacio*. De acuerdo con la costumbre tradicional, el pretor dio, a todo el que lo deseó, permiso para interrogar a los embajadores; por los más ancianos miembros, que habían tomado parte en el acuerdo de los anteriores tratados, se formularon distintas preguntas. Los enviados, que eran casi todos hombres jóvenes, dijeron que no tenía ningún recuerdo de lo sucedido. Se desataron entonces fuertes protestas por toda la Curia; los senadores declararon que aquello era un caso de traición púnica: escogieron, para pedir la renovación del antiguo tratado, a hombres que ni siquiera recordaban sus términos.

[30,23] Se ordenó a los embajadores que se retiraran y se preguntó a los senadores su opinión. Marco Livio aconsejó que, como el cónsul Cayo Servilio era el más cercano, se le debía convocar a Roma para que pudiera estar presente durante el debate. Ningún tema había más importante que el anterior, y no le parecía compatible con la dignidad del pueblo romano que la discusión tuviese lugar en ausencia de los dos cónsules. Quinto Metelo, que había sido cónsul tres años antes y que también había sido dictador, expresó su opinión de que como Publio Escipión, tras destruir sus ejércitos y devastar sus tierras, había llevado al enemigo a la necesidad de pedir la paz, no había en el mundo nadie que pudiera formarse un juicio más fundado en cuanto a sus auténticas intenciones al abrir negociaciones, que el hombre que en aquel momento llevaba la guerra ante las puertas de Cartago. En su opinión, deberían seguir el consejo de Escipión, y no el de ningún otro, en cuanto a si debía aceptarse o rechazarse la oferta de paz. Marco Valerio Levino, que había desempeñado dos consulados, declaró que habían venido como espías y no como embajadores, e instó a que se les ordenase abandonar Italia y fuesen escoltados hasta sus naves, así como que se enviasen instrucciones escritas a Escipión para no relajar las hostilidades. Lelio y Fulvio agregaron que Escipión pensaba que la única esperanza de paz residía en que Magón y Aníbal no fueran llamados de vuelta; pero que los cartagineses emplearían cualquier subterfugio, mientras esperaban a sus generales y sus ejércitos, y proseguirían después la guerra, ignorando los tratados por recientes que fuesen y desafiando a todos los dioses. Estas declaraciones llevaron al Senado a aprobar la propuesta de Levino. Los embajadores fueron despedidos sin ninguna perspectiva de paz y casi sin respuesta.

[30.24] El cónsul Cneo Servilio, plenamente convencido de que la gloria de restablecer la paz en Italia era suya, persiguió a Aníbal hasta Sicilia como si lo hubiera obligado a huir y con la intención de navegar desde allí hasta África. Cuando esto se supo en Roma, el Senado decidió que el pretor debía escribirle e informarle de que el Senado pensaba que lo adecuado era que

permaneciese en Italia. El pretor dijo que Servilio podía no hacer caso a una carta suya, y ante esto se resolvió nombrar dictador a Publio Sulpicio y que este, en virtud de su autoridad superior, llamara al cónsul de vuelta a Italia. El dictador pasó el resto del año visitando, acompañado por Marco Servilio, su jefe de la caballería, las diferentes ciudades de Italia que se habían separado de Roma durante la guerra, llevando a cabo una investigación caso por caso. Durante el armisticio, fueron enviados por el pretor Léntulo, desde Cerdeña, un centenar de buques de transporte que llevaban suministros e iban escoltados por veinte naves de guerra; llegaron a África sin sufrir daños del enemigo o de las tormentas. Cneo Octavio zarpó de Sicilia con doscientos transportes y treinta buques de guerra, pero no fue igual de afortunado. Disfrutó de una travesía favorable hasta llegar casi a la vista de África, donde cesaron los vientos; luego se levantó un ábrego que dispersó sus naves en todas direcciones. Gracias a los extraordinarios esfuerzos de los remeros contra el oleaje adverso, Octavio consiguió llegar al promontorio de Apolo. La mayor parte de los transportes se vieron arrastrados hasta Zembra, una isla que hace de rompeolas a la bahía donde está situada Cartago y que dista unas treinta millas de la ciudad. Otras fueron llevadas frente a la ciudad, hasta las *Aguas Calientes*. Todo esto fue visto desde Cartago y una multitud, venida de todas las zonas de la ciudad, se reunió en el foro. Los magistrados convocaron al Senado; las personas que estaban en el vestíbulo del senado protestaban porque se permitiera escapar ante sus ojos tanto botín como tenían al alcance de sus manos. Algunos objetaron que aquello sería una violación de la fe mientras se celebraban las negociaciones de paz, otros estaban a favor de respetar la tregua que aún no había expirado. La asamblea popular estaba tan mezclada con el Senado que casi formaban un solo cuerpo, y se decidió por unanimidad que Asdrúbal debería dirigirse a Zembra con cincuenta buques de guerra y capturar las naves romanas que estaban esparcidas a lo largo de la costa o en los puertos. Los transportes que habían sido abandonados por sus tripulaciones fueron remolcados hacia Zembra donde posteriormente fueron llevados otros desde Aguas Calientes.

[30,25] Los embajadores no habían regresado aún de Roma y no se sabía si el Senado se había decidido por la paz o por la guerra; tampoco había finalizado la tregua pactada. Lo que más indignó a Escipión fue el hecho de que todas las esperanzas de paz habían quedado destruidas y todo respeto por la tregua burlado por los mismos hombres que habían pedido paz y tregua. Mandó de inmediato a Lucio Bebio, Marco Servilio y Lucio Fabio a Cartago para protestar. Como se arriesgaban a sufrir maltrato por la multitud y en vista de que se les evitase regresar, solicitaron a los magistrados, con cuya ayuda se había impedido la violencia, que les mandasen barcos que les escoltasen y protegieran de la violencia. Se les proporcionó dos trirremes y, cuando alcanzaban la desembocadura del Bagradas, desde donde era visible el campamento romano, los buques regresaron a Cartago. La flota cartaginesa estaba fondeada en Útica y, fuese como consecuencia de un mensaje secreto de Cartago, o porque Hanón actuase por propia iniciativa y sin la connivencia de su gobierno, tres cuatrirremes de la flota lanzaron un ataque por sorpresa contra un quinquerreme romano que estaba rodeando el promontorio. Sin embargo, no pudieron alcanzarlo por su mayor velocidad y su mayor altura impidió cualquier intento de abordaje. Mientras le duraron los proyectiles, el quinquerreme se defendió con brillantez, pero al faltarle aquellos nada le podría haber salvado, excepto la cercanía de tierra y el número de hombres que habían bajado desde el campamento hasta la orilla para observar. Los remeros llevaron el barco hasta la playa con todas sus fuerzas; la nave naufragó, pero los tripulantes escaparon ilesos. Así pues, por una fechoría tras otra, se disiparon todas las dudas sobre la ruptura de la tregua en cuanto Lelio y los cartagineses llevaron a su regreso de Roma. Escipión les informó de que, a pesar del hecho de que los cartagineses habían roto no solo la tregua que se habían comprometido a observar, sino incluso el derecho de gentes con su trato a los embajadores, él no tomaría por sí mismo ninguna acción en aquel caso, pues era incompatible con las mayores tradiciones de Roma y estaba en contra de sus propios principios. Luego los despidió y se dispuso a reanudar las operaciones. Aníbal estaba ya próximo a tierra y ordenó a un marinero que subiera al mástil y averiguase a qué parte del país se dirigían. El hombre

informó que se dirigían a un sepulcro en ruinas. Aníbal, considerándolo como un mal presagio, le ordenó al piloto navegar más allá de aquel lugar y llevar la flota a Leptis, donde desembarcó sus tropas.

[30,26] Todos los hechos antes descritos ocurrieron durante este año; los que siguen tuvieron lugar durante el año siguiente, cuando Marco Servilio, el jefe de la caballería, y Tiberio Claudio Nerón fueron cónsules *(202 a.C.)*. Hacia el final del año llegó una delegación de las ciudades griegas, aliadas nuestras, para quejarse de que sus territorios habían sido devastados y de que no se había permitido acercarse a Filipo a los embajadores que enviaron para exigir una reparación. También comunicaron que corría el rumor de que cuatro mil hombres, bajo el mando de Sópatro, habían zarpado rumbo a África para ayudar a los cartagineses, llevando con ellos una considerable suma de dinero. El Senado decidió enviar legados a Filipo para informarle de que consideraban aquellas medidas una violación de los términos del tratado. Se confió esta misión a Cayo Terencio Varrón, a Cayo Mamilio y a Marco Aurelio, a quienes se proporcionó tres quinquerremes. El año se hizo memorable por un enorme incendio, en el que las casas de la Cuesta Publicia fueron arrasadas por el fuego, y también por una gran inundación. Los alimentos, sin embargo, eran muy baratos, pues no sólo toda Italia estaba abierta, ahora que disfrutaba de paz, sino que se había enviado gran cantidad de grano desde Hispania que los ediles curules, Marco Valerio Faltón y Marco Fabio Buteón, repartieron al pueblo, barrio a barrio, a cuatro ases el modio. Este año se produjo la muerte de Quinto Fabio Máximo, a muy avanzada edad, de resultar cierto lo que afirman algunos autores: que había sido augur durante sesenta y dos años. Fue un hombre digno de tan gran sobrenombre, aún si hubiera sido el primero en llevarlo. Superó a su padre en distinciones e igualó a su abuelo. Ruliano había logrado más victorias y combatido en batallas mayores, pero su nieto tuvo a Aníbal como enemigo y esto lo compensaba todo. Fue más famoso por su cautela que por su energía, y aunque pueda ser objeto de discusión si era de naturaleza lenta para la acción o si adoptó aquellas tácticas como más a propósito con el carácter de la guerra, nada es más cierto que esto, como dice Ennio, "un hombre, con su retraso, restauró la situación". Había sido a la vez augur y pontífice; su hijo, Quinto Fabio Máximo le sucedió como augur y Servio Sulpicio Galba como pontífice. Los Juegos Romanos y los Juegos Plebeyos fueron celebrados por los ediles Marco Sextio Sabino y Cneo Tremelio Flaco; los primeros durante un día y los últimos se repitieron durante tres días. Estos dos ediles fueron elegidos pretores junto con Cayo Livio Salinator y Cayo Aurelio Cota. Los autores están divididas en cuanto a quién presidió las elecciones, si lo hizo el cónsul Cayo Servilio o si, a causa de estar retenido en Etruria por los juicios por conspiración de los notables, que el Senado le había ordenado dirigir, nombró dictador a Publio Sulpicio para presidirlas.

[30.27] Al principio del año siguiente *(202 a.C.)*, los cónsules Marco Servilio y Claudio Tiberio convocaron al Senado en el Capitolio para decidir la asignación de las provincias. Como los dos querían África, estaban deseando sortear aquella provincia e Italia. Sin embargo, principalmente gracias a los esfuerzos de Quinto Metelo, nada se decidió sobre África; se ordenó a los cónsules que dispusieran con los tribunos de la plebe una votación del pueblo para que este decidiera quién debía dirigir la guerra en África. Las tribus votaron unánimemente a favor de Publio Escipión. A pesar de ello, el Senado decretó que los dos cónsules debían sortear y África recayó en Tiberio Claudio, quien debería cruzar allí con una flota de cincuenta buques, todos quinquerremes, desempeñando el mando con el mismo rango que Escipión. Etruria cayó a Marco Servilio. Cayo Servilio, que había tenido aquella provincia, vio extendido su mando para el caso de que el Senado debiera exigir su presencia en Roma. Los pretores se distribuyeron de la siguiente manera: Marco Sextio recibió la Galia y Publio Quintilio Varo debía entregar dos legiones que tenía allí; Cayo Livio debía guarnecer el Brucio con las dos legiones que Publio Sempronio había mandando allí el año anterior; Cneo Tremelio fue enviado a Sicilia y se encargó de las dos legiones de Publio Vilio Tápulo, el pretor del año anterior; Vilio, en condición de propretor, fue provisto de veinte barcos de guerra y mil hombres

para la protección de la costa siciliana; Marco Pomponio debía llevar de vuelta a Roma mil quinientos hombres con los veinte buques restantes. La pretura urbana pasó a manos de Cayo Aurelio Cotta. Los otros mandos se mantuvieron sin cambios. Dieciséis legiones se consideraron suficientes este año para la defensa del imperio de Roma. Con el fin de que todas las cosas pudieran emprenderse y llevarse a cabo con el favor de los dioses, se decidió que antes de que los cónsules salieran en campaña deberían celebrar los Juegos y ofrecer los sacrificios que el dictador Tito Manlio había ofrecido durante el consulado de Marco Claudio Marcelo y Tito Quincio, si la República mantenía intacta su posición durante cinco años. Los Juegos se celebraron en el circo, durante cuatro días, y las víctimas prometidas a los dioses se sacrificaron debidamente.

[30,28] A lo largo de este tiempo, crecieron por igual la esperanza y el temor. Los hombres no podían decidir si se debían alegrar más porque, tras dieciséis años, Aníbal había abandonado finalmente Italia y dejaba su posesión indiscutible a Roma, o si debían temer el que hubiera desembarcado en África con su fuerza militar intacta. *Cambia la sede del peligro* -decían- *pero no el peligró en sí*. Quinto Fabio, que acaba de morir, predijo cuán grande sería la lucha cuando declaró con tono oracular que Aníbal resultaría un enemigo más formidable en su propio país de lo que había sido en tierra extranjera. *Escipión no se las tendría que ver con Sífax, cuyos súbditos eran bárbaros indisciplinados y cuyo ejército estaba dirigido generalmente por Estatorio, que era poco más que un cantinero; ni con el escurridizo suegro de Sífax, Asdrúbal, y su turba medio armada de campesinos apresuradamente reclutados por los campos, sino que habría de enfrentarse con Aníbal, que prácticamente había nacido en los cuarteles de su padre, el más valiente de los generales; criado y educado en medio de las armas, soldado aún niño y general apenas salido de la adolescencia. Había pasado la flor de su virilidad de victoria en victoria, habiendo llenado Hispania, la Galia e Italia, desde los Alpes hasta el mar del sur con los recuerdos de grandes hazañas. Los hombres que mandaba eran tan veteranos como él, templados por tan innumerables dificultados que resulta increíble que los hombres las hubieran soportado, salpicados innumerables veces con sangre romana, cargados de los despojos arrancados de sus cuerpos, y no solo de soldados rasos, sino incluso de los generales. Escipión se enfrentaría en el campo de batalla a muchos de los que con sus propias manos habían dado muerte a los pretores, a los generales, a los cónsules de Roma, y que se adornaban ahora con coronas murales y vallares después de haber vagado a voluntad por los territorios y ciudades de Roma que capturaron. Todas las fasces que llevaban hoy ante sí los magistrados romanos no serían tantas como las que podría haber llevado Aníbal ante él, capturadas en el campo de batalla al dar muerte al imperator.* Preocupados por estos pronósticos sombríos, aumentaba su miedo y su inquietud. Y había otro motivo de aprensión. Se habían acostumbrado a ver transcurrir la guerra primero en un lugar de Italia y después en otro, sin demasiada esperanza de que terminara pronto. Ahora, sin embargo, los ánimos de todos estaban encendidos, con Escipión y Aníbal enfrentados como para librar el último y decisivo combate. Incluso aquellos que tenían la mayor confianza en Escipión y sostenían las mayores esperanzas en que resultara victorioso, se fueron poniendo más y más nerviosos conforme se daban cuenta de que se acercaba la hora fatídica. Los cartagineses se encontraban en un estado de ánimo muy similar. Cuando pensaban en Aníbal y en la grandeza de las hazañas que había ejecutado, se lamentaban de haber pedido la paz; pero cuando reflexionaban sobre el hecho de que habían sido derrotados dos veces en campo abierto, que Sífax había sido hecho prisionero, que les habían expulsado de Hispania y luego de Italia, que todo esto era el resultado de la decidida valentía de un hombre, y que aquel hombre era Escipión, le temían como si hubiera estado destinado desde su nacimiento a provocar su ruina.

[30,29]. Aníbal había llegado a Hadrumeto, donde permaneció algunos días para que sus hombres se recuperasen de los efectos de la travesía, cuando mensajeros sin aliento anunciaron que todo el territorio alrededor de Cartago estaba ocupado por las armas romanas. Se dirigió de

inmediato, a marchas forzadas, hacia Zama. Zama está a cinco días de marcha de Cartago. Los exploradores, que había enviado por delante para practicar un reconocimiento, fueron capturados por los puestos de avanzada romana y conducidos ante Escipión. Escipión los puso a cargo de los tribunos militares y dio órdenes para que fuesen llevados alrededor del campamento, donde pudiera mirar todo lo que quisieran sin temor. Después de preguntarles si lo habían examinado todo a su entera satisfacción, los envió, escoltados, de vuelta con Aníbal. El informe que le dieron no le resultó agradable de oír, pues resultó que aquel mismo día llegó Masinisa con una fuerza de seis mil infantes y cuatro mil jinetes. Lo que más inquietud le produjo era la confianza del enemigo que, como se vio claramente, no carecía de buenas razones para ello. Por lo tanto, a pesar de haber sido él el causante de la guerra, a pesar de que su llegada había trastornado la tregua y disminuido la esperanza de cualquier paz que se estuviera negociando, aún pensaba que estaría en mejor posición para obtener condiciones si pedía la paz mientras sus fuerzas estaban intactas que después de una derrota. Así pues, envió un mensajero a Escipión para solicitarle que le concediera una entrevista. Que lo hiciera por propia iniciativa u obedeciendo órdenes de su gobierno, yo no puedo asegurarlo taxativamente. Valerio Antíate dice que fue derrotado por Escipión en la primera batalla, con unas pérdidas de doce mil muertos y mil setecientos prisioneros, y que después de esto marchó, en compañía de diez legados, al campamento de Escipión. Como quiera que sea, Escipión no se negó a la entrevista propuesta, y de común acuerdo los dos comandantes avanzaron sus campamentos el uno hacia el otro para que se pudieran encontrar más fácilmente. Escipión estableció su posición de no muy lejos de la ciudad de Naragara en un terreno que, además de otras ventajas, ofrecía un suministro de agua dentro del alcance de los proyectiles procedentes de las líneas romanas. Aníbal escogió cierto terreno elevado a unas cuatro millas de distancia, una posición segura y ventajosa excepto porque el agua la debía conseguir de lejos. Se determinó un punto a medio camino entre los campamentos que, para evitar alguna posibilidad de traición, quedaba a la vista de ambos bandos.

[30,30].Cuando sus respectivas escoltas se hubieron retirado a una distancia igual, ambos jefes avanzaron al encuentro del otro, acompañado cada uno por un intérprete; eran los más grandes generales, no solo de su propia época, sino de todos los que registra la historia antes de aquel día, pares de los más famosos reyes y generales que el mundo hubiera visto. Por unos instantes se contemplaron con admiración el uno al otro, en silencio. Aníbal fue el primero en hablar. *Si* -dijo- *el destino ha querido de esta manera que yo, quien fui el primero en hacer la guerra a Roma y que tan a menudo he tenido la victoria final casi al alcance de mi mano, sea ahora el primero en venir a pedir la paz, me felicito porque el destino te haya designado, entre todos los demás, como aquel a quien se la he de pedir. Entre tus muchas y brillantes distinciones no será este tu menor título de fama, el que Aníbal, a quien los dioses han concedido la victoria sobre tantos generales romanos, ceda ante ti, a quien ha correspondido poner fin a una guerra memorable ya antes por vuestras derrotas que por las nuestras. Así de irónica es la Fortuna, que tras tomar las armas cuando tu padre era cónsul, y teniéndole como mi adversario en mi primera batalla, sea su hijo ante quien vengo desarmado a pedir la paz. Hubiera sido mucho mejor que nuestros padres, por disposición de los dioses, se hubiesen contentado, vosotros con la soberanía de Italia y nosotros con la de África. Tal como están las cosas, ni siquiera para vosotros resultan Sicilia y Cerdeña una compensación adecuada por la pérdida de tantas flotas, tantos ejércitos y tantos y tan espléndidos generales. Pero es más fácil que lamentar el pasado que repararlo. Hemos codiciado lo ajeno, y después hemos tenido que combatir por lo nuestro; no solo la guerra os ha asolado a vosotros en Italia y a nosotros en África, sino que habéis visto las armas y estandartes de un enemigo casi dentro de vuestras puertas y sobre vuestras murallas, y nosotros escuchamos en Cartago los murmullos del campamento romano. Así que aquello que más detestamos por encima de todo, lo que vosotros hubieseis deseado antes que nada, ha sucedido ahora; la cuestión de la paz se discute ahora, cuando vuestra fortuna está en ascenso.*

Nosotros, a quienes más incumbe obtener la paz, somos los únicos en proponerla y tenemos

plenos poderes para tratarla, lo que hagamos aquí lo ratificarán nuestros gobiernos. Cuanto necesitamos es ánimo para discutir las cosas con calma. En lo que a mí respecta, vuelto a una patria de la que marché cuando niño, los años y la experiencia de éxitos y fracasos me han desilusionado tanto que prefiero guiarme por la razón y no por la Fortuna. En cuanto a ti, tu juventud y continuo éxito te harán, me temo, impaciente ante consejos de paz. No es fácil, para el hombre a quien nunca decepciona la Fortuna, reflexionar sobre las incertidumbres y los accidentes de la vida. Lo que yo fui en el Trasimeno y en Cannas, lo eres tú hoy. Apenas tenías la edad suficiente para tomar las armas cuando recibiste el mando y, en todas tus empresas, hasta en las más osadas, la Fortuna nunca te ha fallado. Vengaste la muerte de tu padre y tu tío, y aquel desastre para tu casa se convirtió en la ocasión para que ganases una gloriosa fama por tu valor y tu piedad filial. Recuperaste las provincias perdidas de Hispania tras expulsar cuatro ejércitos cartagineses fuera del país. Luego fuiste elegido cónsul y, mientras que tus predecesores apenas tuvieron ánimo suficiente para defender Italia, tú cruzaste a África donde, tras destruir dos ejércitos y capturar e incendiar dos campamentos en una hora, hacer prisionero al poderoso monarca Sífax y robar de sus dominios y los nuestros numerosas ciudades, al fin me arrastraste fuera de Italia, tras haberla dominado durante dieciséis años. Es muy posible que en tu actual estado de ánimo prefieras la victoria a una paz justa; también sé la ambición que tiene por objeto lo que es grande y no lo que es conveniente; también sobre mí brilló una vez una fortuna como la tuya. Pero si, en el éxito, los dioses nos dan también sabiduría, hemos de reflexionar no solo sobre lo sucedido en el pasado, sino sobre lo que puede ocurrir en el futuro.

Para tomar sólo un ejemplo, yo mismo soy un ejemplo suficiente de la inconstancia de la fortuna. Solo ayer tenía situado mi campamento entre tu ciudad y el Anio, y avanzaba mis estandartes contra las murallas de Roma; y aquí me ves, privado de mis dos hermanos, soldados valerosos y generales brillantes como eran, delante de las murallas de mi ciudad natal, que está casi asediada, y pidiendo en nombre de mi ciudad que pueda salvarse del destino con que yo amenacé la tuya. Cuanto mayor sea la buena fortuna de un hombre, menos debe contar con ella. La victoria te asiste y nos ha abandonado; para ti, el conceder la paz, será gloria y brillantez; para nosotros, que la pedimos, es más una dura necesidad que una rendición honrosa. Una paz asentada es algo mejor y más seguro que la esperanza de la victoria; aquella está en tus manos, esta en las de los dioses. No expongas la buena suerte de tantos años al azar de una sola hora. Consideras tus propias fuerzas, pero debes pensar también en la parte que juega la fortuna, e incluso Marte, en los vaivenes de la batalla. En ambos lados habrá espadas y hombres que las utilicen; en ninguna parte se cumplen menos las expectativas que en la guerra. La victoria no añadirá mucho a la gloria que ahora puedes obtener concediendo la paz, y la derrota te la puede quitar toda. La fortuna de una hora puede acabar con todos los honores que has ganado y todos los que puedes esperar. Concertar la paz depende enteramente de ti, Publio Cornelio, de lo contrario tendrás que aceptar cualquier suerte que te envíen los dioses. Marco Atilio Régulo, en este mismo suelo habría podido brindar un ejemplo casi único del éxito y del valor, si hubiera en la hora de la victoria otorgado la paz a nuestros padres cuando se la pidieron. Pero como no pusiera límite alguno a su prosperidad, ni frenara su alborozo por su buena suerte, la altura a la que aspiraba solo hizo su caída más terrible.

Es aquel que otorga la paz, no el que la pide, quien dicta los términos; pero quizás no resulte inapropiado que nos impongamos una multa. Admitimos que sea vuestro todo aquello por lo que fuimos a la guerra: Sicilia, Cerdeña, Hispania y todas las islas que están entre África e Italia. Nosotros, los cartagineses, confinados dentro de las costas de África, nos contentamos, pues tal es el deseo de los dioses, con veros gobernar vuestro imperio por tierra y mar fuera de vuestras fronteras. Tengo que admitir que la falta de sinceridad mostrada recientemente, al pedir la paz y al no observar la tregua, justifican tus sospechas sobre la buena fe de Cartago. Pero, Escipión, la observancia fiel de la paz depende en gran medida del carácter de las personas que la buscan. He oído decir que vuestro Senado, a veces, se negó incluso a concederla porque los embajadores no

eran del rango suficiente. Ahora es Aníbal quien la busca, y no la pediría si no creyera que era ventajosa para nosotros; y porque lo creo así, haré que se mantenga inviolada. Como yo iniciase la guerra y la dirigiera sin que nadie se lamentase, hasta que los dioses se mostraron celosos de mi éxito, así haré todo lo posible para evitar que nadie esté descontento de la paz procurada por mí.

[30,31] Ante tales argumentos, el comandante romano dio la siguiente respuesta: *No ignoraba, Aníbal, que era la esperanza de tu llegada lo que llevó a los cartagineses a romper la tregua y a turbar toda perspectiva de paz. De hecho, tú mismo lo admites, pues eliminas de los términos anteriormente propuesto todo aquello hace ya tiempo está en nuestro poder. Sin embargo, igual que tú deseas ansiosamente aliviar a tus compatriotas por tu mediación, yo debo cuidarme de que no tengan hoy las condiciones que primeramente acordaron, detraídas de las condiciones de paz en recompensa por su perfidia. ¡Indignos de merecer las antiguas condiciones, aún tratáis que vuestros engaños os aprovechen! Ni fueron nuestros padres los agresores en la guerra de Sicilia, ni fuimos nosotros los agresores en Hispania, sino primero los peligros que amenazaban a nuestros aliados mamertinos en un caso, y después la destrucción de Sagunto, en el otro, lo que motivó que tomásemos de manera justa y leal. Que, en cada caso, vosotros provocasteis la guerra, tú mismo lo admites y los dioses son testigos de ello; dieron a la guerra anterior un fin justo y equitativo, y están haciendo y harán lo mismo en esta. En cuanto a mí, no me olvido de cuán débiles criaturas son los hombres; no ignoro la influencia que ejerce la fortuna y los innumerables accidentes a los que están sujetas todas nuestras acciones. Si tú, por propia voluntad, hubieras evacuado Italia y embarcado tu ejército antes de que yo hubiese navegado hacia África, y después hubieras venido con propuestas de paz, admito que habría yo actuado con espíritu prepotente y arbitrario si las hubiese rechazado. Pero ahora que te he arrastrado hasta África, renuente y entre dudas antes de la batalla, no estoy obligado a mostrarte la más mínima consideración. Así pues, si además de las condiciones en que la paz podría haber sido concluida anteriormente, se añade la condición de una indemnización por el ataque a nuestros transportes, la ruptura de la tregua y el maltrato a nuestros embajadores durante el armisticio, tendré algo que presentar ante el consejo. Si consideráis esto inaceptable preparaos para la guerra, pues habéis sido incapaces de soportar la paz*. De esta manera, no se llegó a un entendimiento y los generales se reunieron con sus ejércitos. Informaron que la entrevista había sido infructuosa, que la cuestión sería decidida por las armas y que el resultado quedaba en manos de los dioses.

[30,32] A su regreso a sus campamentos, ambos emitieron la orden del día a sus tropas: Debían disponer sus armas y acopiar valor para la lucha final y decisiva; si la suerte estaba con ellos, resultarían victoriosos no durante un día, sino para siempre; antes de la próxima noche sabrían si sería Roma o Cartago la que daría leyes a las naciones, pues no solo África e Italia, sino el mundo entero sería el premio de la victoria. Pero tan grande como el premio sería el peligro en caso de derrota, ya que los romanos no tendrían donde escapar en aquella tierra extraña y desconocida y Cartago estaba haciendo su último esfuerzo, si este fallaba su destrucción sería inminente. Al día siguiente marcharon a la batalla los dos generales más brillantes y los dos ejércitos más fuertes que poseían las dos naciones más poderosas, para coronar aquel día los muchos honores que habían ganado o a perderlos para siempre. Los soldados pasaban de la esperanza al miedo, conforme mirasen a sus propias líneas o a las opuestas, comparando sus fuerzas más con la vista que con la razón, alegrándose y abatiéndose cada vez. El ánimo que no se podían dar por sí mismos, se lo proporcionaban sus generales con sus exhortaciones. El cartaginés recordó a sus hombres sus dieciséis años de victorias en suelo italiano, todos los generales romanos que habían caído y todos los ejércitos que habían quedado destruidos; cuando llegaba ante cualquier soldado que se hubiera distinguido en cualquier combate, recordaba sus valientes hazañas. Escipión les recordó la conquista de Hispania y las recientes batallas en África, mostrándoles la confesión enemiga de su debilidad, cuyo miedo les obligaba a pedir la paz y cuya innata falta de fidelidad a los pactos les

impedía respetarla. Describió a su conveniencia la conferencia mantenida con Aníbal que, al ser privada, le dejaba el campo libre a la invención. Les señaló un presagio, declarándoles que los dioses habían concedido a los cartagineses los mismos auspicios que cuando sus padres combatieron en las islas Égates. El final de la guerra y de sus esfuerzos, les aseguró, había llegado; los despojos de Cartago estaban a su alcance, así como el regreso al hogar en la patria, con sus esposas, hijos y penates. Habló con la cabeza erguida y un rostro tan radiante que podríais suponer que ya había logrado la victoria. A continuación sacó a sus hombres, los asteros al frente, detrás de ellos los príncipes y los triarios cerrando la retaguardia.

[30,33] No formó las cohortes en densas líneas tras sus estandartes respectivos, sino que dejó un considerable intervalo entre los manípulos con el fin de que hubiera espacio para que los elefantes enemigos pudieran ser dirigidos entre ellos sin romper las filas. Lelio, que había sido uno de sus legados y que ahora desempeñaba la función de cuestor, sin sorteo, por un decreto del senado, estaba al mando de la caballería italiana en el ala izquierda, Masinisa y sus númidas fueron situados en la derecha. Los vélites, la infantería ligera de aquellos días, fueron dispuestos cubriendo los pasillos abiertos entre los manípulos, delante de los estandartes, con órdenes para retirarse cuando los elefantes cargasen y refugiarse entre las líneas de manípulos, o bien correr a derecha e izquierda de los estandartes y dejar así que los monstruos se enfrentasen a los dardos desde ambos flancos. Para dar a su línea un aspecto más amenazante, Aníbal situó sus elefantes al frente. Tenía ochenta en total, un número mayor del que nunca antes hubiera llevado a la batalla. Detrás de ellos estaban los auxiliares, ligures y galos mezclados con baleares y moros. La segunda línea estaba formada por los cartagineses y los africanos, junto con una legión de macedonios. A poca distancia detrás de ellos se situaron en reserva sus tropas itálicas. Se trataba, principalmente, de brucios que lo habían seguido desde Italia más obligados por la necesidad que por su propia y libre voluntad. Al igual que Escipión, Aníbal cubrió sus flancos con su caballería: los cartagineses a la derecha, los númidas a la izquierda.

Diferentes palabras de aliento se precisaban en un ejército compuesto por tan diversos elementos, donde los soldados nada tenían en común, ni lenguaje, ni costumbres, ni leyes, ni armas, ni vestimenta, ni siquiera el motivo que los llevó a filas. A los auxiliares los atrajo con la paga que recibirían y, aún más, con el botín que lograrían. En el caso de los galos, hizo un llamamiento a su odio instintivo y particular contra los romanos. A los ligures, procedentes de las montañas salvajes, les decía que contemplasen las fértiles llanuras de Italia como recompensa por la victoria. A los moros y los númidas los amenazaba con la perspectiva de quedar bajo la desenfrenada tiranía de Masinisa. Cada nacionalidad se dejaba influir por sus esperanzas y temores. Los cartagineses estaban situados a plena vista de las murallas de su ciudad, de sus hogares, los sepulcros de sus padres, sus esposas e hijos, la alternativa de la esclavitud y la destrucción o el imperio del mundo. No había término medio, tenían todo por esperar y todo por temer. Mientras el general se dirigía así a los cartagineses, y los jefes de cada nacionalidad transmitían sus palabras a sus propias gentes y a las extranjeras mezcladas con ellas, principalmente mediante intérpretes, sonaron las trompetas y cuernos de los romanos, formando tal estrépito y griterío que los elefantes, se volvieron contra los suyos que estaban detrás, sobre todo en el ala izquierda compuesta por moros y númidas. Masinisa no tuvo dificultad alguna para convertir aquel desorden en fuga, despojando así a la izquierda cartaginesa de su caballería. Algunos de los animales, sin embargo, no mostraron miedo y fueron azuzados contra las filas de vélites, entre los que produjeron grandes destrozos pese a las muchas heridas que recibieron. Los vélites, para evitar morir pisoteados, saltaron tras los manípulos y dejaron así un pasillo a los elefantes, desde cuyos ambos lados llovieron dardos sobre las bestias. Los manípulos frontales no dejaron tampoco de descargar proyectiles hasta que aquellos animales fueron también expulsados de las líneas romanas contra sus propias líneas, poniendo en fuga a la caballería cartaginesa que cubría el ala derecha. Cuando Lelio vio la confusión de la caballería enemiga, se apresuró a aprovecharse de ella.

[30.34] Cuando las líneas de infantería se cerraron, los cartagineses quedaron expuestos en ambos flancos, debido a la huida de la caballería, y desequilibrados en esperanzas y fuerzas. Otras circunstancias, también, aparentemente triviales por sí mismas pero de considerable importancia en combate, dieron ventaja a los romanos. Sus gritos formaron un solo, mayor y más intimidante; los del enemigo, proferidos en varios idiomas, eran simplemente disonantes. Los romanos mantuvieron sus posiciones, pues combatían y presionaban al enemigo con el mero peso de sus armas y cuerpos; por el otro lado, había más agilidad y movilidad que reciedumbre en la lucha. Como consecuencia de ello, los romanos hicieron que el enemigo cediera terreno en su primera carga, empujándoles después con sus escudos y hombros, avanzando sobre el terreno que habían desalojado y adelantándose considerablemente sin encontrar resistencia. Cuando los que estaban en la parte de atrás se dieron cuenta del movimiento de avance, empujaron a su vez quienes tenían delante, aumentando considerablemente la fuerza de la presión. Los africanos y cartagineses que formaban la segunda línea no ayudaron a los auxiliares enemigos que se retiraban. De hecho, tan lejos se mostraron de apoyarles que también ellos retrocedieron, temiendo que el enemigo, después de matar a quienes resistían obstinadamente en primera línea, llegara hasta ellos. Ante esto, los auxiliares se retiraron de repente y dieron media vuelta; algunos se refugiaron dentro de la segunda línea, otros, a los que no se les permitió, empezaron a matar a los que se negaban a dejarlos pasar tras haberse negado a apoyarles. Había ahora en marcha dos batallas: la que los cartagineses debían librar contra el enemigo y, al mismo tiempo, la que libraban contra sus propias tropas. Aun así, no admitieron a estos fugitivos enloquecidos dentro de sus líneas; cerraron la formación y los empujaron hacia las alas, más allá del terreno donde se combatía, temiendo que sus líneas descansadas y sin debilitar se pudieran desmoralizar al introducirse entre ellas hombres atacados por el terror y heridos.

El terreno donde habían estado situados los auxiliares había quedado bloqueado con tantos cuerpos y armas amontonadas que era casi más difícil cruzarlo de lo que había sido abrirse paso entre enemigos en formación. Los asteros que componían la primera línea siguieron al enemigo, avanzando cada hombre lo mejor que podía sobre los montones de cuerpos y armas, y sobre el suelo manchado de sangre resbaladiza, hasta que los estandartes y manípulos quedaron en total confusión. Incluso las insignias de los príncipes empezaron a desplazarse de acá para allá, al ver la irregular línea del frente. En cuanto Escipión observó esto, ordenó que tocasen a retirada para los asteros y, tras llevar los heridos a retaguardia, situó a los príncipes y triarios en las alas, para que los asteros del centro se vieran apoyados y protegidos por ambos flancos. Así comenzó nuevamente la batalla por completo, pues los romanos lograron por fin llegar hasta sus auténticos enemigos, que estaban a su altura en armamento, experiencia y reputación militar, y que tenían tanto que ganar y que temer como ellos mismos. Los romanos, sin embargo, tenía superioridad en número y en confianza, pues su caballería había derrotado ya a los elefantes y ellos estaban luchando contra la segunda línea del enemigo después de derrotar a la primera.

[30,35] Lelio y Masinisa, que habían seguido a la derrotada caballería hasta una distancia considerable, regresaron ahora de la persecución en el momento justo y atacaron al enemigo por la retaguardia. Esto decidió finalmente la acción. El enemigo fue derrotado, muchos resultaron rodeados y muertos en combate, los que se dispersaron huyendo por campo abierto fueron muertos por la caballería, que ocupaba todas las zonas. Más de veinte mil de los cartagineses y sus aliados murieron en ese día, y casi tantos fueron hechos prisioneros. Se capturaron ciento treinta y dos estandartes y once elefantes. Los vencedores perdieron mil quinientos hombres. Aníbal escapó en la confusión con unos cuantos jinetes y huyó a Susa. Antes de abandonar el campo había hecho todo lo posible, tanto en la batalla misma como en su preparación. El mismo Escipión confesó, y todos expertos militares estaban de acuerdo, que Aníbal había demostrado una singular destreza en la disposición de sus tropas. Situó a sus elefantes por delante, para que su carga irregular y su fuerza

irresistible hicieran imposible a los romanos mantener sus filas y el orden de su formación, en los que residía su fortaleza y confianza. Luego dispuso a los mercenarios delante de sus cartagineses, con el fin de que a esta fuerza variopinta, procedente de todas las naciones y mantenida junta por su sueldo, que no por un espíritu de lealtad, no le resultara fácil escapar. Al tener que sostener el primer contacto, desgastarían el ímpetu del enemigo y, aunque no hicieran otra cosa, embotarían las espadas enemigas con sus heridas. Luego vinieron las tropas cartaginesas y africanas, el pilar de sus esperanzas. Iguales en todos los aspectos a sus adversarios, teniendo incluso ventaja en la medida en que llegarían frescos a la acción contra un enemigo debilitado por las heridas y el cansancio. En cuanto a las tropas itálicas, tenía sus dudas sobre si se comportarían como amigas o enemigas y, por tanto las retiró a la línea más retrasada. Después de dar esta prueba final de su valor, Aníbal huyó, como se ha dicho, hacia Susa. De aquí fue convocado a Cartago, ciudad a la que regresó treinta y seis años después de haberla dejado cuando era niño. Admitió francamente en el Senado que no solo había perdido una batalla, sino toda la guerra, y que su única posibilidad de salvación radicaba en la obtención de la paz.

[30.36] Desde el campo de batalla, Escipión procedió de inmediato a tomar por asalto el campamento de los enemigos, donde se obtuvo una inmensa cantidad de botín. Luego regresó a sus barcos, después de haber recibido noticias de que Publio Léntulo había llegado desde Útica con cincuenta buques de guerra y cien transportes cargados con suministros de todo tipo. Lelio fue enviado para llevar la noticia de la victoria de Escipión, quien, pensando que el pánico en Cartago debía ser aumentado amenazando la ciudad por todos los lados, ordenó a Octavio que hiciera marchar las legiones hacía allí por tierra, mientras él en persona navegaba desde Útica con su vieja flota, reforzada por la escuadra que Léntulo había traído, poniendo proa al puerto de Cartago. Cuando ya se aproximaba a él, se encontró con un buque decorado con bandas de lana blanca y ramas de olivo. En ella iban los diez hombres más importantes de la ciudad, que, por consejo de Aníbal, habían sido enviados como embajada para pedir la paz. Tan pronto se hallaron cerca de la popa del buque del general, alzaron los emblemas suplicantes y clamaron implorando la piedad y protección de Escipión. La única respuesta que se les dio era que debía ir a Túnez, pues Escipión estaba a punto de trasladar a su ejército a ese lugar. Manteniendo su rumbo, entró en el puerto de Cartago con el fin de estudiar la situación de la ciudad, no tanto con el propósito de obtener información como de desalentar al enemigo. Luego navegó de regreso a Útica, llamando también a Octavio de vuelta allí. De camino este último hacia Túnez, se le informó que Vermina, el hijo de Sífax, iba a venir en ayuda de los cartagineses con una fuerza compuesta principalmente de caballería. Octavio atacó a los númidas sobre la marcha con parte de su infantería y toda su caballería. La acción tuvo lugar el primer día de las saturnales y terminó rápidamente con la derrota completa de los númidas. Estando totalmente rodeados por la caballería romana, todas las vías de escape les quedaron cerradas; murieron quince mil y fueron hechos prisioneros mil doscientos, se capturaron también mil quinientos caballos y setenta y dos estandartes. El propio régulo escapó con unos pocos jinetes. Los romanos volvieron a ocupar su antiguo campamento en Túnez, donde una embajada compuesta por treinta legados de Cartago se entrevistaron con Escipión. A pesar de que adoptaron un tono mucho más humilde que en la ocasión anterior, como exigía su situación desesperada, fueron escuchados con mucha menos simpatía por culpa de su reciente perfidia. Al principio, el consejo de guerra, movido por una justa indignación, estuvo a favor de la completa destrucción de Cartago. No obstante, cuando reflexionaron sobre la magnitud de la tarea y la cantidad de tiempo que llevaría el asedio de una ciudad tan fuerte y bien amurallada, sintieron muchas dudas. El mismo Escipión temía que pudiera llegar su sucesor y reclamar la gloria de dar término a la guerra, después que le hubiera sido preparado el camino mediante los esfuerzos y peligros de otro hombre. Así que se produjo un veredicto unánime en favor de que se hiciera la paz.

[30.37] Al día siguiente, se convocó nuevamente a los embajadores ante el consejo y se les

reprendió severamente por su falta de fidelidad y honestidad, exhortándoles a que aprendieran de corazón la lección de sus numerosas derrotas y creyeran en el poder de los dioses y la justicia de los juramentos. Después, se les declararon las condiciones de paz: vivirían en libertad bajo sus propias leyes; seguirían poseyendo todas las ciudades y todos los territorios que habían poseído antes de la guerra, y los romanos cesarían desde aquel mismo día en sus saqueos. Debían devolver a los romanos todos los desertores, refugiados y prisioneros, entregarían todos sus buques de guerra, conservando solo diez trirremes; entregarían todos sus elefantes adiestrados, comprometiéndose al mismo tiempo a no entrenar más. No habrían de hacer la guerra, ni dentro ni fuera de las fronteras de África, sin el permiso del pueblo romano. Deberían devolver todas sus posesiones a Masinisa y hacer un tratado con él. En espera del regreso de los enviados de Roma, debían abastecer de grano y pagar a los auxiliares del ejército romano. También debían pagar una indemnización de guerra de diez mil talentos de plata, efectuándose el pago en cuotas anuales iguales durante cincuenta años. Debían entregar un centenar de rehenes, que serían elegidos por Escipión, con edades de entre catorce y treinta años. Finalmente, él se comprometía a concederles un armisticio si se devolvían los transportes capturados durante la tregua anterior, con todo lo que contenían. De lo contrario no habría tregua ni esperanzas de paz.

Cuando los enviados regresaron con aquellos términos y los expusieron ante la Asamblea, Giscón se adelantó y protestó contra las propuestas de paz. El pueblo, inquieto y cobarde, le escuchaba favorablemente cuando Aníbal, indignado por que se expusieran aquellos argumentos en una crisis tal, lo agarró y lo arrastró por la fuerza fuera de la tribuna elevada. Este era un espectáculo inusual en una ciudad libre y el pueblo expresó visiblemente su desaprobación. El soldado, sorprendido por la libre expresión de su opinión por parte de sus conciudadanos, les dijo: *Os dejé cuando tenía nueve años y he regresado ahora, después de una ausencia de treinta y seis años. Del arte de la guerra, que me enseñaron desde mi infancia tanto mis actividades públicas como privadas, creo estar bastante bien informado. De vosotros debo aprender las reglas, las leyes y las costumbres de la vida cívica y del foro*. Tras excusar así su inexperiencia, se refirió a los términos de paz y les demostró que no eran irrazonables y que su aceptación era una necesidad. La mayor dificultad de todas se refería a los transportes capturados durante la tregua, pues no se encontró nada, aparte de los mismos buques, y cualquier indagación sería dificultosa pues los que resultarían acusados serían los enemigos de la paz. Se decidió que los barcos serían devueltos y que, en cualquier caso, se buscaría a sus tripulaciones. Se dejaría a Escipión valorar todo el resto desaparecido y los cartagineses pagarían el monto en efectivo. Según algunos autores, Aníbal marchó a la costa directamente desde el campo de batalla y, abordando un buque que ya estaba listo, zarpó de inmediato hacia la corte del rey Antíoco; cuando Escipión insistió, sobre todo, en su entrega, se le dijo que Aníbal no estaba en África.

[30.38] Tras el regreso de los embajadores ante Escipión, los cuestores recibieron órdenes para realizar un inventario de los bienes públicos propiedad del Estado existentes en los transportes, debiendo notificarse a sus propietarios todos los bienes privados. Se hizo una recaudación de veinticinco mil libras de plata, equivalentes al valor pecuniario y se concedió a los cartagineses un armisticio de tres meses. Se añadió una condición adicional: que mientras estuviera en vigor el armisticio no habían de enviar emisarios a ningún lugar, excepto a Roma, y que si llevaba cualquier emisario a Cartago no debían dejarle partir hasta que se hubiera informado al comandante romano del objeto de su visita. Los embajadores cartagineses fueron acompañados a Roma por Lucio Veturio Filón, Marco Marcio Rala y Lucio Escipión, el hermano del general. Durante este tiempo, los suministros que llegaron de Sicilia y Cerdeña abarataron tanto el precio de los suministros que los comerciantes dejaron el grano a los marineros a cambio del flete de la carga. Las primeras noticias sobre la reanudación de las hostilidades por parte de Cartago produjeron un considerable malestar en Roma. Se ordenó a Tiberio Claudio que llevara una flota, sin pérdida de tiempo, a Sicilia y desde allí a África; al otro cónsul se le ordenó permanecer en la Ciudad hasta que se

conociera definitivamente el estado de cosas en África. Tiberio Claudio fue muy lento al disponer su flota y hacerse a la mar, pues el Senado había decidido que fuera Escipión y no él, aunque era el cónsul, quien quedase facultado para fijar los términos de la paz que se debían otorgar. La inquietud general ante las noticias de África se incrementó a causa de los rumores sobre diversos portentos. En Cumas, el disco solar disminuyó su tamaño y se produjo una lluvia de piedras; en territorio de Velletri cedió el suelo y se formó una inmensa caverna por donde se precipitaron los árboles; en Ariccia, el foro y las tiendas de alrededor fueron alcanzadas por el rayo, así como partes de la muralla de Frosinone y una de las puertas; se produjo también una lluvia de piedras en el Palatino. Este último portento fue expiado, según la costumbre tradicional, mediante oraciones continuas y sacrificios durante nueve días; el resto lo fue mediante el sacrificio de víctimas mayores. En medio de todos estos prodigios, se produjo una crecida tan fuerte que fue interpretada en clave religiosa. El Tíber se elevó tan alto que se inundó el Circo, haciéndose arreglos para celebrar los Juegos de Apolo fuera de la puerta Colina, en el templo de Venus Erucina. Llegado el día de los juegos, el cielo se despejó repentinamente y la procesión que había partido hacia la puerta Colina fue hecha volver y llevada hacia el Circo, pues se anunció que el agua había bajado. El regreso del espectáculo solemne a su lugar apropiado alegró al pueblo y aumentó el número de espectadores.

[30,39] Finalmente, el cónsul partió de la Ciudad. Quedó, sin embargo, atrapado por una violenta tormenta entre los puertos de Cosa y Loreto, expuesto al mayor de los peligros, pero logró llegar al puerto de Piombino, donde quedó anclado hasta que pasó la tempestad. Desde allí navegó a Elba, luego a Córcega y de allí a Cerdeña. Aquí, mientras rodeaba los Montes Gennargentu, le sorprendió una tormenta aún más violenta y en lugar más peligroso. Su flota se dispersó, muchos de sus barcos quedaron desarbolados y perdieron sus aparejos, algunos fueron destruidos totalmente. Con su flota agitada así por la tempestad y destrozada, se refugió en Cagliari. Mientras reparaba aquí sus naves le alcanzó el invierno. Su año de mandato expiró y, como no recibiera ninguna prórroga del mando, llevó su flota de regreso a Roma convertido en un particular. Antes de partir hacia su provincia, Marco Servilio nombró dictador a Cayo Servilio con el fin de evitar que le llamaran para celebrar las elecciones. El dictador nombró a Publio Elio Peto jefe de la caballería. A pesar de que se fijaron distintas fechas para las elecciones, el mal tiempo impidió que se celebraran. En consecuencia, cuando los magistrados abandonaron el cargo la víspera de los idus de marzo no se habían designado otros nuevos y la república estaba sin ningún tipo de magistrados curules. El pontífice Tito Manlio Torcuato murió este año y su lugar fue ocupado por Cayo Sulpicio Galba. Los Juegos Romanos fueron celebrados tres veces por los ediles curules Lucio Licinio Lúculo y Quinto Fulvio. Algunos de los escribas y mensajeros de los ediles fueron encontrados culpables, por el testimonio de testigos, de sustraer dinero del erario público, no sin infamia para el edil Lúculo. Se encontró que los ediles plebeyos, Publio Elio Tuberón y Lucio Letorio, habían sido nombrados irregularmente y renunciaron al cargo. Antes de que esto sucediera, sin embargo, habían celebrado los Juegos plebeyos y el festival de Júpiter , habiendo colocado también en el Capitolio tres estatuas hechas de la plana pagada en multas. El dictador y el jefe de la caballería fueron autorizados por el Senado para celebrar los Juegos en honor de Ceres.

[30.40] A la llegada de los enviados romanos de África, junto con los cartagineses, el Senado se reunió en el templo de Belona. Lucio Veturio Filón informó de que Cartago había hecho su último esfuerzo, que se había librado una batalla contra Aníbal y que, por fin, se había dado término a esta guerra desastrosa. Tal anuncio fue recibido por los senadores con gran alegría y Veturio informó de otra victoria, aunque comparativamente menos importante, a saber, la derrota de Vermina, el hijo de Sífax. Se le pidió que fuera hasta la Asamblea y que hiciera partícipe al pueblo de las buenas noticias. Entre la alegría general, se abrieron todos los templos de la Ciudad y se ordenaron acciones de gracia durante tres días. Los enviados de Cartago y los de Filipo, que también había llegado, solicitaron audiencia del Senado. El dictador, a instancias del Senado, les

informó de que se la concederían los nuevos cónsules. A continuación, se celebraron las elecciones y Cneo Cornelio Léntulo y Publio Elio Peto fueron nombrados cónsules. Los pretores electos fueron Marco Junio Peno, a quien correspondió la pretura urbana; Marco Valerio Faltón, a quien correspondió el Brucio; Marco Fabio Buteo, que recibió Cerdeña, y Publio Elio Tuberón, sobre quien recayó Sicilia. En cuanto a las provincias de los cónsules, se acordó que no debía hacerse nada hasta que los enviados de Filipo y los de Cartago hubieran obtenido audiencia. Tan pronto como se daba fin a una guerra, surgía la perspectiva del comienzo de otra. El cónsul Cneo Léntulo deseaba intensamente obtener África como su provincia; si la guerra continuaba él esperaba lograr una fácil victoria y si llegaba a su fin ansiaba obtener la gloria de finalizar un conflicto tan grande. Se negó a tratar ningún asunto hasta que no se le hubiera decretado África como su provincia. Su colega, hombre moderado y sensato, cedió cuando vio que aquel intento de arrebatarle la gloria a Escipión no solo resultaba lamentable sino también desigual. Dos de los tribunos de la plebe, Quinto Minucio Termo y Manlio Acilio Glabrión, declararon que Cneo Cornelio intentaba aquello en lo que había fracasado Tiberio Claudio, y que después que el Senado hubiera autorizado que el asunto del mando supremo en África fuera remitido a la Asamblea, las treinta y cinco tribus habían votado unánimemente por Escipión. Después de numerosos debates, tanto en el Senado como en la asamblea, se resolvió finalmente dejar el asunto al Senado. Se dispuso que los senadores habrían de votar bajo juramento, siendo su decisión que los cónsules debían llegar a un entendimiento mutuo o, en su defecto, deberían recurrir a sortear cuál de ellos tendría Italia y cuál tomaría el mando de la flota de cincuenta naves. Al que se asignara la flota debía navegar a Sicilia y, si no resultase posible hacer la paz con Cartago, se dirigiría a África. El cónsul actuaría por mar; Escipión, conservando sus plenos poderes, llevaría a cabo la campaña por tierra. Si se acordaban los términos de la paz, los tribunos de la plebe preguntarían al pueblo si era su voluntad que la paz fuese otorgada por el cónsul o por Escipión. Igualmente, debían consultarles para que decidieran, en caso de que se trajera el ejército victorioso desde África, quién debía traerlo. Si el pueblo decidía que la paz debía ser concluida por Escipión y que también él debía traer el ejército de vuelta, el cónsul no navegaría hacia África. El otro cónsul, al que había correspondido Italia como provincia, tomaría el mando de las dos legiones del pretor Marco Sextio.

[30,41] Escipión recibió una prórroga de su mando y mantuvo los ejércitos que tenía en África. Las dos legiones del Brucio que habían estado al mando de Cayo Livio fueron trasladadas al del pretor Marco Valerio Faltón, y las dos legiones de Sicilia, bajo el mando de Cneo Tremilio, debían ser asumidas por el pretor Publio Elio. La legión de Cerdeña, mandada por el propretor Publio Léntulo, fue asignada a Marco Fabio. Marco Servilio, el cónsul del año anterior, seguiría al mando de sus dos legiones en Etruria. En lo que respecta a Hispania, Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino habían permanecido allí durante varios años, así que los cónsules acordarían con los tribunos preguntar a la asamblea para que decidiera quién debía tener el mando en Hispania. El general nombrado debía formar una legión de romanos, además de los dos ejércitos, y quince cohortes de los aliados latinos, con los que mantener la provincia; Lucio Cornelio y Lucio Manlio deberían traer de vuelta a Italia a los soldados más veteranos. Cualquiera que fuese el cónsul que recibiera África como provincia, debía elegir cincuenta barcos de entre las dos flotas, a saber, la que mandaba Cneo Octavio en aguas africanas y la que, con Publio Vilio, vigilaba la costa siciliana. Publio Escipión mantendría los cuarenta buques de guerra que tenía. En caso de que el cónsul deseara que Cneo Octavio siguiera al mando de su flota, lo haría con rango de propretor; si le daba el mando a Lelio, entonces Octavio partiría hacia Roma y traería de vuelta los barcos que el cónsul no quisiera. También se asignarían diez barcos de guerra a Marco Fabio, para Cerdeña. Además de las fuerzas arriba mencionadas, se ordenó a los cónsules que alistaran dos legiones urbanas para que aquel año hubiera a disposición de la república catorce legiones y cien barcos de guerra.

[30.42] Luego se discutió el orden de recepción de las embajadas de Filipo y de los

cartagineses. Se decidió que se recibiría en primer lugar a los macedonios. Su discurso trató sobre varios puntos. Empezaron negando toda responsabilidad por los saqueos en los países aliados de los que se habían quejado al rey los legados romanos. A continuación, fueron ellos mismos los que presentaron quejas contra los aliados romanos y otras aún mas graves contra Marco Aurelio, uno de los tres embajadores, de quien dijeron que se había quedado allí y, tras alistar un cuerpo de tropas, empezó las hostilidades en su contra, violando los términos del tratado y combatiendo en varios enfrentamientos contra sus generales. Finalizaron con una petición: que los macedonios y su general Sópatro, que habían servido como mercenarios bajo el mando de Aníbal y permanecían por entonces prisioneros, les fueran devueltos. En respuesta, Marco Furio, que había sido enviado desde Macedonia por Aurelio para que lo representase, señaló que Aurelio sin duda se había quedado atrás, pero que fue con el fin de impedir que los aliados de Roma desertaran con el rey a consecuencia de los daños y saqueos que estaban sufriendo. Señaló también que no había pasado de sus fronteras; pero que se había encargado de que ninguna horda de saqueadores las cruzasen impunemente. Sópatro, que era uno de los nobles purpurados que estaban cerca del trono y próximo al monarca, había sido enviado recientemente a África para ayudar a Aníbal y a Cartago con dinero, así como con una fuerza de cuatro mil macedonios.

Al ser interrogados sobre estas cuestiones, los macedonios dieron respuestas evasivas y poco satisfactorias; por lo tanto, la respuesta que recibieron del Senado no fue nada favorable. Se les dijo que su rey estaba buscando la guerra y que, si seguía como hasta entonces, muy pronto la encontraría. Era responsable de violar el tratado en dos aspectos: de una parte, por haber cometido una flagrante agresión contra los aliados de Roma mediante el empleo hostil de las armas; además, había ayudado a los enemigos de Roma con hombres y dinero. Escipión estaba actuando correcta y legítimamente al tratar como enemigos a los capturados en armas contra Roma y mantenerlos encadenados. Marco Aurelio también estaba actuando en interés de la república, y el Senado se lo agradecía, al conceder protección armada a los aliados de Roma cuando las disposiciones de los tratados carecían de poder para defenderlos. Con esta severa respuesta fueron despedidos los embajadores de Macedonia. A continuación fueron llamados los cartagineses. En cuanto vieron su edad, apariencia y rango, pues se trataba de los hombres más notables del Estado, los senadores comprendieron que ahora ya se trataba efectivamente la paz. Destacaba entre todos ellos Asdrúbal, a quien sus compatriotas le había otorgado el sobrenombre de *Haedus*. Siempre había sido un defensor de la paz y un opositor del partido Bárcida. Esto dio a sus palabras un peso adicional, cuando se deslindó de toda responsabilidad por la guerra en nombre de su gobierno y la achacó a unos cuantos individuos ambiciosos,

Su discurso resultó variado y elocuente. Rechazó algunos de los cargos, admitió otros para que la negación de hechos fehacientemente demostrados no llevara a dificultar el perdón. Exhortó a los senadores a emplear su buena fortuna con espíritu de moderación y continencia. *Si los cartagineses -continuó- hubieran escuchado a Hanón y a mí mismo, y hubiesen estado dispuestos a aprovechar su oportunidad, podrían haber dictado los términos de paz que ahora os pedimos. Rara vez se conceden a los hombres, a un tiempo, la buena fortuna y el buen sentido. Lo que hace a Roma invencible es el hecho de que su pueblo no pierde el buen juicio en los momentos favorables. Y sería sorprendente que fuera de otra forma, pues aquellos para quienes la buena fortuna es cosa novedosa se volverían locos de placer al no estar acostumbrados; pero para vosotros, romanos, la alegría de la victoria es una costumbre, casi podría decir que una experiencia corriente. Habéis extendido vuestro dominio más por la clemencia en favor de los vencidos que por la propia victoria*. Los otros se expresaron con expresiones más patéticas, calculadas para provocar compasión. Recordaron a su audiencia la posición de poder e influencia desde la que había caído Cartago. Aquellos, dijeron, que hasta hacía poco habían tenido el mundo entero sometido a sus armas, ahora nada tenían, excepto las murallas de su ciudad. Confinados dentro de estas, no veían nada, por tierra o por mar, que fuera de su propiedad. Incluso su ciudad, sus dioses penates y sus hogares, solo los pondrían conservar si el pueblo romano estaba dispuesto a salvarlos; de lo

contrario, lo perderían todo. Como se hizo evidente que los senadores se llenaron de compasión, uno de ellos, exasperado por la perfidia de los cartagineses, se dice que gritó: *¿Por qué dioses juraréis observar el tratado, pues habéis faltado a aquellos por los que antes jurasteis?—Por los mismos que antes* -replicó Asdrúbal- *pues tan hostiles son a quienes violan los tratados.*

[30,43] Aunque todos estaban a favor de la paz, el cónsul Cneo Léntulo, que estaba al mando de la flota, impidió que la Cámara aprobase cualquier resolución. Acto seguido, dos de los tribunos de la plebe, Manio Acilio y Quinto Minucio, presentaron inmediatamente ante el pueblo las siguientes cuestiones: ¿Era su voluntad y le placía que el Senado aprobase un decreto para concluir un tratado de paz con Cartago? ¿Quién debía otorgar la paz? y ¿Quién debía traer el ejército de África? Sobre la cuestión de la paz, todas las tribus votaron afirmativamente; dieron también orden de que fuera Escipión quien otorgase la paz y trajese de vuelta a casa al ejército. En cumplimiento de esta decisión, el Senado decretó que Publio Escipión debería, de acuerdo con los diez comisionados, concluir la paz con el pueblo de Cartago en lo términos que considerase apropiados. Sobre esto, los cartagineses expresaron su agradecimiento a los senadores y les rogaron que les fuera permitido entrar en la Ciudad y entrevistarse con sus compatriotas detenidos bajo custodia del Estado. Estos eran miembros de la nobleza, amigos o parientes, habiendo otros para los que tenían mensajes de sus amigos en casa. Cuando esto hubo sido dispuesto, hicieron una petición adicional para que se les permitiera rescatar a los que quisieran de entre los prisioneros. Se les indicó que proporcionasen los nombres y presentaron alrededor de doscientos. El Senado aprobó entonces una resolución para que se designase una comisión que llevase hasta África, con Escipión, a los doscientos prisioneros que habían elegido los cartagineses y que le informasen de que, si se concluía la paz, debería devolverlos a los cartagineses sin rescate. Cuando los feciales recibieron órdenes de partir hacia África con el propósito de sellar el tratado, requirieron del Senado que definiera el procedimiento. El Senado, por consiguiente, se decidió por esta fórmula: *Los feciales llevarán consigo sus propias piedras y sus propias hierbas; cuando un pretor romano les ordenase sellar el tratado, le exigirían a él las hierbas sagradas*. Las hierbas entregadas a los feciales era de un tipo que se recogía normalmente de la Ciudadela. Los embajadores cartagineses fueron finalmente despedidos y regresaron con Escipión. Concluyeron la paz con él en los términos antes mencionados, entregando sus buques de guerra, sus elefantes, los desertores y refugiados y cuatro mil prisioneros, incluyendo a Quinto Terencio Culeón, un senador. Escipión ordenó que los barcos se llevasen a alta mar y se incendiasen. Algunos autores afirman que fueron quinientas las embarcaciones, comprendiendo todas las clases impulsadas por remos. La vista de todos aquellos buques, estallando repentinamente en llamas, causó tanto pesar al pueblo como si fuera la misma Cartago la que estuviese ardiendo. Los desertores fueron tratados con mucha más severidad que a los fugitivos; los que pertenecían a los contingentes latinos fueron decapitados, los romanos fueron crucificados.

[30,44] La última paz que se firmó con Cartago fue durante el consulado de Quinto Lutacio y Aulo Manlio, cuarenta años antes. Veintitrés años más tarde comenzó la guerra, en el consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio. Terminó en el consulado de Cneo Cornelio y Publio Elio Peto, diecisiete años más tarde. La tradición habla de una observación que se dice pronunciaba frecuentemente Escipión, en el sentido de que la guerra no terminó con la destrucción de Cartago gracias, en primera instancia, a la celosa ambición de Tiberio Claudio, y después a la de Cneo Cornelio. Cartago se vio en dificultades para cumplir con la primera entrega de la indemnización de guerra, pues su tesoro estaba exhausto. Hubo llantos y lamentos en el senado, y se dice que en medio de todo aquello se vio a Aníbal reír. Asdrúbal Haedus le reprendió por su alegría en medio de las lágrimas de la nación, que a él se debían. Aníbal le replicó: *Si pudieras discernir mis más íntimos pensamientos tan claramente como lo haces con mi contención, descubrirías con facilidad que estas risas que tan inapropiadas encuentras no proceden de un corazón alegre, sino de uno*

casi enloquecido por el sufrimiento interior. De todos modos, están muy lejos de ser tan inoportunas y fuera de lugar como vuestras absurdas lágrimas. El tiempo apropiado para llorar fue cuando nos vimos privados de nuestras armas, cuando nuestras naves fueron incendiadas y cuando se nos prohibió cualquier guerra más allá de nuestras fronteras. Esa es la herida que les resultaría fatal. No hay la menor razón para suponer que los romanos lo decidieron para que os quedaseis ociosos. Ningún Estado puede permanecer en calma; si no tiene ningún enemigo en el exterior, encontrará uno en casa, como les pasa a los hombres excesivamente fuertes que, pareciendo seguros contra los peligros externos, caen víctimas de su propia fortaleza. Por supuesto que sólo sentimos las calamidades públicas en cuanto nos afectan personalmente, y nada de ellas nos produce una punzada más aguda que la pérdida de dinero. Cuando los despojos de la victoria eran arrastrados lejos de Cartago, cuando la veíais desnuda e indefensa en medio de una África en armas, nadie lanzó un gemido; ahora, porque habéis contribuido a la indemnización con vuestras fortunas particulares lloráis como si contemplaseis un funeral público. ¡Mucho me temo que muy pronto os encontraréis con que estas desgracias por las que hoy lloráis son pequeñas! Tal era la forma en que Aníbal hablaba a los cartagineses. Escipión reunió a sus tropas en asamblea y, en presencia de todo el ejército, recompensó a Masinisa añadiendo a su reino ancestral la ciudad de Cirta y las otras ciudades y territorios que habían estado bajo el dominio de Sífax y habían pasado bajo el imperio de Roma. Cneo Octavio recibió órdenes de llevar la flota a Sicilia y entregarla al cónsul Cneo Cornelio. Escipión dijo a los enviados cartagineses para marchasen a Roma con el fin de que las disposiciones que él había tomado, de acuerdo con los diez comisionados, pudieran recibir la sanción del Senado y ser formalmente ordenadas por el pueblo.

[30.45] Establecida la paz por tierra y mar, Escipión embarcó su ejército y navegó hasta Marsala. Desde allí envió la mayor parte de su ejército en los buques, mientras que él viajaba atravesando Italia. El país se regocijaba tanto por la restauración de la paz como por la victoria que había obtenido, y él se dirigió a Roma a través de multitudes que se derramaban desde las ciudades para honrarlo, con masas de campesinos que bloqueaban las carreteras de los territorios rurales. La procesión triunfal con la que entró en la Ciudad fue la más brillante que jamás se hubiera visto. El peso de la plata que llevó al tesoro ascendió a ciento veintitrés mil libras. Además del botín, distribuyó cuatrocientos ases a cada soldado. Sífax había muerto poco antes en Tívoli, a donde había sido trasladado desde Alba; su desaparición, si bien restó interés al espectáculo, en modo alguno atenuó la gloria del general triunfante. Su muerte constituyó, sin embargo, otro espectáculo, pues recibió un funeral público. Polibio, autor de peso considerable, dice que este rey fue llevado en la procesión. Quinto Terencio Culeón marchó detrás de Escipión, llevando el gorro de liberto; después, y a lo largo de toda su vida como era de justicia, lo veneró como el autor de su libertad. En cuanto al sobrenombre de *Africano*, no puedo afirmar a ciencia cierta ni que le fuese conferido por la devoción de sus soldados o por aclamación popular, ni que fuese como en los recientes casos de Sila el Afortunado y Pompeyo el Grande, en tiempos de nuestros padres, originado por la adulación de sus amigos. En cualquier caso, él fue el primer general ennoblecido con el nombre del pueblo que había conquistado. Desde sus tiempos, hombres que han ganado victorias mucho más pequeñas han dejado, imitándole, espléndidas inscripciones en sus bustos y nombres ilustres a sus familias.